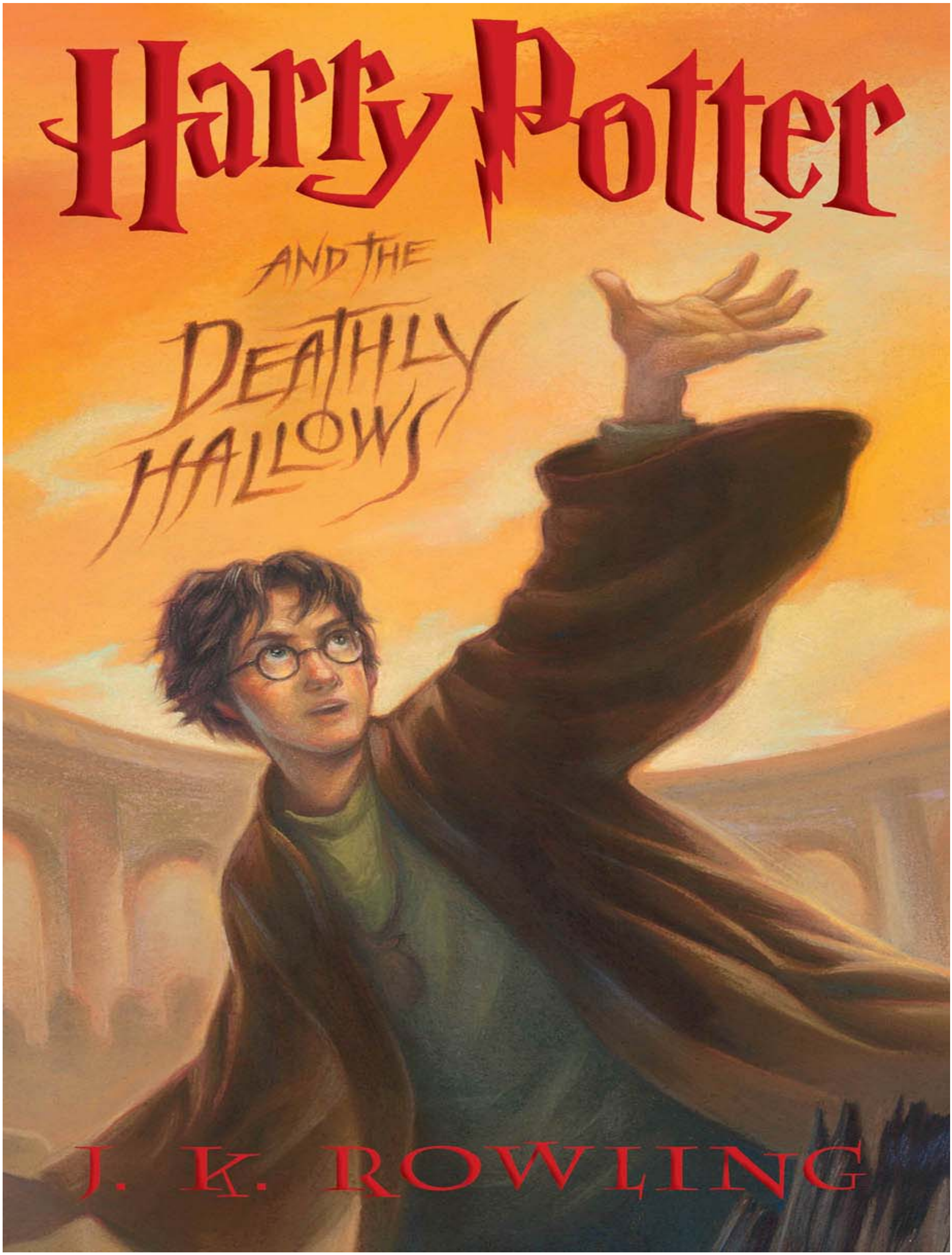

Harry Potter
AND THE
DEATHLY
HALLOWS
J. K. ROWLING

Harry Potter

Y las reliquias de la muerte



J.K. ROWLING

Español

http://spanishhallows.blogspot.com

Traducción al español en la pagina web;
http://spanishhallows.blogspot.com

Version PDF:

Formateado e indizado: Himura Shinta,
ucmneumann@hotmail.com

Portadas y Fuentes: Hbk,
edi_hbk@hotmail.com

La dedicatoria de este libro
se divide en siete partes

Para Neil,
para Jessica,
para David,
para Kenzie,
para Di,
para Anne,

y para ti.
si te has quedado
junto a Harry
hasta el mismísimo
FINAL

CONTENIDOS

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

Oh, la tormenta engendrada a la carrera, el grito agudo de la muerte y el golpe que alcanza la vena, la hermita que nadie puede derribar, la culpa, la maldición que ningún hombre puede soportar. Pero hay una cura en su casa, Y no fuera de ella, nono de ningún otro excepto de ellos. su binody strife. Os cantamos, dioses oscuros bajo la tierra. Ahora oíd, vosotros extasiados poderes subterráneosresponded a la llamada, enviad ayuda. Bendecid a los niños, dadles el triunfo ahora.

Aeschylus, The Libation Bearer

La muerte atraviesa el mundo, como los amigos los mares; viven en otro presente, ese amor y vida que es omnipresente. En este divino cristal, miran cara a cara; y su conversación es libre, al igual que pura. Este es el consuelo de los amigos, que puede que se diga que han muerto, pero para sus amistades y para la sociedad están, en el mejor de los sentidos, siempre presentes, porque son inmortales.
William Penn, More Fruits of Solitude

HARRY POTTER

Y LAS RELIQUIAS DE LA MUERTE

Capítulo Uno:



El ascenso del señor oscuro

Los dos hombres aparecieron de la nada, a unas yardas de distancia en un sendero angosto e iluminado por la luna. Por un segundo se quedaron quietos, apuntándose con las varitas el uno al pecho del otro: luego, habiéndose reconocido, las guardaron bajo sus capas y se pusieron a caminar, lado a lado, en la misma dirección.
- ¿Alguna novedad?-preguntó el más alto de los dos.
-La mejor.-respondió Snape.
El sendero estaba bordeado a la izquierda por matorrales silvestres de lento crecimiento, a la derecha con un alto y pulcramente recortado seto. Las largas capas de los hombres flameaban alrededor de sus tobillos mientras marchaban.
-Aunque podría ser tarde, -dijo Yaxley, sus rasgos fofos entraban y salían de la vista cuando las ramas de los árboles colgantes interrumpían la luz de la luna-. Fue

un poco más engañoso de lo que pensaba. Pero espero que esté satisfecho. Pareces confiar en que tu recepción será buena.
Snape asintió, pero no se explicó. Giraron a la derecha, a un amplio camino de acceso en el que desembocaba el sendero. El alto seto se curvaba alejándose de ellos, extendiéndose en la distancia más allá del par de impresionantes verjas de hierro que interrumpían el camino de los hombres. Ninguno de ellos dio un paso; en silencio ambos alzaron sus brazos izquierdos en una especie de saludo y pasaron a través del metal oscuro que era humo.
Los arbustos amortiguaban el sonido de los pasos de los hombres. Se oyó un susurró en algún lugar a su derecha; Yaxley sacó su varita, de nuevo probó no ser nada más que un pavo real blanco, pavoneándose majestuosamente a lo largo de lo alto del seto.
-Lucius siempre se lo tuvo muy creído. Pavos reales… - Yaxley metió su varita de vuelta bajo su capa con un resoplido.
Una hermosa casa solariega surgió en la oscuridad al final del recto camino, con luces destelleando en las ventanas con forma de diamante del piso inferior. En algún lugar del oscuro jardín más allá del seto una fuente estaba en funcionamiento. La grava crujió bajo sus pies cuando Snape y Yaxley se apresuraron hacia la puerta principal, que se abrió hacia adentro ante su aproximación, aunque no había nadie visible que la abriera.
El vestíbulo era grande, pobremente iluminado, y suntuosamente decorado, con una magnífica alfombra que cubría la mayor parte del suelo de piedra. Los ojos de los retratos de caras pálidas en las paredes siguieron a Snape y Yaxley mientras los pasaban a grandes

zancadas. Los dos hombres se detuvieron ante una pesada puerta de madera que conducía a la siguiente habitación, dudando durante el espacio de un latido de corazón, entonces Snape giró la manilla de bronce.
El estudio estaba lleno de gente silenciosa, sentada a lo largo de una mesa ornamentada. El mobiliario usual de la habitación había sido empujado descuidadamente contra las paredes. La iluminación provenía de un rugiente fuego bajo una hermosa chimenea de mármol trasmontada por una ventana dorada. Snape y Yaxley se demoraron un momento en el umbral. Cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de luz, fueron atraídos hacia adelante por los extraños rasgos de la escena de una figura humana aparentemente inconsciente que colgaba bocabajo sobre la mesa, revolviéndose lentamente como suspendida por una cuerda invisible, y reflejada en el espejo y en la desnuda y pulida superficie de la mesa de abajo. Ninguna de las personas sentadas bajo esta singular visión estaba mirándola excepto por un joven pálido sentado casi directamente bajo ella. Parecía incapaz de evitar mirar hacia arriba a cada minuto o así.
-Yaxley, Snape, -dijo una voz alta y clara desde la cabecera de la mesa-. Llegáis convenientemente tarde.
El que hablaba estaba sentado directamente ante el fuego, así que fue difícil, al principio, para los recién llegados divisar algo más que su silueta. Cuando se acercaron, sin embargo, su cara brilló a través de las sombras, sin pelo, con aspecto de serpiente, con rajas por nariz y brillantes ojos rojos cuyas pupilas eran verticales. Estaba tan pálido que parecía emitir un brillo perlado.
-Severus, aquí, -dijo Voldemort, señalando el asiento a su inmediata derecha-. Yaxley… junto a Dolohov.

Los dos hombres ocuparon sus lugares asignados. La mayoría de los ojos alrededor de la mesa siguieron a Snape, y estaban posado en él cuando Voldemor habló primero.
-¿Y?
-Mi Señor, La Orden del Fénix tiene intención de trasladar a Harry Potter de su actual lugar seguro el próximo sábado, al anochecer.
El interés alrededor de la mesa se agudizó palpablemente. Algunos se tensaron, otros se inquietaron, todos miraban fijamente a Snape y Voldemort.
-Sábado… al anochecer, -repitió Voldemort. Sus ojos rojos se fijaron en los negros de Snape con tanta intensidad que algunos de los observadores apartaron la mirada, aparentemente temerosos de que ellos mismos resultaran quemados por la ferocidad de la mirada. Snape, sin embargo, devolvió la mirada tranquilamente a la cara de Voldemort y, después de un momento o dos, la boca sin labios de Voldemort se curvó en algo parecido a una sonrisa.
-Bien. Muy bien. Y esta información proviene de…
-… de la fuente que hemos discutido, -dijo Snape.
-Mi Señor.
Yaxley se había inclinado hacia adelante para mirar mesa abajo hacia Voldemort y Snape. Todas las caras se giraron hacia él.
-Mi Señor, yo he oído algo diferente.
Yaxley esperó, pero Voldemort no habló, así que siguió,
-A Dawlish, el Auror, se le escapó que Potter no será trasladado hasta el día treinta, la noche antes de que el chico cumpla diecisiete.
Snape estaba sonriendo.
-Mi fuente me dijo que plantarían un falso rastro; este

debe ser. Ni dudo de que Dawlish está bajo un Encantamiento Confundus. No sería la primera vez; se sabe que es susceptible.
-Te aseguro, mi Señor, que Dawlish parecía bastante seguro, -dijo Yaxley.
-Si estaba Confundido, naturalmente que estaría seguro, -dijo Snape-. Yo te aseguro, Yaxley, que la Oficina de Aurores no tomará parte en la protección de Harry Potter. La Orden cree que tenemos infiltrados en el Ministerio.
-La Orden tiene razón en algo entonces, ¿verdad? -dijo un hombre bajo y grueso sentado a corta distancia de Yaxley; soltó una risita silbante que resonó allí y a lo largo de la mesa.
Voldemort no rió. Su mirada había vagado hacia arriba hasta el cuerpo que se revolvía lentamente en lo alto, y parecía estar perdido en sus pensamientos.
-Mi señor, -siguió Yaxley-. Dawlish cree que toda una partida de Aurores se ocupará de trasladar al chico...
Voldemort alzó una larga mano blanca, y Yaxley se calló al instante, observando resentido como Voldemort volvía a girarse hacia Snape.
-¿Dónde van a ocultar al chico a continuación?
-En la casa de un miembro de la Orden, -dijo Snape-. El lugar, según la fuente, ha sido equipado con cada protección que la Orden y el Ministerio juntos han podido proporcionar. Creo que habrá poca oportunidad de cogerle una vez esté allí, mi Señor, a menos, por supuesto, que el Ministerio haya caído antes del próximo Sabado, lo cual podría darnos la oportunidad de descubrir y deshacer los suficientes encantamientos como para romper el resto.
-Bien, ¿Yaxley? -llamó Voldemort mesa abajo, la luz del fuego iluminaba extrañamente sus ojos rojos-. ¿Habrá

caído el Ministerio para el próximo sábado?
Una vez más, todas las cabezas se giraron. Yaxley cuadró los hombros.
-Mi Señor, tengo buenas noticias sobre ese punto. He... con dificultad y después de grandes esfuerzos... tenido éxito al colocar una Maldición Imperius sobre Pius Thircknesse.
Muchos de los sentados alrededor de Yaxley parecieron impresionados; su vecino, Dolohov, un hombre con una larga y retorcida cara, le palmeó la espalda.
-Es un comienzo, -dijo Voldemort-. Pero Thicknesse es solo un hombre. Scrimgeour debe estar rodeado por nuestra gente antes de que yo actue. Un atentado fallido contra la vida del Ministro me hará retroceder un largo tramo del camino.
-Si... mi Señor, eso es cierto... pero ya sabe, como Jefe del Departamente de Refuerzo de la Ley Mágica, Thicknesse tiene contacto regular no solo con el propio Ministro, sino también con los Jefes de todos los demás departamentos del Ministerio. Será, creo yo, fácil ahora que tenemos a un oficial de tan alto rango bajo nuestro control, subyugar a los otros, y después podemos trabajar todos juntos para someter a Scrimgeour.
-Mientras nuestro amigo Thicknesse no sea descubierto antes de convertir al resto, -dijo Voldemort-. En cualquier caso, parece improbabe que el Ministerio vaya a ser mío antes del próximo Sábado. Si no podemos tocar al chico en su destino, debemos hacerlo mientras viaja.
-Tenemos ventaja ahí, mi Señor, -dijo Yaxley, que parecía decidido a recibir alguna porción de aprobación-. Ahora tenemos a varias personas plantadas dentro del Departamento de Transporte Mágico. Si Potter se Aparece o utiliza la Red Flu, lo sabremos

inmediatamente.
-No harán ninguna de las dos cosas, -dijo Snape-. la Orden está esquivando cualquier forma de transporte que esté controlada o regulada por el Ministerios; desconfían de todo lo que tenga que ver con ellos.
-Todavía mejor, -dijo Voldemort-. Tendrá que salir a campo abierto. Más fácil de tomar, con mucho.
De nuevo Voldemort levantó la mirada hacia el cuerpo que se revolvía lentamente mientras seguía,
-Me ocuparé del chico en persona. Se han cometido demasiados errores en lo que a Harry Potter concierne. Algunos de ellos han sido míos. Que Potter viva se debe más a mis errores que a sus triunfos.
La compañía alrededor de la mesa observaba a Voldemort aprensivamente, cada uno de ellos, por su expresión, temiendo que pudieran ser culpados por la continuada existencia de Harry Potter. Voldemort, sin embargo, parecía estar hablando más para sí mismo que para ninguno de ellos, todavía dirigiéndose al cuerpo inconsciente sobre él.
-He sido descuidado, y así me he visto frustrado por la suerte y la oportunidad, demoleroras de nada más y nada menos que de los planes mejor trazados. Pero ahora soy más listo. Entiendo lo que no entendía antes. Debo ser yo quien mate a Harry Potter, y lo haré.
Ante esas palabras, aparentemente en respuesta a ellas, sonó un repentino aullido, un terrible y desgarrador grito de miseria y dolor. Muchos de los sentados ante la mesa miraron hacia abajo, sobresaltados, por el sonido que había parecido surgir de debajo de sus pies.
-Colagusano, -dijo Voldemort, sin cambiar su tono tranquilo y pensativo, y sin apartar los ojos de cuerpo que se removía arriba-. ¿No te he dicho que

mantuvieras a nuestro prisionero tranquilo?
-Si, m…mi Señor, -jadeó un hombrecillo en mitad de la mesa, que había estado sentado tan abajo en su silla que ésta había parecido, a primera vista, estar desocupada. Ahora se revolvió en su asiento y salió a toda prisa de la habitación, no dejando tras él nada más que un curioso brillo plateado.
-Como estaba diciendo, -continuó Voldemort, mirando de nuevo a las caras tensas de sus seguidores-. Ahora soy más listo, necesitaré, por ejemplo, tomar prestada la varita de uno de vosotros antes de ir a matar a Potter.
Las caras a su alrededor no mostraron nada menos que sorpresa; podría haber anunciado que quería coger prestado uno de sus brazos.
-¿Ningún voluntario? -dijo Voldemort-. Déjadme ver… Lucius, no veo razón para que sigas teniendo una varita.
Lucius Malfoy levantó la mirada. Su piel parecía amarillenta y cerosa a la luz del fuego, y sus ojos estaban hundidos y sombríos. Cuando habló, su voz era ronca.
-¿Mi Señor?
-Tu varita, Lucios. Exijo tu varita.
-Yo…
Malfoy miró de reojo a su esposa, que estaba mirando directamente hacia adelante, tan pálida como él, su largo pelo rubio colgaba por su espalda, pero bajo la mesa sus dedos esbeltos se cerraron brevemente sobre la muñeca de su esposo. Ante su toque, Malfoy metió la mano en la túnica, retirando una varita, y pasándosela a Voldemort, que la sostuvo en alto delante de sus ojos rojos, examinándola atentamente.
-¿Qué es?

-Olmo, mi Señor, -susurró Malfoy.
-¿Y el centro?
-Dragón... nervio de corazón de dragón.
-Bien, -dijo Voldemort. Sacó su propia varita y comparó sus longitudes. Lucius Malfoy hizo un movimiento involuntario; durante una fracción de segundo pareció como si esperara recibir la varita de Voldemort a cambio de la suya. El gesto no le pasó por alto a Voldemort, cuyos ojos se abrieron maliciosamente.
-¿Darte mi varita, Lucius? ¿Mi varita?
Algunos de los miembros de la multitud rieron.
-Te he dado tu libertad, Lucius, ¿no es suficiente para ti? Pero he notado que tú y tu familia parecéis menos felices que antes... ¿Qué hay en mi presencia en tu casa que te disguste, Lucius?
-Nada... ¡nada, mi Señor!
-Que mentiroso, Lucius...
La suave voz pareció sisear incluso después de que la cruel boca hubiera dejado de moverse. Uno o dos de los magos apenas reprimieron un estremecimiento cuando el siseo creció en volumen; algo pesado podía oirse deslizándose por el suelo bajo la mesa.
La enorme serpiente emergió para escalar lentamente por la silla de Voldemort. Se alzó, pareciendo interminable, y fue a descansar sobre los hombros de Voldemor; su cuello era más grueso que el muslo de un hombre; sus ojos, con sus rajas verticales por pupilas, no parpadeaban. Voldemort acarició a la criatura ausentemente con largos dedos finos, todavía mirando a Lucius Malfoy.
-¿Por qué los Malfoy parecen tan infelices con su suerte? ¿No es mi retorno, mi ascenso al poder, lo que profesaban desear durante tantos años?
-Por supuesto, mi Señor, -dijo Lucius Malfoy. Su mano

temblaba cuando se limpió el sudor del labio superior-. Lo deseabamos… lo deseamos.
A la izquierda de Malfoy su esposa hizo un extraño y rígido asentimiento, sus ojos evitaban a Voldemort y a la serpiente. A su derecha, su hijo, Draco, que había estado mirando fijamente hacia arriba al cuerpo inerte en lo alto, miró rápidamente hacia Voldemort y apartó la mirada una vez más, aterrado de hacer contacto ocular.
-Mi Señor, -dijo una mujer oscura en mitad de la mesa, su voz sonaba constrecnida por la emoción-, es un honor tenerte aquí, en la casa de nuestra familia. No puede haber mayor placer.
Sentada junto a su hermana, tan diferente a ella en aspecto, con su pelo oscuro y ojos pesadamente perfilados, como lo era en aguante y comportamiento; donde Narcissa se sentaba rígida e impasible, Bellatrix se inclinaba hacia Voldemort, como si las meras palabras no pudieran demostrar su anhelo de estar más cerca.
-No hay más alto placer, -repitió Voldemor, su cabeza se inclinó un poco a un lado mientras evaluaba a Bellatrix-. Eso significa mucho, Bellatrix, viniendo de ti.
La cada de ella se llenó de color, sus ojos se inundaron de lágrimas de deleite.
-¡Mi Señor sabe que no dijo mas que la verdad!
-No hay más alto placer… ¡ni siquiera comparado con el feliz evento que, según he oído, ha tenido lugar esta semana en tu familia!
Ella le miró, con los labios separados, evidentemente confusa.
-No sé lo que quieres decir, mi Señor.
-Estoy hablando de tu sobrina, Bellatrix. Y la vuestra, Lucius y Narcissa. Se acaba de casar con el hombrelobo,

Remus Lupin. Debéis estar orgullosos.
Hubo una explosión de risas socarronas alrededor de la mesa. Muchos se inclinaron hacia adelante para intercambiar miradas divertidas, unos pocos golpearon la mesa con los puños. La gran serpiente, disgustada por el disturbio, abrió la boca de par en par y siseó furiosamente, pero los mortífagos no lo oyeron, tan jubilosos como estaban ante la humillación de Bellatrix y los Malfoy. La cara de Bellatrix, tan recientmente ruborizada de felicidad, se había vuelto de un feo y manchado rojo.
-No es prima nuestra, mi Señor, -gritó sobre el regocijo-. Nosotros… Narcissa y yo… nunca volvimos a ver a nuestra hermana desde que se casara con el sangresucia. Esa mocosa no tiene nada que ver con ninguna de nosotras, ni ninguna bestia con la que se haya casado.
-¿Qué dices tú, Draco? -preguntó Voldemort, y aunque su voz era queda, fue llevada claramente a través de silbidos y risotadas-. ¿Harás de canguro a los engendros?
El regocijo creció; Draco Malfoy miraba aterrorizado a su padre, que bajaba la mirada a su propio regazo, entonces captó la mirada de su madre. Ella sacudió la cabeza casi imperceptiblemente, después reasumió su propia mirada impasible hacia la pared opuesta.
-Ya basta, -dijo Voldemort, acariciando a la furiosa serpiente-. Ya basta.
Y la risa murió al instante.
-Muchos de nuestros más antiguos árboles familiares se han vuelto un poco descuidados con el paso del tiempo, -dijo cuando Bellatrix le miró fijamente, sin aliento e implorante-. ¿Qué debes podar y qué no para mantenerlo saludable? Cortas aquellas partes que amenazan la salud del resto.

-Si, mi Señor, -susurró Bellatrix, y sus ojos se inundaron de nuevo con lágrimas de gratitud-. ¡A la primera oportunidad!
-Debes hacerlo, -dijo Voldemort-. y en tu familia, al igual que en el mundo… debemos cortar el cáncer que nos infecta hasta que solo los de la sangre auténtica permanezcan…
Voldemort alzó la varita de Lucius Malfoy, apuntándola directamente a la figura que se revolvía lentamente suspendida sobre la mesa, y le dio una pequeña sacudida. La figura volvió a la vida con un gemido y empezó a luchar contra ataduras invisibles.
-¿Reconoces a nuestra invitada, Severus? -preguntó Voldemort.
Snape alzó los ojos a la cara que estaba bocabajo. Todos los mortifagos estaban mirando hacia la cautiva ahora, ya que se les había dado permiso para mostrar curiosidad. Cuando volvió la cara hacia la luz del fuego, la mujer dijo con voz rota y aterrada.
-¡Severus! ¡Ayúdame!
-Ah, si, -dijo Snape cuando la prisionera volvió a girar lentamente hacia otro lado.
-¿Y tú, Draco? -preguntó Voldemort, acariciando el hocico de la serpiente con la mano libre de la varita. Draco sacudió la cabeza tirantemente. Ahora que la mujer había despertado, parecía incapaz de seguir mirándola.
-Pero no tendrás que asistir a sus clases, -dijo Voldemort-. Para aquellos de vosotros que no lo sepáis, nos reunimos aquí esta noche por Charity Burbage quien, hasta recientemente, enseñaba en la Escuela Hogwarts de Magia y Hechicería.
Se produjeron pequeños ruidos de comprensión alrededor de la mesa. Una mujer ancha y encorvada

con dientes puntiagudos cacareó.
-Si… la profesora Burbage enseñaba a los hijos de brujas y magos todo sobre los muggles…. como no son tan diferentes a nosotros…
Uno de los mortifagos escupió en el suelo. Charity Burbage volvió la cara de nuevo hacia Snape.
-Severus… por favor… por favor.
-Silencio, -dijo Voldemort, con otro golpe de la varita de Malfoy Charity cayó en silencio como amordazada-. No me alegra la corrupción y contaminación de las mentes de niños magos, la semana pasada la Profesora Burbage escritió una apasionada defensa de los sangresucia en el Profeta. Los magos, dijo, deben aceptar a ladrones de su conocimiento y magia. La mengua de los purasangre es, dice la Profesora Burbage, una circunstancia de lo más deseable…. Haría que todos nosotros nos emparejáramos con muggles… o, sin duda, con hombreslobo…
Nadie rio esta vez. No había duda de la furia y el descontento en la voz de Voldemort. Por tercera vez, Charity Burbage se revolvió para enfrentar a Snape. Corrían lágrimas desde sus ojos hasta su pelo. Snape le devolvió la mirada, impasible, mientras ella giraba otra vez lentamente.
-Avada Kedavra.
El destello de luz verde iluminó cada esquina de la habitación. Charity cayó con un resonante golpe sobre la mesa de abajo, que tembló y se partió. Varios de los mortífagos saltaron hacia atrás en sus sillas. Draco cayó fuera de la suya hasta el suelo.
-La cena, Nagini, -dijo Voldemort suavemente, y la gran serpiente se balanceó y se deslizó de su hombro hasta el suelo pulido.

CAPÍTULO DOS:



EN MEMORIA

Harry estaba sangrando. Agarrándose la mano derecha con la izquierda y jurando por lo bajo, abrió la puerta de su dormitorio con el hombro. Hubo un crujido de porcelana rota. Había pisado una taza de te frío que yacía sobre el suelo fuera de la puerta de su dormitorio.

-Que dem…

Miró a su alrededor, el descansillo del número cuatro de Privet Drive, estaba desierto. Posiblemente la taza de te fuera la idea que tenía Dudley de lo que sería una hábil trampa cazabobos. Manteniendo la mano sangrante elevada, Harry reunió los fragmentos de la taza con la otra mano y los tiró dentro de la ya repleta papelera que apenas se veía dentro del dormitorio. Luego con fuertes pisadas fue hacia el baño para poner el dedo debajo del grifo.

Era estúpido, inconveniente e irritante más allá de lo creíble que todavía le faltaran cuatro días para poder hacer magia… pero tenía que admitir ante si mismo que ese sinuoso corte en el dedo podría haberlo derrotado. Nunca había aprendido a curar heridas, y ahora que pensaba en ello –particularmente a la luz de sus planes inmediatos- este parecía un serio fallo en su educación mágica. Haciendo una nota mental de pedirle a Hermione que le enseñara a hacerlo, uso un gran puñado de papel higiénico para limpiar tanto te como pudo, antes de volver al dormitorio y cerrar la puerta de un golpe tras de sí.

Harry había pasado la mañana vaciando completamente el baúl del colegio por primera vez desde que lo había empacado seis años atrás, desde comienzo de los años de internado escolar, hasta ahora apenas había tocado las tres cuartas partes superiores y las había reemplazado o renovado, dejando una capa de restos varios en el fondo, viejas plumas, ojos de escarabajo disecados, calcetines sueltos que ya no le servían. Minutos antes Harry había hundido la mano en esa porquería, experimentando un dolor punzante en el cuarto dedo de la mano derecha y al sacarla había visto un montón de sangre.

Ahora procedió con algo más de cuidado. Arrodillándose junto al baúl, tanteó el fondo y después de retirar una vieja insignia que cambiaba débilmente entre "Apoyen a CEDRIC DIGGORY y POTTER APESTA", un resquebrajado y gastado chivatoscopio y un relicario de oro dentro del cual una nota firmada R.A.B había estado escondida, finalmente descubrió el borde afilado que había causado el daño. Lo reconoció enseguida. Era un fragmento de dos pulgadas de largo del espejo encantado que su padrino, ahora muerto,

Sirius, le había dado. Harry lo dejo a un lado y tanteó cautamente en el baúl buscando el resto, pero no quedaba nada más del último regalo de su padrino salvo vidrio pulverizado que se adhería como arena brillante a la capa más profunda de restos.
Harry se sentó derecho y examinó el mellado pedazo con el que se había cortado, sin ver nada más que sus propios brillantes ojos verdes reflejados en él. Luego puso el fragmento sobre El Profeta de esa mañana, que descansaba sobre la cama sin leer, e intentó contener el repentino flujo de amargos recuerdos, las puñaladas de añoranza y nostalgia que el descubrimiento del espejo roto habían ocasionado, atacando el resto de la basura que había en el baúl.
Le llevó otra hora vaciarlo completamente, tirar las cosas inútiles y clasificar las restantes en pilas de acuerdo a si iba a necesitarlas o no a partir de ahora. Los uniformes del colegio y de Quidditch, el caldero, pergaminos, plumas y la mayoría de los libros de texto fueron apilados en una esquina, para ser dejados atrás. Se preguntaba que harían su tía y su tío con ellos; probablemente quemarlos a altas horas de la noche como si fueran las pruebas de algún horrendo crimen. Su ropa muggle, la capa de invisibilidad, el equipo para fabricar pociones, algunos libros, el álbum de fotos que Hagrid le había obsequiado una vez, un puñado de cartas y su varita habían sido empacadas nuevamente en una vieja mochila. En un bolsillo delantero coloco el mapa del merodeador y el relicario con la nota firmada R.A.B. Al relicario le había otorgado ese lugar de honor no debido a su valor –era inútil en todos los sentidos prácticos- sino debido a lo que había costado obtenerlo.
Esto dejaba un considerable fajo de periódicos sobre el

escritorio, al lado de su nevada lechuza, Hedwig. Uno por cada día que había pasado en Privet Drive ese verano.
Se levantó del suelo, se estiró y cruzó la habitación hacia el escritorio. Hedwig no hizo ni un movimiento cuando empezó a hojear los periódicos, tirándolos a la pila de basura uno por uno. La lechuza estaba dormida, o lo fingía, estaba enfadada con Harry por la limitada cantidad de tiempo que en ese momento se le permitía pasar fuera de la jaula.
Mientras se acercaba al fondo de la pila de periódicos, Harry aminoró la velocidad, buscando un ejemplar en particular que sabía que había llegado poco después de haber llegado él a Privet Drive a pasar el verano; recordaba que en la primera página había habido una pequeña mención sobre la renuncia de Charity Burbage, la profesora de Estudios Muggles de Hogwarts. Al final lo encontró. Yendo a la página diez se hundió en la silla del escritorio y releyó el artículo que había estado buscando.

ALBUS DUMBLEDORE RECORDADO

POR ELPHIAS DODGE

Conocí a Albus Dumbledore a la edad de once años en nuestro primer día en Hogwarts. Nuestra mutua atracción se debió sin duda al hecho de que ambos nos sentíamos forasteros. Yo por mi parte había contraído fiebre del dragón poco antes de llegar al colegio, y aunque ya no era contagioso, mi rostro picado y el tinte verdoso no alentaban a muchos a que se me

acercaran. Por su parte Albus había llegado a Hogwarts con la carga de la no deseada notoriedad. Apenas un año antes su padre Percival había sido apresado por un salvaje y bien publicitado ataque contra tres jóvenes Muggles.
Albus nunca intentó negar que su padre (que murió en Azkaban) hubiera cometido ese crimen, al contrario, cuando reuní valor para preguntarle me aseguró que sabía que su padre era culpable. Aparte de eso, Dumbledore se negaba a hablar del triste asunto, aunque muchos trataron de que lo hiciera. Algunos, incluso, estaban dispuestos a alabar la acción de su padre y asumieron que también Albus era enemigo de los muggles. No podían haber estado más equivocados: ya que cualquiera que conociera a Albus podría haber atestiguado que jamás reveló ni la más remota tendencia anti-muggle. Es más, su decidido apoyo a los derechos de los muggles le ganó muchos enemigos en los años subsiguientes.
Sin embargo, en cuestión de meses la propia fama de Albus comenzó a eclipsar la de su padre. Al finalizar el primer año ya nunca más sería conocido como el hijo del enemigo de los muggles, sino nada más y nada menos que como el más brillante alumno visto nunca vez en el colegio. Aquellos de nosotros que tuvimos el privilegio de ser sus amigos nos beneficiamos de su ejemplo, por no mencionar su ayuda y estímulo, con los cuales siempre era generoso. Más tarde me

confesó que incluso entonces había sabido que su mayor placer sería siempre la enseñanza.
No solo ganó cada premio por mérito que ofrecía el colegio sino que pronto estuvo manteniendo correspondencia regularmente con los más notables magos de renombre de la época, incluyendo a Nicolas Flamel, el celebrado alquimista; Bathilda Bagshot, la notoria historiadora; y Adalbert Waffling el mago teórico. Varios de sus documentos se abrieron camino hasta conocidas publicaciones, como Transfiguración Hoy, Los Retos de los Encantamientos y Pociones Prácticas. La futura carrera de Dumbledore parecía que iba a ser meteórica y la única pregunta a considerar era cuándo iba a convertirse en Ministro de Magia. Sin embargo aunque en años posteriores se predijo varias veces que estaba a punto de aceptar el trabajo, nunca tuvo ambiciones ministeriales.
Tres años después de que hubiéremos comenzado en Hogwarts el hermano de Albus, Aberforth, llegó al colegio. No se parecían; Aberforth nunca fue carismático, y al contrario que Albus, prefería arreglar las disputas con duelos en lugar de a través de discusiones razonables. Sin embargo es bastante erróneo afirmar, como algunos han hecho, que los hermanos no eran amigos. Se llevaban tan bien como podrían hacerlo dos muchachos tan diferentes. Para ser justos con Aberforth, se debe admitir que vivir

bajo la sombra de Albus no puede haber sido una experiencia totalmente cómoda. Ser continuamente eclipsado era el riesgo inherente de ser su amigo y ser su hermano no debe haber sido mucho más placentero. Cuando Albus y yo dejamos Hogwarts habíamos planeado hacer juntos la entonces tradicional vuelta al mundo, visitando y observando a magos extranjeros antes de proseguir con nuestras respectivas carreras. Sin embargo la tragedia intervino. En la misma víspera de nuestra partida, la madre de Albus, Kendra murió. Dejando a Albus como el cabeza y único sustento de la familia. Pospuse mi partida lo suficiente como para presentar mis respetos en el funeral de Kendra y luego partí para lo que ahora sería un viaje solitario. Con un hermano y hermana más jóvenes a los que cuidar, y con poco dinero heredado, ya no había dudas de que Albus no me acompañaría.
Ese fue el período de nuestras vidas en el que menos contacto tuvimos, le escribí a Albus contándole, tal vez insensiblemente, de las maravillas de mi viaje, narrándole desde escapadas por los pelos de chimaeras en Grecia hasta experimentos llevados a cabo por los alquimistas egipcios. Sus cartas me decían poco de su vida diaria, que adivinaba debía ser extremadamente aburrida para tan brillante mago. Inmerso en mis propias experiencias fue con horror que escuché ya cerca del final de mi viaje

de un año, que otra tragedia más había golpeado a los Dumbledore; la muerte de su hermana Ariana.
Aunque Ariana había sufrido de mala salud desde hacía algún tiempo, el golpe, acaecido tan poco tiempo después de la pérdida de su madre, tuvo un profundo efecto en ambos hermanos. Todas las personas cercanas a Albus –y me cuento a mí mismo entre ese afortunado número- coincidimos en que la muerte de Ariana, y los sentimientos de Albus de que se sentía personalmente responsable (aunque por supuesto que no tuvo la culpa) dejaron una marca permanente en él.
Regresé a casa para encontrarme a un hombre joven que había experimentado sufrimientos reservados para una persona de mayor edad. Albus era más reservado que antes, y mucho menos alegre. En adición a su desdicha, la pérdida de Ariana, había llevado, no a una renovada cercanía entre Albus y Aberforth, sino a un alejamiento (con el tiempo este se disiparía… en años posteriores restablecieron si no una relación cercana al menos una ciertamente cordial). De todas formas, de allí en adelante habló muy raramente de sus padres o de Ariana y sus amigos aprendimos a no mencionarlos.
Otras plumas describirán los triunfos de los años subsiguientes. Las innumerables contribuciones de Dumbledore al cúmulo de conocimientos sobre hechicería, incluyendo el descubrimiento de los doce usos de la

sangre de dragón que beneficiaría a las generaciones por venir, así como la sabiduría que desplegaba en los muchos juicios que efectuó siendo Brujo Supremo del Winzegamot. Aún se comenta que ningún duelo entre brujos superó nunca al sostenido entre Dumbledore y Grindelwald en 1945. Los que lo presenciaron han escrito acerca del terror y el asombro que sintieron al observar a esos dos extraordinarios brujos batallar. El triunfo de Dumbledore y sus consecuencias para el mundo de la hechicería son considerados un punto culminante en la historia de la magia, comparable a la introducción del Estatuto Internacional de Reserva o la caída de El-que-no-debe-ser-nombrado.

Albus Dumbledore nunca fue soberbio ni vano; podía encontrar algo que valorar en cualquier persona, sin importar cuan aparentemente insignificante o ruin fuera, y creo que sus tempranas pérdidas lo dotaron de gran humanidad y compasión. Extrañaré su amistad más de lo que puedo expresar, pero mi pérdida no es nada comparada con la del mundo de la magia. No se puede cuestionar que fue el más inspirado y amado director de Hogwarts. Murió como vivió, trabajando siempre por el bien mayor y hasta su última hora tan deseoso de tender la mano a un pequeño niño con fiebre de dragón como el primer día que le conocí.

Harry terminó de leer pero continuó mirando la foto que aparecía acompañando el obituario. Dumbledore lucía su acostumbrada sonrisa gentil, pero como miraba por encima de sus medias gafas, daba la impresión, incluso desde el periódico, de que miraba a Harry con rayos X, provocando que la tristeza se entremezclara con una sensación de humillación.

Él había creído conocer a Dumbledore bastante bien, pero desde que había leído el obituario se había visto forzado a reconocer que apenas si le conocía. Ni una sola vez se había imaginado la niñez y la juventud de Dumbledore, era como si hubiera nacido tal como Harry lo había conocido, venerable, con el cabello plateado y anciano. La idea de un Dumbledore adolescente era sencillamente extraña, como tratar de imaginarse a una Hermione estúpida o a un escreguto de cola explosiva amistoso.

Nunca había pensado en preguntarle a Dumbledore acerca de su pasado. Sin duda se hubiera sentido extraño, impertinente incluso, pero después de todo era de común conocimiento que Dumbledore había tomado parte en ese legendario duelo con Grindelwald, y a Harry no se le había ocurrido preguntarle como había sido eso, ni acerca de ninguno de sus otros famosos logros. No, siempre habían hablado de Harry, el pasado de Harry, el futuro de Harry, los planes de Harry… y a Harry le parecía ahora que a pesar del hecho de que su futuro fuera tan peligroso e incierto, había perdido irremplazables oportunidades al haber omitido preguntarle a Dumbledore más cosas acerca de su vida. Aunque sospechaba que la única pregunta personal que jamás le había hecho a su Director era también la única que Dumbledore no había respondido honestamente.

¿Qué ve cuando mira en el espejo?
¿Yo? Me veo a mi mismo sosteniendo un grueso par de calcetines de lana.
Después de considerarlo unos minutos, Harry arrancó el obituario de El Profeta, lo dobló cuidadosamente y lo metió dentro del primer volumen de Defensa Mágica Práctica y sus Usos Contra las Artes Oscuras. Luego tiró el resto del periódico a la pila de basura y se giró enfrentando la habitación. Estaba mucho más ordenada. La única cosa fuera de lugar era El Profeta del día de hoy, aún tirado sobre la cama con el trozo de espejo roto encima.
Harry cruzó la habitación, corrió el fragmento de espejo sacándolo de encima de El Profeta del día, y desdobló el periódico. Cuando esa mañana temprano había recogido el periódico enrollado traído por la lechuza repartidora, apenas le había echado un vistazo al titular y después de advertir que no decía nada acerca de Voldemort lo había hecho a un lado. Harry estaba seguro que el Ministerio estaba presionando a El Profeta para que suprimiera las noticias sobre Voldemort. Por lo que ahora mismo cuando vio lo que se había perdido.
Atravesando la segunda mitad de la página principal había un titular más pequeño colocado sobre una foto de Dumbledore caminando a zancadas, con aspecto apurado.

> *Dumbledore ¿Al fin la verdad? La próxima semana la conmocionante historia del imperfecto genio considerado por muchos el más grandiosos mago de su generación. Despojándole de la imagen popular de serena sabiduría bajo la barba plateada, Rita Skeeter*

revela la trastornada infancia, la desenfrenada juventud, las eternas enemistades, y los secretos culpables que Dumbledore se llevó a la tumba. ¿POR QUÉ el hombre hecho para ser Ministro de Magia se contentó con ser un mero Director? ¿CUÁL era el propósito real de la organización secreta conocida como la Orden del Fénix? ¿CÓMO encontró verdaderamente Dumbledore su final?
La respuesta a estas y muchas otras preguntas serán exploradas en la nueva y explosiva biografía, Vida y Mentiras de Albus Dumbledore, por Rita Skeeter, exclusivamente entrevistada por Barry Braithwaite, página 13 en el interior.

Harry abrió el periódico de un tirón y encontró la página trece. El artículo estaba encabezado por una foto que mostraba otra cara familiar: una mujer que usaba gafas enjoyadas con el cabello peinado en rizos rubios muy elaborados, los dientes sobresalían en lo que claramente se veía que era una sonrisa triunfal, meneando los dedos ante él. Haciendo lo que pudo por ignorar esa nauseabunda imagen, Harry continuó leyendo

En persona Rita Skeeter es mucho más cálida y suave de lo que los famosos retratos hechos con su feroz pluma puedan sugerir. Me dio la bienvenida en el vestíbulo de su acogedor hogar y me condujo directamente a la cocina para ofrecerme una taza de té, una pedazo de tarta, y no hace falta que lo diga, un humeante cubo de los más novedosos chismes.

-Bueno por supuesto que Dumbledore es el sueño de un cronista, dijo Skeeter, con una vida tan larga y plena. Estoy segura de que mi libro será el primero de muchos, muchos otros.
Skeeter fue ciertamente rápida Había terminado el libro de novecientas páginas, solamente cuatro semanas después de la misteriosa muerte de Dumbledore acaecida en junio.
Le pregunté como se las había arreglado para llevar a cabo esa proeza tan increíblemente rápido.
-Oh, cuando has sido periodista tanto tiempo como yo, trabajar con plazos límite se convierte en tu segunda naturaleza. Sabía que el mundo de la magia clamaba por la historia completa y quería ser la primera en complacer esa necesidad.
Mencioné la reciente nota ampliamente divulgada de Elphias Doge, Consejero Especial del Wizengamot y perpetuo amigo de Albus Dumbledore, que dice "El libro de Skeeter contiene menos hechos que una tarjeta de las que encuentras en las Ranas de Chocolate".
Skeeter echó atrás la cabeza y se rió.
-¡Querido Dodgy! Recuerdo haberle entrevistado hace unos años acerca de los derechos de las sirenas, que Dios lo bendiga. Está completamente gaga, parecía pensar que estábamos sentados en el fondo del Lago Windermere, continuaba diciéndome que tuviera cuidado con las truchas.
Y aún así las acusaciones de inexactitudes de Elphias Doge han echo eco en muchos lugares.

¿Realmente Skeeter piensa que cuatro cortas semanas son suficientes para tener un cuadro completo de la larga y extraordinaria vida de Dumbledore?

-Oh, querido, sonríe Skeeter golpeándome afectuosamente los nudillos, ¡sabes tan bien como yo cuanta información puede ser generada con una bolsa de galeones, una negativa a escuchar la palabra "no" y una linda y afilada Pluma Citas-Rápidas! De todas formas la gente hacía cola para entregarme en bandeja los chanchullos de Dumbledore. No todos pensaban que era tan maravilloso, sabes. Pisó una horrible cantidad de importantes pies. Pero el viejo Dodgy Doge puede ir bajándose de su alto hipogrifo, porque tuve acceso a una fuente por la que la mayoría de los periodistas hubieran agitado sus varitas, una que nunca había hablado en público antes y que estuvo muy unida a Dumbledore durante la más turbulenta y angustiosa etapa de su juventud. La publicidad anticipada de la biografía de Skeeter había sugerido que ciertamente habría abundantes sobresaltos para aquellos que creían que Dumbledore había llevado una vida libre de culpas. ¿Cuáles eran las grandes sorpresas que encubría? Le pregunté.

-Venga, vamos, déjalo, Betty, ¡no voy a revelar todo lo destacable antes de que nadie compre el libro! Skeeter se echó a reír, pero te prometo que cualquiera que todavía piense que Dumbledore era tan blanco como su barba ¡es susceptible a sufrir un crudo despertar! Digamos solamente que nadie que lo haya oído

rabiar contra Ya-sabes-quien hubiera soñado que él mismo chapoteó en las Artes Oscuras en su juventud. Y para un brujo que pasó sus últimos años defendiendo la tolerancia, no era exactamente abierto de mente cuando era más joven. Si, Albus Dumbledore tiene un pasado extremadamente oscuro, por no mencionar una familia muy sospechosa, que se empeñó muy duro en mantener oculta.
Pregunté a Skeeter si iba a hacer referencia al hermano de Dumbledore, Aberforth, que fue encarcelado por mal uso de la magia por el Wizengamot causando un escándalo menor quince años atrás.
-Oh, Aberforth es solo la punta del montón de estiércol, se rió Skeeter, No, no. Estoy hablando de algo mucho peor que un hermano con una afición a enredarse con cabras, aún peor que un padre mutilador de muggles... De cualquier forma Dumbledore no pudo mantener a ninguno de los dos entre las sombras, el Wizengamot presentó cargos contra ambos. No, eran la madre y la hermana las que me intrigaban y escarbando un poco descubrí un verdadero nido de asquerosidades, pero como dije, tendrás que esperar a los capítulos nueve a doce para obtener los detalles completos. Todo lo que puedo decir ahora es que no me extraña que Dumbledore nunca hablara acerca de cómo se rompió la nariz.
¿No obstante los esqueletos familiares, negaba Skeeter la brillantez que llevó a Dumbledore a hacer varios descubrimientos mágicos?
-Tenía cerebro, concedió, aunque ahora muchos

se preguntan si realmente puede llevarse todo el crédito de todos sus supuestos logros. Como revelo en el capítulo dieciséis, Ivon Dillonsby, reclama que ya había descubierto ocho usos de la sangre de dragón cuando Dumbledore tomó "prestados" sus documentos.
Pero la importancia de algunos de los logros de Dumbledore, no puede, presumo, ser negada. ¿Qué me dice de la famosa derrota de Grindelwald?
-Oh, me alegra que haya nombrado a Grindelwald, dijo Skeeter con una sonrisa exasperada, me temo que esos que ven con inocentes y confiados ojos la espectacular victoria de Dumbledore, deben prepararse a sí mismos para una bomba… o tal vez una bomba de estiércol. Un asunto muy sucio en verdad. Todo lo que diré es que no estén tan seguros de que realmente hubo un espectacular duelo de leyenda. Después de leer mi libro la gente puede verse forzada a concluir que Grindelwald sencillamente conjuró un pañuelo blanco de la punta de su varita y se rindió tranquilamente.
Skeeter se negó a revelar nada más acerca de este intrigante tema, por lo que nos volcamos en la relación que seguramente fascinará a sus lectores más que cualquier otra.
-Oh, si, dijo Skeeter, asintiendo vivamente, dedico un capitulo entero a la relación Potter-Dumbledore. Ha sido llamada poco saludable, incluso siniestra. Nuevamente, los lectores tendrán que comprar el libro para obtener la historia completa, pero no hay duda de que Dumbledore tenía un interés poco natural en

Potter, ya que estamos. Si eso fue realmente para bien del muchacho... bien ya lo veremos. Es ciertamente un secreto a voces que Potter ha tenido una adolescencia de lo más problemática.
Pregunté a Skeeter si aún se mantenía en contacto con Harry Potter, a quien tan célebremente había entrevistado el año pasado, en un importante avance en el que Potter hablaba en exclusiva de su convicción de que Ya-saben-quien había regresado.
-Oh, si desarrollamos un lazo íntimo, dijo Skeeter, pobre Potter tiene muy pocos amigos verdaderos, y nos conocimos en uno de los momentos de su vida en el que más duramente fue puesto a prueba... El Campeonato de los Tres Magos. Probablemente soy una de las pocas personas con vida que puede decir que conoce al verdadero Harry Potter.
Lo que nos lleva a los muchos rumores que aún circulan acerca de las últimas horas de Dumbledore. ¿Piensa Skeeter que Potter estaba allí cuando Dumbledore murió?
-Bueno no quiero decir demasiado... está todo en el libro... pero testigos dentro del castillo de Hogwarts vieron a Potter salir corriendo de la escena, momentos después de que Dumbledore cayera, saltara o fuera empujado. ... después se encontraron evidencias contra Severus Snape un hombre contra el cual Harry siente un notorio rencor. ¿Es todo lo que parece? Eso queda a juicio de la Comunidad Mágica... una vez que haya leído mi libro.
Con esa intrigante nota me despido. No hay

duda de que Skeeter ha escrito un bestseller instantáneo. Mientras que las legiones de admiradores de Dumbledore puede que estén temblando ante lo que pronto saldrá a la luz acerca de su héroe.

Harry llegó al final del artículo pero continuó mirando la página inexpresivamente. La repulsión y la furia ascendieron en él como si fuera a vomitar. Hizo una bola con el periódico y lo arrojó con todas sus fuerzas, contra la pared, donde fue a reunirse con el resto de la basura apilada alrededor de la repleta papelera. Empezó a caminar a zancadas, ciegamente, por la habitación, abriendo cajones vacíos y levantando libros solo para volverlos a dejar en las mismas pilas, apenas consciente de lo que estaba haciendo, mientras frases al azar del artículo de Rita hacían eco en su cabeza: Un capítulo entero a la relación Potter-Dumbledore... Ha sido llamada poco saludable, incluso siniestra... el mismo chapoteó en las artes oscuras en su juventud... tuve acceso a una fuente por la que la mayoría de los periodistas hubieran agitado sus varitas...

-¡Mentiras! -gritó Harry, y a través de la ventana vio como el vecino de la casa de al lado, que había hecho una pausa mientras segaba el césped, miraba nerviosamente hacia arriba.

Harry se sentó en la cama con fuerza. El pedazo roto de espejo danzó lejos de él; lo levantó y le dio vuelta entre los dedos, pensando... pensando en Dumbledore y en las mentiras con que Rita Skeeter le estaba difamando...

Hubo un relámpago de brillante azul. Harry se quedó congelado, el dedo lastimado deslizándose sobre el mellado borde del vidrio otra vez. Debía habérselo

imaginado, seguramente. Miro por encima del hombro, pero la pared lucía el enfermizo tono durazno que su tía Petunia había elegido. No había nada azul allí que pudiera ser reflejado por el espejo. Volvió a mirar el fragmento de espejo nuevamente, sin ver otra cosa que sus brillantes ojos verdes devolviéndole la mirada.

Se lo había imaginado, no había otra explicación. Lo había imaginado por haber estado pensando en su director muerto. Si de algo era seguro, era que los brillantes ojos azules de Albus Dumbledore, nunca le atravesarían otra vez.

Capítulo Tres:



La despedida de los Durlsey

El sonido al cerrarse de golpe la puerta delantera hizo eco a través de las escaleras y una voz rugió, “Eh! Tu!”Luego de dieciséis años tratado de esa manera Harry no tuvo ninguna duda a quién su tío llamaba, sin embargo, no respondió inmediatamente. Él todavía estaba con el fragmento estrecho de espejo en el cual, por un segundo, había creído ver los ojos de Dumbledore. Esto antes que su tío gritara, “MUCHACHO!”, Harry bajo lentamente de la cama y se dirigió hacia la puerta del dormitorio, deteniéndose brevemente para agregar el pedazo del espejo quebrado a la mochila llena de cosas que llevaría consigo. “Te tomo el tiempo!” rugió Vernon Dursley cuando Harry apareció en el borde de las escaleras,

-Ven aqui abajo. Quisiera decirte una palabra!-

Harry bajo, con sus manos metidas profundamente en los bolsillos de los pantalones. Cuando entro en el salon encontró los tres Dursleys. Estaban vestidos para el viaje; Tío Vernon con una vieja chaqueta rasgada y Dudley, el ancho, rubio, musculoso primo de Harry en su chaqueta de cuero.
-¿Si? -preguntó Harry.
-¡Siéntate! -dijo Tío Vernon.
Harry alzó las cejas-. ¡Por favor! -añadió Tío Vernon, haciendo unaligera mueca cuando la palabra se le atascó en la garganta.Harry se sentó. Creyó saber lo que estaba por venir. Su tío empezó a pasearse arriba y abajo, Tía Petunia y Dudley seguían sus movimientos con expresiones ansiosas. Finalmente, su grancara púrpura se arrugó con concentración. Tío Vernon se detuvo delante de Harry y habló.
-He cambiado de opinión, -dijo.
-Que sorpresa, -dijo Harry.
-No me vengas con ese tono… -empezó Tía Petunia con voz chillona, pero Vernon Dursley leindicó con un gesto que se calmara.
-Todo eso son un montón de tonterías, -dijo Tío Vernon, mirando fijamente a Harry con susojillos de cerdo-. He decidido no creer ni una palabra de ello. Nos quedamos aquí, no vamos a ir a ninguna parte.Harry levantó la mirada hacia su tío y sintió una mezcla de exasperación y asombro. Vernon Durley había estado cambiando de opinión cada veinticuatro horas en las últimas cuatro semanas, haciendo y deshaciendo y rehaciendo las maletas sobre el auto a cada cambio de pensamiento.
El momento preferido de Harry habia sido cuando tio Vernon sin saber que Dudley habia agregado las pesas en su maleta desde la ultima vez que habian reempaquetado, habia tentado de alzarlo nuevamente

dentro del cargador y se habia derrumbado con un gañido de dolor y tantos juramentos.
-Según tú, -dijo Vernon Durley ahora resumiendo y caminando adelante y atras por el salon -Nosotros.. Petunia, Dudley y yo…estamos en peligro. Por… por…
- Algo en "mi parte" derecha? - dijo Harry.
- Bien yo no creo eso, - repitio tio Vernon, acercandose adelante de Harry de nuevo - he estado despierto la mitad de la noche pensando en todo esto, y creo que es un complot para quedarte con la casa.
-¿La casa? -repitió Harry-. ¿Qué casa?
-¡Esta casa! -chilló Tío Vernon, la vena de su frente empezaba a latir-. ¡Nuestra casa! Los precios de las casas están por los cielos en esta zona! Quieres quitarnos de en medio y entonces harás eso de hocus-pocus y antes de que lo sepamos la escritura estará a tu nombre y…
-¿Has perdido la cabeza? -exigió Harry-. ¿Un complot para conseguir esta casa? ¿Realmente eres tan estúpido como pareces?
-¡No te atrevas…! - chilló Tía Petunia, pero de nuevo, Vernon le indicó que se calmara. Los desaires, a su modo de ver, al parecer, no eran nada frente al peligro que había divisado.
-Por si lo has olvidado, -dijo Harry-. Yo ya tengo una casa, mi padrino me dejó una. ¿Así que para qué querría esta? ¿Por todos los recuerdos felices? Se hizo un silencio. Harry creyó haber impresionado bastante a su tío con este argumento.
-Afirmas, -dijo Tío Vernon, empezando a pasearse de nuevo-, que este Lord Lo que sea….
-… Voldemort, -dijo Harry impacientemente-, y hemos pasado por esto cientos de veces ya. No lo afirmo, es

un hecho. Dumbledore te lo dijo el año pasado, y Kingsley y el Señor Weasley…
Vernon Dursley encorvó los hombros furiosamente, y Harry supuso que su tío tenía intención de evitar menciones a la visita no anunciada, a los pocos días de las vacaciones de verano de Harry, de dos magos adultos. La llegada a los escalones de entrada de Kingsley Shacklebolt y Arthur Weasley había sido una sorpresa de lo más incómoda para los Dursley. Harry tenía que admitir, sin embargo, que como el Señor Weasley había demolido medio salón, su reaparición podía no haber sido esperada con ansia por Tío Vernon.
-… Kingsley y el Señor Weasley te lo explicaron todo también -presionó Harry sinremordimientos-. Una vez cumpla diecisiete años, el encantamiento protector que me mantiene a salvo se romperá, y eso os dejará expuestos a vosotros al igual que a mí. La Orden está segura que de Voldemort irá a por vosotros, ya sea para torturaros para intentar averiguar donde estoy, o porque crea que manteniéndoos como rehenes yo iré e intentaré rescataros. Los ojos de Tío Vernon y Harry se encontraron. Harry estuvo seguro en ese instante de queambos se preguntaban lo mismo. Entonces Tío Vernon siguió caminando y Harry continuó.
-Tenéis que ocultaros y la Orden quiere ayudar. Se os ha ofrecido protección seria, la mejor que hay. Tio Vernon no dijo nada, pero continuó paseando arriba y abajo. Fuera el sol colgaba más bajo que los setos privados. El cortacésped del vecino de la puerta de al lado se caló de nuevo.
-¿No había un Ministerio de Magia? -preguntó Vernon Dursley bruscamente.
-Lo hay, -dijo Harry, sorprendido.

-Bien, ¿entonces, por qué no pueden protegernos? ¡A mí me parece que, como víctimas inocentes, culpables solo de dar cobijo a un hombre marcado, deberíamos reunir los requisitos para la protección gubernamental!
Harry rió; no pudo contenerse. Era muy típico de su tío poner sus esperanzas en las autoridades, incluso dentro de este mundo que despreciaba y en el que no confiaba.
-Ya oiste lo que dijeron el Señor Weasley y Kingsley, -replicó Harry-. Creemos que se han infiltrado en el Ministerio. Tío Vernon se acercó a zancadas a la chimenea y volvió hacia atrás, respirando tan pesadamente que su gran mostacho negro se sacudía, con la cara todavía púrpura por la concentración.
-Muy bien, -dijo, deteniéndose de nuevo delante de Harry-. Muy bien, digamos, por el bien de la discusión, que aceptamos esta protección. Aún así no veo por qué no podemos tener a ese tipo, Kingsley.
Harry se las arregló para no poner los ojos en blanco, pero con dificultad. Esta pregunta también había sido formulada media docena de veces.
-Como te he dicho, -dijo a través de los dientes apretados- Kingsley está protegiendo al Primer Ministro mug... quiero decir, a vuestro Primer Ministro.
-¡Exactamente... es el mejor! -dijo Tío Vernon, señalando a la negra pantalla del televisor. Los Dursley habían divisado a Kingsley en las noticias, caminando discretamente tras el Primer Ministro Muggle mientras este visitaba un hospital. Esto, y el hecho de que Kingsley había dominado con maestría el talento para vertir como un muggle, por no mencionar una cierta cualidad tranquilizadora en su voz lenta y profunda, habían provocado que los Dursle yaceptaran a Kingsley como ciertamente no habían hecho con ningún otro

mago, aunque era cierto que nunca le había visto en acción.
-Bueno, está cogido -dijo Harry-. Pero Hestia Jones y Dedalus Diggle están más que preparados para el trabajo...
-Si hubieramos visto curriculums.. - empezó Tío Vernon, pero Harry perdió la paciencia.Poniéndose en pie avanzó hacia su tío, ahora señalando al mismo televisor.
-Esos accidente no son accidentes... los choques, explosiones y descarrilamientos y todo lodemás que ha ocurrido desde que vimos por última vez las noticias. La gente está desapareciendo y muriendo y él está detras... Voldemort. Te lo he dicho una y otra vez, mata muggles por diversión. Incluso la niebla... está causada por los dementores, ¡y si no puedes recordar lo que son pregúnta a tu hijo! Las manos de Dudley saltaron hacia arriba para cubrirse la boca. Con los ojos de Harry y los de sus padres sobre él, las volvió a bajar lentamente y preguntó.
-¿Hay... más de ellos?
-¿Más? -rió Harry-. ¿Más aparte de los dos que nos atacaron, quieres decir? Por supuesto que los hay, hay cientos, quizá miles ahora, viendo como los alimentan de miedo y desesperación...
-Muy bien, muy bien, -fanfarroneó Vernon Dursley-, has dejado claro tu punto de vista...
-Eso espero, -dijo Harry- porque una vez cumpla diecisiete, todo ellos... mortifagos, dementores, quizás incluso inferis... que son cadáveres encantados por un mago oscuro...podrán encontraros y ciertamente atacaros. Y si recordáis la última vez que intentasteis huir de magos, creo que estaréis de acuerdo en que necesitáis ayuda.

Hubo un breve silencio en el que el eco distante de Hagrid echando abajo una puerta principal de madera pareció reverberar a través de los años transcurridos. Tía Petunia estaba mirando a Tío Vernon; Dudley estaba mirando fijamente a Harry. Finalmente Tío Vernon barbotó.
-¿Pero y mi trabajo? ¿Y la escuela de Dudley? Supongo que esas cosas no les importan a una panda de magos fuera de la ley...
-¿No lo entiendes? -gritó Harry-. ¡Os torturarán y matarán como hicieron con mis padres!
-Papá, -dijo Dudley en voz alta-. Papá... yo me voy con esa gente de la Orden.
-Dudley, -dijo Harry- por primera vez en tu vida, hablas con sentido común. Sabía que la batalla estaba ganada. Si Dudley estaba lo bastante asustado como para aceptar la ayuda de la Orden, sus padres le acompañarían; No se discutiría la cuestión de separarse de su Duddykins. Harry miró fijamente al reloj de carrillón que había sobre la repisa de la chimenea.
-Llegarán aquí en unos cinco mintuos, -dijo, y antes de que los Dursley replicaran, abandonó la habitación. La perspectiva de separarse... probablemente para siempre... de su tía, su tío y su primo e ra algo que podía contemplar bastante alegremente, pero había no obstante una cierta torpeza en el aire. ¿Que decirse los unos a los otros después de dieciseis años de sólido desagrado?
De vuelta en su habitación, Harry se paseó sin rumbo fijo con su mochilla, después metió un par de golosinas para lechuza de la jaula de Hedwig.
-Nos marcharemos pronto, muy pronto, -le dijo Harry-. Y entonces podrás volar de nuevo.
Sonó el timbre de la puerta. Harry dudó, después volvió

a salir de su habitación y bajó las escaleras. Era mucho esperar que Hestia y Dedalus trataran con los Dursleys por su cuenta.
-¡Harry Potter! -chilló una voz excitada en el momento en que Harry abrió la puerta; un hombre pequeño con un sombrero alto color malva estaba inclinándose ante él con una profunda reverencia-. ¡Un honor, como siempre!
-Gracias, Dedalus, -dijo Harry, otorgando una pequeña y avergonzada sonrisa a una Hestia de pelo oscuro-. Es realmente amable por vuestra parte hacer esto… Están aquí, mi tía, mi tío y mi primo…
-¡Buen día tengáis, parientes de Harry Potter! -dijo Dedalus alegremente, entrando a zancadas en el salón. Los Dursleys no parecían en absoluto felices de que se dirigieran a ellos así; Harry casi esperaba otro cambio de opinión. Dudley se encogió contra su madre ante la visión de la bruja y el mago.
-Veo que ya han hecho el equipaje y están listos. ¡Excelente! El plan, como Harry les habrá contdo, es simple, -dijo Dedalus, sacando un inmenso reloj de bolsillo de su chaleco y examinándolo-. Debemos partir antes de que lo haga Harry. Debido al peligro de utilizar magia en su casa… siendo Harry todavía menor de edad, eso podría proporcionar al Ministerio una excusa para arrestarle… tendremos que conducir, digamos, diez millas o así, antes de Desaparecer hasta una localización segura que hemos escogido para ustedes. ¿Sabe conducir, verdad? -preguntó a Tío Vernon cortésmente.
-¿Que si sé…? ¡Por supuesto que sé endemoniadamente bien cómo conducir! -balbuceó Tío Vernon.
-Muy astuto por su parte, señor, muy astuto. Yo personalmente me vería absolutamente embaucado por

todos esos botones y palancas, -dijo Dedalus. Tenía claramente la impresión de estar haciendo un cumplido a Vernon Dursley, que estaba perdiendo visiblemente la confianza en el plan con cada palabra que Dedalus pronunciaba.
-Ni siquiera puede conducir, -murmuró por lo bajo, su mostacho se sacudía indignadamente, pero afortunadamente ni Dedalus ni Hestia parecieron oirle.
-Tú, Harry, -continuó Dedalus- esperarás aquí por tu guardia. Ha habido unos pequeños cambios en los arreglos…
-¿Qué quieres decir? -dijo Harry al instante-. Pensaba que Ojoloco iba a vernir y llevarme en una Aparición Conjunta.
-No puede ser, -dijo Hestia tensamente-. Ojoloco te lo explicará.
Los Dursley que había escuchado todo esto con miradas de absoluta incomprensión en sus caras, saltaron cuando se ojó una voz diciendo "'¡Aprisa!". Harry miró alrededor de la habitación antes de comprender que la voz había había sido emitida por el reloj de bolsillo de Dedalus.
-Muy cierto, operamos en un horario muy apretado, -dijo Dedalus, asintiendo hacia su reloj y volviendo a metérselo en el chaleco-. Estamos intentando sincronizar tu partida de la casa con la Desaparición de tu familia, Harry; así el encantamiento se romperá en el momento en que todos estemos de camino a la seguridad. -Se giró hacia los Dursleys-. Bueno, ¿todo recogido y listos para marchar?
Ninguno de ellos le respondió. Tío Vernon todavía miraba consternado el bulto en el bolsillo del chaleco de Dedalus.
-Quizás deberíamos esperar fuera en el vestíbulo,

Dedalus -murmuró Hestia. Sentía claramente que demostraría falta de tacto permanecer en la habitación mientras Harry y los Dursleys intercambiaban amorosas y posiblemente lagrimógenas despedidas.

-No hay necesidad, -murmuró Harry, pero Tío Vernon hizo cualquier otra explicación innecesaria diciendo ruidosamente.

-Bueno, esto es un adios entonces, chico.

Balanceó hacia arriba su brazo derecho para estrechar la mano de Harry, pero en el último momento pareció incapaz de afrontarlo, y simplemente cerró el puño y empezó a balancerase hacia atrás y hacia adelante como un metrónomo.

-¿Listo, Diddy? -preguntó Tía Petunia, comprobando meticulosamente el cierre de su bolso de mano para evitar mirar a Harry.

Dudley no respondió, sino que se quedó allí de pie con la boca ligeramente entreabierta, recordándole a Harry un poco al gigante, Grawp.

-Vamos entonces, -dijo Tío Vernon.

Ya estaba alcanzando la puerta del salón cuando Dudley murmuró.

-No entiendo.

-¿Qué no entiendes, popkin? -preguntó Tía Petunia, mirando a su hijo.

Dudley algó una mano grande como un jamón y señaló a Harry.

-¿Por qué él no viene con nosotros?

Tío Vernon y Tía Petunia se quedaron congelados donde estaba, mirando a Dudley como si acabara de expresar el deseo de convertirse en bailarina.

-¿Qué? -dijo Tío Vernon ruidosamente.

-¿Por qué no bien él también? -preguntó Dudley.

-Bueno, él… no quiere, -dijo Tío Vernon, girándose para

mirar a Harry y añadiendo-. No quieres, ¿verdad?
-En lo más mínimo, -dijo Harry.
-Ahí tienes, -dijo Tío Vernon a Dudley-. Ahora vamos, salgamos.
Salió marchando de la habitación. Oyeron la puerta delantera abrirse, pero Dudley no se movió y después de unos pocos pasos vacilantes Tía Petunia también se detuvo.
-¿Y ahora qué? -ladró Tío Venon, reapareciendo en el umbral.
Parecía que Dudley estaba luchando con conceptos demasiado difíciles para expresarlos con palabras. Varios momentos después de aparentemente dolorosa lucha interna dijo.
-¿Pero adónde va a ir?
Tía Petunia y Tío Vernon se miraron el uno al otro. Estaba claro que Dudley les estaba asustando. Hestia Jones rompió el silencio.
-Pero... seguramente sabés adonde va tu primo. -dijo, con aspecto desconcertado.
-Indudablemente lo sabemos, -dijo Vernon Dursley-. Se larga con una panda de los vuestros, ¿verdad? Vale, Dudley, entremos en el coche, ya has oído a este hombre, tenemos prisa.
De nuevo, Vernon marchó alejándose hacia la puerta delantera, pero Dudley no le siguió.
-¿Se larga con una panda de los nuestros?
Hestia estaba indignada. Harry se había encontrado con esta actitud antes. Las brujas y magos parecían sorprendidos porque sus parientes vivos más cercanos no mostraran el más mínimo interés en Harry Potter.
-Está bien, -la tranquilizó Harry-. No importa, de verdad.
-¿No importa? -repitió Hestia, alzando la voz-. ¿No

comprende esta gente por lo que has tenido que pasar? ¿El peligro en el que estás? La posición única que tienes en el corazón del movimiento anti-Voldemor?
-Eh... no, no lo comprenden, -dijo Harry-. Creen que soy un desperdicido de espacio, en realidad, pero estoy acostumbrado...
-Yo no creo que seas un desperdicio de espacio.
Si Harry no hubiera visto moverse los labios de Dudley, no se lo habría creído. Como así fue, miró fijamente a Dudley durante varios segundos antes de aceptar que debía haber sido su primo el que había hablado por una razón, Dudley se había vuelto rojo. El propio Harry estaba avergonzado y atónito.
-Bueno... eh... gracias, Dudley
De nuevo, Dudley pareció acosado por pensamientos demasiado dificiles de manejar, a juzgar por su expresión antes de refunfuñar.
-Me salvaste la vida.
-En realidad no, -dijo Harry-. Habría sido tu alma lo que se hubiera llevado el dementor...
Miraba con curiosidad a su primo. No habían tenido virtualmente ningún contacto durante este verano, ya que Harry había venido a Privet Drive muy brevemente, y había permanecido mucho tiempo en su habitación. Ahora se le ocurría a Harry, sin embargo, que la taza de té frio con lo que había tropezado esa mañana podría no haber sido una trampa estúpida después de todo. Aunque algo conmovido, se sintió no obstante bastante aliviado de que Dudley pareciera haber agotado su capacidad de expresar sus sentimientos. Después de abrir la boca una o dos veces más, Dudley cayó en un silencio con la cara escarlata.
Tia Petunia estalló en lágrimas. Hestia Jones le lanzó una mirada aprobadora que cambió a indignación

cuando Tía Petunia se adelantó y abrazó a Dudley en vez de a Harry.
-Que dulce, Dudders… -sollozó en el enorme pecho de su hijo-. Que chico tan encantador… dando las gracias…
-¡Pero no ha dado las gracias en absoluto! -dijo Hestia indignada-. ¡Solo ha dicho que cree que Harry no es un desperdicio de espacio!
-Si, pero viniendo de Dudley eso es como un "te quiero", -dijo Harry; desgarrado entre la molestia y el deseo de reir cuando Tía Petunia contunió abrazada a Dudley como si este acabara de salvar a Harry de un edificio en llamas.
-¿Venís o no? -rugió Tío Vernon, reapareciendo de nuevo en la puerta del salón-. ¡Creía que teníamos un horario apretado!
-Si… si, lo tenemos, -dijo Dedalus Diggle, que había estado observando estos intercambios con un aire de diversión y ahora parecía estar rehaciéndose-. Realmente debemos marcharnos, Harry…
Se adelantó y estrechó la mano de Harry con las dos suyas.
- …buena suerte. Espero que nos veamos de nuevo. Las esperanzas del mundo mágico descansan sobre tus hombros.
-Oh, -dijo Harry- claro. Gracias.
-Adios, Harry -dijo Hestia, también estrechando su mano-. Nuestros pensamientos están contigo.
-Espero que todo vaya bien, -dijo Harry con una mirada hacia Tía Petunia y Dudley.
-Oh, estoy seguro de que terminará siendo el mejor de los viajes, -dijo Diggle alegremente, saludando con su sombrero mientras abandonaba la habitación. Hestia le siguió.
Dudley se soltó gentilmente del abrazo de su madre y

se acercó a Harry, quien tuvo que reprimir la urgencia de amenazarle con magia. Entonces Dudley extendió su gran mano rosa.
-Caray, Dudley, -dijo Harry sobre los renovados sollozos de Tía Petunia- ¿Los dementores afectaron tu personalidad?
-Supongo, -murmuró Dudley-. Hasta luego, Harry.
-Si… -dijo Harry, cogiendo la mano de Dudley y estreñándola-. Quizás. Cuídate, Gran D.
Dudley casi sonrió, después salió de la habitación. Harry oyó sus pesados pasos sobre la grava del camino de entrada, y después una puerta de coche que se cerraba.
Tía Petunia, cuya cara había estado enterrada en su pañuelo, levantó la mirada ante el sonido. No parecía haber esperado encontrarse a solas con Harry. Se metió apresuradamente el pañuelo en el bolsillo y dijo.
-Bueno… adios, -y marchó hacia la puerta sin mirarle.
-Adios, -dijo Harry.
Ella se detuvo y miró hacia atrás. Por un momento Harry tuvo el extraño presentimiento de que quería decirle algo; le lanzaba una extraña y trémula mirada y parecía a punto de hablar, pero entonces, con una pequeña sacudida de la cabeza, salió a toda prisa de la habitación tras su marido y su hijo.

Capítulo Cuatro:



Los siete Potters

Harry volvió corriendo escaleras arriba hasta su dormitorio, llegando a la ventana justo a tiempo para ver el coche de los Dursley dejar el camino de entrada y recorrer la carretera. El sombrero de copa de Dedalus era visible entre Tía Petunia y Dudley en el asiento de atrás. El coche giró a la derecha al final de Privet Drive, sus ventanas ardieron de color escarlata por un momento al sol que ya se ponía, y entonces desaparecieron.

Harry recogió la jaula de Hedwig, su Saeta de Fuego, y su mochila, echó a su antinaturalmente diminuto dormitorio una última mirada, y después se abrió paso desgarbadamente escaleras abajo hasta el vestíbulo., donde depositó jaula, escoba, y mochila cerca de la escalera. La luz se desvanecía rápidamente, el

vestíbulo se llenaba de sombras a la luz del atardecer. Sentía de lo más extraño estar allí de pie en silencio sabiendo que iba a abandonar la casa por última vez. Hacía mucho tiempo, cuando se quedaba solo, mientras los Dursley iban a divertirse por su cuenta, las horas de soledad habían sido un regalo escaso.
Haciendo una pausa solo para escamotear algo sabroso de la nevera, apresurarse a subir arriba a jugar con el ordenador de Dudley, o encender la televisión y cambiar los canales había contentado su corazón. Le provocaba una sensación rara y vacía recordar esos tiempos; era como recordar a un hermano menor al que había perdido.
-¿Quieres echar un último vistazo al lugar? -preguntó a Hedwig, que todavía estaba escondiendo la cabeza bajo el ala-. Nunca volveremos aquí. ¿Quieres recordad los buenos momentos? Quiero decir, mira este felpudo. Que recuerdos… Dudley vomitó sobre él después de que le salvara de los dementores… Imagina, estaba agredecido después de todo, ¿puedes creértelo?… Y el verano pasado, Dumbledore atravesó esa puerta…
Harry perdió el hilo de sus pensamientos por un momento y Hedwig no le ayudó a recuperarlo, sino que continuó sentada con la cabeza bajo el ala. Harry volvió sobre sus pasos a la puerta principal
-¡Y aquí abajo, Hedwig -Harry abrió una puerta bajo las escaleras- es donde solía dormir! No me conocías entonces… Caray, que pequeña, lo había olvidado…
Harry miró alrededor hacia los zapatos apilados y paraguas, recordando cómo solía despertar cada mañana viendo la parte de abajo de las escaleras, que con bastante frecuencia estaba adornada por una araña o dos. Aquellos habían sido días anteriores a saber nada sobre su verdadera identidad; antes de haber

averiguado como habían muerto sus padres y por qué a menudo pasaban cosas tan raras a su alrededor. Pero Harry todavía podía recordar los sueños que le habían acosado, incluso en esos días: sueños confusos que incluían destellos de luz verde y una vez… Tío Vernon casi había estrellado el coche cuando Harry lo había contado… una moto voladora.

Hubo un rugido repentino y ensordecedor en algún lugar cercano. Harry se enderezó con una sacudida y se golpeó la coronilla con el marco bajo de la puerta. Deteniéndose sólo para emplear algunas de las palabrotas preferidas de Tío Vernonm se tambaleó hasta la cocina, agarrándose la cabeza y mirando por la ventana al jardín trasero.

La oscuridad pareció ondear, el aire mismo tembló. Entonces, una por una, empezaron a aparecer figuras a la vista cuando los Encantamientos Desilusionadores se iban alzando. Dominando la escena estaba Hagrid, llevando un casco y guantes y sentado a horcajadas en una enorme motocicleta con un sidecar negro adjunto. A su alrededor los demás estaban desmontando de escobas y, en dos casos, de esqueléticos y negros caballos.

Abriéndo de golpe la puerta trasera, Harry se lanzó entre ellos. Hubo un grito general de saludo mientras Hermione le lanzaba los brazos alrededor, Ron le palmeaba la espalda, y Hagrid decían "¿Todo bien, Harry? ¿Listo para partir?".

-Definitivamente, -dijo Harry, sonriendo a todos ellos-. ¡Pero no esperaba a tantos de vosotros!

-Cambio de planes, -gruñó Ojoloco, que sujetaba dos enormes sacos, y cuyo ojo mágico estaba girando del cielo oscurecido a la casa y el jardín con mareante rapidez-. Pongámonos a cubierto antes de hablar de

ello.
Harry les condujo de vuelta a la cocina donde, riendo y charlando, se sentaron en sillas, sobre los brillantes mostradores de Tía Petunia, o se apoyaron contra sus impolutos aparatos; Ron, alto y largirucho; Hermione, con el pelo recogido en una larga trenza; Fred y George, sonriéndo idénticamente; Bil, cubierto de cicatrices y con el pelo largo; el Señor Weasley, cara amable, con un comienzo de calvicie, sus gafas un poco torcidas; Ojoloco, desgastado por las batallas, con una sola pierna, su brillante ojo mágico azul girando en su cuenca; Tonks, cuyo pelo corto estaba de su tono favorito de brillante rosa; Lupin, más canoso, más agotado; Fleur, esbelta y hermosa, con su largo pelo rubio platino; Kingsley, calvo y de anchos hombros; Hagrid, con pelo y barba despeinados, permaneciendo encorvado para evitar golpearse la cabeza con el techo; y Mundungus Fletcher, pequeño, sucio y desaliñado, con su ojos redondos de perro de caza y su pelo enredado. El corazón de Harry pareció expandirse y resplandecer ante la visión. Se sentía increíblemente encariñado con todos ellos, incluso con Mundungus, a quien había intentado estrangular la última vez que se habían encontrado.
-Kingsley, creía que estabas ocupándote del Primer Ministro Muggle. -gritó a través de la habitación.
-Puede pasar sin mí una noche, -dijo Kingsley-. Tú eres más importante.
-¿Harry, sabes qué? -dijo Tonks desde su posición en lo alto de la lavadora, y contoneó su mano izquierda hacia él; un anillo refulgía allí.
-¿Te has casado? -chilló Harry, mirándo de ella a Lupin.
-Siento que no pudieras estar allí, Harry, fue muy en secreto.

-Eso es genial, felici…
-Muy bien, muy bien, tendremos tiempo para una cariñosa bienvenida después, -rugió Moody sobre el tumulto, y se hizo el silencio en la cocina. Moody dejó caer sus sacos a sus pies y se volvió hacia Harry-. Como Dedalus probablemente te ha dicho, hemos abandonado el Plan A. Pius Thicknesse ha caído, lo que nos presenta un gran problema. Ha convertido en asunto penado con cárcel el conectar esta casa con la Red Flu, colocar aquí un Traslador, o Aparecer dentro o fuera. Todo hecho por bien de tu protección, para evitar que Ya-sabes-quien llegue hasta ti. Una absoluta estupidez, dado que el encantamiento de tu madre ya hace eso. Lo que ha hecho en realidad es evitar que salgas de aquí a salvo.
-Segundo problema: Eres menor de edad, lo que significa que todavía pueden Rastrearte.
-No sé…
-¡El Rastro, el Rastro! -dijo Ojoloco impacientemente-. El encantamiento que detecta la actividad mágica alrededor de un menor de diecisiete años, ¡así es como el Ministerio está al corriente de la magia menor de edad! Si tú, o cualqueira a tu alrededor, lanza un hechizo para conseguir que salgas de aquí, Thicknesse lo sabrá, y también los mortifagos.
-No podemos esperar a que el Rastro se rompa, porque en el momento en que cumplas diecisiete perderás toda la protección que tu madre te dio. Para abreviar, Pius Thicknesse cree que ha conseguido acorralarte buena y apropiadamente.
Harry no pudo evidar estar de acuerdo con el desconocido Thicknesse.
-¿Entonces qué vamos a hacer?
-Vamos a utilizar los únicos métodos de transporte que

nos quedan, los únicos que el Rastro no puede detectar, porque no necesitamos lanzar hechizos para utilizarlos: escobas, thertrals, y la motocicleta de Hagrid.
Harry podía ver defectos en ese plan; sin embargo, contuvo la lengua para dar a Ojoloco la oportunidad de señalarlas.
-Ahora bien, el encantamiento de tu madre se romperá solo con dos condiciones: cuando seas mayor de edad, o -Moody gesticuó hacia la inmaculada cocina- cuando ya no llames a esta casa tu hogar. Tú, tu tía y tu tío estáis separándoos esta noche, se entiende plenamente que nunca más vais a vivir juntos, ¿correcto?
Harry asintió.
-Así que en ese momento, cuando salgas, no habrá vuelta atrás, y el encantamiento se romperá en el momento en que abandones sus límites. Estamos escogiendo romper el encantamiento antes, porque la alternativa es esperar a que Quien-tú-ya-sabes venga y te agarre en el momento en que cumplas diecisiete.
-La única cosa que tenemos a nuestro favor es que Quien-tú-ya-sabes no sabe que te trasladamos esta noche. Hemos filtrado un rastro en el Ministerio. Creen que no te marcharás hasta el treinta. Sin embargo, es con Quien-tú-ya-sabes con quien estamos tratando, así que no podemos confiar en que se contende con la fecha equivocada; debe tener un par de mortifagos patrullando los cielos en el área en general, solo por si acaso. Así que hemos proporcionado a una docena de casas diferentes todas las protecciones que hemos podido lanzarles. Todas tienen el aspecto de poder ser el lugar donde vas a ocultarte, todas tienen alguna conexión con la Orden: mi casa, la de Kingsley, La de Muriel la tía de Molly… te haces una idea.
-Si, -dijo Harry, sin entender realmente, porque

todavía podía divisar un gran agujero en el plan.
-Te llevaremos con los padres de Tonks. Una vez estés dentro de los límites de los hechizos protectores que hemos puesto en su casa podrás utilizar un Traslador hasta la Madriguera, ¿Alguna pregunta?
-Eh… si, -dijo Harry-. Quizás no sepan a cual de las doce casas seguras me dirijo al principio, ¿pero no será obvio una vez -realizó un contoneo de cabeza rápido- catorce de nosotros volemos hacia la casa de los padres de Tonks?
-Ah, -dijo Moody-. Olvidé mencionar la clave del plan. Catorce de nosotros no volarán hacia la casa de los padres de Tonks. Habrá siete Harry Potters atravesando los cielos esta noche, cada uno de ellos con un compañero, cada pareja se dirigirá a una casa segura diferente.
De dentro de su capa Moody sacó ahora un frasco de lo que parecía barro. No hubo necesidad de que le dijeran una palabra más; Harry entendió el resto del plan inmediatamente.
-¡No! -dijo ruidosamente, su voz reverberó en la cocina-. ¡De ningún modo!
-Les dije que te lo tomarías así, -dijo Hermione con un dejo de complacencia.
-¡Si creéis que voy a dejar que seis personas arriesgen sus vidas…!
-…porque es la primera vez para todos nosotros, -dijo Ron.
-Esto es distinto, fingir ser yo…
-Bueno, a ninguno de nosotros le apetece mucho, Harry, -dijo Fred seriamente-. Imagina que algo sale mal y nos quedamos flacos y huesudos para siempre.
Harry no sonrió.
-No podéis hacerlo si no coopero, necesitais que os dé

algo de pelo.
-Bueno, ese es el fallo del plan, -dijo George-. Obviamente no hay ninguna posibilidad de que todos nosotros consigamos un poco de pelo si no cooperas.
-Si, trece contra uno, al que por cierto no le está permitido utilizar magia; no tenemos ninguna posibilidad, -dijo Fred.
-Que gracia, -dijo Harry-, realmente gracioso.
-Si tiene que ser a la fuerza, entonces así será, -gruñó Moody, su ojo mágico estaba ahora temblando en su cuenca mientras miraba fijamente a Harry-. Todo el mundo aquí es mayor de edad, Poter, y están preparados para afrontar los riesgos.
Mundungus se encogió de hombros e hizo una mueca, el ojo mágico viró lateralmente y le observó a través de la cabeza de Moody.
-No tenemos tiempo para discusiones. Se agota el tiempo. Quiero unos cuantos de tus cabellos, chico, ahora.
-Pero esto es una locura, no hay necesidad…
-¡No hay necesidad! -ladró Moody-. ¿Con Quien-tu-ya-sabes ahí fuera y la mitad del Ministerio de su parte? Potter, tendremos suerte si se ha tragado el cebo y está planeando emboscarte el treinta, pero tendría que estar loco para no tener a un mortifago o dos vigilándote, es lo que haría yo. Puede que no sea capaz de sacarte de esta casa mientras el encantamiento de tu madre aguante, pero este se romperá y saben la posición aproximada del lugar. Nuestra única oportunidad es utilizar señuelos. Ni siquiera Quien-tú-ya-sabes puedes dividirse a sí mismo en siete.
Harry encontró la mirada de Hermione y apartó la suya al instante.
-Así que, Potter… algunos de tus cabellos, si te place.

Harry miró fijamente a Ron, que le hizo una mueca al estilo hazlo-de-una-vez.
-¡Ya! -ladró Moody.
Con todos los ojos fijos en él, Harry subió la mano hasta su coronilla, agarró un manojo de cabellos, y tiró.
-Bien, -dijo Moody, avanzando cojeando mientras sacaba el tapón al frasco de poción-. Directamente dentro, si te place.
Harry dejó caer el cabello en el líquido lodoso. En el momento en que este hizo contacto con su superficie, la poción empezó a echar espuma y vapor, al momento se volvió clara y de un dorado brillante.
-Ooh, pareces mucho más sabroso que Crabbe y Goyle, Harry, -dijo Hermione, antes de captar un vistazo de las cejas alzadas de Ron, ruborizarse ligeramente, y decir-, Oh, ya sabéis lo que quiero decir… la poción de Goyle sabía a bogies.
-Bien entonces, falsos Potter alineaos aquí, por favor, -dijo Moody.
Ron, Hermione, Fred, George, y Fleur se alienaron delante del brillante fregadero de Tía Petunia.
-Nos falta uno, -dijo Lupin.
-Aqui, -dijo Hagrid roncamente, y alzó a Mundungus por el cogote y lo dejó caer junto a Fleur, que arrugó la nariz y se movió a la largo de la fila para quedar entre Fred y George.
-Soy un soldado, yo más bien sería un protector, -dijo Mundungus.
-Cállate, -gruñó Moody-. Como ya te he dicho, gusano invertebrado, cualquier mortifago del que huyamos apuntará para capturar a Potter, no para matarle. Dumbledore siempre dijo que Quien-tu-ya-sabes querría acabar con Potter en persona. Serán los protectores los que más tengan que preocuparse, los mortifagos

querrán matarlos.
Mundungus no parecía particularmente tranquilizado, pero Moody ya estaba sacando media docena de vasos del tamaño de hueveras de su abrigo, que repartió, antes de verter un poco de Poción Multijugos en cada uno de ellos.
-Juntos, ya…
Ron, Hermoine, Fred, George, Fleur y Mundungos bebieron. Todos ellos jadearon e hicieron muecas cuando la poción golpeó sus gargantas; al instante, sus rasgos empezaron a burbujear y deformarse como cera caliente. Hermione y Mundungus se disparaban hacia arriba; Ron, Fred y George estaban encogiendo; su cabello se estaba oscureciendo, el de Hermione y Fleur pareció salir disparado hasta sus cráneos.
Moody, bastante despreocupado, estaba ahora soltando los lazos del mayor de los sacos que había traído con él. Cuando se volvió a enderezar, había seis Harry Potters jadeando y resoplando frente a él.
Fred y George se giraron el uno hacia el otro y dijeron juntos.
-Guau… ¡somos idénticos!
-Sin embargo creo que aún así yo sigo siendo más guapo, -dijo Fred, examinando su reflejo en un hervidor.
-Bah, -dijo Fleur, comprobándose a sí misma en la puerta del microhondas-. Bill, no me miges… estoy hogenda.
-Aquellos cuya ropa le venga un poco holgada, tengo alguna más pequeña aquí, -dijo Moody, señalando al primer saco-. y viceversa. No olvidéis las gafas, hay seis pares en el bolsillo interior. Y cuando os vistáis, hay equipaje en el otro saco.
El auténtico Harry pensaba que esto podría ser la cosa

más rara que había visto nunca, y había visto algunas extremadamente raras. Observó a sus seis dobles rebuscando en los sacos, sacando juegos de ropa, poniéndose gafas, haciendo la suyas a un lado. Estuvo a punto de pedirles que mostraran un poco de respeto por la privacidad cuando empezaron a quitársela con impunidad, claramente más a gusto al exponer su cuerpo de lo que hubieran estado con los suyos propios.
-Sabía que Ginny mentía sobre ese tatuaje, -dijo Ron, bajando la mirada a su pecho desnudo.
-Harry, tu vista es realmente fatal, -dijo Hermione, mientras se ponía las gafas.
Una vez vestidos, los falsos Harry tomaron equipaje y jaulas de lechuzas, cada una contenía una esponjosa lechuza nevada, del segundo saco.
-Bueno, -dijo Moody, cuando al fin siete Harrys vestidos, con gafas, y cargados de equipaje le miraron-. Las parejas serán las siguientes: Mundungus viajará conmigo, en escoba…
-¿Por qué yo contigo? -gruño el Harry más cercano a la puerta trasera.
-Porque tú eres el que necesita vigilancia, -gruñó Moody, y estaba claro, su ojo mágico no se despegaba de Mundungus mientras hablaba-. Arthur y Fred…
-Soy George, -dijo el gemelo al que Moody estaba señalando-. ¿Ni siquieras puedes diferenciarnos cuando somos Harry?
-Lo siento, George…
-Somo me quedaba con tu varita, en realidad soy Fred…
-¡Ya basta de liarla! -ladró Moody-. El otro… George o Fred o quienquiera que seas… tú con Remus. La Señorita Delacour…
-Yo llevo a Fleur en un thestral, -dijo Bill-. No le gustan mucho las escobas.

Fleur se acercó para ponerse a su lado, lanzándole una mirada sentimentaloide y servil que Harry esperaba de todo corazón que nunca volviera a aparecer en su cara.
-La Señorita Granger con Kingsley, de nuevo en thestral…
Hermione pareció tranquilizada mientras respondía a la sonrisa de Kingsley; Harry sabía que a Hermione le faltaba también confianza con la escoba.
-¡Lo que nos deja a tí y a mí, Ron!, -dijo Tonks alegremente, golpeando un soporte de papel de cocina mientras saludaba hacia él.
Ron no parecía tan complacido como Hermione.
-Y tú conmigo, Harry. ¿Te parece bien? -dijo Hagrid, que parecía un poco ansioso-. Iremos en la moto, las escobas y los thestrals no pueden con mi peso, ya ves. No hay mucho espacio en el asiento conmigo, así que tendrás que ir en el sidecar.
-Genial, -dijo Harry, no muy sinceramente.
-Creemos que los mortifagos esperará que vayas en escoba, -dijo Moody, que pareció suponer lo que Harry estaba sintiendo-. Snape ha tenido tiempo suficiente para contarles de ti lo que nunca antes ha mencionado, así que si topamos con algún mortifago, apostamos a que escogerá al Potter que parecezca a gusto en la escoba. Todo bien entonces, -siguió, atando el saco con la ropa de los falsos Potters y abriendo camino hacia la puerta-. Faltan tres minutos hasta la hora en la que se supone que debemos salir. No servirá de nada cerrar la puerta trasera, no mantendrá fuera a los mortifagos cuando vengan. Vamos…
Harry se apresuró a reunir su mochila, su Saeta de Fuego y la jaula de Hedwig y siguió al grupo hacia el oscuro jardín trasero.
Por todas partes palos de escobas saltaban a las manos;

Hermione estaba ya siendo ayudada por Kingsley a subir a un gran thestral, Fleur a otro por Bill. Hagrid estaba listo y de pie junto a la motocicleta, con los guantes puestos.
-¿Es esta? ¿La moto de Sirius?
-La mismísima, -dijo Hagrid, sonriendo a Harry-. ¡Y la última vez que montaste en ella, Harry, me cabías en una mano!
Harry no pudo evitar sentirse un poco humillado al meterse en el sidecar. Eso lo colocaba a varios pies más abajo que todos los demás. Ron sonrió burlonamente al verle sentado allí como un niño en un cochecito de bebé. Harry colocó su mochila y escoba entre los pies y se encajó la jaula de Hedwing entre las rodillas. Estaba extremadamente incómodo.
-Arthur le ha hecho unos pequeños arreglos, -dijo Hagrid, totalmente ignorante de la incomodidad de Harry. Se colocó a horcajadas sobre la motocicleta, que crujió ligeramente y se hundió unos centímetros en el suelo-. Ahora tiene unos cuantos ases en la manga. Eso fue idea mía. -Señaló con un dedo grueso a un botón púrpura cerca del cuentakilómetros.
-Por favor ten cuidado, Hagrid, -dijo el Señor Weasley, que estaba de pie junto a ellos, sujentando su escoba-. Todavía no estoy seguro de que sea aconsejable e indudablemente solo para usar en caso de emergencia.
-Bien entonces, -dijo Moody-. Todo el mundo preparado, por favor. Quiero que todos salgamos exactamente al mismo tiempo o el efecto de la diversión se perderá.
Todo el mundo sacudió la cabeza.
-Agárrate fuerte, Ron, -dijo Tonks y Harry vio como Ron lanzaba una mirada forzada y culpable a Lupin antes de colocar las manos a cada lado de la cintura de Tonks.

Hagrid pateó volviendo la motocicleta a la vida. Esta rugió como un dragón, y el sidecar empezó a vibrar.
-Buena suerte a todos, -gritó Moody-. Nos veremos más o menos en una hora en la Madriguera. A la de tres. Uno… dos… TRES.
Hubo un gran rugido proviniente de la motocicleta, y Harry sintió como el sidecar daba un bandazo. Se estaba alzando en el aire con rapidez, sus ojos lagrimeaban ligeramente, el pelo azotado hacia atrás de su cara. Alrededor de él las escobas alzaban también el vuelo; la larga cola de un thestral pasó a su lado. Sus piernas, atoradas en el sidecar por la jaula de Hedwig y su mochilla, ya estaban magulladas y empezaban a entumecerse. Tan grande era su incomodidad que casi olvidó echar un vistazo al número cuatro de Privet Drive. Para cuando miró por el borde del sidecar ya no podía decir cual de ellas era.
Y entonces, salidos de ninguna parte, de la nada, les rodearon. Al menos treinta figuras encapuchadas, suspendidas en medio del aire, formando un gran círculo en el medio del que los miembros de la Orden había alzado el bueno, ignorantes.
Gritos, una llamarada de luz verde por cada lado. Hagrid soltó un grito y la motocicleta se dio la vuelta. Harry perdió cualquier noción de donde estaban. Farolas sobre él, gritos a su alrededor, se estaba aferrando al sidecar por su vida. La jaula de Hedwig, la Saeta de Fuego, y su mochila resbalaban de sus rodillas.
-No… ¡AYUDA!
La escoba se le escapó, pero se las acababa de arreglar para agarrar la correa de su mochila y la parte de arriba de la jaula cuando la motocicleta se puso derecha otra vez. Un segundo de alivio, y después otra explosión de luz verde. La lechuza chilló y cayó al suelo

de su jaula.
-No… ¡NO!
La motocicleta avanzaba zumbando; Harry captó vistazo de mortifagos apartándose mientras Hagrid atravesaba su círculo.
-Hedwig… Hedwig…
Pero la lechuza yacía inmóvil y patética como un juguete en el suelo de su jaula. No podía creérselo, y su terror por los otros fue supremo. Miró sobre su hombro y vio una masa de gente moviéndose, destellos de luz verde, dos parejas en escobas se perdían en la distancia, pero no podía decir quienes eran…
-Hagrid, tenemos que volver, ¡tenemos que volver! -gritó sobre el atronador rugido del motor, sacando su varita, dejó la jaula de Hedwig en el suelo, negándose a creer que estuviera muerta-. ¡Hagrid, DA LA VUELTA!
-¡Mi trabajo es mantenerte a salvo, Harry! -bramó Hagrid, y apretó el acelerador.
-¡Para… PARA! -gritó Harry, pero cuando volvió a mirar atrás dos disparos de luz verde pasaron junto a su oreja izquierda. Cuatro mortifagos se habían separado del círculo y estaban persiguiéndoles, apuntando a la amplia espalda de Hagrid. Hagrid viró, pero los mortifagos mantenían el paso a la moto; más maldiciones fueron lanzadas tras ellos. Retorciéndose para darse la vuelta gritó. "¡Desmaius!" y un rayo de luz rojo salió disparado de su varita, abriendo una brecha entre los cuatro mortifagos perseguidores que se dispersaron para evitarlo.
-¡Agárrate, Harry, esto los despistará! -rugió Hagrid, y Harry levantó la mirada justo a tiempo para ver como Hagrid estampaba un dedo grueso en un botón verde cerca de la válvula del combustible.
Una pared, una negra pared sólida, hizo erupción desde

el tubo de escape. Estirando el cuello, Harry vio como se expandía quedando en medio del aire. Tres de los mortifagos viraron y la evitaron, pero el cuarto no tuvo tanta suerte. Se perdió de vista y después cayó como una piedra de detrás de la pared, con la escoba rota en pedazos. Uno de sus compañeros se quedó atrás para salvalte, pero ellos y la pared fueron tragados por la oscuridad cuando Hagrid se inclinó sobre el manillar y aceleró.

Más Maldiciones Imperdonables pasaron volando junto a la cabeza de Harry salidas de las varitas de los dos mortifagos que quedaban; estaban apuntando a Hagrid. Harry respondió con más Hechizos Desmaniun. Rojo y verde colisionaron en medio del aire con una lluvia de chispas, y Harry pensó salvajemente en fuegos artificiales, y en los muggles de abajo que no tendrían ni idea de qué estaba ocurriendo.

-¡Allá vamos de nuevo, Harry, sujétate! -chilló Hagrid, y apretó un segundo botón. Esta vez una gran red surgió del tubo de escape, pero los motifagos ya estaban preparados para ello. No solo la esquivaron, sino que el compañero que se había retrasado para salvar a su amigo inconsciente les había alcanzado. Surgió repentinamente de la oscuridad y ahora eran tres los que perseguían a la motocicleta, todos lanzando maldiciones.

-¡Esto funcionará, Harry, agárrate fuerte! -chilló Hagrid, y Harry le vio golpear con la mano entera el botón púrpura junto al cuentakilómetros.

Con un inconfundible bramido, fuego de dragón explotó del tubo de escape, ardiente blanco y azul, y la motocicleta salió disparada hacia adelante como una bala con un sonido de metal que se retorcía. Harry vio a los mortifagos amargar y perdese de vista para evitar el

rastro mortífero de llamas, y al mismo tiempo sintió como el sidecar se balanceaba amenazadoramente. Sus conexiones de metal con la moto se habían astillado con la fuerza de la aceleración.
-¡Todo va bien, Harry! -bramó Hagrid, ahora estirado hacia atrás por la fuerza de la velocidad; nadie conducía ya, y el sidecar estaba empezando a retrocerse violentamente con la fuerza del viento de aceleración.
-¡Estoy en ello, Harry, no te preocupes! -chilló Hagrid, y del bolsillo interior de su chaqueta sacó su florido paraguas rosa.
-¡Hagrid! ¡No! ¡Déjame a mí!
-¡Reparo!
Se oyó un golpe sordo y el sidecar se separó completamente de la moto. Harry salió despedido hacia adelante, propulsado por el ímpetu del vuelo de la moto, después el sidecar empezó a perder altura.
Desesperado Harry apuntó su varita hacia el sidecar y gritó,
-¡Wingardium Leviosa!
El sidecar se levantó como un corcho, sin timón pero al menos todavía aerotransportado. No había tenido más que un segundo de alivio, sin embargo, cuando más maldiciones pasaron a su lado. Los tres mortifagos se estaban acercando.
-¡Ya voy, Harry! -gritó Hagrid desde la oscuridad, pero Harry podía sentir como el sidecar empezaba a hundirse de nuevo. Agachándose tanto como pudo, apuntó en medio de la figuras que se acercaban y gritó.
-¡Impedimenta!
El maleficio golpeó en medio del pecho de un mortifago. Por un momento el hombre quedo ridículamente estirado en medio del aire como si

hubiera golpeado una barrera invisible. Uno de sus compañeros casi colisionó con él.
Entonces el sidecar empezó a caer fervorosamente, y los mortifagos que quedaban dispararon una maldición tan cerca que Harry tuvo que agacharse por debajo del borde del coche, golpeándose un diente en el borde de su asiento.
-¡Ya llego, Harry, ya llego!
Una mano enorme agarró la espalda de la túnica de Harry y le sacó del sidecar que caía en picado; Harry aferró su mochila mientras se colgaba del asiento de la moto y se encontró espalda con espalda con Hagrid. Mientras remontaban el vuelo, alejándose de los dos mortifagos que quedaban, Harry escupió sangre por la boca, apuntó su varita hacia el sidecar que caía, y gritó,
-¡Confringo!
Sintió un retortijón atroz del intestino por Hedwig cuando este explotó; el mortifago más cercano salió despedido de su escoba y cayó fuera de la vista; su compañero cayó hacia atrás y se desvaneció.
-Harry, lo siento, lo siento, -gimió Hagrid-. No debería haber intentado repararlo yo mismo… no había espacio…
-¡No hay problema, solo sigue volando! -gritó Harry en respuesta, cuando dos mortifagos más emergieron de la oscuridad, acercándose.
Cuando las maldiciones llegaron atravesando velozmente el espacio intermedio, Hagrid hizo un viraje y zigzagueó. Harry sabía que Hagrid no se atrevía a utilizar el botón de fuego de dragón de nuevo, con Harry tan inseguramente sentado. Harry envió un Encantamiento Desmaius tras otro hacia sus perseguidores, apenas conteniéndoles. Lanzó otra

maldición contenedora hacia ellos. El mortifago más cercano viró para evitarla y se le resbaló la capucha, y a la luz roja de su siguiente Encantamiento Desmaniun, Harry vio la cara extrañamente en blanco de Stanley Shunpike... Stan.
-¡Expelliarmus! -gritó Harry.
-¡Es él, es él, es el auténtico!
El grito del mortifago encapuchado alcanzó a Harry incluso por encima del tronar del motor de la motocicleta. Al momento siguiente, ambos perseguidores se habían quedado atrás y desaparecido de la vista.
-¿Harry, qué ha pasado? -gritó Hagrid-. ¿Adónde han ido?
-¡No lo sé!
Pero Harry tenía miedo. El mortifago encapuchado había gritado "¡Es el auténtico!", ¿cómo lo había sabido? Miró alrededor hacia la oscuridad aparentemente vacía y sintió la amenaza. ¿Dónde estaban?
Se dio la vuelta en el asiento para mirar hacia adelante y tensó el apretón sobre la espalda de la chaqueta de Hagrid.
-¡Hagrid, haz de nuevo la cosa esa del fuego de dragon, salgamos de aquí!
-¡Entonces agárrate fuerte, Harry!
De nuevo el rugido repentino y estridente y el fuego blanco azulado salió disparado del tubo de escape. Hagrid fue lanzado hacia atrás sobre él, apenas manteniendo su agarre sobre el manillar.
-Creo que los hemos perdido, Harry, ¡creo que lo hemos conseguido! -gritó Hagrid.
Pero Harry no estaba convencido. El miedo le asaltó mientras miraba a derecha e izquierda buscando a los

perseguidores que estaba seguro que vendrían… ¿Por qué se habían quedado atrás? Uno de ellos todavía tenía una varita… Es él… es el auténtico… Lo habían dicho justo después de que hubiera intentando desarmar a Stan….

-¡Ya casi estamos, Harry, casi lo hemos conseguido! -gritó Hagrid.

Harry sintió la moto descender un poco, aunque las luces del suelo todavía parecían estrellas distantes. Entonces la cicatriz de su frente ardió como fuego, mientras un mortifago aparecía a cada lado de la moto, dos Maldiciones Imperdonables fallaron a Harry por milímetros, lanzadas desde atrás.

Y entonces Harry le vio. Voldemort estaba volando como humo en el viento, sin escoba o thestral que le sujetara, su cara de serpiente brillaba en la oscuridad, sus dedos alzaron de nuevo su varita…

Hagrid dejó escapar un bramido de miedo y dirigió la motocicleta a un picado vertical. Aferrándose por su propia vida, Harry lanzaba Encantamientos Desmaniun al azar en la vertiginosa noche. Vio a un chico pasar volando junto a él y supo que había sido alcanzado por uno de ellos, pero después oyó un golpe y vio chispas en el motor; la moto atravesaba el aire girando en espiral, completamente fuera de control.

Destellos de luz pasaron de nuevo junto a ellos. Harry no tenía ni idea de qué era arriba y qué abajo. Su cicatriz todavía ardía, esperaba morir en cualquier momento. Una figura encapuchada sobre una escopa estaba a centímetros de él, le vio alzar un brazo.

-¡NO!

Con un grito de furia Hagrid se lanzó fuera de la moto hacia el motifago; para su horror, Harry voy como ambos caían perdiéndose de vista, su peso combinado

era demasiado para la escoba.
A duras penas aferrándose con las rodillas a la moto que caía en picado, Harry oyó a Voldemort gritar.
-¡Es mío!
Se había acabado. No podía ver donde estaba Voldemort; vislumbró a otro mortifago apartándose y oyó.
-Avada...
Cuando el dolor de la cicatriz de Harry le obligó a cerrar los ojos, su varita actuó por su propia cuenta. La sintió arrastrar su mano como un gran iman, vio un fogonazo de fuego dorado a través de los párpados entrecerrados, oyó un crujido y un grito de furia. El mortifago que quedaba chilló; Voldemort gritó
-¡NO!
De algún modo, Harry encontró su nariz a un centimetro del botón de fuego de dragón. Lo apretó con la mano libre de la varita y la moto disparó más llamas al aire, cayendo directamente hacia el suelo.
-¡Hagrid! -llamó Harry, sujetándose a la moto por su vida-. Hagrid... ¡Accio Hagrid!
La moto aceleró, succionada hacia el suelo.
Con la cara al nivel del manillar, Harry no podía ver nada excepto las lejanas luces acercándose más y más. Iba a estrellarse y no había nada que pudiera hacer al respecto. Tras él llegó otro grito.
-¡Tu varita, Selwyn, dáme tu varita!
Sintió a Voldemort antes de verle. Mirando de reojo, encontró la mirada de los ojos rojos y estuvo seguro de que serían la última cosa que vería: Voldemort preparándose para maldecirle una vez más.
Y entonces Voldemort se desvaneció. Harry miró abajo y vio a Hagrid despatarrado sobre el suelo bajo él. Tiró con fuerza del manillar para evitar golpearle, buscó a

tientas el freno, pero con un choque ensordecedor que hizo temblar la tierra, se estrelló contra un estanque enlodado.

Capítulo Cinco:



Guerrero caído

-¿Hagrid?
Harry luchaba por levantarse el mismo de los restos de metal y cuero que le rodeaban; sus manos se hundieron en unos centímetros de agua lodosa cuando intentó sostenese. No podía entender por qué Voldemort se había marchado y esperaba que surgiera de la oscuridad en cualquier momento. Algo caliente y húmedo goteaba por su barbilla y desde la frente. Salió gateando del estanque y se tambaleó hacia la gran masa oscura del suelo que era Hagrid.
-¿Hagrid? Hagrid, háblame.
Pero la masa oscura no se movía.
-¿Quién está ahí? ¿Eres Potter? ¿Eres Harry Potter?
Harry no reconoció la voz del hombre. Entonces gritó una mujer.
-¡Se han estrellado, Ted! ¡Estrellado en el jardín!
La cabeza de Harry daba vueltas.

-Hagrid, -repitió estúpidamente, y sus rodillas se doblaron.
Lo siguiente que supo fue que estaba tendido sobre su espalda en lo que se sentían como cojines, con una sensación ardiente en las costillas y el brazo derecho. Su diente perdido había vuelto a crecer. La cicatriz de su frente todavía estaba latiendo.
-¿Hagrid?
Abrió los ojos y vio que estaba tendido en un sofá de un salón desconocido e iluminado. Su mochilla yacía en el suelo a corta distancia, húmeda y embarrada. Un hombre rubio y barrigón estaba observando ansiosamente a Harry.
-Hagrid está bien, hijo, -dijo el hombre- mi esposa le está atendiendo ahora. ¿Cómo te sientes? ¿Alguna otra cosa rota? Te arreglé las costillas, el diente, y el brazo. Soy Ted, por cierto, Ted Tonks… el padre de Dora.
Harry se sentó demasiado rápidamente. Estallaban luces ante sus ojos y se sentía enfermo y mareado.
-Voldemort.
-Tranquilo, vamos, -dijo Ted Tonks, colocando una mano en el hombro de Harry y empujándole de vuelta contra los cojines-. Ha sido un feo golpe el que acabas de tener. ¿Qué ocurrió, por cierto? ¿Algo fue mal con la moto? Arthur Weasley la comprobó el mismo, él y sus cachivaches muggles.
-No, -dijo Harry, mientras su cicatriz pulsaba como una herida abierta- mortifagos, montones de ellos… nos perseguían…
-¿Mortifagos? -dijo Ted agudamente-. ¿Qué quieres decir, mortifagos? Creía que no sabían que te trasladaban esta noche, creía…
-Lo sabían, -dijo Harry.
Ted Tonks levantó la mirada al techo como si pudiera

ver a través de él el cielo de arriba.
-Bueno, ya sabemos que nuestros hechizos protectores aguantan, ¿verdad? No deberían ser capaces de aproximarse en unas cien yardas a la redonda en ninguna dirección.
Ahora Harry entendía por qué Voldemort se había desvanecido; había sido en el punto en que la motocicleta había cruzado la barrera de encantamientos de la Orden. Solo esperaba que estos continuaran funcionando. Imaginó a Voldemort cien yardas por encima de ellos mientras hablaban, buscando una forma de penetrar lo que Harry visualizaba como una gran burbuja transparente.
Bajó las piernas del sofá; tenía que ver a Hagrid con sus propios ojos antes de creer que estaba vivo. No obstante, a penas se había levantado cuando una puerta se abrió y Hagrid pasó apretado por ella, su cara estaba cubierta de barro y sangre, cojeaba un poco pero estaba milagrosamente vivo.
-¡Harry!
Volcando dos delicadas mesas y una planta, cubrió el suelo entre ellos con dos zancadas y empujó a Harry a un abrazo que casi le rompió las recientemente reparadas costillas.
-Caray, Harry, ¿cómo conseguimos salir de esta? Ya creía que estabamos los dos acabados.
-Si, yo también. No puedo creer…
Harry se interrumpió. Acababa de fijarse en la mujer que había entrado en la habitación tras Hagrid.
-¡Tú! -gritó, y sacó la mano del bolsillo, pero esta estaba vacía.
-Tu varita está aquí, hijo, -dijo Ted, golpeando ligeramente con ella el brazo de Harry-. Cayó justo a tu lado, yo la recogí… Y es a mi mujer a la que estás

gritando.
-Oh, yo… lo siento.
Cuando entró en la habitación, el parecido de la Señora Tonks con su hermana Bellatrix se volvió menos pronunciado. su pelo era de un ligero y suave castaño y sus ojos eran más grandes y más amables. No obstante, parecía un poco arrogante tras la exclamación de Harry.
-¿Qué le ocurrió a nuestra hija? -preguntó-. Hagrid dice que caísteis en una emboscada; ¿dónde está Nymphadora?
-No sé, -dijo Harry-. No sabemos lo que ocurrió con nadie más.
Ella y Ted intercambiaron miradas. Una mezcla de miedo y pesar asaltó a Harry a la vista de sus expresiones; si algunos de los otros había muerto, era culpa suya, todo culpa suya. Había consentido con el plan, les había dado su pelo…
-El Traslador, -dijo, recordándolo todo de repente-. Tenemos que volver a la Madrigera y averiguar… entonces podremos enviarles noticias, o… o lo hará Tonks, una vez…
-Dora estará bien, -dijo Ted-. Conoce su trabajo, ha estado en bastantes situaciones apuradas con los Aurores. El Traslador está aquí. -añadió para Harry-. Se supone que se marcha en tres minutos, si queréis cogerlo.
-Si, lo haremos, -dijo Harry. Agarró su mochila, poniéndosela al hombro-. Yo…
Miró a la Señora Tonks, deseando disculparse por el estado de terror en que la dejaba y del cual se sentía tan terriblemente responsable, pero no se le ocurrió ninguna palabra que no le hiciera parecer hueco e insincero.

-Le diré a Tonks… Dora… que envie noticias, cuando… Gracias por parchearnos, gracias por todo, yo…
Se alegró de abandonar la habitación y seguir a Ted Tonks a los largo del corto pasillo hasta el interior de un dormitorio. Hagrid vino tras ellos, agachándose para evitar golpearse la cabeza con el dintel de la puerta.
-Ahí tienes, hijo. Ese es el Traslador.
El Señor Tonks estaba señalando a un pequeño cepillo bañando en plata posado sobre el vestidor.
-Gracias, -dijo Harry, extendiendo la mano para poner un dedo sobre él, listo para marchar.
-Espera un momento, -dijo Hagrid, mirando alrededor-. ¿Harry, dónde está Hedwig?
-Ella… la alcanzaron, -dijo Harry.
La comprensión le golpeó. Se sintió avergonzado de sí mismo cuando las lágrimas empañaron sus ojos. La lechuza había sido su compañera, su único vínculo con el mundo mágico siempre que se había visto forzado a volver a la casa de los Dursley.
Hagrid extendió una gran mano y le palmeó dolorosamente el hombro.
-No importa, -dijo roncamente-. No importa. Tuvo una buena y larga vida…
-¡Hagrid! -dijo Ted Tonks como advertencia cuando el cepillo resplandeció de un brillante azul, y Hagrid colocó su dedo índice sobre él justo a tiempo.
Con un tirón detrás del ombligo, como si un gancho invisible le arrastrara hacia adelante, Harry fue empujado a la nada, girando incontrolablemente, su dedo pegado al Traslador mientras él y Hagrid se alejaban del Señor Tonks. Segundos después, los pies de Harry golpearon tierra dura y cayó sobre manos y rodillas en el patio de la Madriguera. Oyó gritos. Tirando a un lado el cepillo que ya no brillaba, Harry se

puso en pie, tambaleándose ligeramente, y vio a la Señora Weasley y a Ginny corriendo por los escalones de la puerta de atrás mientras Hagrid, que también se había derrumbado al aterrizar, se ponía laboriosamente en pie.

-¿Harry? ¿Eres el auténtico Harry? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los demás? -gritó la Señora Weasley.

-¿Qué quiere decir? ¿Nadie más ha vuelto? -jadeó Harry.

La respuesta estaba claramente grabada en la cara pálida de la Señora Weasley.

-Los mortifagos estaban esperándonos, -le dijo-. Nos rodearon en el momento en que despegamos... sabían que era esta noche... no sé que pasó con los demás, cuatro de ellos nos persiguieron, y todo lo que pudimos hacer fue huir, y entonces Voldemort dio con nosotros...

Podía oir la nota autojustificativa en su voz, la súplica para que entendiera por qué no sabía qué les había pasado a sus hijos pero...

-Gracias a dios que tú estás bien, -dijo, empujándole a un abrazo del que no se sentía merecedor.

-¿No tendrás algo de brandy, verdad, Molly? -preguntó Hagrid un poco tembloroso-. ¿Por propósitos medicinales?

Podía haberlo convocado con mágica, pero cuando se apresuró a volver a la encorvada casa, Harry supo que quería esconder la cara. Se giró hacia Ginny y ella respondió a su súplica silenciosa de información al instante.

-Ron y Tonks deberían haber vuelto primero, pero perdieron su Traslador, volvió sin ellos, -dijo señalando a una lata de aceite oxidada que descansaba en la tierra cercana-. Y ese, -señaló a una vieja zapatilla deportiva-. debería haber sido el de Papá y Fred, se suponía que serían los segundos. Hagrid y tú erais los

terceros, -comprobó su reloj- si lo consiguen, George y Lupin estarán de vuelta en alrededor de un minuto.
La Señora Weasley reapareció llevando una botella de brandy, que ofreció a Hagrid. Él la descorchó y bebió de un trago.
-¡Mamá! -gritó Ginny señalando un punto a varios pies de distancia.
Una luz azul había aparecido en la oscuridad. Se hacía más y más brillante, y Lupin y George aparecieron, girando y después cayendo. Harry supo inmediatamente que algo había ido mal. Lupin estaba sujetando a George, que estaba inconsciente y cuya cara estaba cubierta de sangre.
Harry corrió y agarró las piernas de George. Juntos, él y Lupin llevaron a George a la casa y atravesaron la cocina hasta el salón, donde le tendieron en el sofá. Cuando la luz de la lámpara cayó sobre la cabeza de George, Ginny jadeó y el estómago de Harry se revolvió. Una de las orejas de George había desaparecido. El costado de su cara y cuello estaban empapados de una húmeda y sorprendentemente escarlata sangre.
Tan pronto como la Señora Weasley se inclinó sobre su hijo Lupin agarró a Harry por la parte superior del brazo y le arrastró, no muy gentilmente, de vuelta a la cocina, donde Hagrid todavía estaba intentando pasar por la puerta de atras.
-¡Eh! -dijo Hagrid indignado-. ¡Suéltale! ¡Suélta a Harry!
Lupin le ignoró.
-¿Qué criatura se sentaba en la esquina la primera vez que Harry Potter visitó mi oficina en Hogwarts? -dijo, dando a Harry una pequeña sacudida-. ¡Respóndeme!
-¿Un… un grindylow en un tanque, verdad?
Lupin soltó a Harry y cayó hacia atrás contra un armario

de la cocina.
-¿A que ha venido eso? -rugió Hagrid.
-Lo siento, Harry, pero tenía que comprobarlo, -dijo Lupin tensamente-. Hemos sido traicionados. Voldemort sabía que te trasladabamos esta noche y las únicas personas que podían habérselo dicho estaban directamente involucradas en el plan. Podrías haber sido un impostor.
-¿Y por qué no me compruebas a mí? -jadeó Hagrid, todavía luchando con la puerta.
-Tú eres medio gigante, -dijo Lupin, levantando la mirada hacia Hagrid-. La Poción Multijugos está diseñada solo para uso humano.
-Ninguno de los miembros de la Orden le habría dicho a Voldemor que nos movíamos esta noche, -dijo Harry. La idea le resultaba aterradora, no podía creerlo de ninguno de ellos-. Voldemort solo dio conmigo al final, no sabía cual era yo al principio. Si hubiera estado al tanto del plan habría sabido desde el principio que yo era el que estaba con Hagrid.
-¿Voldemort te encontró? -dijo Lupin agudamente-. ¿Qué ocurrió? ¿Cómo escapaste?
Harry explicó como el mortifago que les perseguí había parecido reconocerle como el auténtico Harry, como habían abandonado la persecución, cómo debían haber convocado a Voldemort, que apareció justo antes de que Hagrid y él alcanzaran el santuario de la casa de los padres de Tonks.
-¿Te reconocieron? ¿Pero cómo? ¿Qué hiciste?
-Yo… -Harry intentó recordar, todo el viaje parecía un borrón de pánico y confusión-. Vi a Stan Shunpike… Ya sabes, el tipo que conducía el Autobus Noctámbulo. E intenté desarmarle en vez de… bueno, él no sabía lo que estaba haciendo, ¿verdad? ¡Debe estar bajo la

Maldición Imperius!
Lupin parecía consternado.
-¡Harry, el tiempo de Desarmar ha pasado! ¡Esta gente está intentando capturarte y matarte! ¡Al menos utiliza Desmanium si no estás preparado para matar!
-¡Estabamos a cientos de metros de altura! ¡Stan no era él mismo, y si le hubiera hecho el Encantamiento Aturdidor y hubiera caído, había muerto lo mismo que si hubiera utilizado Avada Kedavra! Expelliarmus me salvó de Voldemort hace dos años, -añadió Harry desafiantemente. Lupin le estaba recordando al burlón Hufflepuff Zacharias Smith, que se había mofado de Harry por querer enseñar al Ejército de Dumbledore como Desarmar.
-Si, Harry, -dijo Lupin con dolorosa contención-. ¡y un gran número de motifagos vieron como ocurrió! Perdóname, pero fue un movimiento muy poco habitual entonces, bajo la inminente amenaza de muerte. ¡Repetirlo esta noche delante de mortifagos que o presenciaron u oyeron hablar de la primera ocasión fue casi un suicidio!
-¿Así que crees que debería haber matado a Stan Shunpike? -dijo Harry furiosamente.
-¡Por supuesto que no, -dijo Lupin- pero los mortifagos... ¡francamente, la mayoría de la gente!... habrían esperado que respondieras al ataque! ¡Expelliarmus es un hechizo útil, Harry, pero los mortifagos parecen creer que es tu firma personal, y te urjo a no dejar que eso ocurra!
Lupin estaba haciendo sentir a Harry como un idiota, y aún así todavía había un grado de desafío en su interior.
-No voy a sacar a la fuerza la gente fuera de mi camino solo porque estén ahí, -dijo Harry-. Eso es cosa de

Voldemort.
La réplica de Lupin se perdió. Consiguiendo finalmente atravesar la puerta, Hagrid fue hasta una silla y se sentó; esta se derrumbó bajo él. Ignorando su mezcla de disculpas y juramentos, Harry se dirigió de nuevo a Lupin.
-¿George se recuperará?
Toda la frustración de Lupin con Harry pareció desapareció ante la pregunta.
-Eso creo, aunque no hay forma de reemplazar su oreja, no cuando ha sido arrancada por un maldición.
Se oyeron unos roces fuera. Lupin se lanzó a la puerta trasera, Harry saltó sobre las piernas de Hagrid y entró corriendo en el patio.
Dos figuras habían aparecido en el patio, y mientras Harry corría hacia ellas comprendió que eran Hermione, ahora de vuelta a su apariencia normal, y Kinsgley, ambos aferrados a una percha doblada. Hermione se lanzó a los brazos de Harry, pero Kingsley no mostró ningún placer ante la visión de ninguno de ellos. Sobre el hombro de Hermione Harry le vio alzar su varita y apuntar al pecho de Lupin.
-¡Las últimas palabras que Albus Dumbledore nos dirigió a los dos!
-Harry es la mejor esperanza que tenemos. Confiad en él, -dijo Lupin tranquilamente.
Kingsley giró su varita hacia Harry, pero Lupin dijo,
-¡Es él, lo he comprobado!
-¡Muy bien, muy bien! -dijo Kingsley, metiendo su varita de vuelta bajo su capa-. ¡Pero alguien nos traicionó! ¡Lo sabían, sabían que era esta noche!
-Eso parece, -replicó Lupin- pero aparentemente no sabían que habría siete Harrys.
-¡Menudo alivio! -gruñó Kingsley-. ¿Quién más ha

vuelto?
-Solo Harry, Hagrid, George, y yo.
Hermione ahogó un pequeño gemido tras su mano.
-¿Qué os pasó a vosotros? -preguntó Lupin a Kingsley.
-Nos siguieron cinco, herí a dos, puede que matara a uno, -soltó Kingsley- y vimos a Quien-tu-ya-sabes tambien, se unió a la caza a medio camino aunque se desvaneció bastante rápidamente. Remus, puede....
-Volar, -ayudó Harry-. Yo le vi también, vino a por Hagrid y por mí.
-Así que por eso se desvaneció. ¿Pero que le hizo cambiar de objetivo?
-Harry se comportó un poco demasiado amablemente con Stan Shunpike, -dijo Lupin.
-¿Stan? -repitió Hermione-. ¿Pero yo creía que estaba en Azkaban?
Kingsley dejó escapar una risa pesarosa.
-Hermione, obviamente ha habido una fuga en masa que el Ministerio ha encubierto. La capucha de Travers cayó cuando le maldije, se suponía que estaba dentro también. ¿Pero qué te pasó a ti, Remus? ¿Dónde está George?
-Perdió una oreja, -dijo Lupin.
-¿Perdió una.. ? -repitió Hermione con voz aguda.
-Cosa de Snape, -dijo Lupin.
-¿Snape? -gritó Harry-. No dijiste...
-Perdió la capucha durante la persecucion. Sectumsempra siempre fue la especialidad de Snape. Desearía poder decir que le volví el favor, pero todo lo que pude hacer fue mantener a George sobre la escoba después de que resultara herido, estaba perdiendo demasiada sangre.
El silencio cayó entre los cuatro mientras miraban al cielo. No había ningún signo de movimiento, las

estrellas estaban fijas, sin parpadear, indiferentes, sin quedar oscurecidas por amigos en vuelo. ¿Dónde estaba Ron? ¿Dónde estaban Fred y el Señor Weasley? ¿Dónde estaban Bill, Fleur, Tonks, Ojoloco, y Mundungus?
-¡Harry, échame una mano! -llamó Hagrid roncamente desde la puerta, en la que estaba atascado de nuevo.
Contento de hacer algo, Harry le liberó, atravesó la cocina vacía y volvió al salón, donde la Señora Weasley y Ginny todavía estaban atendiendo a George. La Señora Weasley ya había detenido la hemorragia, y a la luz de la lámpara Harry vio una limpia herida abierta donde había estado la oreja de George.
-¿Cómo está?
La Señora Weasley miró alrededor y dijo.
-No puedo hacerla crecer, no cuando ha sido arrancada con Magia Oscura. Pero podría haber sido mucho peor... Está vivo.
-Si, -dijo Harry-. Gracias a Dios.
-¿He oído a alguien más en el patio? -preguntó Ginny.
-Hermione y Kingsley, -dijo Harry.
-Menos mal, -susurró Ginny. Se miraron el uno al otro.
Harry deseaba abrazarla, sujetarla, ni siquiera le importaba mucho que la Señora Weasley estuviera allí, pero antes de poder llevar a cabo el impulso, se produjo un gran estrépito en la cocina.
-¡Probaré quien soy, Kingsley, después de haber visto a mi hijo, ahora apártate de mi camino si sabes lo que te conviene!
Harry nunca antes había oído al Señor Weasley gritar así. Irrumpió en el salón, su calva brillaba por el sudor, sus gafas estaban torcidas, Fred iba justo tras él, ambos pálidos pero ilesos.
-¡Arthur! -sollozó la Señora Weasley-. ¡Oh, gracias a Dios!

-¿Cómo está?
El Señor Weasley cayó de rodillas junto a George. Por primera vez desde que Harry le conocía, Fred parecía haberse quedado sin palabras. Jadeó sobre el respaldo del sofá ante la herida de su gemelo como si no pudiera creer lo que estaba viendo.
Quizás alterado por el sonido de la llegada de Fred y su padre, George se movió.
-¿Cómo te sientes, Georgie? -susurró la Señora Weasley.
Los dedos de George tanteron el costado de su cabeza.
-Bendecido, -murmuró.
-¿Qué le pasa? -croó Fred, con aspecto aterrado-. ¿Su mente se vio afectada?
-Bendecido, -repitió George, abriendo los ojos y mirando a su hermano-. Ves… Santificado. Agujereado, Fred, ¿verdad? (nota*= juego de palabras holy=santificado y holey=agujereado, suenan de forma muy parecida)
La Señora Weasley sollozó más fuerte que nunca. El color fluyó a la cara pálida de Fred.
-Patético, -dijo a George-. ¡Patético! Con el todo un mundo lleno de humor verbal ante tí, ¿vas y haces que te dejen sin oreja?
-Ah, bueno, -dijo George, sonriendo a su madre bañada en lágrimas-. Ahora al menos podrás distinguirnos, Mamá.
Miró alrededor.
-Hola, Harry… ¿eres Harry, verdad?
-Si, soy yo, -dijo Harry, acercándose al sofá.
-Bueno, al menos conseguimos que llegaras bien, -dijo George-. ¿Por qué no están Ron y Bill rondando mi cama de enfermo?
-No han vuelto aún, George, -dijo la Señora Weasley. La sonrisa de George palideció. Harry miró a Ginny y le

hizo señas para que le acompañara a la parte de atrás. Mientras atravesaban la cocina ella dijo en voz baja.
-Ron y Tonks deberían haber vuelto ya. No era un viaje largo. La casa de Tía Muriel no está lejos de aquí.
Harry no dijo nada. Había estado intentando mantener el miedo a raya desde que alcanzara la Madriguera, pero ahora este le envolvía, pareciendo arrastrarse por su piel, latiendo en su pecho, cerrando su garganta. Mientras bajaban los escalones de atrás hasta el oscuro patio, Ginny le cogió la mano.
Kingsley se estaba paseando de acá para allá, mirando al cielo cada vez que giraba. A Harry le recordó a Tío Vernon paseándose por el salón hacía un millón de años. Hagrid, Hermione, y Lupin estaba de pie hombro con hombro, mirando hacia arriba en silencio. Ninguno de ellos miró alrededor cuando Harry y Ginny se unieron a su silenciosa vigilia.
Los minutos se estiraron a lo que bien podrían haber sido años. El más ligero soplo de viento les hacía saltar a todos y girarse hacia el arbusto susurrante o el árbol con la esperanza de que uno de los miembros restantes de la Orden pudiera saltar indemne de entre sus hojas.
Y entonces una escoba se materializó directamente sobre ellos y se acercó a gran velocidad a tierra.
-¡Son ellos! -gritó Hermione.
Tonks aterrizó con un patinazo largo que lanzó tierra y guijarros por todas partes.
-¡Remus! -gritó Tonks mientras se bajaban tambaleante de la escoba hasta los brazos de Lupin. La cara de él estaba seria y blanca. Con aspecto de ser incapaz de hablar, Ron tropezó ofuscadamente hacia Harry y Hermione.
-Estáis bien, -balbuceó, antes de que Hermione se abalanzara sobre él y le abrazara firmemente.

-Creí… creí…
-Estoy bien, -dijo Ron, palmeándole la espalda-. Estoy bien.
-Ron estuvo genial, -dijo Tonks cálidamente, renunciando a su agarre sobre Lupin-. Maravilloso. Aturdió a uno de los mortifagos, directo en la cabeza, y cuando apuntas a un objetivo móvil en una escoba en vuelo…
-¿Lo hiciste? -dijo Hermione, levantando la mirada hacia Ron con los brazos todavía alrededor de su cuello.
-Siempre el tono de sorpresa, -dijo él un poco gruñonamente, liberándose-. ¿Somos los últimos en volver?
-No, -dijo Ginny- todavía esperamos a Bill y Fleur y a Ojoloco y Mundungus. Voy a decirles a Mamá y Papá que estás bien, Ron.
Volvió corriendo dentro.
-¿Que os retuvo? ¿Qué pasó? -Lupin sonaba casi furioso con Tonks.
-Bellatrix, -dijo Tonks-. Me tenía tantas ganas a mí como a Harry, Remus. Intentó con empeño matarme. Desearía haber podido alcanzarla, le debo una a Bellatrix. Pero definitivamente herí a Rodolphus… Entonces llegamos a la Casa de la Tia de Ron y perdimos nuestro Traslador y ella se excitó mucho, preocupada por nosotros…
Un músculo saltaba en la mandíbula de Lupin. Asintió, pero parecía incapaz de decir nada más.
-¿Y que os pasó a vosotros? -preguntó Tonks, volviéndose hacia Harry, Hermione, y Kingsley.
Volvieron a relatar las historias de sus propios viajes, pero todo el tiempo la continua la ausencia de Bill, Fleur, Ojoloco, y Mundungus parecía extenderse sobre ellos como escarcha, su mordisco helado más y más

duro e imposible de ignorar.
-Voy a tener que volver a Downing Street, debería haber estado allí hace una hora, -dijo finalmente Kingsley, después de una última mirada al cielo-. Hacedme saber cuando vuelven.
Lupin asintió. Con un saludo a los demás, Kingsley se adentró en la oscuridad hacia la verja. Harry creyó oir el más leve de los pop cuando Kingsley Desapareció justo más allá de los límites de la Madriguera.
El Señor y la Señora Weasley llegaron corriendo por los escalones, con Ginny tras ellos. Ambos padres abrazaron a Ron antes de girarse hacia Lupin y Tonks.
-Gracias, -dijo la Señora Weasley- por nuestros hijos.
-No seas tonta, Molly, -dijo Tonks al instante.
-¿Cómo está George? -preguntó Lupin.
-¿Qué le pasa? -interrumpió Ron.
-Perdió...
Pero el final de la frase de la Señora Weasley se vio ahogado por una exclamación general. Un thestral acababa de entrar volando en el campo de visión y aterrizó a unos pocos metros de ellos. Bill y Fleur se deslizaron de su lomo, azotados por el viento pero ilesos.
-¡Bill! Gracias a Dios, gracias a Dios.
La Señora Weasley se adelantó, pero el abrazo que Bill le dio fue mecánico. Mirando directamente a los ojos de su padre, dijo,
-Ojoloco está muerto.
Nadie habló, nadie se movió. Harry sintió como si algo en su interior estuviera cayendo, cayendo a través de la tierra, abandonándole para siempre.
-Lo vimos, -dijo Bill. Fleur asintió, rastros de lágrimas brillaban en sus mejillas a la luz de la ventana de la cocina-. Ocurrió justo después de que rompieramos el

círculo. Ojoloco y Dung estaban cerca de nosotros, se dirigían hacia el norte también. Voldemort… puede volar… fue directamente a por ellos. Dung cedió al pánico, le oí gritar, Ojoloco intentó detenerle, pero Desapareció. La maldición de Voldemort dio a Ojoloco de lleno en la cara, cayó hacia atrás de su escoba y… no hubo nada que pudieramos hacer, nada, teníamos a media docena de ellos a nuestra cola…
La voz de Bill se rompió.
-Por supuesto que no podríais haber hecho nada, -dijo Lupin.
Todos se quedaron de pie mirándose unos a otros. Harry no podía entenderlo del todo. Ojoloco muerto, no podía ser… Ojoloco, tan duro, tan valiente, el consumado superviviente…
Al final pareció calar en todo el mundo, aunque nadie dijo nada, que no había razón para esperar ya en el patio, y en silencio siguieron al Señor y la Señora Weasley de vuelta a la Madriguera, y al salón, donde Fred y George estaban riendo juntos.
-¿Qué pasa? -dijo Fred, estudiando sus caras mientras entraban-. ¿Qué ha pasado? ¿Quién…?
-Ojoloco, -dijo el Señor Weasley-. Muerto.
Las sonrisas de los gemelos se convirtieron en muecas de sorpresa. Nadie parecía saber qué hacer. Tonks estaba llorando silenciosamente en un pañuelo. Había estado muy unida a Ojoloco, Harry sabía que era su favorita, su protegida en el Ministerio de Magia. Hagrid, que se había sentado en el suelo en la esquina donde tenía más espacio, estaba dándose ligeros toques en los ojos con un pañuelo del tamaño de un mantel.
Bill se acercó al aparador y sacó una botella de whisky de fuego y algunos vasos.
-Aquí tenéis, -dijo, y con un ondeo de su varita, envió

los doce vasos a volar por la habitación hacia cada uno de ellos, sujetando el número trece en alto.
-Por Ojoloco.
-Por Ojoloco, -dijeron todos, y bebieron.
-Por Ojoloco, -repitió Harry, un poco tarde, con un hipo. El whisky de fuego quemó la garganta de Harry. Pareció arder devolviéndole los sentimientos, disipando el entumecimiento y la sensación de irrealidad llenándole de algo parecido al coraje.
-¿Así que Mundungos desapareció? -dijo Lupin, que había vaciado su propio vaso de un trago.
La atmósfera cambió al momento. Todo el mundo parecía tenso, observando a Lupin, a la vez que deseando que siguiera, le pareció a Harry, y temiendo ligeramente lo que podían oir.
-Sé lo que estás pensando, -dijo Bill- y yo me lo pregunté también, de camino aquí, que parecían estar esperándonos, ¿verdad? Pero Mundungus no puede habernos traicionado. No sabían que habría siete Harry, eso les confundió en el momento en que aparecimos, y por si lo has olvidado, fue Mundungus quien sugirió esa pequeña treta. ¿Por qué no iba a contarle la clave del plan? Creo que Dung cedió al pánico, es tan simple como eso. No quería venir en primer lugar, pero Ojoloco le obligó, y Quien-tú-ya-sabes fue directamente a por ellos. Eso es suficiente como para que cualquiera entre en pánico.
-Quien-tu-ya-sabes actuó exactamente como Ojoloco esperaba de él, -resopló Tonks-. Ojoloco dijo que él esperaría que el auténtico Harry estuviera con el más duro y hábil de los Aurores. Perseguiría a Ojoloco primero, y cuando Mundungus les decepcionara iría a por Kingsley…
-Si, y todo eso está muy bien, -exclamó Fleur, pero

todavía no explica como sabían que tgasladabamos a Haggy esta noche, ¿verdad? Alguien debe habegles alegtado. A alguien se le escapó la fecha ante un desconocido. Esa es la única explicación para que supiegan la fecha pero no todo el plan.
Miró a todos alrededor, con rastros de lágrimas todavía grabados en su hermosa cara, desafiando silenciosamente a cualquiera de ellos a contradecirla. Nadie lo hizo. El único sonido que rompía el silencio era los hipidos de Hagrid desde detras de su mantel. Harry miró a Hagrid, que acababa de arriesgar su propia vida por salvar la de Harry... Hagrid, a quien amaba, en quien confiaba, quien una vez había sido engañado y había dado a Voldemort información crucial a cambio de un huevo de dragón...
-No, -dijo Harry en voz alta, y todos le miraron sorprendidos. El whisky de fuego parecía haber amplificado su voz-. Quiero decir... si alguien cometió un error -siguió Harry-, y se le escapó algo, sé que no tenía intención de que así fuera. No es culpa de nadie, -repitió de nuevo un poco más alto de lo que usualmente hubiera hablando-. Tenemos que confiar los unos en los otros. Yo confío en todos vosotros, no creo que nadie en esta habitación me vendiera nunca a Voldemort.
Más silencio siguió a sus palabras. Todos le miraban. Harry se sentía un poco acalorado otra vez, y bebió más whisky por hacer algo. Mientras bebía, pensaba en Ojoloco. Ojoloco siempre se estaba quejando de la tendencia de Dumbledore a confiar en la gente.
-Bien dicho, Harry, -dijo Fred inesperadamente.
-Si, oído, oído, -dijo George con una mirada de reojo a Fred cuya comisura de la boca estaba retorcida.
Lupin mostraba una expresión rara cuando miró a

Harry. Era casi de lástima.
-¿Crees que soy un tonto? -exigió Harry.
-No, creo que eres como James, -dijo Lupin- que habría considerado una absoluta deshonra recelar de sus amigos.
Harry sabía adonde quería llegar Lupin: a que su padre había sido traicionado por su amigo Peter Pettigrew. Se sintió irracionalmente furioso. Quería discutir, pero Lupin ya se había alejado de él, dejado su vaso en una mesita, y se dirigía a Bill.
-Hay trabajo que hacer. Puedo pedírselo a Kingsley si...
-No, -dijo Bill al instante-. Yo lo haré, iré.
-¿Qué hacéis? -dijeron Tonks y Fleur juntas.
-El cuerpo de Ojoloco, -dijo Lupin-. Tenemos que recuperarlo.
-¿No puede...? -empezó la Señora Weasley con una mirada invitadora hacia Bill.
-¿Esperar? -dijo Bill-. No a menos que prefieras que los mortifagos se lo lleven.
Nadie habló. Lupin y Bill dijeron adios y salieron.
El resto se dejó caer en sillas, todos excepto Harry, que permaneció de pie. La premura y plenitud de la muerte les acompañaba como una presencia.
-Yo tengo que irme también, -dijo Harry.
Diez pares de ojos sobresaltados le miraron.
-No seas tonto, Harry, -dijo la Señora Weasley-. ¿De qué estás hablando?
-No puedo quedarme aquí.
Se frotó la frente; le picaba de nuevo, no le había dolido así en un año.
-Todos estáis en peligro mientras yo esté aquí. No quiero...
-¡No seas tan tonto! -dijo la Señora Weasley-. El objetido de todo lo de esta noche era traerte aquí a

salvo, y gracias a Dios funcionó. Y Fleur ha estado de acuerdo en casarse aquí en vez de en Francia, arreglaremos algo para que podamos quedarnos todos juntos y vigilarte...

Ella no lo entendía; estaba haciéndole sentir peor, no mejor.

-Si Voldemort averigua que estoy aquí...

-¿Pero por qué iba a hacerlo? -preguntó el Señor Weasley.

-Hay una docena de lugares en los que podrías estar ahora, Harry, -dijo el Señor Weasley-. No tiene forma de saber en que casa segura estás.

-¡No es por mí por quien estoy preocupado! -dijo Harry.

-Eso lo sabemos, -dijo el Señor Weasley tranquilamente-, pero haría que nuestros esfuerzos de esta noche parecieran bastante inútiles si te marcharas ahora.

-Tú no vas a ninguna parte, -gruñó Hagrid-. Caray, Harry, ¿después de todo lo que hemos pasado para traerte aquí?

-¿Si, qué hay de mi oreja sangrante? -dijo George, incorporándose en los cojines.

-Lo sé...

-Ojoloco no querría...

-¡LO SÉ! -gritó Harry a pleno pulmón.

Se sentía asediado y chantajeado. ¿Creían que no sabía lo que habían hecho por él, no entendían que era esa era precisamente la razón por la que quería marcharse ahora, antes de que tuvieran que sufrir más por su culpa? Se hizo un largo y torpe silencio en el que su cicatriz continuó picando y latiendo, y que fue roto al fin por la Señora Weasley.

-¿Dónde está Hedwig, Harry? -dijo la Señora Weasley-. Podemos ponerla con Pidwidgeon y darle algo de

comer.
Sus entrañas se apretaron como un puño. No podía decirle la verdad. Se bebió lo que quedaba del whisky para evitar responder.
-Espera a que la gente se entere de que lo hiciste de nuevo, Harry, -dijo Hagrid-. !Escapar de él, luchar con él cuando estaba justo encima de nosotros!
-No fui yo, -dijo Harry rotundamente-. Fue mi varita. Mi varita actuó por su cuenta.
Después de unos momentos, Hermione dijo gentilmente,
-Pero eso es imposible, Harry. Quieres decir que hiciste magia sin pretenderlo; reaccionaste instintivamente.
-No, -dijo Harry-. La moto estaba cayendo, yo no podía decir donde estaba Voldemor, pero mi varita giró en mi mano y le encontró y le disparó un hechizo, ni siquiera fue un hechizo que yo reconociera. Nunca antes había hecho que aparecieran llamas doradas.
-Con frecuencia -dijo el Señor Weasley-, cuando estamos en una situación bajo presión podemos producir magia con la que nunca habríamos soñado. Los niños pequeños lo averiguan a menudo, antes de ser entrenados.
-No fue así, -dijo Harry apretando los dientes. Su cicatriz estaba ardiendo. Se sentía furioso y frustrado; odiaba la idea de que todos imaginaran que tenía poder para igualar a Voldemort.
Nadie decía nada. Sabía que no le creían. Ahora que lo pensaba, nunca antes había oído hablar de una varita que hiciera magia por sí misma.
Su cicatriz parecía chamuscar, hizo todo lo que pudo por no gemir en voz alta. Murmurando algo sobre tomar aire fresco, dejó el vaso y abandonó la habitación.
Cuando cruzaba el patio, el gran thestral esquelético

levantó la mirada… batiendo sus enormes alas de murciélago, después volvió a su pasto. Harry se detuvo en la verja del jardín, mirando hacia afuera a las plantas demasiado crecidas, frotándose la frente palpitante y pensando en Dumbledore.

Dumbledore le habría creído, lo sabía. Dumbledore habría sabido cómo y por qué la varita de Harry había actuado independientemente, porque Dumbledore siempre tenía respuestas; sabía de varitas, había explicado a Harry la extraña conexión que existía entre su varita y la de Voldemort…. Pero Dumbledore, como Ojoloco, como Sirius, como sus padres, como su pobre lechuza, todos se habían marchado a donde Harry no podría volver a hablar nunca con ellos. Sintió un ardor en la garganta que no tenía nada que ver con el whisky de fuego.

Y entonces, llegado de ninguna parte, el dolor de su cicatriz alcanzó el máximo. Se aferró la frente y cerró los ojos, una voz gritaba dentro de su cabeza.

-¡Me dijiste que el problema se resolvería utilizando otra varita!

Y dentro de su mente explotó la visión de un viejo esquelético yaciendo en harapos sobre un suelo de piedra, gritando, un horrible grito interminable, un grito de insoportable agonía…

-¡No! ¡No! Te lo suplico, te lo suplico…

-¡Mentiste a Lord Voldemort, Ollivander!

-No lo hice… Juro que no lo hice…

-¡Tratabas de ayudar a Potter, de ayudarle a escapar de mí!

-Juro que no… Creía que otra varita funcionaría…

-Explica entonces qué ocurrió. ¡La varita de Lucius fue destruída!

-No puedo entenderlo… La conexión… existe solo…

entre vuestras dos varitas…
-¡Mentiras!
-Por favor… te lo suplico…
Y Harry vio a la mano blanca alzar la varita y sintió la ráfaga de cruel rabia, vio el cáscara del viejo revolverse en el suelo retorciéndose de agonía…
-¿Harry?
Desapareció tan rápidamente como había venido. Harry se puso en pie temblando en la oscuridad, aferrado a la verja del jardín, con el corazón acelerado, la cicatriz todavía zumbando. Pasaron varios momentos antes de que comprendiera que Ron y Hermione estaban a su lado.
-Harry, vuelve a entrar en casa, -susurró Hermione-. ¿Todavía estás pensando en marcharte?
-Si, tienes que quedarte, colega, -dijo Ron, aporreando a Harry en la espalda.
-¿Estás bien? -preguntó Hermione, lo suficiente cerca ahora para mirar a Harry a la cara-. ¡Tienes un aspecto horrible!
-Bueno, -dijo Harry temblorosamente- Probablemente mejor que el de Ollivander…
Cuando terminó de contarles lo que había visto, Ron parecía consternado, pero Hermione categóricamente aterrorizada.
-¡Pero se suponía que había parado! Tu cicatriz… ¡se suponía que ya no hacía esto! No debes dejar que la conexión se abra de nuevo… ¡Dumbledore quería que cerraras tu mente!
Cuando él no replicó, le aferró el brazo.
-¡Harry, está tomando el Ministerio y los periódicos y la mitad del mundo mágico! ¡No dejes que se meta en tu cabeza también!

Capítulo Seis:



El fantasma en pijama

La muerte de Ojoloco se cernió sobre la casa en los días posteriores; Harry esperaba verlo entrar por la puerta de atrás como los demas miembros de la orden, quienes pasaban y transmitían noticias. Harry sentía que nada mas podía aliviar sus sensaciones de culpa y pena y salir en su misión de encontrar y destruir los horrocruxes lo antes posible.

-Bueno, tú no puedes hacer nada sobre los -Ron articuló la palabra *horrocruxes*- hasta que cumplas diecisiete años. Todavía te sigen el rastro. Y de todos modos podemos planificarlo aquí, ¿verdad? o -bajó la voz hasta un susurro- cuentale dónde sabes que está quien-tú-ya-sabes…

-No.-decidió Harry.
-Yo creo que Hermione podría investigar.-dijo Ron- ella dijo que esperaría a que te salvaran y a que estuvieras aqui.
Estaban sentados en la mesa desayunando; el señor Weasley y Will tenían que irse a trabajar. La señora Weasley subío arriba para despertar a Hermione y Ginny, mientras Fleur se tomababa un baño.
-El hechizo se romperá el día treinta y uno -dijo harry- esto quiere decir que sólo tengo que quedarme aquí cuatro días, entonces podré...
-Cinco días -le corrigió Ron firmemente- tenemos que quedarnos para la boda. Ellos nos matarán si faltamos.
Harry entendió por ”ellos” a Fleur y la señora Weasley.
-Solo es un día mas.-dijo Ron cuando Harry le miró amotinadamente.
-¿Ellos no comprenden como es de importante...?
-No entienden.- dijo Ron- Ellos no tienen una pista. Y ahora que tu lo mencionas. Quise decirte una cosa.
Ron echó un vistazo hacia la puerta del pasillo para comprobar que la señora Weasley no volvía aun, entonces se acercó más a Harry.
-Mamá estaba intentando averiguar cosas sobre Hermione y yo. Qué estamos haciendo. Lo intentará despues contigo, así que prepárate. Papá y Lupin han preguntado también, pero cuando dijimos que Dumbledore te dijo que no se lo contaras a nadie excepto a nosotros, ellos lo supieron, no mamá, aunque ella ya está enterada.
La predicción de Ron se realizó al cabo de unas horas. Poco antes del almuerzo, la señora Weasley separó a Harry de los demás pidiendole ayuda para poder indentificar el calcetín de un hombre que ella pensó que podía haber venido de su mochila. Una vez

arrinconado en el almacén diminuto de la cocina, comenzó.
-Ron y Hermione parecen pensar que tres de vosotros vais a dejar Hogwarts.- Comenzó en un tono ligero.
-Oh.-dijo Harry- Bien, sí, somos nosotros.
Un rodillo giraba por si mismo en una esquina, retorciendo lo que parecía el chaleco del señor Weasley.

-¿Y puedo preguntar *por qué* abandonais vuestra educación?
-Bien, Dumbledore me ha dejado... un trabajo que hacer.- mascullo Harry -Ron y Hermione también saben de ello y quieren venir también.
-¿Qué tipo de trabajo?
-Lo siento, no puedo...
-Bien, francamente. Conozco a Arthur y tengo derecho a saberlo. ¡Y estoy segura que el señor y la señora Granger estarían de acuerdo! -dijo la señora weasley.
Harry había tenido el miedo de los padres preocupados. Tuvo fuerza para mirar directamente a sus ojos, que contactaron con los suyos de modo que fueron, los mismos que la sombra marrón de los de Ginny. Esto no ayudó.
-Dumbledore no quiso que nadie más lo supiera, señora Weasley. Lo siento. Ron y Hermione no tienen por qué venir, eso es su opción...
-¡No veo por qué tienes que ir tu también! -Dijo derrumbándose, dejando caer todo el pretexto ahora. -¡Tú eres todavía menor de edad, cualquiera de vosotros! Eso son realmente tonterias. Si Dumbledore necesitara hacer trabajar a alguien, ¡tendría a toda la Orden en su mando! Harry, tuviste que entenderlo mal. Probablemente él estaba diciendote algo que él hizo, y

tú lo tomaste como si él te quisiera decir…
-No entendí mal. -dijo Harry rotundamente. -me lo dijo para que lo hiciera yo.
Dio la espalda al calcetín que ella, como suponía, había modelado con juncos de oro.
-Y este no es el mío.
-Oh, desde luego que no. -dijo la señora Weasley con una vuelta repentina y que acobarda más bien a su tono ocasional. -deberia haberlo sabido. Bien, harry, mientras yo estoy aquí, ¿te importaria ayudarnos con los preparativos de la boda de Bill y Fleur? Hay tanto por hacer…
-No, por supuesto que no. -dijo Harry, desconcertado por el súbito cambio de tema.
-¡Qué encantador eres! -replicó, y sonrió mientras se daba la vuelta hacia el fregadero.
Justo en ese momento, la señora Weasley vigilaba a Harry, Ron y Hermione que estaban tan ocupados con los preparativos para la boda que no tenían tiempo para pensar. La explicación de su comportamiento había sido que la señora Weasley quiso distraerlos de pensar en la muerte de Ojoloco y en el miedo del día anterior.

Después de dos días de limpieza de la casa, de multitud de favores, de flores que recogían y emparejaban con la gnomización del jardín y de ayudar a la señora Weasley con las extensas preparaciones de comida para la boda, Harry comenzó a sospechar un motivo diferente. Todos los trabajos que ella mandaba parecían estar hechos para que Ron y Hermione estuvieran lo mas lejos posible uno del otro. No había tenido ocasión de hablar con ellos dos desde la primera noche, cuando Harry les contó que Voldemort había torturado a Ollivander.

-Pienso que Mamá cree que separándoos retrasará vuestra salida de aquí- le susurró Ginny a Harry el tercer día, mientras estaban poniendo la mesa.
-¿y qué cree que va a ocurrir?- murmuró Harry- ¿es que alguien más puede matar a Voldemort mientras nosotros estamos aquí encerrados?
Estaba hablando sin pensar, y la cara de Ginny se puso blanca.
-¿así que es cierto?- dijo- ¿eso es lo que estáis intentando hacer?
-Yo…no… estaba bromeando- añadió Harry apresuradamente
Se miraron fijamente, y había algo más que asombro en los ojos de Ginny. Harry se dio cuenta que era la primera vez que se quedaba con ella a solas desde aquellas horas robadas en las esquinas aisladas en los terrenos de Hogwarts. Estaba seguro de que ella también se acordaba. Ambos se sobresaltaron al abrirse la puerta, y la señora Weasley, Kingsley y Bill entraron dentro.
Ahora habían sido reemplazados por otros miembros de la Orden para la cena, porque la Madriguera había reemplazado al nº 12 de Grimmauld Place como cuartel general. El señor Weasley había explicado que después de la muerte de Dumbledore el Guardián Secreto se había ido alternando.
-Y como hay veinte de nosotros, la energía del encantamiento Fidelio se diluye enormemente. veinte oportunidades para los mortífagos para conseguir el secreto de alguien. No podemos esperar que se sostenga mucho tiempo.
-Pero, seguramente Snape ya les habrá dicho a los mortífagos la dirección, ¿verdad?- preguntó Harry
-Bueno, Ojoloco le echó un par de maldiciones a Snape

en el caso en que venga hacia aquí. Esperemos que sean bastante fuertes y que mantengan cerrada su boca si intenta hablar del lugar, pero no estamos seguros. Habría sido una locura hacer del lugar el cuartel general ahora que su protección es tan inestable
La cocina estaba repleta de gente esa tarde, así que era difícil manejar los cuchillos y tenedores. harry se encontraba al lado de ginny. El conjunto de cosas que habían sucedido le hacían desear que estuviera más separado de Ginny. Intentaba cortar a duras penas el pollo que tenía delante mientras se cepillaba el brazo. (esto no esta mu bien traducido)
-¿No hay noticias acerca de Ojoloco?-preguntó Harry a Bill
-nada- respondió
No habían podido celebrar un funeral para Moody debido a que Bill y Lupin no habían conseguido encontrar su cuerpo. Había sido difícil encontrar dónde había caído, debido a la oscuridad y la confusión de la batalla.
-El profeta no ha dicho nada sobre su muerte o la búsqueda del cuerpo- dijo Bill- Pero no significa nada. Están muy callados durante estos días.
-Y, ¿todavía no han convocado una vista por la magia que utilizé para escapar de los mortífagos? – harry llamó al señor Weasley, que estaba al otro lado de la mesa. Sacudió su cabeza
-¿Porque saben que no tenía ninguna otra opción o porque no quisieran que dijera al mundo que Voldemort me atacó?
- Lo último, creo. Scrimgeour no desea admitir que Quien-tú-sabes tenga tanto alcance como él tiene, ni que Azkaban es un caos total.
-¿Por qué no le dice al mundo la verdad?-dijo Harry,

apretando su cuchillo tan firmemente que las cicatrices débiles en la parte posterior de su mano derecha surgieran hacia fuera, blanca contra su piel: No debo decir mentiras.
-¿No hay nadie del Ministerio preparado para hacerles frente?- preguntó Ron enfadado
-Por supuesto Ron, pero la gente está atemorizada.- dijo el sr Weasley-aterrorizados de que sean los próximos en desaparecer, de que sus hijos sean los siguientes en ser atacados. Circulan rumores desagradables por ahí, no puedo creer que la profesora de Estudios Muggles haya dimitido. No ha sido vista en semanas. Mientras tanto, Scrimgeour se encierra en su despacho todo el día. Esperemos que esté pensando en algún plan.
Hubo una pausa en la cual la señora Weasley, por arte de magia, llevó los platos vacíos al fregadero y sirvió tarta de manzana.
-tenemos que decidir ´ómo vas a ir disfrazado, Adry´- dijo Fleur mientras todo el mundo tomaba el postre- para ´uestra boda. No vamos a invitar a un modtifago a nuestra ´oda, pero después del ataque alguien puede intentar hacerte algo en la boda.
Después de esto Harry se dio cuenta de que Fleur todavía desconfiaba de Hagrid
(falta una frase?
-Ron, ¿has limpiado tu habitación?-le preguntó la sra Weasley
-¿Por qué?-replicó Ron cerrando con fuerza su cuchara y dirigiéndose a su madre- ¿Por qué mi sitio es estar en mi habitación limpiando?
-Estamos celebrando la boda de tu hermano aquí estos días, jovencito
-¡¡Y no se van a casar en mi habitación!! Eso es una

auténtica...
-No le hables así a tu madre-le dijo el sr Weasley- y haz lo que se te dice
Ron gritó a sus padres, después cogió su cuchara y se comió los últimos trozos de su tarta
-Puedo ayudar, yo tengo algo de culpa en ese desorden-dijo Harry, pero la Señora Weasley le interrumpió
-No Harry querido, Arthur y yo preferimos que nos ayudes con los pollos. y Hermione, te agradeceríamos mucho que cambiaras las sábanas, ya que el sr y la sra Delacour estarán aquí mañana
Pero en cuanto se pusieron a trabajar, vieron que había poco que hacer con los pollos.
-No hay necesidad de que esté aquí... -díselo a Molly – le dijo el sr Weasley a Harry, bloqueando su acceso a la bodega- pero er.. Ted Tonks me pidió que mirara qué le ocurría a la moto de Sirius, y me estoy escondiendo aquí. ¡Fantástico! Un exhausto gaskin, creo que se llama, la mejor batería del mundo, y quiero saber cómo funcionan los frenos. Voy a intentarlo ahora que Molly no está, que es cuando tengo tiempo
-¡!Lo hice, lo hice!!Oh, eres tú- dijo Ron cuando Harry entró en la habitación. Ron estaba tumbado en la cama, era evidente que había terminado. La habitación estaba tan desordenada como las otras semanas, el único cambio era que Hermione estaba sentada en una esquina de la habitación junto a Su gato canela, Crookshanks, en sus pies, ordenando libros, algunos de los cuales harry reconoció como suyos, en dos enormes pilas
-Hola Harry-dijo cuando se sentó en la mullida cama
-¿Y cómo te escapaste?
-Oh, la madre de Ron olvidó que ya nos había mandado a Ginny y a mi cambiar las sábanas- dijo Hermione. Ella

arrojaba “Numerología y Gramática”en una pila y “El ascenso y la caída de las Artes oscuras”en el otro.
-Estábamos hablando de Ojoloco-le contó Ron a Harry-Creo que puede haber sobrevivido
-Pero Bill vio cómo le lanzaban la Maldición Asesina-dijo HArry
-Sí, pero Bill no estaba al lado del ataque-dijo Ron-¿Cómo puede estar seguro de lo que vio?
-Incluso si la maldición falló, Ojoloco cayó varios metros- dijo Hermione con un pesado libro “Equipos de Quidditch de Gran Bretaña e Irlanda en su mano
-Podría haber usado un encantamiento escudo
-Fleur dijo que su varita salió despedida de su mano-dijo HArry.
-Bueno, está bien, si queréis que esté muerto…gruño Ron, golpeando su almohada para que fuera más cómoda.
-Por supuesto que no queremos que muera!!- dijo Hermione sobresaltada. Es terrible que haya muerto. ¡Pero debemos ser realistas!
Por primera vez, Harry se imaginó el cuerpo de Ojoloco, al igual que el de Dumbledore, con el ojo mágico girando en la cuenca todavía. Sentía una puñalada de repulsión mezclada con un extraño deseo de reír
“Los mortífagos probablemente lo ordenaran todo, por eso nadie lo encontró- dijo Ron ansioso
Sí, dijo Harry- como Barty Crouch, convertido en hueso y enterrado frente a la cabaña de hagrid
Probablemente transformaran a Moody y lo enterraran
-¡No!-.Chilló hermione. harry miró justo a tiempo cómo explotaba su copia de “spellman´s Sillabary”

-Oh no- dijo Harry, luchando por ayudar a Hermione- No

intentaba distraerte

Pero con un gran crujir de colchones de muelles oxidados, Ron se levantó de la cama y consiguió llegar primero. Puso un brazo alrededor de Hermione, cogió en su bolsillo de los pantalones vaqueros un pañuelo que había usado para limpiar el horno. Precipitado, sacó su varita, apuntó al pañuelo y dijo "tergeo"
La varita quitó algo de grasa del pañuelo. Ron se lo dio a HErmione
- Oh, gracias ron, lo siento. Se sonó la nariz- Es solo triteza, después de lo de Dumbledore, nunca me imaginé que le pasara lo mismo a Ojoloco
-Lo sé-dijo Ron abrazándola- Pero sabes lo que él nos decía siempe
-Alerta Permanente-dijo Hermione mientras se secaba los ojos
-Exacto- dijo Ron cabezeando-Nos hizo aprender de lo que le ocurrió. Y lo que he aprendido es en no confiar en los pequeños cobardes squit, Mundungus."
Hermione sonrió un poco y empezó a coger otros dos libros más. Un segundo más tarde de que Ron dejara de abrazar a Hermione, ella soltó el "monstruoso libro de los monstruos en sus pies. El libro se liberó de su correa y agarró el tobillo de Ron
-Lo siento lo siento- decía Hermione mientras Harry intentaba quitar del tobillo de Ron el libro
-¿Qué estás haciendo con todos esos libros?- preguntó Ron, volviendo a su cama
-Decidir cuál llevo con nosotros cuando vayamos a buscar a los Horrocruxes
-Oh, por supuesto- dijo Ron aplaudiendio- olvidé que buscábamos a Voldemort en una libreria
-Ha ha,- dijo HErmione, mirando el Spellman's

Syllabary.- Me preguntaba si… ¿necesitaremos traducir runas? Es posible, lo cogeré por si acaso
Cogió el sillabary y lo puso al lado de “historia de Hogwarts”
-Escuchad- dijo HArry
Se incorporó. Ron y Hermione lo miraban desafiantemente-
-Se que me dijisteis después del funeral de Dumbledore que me acompañaríais- comenzó harry
-Así es- dijo Ron entornando los ojos
-Creo que cogeré “historia de Hogwarts”.Incluso si no volvemos, no me siento bien sin él

-Escuchad!!-dijo harry otra vez
-No harry ,escucha tu- dijo Hermione- iremos. Es lo que hemso decidido en estos meses y años antes
-Pero…
-Calla- le avisó Ron
-¿Estáis seguros de que lo habéis pensado bien?
-Mira- dijo Hermione mientras dejaba Viajando con Trolls en la pila de inservibles con una mirada asesina.He estado preparando el equipaje para cuando llegue el momento, que se necesita mucha magia, y sin mencionar lo de la poción multijugos de Ojoloco(no muy bien traducido)
He modificado la memoria de mis padres, así que creen que son Wendell y Monica Wilkins, y que su deseo era ir a Australia, donde se encuentran. Así voldemort no los podrá interrogar acerca de mí, aunque saben algo de ti. Si sobrevivo, volveré con mis padres y desharé el encantamiento. Si no, vivirán felices para siempre. Wendell y Monica Wilkins no saben que tienen una hija. Los ojos de Hermione estaban bañados en lágrimas de nuevo. Ron volvió a abrazarla una vez más y frunció el

ceño ante Harry para reprocharle su falta de tacto.
Harry no podía decir nada, estaba asombrado de la muestra de cariño que daba Ron
-Yo…Hermione…Lo siento… Yo no…
Ves como sabíamos lo que pasaba si íbamos contigo??
Bueno, Ron, enséñale lo que has hecho
No, acaba de comer- dijo Ron
¡Vamos, lo necesitaba saber!
Oh, está bien. Harry, ven aquí
Por segunda vez Ron retiró su brazo de Hermione y abrió la puerta
-Vamos
-Por qué? – preguntó harry acompañando a Ron dentro del ordenado rellano tiny landing.
- Descendo-" murmuró Ron, apuntando su varita al techo bajo.. Una puerta se abrió sobre sus cabezas y una escalera cayó a sus pies Un horrible, medio succión medio gemido sonido vino de fuera del agujero cuadrado, junto con un desagradable olor como alcantarilla abierta.
-Este es tu ghoul, no?preguntó Harry, que no había visto nuca a la criatura que interrumpió el silencio nocturno
-Sí, es el- dijo Ron, subiendo la escalera-Ven y lo ves
Harry siguió a Ron subiendo los cortos escalones hacia el ordenado ático. Su cabeza y hombros estaban en la habitación antes de que él viera a la criatura a pocos pies de él, bostezando en la penumbra con su ancha y grande boca abierta.
-Pero… mira… los ghouls llevan normalmente pijama?
-No- dijo Ron. Tampoco tienen normalmente el pelo rojo o numerosos granos
Harry contempló la cosa, revuelta ligeramente. Era humano en forma y tamaño, y llevaba puesto, ahora que los ojos de Harry se habían acostumbrado a la

oscuridad, un par de antiguos pijamas de Ron.
Él estaba también seguro de que los ghouls eran generalmente algo calvos, no melenudos y cubiertos de granos morados..
-Yo soy él, ves?- dijo Ron.
-No, no veo- dijo Harry
Te lo explicaré de vuelta a mi cuarto, el olor se me está pegando- dijo Ron. Bajaron la escalera, que Ron devolvió al techo, y volvieron con Hermione, que estaba todavía ordenando libros.
-Una vez que nos hayamos ido, el ghoul bajará aquí y vivirá en mi habitación-dijo Ron- Creo que lo está esperando- es extraño decirlo ya que está todo el rato gimiendo y llorando- pero cabezea un montón cuando le llamas, De cualquier manera, será igual que yo con spattergroit. Buena idea eh?
Harry estaba confundido.
-Es eso!- dijo Ron, frustrado porque harry no había comprendido el plan- Mira, cuando nosotros tres no volvamos a Hogwarts de nuevo, todo el mundo pensará que Hermione y yo estamos contigo, vale? Lo que significa que los mortífagos irán a por nuestras familias para ver si tienen información de dónde estás
-Pero afortunadamente si todo sale bien, volveré con Mamá y Papá; un montón de nacidos de Muggles están hablando de esconderse por el momento- dijo Hermione
-No podemos esconder a mi familia entera, parecerá muy extraño y tendrán que dejar todos sus trabajos.- dijo Ron- Así que voy a contar la historia de que estoy enfermo con spattergroit, y por eso no puedo volver al colegio. Si alguien viene a investigar, Mamá y Papá pueden enseñarle el ghoul en mi cama, cubierto de granos. El spattergroit es muy contagiosos, así que no querrán que esté cerca. (frse que no entiendo)

It won't matter that he can't say anything, either, because apparently you can't once the
fungus has spread to your uvula."
-Y tu padre y tu madre están de acuerdo con el plan?- preguntó Harry
-Papá si. Él ayudó a Fred y George a transformar al ghoul. mamá...bueno, ya ves cómo está. No aceptará que nos vayamos hasta que nos hayamos ido
La habitación estaba en silencio, solo roto por ruidos sordos ya que Hermione continuaba apilando libros
Ron estaba sentado viéndola, y Harry miraba a ambos, sin saber qué decir
. La manera con la que protegían a sus familias, más de lo que habían hecho nunca, para ir con él, indicaba lo peligroso que era. Quería decirles lo que significaba eso para él, pero no encontraba palabras suficientes. A través del silencio vinieron los camuflados sonidos de sra Weasley gritando cuatro plantas mas abajo
-Porgablemente Ginny haya dejado algo de polvo en un anillo- dijo Ron- No sé por qué los Delacour vienen dos días antes de la bosa
-La hermana de Fleur es la dama de honor, debe estar aquí para ensayar, y es demasiado joven- dijo Hermione, mientras miraba dudando Recreo con la Bañes
-Bueno, los invitados no van a ayudar a Mamá-dijo Ron
-Lo que debemos de decidir realmente - dijo Hermione tirando "Teoría de Defensa Magica" a la papelera y cogiendo "una valoración de la educación magica europea"- es dónde vamos a ir después de salir de aquí..Se que dijiste que querias ir primero al valle de godric, y lo entiendo pero... bueno... no deberíamos poner como prioridad los horrocruxes?
-Si sabemos dónde está alguno de los Horrocruxes,

acepto.- dijo Harry, que no entendía por qué Hermione no comprendía su deseo de ir al valle de Godric. El cementerio de sus padres era solo parte de la atracción: El tenían un fuerte e inexplicable pensamiento de que ese lugar tenía respuestas para él. Tal vez solo era porque allí había sobrevivido a la maldición asesina, ahora creía que podría repetir la hazaña por eso Harry quería ir al lugar dobde había ocurrido, esperando entender,
-No crees que hay una posibilidad de que Voldemort tenga vigilantes an el valle de Godric?- prguntó Hermione- puede que espere que vayas a visitar la tumba de tus padres cuando seas libre de ir donde quieras?
Eso no lo había pensado. Mientras él luchaba por encontrar un argumento convincente, (frase que no entiendo) Ron spoke up, evidently following his own train of thought.
-R.A.B. – dijo- sabes , el que robó el guardapelo- hermione asintió- deci en su nota que iba a destruirlo, no?
Harry arrastró su mochila y sacó el horrocrux falso, en el que habían encontrado la nota de RAB
-He robado el Horrocrux real y lo pienso destruir en cuanto pueda- leyo harry
-Bueno, y si él no acabó?- dijo Ron.
-O ella- interrumpio Hermione
Cualquiera- dijo Ron. –Puede ser algo menos por hacer
Sí, pero tenemos de tratar de encontrar el verdadero Horrocrux- dijo hermione- por si acaso no ha sido destruido. Tenemos que asegurarnos
-Y cuando lo tengas, ¿cómo destruirás el Horrocrux?- preguntó Ron.
-Bueno- respomndio Hermione- Estoy buscando acerca

de eso
-Cómo?- pregunto Harry- creía que no había libros en la biblioteca sobre horrocruxes
No los había- dijo Hermione, que había enrojecido- Dumbledore los quitó todos, pero ... pero no los destruyó"
-¿Cómo has conseguido esos librios
No...no he robado!!- dijo Hermione mirando a Harry y rOn desesperada- eran todavía libros de la biblioteca, incluso si los tenía Dumbledore. De cualquier manera, si realmente no quería que nadie los leyera, seguro que los habría escondido mejor...
-Qué dices!- exclamo Ron
Bueno, era facil- susurro Hermione- Solo hice un encantamiento convocador. Ya sabes, accio. Y, se veía el despacho de Dimbledore desde la ventana del dormitorio de chicas.
-Pero, cuando lo hiciste??- pregunto Harry, mirando a Hermione con una mezcla de admiración e incredulidad
-Despues del funeral de Dumbledore- susurro Hermione- Cuando aceptamos que huiríamos del colegio y te acompañaríamos a buscar los horrocruxes. Cuando subí las escaleras, estaba sola allí, y lo intenté y lo conseguí. Volaron a mi habitación y me los guardé
Tragó saliva y sigió hablando- NO puedo creer que Dumbledore estuviera enfadado, no vamos a utilizar la informacion para hacer un Horrocrux, verdad??

¿Nos has oido quejarnos?- dijo Ron- ¿donde estan esos libros?
Hermione dudó un momento y extrajo de la pila un gran volumen, encuadrernado en piel. (frase que no entiendo) She looked a little nauseated and held it as gingerly as if it were something

recently dead.
“Este es uno de los que dice cómo hacer un horrocrux, ” Secrets of the
Darkest Art “, . es un libro horrible, lleno de magia maligna. Me pregunto, si cuando Dumbledore los quitó de la librería, apuesto a que Voldemort consiguió la instrucción para hacerlo.
-Y entonces, por qué le preguntó a Slughorn como hacer un Horrocrux, si ya lo habia leido?- pregunto Ron
-Solo le preguntó que pasaba si dividias tu alma en 7- dijo Harry- Sumbledore estaba seguro de que Ryddle ya sabia como hacer un horrocrux cuando se lo pregunto a Slughorn. Si llevas razon, Hermione, puede que lo haya sacado de ahí
-y cuanto más he leído sobre ellos- dijo Hermione,- más horribles parecen, y menos puedo creer que él hiciera realmente seis. Advierte en este libro cómo es inestable dividir tu alma haciendo un horrocrux!-harry recordó como Dumbledore le dijo sobre Voldemort que era demasiado malvado
-¿Hay una manera de reunirlos en ti de nuevo?- pregunto Ron
Sí- dijo Hermione sonriendo malevolamente- peros es realmente doloroso
-¿Cómo?¿Cómo se hace?- pregunto Harry
Remordimiento- dijo Hermione- te debes arrepentir realmente de lo que hiciste. Hay una nota al pie de pagina. Aparentemente el dolor de hacerlo te puede destruir. NO puede ver a Voldemort así, veredad?
-NO- dijo Ron- antes de que Harry pudiera responder- así que pone en ese libro como destruir los Horrocruxes¿
Sí- dijo Hermione girando páginas- porque advierte a los magos oscuros los fuertes encantamientos que

deben hacer. De lo que he leido, lo que Harry hizo al diario de Ryddle es una de las pocas maneras de destruir un Horrocrux.
-Cómo, clavando un colmillio de basilisco?- pregunto Harrt

“- Oh, afortunadamente tenemos un gran grupo de colmillos de basilisco- dijo Ron- me preguntaba qué hacer con ellos
-No tiene por qué ser un colmillo de basilisco- dijo pacientemente Hermione- tiene que ser algo tan destructivo que el Horrocrux no lo pueda reparar. El veneno de Basilisco solo tiene un atídoto y es increíblemente raro
-Lágrimas de fenix- dijo Harry
Exacto- dijo Hermione-Nuestro problema es que hay muy pocas sustancias tan destructivas como el veneno de Basilisco, y es peligroso llevarls con nosotros. Es un problema. NO podemos utilizar el truco de romper, cortar o rasgar el horrocrux, por que eso por magia se pued arreglar
-Pero si incluso destruimos el Horrocrux,-dijo Ron puede quedar un pedacito de alma que regresaria a Voldemort?
-Porque un Horrocrux es todo lo contrario a la creacion de un hombre
Viendo que Harry y Ron estaban confusos, Hermione se lo explicó: Mirad si cogiera una espada ahora, Ron, y te atravesara con ella, no dañaría tu alma.
-Que sería muy reconfortable para mí, seguro- dijo Ron. Harry rió
-Debería ser así, actualmente. Pero yo creo es que si le pasa algo a tu cuerpo, tu alma sigue viva intacta. El fragmento de alma depende de su objeto, su cuerpo

encantado, para sobrevivir. No puede exitir sin eso.
-Así murió el diario cuando lo apuñalé- dijo Harry, recordando cuando la tinta roja como la sangre fluyó de las página agujereadas, y los gritos del alma de Voldemort mientras desaparecia.
-Y cuando el diario está propiamente destruido, el pedazo de alma atrapado no puede existir. Ginny intentó librarse del diario antes que tú, mojándolo, pero obviamente el diario estaba inmune.
Ok- dijo Ron, frunciendo el ceño- el pedazo de alma en ese diario estaba poseyendo a Ginny, no? Cómo trabaja entonces?
Mientras el objeto está intacto, el pedazo de alma puede introducirse dentro de alguien si consigue abrir ese objeto. No significa estar tocandolo todo el rato, basta con tocarlo- añadió antes de que Ron pudiera hablar- Significa emocionalmente. Ginny puso su corazon en el diario, quedando muy vulnerable. Estás en problemas si dependes del Horrocrux
-Me pregunto cómo destruiria el anillo Dumbledore- dijo Harry- ¿por qué no se lo pregunté. Nunca, realmente
Estaba pensando en todas las cosas que debería haberle preguntado a Dumbledore, y cómo, desde que había muerto, le parecía a Harry que habría tenido muchas oportunidades si Dumbledore siguiera vivo de encontrar más… de encontrarlo todo.
El silencio fue roto por un fuerte golpe al abrir la puerta
El silencio fue roto cuando la puerta del dormitorio se abrió de repente, dando un fuerte golpe en la pared. Hermione chilló y dejó caer el libro de Artes Oscuras; Crookshanks pasó como un rayo bajo la cama, silbando indignadamente; Ron saltó de la cama, patinó en una

envoltura de Rana de Chocolate y se dio con la cabeza contra la pared; y Harry sacó, instintivamente, su varita, cuando se dio cuenta de quien había entrado era la señora Weasly, cuyo pelo estaba desaliñado y tenía la cara retorcida por la rabia.
“Lamento mucho molestaros en esta pequeña y cómoda reunión” dijo con voz temblorosa. “Estoy segura de que necesitan descansar… pero hay regalos de boda amontonados en mi cuarto que necesito ordenar, y tuve la impresión de que habíais acordado ayudar”.
“Ah, sí” dijo Hermione aterrorizada. “Sentimos no… haber ido antes”.
Con una angustiada mirada a Harry y Ron, Hermione salió de la habitación tras la señora Weasley.
“Es como ser un elfo doméstico,” dijo Ron mientras se frotaba la cabeza. “pero sin satisfacción laboral… Cuanto antes acabe esta boda, más feliz seré”.
“Sí,” dijo Harry, “entonces no tendremos nada más por preocuparnos a parte de los Horrocruxes… Serán como unas vacaciones, ¿no?”.
Ron comenzó a reírse, pero a la vista de la enorme pila de regalos de boda que los esperaban en la habitación de la señora Weasley, paró bruscamente.
Los Delacours aparerecieron a la mañana siguiente a las once en punto. Harry, Ron, Hermione y Ginny se sentían bastante resentidos hacia la familia de Fleur esta vez; y Ron estuvo intentando ponerse calcetines pares durante un buen rato, mientras Harry intentaba aplastar su pelo.
Una vez que todos creían que estaban listos, salieron al jardín para esperar a los visitantes. Harry nunca había visto el lugar tan arreglado… Los calderos mohosos y las viejas botas de Wellington habían sido reemplazados por dos nuevos arbustos; que, aunque no había brisa,

sus hojas ondeaban perezosamente, causando un atractivo efecto. Los pollos habían sido encerrados, la yarda barrida y los árboles que cercaban el jardín estaban ahora podados.
Harry había perdido la cuenta de cuantos hechizos de seguridad habían sido conjurados por la orden y el Ministerio para proteger la casa, todo lo que sabía era que el señor Weasley había tenido que ir a buscar a los Delacours a lo alto de una colina, donde habían aparecido con un traslador. El primer
El primer sonido de su enfoque fue una risa excepcionalmente aguda, que resultó ser la venida del señor Weasley, que apareció en la puerta segundos más tarde, cargado con equipaje y dirigiendo a una mujer con una hermosa melena rubia, que debería ser la madre de Fleur.
“Maman!” lloró Fleur, apresurándose a abrazarla. “Papa!”
El señor Delacour no era tan atractivo como su esposa; él era una cabeza más bajo que su mujer, con una pequeña barba negra. Sin embargo, pareció amable, y se acercó a la señora Weasley para saludarla.
“No se tenía que habeg tomado tantas molestias,” dijo con voz profunda. “Fleur nos dijo que usted estuvo tgabajando muy dugo”.
“¡Ah, no ha sido nada, nada!” respondió la señora Weasley. “Ningún problema”.
Ron alivió sus sentimientos dando una patada a un gnomo que se había asomado desde los nuevos arbustos.
“¡Estimada dama!” dijo el señor Delacour, tendiendo la mano a la sra. Weasley. “¡Estamos muy orgullosos de la unión venidera entre nuestras familias! Permita presentarle a mi esposa, Apolline”. La señora Delacour

avanzó y besó a la sra. Weasley. “Enchantée, ” dijo. “Su hijo es tan encantadog como Fleur nos dijo”.
El Sr. Weasley soltó una risa maníaca; y la señora Weasley le lanzó una mirada asesina, y él calló al instante.
“Y por supuesto, aquí está mi hija pequeña, Gabrielle!” dijo el señor Delacour.
Gabrielle era la réplica en miniatura de Fleur, de once años de edad, con pelo largo hasta la cintura, pleateado-rubio. Ella lanzó a la señora Weasley una deslumbrante sonrisa y la abrazó, entonces lanzó a Harry una mirada resplandeciente, a lo que Ginny hizo un fuerte ruido con la garganta.
“Bien, ¡entrad, entrad!” dijo la señora Weasley. Al final consiguió acomodar a los Delacours, después de muchos “Después de usted” y “No, por favor” y “nada en absoluto”.
Los Delacours fueron huéspedes útiles y agradables, comenzaron con los preparativos para la boda, el señor Delacour repartió los asientos y la señora Delacour limpió el horno. Gabrielle estuvo con su hermana Fleur intentando ayudar, mientras farfullaba en francés bastante rápido.
En desventaja, la Madriguera no fue construida para acomodar tantas personas. El señor y la señora Weasley dormían en el sofá, habiendo pasado por alto las quejas que el señor y la señora Delacour hacían sobre esa situación, diciéndoles que ya dormirían ellos en el sofá si era necesario.
Gabrielle dormía con Fleur en la habitación de Percy, y Hill compartiría habitación con Charlie una vez éste llegara de Rumania. La casa estaba siempre tan atestada que Harry, Ron y Hermione salían de ella con la excusa de dar de comer a los pollos.

“¡Ella nunca nos dejará solos!” dijo Ron cuando vio aparecer a la señora Weasley tras su segundo intento de reunirse con Harry y Hermione.
“Ah, bien, habéis dado de comer a los pollos,” dijo “será mejor encerrarlos de nuevo antes de que mañana venga Charlie, porque hay que poner el soporte para la boda” explicó ella mientras se agachaba frente al gallinero. Parecía agotada. “Marquesinas Máginas Millamant… son muy buenos, Bill los acompaña… será mejor –dijo dirigiéndose a Harry- que estuvieras dentro mientras están aquí, Harry. Lo digo para no complicar la organización de la boda, teniendo todos estos hechizos de seguridad a lo largo del lugar.”
“Lo siento” dijo Harry.
“¡No seas tonto!” dijo la señora Weasley. “No quería decir,… bien, ¡tu seguridad es mucho más importante! Realmente, estaba esperando a preguntarte como quieres celebrar tu compleaños… a fin de cuentas, diecisiete es una cifra importante…”.
“No quiero ningún jaleo,” dijo Harry rápidamente. “De verdad, señora Weasley, solamente una cena normal será suficiente… Es el día antes de la boda…”.
“Oh, bien, si estás seguro. Invitaré a Remus y Tonks, ¿puedo? ¿y que pasa con Hagrid?”
“Sería genial, invítalos a todos” dijo Harry. “Pero por favor, no se moleste demasiado”.
“Tranquilo, tranquilo… no es ningún problema”.
Ella le miró, después sonrió de manera un poco apagada, y luego se fue. Mientras Harry la miraba, ella ondeó su varita en el aire, y la ropa húmeda se tendió por si sola en las cuerdas para secarse. De pronto, Harry sintió una hondonada de remordimiento por darle a la señora Weasley más trabajo.

Capítulo Siete:



El testamento de Albus Dumbledore

Estaba caminando por una larga carretera de montaña a la fría luz azul del amanecer. Muy por debajo, envuelta en niebla, se veía la sombra de una pequeña ciudad. ¿Estaba el hombre al que buscaba ahí abajo, el hombre al que necesitaba tan desesperadamente que no podía pensar en nada más, el hombre que tenía la respuesta, la respuesta a su problema...?

-Eh, despierta.

Harry abrió los ojos. Estaba de nuevo tendido en la cama plegable del revuelto cuarto de Ron en el ático. El sol no había salido aún y la habitación estaba todavía oscura. Pigwidgeon estaba dormida con la cabeza bajo su diminuta ala. La cicatriz de la frente le dolía.

-Estabas murmurando en sueños.

-¿De verdad?

-Si, "Gregorovitch". Estabas diciendo "Gregorovitch".

Harry no llevaba puestas las gafas; veía la cara de Ron ligeramente borrosa.
-¿Quién es Gregorovitch?
-¿Y yo que sé? Eras tú el que lo estaba diciendo.
Harry se frotó la frente, pensando. Tenía la vaga sensación de haber oído el nombre antes, pero no podía pensar donde.
-Creo que Voldemort le está buscando.
-Pobre tipo -dijo Ron fervorosamente.
Harry se sentó, todavía frotándose la cicatriz, ahora totalmente despierto. Intentó recordar qué había visto exactamente en su sueño, pero todo lo que recordaba era un horizonte montañoso y la silueta de un pequeño pueblo acunado en un profundo valle.
-Creo que está en el extranjero.
-¿Quién, Gregorovitch?
-Voldemort. Creo que está en algún lugar del extranjero, buscando a Gregorovitch. No parecía ningún lugar de Gran Bretaña.
-¿Crees que estás viendo en su mente de nuevo?
Ron parecía preocupado.
-Hazme un favor y no se lo digas a Hermione -dijo Harry-. No sé como espera que deje de ver cosas en sueños...
Levantó la mirada hacia la pequeña jaula de Pidwidgeon, pensando... ¿Por qué el nombre "Gregorovitch" le era familiar?
-Creo -dijo lentamente-, que tiene algo que ver con el Quidditch. Hay alguna conexión, pero no se me ocurre... no se me ocurre cual pueda ser.
-¿Quidditch? -dijo Ron-. ¿Seguro que no estás pensando en Gorgovitch?
-¿Quién?
-Dragomir Gorgovitch, Guardián, traspasado a los

Chudley Cannons por un record hace dos años. El record que mantiene es el de dejar caer más Quaffle en una temporada.
-No -dijo Harry-. Definitivamente no estoy pensando en Gorgovitch.
-Yo intento no hacerlo tampoco -dijo Ron-. Bueno, feliz cumpleaños, por cierto.
-Guau... ¡Tienes razón, lo olvidé! ¡Tengo diecisiete!
Harry agarró la varita posada en mesita junto a su cama plegable, apuntó al desordenado escritorio donde había dejado sus gafas, y dijo "¡Accio Gafas!". Aunque estaban a solo unos cuarenta centímetros de distancia, había algo inmensamente satisfactorio en verlas zumbar hacia él, al menos hasta que le pincharon el ojo.
-Muy astuto -bufó Ron.
Celebrando el levantamiento de su Rastro, Harry envió las posesiones de Ron a volar por la habitación, provocando que Pigwidgeon despertara y aleteara excitadamente en su jaula. Harry intentó también atarse los cordones de las zapatillas con magia (el resultado fue un nudo que llevó varios minutos desatar a mano) y, solo por el puro placer de hacerlo, cambió el naranja de las túnicas del poster de Ron de los Chudley Cannons por azul brillante.
-Yo que tu me subiría la cremallera con la mano -aconsejó Ron a Harry, resoplando cuando Harry lo hizo inmediatamente-. Aquí está tu regalo. Desenvuélvelo aquí, no es apto para los ojos de mi madre.
-¿Un libro? -dijo Harry mientras tomaba el paquete rectángulo-. Un poco alejado de la tradición, ¿verdad?
-Este no es un libro común -dijo Ron-. Es oro puro. Doce Formas Infalibles de Encantar a las Brujas. Explica todo lo que necesitas saber sobre las chicas. Si lo hubiera tenido el año pasado habría sabido exactamente como

librarme de Lavender y tú habrías sabido como acabar con… Bueno, Fred y George me dieron una copia, y he aprendido mucho. Te sorprendería, no es aburrido en absoluto además.

Cuando llegaron a la cocina encontraron una pila de regalos esperando sobre la mesa. Bill y Monsieur Delacour estaban terminando su desayuno, mientras la Señora Weasley estaba de pie canturreando sobre la sartén.

-Arthur me dijo que te deseara felices diecisiete, Harry, -dijo la Señora Weasley, sonriéndole-. Tuvo que irse a trabajar temprano, pero volverá para la cena. Ese de encima es nuestro regalo.

Harry se sentó, tomó el paquete cuadrado que ella había indicado, y lo desenvolvió. Dentro había un reloj muy parecido al que el Señor y la Señora Weasley habían regalado a Ron por su decimoséptimo cumpleaños; era de oro, con estrellas en vez de manecillas.

-Es tradicional regalarle a un mago un reloj cuando llega a la mayoría de edad -dijo la Señora Weasley, observándole ansiosamente desde detrás de la cocina-. Me temo que este no es nuevo como el de Ron, en realidad era de mi hermano Fabián y él no es que fuera terriblemente cuidadoso con sus posesiones, está arañado por detrás, pero…

El resto de su discurso se perdió. Harry se había levantado y la abrazaba. Intentó poner un montón de cosas nunca dichas en el abrazo y quizás ella las entrendió, porque le palmeó la mejilla torpemente cuando la soltó, después ondeó su varita de forma ligeramente aleatoria, causando la caída de un trozo de beacon de la sartén al suelo.

-¡Feliz cumpleaños, Harry! -dijo Hermione,

apresurándose a entrar en la cocina y añadiendo su propio regalo a la pila-. No es mucho, pero espero que te guste. ¿Qué le has regalado tú? -añadió para Ron, que pareció no oírla.
-¡Vamos, venga, abre el de Hermione! -dijo Ron.
Le había comprado un nuevo Chivatoscopio. Los otros paquetes contenían una hoja de afeitar encantada de Bill y Fleur ("Ah, si, esto te hagá el afeitado más suave que hayas disfgutado nunca", le aseguró Monsieur Delacour, "pero debes decigle clagamente lo que deseas... de otgo modo podgías encontgagte con menos pelo del que quisiegas..."), chocolates de los Delacour, y una enorme caja de lo último en artículos de "Sortilegios Weasley" de Fred y George.
Harry, Ron y Hermione no se demoraron en la mesa, cuando la llegada de Madame Delacour, Fleur y Gabrielle dejó la cocina incómodamente atestada.
-Yo te guardo esto en el equipaje -dijo Hermione alegremente, quitándole los regalos de los brazos mientras los tres se dirigían otra vez escaleras arriba-. Casi he acabado, solo estoy esperando a que el resto de vuestra ropa interior salga de la lavadora, Ron...
La estampida de Ron fue interrumpida por una puerta que se abrió en el descansillo del primer piso.
-¿Harry, te importaría venir un momento?
Era Ginny. Ron se detuvo bruscamente, pero Hermione le cogió del codo y tiró de él escaleras arriba. Nervioso, Harry siguió a Ginny al interior de su habitación.
Nunca antes había estado allí dentro. Era pequeña, pero brillante. Había un gran poster del grupo Las Brujas de Macbeth en una pared, y una foto de Gwenog Jones, Capitana del Equipo de Quiddith, solo de brujas, las Holyhead Harpies, en la otra. Un escritorio estaba colocado de cara a la ventana abierta, que daba al

huerto donde una vez Ginny y él habían jugado un dos contra dos al Quidditch con Ron y Hermione, y que ahora estaba ocupado por una enorme y perlada carpa. La bandera dorada de lo alto estaba al nivel de la ventana de Ginny.
Ginny levantó la mirada hacia la cara de Harry, tomó un profundo aliento, y dijo.
-Felices diecisiete.
-Si... gracias.
Ella le miraba firmemente; él sin embargo, encontraba difícil devolverle la mirada, era como contemplar una luz brillante.
-Bonita vista -dijo débilmente, señalando hacia la ventana.
Ella lo ignoró. No podía culparla.
-No se me ocurrió qué regalarte -dijo
-No tenías que regalarme nada.
Ella hizo caso omiso de eso también.
-No sabía que sería útil. Nada demasiado grande, porque si no, no podrías llevarlo contigo.
Se arriesgó a mirarla. No estaba llorando; esa era una de las cosas más maravillosas de Ginny, raramente lloraba. En ocasiones había pensado que tener seis hermanos debía haberla endurecido.
Dio un paso hacia él.
-Así que después pensé, que me gustaría que tuvieras algo para recordarme, ya sabes, por si conoces a alguna veela cuando estés por ahí haciendo lo que sea que vayas a hacer.
-No creo que las oportunidades de ligar vayan a estar a la orden del día, para serte sincero.
-Ahí es adonde quería llegar -susurró ella, y entonces le besó como nunca le había besado antes, y Harry le estaba devolviendo el beso, y ese extasiado olvido fue

mejor que el whisky de fuego; ella era la única cosa real en el mundo, Ginny, su sensación, la mano que tenía en su espalda y la otra en su largo y oloroso pelo…

La puerta se abrió de golpe tras ellos y se separaron de un salto.

-Oh -dijo Ron mordazmente-. Lo siento.

-¡Ron! -Hermione estaba justo tras él, ligeramente sin aliento. Se hizo un silencio tenso, y luego Ginny digo con una vocecita seria,

-Bueno, feliz cumpleaños de cualquier modo, Harry.

Las orejas de Ron estaban de color escarlata; Hermione parecía nerviosa. Harry deseó estamparles la puerta en la cara, pero daba la sensación de que una corriente fría había entrado en la habitación cuando la puerta se abrió, y su brillante momento había estallado como una burbuja de jabón. Todas las razones para terminar su relación con Ginny, para dejarla al margen, parecían haberse colado en la habitación con Ron, y toda su feliz amnesia había desaparecido.

Miró a Ginny, deseando decir algo, aunque difícilmente sabía qué, pero ella le había vuelto la espalda. Pensó que podría haber sucumbido, por una vez, a las lágrimas. No podía hacer nada por consolarla delante de Ron.

-Te veo luego -dijo, y siguió a los otros dos fuera del dormitorio.

Ron marchó escaleras abajo, a través de la todavía atestada cocina y hasta el patio, y Harry le mantuvo el paso todo el camino, con Hermione trotando junto a ellos con aspecto un poco asustado.

Una vez alcanzaron la soledad del césped recién cortado, Ron se volvió hacia Harry.

-La dejaste. ¿Qué estás haciendo ahora, rondándola?

-No la estoy rondando, -dijo Harry, cuando Hermione les alcanzaba.
-Ron…
Pero Ron alzó una mano para silenciarla.
-Estaba realmente echa polvo cuando terminásteis…
-También yo. Sabes por qué terminé con ella, y no fue porque que yo quisiera.
-Si, pero ahora vas y la besas y va a hacerse ilusiones otra vez…
-No es idiota, sabe que no puede ser, no espera que acabemos… que acabemos casándonos, o…
Al decirlo, en la mente de Harry tomó forma una vívida imagen de Ginny, con un vestido blanco, casándose con un desconocido alto, desagradable y sin cara.
En un vertiginoso momento pareció golpearle. El futuro de ella estaba libre y sin trabas, mientras que el suyo… él no podía ver delante nada más que a Voldemort.
-Si sigues tonteando con ella a cada oportunidad que tienes…
-No volverá a ocurrir -dijo Harry severamente. El día estaba despejado, pero él sentía como si el sol hubiera desaparecido-. ¿Vale?
Ron parecía medio resentido, medio tímido; se meció adelante y atrás sobre sus pies por un momento, después dijo
-Bien entonces, bien, esto… si.
Ginny no buscó otro encuentro a solas con Harry durante el resto del día, ni con una mirada o gesto demostró que habían compartido algo más que una cortés conversación en su habitación. No obstante, la llegada de Charlie fue un alivio para Harry. Proporcionó una distracción observar a la Señora Weasley mientras forzaba a Charlie a sentarse en una silla, alzaba su varita amenazadoramente, y anunciaba que estaba a

punto de obtener un apropiado corte de pelo.
Como la cena de cumpleaños de Harry había estado más allá de la capacidad de la cocina incluso antes de la llegada de Charlie, Lupin, Tonks, y Hagrid, se habían colocado varias mesas al fondo del jardín. Fred y George habían embrujado un buen número de linternas púrpura todas engalanadas con un gran número 17, que colgaban en el aire sobre los invitados. Gracias a los cuidados de la Señora Weasley, la herida de George estaba pulcra y limpia, pero Harry no se acostumbraba aún al agujero negro en el costado de su cabeza, a pesar de que los gemelos hacían muchas bromas al respecto.
Hermione hizo que grandes carteles de púrpura y oro irrumpieran del extremo de su varita y se colgasen a sí mismos artísticamente sobre los árboles y arbustos.
-Bonito -dijo Ron, cuando con una floritura final de la varita, Hermione cambió las hojas del manzano a dorado-. Realmente tienes ojo para este tipo de cosas.
-¡Gracias, Ron!, -dijo Hermione, pareciendo a la vez complacida y un poco confusa. Harry se alejó, sonriendo para sí mismo. Tenía la curiosa impresión de que descubriría un capítulo de cumplidos cuando encontrara tiempo para estudiar atentamente su copia de Doce Formas Infalibles de Encantar a una Bruja; captó la mirada de Ginny y le sonrió antes de recordar su promesa a Ron y apresurarse a entablar conversación con Monsieur Delacour.
-¡Fuera de mi camino, fuera de mi camino! -cantaba la Señora Weasley, atravesando la puerta con lo que parecía ser una Snitch gigante del tamaño de un balón de playa delante de ella. Segundo después Harry comprendió que era su pastel de cumpleaños, que la Señora Weasley estaba sujetando con su varita, en vez

de arriesgarse a cargar con él por terreno accidentado. Cuando el pastel hubo aterrizado finalmente en medio de la mesa, Harry dijo,
-Tiene un aspecto asombroso, Señora Weasley.
-Oh, no es nada, querido, -dijo ella cariñosamente. Sobre su hombro, Ron alzó el pulgar hacia Harry y formó con la boca las palabras "Muy buena esa".
A las siete en punto todos los invitados habían llegado, conducidos a la casa por Fred y George, que los esperaban al final de la senda. Hagrid había honrado la ocasión vistiendo su mejor y más horrible traje marrón. Aunque Lupin sonreía cuando estrechó la mano de Harry, Harry pensó que parecía bastante infeliz. Era todo muy raro; Tonks, a su lado, parecía sencillamente radiante.
-Feliz cumpleaños, Harry, -dijo, abrazándole firmemente.
-¡Diecisiete, eh! -dijo Hagrid mientras aceptaba un vaso, del tamaño de un cubo, de Fred-. Seis años desde el día en que nos conocimos, Harry, ¿recuerdas?
-Vagamente, -dijo Harry, sonriéndole- ¿No derribaste la puerta principal, le pusiste a Dudley una cola de cerdo, y me dijiste que era un mago?
-Había olvidado los detalles -rió Hagrid con satisfacción-. ¿Todo bien, Ron, Hermione?
-Estamos bien, -dijo Hermione-. ¿Y tú?
-Ah, no está mal. Ocupado, tenemos unicornios recién nacidos. Os los mostraré cuando volváis. -Harry evitó las miradas de Ron y Hermione mientras Hagrid rebuscaba en su bolsillo-. Aquí tienes, Harry... no se me ocurría qué regalarte, pero entonces recordé esto. -Sacó una bolsilla ligeramente peluda que se cerraba con un largo cordel, que evidentemente servía para llevarla al cuello-. Piel de topo. Oculta cualquier cosa

en ella pero solo su propietario puede sacarlas. Son raras.
-¡Hagrid, gracias!
-No es nada, -dijo Hagrid, ondeando su mano del tamano de la tapa de un cubo de basura.-. ¡Ahí está Charlie! Siempre me ha gustado Charlie... ¡ey! ¡Charlie!
Charlie se aproximó, pasándose la mano ligeramente pesaroso sobre su nuevo y brutalmente corto rapado. Era más bajo que Ron, ancho, con una gran número de quemaduras y arañazos en sus musculosos brazos.
-Hola, Hagrid, ¿cómo va?
-Bien para los tiempos que corren. ¿Cómo le va a Norberto?
-¿Norberto? -rió Charlie-. ¿El Colacuerno Noruego? Ahora la llamamos Norberta.
-¿Qué... Norberto es una chica?
-Oh, si, -dijo Charlie
-¿Cómo lo sabes? -preguntó Hermione
-Son mucho más crueles -dijo Charlie. Miró sobre su hombro y dejó caer la voz-. Desearía que Papá se diera prisa y llegara ya. Mamá se está poniendo de los nervios.
Todos miraron a la Señora Weasley, que estaba intentando hablar con Madame Delacour mientras lanzaba continuamente miradas hacia la verja.
-Creo que mejor empezamos sin Arthur -gritó hacia el jardín después de un momento o dos-. ¡Debe haberse entretenido... oh!
Todos lo vieron al mismo tiempo, una ráfaga de luz que llegaba volando por el patio y hasta la mesa, donde tomó la forma de una comadreja de plata brillante, que se puso en pie sobre las patas traseras y habló con la voz del Señor Weasley.
-El Ministro de Magia viene conmigo.

El Patronus se disolvió en el aire, dejando a la familia de Fleur mirando atónita el lugar donde se había desvanecido.
-Nosotros no deberíamos estar aquí, -dijo Lupin al instante-. Harry… lo siento… te lo explicaré en otro momento…
Agarró la muñeca de Tonks y se la llevó; alcanzaron la valla, la escalaron, y se perdieron de vista. La Señora Weasley parecía desconcertada.
-El Ministro… ¿pero por qué…? No entiendo…
Pero no hubo tiempo de discutir la cuestión; un segundo después, el Señor Weasley había aparecido de la nada en la verja, acompañado por Rufus Scrimgeour, instantáneamente reconocible por su melena de pelo grisáceo.
Los dos recién llegados caminaron por el patio hacia el jardín y la mesa iluminada por linternas, donde todo el mundo estaba sentado en silencio, observándoles acercarse. Cuando Scrimgeour llegó al alcance de la luz de las linternas, Harry vio que parecía mucho más viejo que la última vez que se habían visto, flacucho y sombrío.
-Lamento la intrusión -dijo Scrimgeour, mientras cojeaba para detenerse ante la mesa-. Especialmente cuando veo que estoy aguando una fiesta.
Sus ojos se posaron un momento en el pastel con forma de Snitch gigante.
-Muchas felicidades.
-Gracias -dijo Harry.
-Debo tener unas palabras en privado contigo, -siguió Scrimgeour-. También con el Señor Ronald Weasley y la Señorita Hermione Granger.
-¿Nosotros? -dijo Ron, que sonaba sorprendido-. ¿Por qué nosotros?

-Se lo diré cuando estemos en algún lugar más privado -dijo Scrimgeour-. ¿Hay un lugar semejante? -exigió al Señor Weasley.
-Si, por supuesto, -dijo el Señor Weasley, que parecía nervioso-. El, er, salón, ¿por qué no allí?
-Puede usted mostrarme el camino – le dijo Scrimgeour a Ron-. No habrá necesidad de que nos acompañes, Arthur.
Harry vio que el Señor Weasley intercambiaba una mirada preocupada con la Señora Weasley mientras él, Ron y Hermione se ponían en pie. Mientras se dirigían de vuelta a la casa en silencio, Harry sabía que los otros dos estaban pensando lo mismo que él; Scrimgeour debía haber averiguado de algún modo que los tres estaban planeando dejar Hogwarts.
Scrimgeour no habló mientras todos pasaban a través de la revuelta cocina al salón de la Madriguera. Aunque el jardín había estado lleno de la suave luz dorada de la tarde, allí ya estaba oscuro. Harry ondeó su varita hacia las lámparas de aceite mientras entraba y estas iluminaron la desgastada pero acogedora habitación. Scrimgeour se sentó en el sillón hundido que normalmente ocupaba el Señor Weasley, dejando a Harry, Ron y Hermione intentando encajarse lado a lado en el sofá. Una vez lo hubieron hecho, Scrimgeour habló.
-Tengo algunas preguntas para vosotros tres, y creo que será mejor si lo hacemos individualmente. Si vosotros dos… -señaló a Harry y Hermione-…. esperáis arriba, empezaré con Ronald.
-No vamos a ninguna parte -dijo Harry, mientras Hermione asentía vigorosamente-. Puede hablarnos juntos, o nada en absoluto.
Scrimgeour lanzó a Harry una fría y calculadora mirada.

Harry tuvo la impresión de que el Ministro se estaba preguntando si valía la pena o no abrir las hostilidades tan pronto.
-Muy bien entonces, juntos -dijo, encogiéndose de hombros. Se aclaró la garganta-. Estoy aquí, como seguramente sabréis, por el testamento de Albus Dumbledore.
Harry, Ron y Hermione se miraron unos a otros.
-¡Una sorpresa, aparentemente! ¿No erais conscientes de que Dumbledore os había dejado algo?
-¿A todos? -dijo Ron-. ¿A Hermione y a mí también?
-Si, a todos...
Pero Harry interrumpió.
-Dumbledore murió hace un mes. ¿Por qué ha tardado tanto en darnos lo que nos dejó?
-¿No es obvio? -dijo Hermione, antes de que Scrimgeour pudiera responder-. Querían examinar lo que sea que nos dejó. ¡No tenía derecho a hacer eso! -dijo, y su voz tembló ligeramente.
-Tenía todo el derecho, -dijo Scrimgeour despectivamente-. El Decreto para la Confiscación Justificada da al Ministerio poder para confiscar el contenido de un testamento...
-¡Esa ley fue creada para evitar que los magos legaran artefactos Oscuros -dijo Hermione- y se supone que el Ministerio debe tener una prueba poderosa de que las posesiones heredadas son ilegales antes de confiscarlas!
-¿Está planeando seguir una carrera en Leyes Mágicas, Señorita Granger? -añadió Scrimgeour.
-No, en absoluto, -replicó Hermione-. ¡Espero hacer algo bueno para el mundo!
Ron rió. Los ojos de Scrimgeour se fijaron en él y una vez más Harry habló.
-¿Y por qué ha decidido darnos nuestras cosas ahora?

¿No se le ocurrió un pretexto para quedárselas?
-No, será porque los treinta y un días han transcurrido -dijo Hermione al momento-. No pueden confiscar los objetos más tiempo a menos que puedan probar que son peligrosos, ¿Correcto?
-¿Diría usted que estaba muy unido a Dumbledore, Ronald? -preguntó Scrimgeour, ignorando a Hermione. Ron pareció sobresaltarse.
-¿Yo? No... en realidad no... fue siempre Harry quien...
Ron miró alrededor, a Harry y Hermione, para ver como Hermione le lanzaba una mirada del tipo deja-de-hablar-¡ya!, pero el daño estaba hecho. Scrimgeour pareció haber oído exactamente lo que esperaba, y deseaba, oír. Se abalanzó como un ave de presa sobre la respuesta de Ron.
-Si no estaba unido a Dumbledore, ¿cómo explica el hecho de que le mencionara en su testamento? Hizo excepcionalmente pocos legados personales. La gran mayoría de sus posesiones... su biblioteca privada, sus instrumentos mágicos, y otros efectos personales... se legaron a Hogwarts. ¿Por qué cree que fue usted distinguido?
-Yo... supongo -dijo Ron- Yo... cuando dije que no estábamos unidos... quiero decir, creo que yo le gustaba...
-Para ser honestos, Ron -dijo Hermione-, Dumbledore estaba muy encariñado contigo.
Esto era estirar la verdad hasta el punto de fractura; por lo que Harry sabía, Ron y Dumbledore nunca habían estado juntos a solas, y el contacto directo entre ellos había sido insignificante. Sin embargo, Scrimgeour no parecía estar escuchando. Metió la mano dentro del abrigo y extrajo una bolsita cerrada con un cordel mucho mayor que la que Hagrid había regalado a Harry.

De ella, sacó un rollo de pergamino que desenrolló y leyó en voz alta.

—Última Voluntad y Testamento de Albus Percival Wulfric Brian Dumbledore... Si, aquí esta.... *A Ronald Bilius Weasley, le dejo mi Desiluminador, con la esperanza de que me recordará cuando lo utilice.*

Scrimgeour sacó de la bolsa un objeto que a Harry le pareció haber visto antes. Se parecía ligeramente a un encendedor, pero tenía, él lo sabía, el poder de succionar toda luz de un lugar, y restaurarla, con un simple click. Scrimgeour se inclinó hacia adelante y le pasó el Desiluminador a Ron, que lo tomó y le dio vueltas entre los dedos con aspecto atontado.

-Es un objeto de gran valor -dijo Scrimgeour, observando a Ron- Puede incluso que único. Indudablemente es un diseño del mismo Dumbledore. ¿Por qué le dejaría a usted algo y además un artículo tan raro?

Ron sacudió la cabeza, parecía desconcertado.

-Dumbledore debe haber enseñado a miles de estudiantes -perseveró Scrimgeour-. Pero a los únicos que recordó en su testamento fue a vosotros tres. ¿Por qué? ¿Qué uso pensó que daría usted al Desiluminador, Señor Weasley?

-Apagar las luces, supongo, -mascullό Ron-. ¿Qué más podría hacer con él?

Evidentemente Scrimgeour no tenía ninguna sugerencia. Después de mirar de reojo a Ron durante un momento o dos, volvió de nuevo al testamento de Dumbledore.

—A Hermione Jean Granger, le dejo mi copia de Los

Cuentos de Beedle el Bardo, con la esperanza de que la encontrará entretenida e instructiva.

Scrimgeour sacó ahora de la bolsa un pequeño libro que parecía tan antiguo como la copia de Secretos de las Artes Más Oscuras que había arriba. Sus tapas estaban manchadas y peladas en ciertos lugares. Hermonie lo aceptó de Scrimgeour sin una palabra. Sostuvo el libro en su regazo y lo miró fijamente. Harry vio que el título estaba en runas; él nunca había aprendido a leerlas. Mientras miraba, una lágrima cayó sobre el símbolo grabado en relieve.

-¿Por qué cree que Dumbledore le dejó ese libro, Señorita Granger? -preguntó Scrimgeour.

-Él… sabía que me gustan los libros -dijo Hermione con voz llorosa, limpiándose los ojos con la manga.

-¿Pero por qué este libro en particular?

-No sé. Debe haber pensado que me gustaría.

-¿Alguna vez discutió sobre códigos, o cualquier forma de pasar mensajes secretos, con Dumbledore?

-No, no lo hice, -dijo Hermione, todavía limpiándose los ojos con la manga-. Y si el Ministerio no ha podido encontrar ningún código oculto en este libro en treinta y un días, dudo que yo pueda.

Contuvo un sollozo. Estaban tan apretados en el sofá que Ron tuvo dificultades para extraer el brazo y ponerlo alrededor de los hombros de Hermione.

Scrimgeour volvió al testamento.

-A Harry James Potter -leyó, y las entrañas de Harry se contrajeron con una súbita excitación-. le dejo la Snitch que cogió en su primer partido de Quidditch en Hogwarts, como recordatorio de las recompensas de la perseverancia y habilidad.

Mientras Scrimgeour sacaba la diminuta bola dorada del tamaño de una nuez, sus alas doradas revolotearon bastante febrilmente, y Harry no pudo evitar sentir una definitiva sensación de anticlímax.
-¿Por qué le dejó Dumbledore esta Snitch? -preguntó Scrimgeour.
-Ni idea -dijo Harry-. Por las razones que acaba de leer, supongo... para recordarme lo que puedes conseguir si... perseveras y todo eso.
-¿Crees que es un mero recuerdo simbólico entonces?
-Supongo -dijo Harry-. ¿Qué más podría ser?
-Yo hago las preguntas -dijo Scrimgeour, moviendo su asiento un poco hacia el sofá. Fuera, el atardecer ya estaba cayendo, la carpa más allá de la ventana se erguía fantasmalmente blanca sobre los setos.
-He notado que su pastel de cumpleaños es una Snitch -dijo Scrimgeour a Harry-. ¿Por qué?
Hermione rió despectivamente.
-Oh, puede ser una referencia al hecho de que Harry es un gran Buscador, eso es bastante obvio -dijo-. ¡Debe haber un mensaje secreto de Dumbledore escondido en el glaseado!
-No creo que haya nada oculto en el glaseado, -dijo Scrimgeour-, pero una Snitch sería un muy buen lugar para ocultar un objeto pequeño. ¿Sabes por qué, verdad?
Harry se encogió de hombros. Hermione, sin embargo, respondió. Harry creía que eso de responder preguntas era un hábito tan profundamente innato en ella que no podía contener la urgencia.
-Porque las Snitch tienen memoria -dijo ella.
-¿Qué? -dijeron Harry y Ron juntos; ambos consideraban que los conocimientos de Hermione sobre Quidditch eran insignficantes.

-Correcto -dijo Scrimgeour-. Una Snitch no es tocada con las manos desnudas antes de soltarla, ni siquiera el fabricante, que lleva guantes. Lleva un encantamiento mediante el cual puede identificar al primer humano que posa sus manos en ella, para casos de capturas disputadas. Esta Snitch -sostuvo en alto la diminuta bola dorada- recordará tu tacto, Potter.
-Se me ocurre que Dumbledore, que tenía prodigiosas habilidades mágicas, a pesar de otros defectos, podría haber encantado esta Snitch para que se abriera solo para ti.
El corazón de Harry estaba latiendo bastante rápido. Estaba seguro de que Scrimgeour tenía razón. ¿Cómo evitar coger la Snitch con las manos desnudas delante del Ministro?
-No dices nada -dijo Scrimgeour-. ¿Quizás ya sabes lo que contiene la Snitch?
-No, -dijo Harry, todavía preguntándose como podía fingir tocar la Snitch sin hacerlo realmente. Si al menos supiera Legilemencia, si la dominara realmente, y pudiera leer la mente de Hermione; prácticamente podía oir como zumbaba su cerebro tras él.
-Cógela -dijo Scrimgeour tranquilamente.
Harry encontró la mirada de los ojos amarillos de Ministro y supo que no tenía más opción que obedecer. Extendió la mano, Y Scrimgeour se inclinó hacia adelante de nuevo y colocó la Snitch lenta y deliberadamente, en la palma de Harry.
No ocurrió nada. Cuando los dedos de Harry se cerraron alrededor de la Snitch, las cansadas alas revolotearon y se quedó quieta. Scrimgeour, Ron y Hermione continuaron mirando ávidamente a la ahora parcialmente oculta bola, como si todavía esperaran que pudiera transformarse de algún modo.

-Eso ha sido dramático -dijo Harry serenamente. Ron y Hermione rieron.
-Eso es todo entonces, ¿verdad? -preguntó Hermione, desatascándose del sofá.
-No del todo -dijo Scrimgeour, que ahora parecía de mal humor-. Dumbledore te dejó un segundo legado, Potter.
-¿Qué es? -preguntó Harry, la excitación se reavivó. Scrimgeour no se molestó en leer el testamento esta vez.
-La espada de Godric Gryffindor -dijo. Hermione y Ron se tensaron. Harry miró alrededor buscando una señal de la empuñadura incrustada de rubíes, pero Scrimgeour no sacó la espada de la bolsa de cuero, que en cualquier caso parecía demasiado pequeña para contenerla.
-¿Y dónde está? -preguntó Harry suspicazmente.
-Desafortunadamente -dijo Scrimgeour- esa espada no era de Dumbledore para regalarla. La espada de Godric Gryffindor es un importante artefacto histórico, y como tal, pertenece a…
-¡Pertenece a Harry! -dijo Hermione acaloradamente-. Ella le eligió a él, él fue quien la encontró, salió para él del Sombrero Selec…
-De acuerdo con fuentes históricas de confianza, la espada puede presentarse para cualquier Gryffindor digno, -dijo Scrimgeour-. Eso no la hace de la exclusiva propiedad del Señor Potter, fuera lo que fuera lo que Dumbledore decidiera.-Scrimgeour se rascaba su mal afeitada mejilla, escudriñando a Harry-. ¿Por qué crees…?
-¿… que Dumbledore quiso darme a mí la espada? -dijo Harry, luchando por contener su temperamento-. Quizás pensó que quedaría bien en mi pared.

-¡Esto no es una broma, Potter! -gruñó Scrimgeour-. ¿Fue porque Dumbledore creía que solo la espada de Godric Gryffindor podría derrotar al Heredero de Slytherin? ¿Quiso darte la espada, Potter, porque creía, como tantos otros, que tú eras el destinado a destruir a Quien-no-debe-ser-nombrado?
-Interesante teoría -dijo Harry-. ¿Alguien ha intentado atravesar a Voldemort con una espada? Quizás el Ministerio debería poner a alguna gente a ello, en vez de malgastar su tiempo examinando Desiluminadores y encubriendo fugas de Azkaban. ¿Eso es lo que ha estado haciendo, Ministro, encerrado en su oficina, intentando abrir a la fuerza una Snitch? La gente está muriendo... yo casi fui uno de ellos... Voldemort me persiguió a través de tres condados, mató a Ojoloco Moody, pero ni una palabra sobre eso desde el Ministerio, ¿verdad? ¡Y todavía espera que cooperemos con usted!
-¡Has ido demasiado lejos! -gritó Scrimgeour, poniéndose en pie. Harry saltó sobre sus pies también. Scrimgeour cojeó hacia Harry y le pinchó con fuerza en el pecho con la punta de su varita. Esta chamuscó un agujero en la camiseta de Harry como hubiera hecho un cigarrillo encendido.
-¡Eh! -dijo Ron, levantándose de un salto y alzando su varita, pero Harry dijo:
-¡No! ¿Quieres darle una excusa para arrestarnos?
-Recordando que ya no estás en la escuela, ¿verdad? -dijo Scrimgeour respirando con fuerza en la cara de Harry-. ¿Recordando que yo no soy Dumbledore, que perdonaba tu insolencia e insubordinación? Puedes llevar esa cicatriz en la frente como una corona, Potter, ¡pero ningún chico de diecisiete años va a decirme como hacer mi trabajo. ¡Ya es hora de que aprendas respeto!

-Ya es hora de que usted se lo gane -dijo Harry.
El suelo tembló, se oyó un sonido de pies a la carrera, entonces la puerta del salón se abrió de repente y el Señor y la Señora Weasley entraron corriendo.
-Nosotros… creímos oir… -empezó el Señor Weasley, que parecía realmente alarmado ante la visión de Harry y el Ministro virtualmente nariz con nariz.
-… que se alzaban voces, -jadeó la Señora Weasley.
Scrimgeour dio un par de pasos atrás alejándose de Harry, mirando fijamente al agujero que le había hecho en la camisa. Parecía arrepentido por haber perdido el control.
-No… no fue nada, -gruñó-. Yo… lamento tu actitud -dijo, mirando a Harry directamente a la cara una vez más-. Pareces creer que el Ministerio no desea lo que tú… lo que Dumbledore… deseaba. Debemos trabajar juntos.
-No me gustan sus métodos, Ministro -dijo Harry-. ¿Recuerda?
Por segunda vez, alzó el puño derecho y mostró a Scrimgeour la cicatriz que todavía aparecía blanca en el dorso de la misma, diciendo No debo decir mentiras. La expresión de Scrimgeour se endureció. Se giró sin otra palabra y salió cojeando de la habitación. La señora Weasley se apresuró tras él. Harry la oyó detenerse en la puerta trasera. Después de un minuto o así gritó-. ¡Se ha ido!
-¿Que quería? -preguntó el Señor Weasley, mirando a Harry, Ron y Hermione mientras la Señora Weasley volvía apresuramente.
-Darnos lo que Dumbledore nos dejó -dijo Harry-. Acaban de liberar el contenido de su testamento.
Fuera, en el jardín, los tres objetos que Scrimgeour les había dado pasaron de mano en mano. Todo el mundo

exclamó ante el Desiluminador y Los Cuentos de Beedle el Bardo y lamentaron el hecho de que Scrimgeour se hubiera negado a entregar la espada, pero ninguno de ellos pudo ofrecer una sugerencia sobre por qué Dumbledore le había dejado a Harry una vieja Snitch. Cuando el Señor Weasley examinaba el Desiluminador por tercera o cuarta vez, la Señora Weasley dijo tentativamente.
-Harry, querido, todo el mundo está horriblemente hambriento pero no queríamos empezar sin ti... ¿Servimos la cena ya?
Todos comieron bastante rápido y después de un apresurado coro de "Cumpleaños Feliz" y mucho engullir tarta, la fiesta terminó. Hagrid, que había sido invitado a la boda al día siguiente, pero era demasiado grande como para dormir en la atestada Madriguera, se marchó para montar una tienda de campaña en un campo vecino.
-Encontrémonos arriba -susurró Harry a Hermione mientras ayudaban a la Señora Weasley a restaurar el jardín a su estado normal-. Cuando todo el mundo se haya ido a la cama.
Arriba en la habitación del ático, Ron examinó su Desiluminador, y Harry llenó la bolsa de piel de topo de Hagrid, no con oro, sino con las cosas que más apreciaba aunque eran cosas aparentemente sin valor como el Mapa del Merodeador, el pedazo del espejo encantado de Sirius, y el guardapelo de R.A.B. Cerró bien el cordel y se deslizó la bolsa alrededor del cuello, después se sentó sujetando la vieja Snitch y observando sus alas revolotear febrilmente. Al fin, Hermione llamó a la puerta y entró de puntillas.
-Muffiato -susurró, ondeando la varita en dirección a las escaleras.

-Creía que no aprobabas ese hechizo -dijo Ron.
-Los tiempos cambian -dijo Hermione-. Ahora muéstranos el Desiluminador.
Ron accedió al instante. Sujetándolo delante de el, lo accionó. La lámpara solitaria que tenían se apagó al instante.
-La cosa es -susurró Hermione en la oscuridad- que podríamos haber logrado esto con Polvo Peruano de Oscuridad Instantánea.
Se oyó un pequeño click, y la bola de luz de la lámpara voló de vuelta al techo y los iluminó una vez más.
-Aún así, es genial, -dijo Ron, un poco a la defensiva-. ¡Y por lo que dicen lo inventó el propio Dumbledore!
-Lo sé pero, ¡seguramente no te habría mencionado en su testamento solo para ayudarnos a encender las luces!
-¿Crees que sabía que el Ministerio confiscaría su testamento y examinaría todo lo que nos dejara? -preguntó Harry.
-Definitivamente, -dijo Hermione-. No podía decirnos en el testamento por qué nos dejaba estas cosas, pero tiene que haber una explicación…
-¿… por qué no nos habrá dado una pista cuando estaba vivo? -preguntó Ron.
-Bueno, exacto, -dijo Hermione, ahora ojeando las páginas de Los Cuentos de Beedle el Bardo-. Si estas cosas son lo bastante importantes como para pasárnoslas bajo las narices del Ministerio, cualquiera pensaría que nos habría hecho saber por qué… ¿a menos que creyera que era obvio?
-Se equivocó entonces, ¿verdad? -dijo Ron-. Siempre dije que estaba chalado. Brillante y todo eso, pero como una cabra. Dejar a Harry una vieja Snitch… ¿a qué demonios viene eso?

-No tengo ni idea -dijo Hermione-. ¡Cuando Scrimgeour te hizo cogerla, Harry, estaba tan segura de que iba a pasar algo!
-Si, bueno -dijo Harry, su pulso se aceleró cuando alzó la Snitch entre los dedos-. No iba a intentarlo demasiado delante de Scrimgeour, ¿verdad?
-¿Qué quieres decir? -preguntó Hermione.
-La Snitch capturada en mi primer partido de Quidditch -dijo Harry- ¿No lo recuerdas?
Hermione parecía simplemente aturdida. Ron, sin embargo, jadeó, señalando frenéticamente de Harry a la Snitch y otra vez de vuelta hasta que encontró la voz.
-¡Es la que casi te tragaste!
-Exactamente, -dijo Harry, y con el corazón acelerado, presionó la boca contra la Snitch.
No se abrió. Frustración y amarga desilusión fluyeron de su interior. Bajó la dorada esfera, pero entonces Hermione gritó.
-¡Hay algo escrito! ¡Hay algo escrito en ella, rápido, mira!
Casi dejó caer la Snitch por la sorpresa y la excitación. Hermione tenía toda la razón. Grabadas sobre la dorada superficie, donde segundos antes no había habido nada, habían cinco palabras escritas con la fina y sesgada caligrafía que Harry reconoció como la de Dumbledore.
Abro lo que está cerrado.
Apenas había leído las palabras cuando estas se desvanecieron de nuevo.
-Abro lo que está cerrado… ¿Qué se supone que significa eso?
Hermione y Ron sacudieron las cabezas, parecían en blanco.
-Abro lo que está cerrado… lo que está cerrado… abro

lo que está cerrado…
Pero sin importar cuantas veces repitieron las palabras, con cuantas inflexiones diferentes, fueron incapaces de arrancarles ningún significado.
-Y la espada -dijo Ron finalmente, cuando tuvieron al fin que abandonar sus intentos de adivinar el significado de la inscripción de la Snitch.
-¿Por qué querría darle a Harry la espada?
-¿Y por qué no me lo dijo simplemente? -dijo Harry calladamente-. ¡Yo estaba allí, la espada estaba justo ahí en la pared de su oficina durante todas nuestras charlas del curso pasado! ¿Si quería que yo la tuviera, entonces por qué no me la dio sin más?
Sentía como si estuviera allí sentado en un examen con una pregunta que debía haber sido capaz de contestar ante él, con el cerebro lento y negándose a responder. ¿Se había perdido algo en las largas charlas con Dumbledore el año pasado? ¿Debía haber sabido lo que significaba todo? ¿Dumbledore había esperado que lo entendiera?
-Y por lo que respecta a este libro, -dijo Hermione-. Los Cuentos de Beedle el Bardo… ¡nunca había oído hablar de ellos!
-¿Nunca has oído hablar de Los Cuentos de Beddle el Bardo? -dijo Ron incrédulamente-. Está bromeando, ¿verdad?
-No, en serio, -dijo Hermione sorprendida-. ¿Los conoces?
-¡Bueno, por supuesto que si!
Harry levantó la mirada, divertido. La circunstancia de que Ron hubiera leído un libro que Hermione no conocía no tenía precedentes. Ron, sin embargo, parecía aturdido por la sorpresa de los otros dos.
-¡Oh, vamos! Se supone que todos los cuentos para

niños están en el libro de Beedle, ¿verdad? "La Fuente de la Buena Fortuna!... "El mago y la Marmita Saltarina"... Babbitty Rabbitty y su Muñón Cacareante"...
-¿Perdón? -dijo Hermione con una risita-. ¿Qué fue eso último?
-¡Venga! -dijo Ron, mirando con incredulidad de Harry a Hermione-. Debéis haber oído hablar de Babbitty Rabbitty...
-¡Ron, sabes muy bien que Harry y yo fuimos criados por muggles! -dijo Hermione-. No oíamos historias como esas cuando éramos pequeños, oíamos "Blancanieves y los siete enanitos" y "Cenicienta"...
-¿Qué es eso, una enfermedad? -preguntó Ron.
-¿Así que son cuentos para niños? -preguntó Hermione, inclinada sobre las runas.
-Si -dijo Ron inciertamente-. Quiero decir, lo que acabas de oír, ya sabes, todas esas viejas historias provienen de Beedle. Supongo que es algo así como la versión original.
-Pero me pregunto por qué Dumbledore pensó que yo debía leerlas.
Algo crujió escaleras abajo.
-Probablemente es solo Charlie, ahora que Mamá está durmiento, escabulléndose para hacer que le vuelva a crecer el pelo -dijo Ron nerviosamente.
-Da igual, deberíamos irnos a la cama -susurró Hermione-. Mañana no habrá tiempo para dormir.
-No -estuvo de acuerdo Ron-. Un brutal triple asesinato llevado a cabo por la madre del novio podría apagar un poco la boda. Apagaré la luz.
Y accionó el Desiluminador una vez más mientras Hermione abandonaba la habitación.

Capítulo Ocho:



La boda

A las tres de la tarde del día siguiente, Harry, Ron, Fred y George estaban en el exterior de una gran carpa en el jardín, esperando a los invitados a la boda. Harry había tomado una larga dosis de Poción Multijugos y ahora era el doble de un chico muggle pelirrojo del pueblo, Ottery St. Catchpole, del que Fred había robado cabellos utilizando un Encantamiento Convocador. El plan era presentar a Harry como el «primo Barny» y confiar en que la gran cantidad de familiares Weasley le ocultasen.

Los cuatro sujetaban un plan de distribución de asientos, para poder ayudar a la gente a encontrar los sitios correctos. Un grupo de camareros vestidos de blanco había llegado hacía una hora, junto con una banda con chaquetas doradas. En ese momento todos

estos magos estaban sentados a corta distancia bajo un árbol; Harry podía ver un rastro azulado de humo de pipa saliendo del lugar.
Detrás de Harry, la entrada a la carpa presentaba filas y filas de frágiles sillas doradas dispuestas a ambos lados de una larga alfombra púrpura. Los soportes de la carpa estaban adornados con flores entrelazadas blancas y doradas. Fred y George habían colocado un enorme montón de globos dorados sobre el punto exacto donde Bill y Fleur serían próximamente marido y mujer. Fuera, mariposas y abejas planeaban perezosas sobre la hierba y el seto. Harry estaba bastante incómodo. El chico muggle por quien se estaba haciendo pasar era ligeramente más gordo que él, y sentía su túnica de gala calurosa y apretada bajo el calor intenso del día veraniego.
—Cuando me case —dijo Fred, tirando del cuello de su propia túnica—, no me preocuparé por todas estas tonterías. Todos podréis llevar lo que queráis, y le haré a mamá una Inmovilización Total hasta que todo termine.
—Considerándolo todo, no estaba tan mal esta mañana —dijo George—. Lloró un poco al ver que Percy no estaría, ¿pero quién le quiere aquí? Oh, vaya, preparaos… aquí vienen, mirad.
Figuras de colores brillantes iban apareciendo, una por una, por todas partes en el extremo más alejado del jardín. En pocos minutos se formó una procesión, que empezó a serpentear por el jardín hacia la carpa. Flores exóticas y pájaros encantados se agitaban en los sombreros de las brujas, mientras gemas preciosas brillaban en las corbatas de muchos magos; el zumbido del excitado parloteo se volvió cada vez más fuerte, ahogando el sonido de las abejas, mientras la multitud

se aproximaba a la tienda.
—Excelente, creo que veo a algunas primas veela —dijo George, estirando el cuello para ver mejor—. Necesitarán ayuda para entender nuestras costumbres inglesas, yo me ocuparé de ellas…
—No tan rápido, Su santidad —dijo Fred, y adelantando con rapidez al grupo de brujas de mediana edad que lideraba la procesión, dijo—: Aquí… permettez-moi que assister vous —a un par de guapas francesas, que rieron tontamente y le permitieron que las escoltase al interior. George se quedó para encargarse de las brujas de mediana edad y Ron se ocupó de Perkins, viejo compañero del Ministerio del señor Weasley, mientras que una pareja bastante sorda acabó en el grupo de Harry.
—¿Qué hay? —dijo una voz familiar cuando salió nuevamente de la carpa y se encontró a Tonks y Lupin al frente de la cola. Ella se había puesto rubia para la ocasión—. Arthur nos dijo que eras el del pelo rizado. Siento lo de ayer por la noche —añadió en un susurro mientras Harry los guiaba por el pasillo interior—. En este momento el Ministerio está siendo muy anti-hombres lobo y creímos que nuestra presencia no te vendría demasiado bien.
—Está bien. Lo entiendo —dijo Harry, hablando más para Lupin que para Tonks. Lupin le lanzó una rápida sonrisa, pero cuando se dieron la vuelta, Harry vio de nuevo líneas de sufrimiento en su cara. No lo entendía, pero no tenía tiempo de insistir en el problema. Hagrid estaba causando bastantes líos. Había malinterpretado las instrucciones de Fred, y se había sentado, no en el asiento mágicamente alargado y reforzado colocado para él en la fila de atrás, sino en cinco sitios que ahora parecían una gran pila dorada de palillos.

Mientras el señor Weasley reparaba los daños y Hagrid gritaba pidiendo disculpas a cualquiera que escuchase, Harry se apresuró a la entrada, donde encontró a Ron cara a cara con un mago con aspecto de lo más excéntrico. Con los ojos ligeramente bizcos y cabello blanco por los hombros de textura de algodón dulce, llevaba una capa cuya borla colgaba frente a su nariz y una túnica de un color amarillo yema que hacía llorar los ojos. Un símbolo raro, algo como un ojo triangular, brillaba en una cadena alrededor de su cuello.

—Xenophilius Lovegood —dijo, extendiendo la mano hacia Harry—, mi hija y yo vivimos justo al otro lado de la colina, los buenos Weasleys han sido tan amables de invitarnos. Pero creo que conoces a mi Luna —añadió hacia Ron.

—Sí —dijo Ron—. ¿No está con usted?

—Se quedó un rato en ese pequeño jardín tan encantador para saludar a los gnomos, ¡una plaga tan gloriosa! Qué pocos magos se dan cuenta de cuánto podemos aprender de los pequeños y sabios gnomos... o para darles su nombre correcto, los Gernumbli gardensi.

—Los nuestros saben un montón de excelentes palabrotas —dijo Ron—, pero creo que esas se las enseñaron Fred y George.

Se llevó a un grupo de magos al interior de la carpa justo cuando Luna aparecía.

—¡Hola, Harry! —dijo.

—Eh... mi nombre es Barny —dijo Harry, desconcertado.

—Oh, ¿también te has cambiado eso? —preguntó radiante.

—¿Cómo sabes...?

—Oh, simplemente por tu expresión —dijo.

Como su padre, Luna llevaba una túnica amarilla

brillante, que había complementado con un largo girasol en la cabeza. Una vez que uno superaba la brillantez de todo el conjunto, el efecto general era bastante agradable. Por lo menos no tenía rábanos colgando de las orejas.

Xenophilius, que estaba en plena conversación con un conocido, se había perdido el intercambio entre Luna y Harry. Despidiéndose del mago, se giró hacia su hija, que levantó un dedo y dijo:

—Papi, mira… ¡uno de los gnomos realmente me mordió!

—¡Qué maravilloso! La saliva de gnomo es enormemente beneficiosa —dijo el señor Lovegood, agarrando el dedo estirado de Luna y examinando las marcas que sangraban—. Luna, mi amor, si sintieras algún talento floreciente hoy —quizás un inesperado impulso de cantar ópera o declamar en sirenio— ¡no lo reprimas! ¡Puede que hayas sido bendecida con los Gernumblies!

Ron, que pasaba junto a ellos en dirección contraria, dejó escapar un sonoro bufido.

—Ron puede reírse —dijo Luna con serenidad mientras Harry la conducía con Xenophilius hacia sus asientos—, pero mi padre ha investigado mucho acerca de la magia Gernumbli.

—¿De verdad? —dijo Harry, que hacía mucho había decidido no enfrentarse a las particulares ideas de Luna o su padre—. ¿Estás segura que no quieres echarle nada a ese mordisco?

—Oh, está bien —dijo Luna, chupándose el dedo de forma soñadora y mirando a Harry de arriba abajo—. Pareces listo. Le dije a Papi que mucha gente probablemente llevaría túnicas de gala, pero él cree que a una boda se deberían llevar colores de sol, para la suerte, ya sabes.

Cuando se alejó con su padre, Ron apareció con una bruja anciana agarrándole el brazo. Su puntiaguda nariz, ojos bordeados de rojo y sombrero rosa de plumas la hacían parecer un flamenco malhumorado.
—... y tu pelo es demasiado largo, Ronald, por un momento pensé que eras Ginevra. Por las barbas de Merlin, ¿qué lleva puesto Xenophilius Lovegood? Parece una tortilla. ¿Y quién eres tú? —ladró hacia Harry.
—Oh, sí, tía Muriel, este es nuestro primo Barny.
—Otro Weasley. Os reproducís como gnomos. ¿No está Harry Potter aquí? Esperaba conocerlo. Creía que era amigo tuyo, Ronald, ¿o simplemente estabas alardeando?
—No... no podía venir...
—Hmm. Puso una excusa, ¿eh? No es tan corto de entendederas como parece en esas fotografías, entonces. Acabo de instruir a la novia en cómo llevar mi tiara —le gritó a Harry—. La fabricaron los gnomos, sabes, y lleva en mi familia varios siglos. Es una chica guapa, pero aún así... francesa. Bien, bien, encuéntrame un buen sitio, Ronald. Tengo ciento siete años y no debo estar demasiado tiempo de pie.
Ron le lanzó a Harry una mirada significativa al pasar y no reapareció durante bastante rato. Cuando se volvieron a encontrar en la entrada, Harry había llevado a una docena de personas más a sus asientos. La carpa ahora estaba casi llena, y por primera vez no había cola fuera.
—Muriel es una pesadilla —dijo Ron, limpiándose la frente con la manga—. Solía venir cada año por Navidad, entonces, gracias a Dios, se molestó porque Freg y George tiraron una bomba fétida bajo su silla durante la cena. Papá siempre dice que ella los quitará de su testamento... como si les importase, van a acabar

más ricos que cualquiera en la familia, a la velocidad que van… Guau —añadió, parpadeando con bastante rapidez al ver a Hermione yendo con prisa hacia ellos—. ¡Estás genial!
—Siempre con tono de sorpresa —dijo Hermione, aunque sonrió. Llevaba una túnica suelta de color lila, con sandalias de tacón alto a juego; su pelo estaba liso y brillante—. Tu tátara tía abuela Muriel no está de acuerdo, acabo de verla en el piso de arriba mientras le daba a Fleur la tiara. Dijo, “Oh cariño, ¿esta es la hija de muggles?” y siguió “mala postura y codos delgaduchos”.
—No te lo tomes como algo personal, es ruda con todo el mundo —dijo Ron.
—¿Habláis de Muriel? —inquirió George, reapareciendo de la carpa con Fred—. Sí, justo me acaba de decir que mis orejas están torcidas. Viejo murciélago. Aunque desearía que el viejo tío Bilius estuviera todavía con nosotros; era una risa segura en las bodas.
—¿No fue el que vio un grim y murió veinticuatro horas después? —preguntó Hermione.
—Bueno sí, se volvió un poco raro al final —concedió George.
—Pero antes de volverse loco era la vida y alma de la fiesta —dijo Fred—. Solía beberse una botella entera de whisky de fuego, después corría a la pista de baile, se levantaba la túnica, y empezaba a sacar ramos de flores de su…
—Sí, parece auténticamente encantador —dijo Hermione, mientras Harry se reía a carcajadas.
—Nunca se casó, por alguna razón —dijo Ron.
—Me asombráis —dijo Hermione.
Se estaban riendo tanto que ninguno notó un invitado que llegó tarde, un joven de cabello negro con una

larga y curvada nariz, gruesas cejas negras, hasta que le dio a Ron su invitación y dijo, con sus ojos en Hermione: —Estás «marravillosa».
—¡Viktor! —gritó ella, y dejó caer su pequeño bolso adornado con cuentas, que hizo un sonoro y seco ruido, bastante desproporcionado con su tamaño. Mientras se revolvía, sonrojándose, para recogerlo, dijo—: No sabía que fueses a… Dios… es muy agradable ver… ¿cómo estás?
Las orejas de Ron se habían puesto de nuevo de un rojo brillante. Después de echar un vistazo a la invitación de Krum como si no creyera ni una palabra de ella, dijo, en voz demasiado alta: —¿Cómo es que estás aquí?
—Fleur me invitó —dijo Krum, levantando las cejas.
Harry, que no le guardaba ningún rencor a Krum, le dio la mano; entonces, sintiendo que sería prudente sacar a Krum de las proximidades de Ron, se ofreció a enseñarle su asiento.
—Tu amigo no está muy contento de «verrme» —dijo Krum mientras entraba en la ahora llena carpa—. ¿O es un «familiarr»? —añadió con una mirada al cabello rizado de Harry.
—Primo —farfulló Harry, pero en realidad Krum no estaba escuchando. Su aparición estaba causando alboroto, especialmente entre las primas veela. Después de todo, era un famoso jugador de Quidditch. Mientras la gente seguía estirando el cuello para echarle un buen vistazo, Ron, Hermione, Fred y George llegaron apresuradamente al pasillo.
—Tiempo de sentarse —le dijo Fred a Harry—, o nos va a atropellar la novia.
Harry, Ron y Hermione ocuparon sus asientos en la segunda fila detrás de Fred y George. Hermione estaba bastante sonrojada y las orejas de Ron todavía estaban

coloradas. Después de un momento, le murmuró a Harry: —¿Has visto que se ha convertido en un estúpido osito?
Harry dejó escapar un gruñido evasivo.
Una sensación de nerviosa anticipación había llenado la cálida tienda, el murmullo general roto por brotes ocasionales de risas excitadas. El señor y la señora Weasley avanzaron por el pasillo, sonriendo y saludando con las manos a sus familiares; el señor Weasley llevaba un nuevo conjunto de túnica color amatista con un sombrero a juego.
Un momento después Bill y Charlie se encontraban al frente de la carpa, ambos llevando túnicas de gala, con grandes rosas blancas en las solapas; Fred silbó con admiración y hubo un estallido de risitas de las primas veela. Entonces la multitud se quedó en silencio cuando la música empezó a salir de lo que parecían ser los globos dorados.
—Ooooh —dijo Hermione, girándose en su asiento para mirar a la entrada.
Un colectivo y enorme suspiro salió de las brujas y magos reunidos cuando Monsieur Delacour y su hija empezaron a caminar por el pasillo, Fleur deslizándose, Monsieur Delacour dando saltitos y sonriendo radiante. Fleur llevaba una túnica blanca muy simple y parecía estar emitiendo un fuerte brillo plateado. Mientras su resplandor normalmente apagaba a los otros por comparación, hoy embellecía a todos sobre los que caía. Ginny y Gabrielle, ambas con túnicas doradas, parecían incluso más guapas de lo habitual, y una vez que Fleur lo alcanzó, Bill parecía que nunca hubiese conocido a Fenrir Greyback.
—Damas y caballeros —dijo una voz ligeramente cantarina, y con una ligera conmoción, Harry vio al

mismo mago bajito y de pelo ralo que había presidido el funeral de Dumbledore, ahora situado enfrente de Bill y Fleur—. Estamos reunidos hoy aquí para celebrar la unión de dos almas fieles…

—Sí, mi tiara hace resaltar todo eso muy bien —dijo la tía Muriel en un susurro que se oyó bastante fuerte—. Pero debo decir, la túnica de Ginevra tiene un corte demasiado bajo.

Ginny miró alrededor, sonriendo de oreja a oreja, guiñándole un ojo a Harry, después rápidamente se volvió al frente de nuevo. La mente de Harry divagó bastante lejos de la carpa, de vuelta a las tardes pasadas con Ginny en algunos sitios solitarios de los terrenos del castillo. Parecía haber sucedido hace tanto; siempre habían parecido demasiado buenas para ser verdad, como si hubiese estado robando horas brillantes de la vida normal de otra persona, una persona sin una cicatriz en forma de rayo en la frente…

—William Arthur Weasley, ¿tomas a Fleur Isabelle…?

En la primera fila, la señora Weasley y Madame Delacour estaban sollozando en silencio en trozos de encaje. Sonidos como de trompeta que sonaron en la parte de atrás de la carpa le dijeron a todos que Hagrid había sacado uno de sus pañuelos del tamaño de un mantel. Hermione se giró y sonrió radiante a Harry; sus ojos también estaban llenos de lágrimas.

—… entonces os declaro unidos de por vida.

El mago de pelo ralo movió su varita por encima de las cabezas de Bill y Fleur y un chorro de estrellas plateadas cayó sobre ellos, moviéndose en espirales alrededor de las ahora entrelazadas figuras. Mientras Fred y George encabezaban un aplauso, los globos dorados suspendidos estallaron: pájaros del paraíso y pequeñas campanas doradas volaron y flotaron sobre

ellos, añadiendo sus canciones y gorjeos al estruendo.

—¡Damas y caballeros! —llamó el mago de pelo raro—. ¡Si hacen el favor de levantarse!

Todos lo hicieron, la tía Muriel refunfuñando de manera audible; el mago agitó nuevamente la varita. Los asientos en los que se habían sentado se elevaron graciosamente en el aire al tiempo que los lienzos de las paredes de la carpa se desvanecían, de modo que se quedaron bajo un dosel soportado por postes dorados, con una gloriosa vista del jardín iluminado por el sol y la campiña circundante. Después, una piscina de oro fundido se extendió desde el centro de la tienda para formar una brillante pista de baile; las sillas suspendidas se agruparon alrededor de pequeñas mesas con manteles blancos, y todas flotaron grácilmente de nuevo a la tierra, y la banda con chaquetas doradas se dirigió hacia un podio.

—Perfecto —dijo Ron con aprobación cuando los camareros aparecieron por todos lados, algunos llevando bandejas con zumo de calabaza, cerveza de mantequilla y whisky de fuego, otros tambaleándose con pilas de tartas y sándwiches.

—Deberíamos ir y felicitarlos —dijo Hermione, poniéndose de puntillas para ver el lugar donde Bill y Fleur habían desaparecido en medio de una multitud que les deseaba lo mejor.

—Tendremos tiempo después —Ron se encogió de hombros, agarrando tres cervezas de mantequilla de una bandeja que pasaba y dándole una a Harry—. Hermione, agárrate, cojamos una mesa… ¡No allí! En ningún sitio cerca de Muriel…

Ron encabezó el recorrido a través de la vacía pista de baile, mirando a derecha e izquierda al avanzar; Harry estaba seguro que estaba pendiente de Krum. En el

momento que alcanzaron el otro lado de la carpa, la mayoría de las mesas estaban ocupadas: la más vacía era en la que Luna se sentaba sola.
—¿Está bien si nos unimos a ti? —preguntó Ron.
—Oh, sí —dijo ella con felicidad—. Papi fue a darle a Bill y Fleur nuestro regalo.
—Qué es, ¿provisiones para toda la vida de gurdirraíz? —preguntó Ron.
Hermione le dirigió una patada bajo la mesa, pero se equivocó y golpeó a Harry. Con los ojos lagrimeando de dolor, Harry perdió el hilo de la conversación durante unos minutos.
La banda había empezado a tocar; Bill y Fleur fueron los primeros en salir a la pista de baile, causando un gran aplauso; después de un rato, el señor Weasley llevó a Madame Delacour a la pista, seguido de la señora Weasley y el padre de Fleur.
—Me gusta esta canción —dijo Luna, balanceándose al ritmo del vals, y unos pocos segundos después se levantó y se deslizó hacia la pista de baile, donde empezó a girar, sola, con los ojos cerrados y ondeando los brazos.
—¿Es genial, verdad? —dijo Ron con admiración—. Siempre valiente.
Pero la sonrisa se borró de su cara al momento: Viktor Krum se había sentado en el sitio vacío dejado por Luna. Hermione parecía placenteramente nerviosa pero esta vez Krum no había venido a hacerle cumplidos. Con la cara ceñuda, dijo: —¿Quién es ese hombre de «amarrillo»?
—Es Xenophilius Lovegood, el padre de una amiga nuestra —dijo Ron. Su tono beligerante indicaba que no se iban a reír de Xenophilius, a pesar de la obvia provocación—. Ven a bailar —añadió abruptamente

hacia Hermione.
Ella pareció sorprendida, pero también complacida, y se levantó. Desaparecieron juntos en la creciente multitud de la pista de baile.
—Ah, ¿«ahorra» están juntos? —preguntó Krum, momentáneamente distraído.
—Eh... algo así —dijo Harry.
—¿Quién «erres» tú? —preguntó Krum.
—Barny Weasley.
Se dieron la mano.
—«Barrny», tú... ¿conoces bien a este Lovegood?
—No, lo conocí hoy. ¿Por qué?
Krum frunció el ceño por encima de su bebida, mirando a Xenophilius, que estaba charlando con varios magos al otro lado de la pista.
—«Porrque» —dijo Krum—, si no es un invitado de Fleur, lo «retarría» a un duelo, aquí y ahora, por llevar ese inmundo símbolo en su pecho.
—¿Símbolo? —preguntó Harry, también mirando hacia Xenophilius. El extraño ojo triangular brillaba en su pecho—. ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?
—Grindelwald. Es el símbolo de Grindelwald.
—Grindelwald... ¿el mago tenebroso que Dumbledore derrotó?
—Exacto.
Los músculos de la mandíbula de Krum se cerraron como si estuviera masticando chicle, entonces dijo:
—Grindelwald mató a mucha gente, mi abuelo, por ejemplo. Por supuesto, nunca fue «poderroso» en este país, decían que temía a «Dumbledorre»... y con razón, viendo como «terrminó» con él. «Perro» ese... —apuntó con el dedo a Xenophilius— ese es su símbolo, lo reconocí al momento: Grindelwald lo talló en una «parred» de Durmstrang, de donde «erra» estudiante.

Algunos idiotas lo «copiarron» en sus «librros» y ropas pensando en «sorrprrender», «hacerrse» «imprresionantes»… hasta que los que habíamos «perrdido» «familiarres» a manos de Grindelwald les dimos una lección.
Krum apretó los nudillos de forma amenazadora y le frunció el ceño a Xenophilius. Harry se sentía perplejo. Parecía increíblemente imposible que el padre de Luna fuese un seguidor de las Artes Oscuras, y nadie más en la carpa parecía haber reconocido la triangular forma con runas.
—¿Estás… eh… bastante seguro de que es de Grindelwald…?
—No estoy equivocado —dijo Krum con frialdad—. Caminé al lado de ese símbolo «durrante» años. Lo conozco bien.
—Bueno, hay la opción —dijo Harry—, de que Xenophilius en realidad no sepa lo que significa el símbolo, los Lovegood son bastante… raros. Fácilmente podría haberlo recogido de algún lado y pensar que era una muestra representativa de un snorkack de cuerno arrugado o algo así.
—¿Una «muestrra» «reprresentativa» de un qué?
—Bueno, no sé lo que son, pero aparentemente él y su hija se van de vacaciones a buscarlos…
Harry sintió que no estaba explicando muy bien a Luna y su padre.
—Esa es ella —dijo, señalando a Luna, que todavía bailaba sola, ondeando las manos alrededor de la cabeza como alguien intentando repeler mosquitos.
—¿Por qué está haciendo eso? —preguntó Krum.
—Probablemente intenta deshacerse de un wrackspurt —dijo Harry, que reconocía los síntomas.
Krum no parecía saber si Harry le estaba o no tomando

el pelo. Sacó la varita del interior de su túnica y se dio golpecitos amenazantes en los muslos; unas chispas salieron del extremo.
—¡Gregorovitch! —dijo Harry en voz alta, y Krum se sobresaltó, pero Harry estaba demasiado emocionado para que le importase; el recuerdo le había vuelto al ver la varita de Krum: Ollivander cogiéndola y examinándola cuidadosamente antes del Torneo de los Tres Magos.
—¿Qué pasa con él? —preguntó Krum sospechoso.
—¡Hace varitas!
—Lo sé —dijo Krum.
—¡Hizo tu varita! Por eso pensé... Quidditch...
Krum cada vez lo miraba con más recelo.
—¿Cómo sabes que Gregorovitch hizo mi «varrita»?
—Yo... lo leí en alguna parte, creo —dijo Harry—. En una... una revista de fans —improvisó locamente, y Krum pareció apaciguarse.
—No me había dado cuenta de que alguna vez había hablado de mi «varrita» con fans —dijo.
—Entonces... eh... ¿dónde está Gregorovitch estos días?
Krum lo miró perplejo.
—Se «retirró» hace bastantes años. Fui uno de los últimos en «comprrar» una «varrita» Gregorovitch. Son las «mejorres», aunque sé, por supuesto, que «vosotrros» los «brritánicos» le concedéis mucha «imporrtancia» a Ollivander.
Harry no respondió. Fingió mirar a los que bailaban, como Krum, pero estaba pensando profundamente. Así que Voldemort estaba buscando a un célebre fabricante de varitas. Harry no tuvo que buscar muy lejos una razón. Seguramente era por lo que había hecho la varita de Harry la noche que Voldemort lo había perseguido por los cielos. La varita de acebo y pluma

de fénix había conquistado a la varita prestada, algo que Ollivander no había anticipado o entendido. ¿Sabría Gregorovitch más? ¿Realmente era más hábil que Ollivander, sabía secretos de las varitas que Ollivander no conocía?

—Esa chica es muy bonita —dijo Krum, volviendo a Harry al ambiente en el que estaban. Krum estaba señalando a Ginny, que se acababa de unir a Luna—. ¿También es familiar tuya?

—Sí —dijo Harry repentinamente irritado—, y sale con alguien. Del tipo celoso. Un tío grande. No quieras enfrentarte a él.

Krum gruñó.

—¿Cuál —dijo, vaciando su copa y poniéndose nuevamente de pie—, es el punto de ser un jugador de Quidditch «interrnacional» si todas las chicas guapas están cogidas?

Y se marchó dando grandes zancadas dejando a Harry, que cogió un sándwich de un camarero que pasaba y se acercó al borde de la abarrotada pista de baile. Quería encontrar a Ron, contarle sobre Gregorovitch, pero estaba bailando con Hermione en el medio de la pista. Harry se apoyó contra uno de los postes dorados y miró a Ginny, que ahora estaba bailando con Lee Jordan, el amigo de Fred y George, intentando no sentirse resentido con la promesa que le había hecho a Ron.

Nunca antes había ido a una boda, así que no podía juzgar cómo las bodas mágicas se diferenciaban de las muggles, aunque estaba bastante seguro de que estas últimas no tendrían una tarta de bodas coronada con dos modelos de fénix que echaron a volar cuando la tarta se cortó, o botellas de champán que flotaban sin apoyo entre la multitud. Cuando la tarde fue avanzando, y las polillas empezaron a descender bajo

el toldo, ahora encendido con lámparas doradas flotantes, la juerga se fue volviendo cada vez más incontrolable. Fred y George habían desaparecido en la oscuridad hacía bastante tiempo, con un par de las primas de Fleur; Charlie, Hagrid y un mago rechoncho con un sombrero de copa baja púrpura estaban cantando «Odo el Héroe» en la esquina.
Serpenteando entre la multitud para escapar de un tío borracho de Ron, que no estaba muy seguro de si Harry era o no su hijo, Harry localizó a un anciano mago sentado sólo en una mesa. Su nube de pelo blanco lo hacía parecer un viejo diente de león y estaba coronada por una capa comida por las polillas. Era vagamente familiar: estrujándose el cerebro, de repente Harry se dio cuenta de que ese era Elphias Doge, miembro de la Orden del Fénix y el escritor de la nota necrológica de Dumbledore.
Harry se acercó a él.
—¿Puedo sentarme?
—Claro, claro —dijo Doge; tenía una voz bastante aguda y sibilante.
Harry se inclinó hacia delante.
—Señor Doge, soy Harry Potter.
En un revoloteo de nervioso placer, Doge le sirvió a Harry una copa de champán.
—Pensé en escribirte —le susurró—, después de que Dumbledore... la conmoción... y para ti, estoy seguro...
Los pequeños ojos de Doge se llenaron de repentinas lágrimas.
—Vi la nota necrológica que escribió para el Diario Profeta —dijo Harry—. No me di cuenta que conocía tan bien al Profesor Dumbledore.
—Tan bien como cualquiera —dijo Doge, secándose los ojos con una servilleta—. Ciertamente lo conocía desde

más tiempo, si no cuentas a Aberforth, y de alguna manera, la gente nunca parece contar a Aberforth.

—Hablando del Diario Profeta… no sé si vio, señor Doge…

—Oh, por favor, llámame Elphias, querido muchacho.

—Elphias, no sé si vio la entrevista que Rita Skeeter dio sobre Dumbledore.

La cara de Doge se invadió de un furioso rubor.

—Oh sí, Harry, la vi. Esa mujer, o buitre sería un término más apropiado, verdaderamente me atosigó para que hablase con ella. Me avergüenzo de decir que me puse bastante rudo, la llamé trucha entrometida, lo que dio como resultado, como habrás visto, calumnias sobre mi cordura.

—Bueno, en esa entrevista —continuó Harry—, Rita Skeeter dejó caer que el Profesor Dumbledore había practicado las Artes Oscuras cuando era joven.

—¡No creas una palabra de eso! —dijo Doge al instante—. ¡Ni una palabra, Harry! ¡No dejes que nada estropee tus recuerdos de Dumbledore!

Harry miró la sincera y dolorida cara de Doge, y no se sintió reconfortado, sino frustrado. ¿De verdad Doge creía que era tan fácil, que Harry simplemente escogería no creer? ¿No entendía Doge la necesidad de Harry de estar seguro, de saber todo?

Quizás Doge sospechaba cómo se sentía Harry, porque lo miró preocupado y continuó con rapidez.

—Harry, Rita Skeeter es una terrible…

Pero fue interrumpido por un estridente graznido.

—¿Rita Skeeter? Oh, me encanta, ¡siempre la leo!

Harry y Doge levantaron la mirada para ver a la tía Muriel allí parada, las plumas bailando en su cabeza, una copa de champán en su mano.

—¡Ha escrito un libro sobre Dumbledore, ya sabéis!

—Hola Muriel —dijo Doge—. Sí, justo estábamos hablando…
—¡Tú ahí! Dame tu silla, ¡que tengo ciento siete años!
Otro primo Weasley pelirrojo saltó de su asiento, con cara de alarma, y la tía Muriel giró el asiento con sorprendente fuerza y se sentó entre Doge y Harry.
—Hola otra vez Barry, o como quiera que te llames. —Le dijo a Harry—. Ahora, ¿qué estabas diciendo sobre Rita Skeeter, Elphias? ¿Sabes que escribió una biografía sobre Dumbledore? No puedo esperar para leerla. ¡Debo recordar encargarla en Flourish y Blotts!
Doge pareció rígido y solemne ante esto, pero la tía Muriel vació su copa y chasqueó los huesudos dedos a un camarero que pasaba para que le diese otra. Tomó otro largo trago de champán, eructó y luego dijo: —¡No hay necesidad de parecer un par de ranas disecadas! ¡Antes de llegar a ser tan respetado y respetable y todo eso, hubo algunos rumores muy curiosos sobre Albus!
—Propaganda mal informada —dijo Doge, volviendo a ponerse como un rábano.
—Tú dirías eso, Elphias —carcajeó la tía Muriel—. ¡Me di cuenta de cómo trataste muy por encima las bochornosas manchas en esa nota necrológica tuya!
—Siento que pienses eso —dijo Doge, todavía con más frialdad—. Te aseguro que lo estaba escribiendo desde el corazón.
—Oh, todos sabemos que venerabas a Dumbledore; ¡me atrevería a decir que todavía piensas que era un santo incluso si sale que se deshizo de su hermana squib!
—¡Muriel! —exclamó Doge.
Un escalofrío que no tenía nada que ver con el helado champán se estaba introduciendo en el pecho de Harry.
—¿Qué quieres decir? —le preguntó a Muriel—. ¿Quién dice que su hermana era una squib? Pensé que estaba

enferma.
—¡Pensaste mal, entonces, eh, Barry! —dijo la tía Muriel, pareciendo encantada ante el efecto que había provocado—. De todas formas, ¿cómo puedes esperar saber algo sobre eso? Pasó muchos años antes de que incluso fueses pensado, cariño, y la verdad es que aquellos de nosotros que estábamos vivos entonces nunca supimos lo que pasó en realidad. ¡Por eso no puedo esperar a saber lo que Skeeter ha desenterrado! ¡Dumbledore mantuvo a su hermana tranquila durante demasiado tiempo!
—¡Falso! —siseó Doge—. ¡Totalmente falso!
—Nunca me contó que su hermana fuese una squib —dijo Harry, sin pensar, todavía frío interiormente.
—¿Y por qué te lo habría contado? —chilló Muriel, tambaleándose un poco en su asiento al intentar centrarse en Harry.
—La razón por la que Albus nunca hablaba de Ariana —empezó Elphias con la voz tensa por la emoción—, es, me parece, bastante clara. Estaba tan destrozado por su muerte…
—¿Por qué nadie la vio nunca, Elphias? —graznó Muriel—. ¿Por qué la mitad de nosotros nunca supo que existía, hasta que llevaron el ataúd fuera de la casa y celebraron un funeral por ella? ¿Dónde estaba el santo Albus mientras Ariana estaba encerrada en el sótano? ¡Lejos, siendo brillante en Hogwarts, y sin importarle lo que pasaba en su propia casa!
—¿Qué quiere decir, encerrada en el sótano? —preguntó Harry—. ¿Qué es esto?
Doge parecía desconsolado. La tía Muriel se carcajeó otra vez y respondió a Harry.
—La madre de Dumbledore era una mujer espantosa, simplemente espantosa. De padres muggles, aunque

escuché que fingía lo contrario…

—¡Nunca fingió nada por el estilo! Kendra era una buena mujer —susurró Doge tristemente, pero la tía Muriel lo ignoró.

—… orgullosa y muy dominante, el tipo de bruja que estaría mortificada por producir una squib…

—¡Ariana no era una squib! —siseó Doge.

—¡Eso dices, Elphias, pero explica entonces, porqué nunca fue a Hogwarts! —dijo la tía Muriel. Se dio la vuelta hacia Harry—. En nuestros tiempos, a menudo los squibs eran acallados, aunque llegar al extremo de encerrar a una niña pequeña en la casa y fingir que no existía…

—¡Te estoy diciendo que eso no es lo que pasó! —dijo Doge, pero la tía Muriel continuó como una apisonadora, todavía dirigiéndose a Harry.

—A menudo enviaban a los squibs a escuelas muggles y los animaban a integrarse en la comunidad muggle… algo mucho más amable que intentar encontrarles un lugar en el mundo mágico, donde siempre serían de segunda clase, pero naturalmente a Kendra Dumbledore no se le habría pasado por la cabeza dejar ir a su hija a un colegio muggle…

—¡Ariana era delicada! —dijo Doge desesperado—. Su salud siempre fue demasiado pobre para permitirle…

—… permitirle salir de casa? —carcajeó Muriel—. ¡Y aún así nunca la llevaron a San Mungo y tampoco llamaron a ningún sanador para que la viese!

—De verdad, Muriel, ¿cómo puedes saber si…

—Para tu información, Elphias, mi primo Lancelot era sanador en San Mungo en esa época, y le dijo a mi familia en la más estricta confidencia que nunca se había visto a Ariana por allí. ¡Todo muy sospechoso, pensó Lancelot!

Doge parecía estar al borde de las lágrimas. La tía Muriel, que parecía estarse divirtiendo mucho, chasqueó los dedos para pedir más champán. Como paralizado, Harry pensó en cómo los Dursleys una vez lo habían encerrado, mantenido bajo llave, escondido fuera de la vista, todo por el crimen de ser un mago. ¿Había sufrido la hermana de Dumbledore el mismo destino pero invertido: encerrada por la falta de magia? ¿Y realmente Dumbledore la había dejado a su suerte mientras se iba a Hogwarts para mostrarse brillante y con talento?

—Ahora, si Kendra no hubiese muerto primero —continuó Muriel—, habría dicho que fue ella la que mató a Adriana...

—¡Cómo te atreves, Muriel! —gimió Doge—. ¿Que una madre mate a su propia hija? ¡Piensa en lo que estás diciendo!

—Si la madre en cuestión era capaz de encerrar a su hija durante años hasta el final, ¿por qué no? —la tía Muriel se encogió de hombros—. Pero como dije, no concuerda, porque Kendra murió antes que Adriana... de qué, nadie nunca ha estado seguro...

—Sí, Ariana pudo haber hecho un desesperado intento de liberarse y matar a Kendra en el forcejeo —dijo la tía Muriel pensativamente—. Sacude la cabeza todo lo que quieras, Elphias. Estabas en el funeral de Ariana, ¿verdad?

—Sí estaba —dijo Doge, con los labios temblorosos—, y no puedo recordar una situación más desesperadamente triste. Albus tenía el corazón roto...

—Su corazón no fue lo único. ¿No le rompió Aberforth la nariz cuando había transcurrido la mitad de la ceremonia?

Si Doge había parecido horrorizado antes de esto, no

era nada comparado con cómo se veía ahora. Muriel bien podría haberle clavado un cuchillo. Ella se carcajeó ruidosamente y tomó otro trago de champán, que le bajó goteando por la barbilla.
—¿Cómo sabes...? —graznó Doge.
—Mi madre era amiga de la vieja Bathilda Bagshot —dijo la tía Muriel con alegría—. Bathilda le describió todo lo que había pasado a mi madre mientras yo escuchaba tras la puerta. Una pelea al lado del ataúd, tal como Bathilda lo contó. Aberforth gritó que era culpa de Albus que Ariana estuviese muerta y entonces lo golpeó en la cara. Según Bathilda, Albus ni siquiera se defendió, y eso ya es bastante raro. Albus podría haber destruido a Aberforth en un duelo con las dos manos atadas tras la espalda.
Muriel tragó todavía más champán. Recitar aquellos viejos escándalos parecían haberla llenado de euforia tanto como habían horrorizado a Doge. Harry no sabía qué pensar, qué decir. Quería la verdad, y aún así todo lo que Doge hacía era permanecer sentado y comentar débilmente que Ariana había estado enferma. Harry apenas podía creer que Dumbledore no hubiese intervenido si semejante crueldad hubiera pasado dentro de su propia casa, y aún así indudablemente había algo raro en la historia.
—Y te diré algo más —dijo Muriel, hipando ligeramente al bajar su copa—. Creo que Bathilda le ha contado todo a Rita Skeeter. Todas esas insinuaciones en la entrevista de Skeeter sobre una importante fuente cercana a los Dumbledore... Dios sabe que ella estaba allí durante todo el asunto de Ariana, ¡y encajaría!
—¿Bathilda Bagshot? —dijo Harry—. ¿La autora de Una historia de magia?
El nombre estaba impreso en la portada de uno de los

libros de Harry, aunque tenía que admitir, no de uno de los que había leído más atentamente.
—Sí —dijo Doge, agarrándose a la pregunta de Harry como un hombre a punto de morir a su heredero vivo—. Una de las historiadoras mágicas de más talento y una vieja amiga de Albus.
—Chochea bastante estos días, he oído —dijo la tía Muriel alegremente.
—Si es así, es todavía menos honorable por parte de Skeeter haberse aprovechado de ella —dijo Doge—, ¡y no se le puede dar credibilidad a cualquier cosa que Bathilda pueda haber dicho!
—Oh, hay maneras hacer que vuelvan los recuerdos, y estoy segura de que Rita Skeeter las conoce todas. —Dijo la tía Muriel—. Pero incluso si Bathilda está completamente chiflada, estoy segura de que todavía tendrá viejas fotografías, tal vez incluso cartas. Conocía a los Dumbledore desde hacía años… bien merecía un viaje al Valle de Godric, diría yo.
Harry, que estaba tomando un sorbo de cerveza de mantequilla, se atragantó. Doge lo golpeó en la espalda mientras Harry tosía, mirando a la tía Muriel con ojos llorosos. Una vez que retomó el control de su voz, preguntó: —¿Bathilda Bagshot vive en el Valle de Godric?
—¡Oh, sí, siempre ha estado allí! Los Dumbledore se mudaron después de que Percival fuese encerrado, y ella era su vecina.
—¿Los Dumbledore vivían en el Valle de Godric?
—Sí, Barry, eso es lo que acabo de decir —dijo la tía Muriel con irritación.
Harry se sintió drenado, vacío. Ni una vez en seis años, le había contado Dumbledore a Harry que ambos habían vivido y perdido seres amados en el Valle de Godric.

¿Por qué? ¿Estaban Lily y James enterrados cerca de la madre y la hermana de Dumbledore? ¿Había visitado Dumbledore sus tumbas, quizás caminado pasando las de Lily y James para hacerlo? Y ni una vez se lo había dicho a Harry… nunca se había molestado en decir…

Y por qué era tan importante, Harry no se lo podía explicar ni a sí mismo, pero aún así sentía que equivalía a una mentira no decirle que habían tenido ese lugar y esas experiencias en común. Miró hacia delante, apenas notando lo que sucedía a su alrededor, y no se dio cuenta de que Hermione había aparecido entre la multitud hasta que puso una silla a su lado.

—Simplemente no puedo bailar más —jadeó, sacándose uno de los zapatos y frotándose el talón—. Ron ha ido a buscar más cervezas de mantequilla. Es un poco raro. Acabo de ver a Viktor yéndose furioso de donde estaba el padre de Luna, parecía que habían discutido… —su voz se apagó, y lo miró fijamente—. Harry, ¿estás bien?

Harry no sabía por donde empezar, pero no importó. En ese momento, algo grande y plateado apareció cayendo del toldo sobre la pista de baile. Grácil y brillante, el lince aterrizó con suavidad en el medio de los asombrados bailarines. Las cabezas se giraron, y aquellos que estaban cerca se congelaron absurdamente en medio del baile. Entonces la boca del patronus se abrió y habló con la fuerte, profunda y lenta voz de Kingsley Shacklebolt.

—El Ministerio ha caído. Scrimgeour está muerto. Están viniendo.

Capítulo Nueve



Un lugar donde esconderse

Todo parecía confuso, lento. Harry y Hermione saltaron sobre sus pies y esgrimieron sus varitas. Muchas personas se estaban dando cuenta ahora de que algo raro había ocurrido; algunas cabezas todavía se estaban volviendo hacia el gato plateado cuando desapareció. El silencio se extendió hacia fuera en frías ondas desde el lugar en que había aparecido el Patronus. Entonces alguien gritó.

Harry y Hermione se lanzaron entre la multitud despavorida. Los invitados corrían en todas direcciones; muchos Desaparecían; los encantamientos protectores que había alrededor de la Madriguera se habían roto.

-¡Ron! –lloró Hermione-. Ron, ¿dónde estás?

Mientras se abrían paso a empujones hasta el otro lado de la pista de baile, Harry vio como unas figuras enmascaradas salían de entre la multitud; luego vio a Lupin y Tonks, con sus varitas levantadas, y escuchó que ambos gritaban, *"¡Protego!",* grito que resonó por todas partes

- ¡Ron! ¡Ron! –llamó Hermione medio sollozando, al ser envueltos por los aterrorizados invitados. Harry la estaba cogiendo de la mano para asegurarse de que no fueran separados, cuando una línea de la luz zumbó sobre sus cabezas, aunque no supo si era un encantamiento protector o algo más siniestro.

En ese momento apareció Ron. Cogió el brazo libre de Hermione, y Harry la sintió girar sobre sí misma; la visión y el sonido se extinguieron mientras la obscuridad se cernía sobre él; todo lo que podía sentir era la mano de Hermione mientras era lanzado a través de espacio y tiempo, lejos de la Madriguera, lejos de los Mortífagos que descendían, lejos, quizás, de Voldemort mismo. . . .

-¿Dónde estamos? –dijo la voz de Ron.

Harry abrió los ojos. Por un momento, pensó que no habían abandonado la boda, después de todo; todavía parecían estar rodeados de gente.

-En Tottenham Court Road –jadeó Hermione-. Camina, simplemente camina, tenemos que encontrar un sitio para que os cambiéis.

Harry hizo lo que le decía. Medio anduvieron medio corrieron subiendo la amplia y oscura calle, atestada de trasnochadores y llena de tiendas cerradas, mientras las estrellas brillaban sobre ellos.

Un autobús de dos pisos rugió al pasar y un grupo de parroquianos alegres se los comieron con los ojos cuando pasaron; Harry y Ron todavía llevaban sus túnicas de etiqueta.

-Hermione, no tenemos nada para cambiarnos, -dijo Ron, cuando una mujer joven se echó a reir tontamente al verle.

-¿Por qué no me habré asegurado de traerme la capa de invisibilidad? -dijo Harry, maldiciendo interiormente su propia estupidez-. Todo el año pasado la llevé encima y …

-Está bien, tengo la capa, tengo ropa para los dos - dijo Hermione-. Sólo tratad de actuar con naturalidad hasta … esto servirá.

Los condujo a una calle lateral, y luego a la protección de un callejón sombrío.

-Cuando dices que tienes la capa, y la ropa … –dijo Harry, frunciendo el ceño a Hermione, que no llevaba nada salvo su pequeño bolso bordado, en el que rebuscaba en ese momento.

-Si, aquí están -dijo Hermione, y para absoluto asombro de Harry y Ron, sacó un par de vaqueros, una camiseta

gruesa, algunos calcetines granates, y finalmente la plateada capa de invisibilidad.

-¿Cómo demonios...?"

-Encantamiento de Extensión Indetectable -dijo Hermione-. Difícil, pero creo que lo he hecho bien; en cualquier caso, me las arreglé para meter aquí todo lo que necesitamos. -Dio una pequeña sacudida a la aparentemente frágil bolsa, que resonó como si fuera un cargamento con varios objetos pesados rodando dentro.

-Oh, maldición, eso deben ser los libros -dijo, mirándolo con atención-. Y los tenía todos apilados por tema ... En fin ... Harry, es mejor que cojas tú la capa de invisibilidad. Ron, date prisa y cámbiate ...

-¿Cuándo hiciste todo esto? – preguntó Harry mientras Ron se desvestía.

-Te lo dije en la Madriguera, he llevado encima lo esencial preparado durante días, ya sabes, por si acaso tuviéramos que huir rápidamente. Hice tu mochila esta mañana, Harry, después de que te cambiaras, y la puse aquí ... Tenía un presentimiento ...

-Eres asombrosa, de verdad que si, -dijo Ron, pasándole su túnica enrollada.

-Gracias -dijo Hermione, con una pequeña sonrisa, mientras empujaba las túnicas en la bolsa-. ¡Por favor, Harry, ponte esa capa!

Harry le lanzó la Capa de Invisibilidad alrededor de los hombros y la reafirmó sobre su cabeza, desapareciendo de la vista. Estaba empezando a darse cuenta de lo que había ocurrido en ese momento.

-Los demás …toda la gente de la boda…

-No podemos preocuparnos por eso ahora -cuchicheó Hermione-. Van tras de ti, Harry, y si volvemos lo único que conseguiremos será ponerlos a todos aún en más peligro.

-Tiene razón – dijo Ron, que parecía saber que Harry estaba a punto de discutir, incluso sin poderle ver la cara-. La mayor parte de la Orden estaba allí, cuidarán de todos.

Harry asintió con la cabeza, luego recordó que no podían verlo y dijo

-Sí.

Pero pensó en Ginny, y el miedo burbujeó como ácido en su estómago.

-Vamos, creo que deberíamos mantenernos en movimiento - dijo Hermione.

Retrocedieron por la calle lateral y de nuevo por la carretera principal, donde un grupo de hombres cantaba y ondeaban los brazos en la acera de enfrente.

-¿Sólo por curiosidad, por qué Tottenham Court Road? -preguntó Ron a Hermione.

-No tengo ni idea, fue lo primero que me vino a mi cabeza, pero estoy segura de que estaremos más seguros en el mundo muggle, donde no esperarán que estemos.

-Es cierto -dijo Ron, mirando a su alrededor-. Pero ¿tú no te sientes un poco … expuesta?

-¿Dónde más podríamos ir? -preguntó Hermione, encogiéndose cuando los hombres del otro lado de la calle empezaron a aullarle como lobos-. Difícilmente podemos reservar habitaciones en el Caldero Chorreante, ¿no? Y Grimmauld Place está descartado, ya que Snape puede ir allí. . . . Supongo que podríamos probar en casa de mis padres, pero creo que hay una posibilidad de que lo comprueben. . . . Oh, ¡por qué no se callarán!

-¿Y bien, querida? -el más borracho de los hombres del otro lado estaba gritando-. ¿Quieres un trago? ¡Abandona al pelirrojo y ven y tómate una pinta!

-Vamos a sentarnos en algún sitio –dijo Hermione apresuradamente cuando Ron abrió la boca para responder gritando al otro lado de la calle. Mirad, ¡esto servirá, entrad aquí!

Era un café nocturno pequeño y gastado. Un ligera capa de grasa yacía sobre todas las mesas acabadas en formica, pero por lo menos estaba vacío. Harry entró a un reservado, y Ron se sentó junto a él, frente a Hermione, que quedó de espaldas a la entrada, lo que no pareció gustarle; echaba vistazos por encima del hombro tan frecuentemente parecía tener un tic. A

Harry no le gustaba que estuvieran quietos; caminar les había dado la ilusión de que tener un objetivo. Debajo de la capa podía sentir los últimos vestigios de la Poción Multijugos abandonándole, sus manos regresaban a su forma y longitud acostumbrada. Sacó las gafas del bolsillo y se las puso otra vez.

Después de uno o dos minutos, Ron dijo:

-Sabéis, no estamos lejos del Caldero Chorreante, está en Charing Cross…

-¡Ron, no podemos'! –dijo Hermione inmediatamente.

-No digo quedarnos allí, pero sí averiguar qué está ocurriendo!

-¡Sabemos qué esta ocurriendo! Voldemort ha tomado el Ministerio, ¿qué más necesitamos saber?

-Vale, vale, ¡era sólo una idea! -Cayeron en un silencio espinoso. La camarera, que masticaba chicle, les atendió, y Hermione pidió dos capuchinos: como Harry era invisible, podría haber parecido raro pedirle uno. Un par de obreros fornidos entró en el café y se metió en el reservado de al lado. Hermione redujo su voz a un susurro.

-Yo digo que encontremos un lugar tranquilo para Desaparecernos y dirigirnos hacia el campo. En cuanto estamos allí, podremos enviar un mensaje a la Orden.

-¿Entonces puedes hacer un Patronus de esos que hablan? –preguntó Ron.

-He estado practicando, y creo que sí –dijo Hermione.

-Bueno, mientras eso no les cause problemas, aunque deben haber sido arrestados ya. Dios, esto está asqueroso -añadió Ron después de dar un sorbo al espumoso café grisáceo. La camarera le había oído; le echó a Ron una mirada rencorosa mientras se dirigía a atender a los nuevos clientes. El más grande de los dos obreros, que era rubio e inmenso, ahora que Harry lo miraba, la apartó. Ella le miró fijamente, ofendida.

-Vámonos entonces, no quiero beberme esta mugre –dijo Ron-. Hermione, ¿tienes dinero Muggle para pagar esto?

-Sí, saqué todos mis ahorros de la Sociedad Constructora antes de ir a la Madriguera. Apuesto a que todo el dinero suelto está en la parte de abajo -se quejó Hermione, cogiendo su bolso bordado.

Los dos obreros hicieron idénticos movimientos, y Harry los imitó inconscientemente: los tres esgrimieron sus varitas. Ron, que tardó unos segundos en darse cuenta de lo qué estaba pasando, arremetió hacia al otro lado de la mesa, empujando a Hermione al otro lado de su banco. Los impactos de los hechizos de los mortífagos hicieron añicos el mosaico de la pared justo donde había estado la cabeza de Ron, mientras Harry, todavía invisible, gritó,

-*¡Desmanius!*

El enorme mortífago rubio fue golpeado en la cara por un rayo de la luz roja: se desplomó lateralmente,

inconsciente. Su compañero, incapaz de ver quién había lanzado el hechizo, disparó otro a Ron: brillantes cuerdas negras volaron de su varita y ataron a Ron de pies a cabeza. La camarera gritó y corrió hacia la puerta. Harry envió otro Hechizo Aturdidor al mortífago de la cara torcida que había atado a Ron, pero el hechizo falló, rebotó en la ventana y golpeó a la camarera, que se desplomó delante de la puerta.

-*¡Expulso!* -gritó el mortífago, y la mesa detrás de la que estaba Harry explotó. La fuerza de la explosión le hizo golpearse contra la pared y sintió como la varita caía de su mano mientras se le soltaba la capa.

-*¡Petrificus Totalus!* -gritó Hermione desde fuera de su campo de visión, y el mortífago se desplomó como una estatua con un ruido sordo sobre los restos de loza, mesa, y café. Hermione salío gateando de debajo del banco, sacudiéndose del pelo los restos de cristal de un cenicero y temblando entera.

-*D... diffindo*, -dijo, apuntando su varita hacia Ron, que bramó de dolor cuando le cortó la rodilla de los vaqueros, dejando una profundo corte.

-Oh, lo siento tanto, Ron, ¡me tiembla la mano! *¡Diffindo!*

Las cuerdas cayeron, cortadas. Ron se puso en pie, agitando los brazos para recuperar la sensibilidad. Harry recogió su varita y trepó sobre los escombros hacia el lugar donde el enorme mortífago rubio se había desplomado al otro lado del banco.

-Debería haberlo reconocido, estaba allí la noche en que Dumbledore murió -dijo. Giró al mortífago moreno con el pie; los ojos del hombre se movían rápidamente de Harry y Ron a Hermione rápidamente.

-Éste es Dolohov" –dijo Ron-. Lo reconozco de los antiguos carteles de “Se busca”. Creo que el grande es Thorfinn Rowle.

-¡No importa cómo se llamen! -dijo Hermione un poco histéricamente-. ¿Cómo nos encontraron? ¿Qué vamos a hacer?

De algún modo su pánico pareció despejar la cabeza de Harry.

-Cierra con llave la puerta -le dijo- Y Ron, tú apaga las luces.

Miró al paralizado Dolohov, pensando rápidamente mientras la cerradura hacía clic y Ron usaba el Desiluminador para dejar el café sumido en la obscuridad. Harry podía escuchar a los hombres que habían piropeado a Hermione gritar a otra chica en la distancia.

-¿Qué vamos a hacer con ellos? –le susurró Ron a Harry en la oscuridad; luego, incluso en voz más baja-, ¿Matarlos? Ellos nos habrían matado. Este es el mejor momento.

Hermione se estremeció y dio un paso atrás. Harry agitó la cabeza.

-Sólo tenemos que borrar sus memorias –dijo Harry-. Es mejor de ese modo, los dejará fuera de escena. Si los matáramos, sería obvio que hemos estado aquí.

-Tú eres el jefe -dijo Ron, que parecía enormemente aliviado-. Pero no he hecho nunca un Encantamiento Desmemorizador.

-Yo tampoco –dijo Hermione-. Pero sé la teoría.

Inspiró hondo para tranquilizarse, luego apuntó su varita mágica a la frente de Dolohov y dijo:

-Obliviate.

Inmediatamente, los ojos de Dolohov se volvieron desenfocados y soñadores.

-¡Brillante! -dijo Harry, dándole una palmada en la espalda-. Ocúpate del otro y de la camarera mientras Ron y yo limpiamos esto.

-¿Limpiar? -dijo Ron, mirando el café en parte destruido-. ¿Por qué?

-¿No crees que podrían preguntarse qué puede haber ocurrido si se despiertan y se encuentran en un lugar que parece que acaba de ser bombardeado?

-Oh, es verdad, sí. . .

Ron forcejeó durante un rato antes de conseguir extraer la varita de su bolsillo.

-No es raro que no pueda, Hermione, has encojido mis vaqueros viejos, me aprietan.

-Oh, lo siento tanto –siseó Hermione, y mientras arrastraba a la camarera fuera de la vista de las ventanas, Harry la escuchó farfullar una sugerencia respecto a dónde se podía clavar la varita Ron.

En cuanto el café fue devuelto a su condición previa, llevaron a los mortífagos de regreso a su reservado y los apoyaron mirándose el uno al otro

-¿Pero cómo nos encontraron? -preguntó Hermione, mirando de un hombre inerte al otro-. ¿Cómo supieron dónde estábamos?

Se volvió hacia Harry.

-Tu… no crees que lleves todavía el Rastro, ¿no, Harry?

-No puede ser –dijo Ron-. El Rastro acaba a los diecisiete, es la Ley Mágica, no se puede poner sobre un adulto.

-Por lo que tú sabes –dijo Hermione-. ¿Y si los mortífagos han encontrado una forma de ponerlo sobre un joven de diecisiete años?

-Pero Harry no ha estado cerca de un mortífago en las últimas veinticuatro horas. ¿Quién se supone que podría haber vuelto a poner un Rastro sobre él?

Hermione no respondió. Harry se sentía contaminado, corrompido; ¿era realmente así cómo les habían encontrado los mortífagos?

-Si no puedo usar magia, y vosotros no podéis usar magia cerca de mí, sin revelar nuestra posición... -empezó.

-¡No nos vamos a separar! -dijo Hermione firmemente.

-Necesitamos un lugar seguro para escondernos –dijo Ron-. Danos tiempo para pensarlo.

-Grimmauld Place –dijo Harry.

Los otros dos se quedaron con la boca abierta.

-¡No seas absurdo, Harry, Snape puede aparecer por allí!

-El padre de Ron dijo que habían puesto sortilegios contra él... e incluso aunque no hayan funcionado... -continuó antes de que Hermione empezara a argumentar- ¿qué más da? Os lo juro, no hay nada que desee tanto como encontrarme a Snape.

-Pero...

-Hermione, ¿Qué otro sitio hay? Es la mejor elección que tenemos. Snape es un solo mortífago. Si todavía tienen el Rastro sobre mí, tendremos multitudes de ellos sobre nosotros allá donde vayamos.

No podía discutir eso, aunque se notaba que le hubiera gustado hacerlo. Mientras abría la puerta del café, Ron accionó el Desiluminador para dar luz de nuevo al café. Luego, a la cuenta de tres de Harry, deshicieron los hechizos sobre sus tres víctimas, y antes de que la camarera o cualquiera de los mortífagos pudieran hacer nada mas que removerse somnolientos, Harry, Ron y Hermione habían salido fuera y desaparecido en la oscuridad otra vez.

En unos segundos Harry dilataba sus pulmones agradecido, y abría los ojos, estaban en medio de una tristona y familiar plaza. Casas altas y ruinosas, los miraban desde todos los lados. El número doce era visible para ellos, puesto que Dumbledore, su Guardián Secreto, les había revelado su existencia, y se encaminaron inmediatamente hacia él, comprobando a cada metro que no les seguía nadie. Subieron los peldaños de piedra, y Harry golpeó la puerta principal una vez con su varita mágica. Escucharon una serie de clics metálicos y el ruido de una cadena, luego la puerta se abrió con un chirrido y se apresuraron a atravesar el umbral.

Cuando Harry cerró la puerta tras ellos, las lámparas de gas, pasadas de moda, volvieron a la vida, lanzando una luz parpadeante a lo largo de todo el pasillo. Era como Harry lo recordaba: extraña, tenebrosa, las filas de cabezas de elfos caseros en la pared lanzando sombras extrañas escaleras arriba. Unas largas cortinas oscuras ocultaban el retrato de la madre de Sirius. Lo único que estaba fuera de lugar era el paraguero con forma de pierna de troll, que estaba estando tendido de lado como si Tonks acabara de chocar con él.

-Creo que alguien ha estado aquí -cuchicheó Hermione, señalándolo con el dedo.

-Eso podía haber ocurrido cuando la orden partió –murmuró Ron en respuesta.

-¿Pero dónde están los sortilegios que pusieron contra Snape? –preguntó Harry.

-A lo mejor solamente se activan si aparece –sugirió Ron.

Todavía seguían los tres sobre el felpudo, con la espalda contra la puerta, temiendo internarse más en la casa.

-Bueno, no podemos quedarnos aquí para siempre- dijo Harry, y dio un paso adelante.

-¿Severus Snape?- susurró la voz de Ojoloco Moody en la oscuridad, haciendo que los tres saltaran hacia atrás aterrados.

-¡No somos Snape!- gruñó Harry, antes de que una especie de aire frío se abalanzara sobre y su lengua se enrollara sobre sí misma, haciéndole imposible hablar. Antes de que tuviera tiempo de sentirla dentro de su boca, sin embargo, su lengua se había desenrollado otra vez.

Los otros dos parecían haber experimentado la misma desagradable sensación. Ron estaba haciendo ruidos de vómito; Hermione dijo tartamudeando,

-¡Esto debe haber sido el Sortilegio de Lengua Atada que preparó Ojoloco para Snape!

Cautelosamente, Harry dio otro paso adelante. Algo se desplazó entre las sombras al fondo del vestibulo, y antes de que ninguno de ellos pudiera decir una palabra, una figura se alzó de la alfombra, alta, de color polvo, y terrible; Hermione gritó y lo mismo hizo la Señora. Black, sus cortinas que se abrieron; la figura gris planeó hacia ellos, más y más rápido, el pelo, que le llegaba hasta la cintura, flotando tras ella, la cara hundida, sin carne, con las cuencas de los ojos vacías: horriblemente familiar, terriblemente alterada, levantó un brazo descarnado, señalando a Harry.

-¡No! -gritó Harry, y aunque había levantado su varita no se le ocurrió ningun hechizo-. ¡No! ¡No fuimos nosotros! No te matamos…

Tras la palabra *matamos*, la figura explotó en una gran nube de polvo. Tosiendo, con los ojos lloroso, Harry vió a Hermione agachada en el suelo, junto a la puerta, con los brazos sobre la cabeza, mientras Ron, temblando de pies a cabeza, le masajeaba torpemente la espalda diciendo,

- Todo va bien… se ha ido…

El polvo se arremolinó alrededor de Harry como si fuera niebla, a la luz azul de las lámparas de gas, mientras la Señora Black seguía gritando.

-¡Sangresucia, mugre, manchas de deshonor, manchas de vergüenza sobre la casa de mis padres…

-¡Cállate! –bramó Harry, apuntándola con su varita, y con un golpe y una ráfaga de chispas rojas, las cortinas se cerraron otra vez, silenciándola.

-Eso... Eso ha sido... –gimió Hermione, mientras Ron la ayudaba a ponerse en pie.

-Sí –dijo Harry-, Pero no era realmente él, ¿no? Sólo algo para asustar a Snape.

¿Hubiera funcionado?, se preguntó Harry, ¿o habría afrontado Snape a la horrible figura tan tranquilamente como había acabado con el verdadero Dumbledore? Con los nervios todavía hormigueando, llevó a los otros dos hasta el final del pasillo, medio esperando a que un nuevo terror se revelara, pero nada se movió, salvo un ratón que pasó rozando el rodapié.

-Antes de que vayamos más lejos, creo que es mejor que comprobemos -cuchicheó Hermione, y levantó su varita, diciendo-. *Homenum revelio.*

Nada ocurrió.

-Bueno, acabas de sufrir un gran shock -dijo Ron generosamente-. ¿Qué se supone que debería haber hecho eso?

-¡Ha hecho lo que le he dicho que hiciera! –dijo Hermione algo enojada-. Era un hechizo para revelar la presencia humana, y no hay nadie aquí excepto nosotros!

-Y el viejo Polvoriento, -dijo Ron, echando una mirada a la mancha en la alfombra de la que el espectro se había levantado.

-Subamos -dijo Hermione, mirando asustada la misma mancha, y encabezó la marcha por las chirriantes escaleras hasta el salón del primer piso.

Hermione agitó su varita para encender las viejas lámparas de gas, luego, tiritando ligeramente en la fría habitación, se sentó sobre el sofá, rodeandose fuertemente con los brazos. Ron cruzó hasta la ventana y abrió las pesadas cortinas de terciopelo unos centímetros.

-No veo a nadie ahí fuera –informó-. Y uno pensaría que si Harry tuviera todavía un Rastro sobre él, nos habrían seguido hasta aquí. Sé que no pueden entrar en la casa, pero ...¿Qué pasa, Harry?"

Harry había dado un grito de dolor, su cicatriz había ardido cuando algo destelló cruzando su mente como una luz brillante sobre el agua. Vio una gran sombra, y sintió una cólera que no era suya liberarse a través de su cuerpo, de forma violenta y breve como una descarga eléctrica.

-¿Qué has visto? –preguntó Ron, avanzando hacia Harry.
- ¿Le viste en mi casa?

-No, sólo sentí su cólera... está realmente enfadado.

-Pero eso podía ser en la Madriguera –dijo Ron en un tono fuerte- ¿Qué más? ¿No viste nada? ¿Estaba maldiciendo a alguien?

-No, sólo sentí la cólera ... No podría decir...

Harry se sentía importunado, confuso, y Hermione no ayudó cuando dijo con voz asustada:

-¿Tu cicatriz, otra vez? ¿Pero qué está ocurriendo? ¡Pensaba que la conexión estaba cerrada!

-Lo estuvo, durante un tiempo, -farfulló Harry; la cicatriz todavía le dolía, lo que le hacía difícil concentrarse-. Creo que ha empezado a abrirse otra vez siempre que pierde el control, cómo solía...

-¡Pues entonces tienes que cerrar tu mente! -dijo Hermione estridentemente-. Harry, Dumbledore no quería que usaras esa conexión, quería que la cerraras ¡Por eso se supone que tenías que usar la Oclumencia! Si no, Voldemort podría introducir ideas falsas en tu mente, recuerda...

-Sí, recuerdo, gracias, -dijo Harry apretando los dientes; no necesitaba que Hermione le recordara que Voldemort había usado la conexión entre ellos para llevarlo una vez a una trampa, ni que su resultado había sido la muerte de Sirius. Desearía no tener que decirles lo que había visto y sentido; eso hacía a Voldemort más amenazador, como si estuviera presionando contra la ventana de la habitación, y el dolor de su cicatriz persistía y luchó contra él: era como resistir la sensación de estar enfermo.

Dio la espalda a Ron y Hermione, fingiendo examinar el viejo tapiz con el árbol genealógico de los Black de la pared. Entonces Hermione chilló. Harry empuñó su varita de nuevo y dio media vuelta para ver un Patronus de plata pasar a través de la ventana de salón y aterrizar sobre el suelo enfrente de ellos, donde se solidificó en una comadreja que hablaba con la voz del padre de Ron.

-La familia está a salvo, no respondais, nos vigilan.

El Patronus se disolvió en la nada. Ron soltó un ruido entre un gemido y un quejido y se dejó caer en el sofá. Hermione se reunió con él, cogiéndole del brazo.

-Están bien, están todos bien -murmuró, y Ron medio se rió y la abrazó.

-Harry, -dijo por encima del hombro de Hermione-, Yo…

-No pasa nada -dijo Harry, asqueado por el dolor de cabeza-. Es tu familia, luego estabas preocupado. Yo me habría sentido igual. -Pensó en Ginny-. Yo me siento igual.

El dolor en su cicatriz estaba llegando a un máximo, quemando como lo había hecho en el jardín de la Madriguera. Escuchó débilmente a Hermione decir,

-No quiero parecer egoista pero, ¿podríamos usar los sacos de dormir que he traído y acampar aquí esta noche?

Escuchó a Ron mostrar su acuerdo. No podía luchar contra el dolor mucho más tiempo. Tuvo que sucumbir.

-Baño -farfulló, y dejó la habitación tan rápido como pudo sin correr.

Apenas lo consiguió: cerró con cerrojo la puerta detrás de él con las manos temblando, se agarró la palpitante cabeza y cayó al suelo, entonces, en una explosión de agonía, sintió la rabia que no le pertenecía poseer su alma, vio una habitación larga iluminada solamente por un fuego, y al enorme mortífago rubio en el suelo, gritando y retorciéndose, y una figura más pequeña estaba de pie sobre él, con la varita extendida, mientras Harry hablaba en una voz alta, fría y despiadada.

-Más, Rowle, ¿o terminamos ya y alimentas a Nagini? Lord Voldemort no está seguro de perdonar esta vez... ¿Me devuelves la llamada para esto, para decirme que Harry Potter se ha escapado otra vez? Draco, dale a Rowle otra muestra de nuestro desagrado... ¡Hazlo, o siente tú mi ira!"

Un tronco cayó al fuego, las llamas crecieron, y arrojaron luz sobre una cara blanca aterrorizada y puntiaguda... con la sensación de emerger de debajo del agua, Harry respiró profundamente y abrió los ojos.

Estaba despatarrado sobre el frío suelo de mármol negro, su nariz a centímetros de la cola de una de las serpientes plateadas que servían de soporte a la bañera grande. Se incorporó. La cara petrificada y demacrada de Malfoy parecía grabada a fuego en el interior de sus

ojos. Harry se sentía asqueado por lo que había visto, por el uso que Voldemort estaba dando a Draco.

Sonó un agudo golpe en la puerta, y Harry saltó cuando la voz de Hermione resonó.

-Harry, ¿quieres tu cepillo de dientes? Lo tengo aquí.

-Si, guay, gracias, -dijo, luchando por mantener un tono informal mientras se levantaba para dejarla entrar.

CAPÍTULO DIEZ



LA HISTORIA DE KREACHER

Harry se despertó temprano a la mañana siguiente, envuelto en una saco de dormir sobre el suelo del salón de dibujo. Un resquicio de cielo era visible entre las pesadas cortinas. Era de un frío y claro azul como de tinta aguada, en algún punto entre la noche y el amanecer, y todo estaba en silencio a excepción de las respiraciones lentas y profundas de Ron y Hermione. Harry echó un vistazo a las oscuras y largas siluetas tendidas en el suelo junto a él. Ron había tenido un detalle de galantería y había insistido en que Hermione durmiera sobre los cojines del sillón, por lo que su silueta destacaba por encima de la de el, con el brazo encorvado hacia el suelo y los dedos a pocas pulgadas de los de Ron. Harry se preguntó si se

habrían quedado dormidos con las manos entrelazadas. Esa idea le hizo sentir extrañamente solitario.

Miro hacia arriba al ensombrecido techo, al candelabro lleno de telarañas. Menos de veinticuatro horas antes, había estado de pie a la luz del sol a la entrada de la carpa, esperando a los invitados de la boda para guiarlos a sus asientos. Parecía que desde entonces hubiera pasado toda una vida. ¿Qué pasaría ahora? Acostado en el suelo pensó en los Horrocruxes, en la intimidante y compleja misión que Dumbledore le había dejado… Dumbledore…

La pena que lo había abrumado desde la muerte de Dumbledore se sentía diferente ahora. Las acusaciones que había oído hacer a Muriel en la boda parecían haber anidado en su cerebro como algo enfermizo, contaminando los recuerdos que tenía del mago al que había idolatrado. ¿Podía Dumbledore haber dejado que sucedieran esas cosas? ¿Podía haber sido como Dudley, y haberse quedado tan contento presenciando tal negligencia y abuso mientras no le afectara a él? ¿Podía haber dado la espalda a su hermana a la que mantenían encarcelada y oculta?

Harry pensó en el Valle de Godric, en las tumbas que había allí y que Dumbledore nunca había mencionado; pensó en los misteriosos objetos dejados sin explicación en el testamento de Dumbledore, y allí en la oscuridad le invadió el resentimiento. ¿Por qué Dumbledore no se lo había contado? ¿Por qué no se lo había explicado? ¿De verdad Dumbledore se había preocupado por Harry? ¿O Harry no había sido para él mas que un instrumento a

ser perfeccionado y afinado, pero sin fiarse de él, sin nunca confiar en él?

Harry no podía soportar yacer allí sin nada más que amargos pensamientos por compañía. Desesperado por hacer algo, por conseguir una distracción, se deslizó fuera del saco de dormir, cogió su varita, y se arrastró fuera de la habitación. En el descansillo susurró, "*lumos",* y comenzó a subir las escaleras a la luz de la varita.

En el segundo descansillo se hallaba el dormitorio en el que él y Ron habían dormido la última vez que habían estado allí; miró dentro de la habitación. Las puertas del armario estaban abiertas y la ropa de cama había sido rasgada. Harry recordó la pierna de troll derribada en el piso de abajo. Alguien había registrado la casa después de que la Orden se hubiera ido. ¿Snape? ¿O tal vez Mundungus, que había hurtado bastantes cosas de esta casa tanto antes como después de la muerte de Sirius? La mirada de Harry vagó hacia el retrato que a veces contenía a Phineas Nigellus Black, el tatara-tatarabuelo de Sirius, pero estaba vacío, mostrando solamente un turbio telón de fondo. Evidentemente Phineas Nigellus estaba pasando la noche en el estudio del Director en Hogwarts.

Harry continuó subiendo las escaleras hasta que llegó al último descansillo donde solo había dos puertas. La que estaba frente a él llevaba una placa con la inscripción Sirius. Harry nunca antes había entrado en el dormitorio de su padrino. Abrió la puerta, sosteniendo la varita en alto para extender la luz lo máximo posible. La habitación era espaciosa y en algún

momento debía haber sido elegante. Había una gran cama con una cabecera de madera labrada, una alta ventana oscurecida por largas cortinas de terciopelo y un candelabro densamente cubierto de polvo con restos de vela todavía descansando en sus soportes, y cera sólida colgando que había dejado regueros como escarcha. Una fina capa de polvo cubría los cuadros de las paredes y la cabecera de la cama; una tela de araña se extendía entre el candelabro y la parte de arriba del gran armario de madera, y al adentrarse Harry en la habitación, oyó como se escurrían los ratones al haberlos molestado.

El adolescente Sirius había empapelado las paredes con tantos carteles y fotos que muy poco de las paredes de seda gris acerada era visible. Harry solo podía asumir que los padres de Sirius no habían sido capaces de eliminar el Encantamiento de Adherencia Permanente que los mantenía en la pared porque estaba seguro que no debían haber apreciado el gusto en decoración de su hijo mayor. Parecía que el único propósito de Sirius había sido buscar la forma de fastidiar a sus padres. Había varios grandes estandartes de Gryffindor, de un desvaído color rojo, colgados con el único propósito de subrayar su diferencia frente el resto de la familia Slytherin. Había varias fotos de motos muggle, y también (Harry tenía que admirar la sangre fría de Sirius) varios carteles de chicas muggle en bikini. Podía afirmar que eran muggles porque permanecían inmóviles en sus fotos, con marchitas sonrisas y satinados ojos congelados en el papel. Esto contrastaba con la única foto encantada que había sobre la pared que era una foto de cuatro estudiantes

de Hogwarts de pie unos junto a otros, sonriendo a la cámara.

Con un sobresalto de placer, Harry reconoció a su padre, su alborotado cabello negro peinado hacia atrás como el de Harry, y él también llevaba gafas. Junto a él estaba Sirius, despreocupadamente apuesto, su rostro ligeramente arrogante mucho más joven y feliz de lo que Harry le había visto nunca en vida. A la derecha de Sirius, se hallaba Pettigrew, más de una cabeza más bajo, regordete y con los ojos llorosos, sonrojado por el placer de ser incluído en la más estupenda de las pandillas, con los muy admirados rebeldes que James y Sirius habían sido. A la izquierda de James estaba Lupin, aún entonces se veía le algo desarrapado, pero con el mismo aire de deleitada sorpresa de encontrase a sí mismo querido y aceptado… ¿o tal vez era simplemente que Harry sabía como habían sido las cosas y por eso podía verlo en el retrato? Trató de quitarlo de la pared; después de todo, era suyo ahora, Sirius le había dejado todo, pero no pudo moverlo. Sirius no había dejado nada al azar en su prevención por que sus padres redecoraran la habitación.

Harry miro alrededor por el suelo. El cielo afuera se estaba aclarando. Un rayo de luz reveló trozos de papel, libros, y pequeños objetos desparramados sobre la alfombra. Evidentemente la habitación de Sirius también había sido revisada, aunque su contenido parecía haber sido juzgado en su mayor parte, aunque no enteramente, sin valor. Algunos de los libros habían sido sacudidos tan rudamente como para arrancarles las tapas y esparcirlas junto a varias páginas por el suelo.

Harry se agachó, levantó unos pocos trozos de papel, y los examinó. Reconoció uno como parte de una vieja edición de *Historia de la Magia*, de Bathilda Bagshot, y otro como perteneciente a un manual sobre el mantenimiento de motos. El tercero estaba escrito a mano y arrugado. Lo aliso.

Querido Canuto

¡Gracias, gracias, por el regalo de cumpleaños de Harry! Fue su preferido de lejos. Apenas tiene un año y ya se eleva rápidamente sobre la escoba de juguete, se le veía tan complacido consigo mismo. Te adjunto una fotografía para que lo veas. Sabes que solo se eleva unos dos pies del piso pero casi mata al gato y destrozó un jarrón horrible que Petunia me envío por navidad (no me quejo de esto). Por supuesto que James creyó que había sido muy gracioso, dice que va a ser un gran jugador de Quidditch, pero tendremos que guardar todos los adornos y asegurarnos de no apartar los ojos de él mientras está en ello.

Tuvimos un muy tranquilo té de cumpleaños, solo nosotros y la vieja Bathilda que siempre fue muy dulce con nosotros y se le cae la baba con Harry. Sentimos tanto que no pudieras venir, pero la Orden tiene que ser lo primero, y de cualquier forma ¡Harry no es lo bastante mayor como saber que es su cumpleaños! James se siente un poco frustrado por estar aquí encerrado, trata de no demostrarlo pero yo puedo verlo... además Dumbledore todavía tiene su Capa de Invisibilidad, así que no tiene

posibilidad de hacer ni una pequeña excursión. Si pudieras visitarnos, eso le alegraría muchísimo .Gusano estuvo aquí el fin de semana pasado. Me pareció que estaba triste, pero probablemente fuera por lo de los McKinnons; lloré toda la noche cuando me enteré.

Bathilda nos visita casi todos lo días, es una viejecita fascinante que cuenta historias de lo más fantásticas acerca de Dumbledore. ¡No estoy segura de si a él le agradaría mucho si se enterara! De hecho, no se cuanto creerle, porque parece increíble que Dumbledore

A Harry le pareció que las extremidades se le habían entumecido. Se quedó inmóvil allí de pie, sosteniendo el milagroso papel entre los dedos insensibles mientras dentro de él una especie de erupción silenciosa emandaba alegría y pena que retumbaba en igual medida a través de sus venas. Caminó tambaleándose hasta la cama, y se sentó.

Volvió a leer la carta, pero no pudo encontrarle otro significado que el que ya le había encontrado la primera vez, y se vio reducido a mirar fijamente la caligrafía en sí misma. Hacia las "g" igual que él. Buscó en la carta cada una de ellas, y sintió cada una como una amistosa pequeña ola entrevista a través de un velo. La carta era un tesoro increíble, prueba de que Lily Poter había vivido, realmente vivido, que su cálida mano alguna vez se había movido por este pergamino, trazando con tinta estas letras, estas palabras, palabras que se referían a él, Harry, su hijo.

Limpiándose las lágrimas de los ojos con impaciencia, volvió a leer la carta una vez más, esta vez concentrándose en el significado. Era como escuchar una voz recordada a medias.

Habían tenido un gato… tal vez hubiera muerto, como sus padres en el Valle de Godric… o si no tal vez hubiera huido cuando no quedo nadie que lo alimentara… Sirius le había comprado su primera escoba… Sus padres habían conocido a Bathilda Bagshort; ¿Los habría presentado Dumbledore? *Dumbledore todavía tiene su Capa de Invisibilidad*… Había algo extraño ahí…

Harry hizo una pausa ponderando las palabras de su madre. ¿Por qué Dumbledore había tomado la Capa de Invisibilidad de James? Harry recordaba claramente a su Director diciéndole años atrás, "No necesito una capa para volverme invisible" ¿Acaso algún miembro de la Orden menos talentoso la había necesitado y Dumbledore había actuado como enlace? Harry continuó leyendo…

Gusano estuvo aquí… Pettigrew, el traidor, había parecido "triste" ¿lo habría estado? ¿Habría sido consciente de que veía a James y a Lily con vida por última vez?

Y finalmente Bathilda otra vez, que contaba historias increíbles acerca de Dumbledore. *Parece increíble que Dumbledore*…

¿Qué Dumbledore qué? Pero había un gran número de cosas que podrían parecer increíbles acerca de

Dumbledore; que alguna vez hubiera recibido bajas calificaciones en un Exámen de Transfiguración, por ejemplo o que se hubiera sentido inclinado a encantar de cabras como Aberforth...

Harry se levantó y examinó el suelo, tal vez el resto de la carta estuviera por allí en alguna parte. Agarró papeles, tratándolos, en su avidez, con tan poca consideración como el que los había examinado en primer lugar, abrió cajones, sacudió libros, se puso de pie sobre una silla para pasar la mano por encima del armario, y gateó debajo de la cama y del sillón.

Al final, yaciendo boca abajo sobre el piso, divisó lo que parecía un pedazo de papel roto debajo del juego de cajones. Cuando lo tomó, resultó ser gran parte de la fotografía que Lily había descrito en la carta. Un bebé de cabello negro se elevaba rápidamente dentro y fuera de la fotografía en una pequeña escoba, rugiendo de risa, y un par de piernas que debían pertenecer a James lo perseguían. Harry se metió la fotografía en el bolsillo junto con la carta de Lily y continuó buscando la segunda hoja.

No obstante, después de un cuarto de hora, se vio forzado a concluir que el resto de la carta de su madre había desaparecido. ¿Sencillamente se había perdido en los dieciséis años que habían pasado desde que había sido escrita, o se la había llevado quienquiera que fuera que había registrado la habitación? Harry volvió a leer la primera hoja nuevamente, esta vez buscando pistas de que podría haber hecho que la segunda hoja fuera de valor. Su escoba de juguete difícilmente pudiera ser considerada interesante por los mortífagos... la única

cosa potencialmente útil que podía ver en ella era que contuviera posible información acerca de Dumbledore. *Parece increíble que Dumbledore*... ¿Qué?

-¿Harry? ¿Harry? ¿*Harry*?

-¡Aquí estoy! –gritó-. ¿Qué pasa?

Hubo un estruendo de pisadas fuera de la puerta, y Hermione irrumpió en la habitación.

-¡Nos despertamos y no sabíamos donde estabas! –dijo sin aliento-. Se dio la vuelta y gritó sobre el hombro- ¡Ron! Lo encontré.

La voz fastidiada de Ron hizo eco en la distancia, varios pisos por debajo.

-¡Bien! ¡Dile de mi parte que es un imbécil!

-Harry por favor no desaparezcas de esa forma, ¡estábamos aterrados! ¿Para que subiste aquí ya que estamos? –Miró alrededor de la saqueada habitación-. ¿Qué has estado haciendo?

-Mira lo que acabo de encontrar.

Le tendió la carta de su madre. Hermione la tomó y la leyó mientras Harry la observaba. Cuando llegó al final de la página levantó la vista hacia él.

-Oh Harry...

-Y también encontré esto.

Le entregó la fotografía rasgada, y Hermione sonrió ante el bebé elevándose que aparecía y desaparecía de la vista sobre la escoba de juguete.

-He estado buscando el resto de la carta, -dijo Harry-, pero no está aquí.

Hermione miro a su alrededor.

-¿Tú has montado todo este lío, o ya estaba así cuando llegaste?

-Alguien estuvo registrando antes que yo, -dijo Harry.

-Eso me pareció. Cada habitación en la que he mirado de camino hacia arriba había sido desordenada. ¿Que crees que pueden haber estado buscando?

-Información acerca de la Orden, si fue Snape.

-Pero se podría pensar que ya tiene toda la que necesita. Quiero decir, él era parte de la Orden, ¿verdad?

-Bueno entonces, -dijo Harry, ansioso por discutir su teoría-, ¿Podría ser información acerca de Dumbledore? La segunda hoja de la carta, por ejemplo. Ves esta Bathilda a la que mi madre menciona, ¿sabes quien es?

-¿Quién?

-Bathilda Bagshort, la autora de...

-*Historia de la Magia*, -dijo Hermione, mostrándose interesada-. ¿Así que tus padres la conocían? Era una increíble historiadora mágica-

-Y aún está con vida, -dijo Harry-, y vive en el Valle de Godric. La tía de Ron, Muriel habló de ella en la boda. También conocía a la familia de Dumbledore. Sería muy interesante hablar con ella, ¿no es así? –Para el gusto de Harry, había demasiado entendimiento en la sonrisa que Hermione le dedicó. Recuperó la carta y la fotografía y las puso dentro del saquito que tenía alrededor del cuello, para no tener que mirarla y ponerse en evidencia.

-Entiendo porque te gustaría hablar con ella, acerca de tu madre y tu padre y de Dumbledore también, -dijo Hermione-. Pero eso en realidad no nos ayudará en nuestra búsqueda de los Horrocruxes, ¿verdad? –Harry no respondió, y ella se apresuró a continuar-, Harry, sé que realmente deseas ir al Valle de Godric, pero me asusta. Me asusta cuan fácilmente nos encontraron esos mortífagos ayer. Solo hace que me sienta más segura que nunca de que debemos evitar el lugar donde tus padres están enterrados, estoy segura que están esperando a que lo visites.

-No es solo eso, -dijo Harry, aún evitando mirarla-, en la boda, Muriel dijo cosas acerca de Dumbledore. Quiero saber la verdad…

Le contó a Hermione todo lo que Muriel le había dicho. Cuando hubo terminado, Hermione dijo,

-Por supuesto, que puedo ver porque eso te trastornó, Harry…

-No estoy trastornado, -mintió-, Solo me gustaría saber si es cierto o no…

-Harry, ¿Realmente crees que obtendrás la verdad de una vieja mujer maliciosa como Muriel, o de Rita Skeeter? ¿Cómo puedes creer en ellas? ¡Conociste a Dumbledore!

-Creí que le conocía, -murmuró.

-¡Pero sabes cuanta verdad había en todo lo que Rita escribió acerca de ti! Doge está en lo cierto, ¿Cómo puedes dejar que esta gente empañen tus recuerdos de Dumbledore?

El apartó la mirada, intentando no demostrar el resentimiento que sentía. Allí estaba otra vez: Escoge en que creer. Quería la verdad. ¿Por qué estaba todo el mundo tan determinado a que no la obtuviera?

-¿Te parece que bajemos a la cocina? –Sugirió Hermione después de una pequeña pausa-. ¿A buscar algo de desayunar?

Accedió, pero de mala gana, y la siguió al descansillo y más allá vio la segunda puerta que daba al rellano. Había profundas marcas de arañazos en la pintura debajo de un pequeño letrero en el que no había reparado en la oscuridad. Cruzó el rellano para leerlo. Era un pequeño letrero pomposo, escrito con prolija

letra manuscrita, el tipo de cosa que Percy Weasley podría haber pegado en la puerta de su dormitorio.

No entrar

Sin el expreso permiso de

Regulus Arcturus Black

Harry se vio invadido por la excitación, pero no se dio cuenta enseguida del porque. Volvió a leer el letrero. Hermione ya estaba un tramo de escaleras por debajo de él.

-Hermione, -dijo, y se sorprendió de que su voz sonara tan calmada-. Vuelve a subir aquí.

-¿Qué pasa?

-R.A.B. Creo que lo he encontrado.

Se oyó un jadeo, y luego Hermione que subía corriendo las escaleras.

-¿En la carta de tu madre? Pero no vi...

Harry negó con la cabeza, señalando al letrero de Regulus. Ella lo leyó, luego cogió a Harry por el brazo, con tanta fuerza que este dio un respingo.

-¿El hermano de Sirius? –susurró.

-Era un mortífago, -dijo Harry-. Sirius me habló de él, se unió a ellos cuando era verdaderamente joven y

luego se arrepintió y trato de abandonar… por lo que lo mataron.

-¡Eso encaja! –Jadeó Hermione-. ¡Si era un mortífago tenía acceso a Voldemort, y si se sintió desencantado, entonces podría haber deseado la caída de Voldemort!

Soltó a Harry, se inclinó sobre la barandilla, y gritó,

-¡Ron! ¡RON! ¡Sube, rápido!

Un minuto después apareció Ron resoplando, con la varita lista en la mano.

-¿Qué pasa? Si son voluminosas arañas otra vez quiero desayunar antes de…

Frunció el ceño ante el letrero que Hermione estaba señalando silenciosamente en la puerta de Regulus.

-¿Qué? Ese era el hermano de Sirius, ¿verdad? Regulus Arcturus… Regulus… ¡R.A.B! El relicario… ¿Suponen que…?

-Averigüémoslo, -dijo Harry. Empujo la puerta; estaba cerrada. Hermione apuntó el picaporte con la varita y dijo, -*Alohomora*. Se oyó un clic, y la puerta se abrió.

Avanzaron juntos por el umbral, mirando alrededor. El dormitorio de Regulus era ligeramente más pequeño que el de Sirius, aunque producía la misma sensación de antigua grandeza. Mientras Sirius había intentado exponer sus diferencias con el resto de la familia,

Regulus se había esforzado por enfatizar lo opuesto. Los colores de Slytherin, verde esmeralda y plateado, estaban por todas partes, adornando la cama, las paredes y las ventanas. El blasón de la familia Black estaba cuidadosamente pintado sobre la cama, junto con su lema, TOUJOURS PUR. Debajo había una colección de amarillentos recortes de periódico, pegados todos juntos hasta formar un irregular colage. Hermione cruzó la habitación para examinarlos.

-Son todos sobre Voldemort, -dijo-. Parece que Regulus ya lw admiraba años antes de unirse a los mortífagos.

Una nube de polvo se alzó cuando se sentó sobre el cubrecama para leer los recortes. Mientras tanto, Harry se fijó en otra fotografía: un equipo de Quiditch de Hogwarts que sonreía y saludaba desde el marco. Se acercó y pudo apreciar las serpientes en los blasones de sus pechos: Slytherins. Reconoció inmediatamente a Regulus como el muchacho sentado en el centro de la primera fila: Tenía el mismo cabello oscuro y se le veía ligeramente altanero como su hermano, aunque era más pequeño, más delgado, y bastante menos apuesto de lo que Sirius había sido.

-Jugaba de Buscador, -dijo Harry.

-¿Qué? –dijo Hermione vagamente; todavía estaba inmersa en el montón de recortes acerca de Voldemort.

-Está sentado en el centro de la fila delantera, es el lugar reservado para el Buscador… No importa, -dijo Harry, dándose cuenta que nadie le estaba escuchando.

Ron estaba sobre manos y rodillas, buscando debajo del armario. Harry miró alrededor de la habitación buscando posibles lugares que pudieran servir de escondrijos y se aproximó al escritorio. Una vez más, alguien había registrado este lugar antes que ellos. El contenido de los cajones había sido revuelto recientemente, el polvo había sido removido, pero no había nada de valor allí: viejas plumas, textos caducos que evidenciaban haber sido toscamente manoseados, un frasco de tinta recientemente roto, el pegajoso remanente cubría el contenido del cajón.

-Hay una forma más fácil, -dijo Hermione, mientras Harry se limpiaba los dedos sucios de tinta en los pantalones. Levantó la varita y dijo-, ¡*Accio*, relicario!

Nada ocurrió. Ron, que había estado examinando los pliegues de las desvaídas cortinas, pareció decepcionado.

-¿Entonces, eso es todo? ¿No está aquí?

-Oh, aún podría estar aquí, pero bajo encantamientos protectores, -dijo Hermione-. Encantamientos para prevenir que sea convocado mágicamente, tú sabes.

-Como el que Voldemort puso sobre el pedestal de piedra en la cueva, -dijo Harry, recordando como había sido incapaz de convocar el falso relicario.

-¿Entonces, cómo se supone que lo encontraremos? -preguntó Ron.

-Buscando manualmente, -dijo Hermione.

-Buena idea, -dijo Ron, poniendo los ojos en blanco, y reanudando su búsqueda en las cortinas.

Durante más de una hora, peinaron cada pulgada de la habitación, pero al final, se vieron forzados a concluir que el relicario no estaba allí.

El sol había ascendido ya; su luz los deslumbraba aún a través de los sucios ventanales.

-Aunque podría estar en otra parte de la casa, -dijo Hermione con un tono animado mientras bajaban las escaleras. Mientras a Harry y Ron se les veían más bien desalentados, parecía que ella se había vuelto mas resuelta-. Tanto si se las ingenió para destruirlo como si no, querría mantenerlo oculto de Voldemort, ¿no es así? ¿Recuerdan todas esas cosas espantosas de las que tuvimos que librarnos cuando estuvimos aquí la última vez? Ese reloj que lanzaba rayos a todo el mundo y esas viejas túnicas que trataron de estrangular a Ron; Regulus podría haberlos puesto allí para proteger el escondrijo del relicario, aunque no nos dimos cuenta en ese… ese…

Harry y Ron la miraron. Estaba parada con un pie en el aire, con la mirada perdida de alguien a quien le hubieran hecho un Encantamiento Desmemorizador, hasta sus ojos estaban desenfocados.

-…en ese momento, -terminó la frase con un susurro.

-¿Te pasa algo? –preguntó Ron

-Había un relicario.

-¿Qué? –dijeron Harry y Ron juntos.

-En el armario del salón de dibujo. Nadie pudo abrirlo. Y nosotros… nosotros…

Harry sintió como si se le hubiera deslizado un ladrillo a través del pecho hacia el estómago. Lo recordaba. Hasta había manipulado la cosa mientras se la pasaban unos a otros, cada cual en su turno intentando espiar en su interior. Lo habían tirado a un saco de basura, junto con la caja de rapé de polvo Wartcap y la caja de música que había hecho que todo el mundo se sintiera somnoliento…

-Kreacher nos robó muchas cosas, -dijo Harry. Era su única oportunidad, la única pequeña esperanza que les quedaba, e iba a aferrarse a ella hasta que se viera obligado a desecharla-. Tenía un escondite lleno de cosas en la alacena de la cocina. Vamos.

Bajó las escaleras corriendo saltando los peldaños de dos en dos, los otros dos yendo como relámpagos a su estela. Hicieron tanto ruido que cuando pasaron por el vestíbulo despertaron al retrato de la madre de Sirius.

-¡Asquerosos! ¡Sangresucia! ¡Canallas! –gritó trss ellos mientras se lanzaban hacia el sótano de la cocina y cerraban la puerta de golpe a sus espaldas. Harry corrió toda la longitud de la habitación, patinó hasta detenerse frente a la puerta de la alacena de Kreacher, y la abrió de un tirón. Encontró el nido de sucias mantas viejas en las que el elfo domestico había

dormido una vez, pero ya no brillaban con las baratijas que Kreacher había recobrado. Lo único que había allí era una vieja copia de *La Naturaleza de la Nobleza: Genealogía Mágica*. Negándose a creer lo que veían sus ojos, Harry tomó bruscamente las mantas y las sacudió. Un ratón muerto cayó y rodó lúgubremente por el suelo. Ron gimió y se subió sobre una silla de cocina; Hermione cerró los ojos.

-Esto todavía no ha acabado, -dijo Harry, levantó la voz y llamó-, ¡*Kreacher*!

Se oyó un audible *crack* y el elfo doméstico que Harry tan reluctantemente había heredado de Sirius apareció de la nada delante del frío y vacío hogar. Diminuto, de la mitad del tamaño de un humano, con la pálida piel colgando de él en pliegues, el cabello blanco brotando copiosamente de sus orejas parecidas a las de un murciélago. Todavía llevaba puesto el inmundo harapo con el que lo habían conocido la primera vez, y la mirada despectiva que le dedicó a Harry demostraba que su actitud ante el cambio de dueño no se había alterado más que su vestimenta.

-Amo, -graznó Kreacher con su voz de sapo, e hizo una profunda reverencia; murmurando contra sus rodillas-, Otra vez en la antigua casa de mi ama con el traidor a la sangre Weasley y la sangresucia…

-Te prohíbo que llames a nadie “traidor a la sangre” o “Sangresucia”, -gruñó Harry. Habría encontrado a Kreacher, con su nariz en forma de hocico y sus ojos inyectados en sangre, un objeto particularmente

indeseable aunque el elfo no hubiera traicionado a Sirius ante Voldemort.

-Tengo una pregunta para ti, -dijo Harry, con el corazón latiéndole considerablemente rápido mientras miraba al elfo-, y te ordeno que la respondas con veracidad. ¿Entendido?

-Si, Amo, -dijo Kreacher haciendo otra reverencia. Harry vio que sus labios se movían silenciosamente, indudablemente articulando los insultos que ahora tenía prohibido pronunciar.

-Hace dos años, -dijo Harry, su corazón ahora golpeaba contra sus costillas-, en el salón de dibujo del piso de arriba había un gran relicario de oro. Lo tiramos. ¿Tú lo recuperaste?

Hubo un momento de silencio, durante el cual Kreacher se enderezó para mirar a Harry directo a la cara. Luego dijo, -Si.

-¿Dónde se encuentra en este momento? –preguntó Harry alborozado mientras Ron y Hermione se mostraban alegres.

Kreacher cerró los ojos como si no soportara ver su reacción ante sus siguientes palabras.

-Ido.

-¿Ido? –Hizo eco Harry, el júbilo lo abandonó flotando lejos de él-, ¿Que quieres decir con ido?

El elfo se estremeció. Flaqueó.

-Kreacher, -dijo Harry ferozmente-, Te ordeno…

-Mundungus Fletcher, -graznó el elfo, con los ojos aún fuertemente cerrados-. Mundungus Fletcher lo robó todo; los retratos de la Señorita Bella y la Señorita Cissy, los guantes de mi ama, la Orden de Merlín de Primera Clase, las copas con el escudo familiar, y… y…

Kreacher estaba tragando para conseguir un poco de aire: su hundido pecho subía y bajaba rápidamente, luego sus ojos se abrieron de golpe y profirió un horripilante grito.

-*… y el relicario, el relicario del amo Regulus. ¡Kreacher hizo mal, Kreacher falló en su encargo*!

Harry reaccionó instintivamente: cuando Kreacher se abalanzó sobre el atizador que estaba sobre la rejilla, se lanzó sobre el elfo, aplastándolo. El grito de Hermione se mezcló con el de Kreacher pero el rugido de Harry fue más fuerte que el grito de ambos:

-¡Kreacher, te ordeno que te estés quieto!

Sintió que el elfo se quedaba congelado y lo soltó. Kreacher yacía laxo en el frío piso de piedra, con lágrimas brotando de sus ojos hundidos.

-¡Harry, deja que se levante! –susurró Hermione.

-¿Para que pueda golpearse con el atizador? –bufó Harry, arrodillándose junto al elfo-. No creo. Bien.

Kreacher, quiero la verdad: ¿Como sabes que Mundungus Fletcher robó el relicario?

-¡Kreacher lo vio! –dijo entrecortadamente el elfo mientras las lágrimas corrían sobre el hocico y se le metían en la boca llena de dientes grisáceos-. Kreacher lo vio salir de la alacena de Kreacher con las manos llenas de los tesoros de Kreacher. Kreacher le dijo al furtivo ladrón que se detuviera, pero Mundungus Fletcher se rió y huyó…

-¿Dijiste que el relicario era del "Amo Regulus"?, -dijo Harry-. ¿Por qué? ¿De donde provenía? ¿Que tenía Regulus que ver con él? ¡Kreacher, enderézate y cuéntame todo lo que sepas del relicario, y qué tenía que ver Regulus con él!

El elfo se sentó derecho, se enroscó formando una pelota, colocó la cara mojada entre las rodillas, y empezó a mecerse hacia atrás y hacia delante. Cuando habló, la voz sonó atenuada pero bastante definida en el silencio, haciendo eco a través de la cocina.

-El Amo Sirius huyó, fue bueno librarnos de él, ya que era un mal muchacho y le rompió el corazón a mi Ama con sus modales desenfrenados. Pero el Amo Regulus tenía la disposición apropiada; conocía las obligaciones que implicaba el apellido Black y la dignidad de su sangre pura. Durante años habló del Señor Oscuro, que sacaría a los magos de su retiro para gobernar a los muggles y a los nacidos muggles… y cuando tuvo dieciséis años, el Amo Regulus se unió al Señor Oscuro. Cuan orgulloso, cuan orgulloso, tan feliz de servirlo…

-Y un día, tras un año de haberse unido, el Amo Regulus vino a la cocina a ver a Kreacher. Al Amo Regulus siempre le gustó Kreacher. Y el Amo Regulus dijo… él dijo…

El viejo elfo se meció más rápido que antes.

-…dijo que el Señor Oscuro requería un elfo.

-¿Voldemort necesitaba un *elfo*? –repitió Harry, mirando a Ron y Hermione, que parecían tan confundidos como él.

-Oh si, -gimió Kreacher-. Y el Amo Regulus había ofrecido voluntariamente a Kreacher. Era un honor, dijo el Amo Regulus, un honor para él y para Kreacher, que debía asegurarse de hacer cualquier cosa que el Señor Oscuro le ordenase… y luego volver a casa.

Kreacher se meció aún más rápidamente, respirando en sollozos.

-Así que Kreacher con el Señor Oscuro. El Señor Oscuro no le dijo a Kreacher lo que iban a hacer, pero llevó a Kreacher con él a una cueva cerca del mar. Y adentrándose en la cueva había una caverna, y en la caverna había un gran lago negro…

A Harry se le erizaron los pelos de la nuca. Los graznidos de Kreacher parecían llegarle como atravesando el agua oscura. Vio lo que había pasado tan claramente como si hubiera estado allí presente.

-… Había un bote…

Por supuesto que había habido un bote; Harry conocía el bote, de un verde fantasmal y pequeñito, embrujado para llevar a un brujo y a una victima hasta la isla que había en el centro. Entonces, así había sido como Voldemort había puesto a prueba las defensas que rodeaban el Horrocrux, tomando prestada a una criatura prescindible, un elfo doméstico…

-En la isla, había un p-pedestal con una vasija llena de poción. El S-Señor Oscuro hizo que Kreacher la bebiera…

El elfo se estremeció de la cabeza a los pies.

-Kreacher bebió, y mientras bebía, vio algo terrible… El interior de Kreacher ardía… Kreacher gritó para que el Amo Regulus lo salvara, gritó llamando a la Señora Black, pero el Señor Oscuro solo rió… hizo que Kreacher bebiera toda la poción… dejo caer un relicario dentro de la vasija vacía sobre el pedestal… y lo llenó con más poción.

-Y luego el Señor Oscuro se alejó en el bote, dejando a Kreacher en la isla…

Harry podía ver como sucedía. Observó la cara blanca de serpiente de Voldemort desvaneciéndose en la oscuridad, los ojos rojos despiadadamente fijos en el derrotado elfo cuya muerte se produciría en pocos minutos, cuando sucumbiera a la desesperante sed que el ardiente veneno provocaba en sus víctimas… Pero, la imaginación de Harry no llegaba a tanto, por lo que no pudo ver como había escapado Kreacher.

-Kreacher necesitaba agua, se arrastró hasta el borde de la isla y bebió del lago negro… y manos, manos muertas, salieron del agua y arrastraron a Kreacher debajo de la superficie…

-¿Cómo escapaste? –preguntó Harry, y no se sorprendió al notar que había hablado en susurros.

Kreacher levantó la fea cabeza y miró a Harry con sus grandes ojos, inyectados en sangre.

-El Amo Regulus le dijo a Kreacher que regresara, -dijo.

-Lo sé… ¿Pero como escapaste de los Inferi?

Kreacher no pareció entenderlo.

-El Amo Regulus le dijo a Kreacher que regresara, -repitió.

-Lo sé, pero…

-Bueno, es obvio, ¿no Harry? –dijo Ron-. ¡Desapareció!

-Pero… no podías Aparecerte dentro y fuera de esa cueva, -dijo Harry-, De otra forma Dumbledore…

-La magia de los elfos no es igual que la magia de los brujos, ¿verdad? –dijo Ron-, Quiero decir, ellos pueden Aparecer y Desaparecer dentro y fuera de Hogwarts cuando nosotros no podemos hacerlo.

Hubo un silencio mientras Harry digería eso. ¿Como podía Voldemort haber cometido un error semejante? Pero incluso mientras lo pensaba, Hermione habló, y su voz era helada.

-Por supuesto, que Voldemort consideraría las aptitudes de los elfos domésticos demasiado inferiores como para tenerlas en cuenta... Nunca se le hubiera ocurrido pensar que podrían contar con una magia que él no poseía.

-La ley principal entre los elfos domésticos es el vínculo con el Amo, -entonó Kreacher-. A Kreacher se le dijo que regresara a casa, así que Kreacher regresó a casa…

-Bueno, entonces, hiciste lo que se te había ordenado, ¿verdad? –dijo Hermione gentilmente-. No desobedeciste las órdenes en ningún momento.

Kreacher sacudió la cabeza, meciéndose mas rápido que nunca.

-¿Entonces que pasó cuando regresaste? –Preguntó Harry-. ¿Qué dijo Regulus cuando le contaste lo que había pasado?

-El Amo Regulus estaba muy preocupado, muy preocupado, -graznó Kreacher-. El Amo Regulus le dijo a Kreacher que permaneciera escondido y que no saliera de la casa. Y luego... fue un tiempo después... el Amo Regulus vino a buscar a Kreacher a su alacena una noche, y el Amo Regulus estaba raro, no parecía el de siempre, perturbado en la mente, Kreacher se dio

cuenta… y le pidió a Kreacher que lo llevara a la cueva, la cueva a la que Kreacher había ido con el Señor Oscuro…

Y así partieron. Harry podía visualizarlos bastante claramente, el asustado viejo elfo y el delgado y moreno Buscador que tanto se había parecido a Sirius… Kreacher sabía como abrir la entrada oculta que llevaba a la caverna subterránea, sabía como alzar el pequeño bote: esta vez era su amado Regulus el que navegaba con él hacia la isla donde estaba la vasija con veneno.

-¿Y te hizo beber el veneno? –dijo Harry, asqueado.

Pero Kreacher sacudió la cabeza y lloró. Hermione se llevó las manos a la boca; Parecía haber entendido algo.

-El A-Amo Regulus sacó del bolsillo un relicario igual al que tenía el Señor Oscuro, -dijo Kreacher, con las lágrimas corriendo a cada lado de su nariz en forma de hocico-. Y le dijo a Kreacher que lo tomara, y que cambiara los relicarios cuando la vasija estuviera vacía…

En ese momento los sollozos de Kreacher se volvieron sonidos estridentes; Harry tuvo que esforzarse firmemente para poder entenderlo.

-Y le ordenó… a Kreacher que se fuera… sin él. Y le dijo a Kreacher… que se fuera a casa… y que nunca le dijera al Ama… lo que había hecho… pero que destruyera… el primer relicario. Y bebió… toda la poción… y Kreacher cambió los relicarios… y observó…

como al Amo Regulus… lo arrastraban debajo del agua… y…

-¡Oh, Kreacher! –se lamentó Hermione, que estaba llorando. Cayó de rodillas junto al elfo y trató de abrazarlo. En un instante el elfo estaba de pie, arrastrándose lejos de ella, obviamente asqueado.

-La sangresucia tocó a Kreacher, el no lo permitirá, ¿Qué va a decir su ama?

-¡Te dije que no la llamaras "Sangresucia"! –le regañó Harry, pero el elfo ya estaba castigándose a sí mismo. Cayó de bruces y empezó a golpearse la frente contra el suelo.

-¡Detenlo… detenlo! –gritó Hermione-. ¿Oh, no puedes ver lo enfermizo de la situación, la forma en que se ven obligados a obedecer?

-¡Kreacher… detente, detente! –gritó Harry.

El elfo se quedó tendido en el piso, jadeando y temblando, con el hocico brillando con un moco verde, un morado floreciendo en su pálida frente donde se había golpeado a si mismo y los ojos hinchados e inyectados en sangre bañados en lágrimas. Harry nunca había visto nada tan lamentable.

-Así que trajiste el relicario a casa, -dijo implacablemente, ya que estaba determinado a saber la historia completa-. ¿Y trataste de destruirlo?

-Nada de lo que Kreacher intentó hizo mella en él, -gimió el elfo-. Kreacher lo intentó todo, todo lo que sabía, pero nada, nada funcionaba… Conjuro muchos poderosos hechizos sobre la cubierta, Kreacher estaba seguro que la forma de destruirlo era metiéndose dentro de él, pero no se abría… Kreacher se castigaba a sí mismo, y lo intentaba de nuevo, se castigaba a sí mismo y lo intentaba de nuevo. Kreacher fracasó al obedecer las órdenes, ¡Kreacher no pudo destruir el relicario! Y su ama estaba loca de pena, porque el Amo Regulus había desaparecido y Kreacher no podía decirle lo que había pasado, no, porque el Amo Regulus le había p-p-prohibido decirle a nadie de la familia lo que había ocurrido en la cueva…

Kreacher empezó a sollozar tan fuerte que no hubo más palabras coherentes. Las lágrimas fluían por las mejillas de Hermione mientras miraba a Kreacher, pero no se atrevió a tocarlo otra vez. Hasta Ron, que no era un admirador de Kreacher, parecía contrariado. Harry se sentó sobre los talones y sacudió la cabeza, tratando de aclararla.

-No te entiendo, Kreacher, -dijo finalmente-. Voldemort trató de matarte, Regulus murió intentando hacer caer a Voldemort, ¿pero aún así traicionaste alegremente a Sirius ante Voldemort? Te alegraste de ir con Narcissa y Bellatrix, para pasar información a Voldemort a través de ellas…

-Harry, Kreacher no lo ve de esa forma, -dijo Hermione, limpiándose los ojos con el dorso de la mano-. Es un esclavo; los elfos domésticos están acostumbrados a recibir malos tratos, incluso a la

brutalidad. Lo que Voldemort le hizo a Kreacher, para él, no fue muy diferente a como lo trataban normalmente. ¿Qué pueden significar las guerras de los magos para un elfo como Kreacher? Es leal a la gente que es bondadosa con él, y la Señora Black debe haberlo sido, y Regulus ciertamente lo era, así que les servía con gusto y repite sus creencias como un loro. Sé lo que vas a decir, -continuó cuando Harry comenzó a protestar-, que Regulus cambió de parecer… pero al parecer que no se lo explicó a Kreacher, ¿verdad? Y creo que sé por que. Si defendían la antigua tradición de la sangre pura tanto Kreacher como la familia de Regulus estarían a salvo. Regulus estaba tratando de protegerlos a todos.

-Sirius…

-Sirius era horrible con Kreacher, Harry, y no hay forma de encontrarle el lado bueno a eso, sabes que es verdad. Kreacher llevaba solo mucho tiempo cuando Sirius vino a vivir aquí, y probablemente estuviera hambriento de un poco de cariño. Estoy segura que "la Señorita Cissy" y "la Señorita Bella" fueron perfectamente amorosas con Kreacher cuando se lo pidieron, así que les hizo un favor y les dijo todo lo que querían saber. Siempre dije que los magos pagarían por la forma en que trataban a los elfos domésticos. Bueno, Voldemort, lo hizo… y también Sirius.

Harry no tenía respuesta para eso. Mientras miraba a Kreacher sollozando en el piso, recordó lo que Dumbledore le había dicho, solo unas pocas horas después de la muerte de Sirius: *No creo que Sirius haya*

contemplado nunca a Kreacher como un ser con sentimientos tan agudos como los de un humano…

-Kreacher, -dijo Harry después de un momento-, Cuando te sientas mejor, er… por favor siéntate.

Pasaron varios minutos antes de que Kreacher hipara hasta quedarse en silencio. Luego se alzó a sí mismo hasta estar sentado nuevamente, frotándose los ojos con los nudillos como un niño pequeño.

-Kreacher, voy a pedirte que hagas algo, -dijo Harry. Miró a Hermione pidiéndole ayuda. Quería darle la orden amablemente, pero al mismo tiempo, no podía hacer que pareciera como si no fuera una orden. De todos modos, el cambio en su tono pareció haber ganado su aprobación: sonrió alentadoramente.

-Kreacher, quiero, que por favor, vayas a buscar a Mundungus Fletcher. Tenemos que averiguar donde está el relicario… donde está el relicario del Amo Regulus. Es muy importante. Queremos terminar el trabajo que el Amo Regulus comenzó, queremos… er… asegurarnos de que no murió en vano.

Kreacher bajó los puños y levantó la mirada hacia Harry.

-¿Encontrar a Mundungus Fletcher? –graznó.

-Y traerlo aquí, a Grimmauld Place, -dijo Harry-. ¿Crees que podrías hacer eso por nosotros?

Cuando Kreacher asintió y se puso de pie, Harry tuvo una súbita inspiración. Sacó la bolsa de Hagrid y tomó el falso Horrocrux, el relicario sustituto en el que Regulus había depositado la nota para Voldemort.

-Kreacher, yo, er, quisiera que tuvieras esto, -dijo, presionando el relicario contra la mano del elfo-. Perteneció a Regulus y estoy seguro que él querría que tu lo tuvieras como una muestra de gratitud por lo que…

-Estás exagerando, compañero, -dijo Ron mientras el elfo le echaba un vistazo al relicario, dejaba escapar un alarido de conmoción y desdicha, y se volvía a tirar al suelo.

Les llevó casi media hora calmar a Kreacher, que estaba tan abrumado ante el ofrecimiento de que conservara una reliquia de la familia Black, que se le pusieron las rodillas tan flojas que no podía mantenerse en pie correctamente. Cuando finalmente fue capaz de dar unos pocos pasos tambaleantes todos le acompañaron a la alacena, le vieron dejar a salvo el relicario entre las sucias mantas, y le aseguraron que la primera prioridad para ellos sería la protección del relicario mientras él estuviera ausente. Luego hizo dos grandes reverencias en dirección a Harry y a Ron, y hasta le dedicó a Hermione una pequeña y graciosa sacudida que podría haberse interpretado como un intento de saludo respetuoso, antes de Desaparecerse con el acostumbrado y ruidoso *crack*.

Capítulo Once



El trato

Si Kreacher había podido escapar de un lago lleno de inferis, Harry confiaba en que la captura de Mundungus le llevaría unas pocas horas como mucho, y rondó por la casa toda la mañana en un estado de máxima expectación. Sin embargo, Kreacher no volvió esa mañana o siquiera esa noche. A la puesta de sol, Harry se sentía desaminado y ansioso, y la cena compuesta mayormente por pan mohoso, sobre el que Hermione había intentando una variedad de Trasfiguraciones sin éxito, no ayudaron en nada.

Kreacher no volvió al día siguiente, ni el día después de ese. Sin embargo, dos hombres encapuchados habían aparecido en la plaza fuera del número doce, y se

quedaron allí en la noche, mirando fijamente en dirección a la casa que no podían ver.

-Mortifagos, seguro, -dijo Ron, mientras él, Harry y Hermione miraban por la ventana del salón de dibujo-. ¿Seguro que no saben que estamos aquí?

-No creo -dijo Hermione, aunque parecía asustada-. o habrían enviado a Snape a por nosotros, ¿verdad?

-¿Creéis que ha estado aquí y tiene la lengua atada por la maldición de Moody? -preguntó Ron.

-Si, -dijo Hermione- de otro modo habría podido decirles como entrar aquí, ¿verdad? Pero probablemente estén vigilando para ver si aparecemos. Sabían que Harry es el dueño de esta casa, después de todo.

-¿Cómo lo... ? -empezó Harry.

-Los testamentos de magos son examinados por el Ministerio, ¿recuerdas? Saben que Sirius te dejó este lugar.

La presencia de los mortifagos fuera incrementó el humor amenazador dentro del número doce. No habían tenido noticias de nadie que estuviera más allá de Grimmauld Place desde el patronus del Señor Weasley, y la tensión empezaba a pasar factura. Inquieto e irritable, Ron había desarrollado el molesto hábito de jugar con el Desiluminador en sus bolsillos. Esto enfurecía particularmente a Hermione, que había abandonado la espera por Kreacher para estudiar *Los*

Cuentos de Beedle el Bardo y no apreciaba la forma en que las luces seguían encendiéndose y apagándose.

-¡Quieres parar! -gritó la tercera noche de ausencia de Kreacher, cuando todas las luces se apagaron de nuevo en el salón de dibujo.

-¡Lo siento, lo siento! -dijo Ron, accionando el Desiluminador y restaurando las luces-. ¡No sé qué estoy haciendo!

-¿Bueno, puedo sugerirte que encuentres algo útil en que ocuparte?

-¿Algo como leer cuentos para niños?

-Dumbledore me dejó este libro, Ron...

-... y a mí me dejó el Desiluminador, ¡quizás se supone que tenga que usarlo!

Incapaz de soportar la pelea, Harry salió de la habitación sin que lo notara ninguno de los dos. Se dirigió escaleras abajo hacia la cocina, la cual seguía visitando porque estaba seguro de que era allí donde era probablemente aparecería Kreacher. A medio camino, sin embargo, oyó un golpe en la puerta delantera, después chasquidos metálicos y el rechinar de la cadena.

Todos los nervios de su cuerpo parecieron tensarse. Sacó su varita, adentrándose en las sombras junto a las cabezas de elfos decapitados, y esperó. La puerta se abrió. Vio un destello de luz de las farolas de la plaza

de abajo, y una figura encapuchada se adentró en el vestíbulo y cerró la puerta tras ella. El intruso dio un paso hacia adelante y la voz de Moody pregunto. "¿Severus Snape?". Entonces la figura de polvo alcanzó el final del vestíbulo y se lanzó sobre él, alzando su mano muerta.

-No fui yo quien te mató, Albus, -dijo una voz tranquila.

La maldición se rompió. La figura explotó de nuevo, y fue imposible divisar al recién llegado a través de la densa nube gris que esta dejó atrás.

Harry apuntó su varita en medio de ella.

-¡No te muevas!

Había olvidado el retrato de la Señora Black. Al oir su grito, las cortinas que la ocultaban se abrieron y ella empezó a gritar "Sangresucia y basura deshonrando mi casa…".

Ron y Hermione se lanzaron escaleras abajo tras Harry, apuntando con las varitas, como él con la suya, al hombre desconocido que ahora estaba de pie con los brazos alzados en el vestíbulo de abajo.

-¡Alto el fuego, soy Remus!

-Oh, gracias a Dios, -dijo Hermione débilmente, apuntando con su varita al retrato de la Señora Black; con una detonación, las cortinas se cerraron de nuevo y

se hizo el silencio. Ron también bajó su varita, pero Harry no.

-¡Muéstrate! -gritó.

Lupin se adelantó hasta la luz de la lampara, con las manos todavía alzadras en un gesto de rendición.

-Soy Remus John Lupin, hombrelobo, algunas veces conocido como Lunático, uno de los cuatro creadores del Mapa del Merodeador, casado con Nymphadora, normalmente llamada Tonks, y te enseñé como producir un Patronus, Harry, que tiene forma de ciervo.

-Oh, está bien, -dijo Harry, bajando la varita-, pero tenía que comprobarlo, ¿verdad?

-Hablando como tu exprofesor de Defensa Contra las Artes Oscura, tengo que estar de acuerdo con que tenías que comprobarlo. Ron, Hermione, no deberíais ser tan rápidos bajando vuestras defensas.

Corrieron escaleras abajo hacia él. Envuelto en su gruesa capa negra de viaje, parecía exhausto, pero se alegraron de verle.

-¿No hay rastro de Severus entonces? -preguntó.

-No, -dijo Harry-. ¿Qué está pasando? ¿Todo el mundo está bien?

-Si -dijo Lupin-, pero todos estamos siendo vigilados. Hay un par de motifagos fuera en la plaza.

-Lo sabemos…

-Tuve que Aparecerme exactamente en el escalón superior de la entrada para asegurarme de que no me vieran. No deben saber que estás aquí, o estoy seguro de que tendrían más gente fuera, han estado escarbando por todas partes buscando cualquier conexión contigo, Harry. Vamos abajo, tengo mucho que contaros, y quiero saber qué ocurrió después de que abandonárais la Madriguera.

Descendieron a la cocina, donde Hermione señaló con su varita a la chimenea. Un fuego surgió instantáneamente. Eso proporcionó una ilusión de comodidad sobre las sombrías paredes de piedra y brillo a la larga mesa de madera. Lupin sacó unas pocas cervezas de mantequilla de debajo de su capa de viaje y se sentaron.

-Estuve aquí hace tres días pero tenía que librarme de los mortifagos que me iban a la zaga, -dijo Lupin- ¿Entonces vinísteis directamente aquí después de la boda?

-No, -dijo Harry-. Solo depués de que toparamos con un par de mortifagos en un café de Tottenham Court Road.

Lupin se derramó casi toda su cerveza en la pechera.

-¿Qué?

Explicaron lo que había ocurrido, cuando hubieron terminado Lupin parecía consternado

-¿Pero como os encontraron tan rápidamente? Es imposible seguir a alguien que Desaparece, a menos que los agarres mientras desaparecen.

-Y no parece muy problable que estén sencillamente patrullando Tottenham Court Road todo el tiempo, ¿verdad? -dijo Harry.

-No preguntábamos -dijo Hermione tentativamente-, si Harry no podría estar todavía bajo el control del Rastro.

-Imposible, -dijo Lupin. Ron se mostró arrogante y Harry se sintió enormemente aliviado-. Dejando cualquier otra cosa aparte, estarían seguros de que Harry está aquí si todavía pudieran Rastrearle, ¿verdad? Pero no se me ocurre como pudieron seguiros a Tottenham Court Road, eso me preocupa, me preocupa realmente.

Pareció perturbado, pero por mucho que a Harry le preocupara eso, la cuestión podía esperar.

-Cuéntanos que ocurrió después de que nos marcháramos, no hemos tenido noticias desde que el padre de Ron nos dijo que la familia estaba a salvo.

-Bueno, Kingsley nos salvó, -dijo Lupin-. Gracias a su advertencia la mayoría de los invitados a la boda pudieron Desaparecer antes de que llegaran.

-¿Eran mortifagos o gente del Ministerio? -intervino Hermione.

-Una mezcla de ambos pero las intenciones y propósitos de todos ellos son los mismos ahora -dijo Lupin-. Había una docena, pero no sabían que tú estabas allí, Harry. Arthur oyó el rumor de que habían intentado sacarle tu paradero a Scrimgeour mediante la tortura antes de matarle; si es cierto, no cedió.

Harry miró a Ron y Hermione, sus expresiones reflejaban la misma mezcla de sorpresa y gratitud que sentía él. Nunca le había gustado mucho Scrimgeour, pero si lo que decía Lupin era verdad, al final el hombre había intentado proteger a Harry.

-Los mortifagos registraron la Madriguera de arriba a abajo -siguió Lupin-. Encontraron al fantasma, pero no quisieron acercarse demasiado y después interrogaron a aquellos de nosotros que quedamos durante horas. Intentaban conseguir información sobre ti, Harry, pero por supuesto nadie aparte de la Orden sabía que habías estado allí.

-En el mismo momento en que irrumpían en la boda, forzaban la entrada en cada casa del pais relacionada con la Orden. Ningún muerto, -añadió rápidamente, anticipándose a la pregunta- Pero fueron duros. Quemaron la casa de Dedalus Diggle, pero como sabéis él no estaba allí, y utilizaron la Maldición Cruciatus con la familia de Tonks. De nuevo, intentando averiguar adonde habías ido después de visitarles. Están bien… sacudidos, obviamente, pero aparte de eso bien.

-¿Los mortifagos consiguieron entrar en todas las casas protegidas con encantamientos? -preguntó Harry recordando lo efectivos que estos habían sido la noche

en que se había estrellado en el jardín de los padres de Tonks.

-Lo que tienes que comprender, Harry, es que los mortifagos cuentan ahora con todo el poder del Ministerio de su lado, -dijo Lupin-. Tienen el poder para realizar hechizos brutales sin miedo a ser identificados o al arrestro. Se las arreglaron para penetrar cualquier hechizo defensivo que lanzamos contra ellos, y una vez dentro, eran libres de hacer lo que quisieran.

-¿Y no se molestaron en inventar ninguna excusa para torturar a la gente por averiguar el paradero de Harry?

-Bueno, -dijo Lupin. Dudó, después sacó una copia doblada de El Profeta.

-Aquí tienes, -dijo, empujándola a través de la mesa hacia Harry-. Lo ibas a averiguar tarde o temprano. Este es su pretexto para perseguirte.

Harry desplegó el periódico. Una enorme fotografía de su propia cara llenaba la página frontal. El titular decía así:

BUSCADO PARA SER INTERROGADO SOBRE

LA MUERTE DE ALBUS DUMBLEDORE

Ron y Hermione rugieron indignados, pero Harry no dijo nada. Empujó lejos el periódico; no quería leer nada más. Sabía lo que diría. Nadie más que aquellos que habían estado en lo alto de la torre cuando Dumbledore había muerto sabíaN quien le había matado realmente,

como Rita Skeeter ya había dicho al mundo mágico, Harry había sido visto alejándose corriendo del lugar de los hechos momentos después de que Dumbledore hubiera caído.

-Lo siento, Harry, -dijo Lupin.

-¿Así que los mortifagos han tomado El Profeta también? -preguntó Hermione furiosamente.

Lupin asintió.

-Pero seguramente la gente comprende lo que está pasando, ¿no?

-La estratagema ha sido limpia y virtualmente silenciosa, -dijo Lupin-. La versión oficial del asesinato de Scrimgeour es que dimitió, ha sido reemplazado por Pius Thicknesse, que está bajo la Maldición Imperius.

-¿Por qué Voldemort no se declara a sí mismo Ministro de Magia? -preguntó Ron.

Lupin rio.

-No lo necesita, Ron. En la práctica es el Ministro, ¿pero por qué debería sentarse tras un escritorio en el Ministerio? Su marioneta, Thicknesse, se ocupa de los asuntos cotidianos, dejando a Voldemort libre para extender su poder más allá del Ministerio.

-Naturalmente la gente ha adivinado lo que ha ocurrido. Ha habido un cambio muy dramático en la política del Ministerio en los últimos días, y muchos

susurran que Voldemort debe estar detrás. Sin embargo, esa es la cuestión. Susurran. No se atreven a confiar los unos en los otros, sin saber en quien confiar, temen hablar, por si acaso sus sospechas son ciertas y sus familias se convierten en objetivos. Si, Voldemort está jugando a un juego muy astuto. Desvelarse a sí mismo podría haber provocado una rebelión abierta. Permaneciendo enmascarado esparce confusión, inseguridad y miedo.

-¿Y este cambio dramático en la política del Ministerio -dijo Harry-, incluye advertir al mundo mágico contra mí en vez de contra Voldemort?

-Indudablemente es parte de ello -dijo Lupin-. y es un golpe maestro. Ahora que Dumbledore está muerto, tu... El Chico que Vivió... eres claramente el símbolo y punto de apoyo de cualquier resistencia contra Voldemort. Pero sugiriendo que fue tu mano la que acabó con el viejo héroe, Voldemort no solo puede poner precio a tu cabeza, sino que siembra duda y miedo en cualquiera de los que te habrían defendido.

-Entretanto, el Ministerio ha empezado a moverse contra los nacidos muggles. -Lupin señaló a El Profeta-. Mirad la página dos.

Hermione pasó las páginas con misma expresión de disgusto que habia mostrado mientras sujetaba Secretos de las Artes Mas Oscuras.

-Registro de nacidos muggles, -leyó en voz alta-. El Ministerio de Magia emprende una investigación sobre

los así llamados "nacidos muggles" para comprender mejor como llegan a poseer secretos mágicos.

-Investigaciones recientes llevadas a cabo por el Departamento de Misterios revelan que la magia solo puede pasar de una persona a otra cuando tienen hijos. Cuando no hay ninguna prueba de que existan antepasados magos, por consiguiente, los así llamados nacidos muggles probablemente hayan obtenido poder mágico robándolo o arrebatándolo a la fuerza.

-El Ministerio está decidido a castigar a tales usurpadores de poder mágico, y es con este fin que invita a los así llamados nacidos muggles a presentarse para una entrevista con la recientemente creada Comisión de Registro de los Nacidos Muggles.

-La gente no dejará que ocurra esto, -dijo Ron.

-Está ocurriendo, Ron, -dijo Lupin- Los nacidos muggles están siendo rodeados mientras hablamos.

-¿Pero cómo se suponen que han robado la magia? -dijo Ron-. Es una locura, si pudieras robar magia no habría ningún Squib, ¿verdad?

-Lo sé, -dijo Lupin-. No obstante, a menos que puedas probar que tienes al menos un pariente cercano mago, ahora se estima que has obtenido tu poder mágico ilegalmente y debes sufrir el castigo.

Ron miró a Hermione, después dijo:

-¿Y si los sangre pura y los de sangre media juran que un nacido muggle es parte de su familia? Diré a todo el mundo que Hermione es mi prima...

Hermione cubrió la mano de Ron con las suyas y apretó.

-Gracias, Ron, pero no podría dejar que tú...

-No tienes elección, -dijo Ron ferozmente, apretándole la mano en respuesta-. Te enseñaré mi árbol familiar para que puedas responder a cualquier pregunta sobre él.

Hermione soltó una risa temblorosa.

-Ron, estamos a la fuga con Harry Potter, la persona más buscada del pais, no creo que eso importe. Si fuera a volver a la escuela sería distinto. ¿Que planea Voldemort para Hogwarts? -preguntó a Lupin.

-Asistir es ahora obligatorio para cada joven bruja o mago -replicó él-. Se anunció ayer. Es un cambio, porque nunca antes fue obligatorio. Por supuesto, casi todos los magos y brujas ingleses han sido educados en Hogwarts, pero sus padres tenía derecho a enseñarles en casa o enviarlos al extranjero si lo preferían. De esta forma, Voldemort tendrá a toda la población mágica vigilada desde corta edad. Y también es otra forma de limpiar la maleza de los nacidos muggles porque los estudiantes deben tener Status de Sangre... significa que han probado ante el Ministerio que son

descendientes de magos... antes de que se les permita asistir.

Harry se sintió enfermo y furioso. Es este momento, excitados chicos y chicas de once años estarían enfrascados en la lectura de un montón de libros de hechizos recién comprados, ignorando que nunca verían Hogwarts, que quizás nunca volverían a ver a sus familias tampoco.

-Es... es... -murmuró, luchando por encontrar las palabras que hicieran justicia al horror de sus pensamientos, pero Lupin dijo quedamente.

-Lo sé.

Lupin dudó.

-Entenderé que no puedas confirmar esto, Harry, pero la Orden tiene la impresión de que Dumbledore te encargó una misión.

-Lo hizo -replicó Harry-, y Ron y Hermione están al tanto y vienen conmigo.

-¿Puedes confiarme en qué consiste esa misión?

Harry miró a la cara prematuramente envejecida, enmarcada por espeso pero canoso pelo, y deseó darle una respuesta diferente.

-No puedo Remus. Lo siento. Si Dumbledore no te lo contó no creo que yo pueda.

-Sabía que dirías eso, -dijo Lupin, parecía decepcionado-. Pero aún así podría serte de alguna utilidad. Ya sabes lo que soy y lo que puedo hacer. Podría ir con vosotros y proporcionaros protección. No habría necesidad de que me contaras exactamente lo que estás tramando.

Harry dudó. Era una oferta muy tentadora, aunque como podrían mantener su misión en secreto para él si estaba con ellos todo el tiempo era algo que no alcanzaba a imaginar.

Hermione, sin embargo, se quedó perpleja.

-¿Pero y qué hay de Tonks? -preguntó.

-¿Qué pasa con ella? -dijo Lupin.

-Bueno, -dijo Hermione, frunciendo el ceño-. ¡Estás casado! ¿Cómo va a sentirse ella si te largas con nosotros?

-Tonks estará perfectamente a salvo -dijo Lupin-. Estará en casa de sus padres.

Había algo extraño en el tono de Lupin; era casi frío. Había algo raro en la idea de Tonks ocultándose en casa de sus padres; ella era, después de todo, un miembro de la Orden y, por lo que Harry sabía de ella, probablemente querría estar en medio de la acción.

-¿Remus -dijo Hermione tentativamente-, todo va bien… ya sabes… entre vosotros?

-Todo va bien, gracias, -dijo Lupin bruscamente.

Hermione se puso colorada. Hubo una pausa, una torpe y embarazosa, y después Lupin dijo, con aire de estar obligándose a sí mismo a admitir algo desagradable.

-Tonks está embarazada.

-¡Oh, maravilloso! -chilló Hermione.

-¡Excelente! -dijo Ron entusiamado.

-Felicidades, -dijo Harry.

Lupin les dedicó una sonrisa tan artificial que fue más bien una mueca, después dijo:

-¿Entonces... aceptas mi oferta? ¿Los tres se convertirán en cuatro? No puedo creer que Dumbledore lo hubiera desaprovado, me designó como vuestro profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras, después de todo. Y debo deciros que creo que nos enfrentamos a una magia que muchos de nosotros nunca podimos preveer o imaginar.

Ron y Hermione miraron ambos a Harry.

-Solo... solo para dejarlo claro -dijo él-. ¿Quieres dejar a Tonks en casa de sus padres y venir con nosotros?

-Estará perfectamente a salvo allí, ellos se ocuparán de ella, -dijo Lupin. Hablaba con una determinación que rayaba en la indiferencia-. Harry, estoy seguro de que James habría deseado que me quedara contigo.

-Bueno -dijo Harry lentamente-. Yo no. Estoy bastante seguro de que mi padre habría querido saber por qué no te quedabas con tu propio hijo, en realidad.

La cara de Lupin perdió todo color. La temperatura de la cocina podría haber caído diez grados. Ron recorría la habitación con la mirada como si estuviera aprendiéndosela de memoria mientras los ojos de Hermione saltaban de Harry a Lupin.

-No lo entiendes -dijo Lupin al fin.

-Explícamelo entonces -dijo Harry.

Lupin tragó.

-Yo... cometí un grave error casándome con Tonks. Lo hice contra mi buen juicio y me he arrepentido mucho desde entonces.

-Ya veo -dijo Harry-, ¿así que te deshaces de ella y del niño y sales corriendo con nosotros?

Lupin saltó sobre sus pies. Su silla cayó hacia atrás, y les miró tan ferozmente que Harry vio, por primera vez, la sombra del lobo bajo la cara humana.

-¿No entiendes lo que he hecho a mi mujer y a mi hijo nonato? ¡Nunca debí casarme con ella, la he convertido en una paria!

Lupin pateó a un lado la silla que había volcado.

-¡Tú solo me has visto entre los de la Orden, o bajo la protección de Dumbledore en Howargts! ¡No sabes como ve la mayoría del mundo mágico a las criaturas como yo! Cuando conozcen mi afección, a penas pueden hablarme. ¿No ves lo que he hecho? Incluso su propia familia está disgustada con nuestro matrimonio, ¿qué padres querrían que su única hija se casara con un hombrelobo? Y el niño… el niño…

Lupin realmente se estaba arrancando manojos de pelo; parecía bastante trastornado.

-¡Mi raza normalmente no procrea! Será como yo, estoy convencido de ello… ¿como puedo perdonarme a mí mismo, cuando sabía que me arriesgaba a pasar mi propia condición a un niño inocente? ¡Y si, por algún milagro no es como yo, será mejor, un millón de veces mejor, no tener un padre del que siempre tuviera que sentirse avergonzado!

-¡Remus! -susurró Hermione, con lágrimas en los ojos-. No digas eso… ¿cómo podría ningún niño avergonzarte de ti?

-Oh, no sé, Hermione, -dijo Harry-. Yo estoy bastante avergonzado de él.

Harry no sabía de donde salía su rabia, pero le había compelido a ponerse en pie también. Lupin tenía el mismo aspecto que hubiera tenido si Harry le hubiera golpeado.

-Si el nuevo régimen cree que los nacidos muggles son malos -dijo Harry-. ¿qué harán con un medio

hombrelobo cuyo padre es miembro de la Orden? Mi padre murió intentando protegernos a mi madre y a mí, ¿y crees que él te diría que abandonaras a tu hijo y fueras a la aventura con nosotros?

-¿Cómo... cómo te atreves? -dijo Lupin-. Esto no es por gusto.. por peligro o gloria personal... ¿cómo te atreves a sugerir tal cosa...?

-Creo que estás siendo un poco atrevido -dijo Harry-. Calzándote los zapatos de Sirius.

-¡Harry, no! -le suplicó Hermione, pero él continuó mirando a la cara lívida de Lupin.

-Nunca me habría creído esto -dijo Harry-. El hombre que me enseñó a luchar contra los dementores... un cobarde.

Lupin sacó su varita tan rápido que Harry dificilmente tuvo tiempo de coger la suya; se oyó un sonoro *bang* y se sintió volar hacia atrás como si le hubieran dado un puñetazo, golpeó la pared de la cocina y se deslizó hasta el suelo, captó un vistazo del ruedo de la capa de Lupin desapareciendo por la puerta.

-¡Remus, Remus, vuelve! -gritó Hermione, pero Lupin no respondió. Un momento después oyeron la puerta principal cerrarse de golpe.

-¡Harry! -lloró Hermione-. ¿Como has podido?

-Fue fácil -dijo Harry. Se puso en pie, podía sentir un bulto hinchándose en su cabeza donde había golpeado

la pared. Todavía estaba tan lleno de rabia que estaba temblando.

-¡No me mires así! -exclamó a Hermione.

-No la pagues con ella -gruñó Ron.

-No... no... ¡no debemos pelear! -dijo Hermione, lanzándose entre ellos.

-No deberías haber dicho esas cosas a Lupin -dijo Ron a Harry.

-Se lo merecía -dijo Harry. Imágenes sueltas recorrieron su mente. Sirius cayendo a través del velo, Dumbledore suspendido, roto, en medio del aire, un destello de luz verde y la voz de su madre, suplicando piedad...

-Los padres -dijo Harry-, no deberían abandonar a sus hijos a menos... a menos que tengan que hacerlo.

-Harry -dijo Hermione, estirando hacia él una mano consoladora, pero él se encogió y se apartó, con los ojos en el fuego que Hermione había conjurado. Una vez había hablado con Lupin ante esta chimenea, buscando consuelo con respecto a James, y Lupin le había consolado. Ahora la cara blanca y torturada de Lupin se mecía en el aire ante él. Sintió una enfermiza ráfaga de remordimiento. Ni Ron ni Hermione hablaban, pero Harry estaba seguro de que se miraban el uno al otro a sus espaldas, comunicándose silenciosamente.

Se giró y los pilló dándose apresuradamente la espalda el uno al otro.

-Sé que no debería haberle llamado cobarde.

-No, no deberías -dijo Ron al instante.

-Pero actúa como tal.

-Es lo mismo... -dijo Hermione.

-Lo sé -dijo Harry-. Pero si eso le hace volver con Tonks, habrá valido la pena, ¿no?

No pudo evitar la súplica de su voz. Hermione parecía simpatizar con él, Ron se mostraba inseguro. Harry bajó la mirada a sus pies, pensando en su padre. ¿Habría aprobado James lo que su hijo había dicho a su viejo amigo?

La silenciosa cocina parecía zumbar por la sacudida de la escena reciente y con los reproches no pronunciados de Ron y Hermione. El Profeta que Lupin había traído consigo todavía yacía sobre la mesa, la propia cara de Harry miraba al techo desde la portada. Se acercó a él y se sentó, abriendo una página al azar, y fingiendo leer. No podía concentrarse en las palabras, su mente todavía estaba llena del encuentro con Lupin. Estaba seguro de que Ron y Hermione habían reasumido su comuminicación silenciosa al otro lado de El Profeta. Pasó una página ruidosamente, y el nombre de Dumbledore saltó hacia él. Eso fue un momento o dos antes de que captara el signficado de la fotografía, que mostraba a una familia. Bajo la foto se leían estas

palabras: *La familia Dumbledore, de izquierda a derecha: Albus, Pervical, sujetando a la recién nacida Ariana, Kendra, y Aberforth.*

Captada su atención, Harry examinó la foto más cuidadosamente. El padre de Dumbledore, Percival, era un hombre bien parecido con ojos que parecían tintinear incluso en esta vieja foto desvaída. El bebé, Ariana, era un poco más grande que una barra de pan y de aspecto no muy llamativo. La madre, Kendra, tenía el pelo negro azabache echado hacia atrás en un moño alto. Su cara tenía una cualidad tirante debido a él. Harry pensó en las fotos de nativos americanos que había visto cuando estudió sus ojos oscuros, los pómulos altos, la nariz recta, formalmente compuesta con un vestido de cuello alto. Albus y Aberforth vestían chaquetas de cuello a juego y tenía identicos cortes de pelo. Albus parecía varios años mayor, pero por lo demás los dos chicos se parecían mucho, pero eso había sido antes de que Dumbledore se rompiera la nariz y antes de llevar gafas.

La familia parecía feliz y normal, sonriendo serenamente desde el periódico. El brazo del bebé Ariana ondeaba vagamente dentro y fuera de su chal. Harry miró sobre la foto y vio el titular.

EXTRACTO EXCLUSIVO DE LA PROXIMA

BIOGRAFIA DE ALBUS DUMBLEDORE

Por Rita Skeeter

Pensando que dificilmente podría hacerle sentir mucho peor de lo que ya se sentía, Harry empezó a leer:

Orgullosa y arrogante, Kendra Dumbledore no pudo soportar permanecer en en Mould-on-the-Wold después de que su marido Percival fuera públicamente arrestado y encerrado en Azkaban. Por consiguiente decidió desarraigar a la familia y reacomodarla en el Valle de Godric, el pueblo que después ganaría fama como el escenario de la extraña escapada de Harry Potter de Quien-ustedes-ya-saben.

Como Mould-on-the-Wold, el Valle de Godric era hogar de un buen número de familias de magos, pero Kendra no entabló relación con ninguna de ellas, evitaba la curiosidad sobre el crimen de su marido que había soportado en el pueblo anterior. Rechazó repetidamente los amigables avances de sus nuevos vecinos magos, pronto se seguró de que su familia se mantuviera aislada.

"Me cerró la puerta en la cara cuando fui a darle la bienvenida con un caldero de Cauldron Cakes caseros" dijo Bathilda

Bahshot. "La primera vez que estuve allí solo vi a los dos chicos. No habría sabido que tenía una hija si no hubiera estado recogiendo hierbas a la luz de la luna un invierno después de que se mudaran. Vi a Kendra conduciendo a Ariana hasta el jardín de atrás. La paseó por el césped, manteniendo una garra firme sobre ella, luego la volvió a entrar dentro. No supe qué pensar.

Parece ser que Kendra pensó que mudarse al Valle de Godric era la oportunidad perfecta para ocultar a Arianna de una vez y para siempre, algo que probablemente había estado planeando durante años. La oportunidad del momento fue significativa. Ariana tenía apenas siete años cuando se perdió de vista, y los siete es la edad mágica en la que la mayoría de los expertos está de acuerdo en que se revela la magia a sí misma, si se presenta. Nadie vivo actualmente recuerda a Arianna demostrando la más mínima señal de habilidad mágica. Parece claro, por lo tanto, que Kendra tomó la decisión de ocultar la existencia de su hija antes que sufrir la vergüenza de admitir que había dado a luz a un a Squib. Mudarse lejos de amigos y vecinos que conocían a Ariana, por supuesto, haría que mantenerla prisionera fuera más fácil. Podía contarse con el pequeño número de personas que de ahí en adelante conocieron la existencia de

Arianna para mantener el secreto, incluyendo a sus dos hermanos, que desviaban preguntas embarazosas con la respuesta que su madre les había enseñado. "Mi hermana es demasiado frágil para la escuela".

Próxima semana: Albus Dumbledore en Hogwarts... los Premios y la Presencia.

Harry no había estado equivocado. Lo que había leído le había hecho sentir peor. Volvió a mirar la fotografía de la aparentemente feliz familia. ¿Era cierto? ¿Cómo podía averiguarlo? Deseaba ir al Valle de Godric, incluso si Bathilda no estaba en condiciones de hablar con él; quería visitar el lugar donde Dumbledore había perdido a aquellos a los que amaba. Estaba en proceso de bajar el periódico, para preguntar a Ron y Hermione su opinión, cuando un ensordecedor crack llenó la cocina.

Por primera vez en tres días Harry se había olvidado del todo de Kreacher. Su primer pensamiento fue que Lupin había irrumpido en la habitación, y durante una fracción de segundo, no se fijó en la masa de extremidades que se retorcían y que había aparecido de la nada junto a su silla. Se apresuró a ponerse en pie mientras Keacker se desenredaba y se inclinaba ante Harry, croando,

-Kreacher ha vuelto con el ladrón Mundungus Fletcher, Amo.

Mundungus luchó por levantarse y sacó su varita. Hermione sin embargo, fue demasiado rápida para él.

-*¡Expelliarmus!*

La varita de Mundungus voló por el aire y Hermione la cogió. Con los ojos salvajes, Mundungus se lanzó hacia las escaleras; Ron le hizo un placaje y Mundungus golpeó el suelo de piedra con un crujido amortiguado.

-¿Qué? -gritó a voz en cuello, retorciéndose en su intento por liberarse del agarre de Ron-. ¿Que he hecho? Mandarme a un sangriento elfo doméstico, ¿a qué estás jugando, qué he hecho?, suéltame, suéltame o...

-No estás en posición de formular amenazas -dijo Harry. Lanzó a un lado el periódico, cruzó la cocina en unas pocas zancadas, y se puso de rodillas junto a Mundungus que dejó de luchar aterrado. Ron se levantó, jadeando, y observó como Harry apuntaba su varita deliberadamente hacia la nariz de Mundungus. Mundungus hedía a sudor rancio y humo de tabaco. Su pelo estaba enredado y su túnica manchada.

-Kreacher se disculpa por la tardanza en traer al ladrón, Amo -croó el elfo-. Fletcher sabe como evitar la captura, tiene muchos escondrijos y cómplices. No obstante, Kreacher atrapó al ladrón al final.

-Lo has hecho realmente bien, Kreacher -dijo Harry, y el elfo hizo una reverencia.

-Bueno, tenemos unas cuantas preguntas para ti -dijo Harry a Mundungus, que gritó al instante.

-¿Me entró el pánico, vale? Nunca quise ir para empezar, sin ofender, colega, pero nunca me ofrecí voluntario para morir por ti, y era el mismísimo Quien-tu-ya-sabes el que venía volando hacia mí, todo el mundo se largaba, dije todo el rato que no quería hacerlo…

-Para tu información, el resto de nosotros no Desapareció -dijo Hermione.

-Bueno, entonces sois unos malditos héroes, ¿verdad?, pero yo nunca fingí presentarme voluntario para que me mataran…

-No estamos interesados en por qué dejaste en la estacada a Ojoloco -dijo Harry, moviendo su varita un poco más cerca de los ojos perrunos e inyectados de sangre de Mundungus-. Ya sabíamos que eras un pedazo de escoria indigno de confianza.

-Bueno entonces, ¿por qué me mandas elfos domésticos? ¿O esto va de las copas de nuevo? No tengo ya ninguna de ellas, o te las habría dev…

-No es por las copas tampoco, aunque te vas acercando -dijo Harry-. Cállate y escucha.

Era maravilloso tener algo que hacer, alguien a quien poder exigir un trocito de verdad. La varita de Harry estaba ahora tan cerca del puente de la nariz de Mundungus que Mundungus bizqueaba intentando mantener la vista fija en ella.

-Cuando limpiaste esta casa de cualquier cosa de valor. -Empezó Harry, pero Mundungus le interrumpió de nuevo.

-A Sirius ningun le interesó nada de esta basura...

Se produjo un sonido de pies corriendo, un destello de cobre brillante, un resonante *clang* y un grito de agonía. Kreacher había ido corriendo hacia Mundungus y le había golpeado en la cabeza con una cacerola.

-Quítamelo de encima, quítamelo de encima. ¡Deberían encerrarlo! -gritaba Mundungus, acobardado cuando Kreacher alzó de nuevo la pesada cacerola.

-¡Kreacher, no! -gritó Harry.

Los flacos brazos de Kreacher temblaban por el peso de la cacerola, todavía sostenida en alto.

-¿Quizás solo un poco más, Amo Harry, por suerte?

Ron rio.

-Le necesitamos consciente, Kreacher, pero si necesita que lo persuadan podrás hacer los honores -dijo Harry.

-Muchas gracias, Amo -dijo Kreacher con una reverencia, y retorcedió una corta distancia, sus grandes ojos pálidos todavía estaban fijos en Mundungus con aversión.

-Cuando despojaste esta casa de todo lo de valor que pudiste encontrar. -Empezó Harry de nuevo-, cogiste

unas cuantas cosas de la alacena de la cocina. Había allí un guadapelo. -La boca de Harry se quedó de repente seca. Podía sentir la tensión de Ron y Hermione y también la excitación-. ¿Que hiciste con él?

-¿Por qué? -preguntó Mundungus-. ¿Tenía algún valor?

-¡Todavía lo tiene! -gritó Hermione.

-No, no lo tiene -dijo Ron astutamente-. Se pregunta si debió haber pedido más dinero por él.

-¿Más? -dijo Mundungus-. Eso habría sido dificil.... dado que me lo quitaron, ¿verdad? No tuve elección.

-¿Qué quieres decir?

-Estaba vendiendo en el Callejón Diagon y ella se presentó y mi preguntó si tenía licencia para vender artefactos mágicos. Menuda entrometida. Me iba a arrestar, pero se le antojó el guardapelo y me dijo que se lo llevaba y me dejaría en paz por el momento, y supongo que tuve suerte.

-¿Quién era esa mujer? -preguntó Harry.

-No sé, alguna vieja bruja del Ministerio.

Mundungus pensó por un momento, frunciendo la frente.

-Pequeña. Con un sombrerito en lo alto de la cabea.

Frunció el ceño y después añadió:

-Parecía un sapo.

Harry dejó caer su varita. Esta golpeó a Mundungus en la nariz y disparó chispas rojas hacia sus cejas, que se incendiaron.

-¡Aguamenti! -gritó Hermione, y un chorro de agua surgió de su varita, empapando a un balbuceante y ahogado Mundungus.

Harry levantó la mirada y vio su propia sorpresa reflejada en las caras de Ron y Hermione. Las cicatrices del dorso de su mano derecha parecían estar cosquilleando otra vez.

Capítulo Doce



La magia es poder

Mientras agosto se agotaba, la plaza de desaliñado césped en medio de Grimmauld Place se marchitó al sol hasta que quedó quebradiza y marrón. Los habitantes del número doce nunca eran vistos por ninguno de los ocupantes de las casas circundantes, ni tampoco el número doce en sí mismo. Los muggles que vivían en Grimmauld Place hacía mucho que habían aceptado el divertido error en la numeración que había causado que el número once se asentara junto al número trece.

Y aún así la plaza atraía ahora a todo un flujo de visitantes que parecían encontrar esta anormalidad de lo más intrigante. Apenas pasaba un día sin que una o dos personas llegaran a Grimmauld Place sin otro propósito, o al menos así lo parecía, que el de apoyarse contra el pasamanos de cara a los números once y

trece, observando la unión entre las dos casas. Los acechadores nunca eran los mismos dos días seguidos, aunque todos parecían compartir un desagrado por la ropa normal. La mayoría de los londinenses que pasaban junto a ellos vestían de forma excéntrica y tomaban poca nota, aunque ocasionalmente uno de ellos podía mirar atrás, preguntándose por qué todo el mundo llevaba capas tan largas con este calor.

Los observadores parecían obtener poca satisfacción de su vigilia. Ocasionalmente uno de ellos se echaba hacia adelante excitado, como si hubiera visto algo interesante al fin, solo para volver a caer hacia atrás pareciendo decepcionados.

El primer día de septiembre había más gente que nunca acechando en la plaza. Media docena de hombres con capas largas estaban de pie silenciosos y vigilantes, mirando como siempre hacia las casas once y trece, pero lo que fuera que estuvieran esperando parecía que seguía eludiéndoles. Cuando cayó la noche, trayendo una inesperada bocanada de lluvia fría por primera vez en semanas, tuvo lugar uno de esos inexplicables momentos en los que parecían haber visto algo interesante.

El hombre de la retorcida cara puntiaguda y su compañero más cercano, un hombre rechoncho y pálido, se echaron hacia adelante, pero un momento después se habían relajado a su estado anterior de inactividad, pareciendo frustrados y decepcionados.

Entretanto, dentro del número nueve, Harry acababa de entrar en el vestíbulo. Casi había perdido el

equilibrio al Aparecerse sobre el escalón más alto justo fuera de la puerta principal, y gracias a eso los mortífagos podían haber captado un vistazo de su momentáneamente expuesto codo. Cerrando la puerta cuidadosamente tras él, se quitó la Capa de Invisibilidad, colgándosela del brazo, y se apresuró a lo largo del sombrío pasillo hacia la puerta que conducía al sótano, con un ejemplar robado de El Profeta aferrada en la mano.

El acostumbrado susurro de "Severus Snape" le saludó, el viento frío le barrió, y su lengua se enrolló por un momento.

-Yo no te maté -dijo. Al instante su lengua se había desenrollado, después contuvo el aliento cuando la polvorienta figura del maleficio explotó. Esperó hasta estar a mitad de la escalera hacia la cocina, fuera del oído de la Señora Black y se limpió la nube de polvo, antes de gritar.

-Tengo noticias, y no os gustarán.

La cocina estaba casi irreconocible. Cada superficie estaba ahora pulida. Ollas de cobre y sartenes habían sido bruñidas hasta darles un brillo rosado; la superficie de madera de la mesa brillaba; las copas y platos ya estaba preparados para la cena destellando a la luz de un fuego que ardía alegremente, y sobre éste hervía un caldero. Nada en la habitación, sin embargo, estaba más dramáticamente cambiado que el elfo doméstico que se acercó apresuradamente hasta Harry, vestido con una esponjosa toalla blanca, el pelo de sus orejas

tan limpio y sedoso como algodón, y el relicario de Regulus rebotando contra su delgado pecho.

-Zapatos fuera, por favor, Amo Harry, y manos limpias antes de cenar -graznó Kreacher, cogiendo la Capa de Invisibilidad y colgándola de un gancho en la pared, junto a un buen número de capas pasadas de moda que habían sido recientemente lavadas.

-¿Qué pasa? -preguntó Ron aprensivamente. Hermione y el habían estado estudiando una larga lista de notas manuscritas y mapas hechos a mano que se apilaban descuidadamente al final de larga mesa de la cocina, pero ahora observaron a Harry mientras este se acercaba a ellos y tiraba el periódico en la alto de los pergaminos esparcidos por todas partes.

Una gran foto de un familiar hombre moreno de nariz ganchuda les miraba a todos; debajo un titular decía:

SEVERUS SNAPE CONFIRMADO COMO DIRECTOR DE HOGWARTS

-¡No! -dijeron Ron y Hermione ruidosamente.

Hermione fue la más rápida; agarró el periódigo y empezó a leer la historia que acompañaba a la foto en voz alta.

> *-"Severus Snape, durante largo tiempo Profesor de Pociones de la Escuela de Hogwarts de Magia y Hechicería, ha sido hoy designado director en el más importante de los muchos cambios de personal de la antigua*

escuela. Después de la destitución del anterior profesor de Estudios Muggles, Alecto Carrow ocupará el puesto, mientras su hermano, Amyous, ocupará la posición de Defensa Contra las Artes Oscuras. "Doy la bienvenida a la oportunidad de defender nuestra más fina cultura mágica y sus valores...."

¡Como cometer asesinatos y cortar las orejas a la gente, supongo! ¡Snape director! Snape en el estudio de Dumbledore... -¡Por los pantalones de Merlin! -chilló, haciendo que Harry y Ron saltaran. Se puso de pie de un salto y salió corriendo de habitación, gritando mientras lo hacían-. ¡Vuelvo en un minuto!

-¿Por los pantalones de Merlín? -repitió Ron, que parecía divertido-. Debe estar cabreada -Empujó el periódico hacia él y estudió el artículo sobre Snape.

-Los demás profesores no apoyarán esto. McGonagall y Flitwick y Sprout, todos saben la verdad, sabén como murió Dumbledore. No aceptarán a Snape como director. ¿Y quienes son esos Carrows?

-Mortifagos -dijo Harry-. Hay fotos de ellos dentro. Estaban en lo alto de la torre cuando Snape mató a Dumbledore, así que todos son muy amiguitos. Y -siguió Harry con amargura, acercando una silla-, no veo como los demás profesores vayan a tener nada que decir. Si el Ministerio y Voldemort están tras Snape será una elección entre quedarse y enseñar, o unos agradables añitos en Azkaban... y eso si tienen suerte. Apuesto a

que se quedarán e intentarán proteger a los estudiantes.

Kreatcher se acercó apresuradamente a la mesa con una gran sopera en las manos, y sirvió la sopa en inmaculados cuencos, silbando entre dientes mientras lo hacía.

-Gracias, Kreatcher -dijo Harry, pasando las páginas de El Profeta para no tener que ver la cara de Snape-. Bueno, al menos ahora sabemos donde está Snape exactamente.

Empezó a llevarse la cuchara de sopa a la boca. La calidad de la comida de Kreacher se había incrementado dramáticamente desde que le habían dado el relicario de Regulus. Hoy las cebollas francesas estaban más buenas de lo que Harry nunca había saboreado.

-Todavía hay un montón de mortifagos vigilando la casa -dijo a Ron mientras comía-, más de lo normal. Es como si estuvieran esperando que saliéramos con nuestros baúles y nos dirigiéramos al Expreso de Hogwarts.

Ron miró su reloj.

-He estado pensando en eso todo el día. Partió hace casi seis horas. Raro, no estar en él, ¿verdad?

En su imaginación a Harry le pareció ver la máquina de vapor escarlata a la que Ron y él habían seguido una vez por el aire, reluciendo entre campos y colinas, con el retumbar de la locomotora escarlata. Estaba seguro

de que Ginny, Neville y Luna estaban sentados juntos en este momento, quizás preguntándose donde estaban Ron, Hermione y él, o debatiendo muevas formas de minar el nuevo régimen de Snape.

-Casi me vieron volver ahora mismo -dijo Harry-. Aterrizé de mala manera sobre el escalón más alto y la Capa resbaló.

-A mi me pasa a cada rato. Oh, aquí esta -añadió Ron, girándose en su asiento para ver como Hermione volvía a entrar en la cocina-. ¿Y de qué en nombre de los pantalones de Merlín más desgastados va todo esto?

-Recordé esto -jadeó Hermione.

Llevaba una gran pintura enmarcada, que bajó al suelo antes de agarrar su pequeño bolso de cuentas del mostrador del aparador de la cocina. Abriéndolo, procedió a meter a la fuerza la pintura dentro y a pesar del hecho de que resultaba patente que era demasiado grande para caber dentro del diminuto bolso, en unos segundos se había desvanecido, como todo lo demás, en la espaciosa profundidad del bolso.

-Phineas Nigellius -explicó Hermione mientras tiraba el bolso sobre la mesa de la cocina con su usual sonoridad de choques y rechinamientos.

-¿Perdona? -dijo Ron, pero Harry lo entendió. La imagen pintada de Phineas Nigellus Black podía viajar entre su retrato en Grimmauld Place y el que colgaba del despacho del director en Hogwarts, en la habitación circular en lo alto de la torre donde sin duda Snape

estaba sentado ahora mismo, en triunfante posesión de la colección de delicados y plateados instrumentos mágicos de Dumbledore, el Pensadero, el Sombrero Seleccionador, y a menos que hubiera sido trasladada a algún otro sitio, la espada de Gryffindor.

-Snape podría enviar a Phineas Nigellus a mirar dentro de la casa por él -explicó Hermione a Ron mientras volvía a su asiento-. Dejemos que lo intente ahora, todo lo que Phineus Nigellus podrá ver es el interior de mi bolso.

-¡Bien pensado! -dijo Ron, que parecía impresionado.

-Gracias -sonrió Hermione, acercándo su sopa-. Entonces, Harry, ¿qué más ha pasado hoy?

-Nada -dijo Harry-. Vigilé la entrada del Ministerio durante siete horas. Ni rastro de ella. Sin embargo vi a tu padre, Ron. Parecía estar bien.

Ron asintió apreciando esta noticia. Habían estado de acuerdo en que era demasiado peligroso intentar comunicarse con el Señor Weasley mientras entraba y salía del Ministerio, porque siempre estaba rodeado por otros trabajadores del Ministerio Sin embargo era tranquilizador verle de tanto en tanto, aunque pareciera agotado y ansioso.

-Papá siempre nos decía que la gente del Ministerio utiliza la Red Flu para ir a trabajar -dijo Ron-. Por eso no hemos visto a Umbridge, nunca camina, cree que es demasiado importante como para eso.

-¿Y que hay de esa curiosa vieja bruja y el pequeño mago de la túnica azul marina? -preguntó Hermione.

-Oh, si, el tipo de Mantenimiento Mágico

-¿Cómo? -preguntó Hermione, con la cuchara suspendida en medio del aire.

-Papá dice que todos los de Manteniento Mágico llevan túnicas azul marinas.

-¡Pero nunca nos habías dicho eso!

Hermione dejó caer la cuchara y empujó hacia ella la hoja de notas y mapas que ella y Ron habían estado examinando cuando Harry había entrado en la cocina.

-No hay nada aquí sobre túnicas azul marino, nada! -dijo, pasando fervientemente las páginas.

-Bueno, importa realmente?

-Ron, todo importa! Si vamos a entrar en el Ministerio sin que nos cojan cuando deben estar a la búsqueda de intrusos, cada pequeño detalle importa! Hemos estado repasando esto una y otra vez, quiero decir, ¿de qué sirven de todas estas salidas de reconocimiento si no te molestas en contarnos…?

-Caray, Hermione, olvidé una cosita…

-Lo comprendes, ¿verdad?, que probablemente no haya lugar más peligroso en el mundo entero para nosotros ahora mismo que el ministerio de….

-Creo que deberíamos hacerlo mañana, -dijo Harry.

Hermione se quedó congelada, con la mandíbula colgando. Ron se atragantó un poco sobre su sopa.

-¿Mañana? -repitió Hermione-. ¿Hablas en serio, Harry?

-Solo digo -dijo Harry- que no creo que vayamos a estar mucho mejor preparados de lo que estamos ahora si rondamos alrededor de la entrada del Ministerio un mes más. Cuando más lo alarguemos más lejos podría estar el relicario. Ya hay muchas posibilidades de que Umbridge lo haya tirado a la basura, esa cosa no se abre.

-A menos -dijo Ron-, que encontrara una forma de abrirlo y ahora esté poseída.

-No habría ninguna diferencia en su caso, ya era malvada para empezar. -Harry se encogió de hombros.

Hermione se estaba mordiendo el labio, profundamente pensativa.

-Sabemos todo lo importante -siguió Harry, dirigiéndose a Hermione-. Sabemos que han acabado con las Apariciones y Desapariciones dentro del Ministerio Sabemos que ahora solo a algunos de los miembros senior del Ministerio se les permite conectar sus casas con la Red Flu, porque Ron oyó a esos Innombrables quejarse de ello. Y sabemos más o menos donde está la oficina de Umbridge porque tú oiste a ese tipo barbudo contárselo a su compañero...

-Subo al primer piso, Dolores quiere verme -recitó Hermione inmediatamente.

-Exactamente -dijo Harry-. Y sabemos que acostumbran a utilizar esas curiosas monedas, o esas señales, o lo que sean, porque yo vi a esa bruja pedirle prestada una a su amiga...

-¡Pero no tenemos ninguna!

-Si el plan funciona, la tendremos -continuó Harry serenamente.

-No sé, Harry, no sé... Hay un enorme montón de cosas que podrían ir mal y tantas oportunidades de...

-Eso será igual de cierto si pasamos otros tres meses preparándonos -dijo Harry-. Es hora de actuar.

Podía ver, por las caras de Hermione y Ron, que estaban asustados; él mismo no estaba particularmente confiado tampoco, aunque estaba seguro de que éste era el momento de poner en funcionamiento su plan.

Habían pasado las últimas cuatro semanas haciendo turnos con la Capa Invisible y espiando la entrada oficial de Ministerio, que Ron, gracias al Señor Weasley, conocía desde la niñez. Habían seguido a trabajadores del Ministerio, oído a hurtadillas sus conversaciones, y aprendido por medio de cuidadosa observación cuales de ellos solían aparecer, solos, a la misma hora cada día. Ocasionalmente habían tenido oportunidad de escamotear un ejemplar de El Profeta del maletín de

alguien. Lentamente habían elaborado los mapas y notas que ahora se apilaban delante de Hermione.

-De acuerdo -dijo Ron lentamente- digamos que lo hacemos mañana... Creo que deberíamos ser solo Harry y yo.

-¡No empieces otra vez con eso! -suspiró Hermione-. Creía que lo habíamos aclarado.

-Una cosa es rondar por las entradas bajo la Capa, pero esto es diferente, Hermione -Ron pinchó con un dedo la copia de El Profeta fechada diez días atras-. Estás en la lista de nacidos muggles que no se presentaron al interrogatorio!

-¡Y se supone que tú estás muriéndote de spattergroit en la Madriguera! Si hay alguien que no debería ir, ese lugar es Harry, dan una recompensa de diez mil galeones por su cabeza...

-Vale, me quedaré aquí -dijo Harry-. ¿Me lo haréis saber si derrotáis a Voldemort, verdad?

Mientras Ron y Hermione reían, el dolor se disparó en la cicatriz de la frente de Harry. Su mano saltó hacia ella. Vio los ojos de Hermione estrecharse, e intentó disimular el movimiento apartándose el pelo de los ojos.

-Bueno, si vamos a ir los tres tendremos que Desaparecer por separado -estaba diciendo Ron-. Ya no cabemos todos bajo la capa.

La cicatriz le estaba doliendo más cada vez. Se puso de pie. Al instante, Kreacher se adelantó.

-El Amo no ha terminado su sopa. ¿Preferíria el Amo un sabroso guiso, o algo de la tarta de melaza que al Amo le gusta tanto?

-Gracias, Kreacher, pero volveré en un minuto... er... voy al baño.

Consciente de que Hermione le estaba mirando suspicazmente, Harry se apresuró escaleras arriba hacia el vestíbulo y después al primer piso, donde se metió en el baño y cerró la puerta con cerrojo otra vez. Gruñendo de dolor, se derrumbó sobre la bañera negra con las patas en forma de serpiente con la boca abierta, y cerró los ojos...

Se deslizaba por una calle grisácea. Los edificios a ambos lados de él eran altos y de madera; parecían casas de gengibre.

Se aproximó a uno de ellos, entonces vio la blancura de su mano de dedos largos contra la puerta. Llamó. Sentía gran excitación...

La puerta se abrió. Una mujer sonriente estaba allí de pie. Su cara se quedó blanca cuando miró a la cara de Harry; el humor desapareció y el terror lo reemplazó.

-¿Gregorovitch? -dijo una voz alta y fría.

Ella sacudió la cabeza. Estaba intentando cerrar la puerta. Un mano blanca la sujetaba, evitando que la cerrara.

-Quiero a Gregorovicth.

-¡Er whon hier mcht mehr! -gritó ella, sacudiendo la cabeza-. ¡No vive aquí! ¡No vive aquí! ¡No le conozco!

Abandonando el intento de cerrar la puerta, empezó a retroceder por el vestíbulo oscuro, y Harry siguió en segida, y su mano de dedos largo sacó la varita.

-¿Dónde está?

-¡Das welf ieh nieht! ¡Se mudó! ¡No lo sé, no lo sé!

Él alzó la varita. Ella gritó. Dos niños pequeños llegaron corriendo al vestíbulo. Ella intentó escudarlos con sus brazos. Se produjo un destello de luz verde…

-¡Harry! ¡HARRY!

Abrió los ojos; estaba tirado en el suelo. Hermione estaba aporreando de nuevo la puerta.

-¡Harry, abre!

Había gritado, lo sabía. Consiguió levantarse y abrió la puerta. Hermione cayó dentro al instante, recuperó el equilibrio, y miró alrededor suspicazmente. Ron estaba justo tras ella, con aspecto de estar nervioso mientras apuntaba su varita a las esquinas del frío baño.

-¿Qué estabas haciendo? -preguntó Hermione severamente.

-¿Tú qué crees que estaba haciendo? -preguntó Harry con una débil bravata.

-¡Estabas gritando a pleno pulmon! -dijo Ron.

-Oh, si... debe haberme quedado dormido o...

-Harry, por favor, no insultes nuestra inteligencia, -dijo Hermione, tomando aire profundamente-. Sabemos que la cicatriz te dolía abajo, y estás blanco como una sábana.

Harry se sentó en el borde de la bañera.

-Bueno, acabo de ver a Voldemort asesinar a una mujer. En estos momentos probablemente ya haya matado a toda su familia. Y no tenía necesidad. Fue como lo de Cedric otra vez, estaban sólo...

-Harry, se supone que no ibas a dejar que esto volviera a ocurrir! -gritó Hermione, su voz resonó a través del baño-. ¡Dumbledore quería que usaras Occlumencia! Pensaba que la conexión era peligrosa... ¡Voldemort puede usarla, Harry! ¿Qué tiene de bueno observarlo matar y torturar, cómo puede ayudar?

-Porque así sé qué está haciendo -dijo Harry.

-¿Así que no vas ni siquiera a intentar cerrarla?

-Hermione, no puedo. Tú sabes que soy malísimo en Oclumencia, nunca le he cogido el truco.

-¡Nunca lo has intentado realmente! –dijo Hermione amargamente-. No consigo entender que te guste tener esta conexión especial o relación o… lo que sea…"

Hermione vaciló ante la mirada que le echó él mientras se levantaba.

-¿Gustarme? -dijo en voz baja-. ¿A ti te gustaría?

-Yo… no… lo siento, Harry, no quería decir…

-Lo odio, odio el hecho de que pueda estar dentro de mí, de tener que verle cuando es más peligroso. Pero voy a utilizarlo.

-Dumbledore…

-Olvidate de Dumbledore. Ésta es mi elección, de nadie más. Quiero saber por qué va tras Gregorovitch.

-¿Quién?

-Es un fabricante de varitas extranjero – dijo Harry-. Hizo la varita de Krum y éste dice que es el mejor.

-Pero según tú –dijo Ron-, Voldemort ya tiene a Ollivander bajo llave en algún lugar. ¿Si ya tiene un fabricante de varitas, para qué necesita otro?

-Tal vez coincide con Krum, tal vez piensa que Gregorovitch es el mejor....o quizás piensa que

Gregorovitch podrá explicar lo que hizo mi varita cuando me estaba persiguiendo, porque Ollivander no lo sabe.

Harry echó un vistazo al rajado y polvoriento espejo y vio a Ron y Hermione intercambiar miradas escépticas a su espalda.

-Harry, tú sigues hablando de lo que hizo tu varita -dijo Hermione-, ¡pero fuiste tú quien lo hizo! ¿Por qué estás tan decidido a no asumir la responsabilidad de tu propio poder?

-¡Porque sé que no fui yo! ¡Y Voldemort también lo sabe, Hermione! ¡Los dos sabemos lo que pasó en realidad!

Le miraron furiosos. Harry sabía que no había convencido a Hermione y que esta estaba preparando contrargumentos, tanto contra su teoría sobre su varita como sobre el hecho de que estuviera permitiéndose entrar en la mente de Voldemort. Para su alivio, intervino Ron.

-Déjalo –la aconsejó-. Es su decisión. Y si vamos a ir mañana al ministerio, ¿no crees que deberíamos repasar el plan?

De mala gana, lo que fue evidente para los otros dos, Hermione dejó estar el tema, aunque Harry estaba bastante seguro de que atacaría de nuevo a la primera oportunidad. Mientras tanto, regresaron a la cocina de sótano, donde Kreatcher les sirvió estofado y tarta de melaza.

No se acostaron hasta bastante tarde esa noche, después de pasar horas repasando el plan hasta que cada uno pudo recitarselo a los demás al dedillo. Harry, que ahora dormía en el dormitorio de Sirius, estuvo tendido en la cama a la luz de su varita contemplando la vieja foto de su padre, sirius, Lupin, y Pettigrew, y murmurando el plan para sí durante otros diez minutos. Cuando se extinguió la luz de su varita, sin embargo, no pensó en Pociones Multijugo, Pastillas Vomitivas, o en las túnicas azul marino de los de Mantenimiento Mágico, sino en el fabricante de varitas Gregorovitch, y en cuánto tiempo podría permanecer escondido cuando Voldemort empezara a buscarlo con determinación.

El amanecer pareció seguir a la medianoche con indecente prisa.

-Se te ve fatal -le saludó Ron cuando entró en la habitación a despertarle.

-No durará mucho -dijo Harry, bostezando.

Encontraron a Hermione abajo, en la cocina. Kreacher le estaba sirviendo café y bollos calientes, y tenía esa expresión levemente maníaca que Harry asociaba con los exámenes.

-Túnicas -dijo respirando, advirtiendo su presencia con una inclinación de cabeza nerviosa, mientras seguía hurgando en su bolso bordado-. Poción Multijugos…Capa de Invisibilidad… Detonadores Trampa… deberíais llevar un par cada uno por si acaso… Pastillas Vomitivas, Turrón Hemorragia Nasal, Orejas Extensibles…."

Se bebieron de un trago el desayuno y se fueron arriba, mientras Kreacher les hacía reverencias y les prometía tener un pastel de carne y riñones preparado para cuando regresaran.

-Bendíto sea –dijo Ron cariñosamente-, y pensar que solía fantasear con cortarle la cabeza y clavarla en la pared.

Se abrieron paso hasta el primer escalón con una precaución inmensa. Podían ver a un par de mortífagos con los ojos como platos mirando hacia la casa desde el otro lado de la nebulosa plaza.

Hermione Desapareció primero con Ron, luego volvió a por Harry.

Después de la breve y habitual adaptación a la oscuridad y la desorientación tras el hechizo, Harry se encontró en el diminuto callejón en el que habían programado que tuviera lugar la primera fase del plan. Estaba desierto, salvo por un par de recipientes grandes; los primeros trabajadores del Ministerio no aparecían generalmente por allí hasta al menos las ocho.

-Todo bien -dijo Hermione, verificando su reloj-. Debería estar aquí en aproximadamente cinco minutos. Cuando la haya dejado sin sentido…

-Hermione, lo sabemos – dijo Ron severamente-. ¿Y quien se supone que iba a abrir la puerta antes de que llegue?

Hermione chilló.

-¡Casi se me olvida! Quedaos atrás…

Apuntó con su varita mágica a la salida de incendios cerrada con candado y llena de pintadas que había junto a ellos, que se abrió con un estallido. El oscurro corredor desembocaba, como sabían gracias a su cuidadoso reconocimiento previo, en un teatro vacío. Hermione tiró de la puerta hacia ella, de forma que pareciera que todavía estaba cerrada.

-Y ahora -dijo, volviendo a mirar a los otros dos en el callejón-, nos ponemos la capa otra vez…

-… y esperamos -terminó Ron, haciendo un gesto sobre la cabeza de Hermione como si echara una manta sobre una jaula de pájaros, y poniendo los ojos en blanco hacia Harry.

Poco más de un minuto después, se produjo una diminuta explosión, y una pequeña bruja de Ministerio con el pelo suelto y gris se Apareció junto a ellos, parpadeó un poco por el repentino brillo, el sol acababa de salir desde detrás de una nube, pero apenas tuvo tiempo de disfrutar de su inesperada tibieza antes de que el silencioso Hechizo Aturdidor de Hermione la golpeara en el pecho y se desplomara.

-Bien hecho, Hermione –dijo Ron, surgiendo de detrás de un poste junto a la puerta del teatro mientras Harry se quitaba la Capa de Invisibilidad. Juntos llevaron a la pequeña bruja por el oscuro pasillo que llevaba a los bastidores. Hermione arrancó algunos pelos de la

cabeza de la bruja y los añadió a un matraz de barro con Poción Multijugos que había sacado de su bolso. Ron estaba rebuscando en el bolso de la pequeña bruja .

-Es Mafalda Hoppkiss -dijo, leyendo una tarjeta pequeña que identificaba a su víctima como ayudante de la Oficina Contra el Uso Incorrecto de la Magia-. Será mejor que lleves tú esto, Hermione, y aquí están las monedas.

Le pasó algunas monedas de oro pequeñas, todas grabadas con las siglas M.O.M., que había cogido del monedero de la bruja.

Hermione se bebió la Poción Multijugos, que tenía ahora un agradable color heliotropo, y en unos segundos, estuvo de pie ante ellos el doble de Mafalda Hopkirk. Cuando le quitó las gafas a Mafalda y se las puso, Harry comprobó su reloj.

-Estamos tardando, el Sr. Mantenimiento Magico llegará en cualquier momento.

Se apresuraron a cerrar la puerta tras la verdadera Mafalda. Harry y Ron se echaron la Capa de Invisibilidad por encima, mientras Hermione se quedaba a la vista, esperando. Varios segundos después se producía otro estallido, y un mago pequeño y de aspecto perruno apareció ante ellos.

-Oh, hola, Mafalda

-¡Hola! -dijo Hermione con voz temblorosa-. ¿Cómo estás?

-No demasiado bien, en realidad – respondió el pequeño mago, que parecía cabizbajo.

Cuando Hermione y el mago fueron hacia la calle principal, Harry y Ron se deslizaron tras ellos.

-Siento oír que estás mal -dijo Hermione hablandole firmemente al pequeño mago que trataba de explayarese con sus problemas; era esencial detenerlo antes de que llegara a la calle-. Toma, ten un dulce.

-¿Eh? Oh, no gracias.

-¡Insisto! -dijo Hermione agresivamente, agitando la bolsa de pastillas en su cara. Un poco alarmado, el pequeño mago se tomó uno.

El efecto fue instantáneo. En cuanto la pastilla tocó su lengua, el pequeño mago empezó a vomitar tanto que ni siquiera notó cuando Hermione le arrancó unos cuantos pelos de la coronilla.

-¡Oh querido! -Dijo, mientras él salpicaba el callejón con su vómito-. ¡Quizás sea mejor que te tomes el día libre!

-No… ¡no! -Se ahogó e tuvo arcadas, tratando de seguir su camino pese a ser incapaz de caminar derecho.

-Debo… hoy… debo ir…

-¡Pero eso es absurdo! –dijo Hermione, alarmada-. No puedes ir a trabajar en este estado… ¡creo que deberías ir a San Mungo a que te curen!

El mago se había derrumbado, intentando todavía, a cuatro patas, gatear hacia la calle principal.

-¡No puedes ir al trabajo así! -lloriqueó Hermione.

Él por fin pareció aceptar la verdad de sus palabras. Utilizando un Encantamiento Repulsor Hermione le ayudó a volver a sentarse, él giró en el lugar y se desvaneció, sin dejar atrás al marcharse nada más que la bolsa que Ron le había quitado de las manos y algunos resto de vómito.

-Urgh -dijo Hermione, sujentando en alto el ruedo de su túnica para evitar los charcos de vómito-. Habría sido mucho menos molesto Aturdirle.

-Si -dijo Ron, emergiéndo de debajo de la capa y sujetando la bolsa del mago-, pero entonces tendríamos una enorme pila de cuerpos inconscientes que habría atraído mucho más la atención.

En dos minutos, Ron estaba allí ante ellos, tan pequeño y perruno como el mago enfermo, y vistiendo la túnica azul marino que había estado doblada en su bolsa.

-Es raro que no la lleve todo el día, ¿verdad? viendo lo mucho que quería marcharse. De cualquier modo, soy Reg Cattermole, de acuerdo con la etiqueta de mi bolsa.

-Ahora espera aquí -dijo Hermione a Harry, que todavía estaba bajo la Capa de Invisibilidad-. Y volveremos con algunos cabellos para ti.

Tuvo que esperar diez minutos, pero a Harry le pareció mucho más, acechando solo en el callejón salpicado de vómito junto a la puerta que ocultaba a la Aturdida Mafalda. Finalmente Ron y Hermione reaparecieron.

-No sabemos quien es, -dijo Hermioe, pasando a Harry varios cabellos negros rizados, ¡pero se fue a casa con una horrorosa hemorragia nasal! Aqui tienes, es bastante alto, necesitarás una túnica más grande…

Sacó un conjunto de túnicas viejas que Kreacher había lavado para ellos, y Harry se retiró para tomar la poción y cambiarse.

Una vez la dolorosa transformación estuvo completa tenía más de metro ochenta de estatura, a los que acompañaba unos brazos bien musculados y una poderosa constitución. También tenía barba. Guardando la Capa de Invisibilidad y sus gafas dentro de su nueva túnica, se unió a los otros dos.

-Caray, es escalofriante -dijo Ron, mirando a Harry, que ahora se erguía sobre él.

-Cojamos algunas de las fichas de Mafalda -dijo Hermione a Harry y entremos, son casi las nueve.

Salieron del callejón juntos. Cincuenta yardas a lo largo de la acera atestada había barandillas negras que

bordeaban dos juegos de escalones, uno etiquetado como CABALLEROS y otro DAMAS.

-Os veo en un momento entonces -dijo Hermione nerviosamente, y bajó tambaleante los escalones de DAMAS. Harry y Ron se unieron a un buen número de hombres extrañamente vestido que descendían a lo que parecía ser un baño público subterráneo ordinario, azulejado de mugriento blanco y negro.

-¡Buenos días, Reg! -llamó otro mago de túnica azul marina y se metió en un cubículo insertando su ficha dorada en una ranura de la puerta-. Menudo grano en el culo, este, ¿eh? ¡Obligarnos a todos a ir al trabajo de esta forma! ¿Quién creen que va a colarse dentro, Harry Potter?

El mago rugió de risa ante su propia ocurrencia. Ron soltó una risita forzada.

-Si, -dijo- estúpido, ¿verdad?

Y él y Harry se metieron un cubículos adyacentes.

De derecha e izquierda a Harry le llegaba el ruido de tirar de la cadena. Se agachó y espió a través de la abertura del fondo del cubículo, justo a tiempo para ver un par de pies calzados con botas entrár en el baño de la puerta de al lado.

Miró a la izquierda y vio a Ron parpadeando hacia él.

-¿Tenemos que tirarnos por el retrete? -susurró.

-Busca como, -le respondió Harry en susurros; su voz salió profunda y grave.

Se pusieron ambos de pie. Sintiéndose excepcionalmente tonto, Harry trepó al retrete

Supo al instante que había hecho lo correcto; a pesar de que parecía estar de pie en el agua, sus zapatos, pies y ropa permanecían secos. Extendió la mano hacia arriba, tiró de la cadena, y al momento siguiente bajaba zumbando por un corto tobogán, emergiendo de una chimenea en el Ministerio de Magia.

Se puso en pie torpemente. Había en él un montón más cuerpo del que estaba acostumbrado a manejar. El grandioso atrio parecía más oscuro de lo que Harry recordaba. Anteriormente una fuente doraba había llenado el centro del vestíbulo, lanzando chorros dorados de luz sobre la madera pulida del suelo y las paredes. Ahora una estatua gigante de piedra negra dominaba la escena. Era bastante aterradora, una vasta escultura de una bruja y un mago sentados en tronos muy ornamentados, bajando la mirada hacia los trabajadores del Ministerio que salían despedidos de las chimeneas bajo ellos. Grabadas en letras de treinta centímetros de altura en la base de la estatura estaban las palabras

LA MAGIA ES PODER.

Harry recibió un fuerte golpe en la parte de atrás de las piernas; otro mago acababa de salir de la chimenea tras él.

-¡Fuera de mi camino, no puedes... oh, lo siento, Runcorn!

Claramente asustado, el mago parcialmente calvo se apresuró a alejarse. Aparentemente el hombre al que Harry estaba representando, Runcorn, era intimidante.

-¡Psst! -dijo una voz, y miró alrededor para ver a una bruja de cabello corto y al mago de aspecto perruno de Mantenimiento Mágico gesticulando hacia él junto a la estatua. Harry se apresuró a unirse a ellos.

-¿Todo bien entonces? -susurró Hermione a Harry.

-No, todavía está embutido dentro de ese cerdo -dijo Ron.

-Oh, muy divertido... es horrible, ¿verdad? -dijo a Harry, que estaba mirando la estatua-. ¿Ves en qué están sentados?

Harry miró más atentamente y comprendió que lo que había pensado que eran tronos con tallas decorativas eran en realidad montones de seres humanos esculpidos; cientos y cientos de cuerpos desnudos, hombres, mujeres y niños, todos con caras bastante estúpidas y feas, retorcidos y presionados todas juntas para soportar el peso del los magos bien vestidos.

-Muggles -susurró Hermione-. En el lugar que les corresponde. Vamos, entremos.

Se unieron a la marea de brujas y magos que avanzaban hacia las verjas doradas al final del vestíbulo, mirando

alrededor e intentando parecer tan poco sospechosos como fuera posible, pero no había señales de la inconfundible figura de Dolores Umbridge. Pasaron a través de las verjas a un vestíbulo más pequeño donde se formaban colas delante de veinte rejas doradas que albergaban otros tantos ascensores.

-¡Cattermole!

Miraron alrededor; el estómago de Harry dio un vuelco. Uno de los mortifagos que habían presenciado la muerte de Dumbledore se acercaba a zancadas a ellos. Los trabajadores del Ministerio que estaban junto a ellos se quedaron en silencio, el hombre fruncía el ceño, su cara ligeramente animal contrastaba extrañamente con su magnífica y abrumadora túnica, bordada con mucho hilo dorado. Algunos de entre la multitud que se reunía alrededor de los ascensores gritaron aduladoramente: ¡Buenos días Yaxleay!. Yaxley los ignoró.

-Solicité a alguien de Mantenimiento Mágico para ocuparse de mi oficina, Cattermole. Todavía está lloviendo allí.

Ron miró alrededor como si esperara que algún otro interviniera, pero nadie habló.

-¿Lloviendo... en su oficina? Eso... Eso no es bueno, ¿verdad?

Ron soltó una risa nerviosa. Los ojos de Yaxley se abrieron de par en par.

-Crees que es divertido, Cattermole, ¿verdad?

Un par de brujas se separaron de la cola del ascensor y se alejaron apresuradamente.

-No -dijo Ron-. No, por supuesto…

-¿Comprendes que voy de camino abajo para interrogar a tu esposa, Cattermole? De hecho, me sorprende bastante que no estés allí abajo cogiéndola de la mano mientras espera. Ya la has dado por perdida, ¿verdad? Probablemente sabio. Asegúrate de casarte con una sangrepura la próxima vez.

Hermione emitió un pequeño grito de horror. Yaxley la miró. Ella tosió débilmente y se giró.

-Yo… yo… -tartamudeó Ron.

-Pero si mi esposa fuera acusada de ser una nacida muggle -dijo Yaxley-… no es que ninguna mujer con la que yo me casara pudiera ser confundida con esa basura… y el Jefe del Departamento de Refuerzo de la Ley Mágica necesitara que se hiciera un trabajo, convertiría en mi prioridad hacer ese trabajo, Cattermole. ¿Me comprendes?

-Si -murmuró Ron.

-Entonces atiéndelo, Cattermole, y si mi oficina no está completamente seca dentro de una hora, el Estatus de Sangre de tu mujer será más grave incluso de lo que ya es ahora.

La reja dorada ante ellos se abrió traqueteando. Con un asentimiento y una sonrisa complacida a Harry, de quien evidentemente se esperaba que apreciara este tratamiento a Cattermole, Yaxley se alejó hacia el otro ascensor. Harry, Ron y Hermione entraron en el suyo, pero nadie les siguió. Era como si fueran contagiosos. Las rejas se cerraron con un sonido metálico y el ascensor empezó a subir.

-¿Qué voy a hacer? -preguntó Ron a los otros dos, parecía afligido-. Si no aparezco, mi esposa... quiero decir la esposa de Cattermole...

-Iremos contigo, deberíamos permanecer juntos... -empezó Harry pero Ron sacudió la cabeza fervorosamente.

-Eso es una locura, no tenemos mucho tiempo. Vosotros dos encontrad a Umbridge, yo iré y arreglaré lo de la oficina de Yaxley... ¿pero como hago que deje de llover?

-Intenta con Finite Incantatem -dijo Hermione en seguida-, eso debería detener la lluvia si es un maleficio o una maldición; si no lo es, algo va mal con el Encantamiento Atmosférico, lo que sería más difícil de arrelgar, así que como medida provisoria intenta Impervious para proteger sus pertenencias...

-Pronuncialo de nuevo, lentamente... -dijo Ron, buscando desesperadamente en sus bolsillos una pluma, pero en ese momento el asensor saltó y se detuvo.

Una voz femenina e incorporea dijo.

-Nivel cuatro, Departamento de Regulación y Control de las Criaturas Mágicas, que incluye las Divisiones de Bestias, Seres y Espíritus, la Oficina de Coordinación de Duendes y la Agencia Consultiva de Plagas.. -Y las rejas se abrieron de nuevo, admitiendo a un par de magos y varios aviones de papeles de un pálido violeta que revolotearon alrededor de la lámpara del techo del ascensor.

-Buenos días, Albert -dijo un hombre peludo y con barba, sonriendo a Harry. Él miró hacia Ron y Hermione mientras el ascensor subía una vez más. Hermione estaba ahora susurrando instrucciones frenéticas a Ron. El mago se inclinó hacia Harry, con mirada maliciosa, y murmuró.

-Dirk Cresswell, ¿eh? ¿De Coordinación de Duendes? Muy buena, Albert. ¡Confío en que ahora conseguiré ese puesto!

Le guiñó un ojo. Harry respondió con una sonrisa, esperando que eso fuera suficiente. El ascensor se detuvo, las rejas se abrieron una vez más.

-Nivel dos, Departamento de Seguridad Mágica, que incluye la Oficina Contra el Uso Indebido de la Magia, el Cuartel General de Aurores y los Servicios Administrativos del Wizengamot-dijo la voz incorpórea de la bruja.

Harry vio a Hermione dar a Ron un pequeño empujón y este se apresuró a salir del ascensor, seguido por otros magos, dejando a Harry y Hermione solos. En el

momento en que las puertas doradas se hubieron cerrado, Hermione dijo muy rápido.

-En realidad, Harry, creo que será mejor que vaya con él, no creo que sepa lo que está haciendo y si hace que le descubran todo…

-Nivel uno, Ministro de Magia y Personal de Apoyo.

Las rejas doradas se separaron de nuevo y Hermione jadeó. Cuatro personas estaba de pie ante ellos. Dos de ellos inmersos en una animada conversación; un mago de pelo largo que vestía una magnífica túnica de negro y oro y una bruja rechoncha con aspecto de sapo que llevaba un lazo de terciopelo en su corto cabello y aferraba un portafolios contra su pecho.

Capítulo Trece



La comisión de registro de los nacidos muggles

—¡Ah, Mafalda! —dijo Umbridge, mirando a Hermione—. ¿Travers te mandó a ti, eh?

—S-sí —chilló Hermione.

—Bien, servirás perfectamente bien. —Umbridge se dirigió al mago vestido de negro y dorado—. Ese problema está resuelto, Ministro, si pueden prescindir de Mafalda en la oficina de Registros podremos empezar inmediatamente. —Consultó su portafolios—. ¡Diez personas hoy y una de ellas la mujer de un empleado del Ministerio! Vaya, vaya... ¡incluso aquí, en el corazón del Ministerio! —Se metió en el ascensor tras Hermione, al igual que los dos magos que habían estado escuchando la conversación de Umbridge con el Ministro—. Vamos directas abajo, Mafalda, encontrarás todo lo que necesites en la sala del tribunal. Buenos días, Albert, ¿no te bajas?

—Sí, por supuesto —dijo Harry con la voz profunda de Runcorn.

Harry salió del ascensor. La reja dorada se cerró con un ruido metálico tras él. Mirando por encima de su hombro, Harry vio el rostro ansioso de Hermione perdiéndose de vista, con un mago alto a cada lado y las gomas de pelo de terciopelo de Umbridge a nivel de su hombro.

—¿Qué te trae por aquí arriba, Runcorn? —le preguntó el nuevo Ministro de Magia. Su largo cabello negro y barba estaban veteados de plateado, y una frente sobresaliente ensombrecía sus brillantes ojos, recordando a Harry a un cangrejo rebuscando bajo una roca.

—Necesitaba hablar un momento con —Harry dudó durante una fracción de segundo— Arthur Weasley. Alguien dijo que estaba en la planta uno.

—Ah —dijo Pius Thicknesse—. ¿Le pillaron contactando con un Indeseable?

—No —dijo Harry, con la garganta seca—. No, nada de eso.

—Ah, bueno, es sólo cuestión de tiempo —dijo Thicknesse—. Si quieres saber mi opinión, los traidores de sangre son tan malos como los sangre sucia. Que tengas un buen día, Runcorn.

—Que tenga un buen día, Ministro.

Harry vio a Thicknesse marcharse por el pasillo de alfombras gruesas. En el momento en que el Ministro se perdió de vista, Harry sacó la Capa de Invisibilidad de debajo de su pesada capa negra, se la lanzó por encima y se dirigió por el pasillo en dirección opuesta. Runcorn era tan alto que Harry se vio obligado a parar para asegurarse de que sus pies estuvieran ocultos.

El pánico le atenazó la parte baja del estómago. Mientras pasaba junta varias puertas brillantes de madera, cada una con una pequeña placa con el nombre del propietario y su ocupación en ella, el poderío del Ministerio, su complejidad, su impenetrabilidad, pareció caer sobre él, de forma que el plan que había tramado con tanto cuidado junto a Ron y Hermione durante las últimas cuatro semanas pareció absurdamente infantil. Habían concentrado todos sus esfuerzos en acceder al interior sin ser detectados: no habían pensado en lo que harían si se veían obligados a separarse. Ahora Hermione estaba metida en procedimientos legales, que indudablemente se prolongaban durante horas; Ron estaba luchando por hacer magia que Harry estaba seguro de que estaba por encima de su nivel, con la libertad de una mujer posiblemente dependiendo de los resultados, y él, Harry, estaba paseándose por el piso superior cuando sabía perfectamente bien que su presa acababa de bajar en el ascensor.

Dejó de caminar, se apoyó contra una pared e intentó decidir lo que hacer. El silencio se abatió sobre él: allí no había bullicio, ni conversaciones, ni pasos ligeros; los pasillos de alfombras púrpuras estaban

callados como si hubiesen lanzado un hechizo *Muffliato* en ellos.

Su oficina debe estar aquí arriba, pensó Harry.

Parecía bastante poco probable que Umbridge guardase las joyas en su oficina, pero por otro lado, parecía tonto no buscar para asegurarse. Por lo tanto, se dirigió de nuevo por el pasillo pasando sólo junto a un mago con el ceño fruncido que murmuraba instrucciones a una pluma que flotaba delante de él, garabateando en un trozo de pergamino.

Ahora prestando atención a los nombres en las puertas, Harry torció en una esquina. A medio camino por el siguiente pasillo se encontró en un espacio amplio y abierto donde una docena de brujas y magos estaban sentados en filas en pequeños pupitres, no muy diferentes a los del colegio, aunque mucho más pulidos y sin pintadas. Harry se detuvó para mirarlos, porque el efecto era bastante hipnótico. Todos estaban agitando y haciendo girar sus varitas al unísono, y cuadrados de papel de colores volaban en todas direcciones como pequeñas cometas rosas. Tras unos pocos segundos, Harry se dio cuenta de que los procedimientos seguían un ritmo, de que todos los papeles formaban el mismo patrón; y tras otros pocos segundos se dio cuenta que estaba viendo la creación de panfletos, que los papeles cuadrados eran páginas, que, cuando se juntaban, se plegaban y se les aplicaba magia, y se depositaban en pilas ordenadas al lado de cada bruja o mago.

Harry se aproximó con sigilo, aunque los trabajadores estaban tan concentrados en lo que

estaban haciendo que dudaba que notasen un paso silencioso sobre la alfombra, y cogió un panfleto completo de la pila de detrás de una bruja joven. Lo examinó bajo la capa de Invisibilidad. Su portada rosa estaba grabada con un título dorado:

SANGRES SUCIA

Y los Peligros Que Suponen

para una Pacífica Sociedad de Sangre Limpia

Bajo el título había un dibujo de una rosa roja con una cara de sonrisa tonta en el medio de los pétalos, siendo estrangulada por una mala hierba verde con colmillos y el entrecejo fruncido. En el panfleto no figuraba el nombre del autor, pero de nuevo, las cicatrices en la parte posterior de su mano derecha parecieron hormiguear mientras lo examinaba. Entonces la joven bruja a su lado confirmó su suposición al decir, todavía agitando y dando vueltas a su varita:

—¿Alguien sabe si la vieja arpía se pasará todo el día interrogando a sangres sucia?

—Cuidado —dijo el mago a su lado, mirando con nerviosismo a su alrededor; una de sus páginas perdió el ritmo y cayó al suelo.

—¿Qué pasa, ahora tiene orejas mágicas además de un ojo?

La bruja miró hacia la puerta brillante de caoba frente al espacio lleno de fabricantes de panfletos; Harry también miró y la cólera se alzó en su interior como una serpiente. Donde debería haber habido una mirilla en una puerta principal muggle, un ojo grande y redondo con un brillante iris azul había sido colocado en la madera… un ojo que era terriblemente familiar para cualquiera que hubiese conocido a Alastor Moody.

Durante una fracción de segundo Harry se olvidó de donde se encontraba y lo que estaba haciendo allí: incluso se olvidó de que era invisible. Avanzó directamente hacia la puerta para examinar el ojo. No se movía: miraba ciegamente hacia arriba, congelado. En la placa que tenía debajo se leía:

DOLORES UMBRIDGE

SUBSECRETARIA DEL MINISTRO

Debajo de eso, una placa nueva ligeramente más brillante ponía:

JEFA DE LA COMISIÓN DE REGISTRO

DE NACIDOS MUGGLES

Harry volvió la vista a las docenas de fabricantes de panfletos; aunque estaban concentrados en su trabajo, difícilmente podía suponer que no notasen que la puerta de una oficina vacía se abría delante de ellos. Por lo tanto sacó de un bolsillo interior un extraño objeto con pequeñas piernas que se balanceaban y una bocina de caucho como cuerpo. Poniéndose en cuclillas

bajo la capa, colocó el Detonador Trampa sobre el suelo.

Este se escabulló al momento entre las piernas de los magos y brujas que estaban enfrente. Unos pocos momentos después, durante los que Harry estuvo esperado con la mano en el pomo, se oyó un fuerte golpe y una gran cantidad de humo negro acre ondeó en una esquina. La joven bruja de la primera fila chilló: páginas rosas volaron por todas partes cuando ella y sus compañeros saltaron, buscando la fuente del revuelo. Harry giró el pomo, entró en la oficina de Umbridge y cerró la puerta.

Sintió como si hubiese retrocedido en el tiempo. La habitación era exactamente igual que la oficina de Umbridge en Hogwarts: colgaduras de encaje, paños y flores secas cubrían cada superficie disponible. Las paredes tenían los mismos platos ornamentales, cada uno con un gatito muy coloreado decorado con lazos, brincando y retozando con repugnante monería. El escritorio estaba cubierto por una tela con flores y volantes. Detrás del ojo de Ojoloco, un enganche telescópico permitía a Umbridge espiar a los trabajadores que estaban al otro lado. Harry miró por él y vio que todavía estaban reunidos en torno al Detonador Trampa. Arrancó el telescopio de la puerta, dejando un agujero en su lugar, le sacó el ojo mágico y se lo guardó en el bolsillo. Después se giró para examinar de nuevo la habitación, levantó la varita y murmuró:

—¡*Accio relicario*!

No pasó nada, pero era lo que había esperado; sin duda Umbridge sabía todo sobre encantamientos y hechizos protectores. Por lo tanto se apresuró hacia detrás del escritorio y empezó a abrir los cajones. Vio plumas y cuadernos de notas y celo mágico; sujetapapeles que se enroscaban como serpientes saliendo del cajón y a los que había que hacer retroceder; una recargada cajita con encaje llena de gomas y pinzas de pelo de repuesto; pero ni rastro de un relicario.

Había un archivador detrás del escritorio. Harry empezó a buscar en él. Como los archivadores de Filch en Hogwarts, estaba lleno de carpetas, cada una etiquetada con un nombre. No fue hasta que Harry llegó al cajón que estaba más abajo que vio algo que lo distrajo de su búsqueda: el archivo del señor Weasley.

Lo sacó y lo abrió.

ARTHUR WEASLEY

ESTADO DE SANGRE: Sangre pura, pero con inaceptables tendencias a favor de los muggles. Conocido miembro de la Orden del Fénix.

FAMILIA: Mujer (sangre pura), siete hijos, los dos más jóvenes en Hogwarts. Nótese bien: el hijo más joven está actualmente en casa, seriamente enfermo. Los inspectores del Ministerio lo confirmaron.

ESTADO DE SEGURIDAD: RASTREADO. Todos los movimientos están siendo controlados. Fuerte

probabilidad de que el Indeseable nº 1 contacte (ha estado previamente con la familia Weasley)

—Indeseable número uno —murmuró Harry en voz baja mientras volvía a colocar la carpeta del señor Weasley y cerraba el cajón. Tenía una idea de quién era ese, y efectivamente, cuando se enderezó y echó un vistazo a la oficina buscando nuevos sitios donde ocultar cosas, vio un póster de sí mismo en la pared, con las palabras INDESEABLE Nº 1 estampadas en su torso. Una pequeña nota rosa estaba con un dibujo de un gatito estaba clavada en la esquina. Harry se acercó hasta allí para leerla y vio lo que Umbridge había escrito: *"A ser castigado"*

Más enfadado que nunca, procedió a buscar a tientas en los fondos de los jarrones y cestas de flores secas, pero no le sorprendió demasiado de que el relicario no estuviese allí. Barrió la oficina con una última mirada y su corazón dio un salto. Dumbledore le estaba mirando desde un pequeño espejo rectangular, sujeto a una librería tras el escritorio.

Harry atravesó el cuarto a la carrera y lo cogió, pero en el momento en que lo tocó se dio cuenta de que no era un espejo. Dumbledore estaba sonriendo melancólicamente desde la portada de un libro reluciente; Harry no se dio fijó de inmediato en la curvada escritura verde sobre su sombrero —*Vida y Mentiras de Albus Dumbledore*— y tampoco de la escritura más pequeña sobre su torso: "por Rita Skeeter, autora de éxito de *Armando Dippet: ¿Maestro o Idiota?*"

Harry abrió el libro de forma aleatoria y vio una fotografía en una página que mostraba a dos adolescentes, ambos riendo sin moderación con los brazos alrededor de los hombros del otro. Dumbledore, ahora con el pelo largo hasta los codos, se había dejado crecer una barba rala que recordaba a la de Krum, y que tanto había molestado a Ron. El muchacho que se reía en silenciosa diversión junto a Dumbledore tenía un aire eufórico y salvaje. Su cabello dorado caía en rizos sobre sus hombros. Harry se preguntó si sería un joven Doge, pero antes de poder comprobar el pie de foto, la puerta de la oficina se abrió.

Si Thicknesse no hubiese estado mirando por encima del hombro al entrar, Harry no habría tenido tiempo de cubrirse con la Capa de Invisibilidad. Aun así, creyó que Thicknesse tal vez había vislumbrado un movimiento, porque durante un momento o dos se quedó bastante quieto, mirando con curiosidad al lugar donde Harry se acababa de desvanecer. Quizás decidiendo que todo lo que había visto era a Dumbledore rascándose la nariz en la portada del libro, porque Harry lo había colocado con rapidez en el estante, Thicknesse al fin se acercó al escritorio y apuntó con su varita a la pluma preparada en el tintero. Esta salió disparada y empezó a garabatear una nota para Umbridge. Muy despacio, casi sin atreverse a respirar, Harry salió de la oficina hacia el espacio abierto que estaba detrás.

Los fabricantes de panfletos todavía estaban apiñados alrededor de los restos del Detonador Trampa, que continuaba ululando débilmente mientras echaba humo. Harry se apresuró al pasillo mientras una bruja decía:

—Me apuesto a que llegó hasta aquí desde Encantamientos Experimentales. Son tan descuidados, ¿recuerdas aquel pato venenoso?

Volviendo con rapidez a los ascensores, Harry repasó sus opciones. Nunca había sido muy probable que el medallón estuviera en el Ministerio, y no había esperanza de sacarle a Umbridge su localización con un encantamiento mientras estuviera sentada en una sala atestada. Su prioridad ahora tenía que ser abandonar el Ministerio antes de que los descubrieran, e intentarlo de nuevo otro día. Lo primero que tenía que hacer era encontrar a Ron, y entonces podían pensar en una manera de sacar a Hermione de la sala del tribunal.

El ascensor estaba vacío cuando llegó. Harry saltó al interior y se sacó la Capa de Invisibilidad cuando este empezó a descender. Para su enorme alivio, cuando se detuvo en la planta dos, un Ron, empapado y con los ojos muy abiertos, entró.

—B-buenos días —tartamudeó hacia Harry mientras el ascensor se volvía a poner en marcha.

—¡Ron, soy yo, Harry!

—¡Harry! Caray, me había olvidado del aspecto que tenías… ¿Por qué no está Hermione contigo?

—Tuvo que bajar a las salas del tribunal con Umbridge, no pudo rechazarla, y…

Pero antes de que Harry pudiese acabar el ascensor se detuvo otra vez: las puertas se abrieron y el señor

Weasley entró, hablando con una bruja anciana cuyo cabello rubio estaba estirado tan alto que parecía un hormiguero.

—... entiendo muy bien lo que me dices, Wakanda, pero me temo que no puedo participar en...

El señor Weasley se interrumpió; se había fijado en Harry. Fue muy extraño que el señor Weasley le fulminase con la mirada con tanta aversión. Las puertas del ascensor se cerraron y los cuatro bajaron lentamente una vez más.

—Oh, hola Reg —dijo el señor Weasley, mirando alrededor ante el sonido del chorrear constante de la túnica de Ron—. ¿No estaban hoy interrogando a tu mujer? Eh... ¿qué te ha pasado? ¿Por qué estás tan mojado?

—En la oficina de Yaxley está lloviendo —dijo Ron. Le habló al hombro del señor Weasley, y Harry estaba seguro de que temía que su padre pudiese reconocerlo si se miraban directamente a los ojos—. No pude pararlo, así que me enviaron a buscar a Bernie... Pillsworth, creo que dijeron...

—Sí, últimamente ha estado lloviendo en muchas oficinas —dijo el señor Weasley—. ¿Intentaste una Maldición Meteorológica Recanto? A Bletchley le funcionó.

—¿Maldición Meteorológica Recanto? —susurró Ron—. No, no lo probé. Gracias p... quiero decir, gracias, Arthur.

Las puertas del ascensor se abrieron; la vieja bruja del pelo de hormiguero salió, y Ron la siguió hasta perderse de vista. Harry hizo un movimiento para seguirlo, pero encontró su camino bloqueado cuando Percy Weasley entró en el ascensor, con la nariz enterrada en unos papeles que estaba leyendo.

Hasta que las puertas se cerraron de nuevo con un ruido metálico, Percy no se dio cuenta de que estaba en un ascensor con su padre. Levantó la vista, vio a Arthur, se puso rojo como un rábano y salió del ascensor en cuanto las puertas se abrieron otra vez. Por segunda vez Harry intentó salir, pero esta vez vio su camino bloqueado por el brazo de Arthur.

—Un momento, Runcorn.

Las puertas del ascensor se cerraron y mientras bajaban otro piso, el señor Weasley dijo:

—Oí que pasaste información sobre Dirk Cresswell.

Harry tuvo la impresión de que la ira del señor Weasley no sólo era por haberse cruzado con Percy. Decidió que su mejor opción era hacerse el tonto.

—¿Perdón? —dijo.

—No finjas, Runcorn —dijo el señor Weasley con fiereza—. Localizaste al mago que falsificó su árbol genealógico, ¿verdad?

—Yo... ¿y qué si lo hice? —dijo Harry.

—Que Dirk Cresswell es diez veces mejor mago que tú —dijo el señor Weasley con calma, mientras el ascensor bajaba todavía más—. Y si sobrevive a Azkaban, tendrás que responder ante él, por no decir ante su mujer, sus hijos y sus amigos…

—Arthur —le interrumpió Harry—, ¿sabes que te están investigando, verdad?

—¿Eso es una amenaza, Runcorn? —dijo el señor Weasley elevando la voz.

—No —dijo Harry— ¡Es un hecho! Están vigilando cada movimiento que haces…

Las puertas del ascensor se abrieron. Habían alcanzado el Atrio. El señor Weasley lanzó a Harry una mirada cáustica y salió del ascensor. Harry se quedó de pie, sacudido, deseando estar haciéndose pasar por cualquier otro excepto Runcorn… las puertas del ascensor se volvieron a cerrar.

Harry sacó la Capa de Invisibilidad y se la volvió a poner. Intentaría sacar a Hermione por su cuenta mientras Ron se ocupaba de la oficina en la que llovía. Cuando las puertas se abrieron, salió a un pasillo de piedra iluminado con antorchas bastante diferente a los pasillos con paneles de madera de los pisos superiores. Cuando el ascensor traqueteó de nuevo, Harry tembló ligeramente, mirando hacia la lejana puerta negra que marcaba la entrada al Departamento de Misterios.

Salió del ascensor, su destino no era la puerta negra, sino el vano de la puerta que recordaba situado al lado

izquierdo, que daba a un tramo de escaleras que bajaba hasta las salas del tribunal. Su mente se llenó de posibilidades mientras las bajaba: todavía tenía un par de Detonador Trampa, ¿pero tal vez sería mejor simplemente llamar a la puerta de la sala, entrar como Runcorn y pedir hablar un momento con Mafalda? Por supuesto, no sabía si Runcorn era lo suficientemente importante como para salir bien parado de esto, e incluso si lo conseguía, la no reaparición de Hermione podría provocar una búsqueda antes de que saliesen del Ministerio…

Sumido en sus pensamientos, no registró de inmediato el extraño frío que lo estaba invadiendo, como si estuviese sumiéndose en la niebla. Con cada paso que daba había más y más frío: un frío que le llegaba al fondo de la garganta y le desgarraba los pulmones. Y entonces sintió ese sentimiento arrebatador de desesperación, de desesperanza, llenándolo, expandiéndose en su interior…

Dementores, pensó.

Y cuando alcanzó la base de las escaleras y se giró a la derecha vio una escena espantosa. El largo pasillo fuera de las salas estaba lleno de figuras altas y con capas negras, con las caras completamente ocultas, su aliento entrecortado era el único sonido en el lugar. Los petrificados nacidos muggles traídos para ser interrogados se sentaban amontonados y temblando en bancos duros de madera. La mayoría ocultaban los rostros entre las manos, quizás en un intento instintivo de escudarse de las codiciosas bocas de los dementores. Algunos estaban acompañados por sus

familias, otros se sentaban solos. Los dementores se deslizaban de un lado a otro delante de ellos, y el frío y la desesperanza, y la desesperación del lugar se cernieron sobre Harry como una maldición…

Lucha contra esto, se dijo, pero sabía que no podía conjurar aquí un patronus sin descubrirse al instante. Así que se movió hacia delante tan silencioso como pudo, y con cada paso que daba el entumecimiento pareció invadir su cerebro, pero se forzó a pensar en Hermione y Ron, que le necesitaban.

Moverse entre las altas figuras negras fue terrorífico: los rostros sin ojos ocultos bajo las capuchas se giraron cuando pasó, y estaba seguro que le habían sentido, sentido, tal vez, una presencia humana que todavía tenía alguna esperanza, alguna capacidad de recuperación…

Y entonces, abrupta y asombrosamente entre el silencio congelado, una de las puertas de las mazmorras de la izquierda se abrió de golpe, y resonaron gritos en su interior.

—No, no, tengo sangre mezclada. ¡Os digo que tengo sangre mezclada! Mi padre era un mago, lo *era*, comprobadlo, Arkie Alderton, es un conocido diseñador de escobas voladoras, comprobadlo, os digo… quitadme las manos de encima, quitadme las manos…

—Esta es tu última advertencia —dijo la voz suave de Umbridge, mágicamente amplificada de modo que sonaba claramente por encima de los desesperados

gritos del hombre—. Si te resistes, serás sometido al beso del dementor.

Los gritos del hombre se apagaron, pero resonaron sollozos secos por el pasillo.

—Sacadlo de aquí —dijo Umbridge.

Dos dementores aparecieron en el umbral de la sala del tribunal, agarrando con sus manos podridas y con costras los antebrazos de un mago que parecía estar desmayándose. Se deslizaron por el pasillo con él, y la oscuridad que los seguía se tragó al hombre de vista.

—Siguiente… Mary Cattermole —llamó Umbridge.

Una mujer pequeña se levantó; estaba temblando de la cabeza a los pies. Su cabello oscuro estaba recogido en un moño y llevaba una túnica larga y simple. Su cara estaba completamente pálida. Cuando pasó entre los dementores, Harry la vio estremecerse.

Lo hizo instintivamente, sin ningún tipo de plan, porque odiaba verla entrar sola a la mazmorra: cuando la puerta empezó a cerrarse, se deslizó en la sala del tribunal detrás de ella.

No era la misma sala en la que una vez había sido interrogado por uso incorrecto de la magia. Esta era mucho más pequeña, aunque el techo estaba igualmente elevado; provocaba el sentimiento claustrofóbico de estar atrapado en el fondo de un profundo pozo.

En ella había muchos más dementores, propagando su aura helada por todo el lugar; estaban de pie como centinelas sin rostro en las esquinas más alejadas de la alta y elevada plataforma. Allí, detrás de una balaustrada, se sentaba Umbridge, con Yaxley a un lado, y Hermione, con la cara tan pálida como la de la señora Cattermole, al otro. A los pies de la plataforma, un gato de pelo largo y brillante color plateado merodeaba de arriba abajo, de arriba abajo, y Harry se dio cuenta de que estaba allí para proteger a los acusadores de la desesperación que emanaba de los dementores: esto era para que lo sufriera el acusado, no los acusadores.

—Siéntese —dijo Umbridge, con su voz suave y sedosa.

La señora Cattermole fue tropezando hasta una silla solitaria en el medio del suelo delante de la plataforma. En el momento en que se sentó, unas cadenas se cerraron en los apoyabrazos de la silla y la inmovilizaron a ella.

—¿Es usted Mary Elizabeth Cattermole? —preguntó Umbridge.

La señora Cattermole dio un simple y tembloroso asentimiento con la cabeza.

—¿Casada con Reginald Cattermole del Departamento de Mantenimiento Mágico?

La señora Cattermole se echó a llorar.

—No sé donde está, ¡se suponía que se iba a encontrar conmigo aquí!

Umbridge la ignoró.

—¿Madre de Maisie, Ellie, y Alfred Cattermole?

La señora Cattermole sollozó todavía con más fuerza.

—Están asustados, creen que tal vez no vuelva a casa…

—Ahórrenos eso —le espetó Yaxley—. Los mocosos de los sangre sucia no despiertan nuestra compasión.

Los sollozos de la señora Cattermole ocultaron los pasos de Harry cuando se fue acercando con cautela hacia los escalones que llevaban a la elevada plataforma. En el momento en que pasó junto al lugar donde el patronus de gato se movía, sintió el cambio de la temperatura: ahí todo era cálido y confortable. El patronus, estaba seguro, era de Umbridge, y brillaba con tanta intensidad por lo contenta que estaba ella de estar allí, en su elemento, aplicando las retorcidas leyes que había ayudado a redactar. Despacio y con mucha cautela fue bordeando la plataforma por detrás de Umbridge, Yaxley, y Hermione, sentándose detrás de esta. Estaba preocupado por si hacía saltar a Hermione. Pensó en lanzar el encantamiento *Muffliato* sobre Umbridge y Yaxley, pero hasta murmurar la palabra podría alarmar a Hermione. Entonces Umbridge elevó la voz para dirigirse a la señora Cattermole, y Harry aprovechó su oportunidad.

—Estoy detrás de ti —le murmuró a Hermione al oído.

Como había esperado, ella saltó con tanta violencia que casi derramó el bote de tinta con el que se suponía que tenía que registrar la entrevista, pero Umbridge y Yaxley estaban concentrados en la señora Cattermole, por lo que no lo advirtieron.

—Le fue confiscada una varita a su llegada al Ministerio hoy, señora Cattermole —estaba diciendo Umbridge—. Veintidós centímetros, madera de cerezo, núcleo de pelo de unicornio. ¿Reconoce esa descripción?

La señora Cattermole asintió, limpiándose los ojos con la manga.

—¿Podría decirnos por favor de qué mago o bruja tomó esa varita?

—¿T-tomar? —sollozó la señora Cattermole—. No se la q-quité a nadie. La c-compré cuando tenía once años. Me… me… me… *eligió*.

Lloró todavía con más fuerza que antes.

Umbridge dejó escapar una risa suave e infantil que hizo que Harry deseara atacarla. Se inclinó hacia delante sobre la barrera, para observar mejor a su víctima, y algo dorado también se inclinó y se balanceó en el vacío: el relicario.

Hermione lo había visto; dejó escapar un pequeño chillido, pero Umbridge y Yaxley, todavía concentrados en su presa, estaban sordos a todo lo demás.

—No —dijo Umbridge—, no, creo que no, señora Cattermole. Las varitas sólo escogen a magos o brujas. Usted no es una bruja. Aquí tengo las respuestas al cuestionario que le fue enviado… Mafalda, pásamelas.

Umbridge estiró una pequeña mano: en ese momento se parecía tanto a un sapo, que Harry se sorprendió bastante de no ver membranas entre los rechonchos dedos. Las manos de Hermione temblaban por la conmoción. Rebuscó en una pila de documentos colocados en la silla que tenía a su lado, finalmente sacando un fajo de pergaminos con el nombre de la señora Cattermole.

—Eso es… eso es bonito, Dolores —dijo, señalando al colgante que brillaba sobre los fruncidos pliegues de la blusa de Umbridge.

—¿Qué? —replicó Umbridge, bajando la vista—. Oh, sí… una vieja reliquia familiar. —dijo, dándole golpecitos al relicario que descansaba sobre su amplio pecho—. La S es de Selwyn… estoy emparentada con los Selwyn… De hecho, hay pocas familias de sangre pura con las que no estoy emparentada… una pena —continuó en voz más alta, pasando sobre el cuestionario de la señora Cattermole—, que no se pueda decir lo mismo de usted. *Profesión de los padres: verduleros*.

Yaxley se rió con mofa. Abajo, el peludo gato plateado patrullaba de arriba abajo, y los dementores seguían esperando en las esquinas.

Fue la mentira de Umbridge la que hizo que a Harry se le subiese la sangre al cerebro y olvidase su sentido de la precaución… que el relicario que había tomado como soborno de un insignificante criminal fuera usado para reforzar sus credenciales de pura sangre. Levantó la varita, sin ni siquiera preocuparse de mantenerla oculta bajo la capa de Invisibilidad y dijo:

—¡*Desmaius*!

Hubo un destello de luz roja; Umbridge se derrumbó y su frente golpeó el borde de la balaustrada; los papeles de la señora Cattermole se deslizaron de su regazo hasta el suelo, y por debajo, el gato plateado que merodeaba se desvaneció. Un aire helado los golpeó como un viento en dirección contraria. Yaxley, confuso, miró alrededor buscando la fuente del problema y vio la mano sin cuerpo de Harry y la varita apuntándolo. Intentó sacar su propia varita, pero fue demasiado tarde.

—¡*Desmaius*!

Yaxley se deslizó hasta el suelo para yacer enroscado.

—¡Harry!

—Hermione, si crees que me iba a quedar ahí sentado y dejar que ella fingiese…

—¡Harry, la señora Cattermole!

Harry se dio la vuelta, quitándose la Capa de Invisibilidad. Abajo, los dementores se habían movido de las esquinas; se estaban deslizando hacia la mujer encadenada en la silla. Ya fuese porque el patronus se había desvanecido o porque sentían que sus amos ya no tenían el control, parecían haber abandonado la contención.

La señora Cattermole dejó escapar un terrible grito de miedo cuando una mano viscosa y con costras le agarró el mentón y le inclinó la cabeza hacia atrás.

—*¡EXPECTO PATRONUM!*

El ciervo plateado salió disparado de la punta de la varita de Harry y saltó hacia los dementores, que retrocedieron y se fundieron de nuevo en las sombras. La luz del ciervo, más poderosa y cálida que la protección del gato, llenó la mazmorra por completo mientras cabalgaba a medio galope por la habitación.

—Coge el horrocrux —le dijo Harry a Hermione.

Bajó de nuevo por los escalones, guardando la Capa de Invisibilidad en su mochila, y se acercó a la señora Cattermole.

—¿Tú? —susurró ella, mirando su cara—. ¡Pero… pero Reg dijo que eras el que había presentado mi nombre para los interrogatorios!

—¿Lo hice? —farfulló Harry, tirando de las cadenas que le inmovilizaban los brazos—. Bueno, he cambiado de idea. ¡*Diffindo*! —no pasó nada—. Hermione, ¿cómo me deshago de estas cadenas?

—Espera, estoy intentando algo aquí arriba…

—Hermione, ¡estamos rodeados de dementores!

—Lo sé Harry, pero si se despierta y no tiene el medallón… necesito duplicarlo… ¡*Geminio*! Así… esto debería engañarla…

Hermione bajó corriendo las escaleras.

—Veamos… ¡*Relashio*!

Las cadenas hicieron un ruido metálico y retrocedieron en los apoyabrazos de la silla. La señora Cattermole parecía tan asustada como antes.

—No entiendo —susurró.

—Va a salir de aquí con nosotros —dijo Harry, poniéndola de pie—. Vaya a casa, coja a sus hijos y haya, salga del país si es necesario. Disfrácense y escapen. Ha visto como es, aquí no conseguirá un proceso justo.

—Harry —dijo Hermione—, ¿cómo vamos a salir de aquí con todos esos dementores fuera de la puerta?

—Patronus —dijo Harry, señalando con la varita al suyo: el ciervo redujo la velocidad y dispuso a caminar

hacia la puerta, todavía brillando intensamente—. Tantos como podamos conseguir; haz el tuyo, Hermione.

—*Expec... Expecto patronum* —dijo Hermione. No pasó nada.

—Es el único hechizo con el que tiene problemas —le contó Harry a una señora Cattermole completamente perpleja—. Un poco desafortunado, la verdad... Vamos, Hermione...

—*¡Expecto patronum!*

Una nutria plateada salió disparada de la punta de la varita de Hermione y nadó con elegancia por el aire para unirse al ciervo.

—Vamos —dijo Harry, y guió a Hermione y la señora Cattermole hacia la puerta.

Cuando los patronus se deslizaron fuera de la mazmorra hubo gritos de asombro de la gente que esperaba fuera. Harry miró alrededo,: los dementores estaban retrocediendo a ambos lados, fundiéndose con la oscuridad, dispersándose ante las criaturas plateadas.

—Se ha decidido que todos ustedes deben irse a casa y esconderse con sus familias. —lcomentó Harry a los nacidos muggles que esperaban, que estaban aturdidos por la luz de los patronus y todavía se encogían ligeramente de miedo.

—Salgan del país si pueden. Simplemente aléjense todo lo posible del Ministerio. Esa es la… eh… nueva postura oficial. Ahora, si siguen a los patronus, podrán marcharse desde el Atrio.

Consiguieron subir por las escaleras de piedra sin ser interceptados, pero cuando se acercaban a los ascensores Harry empezó a tener dudas. Si aparecían en el Atrio con un ciervo plateado, con una nutria flotando a su lado, y unas veinte personas, la mitad acusadas de ser nacidos muggles, no pudo evitar pensar que atraerían una atención indeseada. Justo acababa de llegar a esa conclusión inoportuna cuando el ascensor se detuvó con un ruido metálico delante de ellos.

—¡Reg! —gritó la señora Cattermole, y se lanzó a los brazos de Ron—. Runcorn me liberó, atacó a Umbridge y Yaxley, y nos ha dicho a todos que abandonemos el país. Creo que será mejor que lo hagamos Reg, de verdad. Vamos a casa y cojamos a los niños y… ¿por qué estás tan mojado?

—Agua —dijo Ron, libeándose del abrazo—. Harry, saben que hay intrusos dentro del Ministerio, algo acerca de un agujero en la puerta de la oficina de Umbridge. Calculo que tenemos cinco minutos o así…

El patronus de Hermione se desvaneció con un estallido mientras le dirigía una mirada horrorizada a Harry.

—¡Harry, si nos atrapan aquí…!

—No lo harán si nos movemos rápido —dijo Harry. Se dirigió al grupo silencioso que estaba tras ellos, y que le estaban mirando con la boca abierta—. ¿Quién tiene varita?

Alrededor de la mitad levantaron la mano.

—Muy bien, todos los que no tengan varita tienen que pegarse a alguien que sí tenga. Tenemos ser rápidos para que no nos puedan detener. Adelante.

Pudieron de meterse apretados en dos ascensores. El patronus de Harry se quedó como centinela ante de las puertas doradas hasta que estas se cerraron y los ascensores comenzaron a elevarse.

—Planta ocho —dijo la voz mecánica de la bruja—. El Atrio.

Harry supo al momento que tenían problemas. El Atrio estaba lleno de gente que se movía de chimenea en chimenea, sellándolas.

—¡Harry! —gritó Hermione—. ¿Qué vamos a…?

—¡ALTO! —dijo Harry con voz de trueno, y la poderosa voz de Runcorn resonó por el Atrio. Los magos que sellaban las chimeneas se quedaron paralizados—. Seguidme —susurró al grupo de aterrorizados magos nacidos muggles, que avanzaron en grupo, guiados por Ron y Hermione.

—¿Qué pasa, Albert? —dijo el mismo mago que se estaba quedando calvo que antes había seguido a Harry desde la chimenea. Parecía nervioso.

—Este grupo tiene que salir antes de que selléis las salidas —dijo Harry con toda la autoridad que fue capaz de reunir.

El grupo de magos que tenía delante empezó a mirarse entre sí.

—Nos han dicho que sellemos todas las salidas y no dejemos que nadie…

—*¿Me estás contradiciendo?* —soltó Harry—. ¿Quieres que haga que examinen tu árbol genealógico como hice con el de Dirk Cresswell?

—¡Lo siento! —dijo el mago casi calvo, retrocediendo—. No quise decir nada, Albert, pero pensé… pensé que los habían llevado para el interrogatorio…

—Su sangre es pura —dijo Harry, y su profunda voz resonó de forma impresionante por el vestíbulo—. Más pura que la de muchos de vosotros, debo decir. Salid todos —les dijo con voz resonante a los nacidos muggles, que se apresuraron hacia las chimeneas y empezaron a desvanecerse en parejas. Los magos del Ministerio se echaron hacia atrás, algunos con aspecto confuso, otros asustados y resentidos. Y entonces…

—¡Mary!

La señora Cattermole miró por encima de su hombro. El verdadero Reg Cattermole, que ya no vomitaba pero estaba pálido y lánguido, acaba de salir corriendo de un ascensor.

—¿R-Reg?

Miró de su marido a Ron, que maldijo con fuerza. El mago casi calvo los miró con la boca abierta, su cabeza giraba de forma ridícula de un Reg Cattermole al otro.

—Eh, ¿qué está pasando? ¿Qué es esto?

—¡Sellad la salida! ¡SELLADLA!

Yaxley había salido de repente de otro ascensor y estaba corriendo hacia el grupo que se encontraba ante las chimeneas, por las que todos los nacidos muggles salvo la señora Cattermole se habían desvanecido. Cuando el mago casi calvo levantó su varita, Harry levantó un enorme puño y le golpeó, enviándolo volando por el aire.

—¡Estaba ayudando a escapar a nacidos muggles, Yaxley! —gritó Harry.

Los compañeros del mago calvo iniciaron un tumulto, que aprovechó Ron para agarrar a la señora Cattermole, empujándola a la chimenea todavía abierta, y desapareciendo. Confuso, Yaxley miró de Harry al golpeado mago, mientras el verdadero Reg Cattermole gritaba:

—¡Mi mujer! ¿Quién era ese que estaba con mi mujer? ¿Qué está pasando?

Harry vio girar la cabeza de Yaxley, vio que un indicio de verdad aparecía en esa cara brutal.

—¡Vamos! —gritó Harry a Hermione; la cogió de la mano y juntos saltaron a la chimenea mientras la maldición de Yaxley pasaba por encima de la cabeza de Harry. Giraron durante unos segundos antes de salir en un inodoro y pasar al cubículo del retrete. Harry abrió la puerta. Ron estaba parado delante de los lavabos, todavía luchando con la señora Cattermole.

—Reg, no entiendo…

—¡Suélteme, no soy su marido, tiene que irse a casa!

Se produjo un ruido en el retrete que tenían detrás; Harry miró alrededor; Yaxley acababa de aparecer.

—¡VÁMONOS! —gritó Harry. Agarró a Hermione de la mano y a Ron del brazo y giró en el lugar.

La oscuridad los tragó, junto con la sensación de manos que le comprimían, pero algo iba mal… la mano de Hermione parecía resbalar de su agarre…

Se preguntó si se iba a asfixiar, no podía respirar ni ver, y las únicas cosas sólidas en el mundo eran el brazo de Ron y los dedos de Hermione, que se estaban escurriendo lentamente…

Y entonces vio la puerta del número doce de Grimmauld Place, con el llamador en forma de serpiente, pero antes de poder tomar aliento, hubo un grito y un destello de luz púrpura; la mano de Hermione lo agarró de repente como unas tenazas y de nuevo todo se volvió oscuro.

Capítulo Catorce



El ladrón

Harry abrió los ojos y quedó deslumbrado por el verde y dorado; no tenía ni idea de lo que había sucedido, solo sabía que yacía en lo que parecían hojas y ramitas. Luchando por llevar aire a unos pulmones que parecían aplastados, parpadeó y se dio cuenta de que la luz deslumbrante de colores chillones era la claridad del sol, que se colaba a través de un dosel de hojas a mucha altura sobre él. Se apoyó en las manos y se puso de rodillas, preparado para enfrentarse a una criatura pequeña y feroz, pero vio que el objeto era el pie de Ron. Mirando alrededor Harry observó que él y Hermione yacían sobre el suelo de un bosque, aparentemente solos.

El primer pensamiento de Harry fue que era el Bosque Prohibido, y por un momento, incluso sabiendo

lo tonto y peligroso que sería que Aparecerse en los terrenos de Hogwarts, su corazón dio un salto al pensar en escabullirse entre los árboles hacia la cabaña de Hagrid. Sin embargo, en los pocos momentos que le llevó a Ron emitir un gruñido bajo y a Harry empezar a gatear hacia él, se dio cuenta de que éste no era el Bosque Prohibido. Los árboles parecían más jóvenes, había espacios más amplios y el terreno era más claro.

Se encontró con Hermione, también apoyada sobre las manos y rodillas, junto a la cabeza de Ron. En el momento que sus ojos se posaron sobre Ron, todas las otras preocupaciones volaron de la mente de Harry, ya que la sangre empapaba por completo el lateral izquierdo de Ron y su cara de color blanco grisáceo, destacaba sobre el suelo lleno de hojas. La poción multijugos ahora estaba desapareciendo. Ron estaba a medio camino entre su apariencia normal y la de Cattermole, su pelo se volvía más y más pelirrojo mientras su cara perdía el poco color que le quedaba.

—¿Qué le ha pasado?

—Se escindió —dijo Hermione, con los dedos ya ocupados en la manga de Ron, donde la sangre era más abundante y oscura.

Harry miró, horrorizado, como abrí con violencia la camisa de Ron. Siempre había pensado que escindirse era algo cómico, pero esto… Sus tripas se revolvieron con desagrado cuando Hermione descubrió el antebrazo de Ron, donde faltaba un gran pedazo de carne, sacado limpiamente como si se hubiera usado un cuchillo.

—Harry, rápido, en mi bolso hay una pequeña botella con la etiqueta 'Esencia de Díctamo…

—El bolso… sí…

Harry se apuró hacia el lugar donde había aterrizado Hermione, agarró el pequeño bolso adornado con cuentas y metió la mano en el interior. Al momento, empezó a tocar objeto tras objeto: sintió lomos de cuero de libros, mangas de lana de jerséis, tacones de zapatos…

—*Rápido*.

Agarró su varita del suelo y la apuntó a las profundidades del bolso mágico.

—¡*Accio Díctamo*!

Una pequeña botella marrón salió zumbando del bolso; la cogió y volvió con rapidez junto a Hermione y Ron, cuyos ojos ahora estaban medio cerrados. Todo lo que se veía entre sus pestañas eran franjas del blanco globo ocular.

—Se ha desmayado —dijo Hermione, que también estaba bastante pálida; ya no parecía Mafalda, aunque su pelo todavía estaba gris en algunas partes…

—Destápala en mi lugar, Harry, me tiemblan las manos.

Harry arrancó el tapón de la pequeña botella, Hermione la cogió y vertió tres gotas de la poción en la

herida que sangraba. Un humo verdoso se elevó hacia arriba y cuando se aclaró, Harry vio que la sangre había dejado de manar. Ahora la herida parecía que tuviera varios días; una piel nueva se estiraba sobre lo que un momento antes había estado en carne viva.

—Guau —dijo Harry.

—Es todo lo que me siento segura de hacer —dijo Hermione temblorosa—. Hay hechizos que lo curarían completamente, pero no me atrevo a intentarlos por si acaso me salgan mal y cause más daño… Ya ha perdido tanta sangre…

—¿Cómo se hirió? Quiero decir… —Harry sacudió la cabeza intentando aclararla, para darle sentido a lo que fuese que hubiera sucedido— … ¿por qué estamos aquí? Creía que íbamos a volver a Grimmauld Place.

Hermione inspiró profundamente. Parecía estar al borde de las lágrimas.

—Harry, no creo que vayamos a poder volver allí.

—¿Qué estás…?

—Cuando desaparecimos, Yaxley me agarró y no pude deshacerme de él, era demasiado fuerte, y todavía estaba sujeto cuando llegamos a Grimmauld Place. Y entonces… bueno, creo que debió haber visto la puerta y pensar que parábamos ahí, así que aflojó su agarre, conseguí apartarlo y nos traje aquí.

—Pero entonces, ¿dónde está? Espera un momento… No querrás decir que está en Grimmauld Place, ¿no? No puede entrar allí, ¿verdad?

Los ojos de ella brillaron con lágrimas no derramadas mientras asentía.

—Harry, creo que puede, yo… lo obligué a soltame con una Maldición de Repulsión, pero ya le había metido dentro de la protección del encantamiento Fidelius. Desde que Dumbledore murió, hemos sido Guardianes Secretos, así que le desvelé el secreto, ¿verdad?

No había fingimiento posible. Harry estaba seguro de que tenía razón. Fue un serio golpe. Si ahora Yaxley podía entrar en la casa, de ningún modo podían regresar. Incluso ahora podría estar llevando a otros mortífagos allí mediante la Aparición. A pesar de lo sombría y agobiante que era la casa, había sido su único refugio seguro; precisamente ahora, que Kreacher era mucho más feliz y amistoso, una especie de hogar. Con una punzada de pesar que no tenía nada que ver con la comida, Harry se imaginó al elfo doméstico preparando el pastel de bistec y riñón que Harry, Ron y Hermione nunca comerían.

—¡Harry, lo siento, lo siento tanto!

—¡No seas tonta, no fue culpa tuya! Si acaso, fue mía…

Harry metió la mano en su bolsillo y sacó el ojo de Ojoloco. Hermione retrocedió, con expresión horrorizada.

—Umbridge lo colocó en la puerta de su oficina, para espiar a la gente. No podía dejarlo allí… pero así fue como supieron que había intrusos.

Antes de que Hermione pudiera responder, Ron gimió y abrió los ojos. Todavía estaba gris y su cara brillaba por el sudor.

—¿Cómo te sientes? —susurró Hermione.

—Fatal —dijo Ron con voz ronca, haciendo una mueca de dolor al sentir el brazo dolorido—. ¿Dónde estamos?

—En el bosque donde celebraron la Copa Mundial de Quidditch —dijo Hermione—. Quería algún sitio apartado, oculto, y este fue…

—… el primer lugar en el que pensaste —terminó Harry por ella, echando un vistazo alrededor al claro aparentemente desierto. No pudo evitar recordar lo que había sucedido la última vez que habían Aparecido en la primera localización. Hermione había estado pensando en cómo los mortífagos los habían encontrado a los pocos minutos. ¿Había sido **Legelemancia**? ¿Sabían Voldemort o sus secuaces, incluso ahora, a dónde los había llevado Hermione?

—¿Crees que deberíamos movernos? —preguntó Ron a Harry, y Harry pudo ver por la expresión de Ron que éste estaba pensando lo mismo.

—No sé.

Ron todavía estaba pálido y sudoroso. No había hecho ningún intento de levantarse, y daba la impresión de estar todavía demasiado débil para hacerlo. La posibilidad de moverlo era desalentadora.

—Quedémonos aquí de momento —dijo Harry.

Con expresión aliviada, Hermione se puso en pie.

—¿A dónde vas? —preguntó Ron.

—Si nos quedamos, deberíamos poner algunos encantamientos protectores alrededor —respondió, y elevando su varita, empezó a caminar en un amplio círculo alrededor de Harry y Ron, murmurando encantamientos mientras avanzaba. Harry vio pequeñas perturbaciones en el aire que los rodeaba, era como si Hermione hubiese conjurado un viento cálido en el claro.

—*Salvio Hexia*... *Protego Totalum*... *Repello Muggletum*... *Muffliato*... Podías sacar la tienda, Harry...

—¿Tienda?

—¡En el bolso!

—En el... por supuesto —dijo Harry.

Esta vez no se molestó en rebuscar en el interior, sino que usó otro Encantamiento Convocador. La tienda salió en un montón de bultos, con lonas, cuerda y

palos. Harry la reconoció, en parte por el olor a gato, como la misma tienda en la que habían dormido la noche del Mundial de Quidditch.

—Creí que pertenecía a ese Perkins del Ministerio, ¿no? —preguntó, empezando a desenredar las varillas de la tienda.

—Aparentemente no la quiso de vuelta, tiene mucho lumbago —dijo Hermione, ahora realizando una complicada figura de ocho movimientos con su varita—, **así que el padre de Ron dijo que me la podía llevar prestada.** *¡Erecto!* —añadió, apuntando con su varita a las deformadas lonas, que en un movimiento fluido se elevaron en el aire y se asentaron, completamente colocadas, en el suelo delante de Harry, de cuyas sorprendidas manos saltó una varilla, para aterrizar con un golpe sordo final en el extremo de un viento.

—*Cave Inumicum* —terminó Hermione con una floritura hacia el cielo—. Esto es todo cuanto puedo hacer. Por lo menos, lo sabremos si se acercan. No puedo garantizar que mantenga fuera a Vol…

—¡No pronuncies el nombre! —la cortó Ron, con voz áspera.

Harry y Hermione se miraron el uno al otro.

—Lo siento —dijo Ron, gimiendo un poco al elevarse para mirarlos—, pero se siente como una… una maldición o algo así. ¿No le podemos llamar Quien-tú-sabes, por favor?

—Dumbledore decía que el miedo a un nombre… —empezó Harry.

—Por si no lo has notado, tío, llamar a Quien-tú-sabes por el nombre no le sirvió de mucho a Dumbledore al final. —Le espetó Ron como contestación—. Sólo… sólo muéstrale a Quien-tú-sabes algo de respeto, ¿vale?

—*¿Respeto?* —repitió Harry, pero Hermione le lanzó una mirada de advertencia; aparentemente no podía discutir con Ron mientras éste estuviera en una condición tan debilitada.

Harry y Hermione medio llevaron, medio arrastraron a Ron hasta la entrada de la tienda. El interior era exactamente como Harry recordaba, un pequeño apartamento, completo con cuarto de baño y una pequeña cocina. Apartó a un lado un viejo sillón y bajó a Ron con cuidado a la cama de abajo de una litera. Incluso este pequeño recorrido había dejado a Ron más pálido, y una vez que lo tuvieron colocado en el colchón cerró los ojos y no habló durante un rato.

—Haré algo de té —dijo Hermione sin aliento, sacando un hervidor y tazas de las profundidades de su bolso, y dirigiéndose hacia la cocina.

Harry encontró la bebida caliente tan bienvenida como lo había sido el whisky de fuego la noche en que había muerto Ojoloco; pareció consumir un poco del miedo que palpitaba en su pecho. Después de un minuto o dos, Ron rompió el silencio.

—¿Qué crees que le pasó a los Cattermole?

—Con algo de suerte, se habrán marchado —dijo Hermione, aferrando su taza caliente para reconfortarse—. Si el señor Cattermole fue capaz de pensar con claridad, habrá sacado a la señora Cattermole mediante Aparición Conjunta y ahora mismo estarán huyendo del país con sus hijos. Eso es lo que Harry le dijo que hiciese.

—Vaya, espero que escapen —dijo Ron, recostándose contra las almohadas. El té parecía estar haciéndole bien; le había vuelto un poco el color—. Aunque no me pareció que Reg Cattermole fuese tan ingenioso, por la forma en que todo el mundo me hablaba cuando era él. Dios, espero que lo consiguiesen… Si ambos acabasen en Azkaban por nuestra culpa…

Harry miró a Hermione y la pregunta que había estado a punto de formular —que la falta de varita de la señora Cattermole le impediría Aparecerse Conjuntamente con su marido— murió en su garganta. Hermione estaba observando a Ron preocuparse por el destino de los Cattermole, y había tanta ternura en su expresión, que Harry casi se sintió como si la hubiera pillado besándolo.

—Así que, ¿lo cogiste? —le preguntó Harry, en parte para recordarle que estaba allí.

—Si cogí… ¿cogí qué? —dijo ella mirándolo fijamente.

—¿Por que hemos pasado todo eso? ¡El relicario! ¿Dónde está?

—¿*Lo cogiste*? —gritó Ron, elevándose un poco más sobre las almohadas—. ¡Nadie me dice nada! ¡Caray, podíais haberlo mencionado!

—Bueno, estábamos escapando de los mortífagos para salvar la vida, ¿no? —dijo Hermione—. Aquí está.

Y sacó el relicario del bolsillo de sus ropas y se lo pasó a Ron.

Era tan grande como un huevo de gallina. Una ornamentada letra S con muchas piedrecillas verdes incrustadas, destelló con un brillo apagado en la luz difusa que brillaba a través del techo de lona de la tienda.

—¿No hay ninguna posibilidad de que alguien lo destruyera desde que estuvo en posesión de Kreacher? —preguntó Ron con esperanza—. Quiero decir, ¿estamos seguros de que todavía es un Horrocrux?

—Eso creo —dijo Hermione, cogiéndolo de nuevo y examinándolo más cerca—. Habría alguna señal de daño si hubiese sido mágicamente destruido.

Se lo pasó a Harry, que le dio vueltas entre los dedos. El relicario estaba en perfecto estado, prístino. Recordó los restos destrozados del diario, y cómo la piedra en el Horrocrux del anillo se había rajado cuando Dumbledore lo había destruido.

—Creo que Kreacher tiene razón —dijo Harry—. Vamos a tener que descubrir cómo abrir esta cosa antes de poder destruirla.

Una repentina conciencia de lo que estaba sosteniendo, de lo que vivía bajo las pequeñas puertas doradas, golpeó a Harry mientras hablaba. Incluso después de todos los esfuerzos para encontrarlo, sentía el violento impulso de arrojar lejos de él el relicario. Controlándose de nuevo, intentó abrirlo con los dedos. Luego probó el encantamiento que Hermione había usado para abrir la puerta de la habitación de Regulus. Ninguno funcionó. Le devolvió el guardapelo a Ron y Hermione, **que hicieron todo lo posible por abrirlo,** pero no tuvieron más éxito que él.

—Aunque, ¿puedes sentirlo? —preguntó Ron en voz muy baja, mientras lo sostenía apretadamente en su puño cerrado.

—¿Qué quieres decir?

Ron le pasó el Horrocrux a Harry. Después de un momento, Harry pensó que sabía lo que Ron quería decir. ¿Era su propia sangre latiendo por sus venas lo que sentía, o era algo que latía dentro del relicario, como un pequeño corazón metálico?

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Hermione.

—Mantenerlo a salvo hasta que descubramos cómo destruirlo —respondió Harry, y, aunque le apetecía poco, se colgó la cadena alrededor del cuello, dejando caer el relicario fuera de la vista bajo sus ropas, donde descansó sobre su pecho junto a la bolsita que le había dado Hagrid.

—Creo que deberíamos turnarnos para vigilar fuera de la tienda —añadió mirando a Hermione, levantándose y estirándose—. Y también tenemos que pensar en conseguir algo de comida. Tú te quedas aquí —añadió con dureza, cuando Ron intentó levantarse y se puso de un desagradable tono verde.

Con el Chivatoscopio que Hermione le había dado a Harry por su cumpleaños colocado con cuidado sobre la mesa de la tienda, Harry y Hermione pasaron el resto del día compartiendo la tarea de vigilancia. Sin embargo, el chivatoscopio permaneció en silencio y quieto en su posición todo el día, y ya fuese por los encantamientos protectores y hechizos repeledores que Hermione había extendido a su alrededor, o porque la gente raramente se aventuraba por esa zona, su trozo de bosque permaneció desierto, sin contar a los pájaros o ardillas ocasionales. La tarde no trajo ningún cambio. Harry encendió su varita cuando sustituyó a Hermione a las diez, y miró hacia la escena desierta, tomando nota de los murciélagos volando muy por encima a través del único trozo de cielo visible desde su resguardado claro.

Ahora se sentía hambriento, y un poco mareado. Hermione no había guardado nada de comida en su bolso mágico, ya que había asumido que esa noche regresarían a Grimmauld Place, por lo que no tenían nada que comer salvo algunos champiñones salvajes que Hermione había recogido en los árboles cercanos y cocido en un cazo. Después de un par de cucharadas, Ron había alejado su porción, con aspecto mareado. Harry sólo había perseverado para no herir los sentimientos de Hermione.

El silencio que lo rodeaba fue roto por extraños crujidos y lo que sonó como ramitas rompiéndose: Harry pensó que eran sonidos causados por animales más que por personas, pero aún así agarró la varita con fuerza y se puso alerta. Sus tripas, ya con molestias debido a la inadecuada ayuda de los champiñones correosos, hormigueaban con inquietud.

Harry creía que se sentiría eufórico si conseguían robar y recuperar el Horrocrux, pero de alguna manera no era así. Todo lo que sentía mientras se sentaba mirando hacia la oscuridad, de la que su varita sólo iluminaba una pequeña parte, era temor por lo que pasaría a continuación. Era como si hubiera estado **avanzando bullicioso** hasta ese punto durante las últimas semanas, meses, incluso años, pero ahora que se había parado de golpe, ya no le **quedasen caminos.**

Había otros Horrocruxes ahí fuera, en alguna parte, pero no tenía ni la más mínima idea de dónde podrían estar. Ni siquiera sabía lo que eran todos. Mientras tanto, no sabía cómo destruir el único que habían encontrado, el Horrocrux que actualmente yacía contra la carne desnuda de su pecho. Curiosamente, no había absorbido calor de su cuerpo, sino que yacía tan frío contra su piel como si acabase de salir de agua helada. De vez en cuando Harry pensaba, o tal vez imaginaba, que podía sentir el débil latido pulsando irregular al lado del suyo.

Presentimientos sin nombre lo invadieron mientras estaba sentado en la oscuridad. Intentó resistirlos, apartarlos, pero aún así lo seguían implacables. *Ninguno de los dos podrá vivir mientras siga el otro*

siga con vida. Ron y Hermione, ahora hablando en voz baja detrás, dentro de la tienda, podían alejarse si querían, él no. Y a Harry le parecía, mientras estaba sentado intentando controlar su propio miedo y cansancio, que el Horrocrux apoyado contra su pecho estaba marcando el tiempo que le quedaba… *Una idea estúpida*, se dijo a sí mismo, *no pienses en eso…*

Su cicatriz estaba empezando nuevamente a doler. Tenía miedo de estar provocándolo por tener esos pensamientos, e intentó dirigirlos en otra dirección. Pensó en el pobre Kreacher, que los habría estando esperado a ellos en la casa y había recibido a Yaxley. ¿Se quedaría callado el elfo o le contaría al mortífago todo lo que sabía? Harry quería creer que Kreacher había cambiado su actitud hacia él durante el último mes, que ahora le sería leal, ¿pero quién sabía lo que pasaría? ¿Y si los mortífagos lo torturaban? Imágenes morbosas zumbaron por la mente de Harry, y también intentó apartarlas, porque no había nada que pudiese hacer por Kreacher; Hermione y él ya habían decidido no intentar convocarlo, ¿y **si también venía alguien del Ministerio**? No podían contar con que la Aparición de los elfos estuviese libre del mismo fallo que había llevado a Yaxley a Grimmauld Place en el dobladillo de la manga de Hermione.

Ahora la cicatriz de Harry estaba ardiendo. Pensó en que había tanto que no sabía. Lupin había tenido razón al hablar de magia que nunca habían esperadoo imaginado. ¿Por qué Dumbledore no le había explicado más? ¿Había pensado que habría tiempo, que viviría durante años, tal vez durante siglos, como su amigo Nicolas Flamel? Si así fuese, se había equivocado…

Snape se había encargado de ello… Snape, la serpiente dormida, que había atacado en lo alto de la torre…

Y Dumbledore había caído… caído…

—*Dámela, Gregorovitch.*

La voz de Harry era alta, clara y fría, y su varita estaba aferrada delante de él por una mano blanca de largos dedos. El hombre al que estaba apuntando con la varita, estaba suspendido en el aire con las piernas hacia arriba, aunque no había cuerdas que lo sujetasen; se balanceaba allí, atado de forma invisible e inquietante, con los miembros enroscados sobre su cuerpo, con la cara aterrorizada a nivel de la de Harry, rubicunda debido a la sangre que se había agolpado en su cabeza. Tenía el cabello de color blanco puro y una barba densa y tupida: un Papá Noel atado.

—¡No la tengo, ya no la tengo! ¡Hace muchos años que me la robaron!

—No mientas a Lord Voldemort, Gregorovitch. Él sabe… Siempre sabe.

Las pupilas del hombre colgado estaban muy abiertas, dilatadas con miedo, y parecieron agrandarse, cada vez más, hasta que su negrura engulló por completo a Harry…

Y ahora Harry se dirigía apresurado por un oscuro pasillo siguiendo la estela del corpulento Gregorovitch, que sujetaba un farol en lo alto. Gregorovitch irrumpió en una habitación al final del pasillo y su farol iluminó

lo que parecía ser un taller. Virutas de madera y oro brillaban en el oscilante círculo de luz, y en el alféizar de la ventana se hallaba posado, como un pájaro gigante, un joven de cabello dorado. En la fracción de segundo que la luz del farol lo iluminó, Harry vio el placer en su apuesto rostro. Entonces el intruso lanzó un Hechizo Aturdidor con su varita y saltó hacia atrás hasta casi caer por fuera de la ventana con un estallido de risa.

Y Harry se encontró precipitándose de vuelta del interior esas pupilas dilatadas como túneles, y se fijó otra vez en la cara de Gregorovitch, presa del terror.

—*¿Quién fue el ladrón, Gregorovitch?* —dijo la voz alta y fría.

—No lo sé, nunca lo supe, un hombre joven... no... por favor... ¡POR FAVOR!

Un grito que continuó y continuó y entonces una ráfaga de luz verde...

—¡Harry!

Abrió los ojos, jadeando, con la frente palpitando. Había perdido el conocimiento contra el costado de la tienda, se había deslizado lateralmente por la lona, y estaba tendido en el suelo. Levantó la vista hacia Hermione, cuyo espeso cabello oscurecía el pequeño trozo de cielo visible a través el oscuro enramado situado por encima.

—Sueño —dijo, sentándose con rapidez e intentado responder a la mirada de ira de Hermione con una de inocencia—. Debí quedarme dormido, lo siento.

—¡Sé que fue tu cicatriz! ¡Puedo verlo por tu expresión! Estabas viendo en la mente de Vol…

—¡No digas su nombre! —la voz enfadada de Ron se escuchó desde las profundidades de la tienda.

—*Bien* —replicó Hermione—. ¡La mente de *Quién-tú-sabes*, entonces!

—¡No quise hacer que sucediese! —dijo Harry—. ¡Fue un sueño! ¿Puedes *tú* controlar lo que sueñas, Hermione?

—Si sólo aprendieses a aplicar la Oclumancia…

Pero Harry no estaba interesado en que le regañaran, quería discutir lo que acababa de ver.

—Ha encontrado a Gregorovitch, Hermione, y creo que lo ha matado, pero antes de hacerlo le leyó la mente a Gregorovitch y vi…

—Creo que será mejor que me ocupe yo de la vigilancia si estás tan cansado que te estás quedando dormido —dijo Hermione fríamente.

—¡Puedo terminar mi turno!

—No, obviamente estás agotado. Ve a tumbarte.

Hermione se dejó caer en la entrada de la tienda, con expresión testaruda. Enfadado, pero queriendo evitar un follón, Harry se metió de vuelta en el interior.

La cara de Ron, todavía pálida, se asomaba en la litera de abajo. Harry trepó a la que estaba encima, se tumbó y miró hacia el techo oscuro de lona. Después de un rato, Ron habló en una voz tan baja que no le llegaría a Hermione, acurrucada en la entrada.

—¿Qué está haciendo Quién-tú-sabes?

Harry arrugó los ojos con el esfuerzo de recordar cada detalle, y despues susurró en la oscuridad.

—Encontró a Gregorovitch. Lo tenía atado. Lo estaba torturando.

—No sé... es raro, ¿verdad?

Harry cerró los ojos, pensando en todo lo que había visto y oído. Cuanto más recordaba, menos sentido le encontraba... Voldemort no había dicho nada sobre la varita de Harry, nada sobre los núcleos gemelos, nada sobre que Gregorovitch le hiciese una nueva varita más poderosa para derrotar a la de Harry...

—Quería algo de Gregorovitch —dijo Harry, todavía con los ojos bien cerrados—. Le dijo que se lo diese, pero Gregorovitch dijo que se lo habían robado... y entonces... entonces...

Recordó como él, como Voldemort, había parecido meterse a través de los ojos de Gregorovitch, en sus recuerdos…

—Leyó la mente de Gregorovitch. Vi a un tío joven posado en el alféizar de una ventana, que le lanzó un hechizo a Gregorovitch y saltó perdiéndose de vista. Lo robó, robó lo que fuese que Quién-tú-sabes buscaba. Y… creo que lo he visto en alguna parte…

Harry deseó poder echar otro vistazo a la cara risueña del muchacho. El robo había sucedido hacía muchos años, según Gregorovitch. ¿Por qué el joven ladrón le resultaba familiar?

Los sonidos del bosque que los rodeaba estaban apagados dentro de la tienda; todo lo que Harry podía oír era la respiración de Ron. Después de un rato, Ron susurró: —¿No pudiste ver lo que el ladrón estaba agarrando?

—No… debía ser algo pequeño.

—¿Harry?

Las tablillas de madera de la cama de Ron crujieron cuando cambió de posición.

—Harry, ¿no crees que Quién-tú-sabes está detrás de algo más para convertirlo en un Horrocrux?

—No lo sé —dijo Harry despacio—. Quizás. ¿Pero no sería peligroso para él hacer otro? ¿No dijo Hermione que ya había llevado su alma hasta el límite?

—Sí, pero tal vez no lo sabe.

—Sí… tal vez —dijo Harry.

Había estado seguro de que Voldemort buscaba una forma de resolver el problema de los núcleos gemelos, seguro de que intentaba conseguir una solución del viejo fabricante de varitas… y aún así lo había matado, aparentemente sin hacerle ni una pregunta sobre el saber popular sobre varitas.

¿Qué estaba intentando encontrar Voldemort? ¿Por qué, con el Ministerio de Magia y el mundo mágico a sus pies, estaba tan lejos, concentrado en perseguir un objeto que una vez Gregorovitch había poseído, y que había sido robado por un ladrón desconocido?

Harry todavía podía ver la cara del joven rubio: era alegre, salvaje; tenía un aire pícaro triunfante, como Fred y George. Se había lanzado del alféizar como un pájaro, y Harry lo había visto antes, pero no podía pensar dónde…

Con Gregorovitch muerto, era el mago de expresión alegre el que estaba ahora en peligro. Los pensamientos de Harry se dirigieron hacia él, cuando los ronquidos de Ron empezaron a sonar de la litera de abajo y él mismo se fue quedando una vez más lentamente dormido.

Capítulo Quince



La venganza del goblin

Temprano, a la mañana siguiente, antes de que los otros dos se despertaran, Harry dejó la tienda para buscar en el bosque que les rodeaba el árbol más viejo, nudoso y resistente que pudiera encontrar. Allí, a su sombra, enterró el ojo de Ojo-Loco Moody y marcó el lugar tallando con la varita una pequeña cruz sobre la corteza. No era mucho, pero Harry pensaba que Ojo-Loco lo habría preferido a estar incrustado en la puerta de Dolores Umbridge. Luego regresó a la tienda a esperar a que despertaran los demás, para discutir que harían a continuación.

Harry y Hermione pensaban que era mejor no quedarse mucho tiempo en el mismo lugar, y Ron estuvo de acuerdo, con la única condición de que su próximo movimiento les llevara cerca de un sándwich

de bacon. Así que Hermione quitó los encantamientos que había colocado alrededor del claro, mientras Harry y Ron borraban todas las marcas y señales sobre la tierra que pudieran revelar que habían acampado allí. Luego se *Desaparecieron* hacia las afueras de una pequeña ciudad comercial.

Después de armar la tienda al resguardo de un pequeño grupo de árboles, y rodearla nuevamente con encantamientos protectores, Harry se aventuró a salir, debajo de la capa de invisibilidad, a buscar sustento. Pero no salió según lo planeado. Apenas había entrado en la ciudad cuando un frío antinatural, una niebla descendente, y un súbito oscurecer del cielo hizo que se quedara congelado en el lugar donde estaba parado.

-¡Podías haber hecho un brillante Patronus! –protestó Ron, cuando Harry regresó a la tienda con las manos vacías, sin aliento y articulando únicamente la palabra *Dementores*.

-No pude… hacerlo. –jadeó, apretando sobre la punzada que tenía sobre un costado-. No… aparecía.

Las expresiones de consternación y desilusión hicieron que Harry se sintiera avergonzado, ver salir a lo lejos a los dementores volando entre la niebla y notar que el frío paralizador estrangulaba sus pulmones, que un grito lejano le llenaba los oídos, y que no iba a ser capaz de protegerse a sí mismo, había sido una experiencia angustiosa.

Harry había necesitado toda su fuerza de voluntad para apartarse del lugar en el que estaba y correr,

dejando que los ciegos dementores se deslizaran entre los muggles, que podían no ser capaces de verlos, pero que seguramente sentían la desesperanza que estos vertían dondequiera que fueran.

-Así que seguimos sin tener comida.

-Cállate, Ron. –dijo Hermione bruscamente-. Harry, ¿Qué ocurrió? ¿Por qué piensas que no pudiste hacer el Patronus? ¡Ayer lo hiciste perfectamente!

-No lo sé.

Se hundió en uno de los viejos sillones de Perkins, sintiéndose más humillado a cada momento que pasaba. Temía que algo estuviera mal dentro de él. Ayer parecía muy lejano: hoy podría haber tenido trece años otra vez, y volver a ser el único que se desmayó en el expreso de Hogwarts.

Ron pateó una de las patas del sillón.

-¿Qué? –le gruño a Hermione. –¡Me muero de hambre! ¡Lo único que he comido desde que casi me desangro hasta la muerte han sido un par de hongos!

-Entonces ve y ábrete camino luchando a través de los dementores. –dijo Harry, enardecido.

-Lo haría, pero mi brazo está en cabestrillo, ¡por si no te habías dado cuenta!

-Eso te es muy conveniente.

-Y que se supone que significa…

-¡Por supuesto! –gritó Hermione, golpeándose la frente con la mano sobresaltándolos a ambos, provocando que se quedaran en silencio-. Harry, dame el relicario.

-Vamos -dijo impacientemente, chasqueando los dedos ante él por su falta de reacción-. ¡El Horcrux, Harry, todavía lo llevas puesto!

Ella extendió las manos, y Harry se paso la cadena de oro por encima de la cabeza. En el momento en que dejo de estar en contacto con la piel de Harry, este se sintió libre y extrañamente liviano. Ni siquiera se había dado cuenta de que se sentía sofocado o de que sentía un fuerte peso presionándole el estómago hasta que ambas sensaciones cesaron.

-¿Mejor? –preguntó Hermione.

-¡Si, muchísimo mejor!

-Harry -dijo arrodillándose frente de él y usando el tipo de voz que se asocia a cuando visitas a alguien extremadamente enfermo-. No habrás sido poseído, ¿verdad?

-¿Qué? ¡No! –dijo a la defensiva-. Recuerdo todo lo que hicimos mientras lo llevaba. Si hubiera estado poseído, no sabría lo que había hecho, ¿verdad? Ginny me contó que había veces en las que no podía recordar nada.

-Hmmm -dijo Hermione, mirando hacia abajo al pesado relicario de oro-Bueno, tal vez no deberíamos llevarlo puesto. Podríamos dejarlo en la tienda.

-No dejaremos el Horcrux por ahí. –declaró Harry firmemente-. Si lo perdemos, si lo roban…

-Vale, esta bien, está bien -dijo Hermione, y se lo puso alrededor del cuello y lo escondió de la vista debajo de la camisa.

-Pero lo llevaremos por turnos, para que nadie lo lleve demasiado tiempo.

-Genial -dijo Ron irritado-, Ahora que hemos resuelto eso ,por favor, ¿podemos conseguir algo de comida?

-Bien, pero iremos a otra parta a buscarla -dijo Hermione lanzándole a Harry una mirada de reojo-. No hay necesidad de que nos quedemos en un lugar donde sabemos que hay dementores apareciéndose por ahí.

Al final se acomodaron para pasar la noche en un campo remoto perteneciente a una solitaria granja, de la cual se las habían ingeniado para obtener huevos y pan.

-No es robar, ¿verdad? -preguntó Hermione inquieta, mientras devoraban los huevos revueltos con tostadas-. Hemos dejado dinero debajo del gallinero.

Ron hizo rodar los ojos y dijo, con las mejillas abultadas, -¡Er-mynee, no te pr-oupes ta-to, ‘elájate!

Y verdaderamente, era mucho más fácil relajarse cuando estaban confortables y bien alimentados: olvidaron la discusión sobre los dementores con las risas de esa noche y Harry se sintió alegre, hasta esperanzado, cuando fue a hacer el primero de los tres turnos de guardia de esa noche.

Este era su primer encuentro con la realidad de que un estómago lleno significa buen humor; uno vacío, disputas y tristeza. Harry se sintió muy poco sorprendido por este hecho, ya que había sufrido períodos de casi inanición en casa de los Dursley. Hermione soportaba razonablemente bien aquellas noches en las que sólo conseguían escamotear bayas y bizcochos rancios, quizás su temperamento se volviera un poco más explosivo de lo normal y sus silencios algo agrios. Ron, en cambio, siempre había estado acostumbrado a tres deliciosas comidas por día, cortesía de su madre o de los elfos domésticos de Hogwarts, y el hambre lo ponía irracional e irritable.

Cada vez que la falta de comida coincidía con el turno de Ron de usar el Horcrux, se volvía directamente desagradable.

-¿Entonces a donde vamos ahora? –era el constante estribillo. Parecía no tener ideas propias, pero esperaba que Harry y Hermione idearan planes mientras él se sentaba y meditaba sobre el escaso abastecimiento de comida.

En consecuencia, Harry y Hermione pasaban infructuosas horas tratando de decidir donde podrían encontrar los otros Horcruxes, y como destruir el que

ya tenían, y sus conversaciones se volvían cada vez más repetitivas, ya que no tenían nueva información.

Como Dumbledore le había dicho a Harry que creía que Voldemort había escondido Horcruxes en lugares importantes para él, seguían compendiando, como en una especie de lúgubre itinerario, aquellas localidades en las que sabían que Voldemort había vivido o visitado. El Orfanato donde había nacido y se había criado; Hogwarts, donde había sido educado; Borgin and Burkes, donde había trabajado después de terminar su educación; Albania, donde había pasado los años de exilio. En ellas sentaban las bases para sus especulaciones.

-Si, vayamos a Albania. No debería llevarnos más de unas tarde registrar un país entero -dijo Ron sarcásticamente.

-No puede haber nada allí. Ya había hecho cinco Horcruxes antes de irse al exilio, y Dumbledore estaba seguro que la serpiente fue el sexto -dijo Hermione-. Sabemos que la serpiente no está en Albania, generalmente está con Vol...

-¿*No os he pedido que dejéis de decir eso*?

-¡De acuerdo! La serpiente generalmente está con Ya-sabes-quién... ¿contento?

-No exactamente.

-No puedo creer que haya escondido nada en Borgin and Burkes –dijo Harry, que ya había repasado este

punto varias veces antes, pero lo repitió simplemente para romper el incómodo silencio-. Borgin and Burkes eran expertos en objetos oscuros, hubieran reconocido un Horcrux en el acto.

Ron bostezó intencionadamente. Reprimiendo el fuerte deseo de tirarle algo, Harry continuó escarbando -Todavía creo que puede haber escondido alguno en Hogwarts.

Hermione suspiró.

-¡Pero Dumbledore lo hubiera encontrado, Harry!

Harry repitió el argumento que continuaba aportando a favor de su teoría.

-Dumbledore me dijo que nunca había dado por sentado que conociera todos los secretos de Hogwarts. Estoy seguro, si hay un lugar donde Vol…

-¡OI!

-¡YA-SABES-QUIEN, entonces! –gritó Harry, aguijoneado más alla de su tolerancia-. ¡Si existe un lugar verdaderamente importante para Ya-sabes-quién, es Hogwarts!

-Oh, vamos. –Se burló Ron-. ¿Su colegio?

-¡Si, su colegio! Fue su primer hogar verdadero, el lugar que lo hizo especial; lo significa todo para él, y aún después de irse…

-Estamos hablando de Ya-sabes-quién, ¿no? No de ti -Inquirió Ron. Estaba tirando de la cadena del Horcrux que le colgaba del cuello; Harry se vio invadido por el deseo de apoderarse de ella y estrangularlo.

-Nos contaste que Ya-sabes-quien le pidió a Dumbledore que le diera trabajo después de graduarse -dijo Hermione.

-Si así es -dijo Harry.

-Y Dumbledore pensó que solo quería volver para tratar de encontrar algo, probablemente otro objeto de los fundadores, ¿Tal vez para convertirlo en otro Horcrux?

-Si -dijo Harry.

-Pero no consiguió el puesto, ¿verdad? –dijo Hermione-, ¡Así que no tuvo la oportunidad de encontrar un objeto perteneciente a los fundadores allí y esconderlo en el colegio!

-Vale, entonces -dijo Harry, derrotado-. Olvídaros de Hogwarts.

Sin otras pistas que seguir, viajaron a Londres y, escondidos bajo la capa de invisibilidad, buscaron el orfanato donde Voldemort había crecido. Hermione se introdujo furtivamente en una biblioteca y descubrió en sus archivos que el lugar había sido demolido muchos años antes. Visitaron el lugar y encontraron un bloque de oficinas.

-Podríamos intentar excavar los cimientos –sugirió Hermione con poco entusiasmo.

-No habría escondido un Horcrux aquí. –dijo Harry. Lo había sabido todo el tiempo. Para Voldemort, el orfanato había sido el lugar del cual estaba determinado a escapar; nunca hubiera escondido parte de su alma allí. Dumbledore le había revelado a Harry que Voldemort buscaba grandeza o misterio al elegir sus escondrijos; esta lúgubre esquina gris de Londres era lo más alejado que se pudiera imaginar de Hogwarts, o del Ministerio o de un edificio como Gringotts, el Banco de los Brujos, con sus puertas doradas y pisos de mármol.

Como no se les ocurrieron nuevas ideas, siguieron moviéndose a través del distrito rural, armando la tienda cada noche en un lugar diferente, por seguridad. Cada mañana se aseguraban de eliminar todas las pistas que pudieran revelar su presencia, luego partían para encontrar otro solitario y apartado paraje, viajando por medio de la *Aparición* hacia más zonas boscosas, hacia oscuras hendiduras sobre acantilados, hacia brezales púrpuras, laderas de montañas cubiertas de enebro, y una vez a una resguardada cueva llena de guijarros. Cada doce horas más o menos se pasaban el Horcrux entre ellos como si estuvieran jugando a algún perverso juego a cámara lenta de "Pasa-el-Paquete", temiendo que la música se detuviera porque la recompensa eran doce horas de creciente miedo y ansiedad.

A Harry le punzaba la cicatriz constantemente. Se dio cuenta que le pasaba más a menudo cuando llevaba

puesto el Horcrux. A veces no podía evitar reaccionar ante el dolor.

-¿Qué? ¿Qué fue lo que viste? –preguntaba Ron cada vez que notaba que Harry se encogía.

-Un rostro -murmuraba Harry, cada vez-. El mismo rostro. El ladrón que le robó a Gregorovitch.

Y Ron se daba la vuelta, sin esforzarse en esconder su desilusión. Harry sabía que Ron tenía la esperanza de escuchar noticias acerca de su familia o del resto de la Orden del Fénix, pero, después de todo, él, Harry, no era una antena de televisión; solo podía ver lo que estaba pensando Voldemort en ese momento, no sintonizar cualquiera cosa que le apeteciera. Aparentemente Voldemort pensaba obsesiva y continuamente en el desconocido joven de rostro alegre, acerca de cuyo nombre y paradero, Harry estaba seguro, que Voldemort conocía tanto como él. Como la cicatriz de Harry continuaba ardiendo, y el alegre y rubio muchacho flotaba exasperantemente en sus recuerdos, aprendió a suprimir toda señal de dolor o incomodidad, ya que los otros dos solo daban muestras de impaciencia ante la mención del ladrón. No podía culparlos del todo, cuando estaban tan desesperados por encontrar una pista de los Horcruxes.

Cuando los días se convirtieron en semanas, Harry comenzó a sospechar que Ron y Hermione estaban teniendo conversaciones a sus espaldas, acerca de él. Varias veces dejaron de hablar abruptamente cuando Harry entraba en la tienda, y dos veces accidentalmente los encontró acurrucados a cierta

distancia, con las cabezas juntas, y hablando rápidamente; ambas veces se quedaron en silencio cuando se dieron cuenta de que se acercaba y se apresuraron a mostrarse ocupados recolectando madera o agua.

Harry no podía evitar preguntarse si sólo habían accedido a embarcarse en lo que ahora parecía un inútil e indefinido viaje, porque pensaban que tenía algún plan secreto del que se enterarían a su debido tiempo. Ron no hacía ningún esfuerzo por ocultar su mal humor, y Harry estaba empezando a temer que Hermione también estuviera desilusionada por su pobre liderazgo. Desesperado trató de pensar en posibles localizaciones de Horcruxes, pero la única que se le ocurría siempre era Hogwarts, y como ninguno de los otros pensaba que esto fuera posible, dejo de sugerirlo.

El otoño envolvió al distrito rural mientras lo recorrían.

Ahora armaban la tienda sobre mantos de hojas caídas. La niebla natural se unía a la conjurada por los dementores; el viento y la lluvia se añadían a sus problemas. El hecho de que Hermione estuviera mejorando su habilidad para identificar hongos comestibles no compensaba totalmente el continuo aislamiento, la falta de compañía de otras personas, o la total ignorancia acerca de lo que estaba pasando en la guerra contra Voldemort.

-Mi madre -dijo Ron una noche, mientras se sentaban en la tienda junto al lecho de un río en Gales-, puede hacer aparecer una provechosa comida del aire.

Malhumorado, pinchó los trozos de lucio carbonizado que había en su plato. Automáticamente, Harry miro el cuello de Ron y vio, como había esperado, la cadena dorada del Horcrux brillando allí. Se las arreglo para luchar contra el impulso de maldecir a Ron, cuya actitud, estaba seguro, mejoraría un poco cuando llegara la hora de sacarse el relicario.

-Tu madre no puede producir comida del aire -dijo Hermione-. Nadie puede. La comida es la primera de las cinco Excepciones Principales a la Ley de Gamp de Transfiguración Element...

-Oh, habla en español, ¿o no puedes? –dijo Ron, sacándose una espina de pescado de entre los dientes.

-¡Es imposible fabricar una buena comida de la nada! Puedes convocarla si sabes donde está, puedes transformarla, puedes incrementar la cantidad si ya tienes un poco...

-Bien, no te esfuerces en incrementar esta, es asquerosa -dijo Ron.

-¡Harry cogió el pescado y yo hice lo mejor que pude con él! ¡He notado que siempre soy yo la que termina cocinando, supongo que porque soy una chica!

-¡No, es porque se supone que eres la mejor haciendo magia! –replicó Ron.

Hermione saltó, y unos trozos de lucio asado se deslizaron del plato de lata hasta caer al piso.

-Puedes cocinar tú mañana, Ron, puedes buscar los ingredientes y probar un encantamiento que los transforme en algo digno de comerse, y yo me sentaré ahí y te pondré caras y gemiré, para que puedas ver como…

-¡Callaros! –dijo Harry, parándose de un salto y levantando ambas manos-. ¡Callaros, *ahora*!

Hermione se veía ultrajada.

-Como puedes ponerte de parte de él, casi nunca cocina…

-¡Hermione, cállate, oigo a alguien!

Estaba esforzándose por escuchar, tenía las manos levantadas aún, advirtiéndoles para que no hablaran. Entonces, sobre el torrente y efusión del oscuro río que había junto a ellos, escuchó voces otra vez. Miró a su alrededor buscando el chivatoscopio. No se estaba moviendo.

-Conjuraste el encanto Muffliato sobre nosotros, ¿no? –le susurró a Hermione.

-Los hice todos -susurró en respuesta-, Muffliato, Repelente de Muggles y los Encantamientos Desilusionadores, todos ellos. No deberían ser capaces de oírnos ni vernos, quienquiera que sean.

Fuertes ruidos de forcejeos y arañazos, mas el sonido de piedras y ramitas desalojadas, les indicaron que varias personas estaban trepando por la empinada y

arbolada ladera que descendía hacia la angosta orilla donde habían armado la tienda. Sacaron las varitas y esperaron.

Los encantamientos que habían conjurado a su alrededor deberían ser suficientes, en la casi total oscuridad, para escudarlos de la vista de los muggles y de los brujos y brujas normales. Si eran Mortífagos, entonces tal vez sus defensas estuvieran a punto de ser probadas contra la Magia Oscura por primera vez.

Cuando el grupo de hombres llegó a la orilla las voces se hicieron más altas pero no más inteligibles. Harry estimaba que sus dueños debían estar a menos de veinte pies de distancia, pero el río que caía en forma de cascada hacía que fuera imposible asegurarlo. Hermione tomó su bolso bordado y empezó a registrarlo; después de un momento sacó tres Oídos Extensibles y les tiró uno a Harry y otro a Ron, que velozmente insertaron un extremo del cordón color piel en sus oídos y sacaron el otro extremo fuera de la entrada de la tienda.

Segundos después Harry escucho una cansada voz masculina.

-Debería haber algunos salmones por aquí, ¿o te parece que todavía no ha llegado la temporada? ¡Accio Salmon!

Hubo varios ruidos de salpicaduras y luego ruidos distintivos del pescado batiéndose contra la carne. Alguien gruñó apreciativamente. Harry presionó más profundamente el extremo del Oído Extensible en el

suyo. Sobre el murmullo del río podía distinguir otras voces, pero no estaban hablando en español ni en ningún otro lenguaje humano del que tuviera conocimiento. Era una lengua ruda y poco melodiosa, una sarta de repiqueteantes ruidos guturales, y parecía haber dos interlocutores, uno con un tono apenas un poco más bajo y pausado que el otro.

Un fuego cobró vida del otro lado de la lona; largas sombras pasaron entre la tienda y las llamas. El delicioso aroma del salmón asado flotó tentadoramente en su dirección. Luego llegó el tintinear de cubiertos sobre platos, y el primer hombre habló otra vez.

-Aquí, Griphook, Gornuk.

-¡Goblins! -Hermione articulo hacia Harry, quien asintió.

-Gracias -dijeron ambos Goblins en español.

-Asi que ¿Cuánto tiempo habéis estado huyendo, vosotro tres? –preguntó una nueva voz, melodiosa y agradable; a Harry le sonó vagamente familiar, y se imagino a un hombre de panza redonda, y cara alegre.

-Seis semanas… siete… lo olvidé -dijo el hombre cansado-. Me encontré con Griphook los primeros días y unimos fuerzas con Gornuk no mucho después. Es agradable tener algo de compañía. –Hubo una pausa, mientras los cuchillos rasgaban los platos y apequeñas copas eran alzadas y vueltas a dejar en la tierra-. ¿Que te hizo partir, Ted? –continuó el hombre.

-Sabía que vendrían a buscarme -contestó el de voz melodiosa, Ted, y de repente Harry supo quien era: el padre de Tonks-. La semana pasada escuché que los Mortífagos estaban en el área y decidí que era mejor huir. Desde el principio, rehusé a registrarme como un nacido de muggles, sabes, así que sabía que era cuestión de tiempo, sabía que al final tendría partir. Mi esposa debería estar bien, es de sangre pura. Y luego conocí a Dean aquí presente, ¿que hará, unos días, hijo?

-Si, -dijo otra voz, y Harry, Ron y Hermione se miraron uno al otro, en silencio pero, a pesar de si mismos, emocionados, seguros de haber reconocido la voz de Dean Thomas, su compañero de Gryffindor.

-Nacido de muggles, ¿eh? –preguntó el primer hombre.

-No estoy seguro, -dijo Dean-. Mi padre dejó a mi madre cuando yo era un niño. Aunque no tengo pruebas de que haya sido un brujo.

Por un momento se hizo el silencio, salvo por los sonidos de masticación; luego Ted volvió a hablar.

-Tengo que decir, Dirk, que estoy sorprendido de haberme encontrado contigo. Contento, pero, sorprendido. Se corrió la voz de que te habían atrapado.

-Y así fue -dijo Dirk-. Estaba a medio camino de Azkaban cuando intenté fugarme. Lancé un hechizo Aturdidor sobre Dawlish y le robé la escoba. Fue más fácil de lo que puedas pensar; supongo que no debía

estar muy bien en ese momento. Parecía *Confundido*. Si es así, me gustaría estrechar la mano de la bruja o brujo que lo hizo, probablemente me salvó la vida.

Hubo otra pausa en la que el fuego crepitó y se podían escuchar las embestidas del río. Luego Ted dijo -¿Y como encajais vosotros dos? Yo, eh, tenía la impresión de que los goblins estaban con Ya-sabes-quien, todos ellos.

-Tenías una falsa impresión. –dijo el goblin de voz más aguda-. No nos ponemos del lado de nadie. Esta es una guerra de brujos.

-¿Entonces, como es que estáis escondiéndoos?

-Estimé que era lo más prudente -dijo el goblin de voz más profunda-. Habiéndo rehusado a aceptar lo que yo consideré que era una demanda impertinente, me di cuenta que mi seguridad personal estaba en riesgo.

-¿Qué te pidieron que hicieras? –preguntó Ted.

-Tareas impropias de la dignidad de mi raza. –respondió el goblin, empleando un tono de voz más rudo y menos humano al decirlo-. No soy un elfo doméstico.

-¿Y tu, Griphook?

-Razones similares -dijo el goblin de voz más aguda-. Gringotts ya no está bajo el exclusivo control de los de mi raza. Yo no reconozco a ningún brujo como Director.

Añadió algo en voz baja en Gobbledegouk, y Gornuk se echó a reír.

-¿Cuál es el chiste? –preguntó Dean.

-Dijo -contestó Dirk-, que hay cosas que tampoco los brujos reconocen.

Hubo una pequeña pausa.

-No lo entiendo. –dijo Dean.

-Me tomé mi pequeña venganza antes de partir -dijo Griphook en español.

-Buen hombre… goblin, quise decir. –enmendó Ted rápidamente-. ¿Supongo que no te las ingeniarías para encerrar a uno de los Mortífagos en una de las viejas cámaras de alta seguridad?

-Si lo hubiera hecho, la espada no le habría ayudado a escaparse de allí -replicó Griphook. Gornuk se rió otra vez y hasta Dirk soltó una risa seca.

-Todavía creo que aquí hay algo que Dean y yo nos hemos perdido. –dijo Ted.

-También Severus Snape, solo que todavía no lo sabe, -dijo Griphook, y los dos goblins estallaron en risas malignas. Dentro de la tienda la respiración de Harry se había vuelto superficial por la excitación. El y Hermione se miraron fijamente el uno al otro, escuchando lo más atentamente posible.

-¿No te enteraste de eso, Ted? –preguntó Dirk-. ¿De los chicos que trataron de robar la espada de Gryffindor de la oficina de Snape en Hogwarts?

Pareció como si a Harry lo hubiera atravesado una corriente eléctrica, alterando cada uno de sus nervios mientras permanecía en el lugar como si hubiera echado raíces.

-No escuché ni una palabra, -dijo Ted-. No salió en el Profeta, ¿verdad?

-Difícilmente –se rió Dirk entre dientes-. Griphook aquí presente me lo contó, se enteró del asunto por Bill Weasly que trabaja en el banco. Uno de los jóvenes que trató de llevarse la espada era la hermana más pequeña de Bill.

Harry miró hacia donde se hallaban Hermione y Ron, ambos aferraban los Oídos Extensibles tan firmemente como si fueran cuerdas de salvamento.

-Ella y un grupo de amigos entraron en la oficina de Snape y rompieron el vidrio de la vitrina donde aparentemente guardaba la espada. Snape los atrapó cuando bajaban la escalera tratando de pasarla de contrabando.

-Ah, Dios los bendiga. –dijo Ted-. ¿Qué pensaban, que serían capaces de usar la espada contra Ya-sabes-quien? ¿O contra el mismo Snape?

-Bien, fuera lo que fuera lo que pensaran hacer con ella, Snape decidió que la espada no estaba a salvo

donde estaba. –dijo Dirk-. Un par de días más tarde, me imagino que después de obtener el visto bueno de Ya-sabes-quien, la mando a Londres para que en cambio fuera guardada en Gringotts.

Los goblins comenzaron a reírse otra vez.

-Todavía no le encuentro la gracia -dijo Ted.

-Es una falsificación. –graznó Griphook.

-¡La espada de Gryffindor!

-Oh si. Es una copia… una excelente copia, verdaderamente… pero estaba hecha por magos. La original fue forjada hace siglos por goblins y tenía ciertas propiedades que solo las armas hechas por goblins poseen. Donde quiera que esté la genuina espada de Gryffindor, no está en una bóveda del Banco de Gringotts.

-Ya veo. –dijo Ted-. Y asumo que no te molestaste en decirle esto a los Mortífagos.

-No vi ninguna razón para molestarles con esa información. –dijo Griphook con mucha compostura, y ahora Ted y Dean se unieron a las risas que proferían Gornuk y Dirk.

Dentro de la tienda, Harry cerró los ojos, deseando que alguien hiciera la pregunta de la cual necesitaba la respuesta, y después de un minuto que parecieron diez, Dean le hizo el favor; después de todo (recordó Harry sintiendo una sacudida) también era ex-novio de Ginny.

-¿Que ocurrió con Ginny y los demás? ¿Los que trataron de robarla?

-Oh, fueron castigados, y cruelmente-. Dijo Griphook con indiferencia.

-¿Pero aún así se encuentran bien? –preguntó Ted velozmente-. Quiero decir, que los Weasley lo menos que necesitan es más hijos heridos ¿verdad?

-Por lo que se, no sufrieron heridas serias. –dijo Griphook.

-Me alegro por ellos. –dijo Ted-. Con los antecedentes que tiene Snape supongo que deberíamos alegrarnos de que aún sigan con vida.

-¿Entonces, crees esa historia, verdad, Ted? –preguntó Dirk-. ¿Crees que Snape mató a Dumbledore?

-Por supuesto que lo creo. -dijo Ted-. ¿Te vas a quedar sentado allí diciéndome que crees que Potter tuvo algo que ver con ello?

-Es difícil saber en que creer en estos días. –murmuró Dirk.

-Conozco a Harry Potter. –dijo Dean-. Y considero que el es el verdadero… el Elegido, o lo que sea que quieran llamarlo.

-Si, hay muchos a los que les gustaría poder creer eso, hijo –dijo Dirk-, yo incluido. Pero ¿Dónde está? Por lo que parece, huyó por su vida. Se podría pensar que si

supiera algo que nosotros no sabemos, o tuviera algo especial dentro de si, estaría allí fuera ahora, peleando, oponiendo resistencia, en vez de esconderse. Y sabes, el Profeta presentó un caso bastante bueno contra él…

-¿El Profeta? –se burló Ted-. Mereces que te mientan si aún continuas leyendo esa porquería, Dirk. Si quieres los hechos, prueba con el Quibbler.

Hubo una súbita explosión de sofocos y arcadas además de gran cantidad de golpes. Por el ruido que hacían, Dirk se había tragado una espina de pescado. Al final balbuceó.

-¿El Quibbler? ¿Ese fancín lunático de Xeno Lovegood?

-No está tan lunático estos días. –dijo Ted-. Deberías echarle una ojeada. Xeno esta imprimiendo todas las cosas que el Profeta está ignorando, ni una sola mención acerca de Snorkacks de Cuernos Rugosos en el último ejemplar. Lo que me preocupa es cuanto tiempo más lo dejarán salirse con la suya, no lo sé. Pero Xeno dice, en la primera página de cada publicación, que todo brujo que esté en contra de Ya-sabes-quien debería tener como primera prioridad el ayudar a Harry Potter.

-Es difícil ayudar a un muchacho que ha desaparecido de la faz de la tierra -dijo Dirk.

-Escucha, el hecho de que aún no lo hayan atrapado es un tremendo logro –dijo Ted-. Gustosamente

aceptaría sus consejos; es lo que estamos tratando de hacer, permanecer libres, ¿verdad?

-Si, bueno, ahí tienes razón –dijo Dirk lentamente-. Con todo el Ministerio y todos sus informantes buscándolo yo habría supuesto que a estas alturas ya lo habrían atrapado. Considerándolo, ¿quien nos asegura que no lo hayan capturado y matado sin haberlo difundido?

-Ah, no digas eso, Dirk. –murmuró Ted.

Hubo una larga pausa ocupada con otro alboroto de cuchillos y tenedores. Cuando volvieron a hablar fue para discutir si deberían dormir en la orilla o refugiarse en la ladera arbolada. Decidiendo que los árboles les darían una mejor cobertura, extinguieron el fuego, y luego treparon nuevamente la pendiente, las voces perdiéndose en la distancia.

Harry, Ron y Hermione enrollaron los Oídos Extensibles. Harry, que durante todo el tiempo que estuvieron escuchando a escondidas, había encontrado cada vez mas difícil permanecer en silencio, ahora fue incapaz de decir nada más que:

-Ginny… la espada…

-Lo sé. –dijo Hermione.

Se abalanzó sobre el pequeño bolso bordado, esta vez hundiendo el brazo dentro de él justo hasta la axila.

-Aquí… lo… tengo… -dijo con los dientes apretados, y tiró de algo que evidentemente estaba en el fondo del bolso.

Paulatinamente, pudo verse el borde de un recargado marco de cuadro. Harry se apresuró a ayudarla. Mientras levantaban el vacío retrato de Phineas Nigellus para sacarlo del bolso, lo mantuvo apuntado con la varita, lista para conjurar un hechizo en cualquier momento.

-Si alguien cambió la verdadera espada por la falsa mientras estaba en la oficina de Dumbledore -jadeó, mientras apoyaban la pintura contra un lado de la tienda-, ¡Phineas Nigellus debería haber sido testigo, esta colgado justo al lado de la vitrina!

-A menos que estuviera durmiendo –dijo Harry, pero aún así contuvo el aliento mientras Hermione se arrodillaba frente al vacío lienzo, con la varita apuntada hacia el centro. Se aclaró la garganta y luego dijo: -Er… ¿Phineas? ¿Phineas Nigellus?

Nada ocurrió.

-¿Phineas Nigellus? –dijo Hermione otra vez-. ¿Profesor Black? Por favor… ¿Podemos hablar con usted? ¿Por favor?

-Decir por favor siempre ayuda. –dijo una fría y sarcástica voz, y Phineas Nigellus se deslizó dentro de su retrato. Al instante, Hermione gritó: -¡*Obscuro*!

Una venda negra apareció sobre los inteligentes ojos oscuros de Phineas Nigellus, provocando que se golpeara contra el marco y gritara de dolor.

-¿Qué… cómo te atreves… quién eres?

-Lo siento mucho, Profesor Black, -dijo Hermione-. ¡Pero es una precaución necesaria!

-¡Remueve este tonto aditamento enseguida! ¡Quítalo, te he dicho! ¡Estás arruinando una gran obra de arte! ¿Dónde estoy? ¿Qué está ocurriendo?

-No importa donde estamos. –dijo Harry, y Phineas Nigellus se congeló, abandonando los intentos de quitarse la venda pintada que le cubría el rostro.

-¿Será posible que esa sea la voz del huidizo Mr. Potter?

-Tal vez. –dijo Harry, sabiendo que esto mantendría a Phineas Nigellus interesado-. Tenemos un par de preguntas que hacerle… acerca de la espada de Gryffindor.

-Ah -dijo Phineas Nigellus, ahora volviendo la cabeza de un lado a otro en un esfuerzo por tratar de obtener un vistazo de Harry-. Si. Esa tonta chica actuó muy imprudentemente…

-No hable así de mi hermana. –dijo Ron bruscamente. Phineas Nigellus enarcó las cejas de forma arrogante.

-¿Quién más está ahí? –preguntó, girando la cabeza de lado a lado-. ¡Tu tono me desagrada! La muchacha y sus amigos fueron extremadamente temerarios. ¡Robarle al Director!

-No estaban robando. –dijo Harry-. La espada no es de Snape.

-Pertenece al colegio del Profesor Snape. –dijo Phineas Nigellus-. ¿Qué derecho tiene exactamente la joven Weasley sobre ella? ¡Se merecía el castigo, tanto como el idiota de Longbottom y la rareza de Lovegood!

-¡Neville no es un idiota y Luna no es una rareza! –dijo Hermione.

-¿Dónde estoy? –repitió Phineas Nigellus, empezando nuevamente a forcejear con la venda-. ¿Dónde me habéis traído? ¿Por qué me habéis sacado de la casa de mis ancestros?

-¡En este momento eso no es importante! ¿Cómo castigó Snape a Ginny, Neville y Luna? –preguntó Harry con apremio.

-El Profesor Snape los mandó al Bosque Prohibido, a hacer algún trabajo para el idiota de Hagrid.

-¡Hagrid no es un idiota! –dijo Hermione estridentemente.

-Y seguro que Snape pensó que eso era un castigo -dijo Harry-. Pero Ginny, Neville y Luna probablemente pasaron un rato agradable con Hagrid. El Bosque

Prohibido… han pasado por cosas mucho peores que el Bosque Prohibido, ¡vaya cosa!

Se sintió aliviado; se había estado imaginando horrores, la maldición Cruciatus, como poco.

-Lo que realmente queríamos saber, Profesor Black, es si ¿alguien más, um, por alguna razón, ha sacado la espada? ¿Tal vez se la llevaron para limpiarla o… o algo?

Phineas Nigellus hizo una pausa en los forcejeos con que intentaba liberarse los ojos y se rió disimuladamente.

-*Nacidos de muggles* -dijo-. Las armas de hechura Goblin no necesitan limpieza, ingenua niña. La plata Goblin repele el polvo mundano, absorbiendo solamente aquello que la fortalece.

-No llame ingenua a Hermione. –dijo Harry.

-Me estoy cansando de que me contradigais. –dijo Phineas Nigellus-. ¿Tal vez sea hora de que regrese a la oficina del Director?

Aún vendado, comenzó a andar a tientas por el borde del marco, tratando de tantear su camino fuera de esta pintura y de regreso a la que estaba en Hogwarts. Harry tuvo una súbita inspiración.

-¡Dumbledore! ¿Puede traernos a Dumbledore?

-¿Perdón? –preguntó Phineas Nigellus.

-El retrato del Profesor Dumbledore… no podría traerlo con usted, aquí, a su propio retrato.

Phineas Nigellus volvió el rostro en dirección a la voz de Harry.

-Evidentemente no solamente los nacidos de muggles son ignorantes, Potter. Los retratos de Hogwarts pueden comunicarse entre ellos, pero no pueden viajar fuera del castillo excepto para visitar pinturas de si mismos colgadas en otros lugares. Dumbledore no puede venir conmigo aquí, y después del tratamiento que he recibido en vuestras manos. ¡Os aseguro que no regresaré a visitaros!

Ligeramente cabizbajo, Harry observó como Phineas redoblaba sus esfuerzos para dejar el marco.

-Profesor Black -dijo Hermione-, ¿No podría decirnos, por favor, cuando fue la última vez que la espada fue sacada de la vitrina? ¿Me refiero a antes de que Ginny la tomara?

Phineas bufó impacientemente.

-Creo que la última vez que vi la espada de Gryffindor fuera de la vitrina fue cuando el Profesor Dumbledore la usó para abrir un anillo de un golpe.

Hermione se giro vivamente para mirar a Harry. Ninguno de ellos se atrevía a decir nada más delante de Phineas Nigellus, que al fin se las había arreglado para encontrar la salida.

-Bien, buenas noches tengan ustedes. –dijo algo gruñón, y empezó a apartarse de la vista otra vez. Solo el borde de su sombrero de ala quedaba a la vista cuando Harry dio un inesperado grito.

-¡Espere! ¿Le contó a Snape que había visto eso?

Phineas Nigellus metió la vendada cabeza nuevamente dentro del cuadro.

-El Profesor Snape tiene cosas más importantes en su mente que las muchas excentricidades de Albus Dumbledore. ¡Adiós, Potter!

Y diciendo esto, se desvaneció por completo, dejando detrás de él nada más que el sombrío telón de fondo.

-¡Harry! –gritó Hermione.

-¡Lo sé! –gritó Harry. Incapaz de contenerse a si mismo, dio un puñetazo al aire; era más de lo que se había atrevido a esperar. Caminó a zancadas por la tienda, de arriba abajo, sintiendo que podría correr una milla entera; Ya ni siquiera tenía hambre. Hermione comprimía el retrato de Phineas Nigellus metiéndolo nuevamente dentro del bolso bordado; cuando hubo cerrado el cierre tiró el bolso de vuelta a un lado y levanto la cara brillante hacia Harry.

-¡La espada puede destruir Horcruxes! Las hojas fabricadas por los Goblins absorben solo aquello que las fortalece… ¡Harry esa espada esta impregnada con veneno de basilisco!

-Y Dumbledore no me la entregó antes porque aún la necesitaba, quería usarla en el Relicario…

-…y debe de haberse percatado que no te dejarían tenerla si te la dejaba en su testamento…

-… Por lo que hizo una réplica…

-… Y puso una falsificación en la vitrina…

-… Y dejó la verdadera… ¿Dónde?

Se miraron uno al otro; Harry sentía que la respuesta estaba colgando invisible en el aire que había sobre ellos, tentadoramente cerca. ¿Por qué no se lo había dicho Dumbledore? ¿O, de hecho, se lo dijo a Harry, pero Harry no se dio cuenta en ese momento?

-¡Piensa! –susurró Hermione-. ¡Piensa! ¿Donde podría haberla dejado?

-No en Hogwarts. –dijo Harry, reanudando su paseo.

-¿En algún lugar de Hogsmeade? –sugirió Hermione.

-¿En la Casa de los Gritos? –dijo Harry-. Nunca va nadie por allí.

-Pero Snape sabe como llegar allí, ¿No sería eso un poco arriesgado?

-Dumbledore confiaba en Snape. –le recordó Harry.

-No lo suficiente como para decirle que había intercambiado las espadas. –dijo Hermione.

-¡Si, tienes razón! –dijo Harry, y se sintió incluso más alegre ante el pensamiento de que Dumbledore había tenido ciertas reservas, aunque fueran leves, sobre la honradez de Snape-. Por lo que habrá escondido la espada bien lejos de Hogsmeade ¿Qué supones tú, Ron? ¿Ron?

Harry miro a su alrededor. Por un desconcertante momento pensó que Ron había dejado la tienda, luego se dio cuenta que Ron estaba tendido en una litera envuelto en las sombras, inmovil.

-Oh, os habéis acordado de mi, ¿eh? –dijo.

-¿Qué?

Ron bufó con la vista fija en la parte de abajo de la litera superior.

-Proseguid. No dejeis que os estropee la diversión.

Perplejo, Harry miró a Hermione en busca de ayuda, pero ella negó con la cabeza, aparentemente tan confusa como él.

-¿Cuál es el problema? –preguntó Harry.

-¿Problema? No hay ningún problema. –dijo Ron aún rehusando mirar a Harry-. No en lo que a ti respecta, de cualquier forma.

Se escucharon varios golpes sordos en la lona sobre sus cabezas. Había empezado a llover.

-Bueno, evidentemente tienes un problema. –dijo Harry-. Escúpelo, ¿quieres?

Ron balanceó las largas piernas fuera de la cama y se sentó. Se le veía sórdido, no parecía él mismo.

-Esta bien, lo escupiré. No esperes que salte arriba y abajo por toda la tienda porque hay otra condenada cosa que debemos encontrar. Añádela a la lista de cosas que no sabes.

-¿Qué no sé? –repitió Harry-. ¿Qué no sé?

Plunk, plunk, plunk. La lluvia caía cada vez más fuerte y pesada; produciendo leves ruidos en la capa de hojas esparcidas alrededor de ellos y chapoteando en el río a través de la oscuridad. El temor apagó el júbilo de Harry. Ron estaba diciendo exactamente lo que había sospechado y temido que estuviera pensando.

-No es como si estuviera pasando el mejor momento de mi vida aquí, -dijo Ron-. Sabes, con el brazo estropeado y nada que comer y congelándome el trasero todas las noches. Solo tenía la esperanza, sabes, de que después de haber estado dando vueltas durante semanas, hubiéramos logrado algo.

-Ron –dijo Hermione, pero con una voz tan baja que Ron podía pretender no haberla oído sobre el ruidoso tamborileo de la lluvia que ahora golpeaba la tienda.

-Creí que sabías para lo que te habías ofrecido voluntario. –dijo Harry.

-Si, yo también creía saberlo.

-Entonces ¿Qué parte de ello no esta colmando tus expectativas? –preguntó Harry. El enfado venía en su auxilio ahora-. ¿Creías que nos alojaríamos en hoteles cinco estrellas? ¿Qué encontraríamos un Horcrux cada dos por tres? ¿Pensabas que volverías con tu mami para navidad?

-¡Pensamos que sabías lo que estabas haciendo! –grito Ron, poniéndose de pie, y sus palabras traspasaron a Harry como cuchillos ardientes-. ¡Pensamos que Dumbledore te había dicho qué hacer, pensamos que tenías un verdadero plan!

-¡Ron! –dijo Hermione, esta vez de forma claramente audible sobre la lluvia que retumbaba contra el techo de la tienda, pero otra vez la ignoró.

-Bueno siento haberte desilusionado. –dijo Harry, su voz lo bastante serena aunque se sentía vacío, inadecuado-. Fui honesto contigo desde el principio. Te dije todo lo que Dumbledore me había dicho. Y en caso que no te hayas dado cuenta, encontramos un Horcrux…

-Si, y estamos casi tan cerca de librarnos de él como lo estamos de encontrar el resto de ellos… ¡En otras palabras, para nada cercanos, maldición!

-Quítate el relicario, Ron. –dijo Hermione, su voz inusualmente alta-. Por favor quítatelo. No estarías

hablando de esa forma si no hubieras estado usándolo todo el día.

-Si, lo haría. –dijo Harry, que no quería que le buscaran excusas a la actuación de Ron-. ¿En serio creeis que no he adivinado que pensabais estas cosas?

-Harry, nosotros no estábamos…

-¡No mientas! –le lanzó Ron-. Tu también lo dijiste, dijiste que estabas desilusionada, dijiste que habías creído que tenía algo más en lo que apoyarse, además de…

-No lo dije de esa forma, Harry, ¡No lo hice! –lloró.

La lluvia aporreaba la tienda, por el rostro de Hermione caían las lágrimas, y la emoción que había sentido hacía unos minutos se desvaneció como si nunca la hubiera experimentado, un fuego artificial de corta vida que había brillado y muerto, dejándolo todo oscuro, mojado y frío. La espada de Gryffindor estaba escondida y no sabían dónde, y eran tres adolescentes en una tienda cuya única hazaña hasta el momento consistía en no estar muertos, aún.

-¿Entonces por qué estáis aquí aún? –le preguntó Harry a Ron.

-Que me registren.

-Iros a casa, entonces. –dijo Harry.

-¡Si, tal vez lo haga! –gritó Ron, y dio varios pasos hacia Harry, que no se echó para atrás-. ¿No escuchaste lo que dijeron de mi hermana? Pero no das un pedo de gato, no. Es solo el Bosque Prohibido. *Ha-enfrentado-cosas-peores,* a Harry Potter no le importa lo que le pase a ella allí… bueno a mi si, entiendes, arañas gigantes y juegos de mente…

-Lo que quise decir… es que estaba con los demás, estaban con Hagrid…

-Si, lo entiendo, ¡No te importa! Y que hay acerca del resto de mi familia, "los Weasley lo que menos que necesitan es más hijos heridos" ¿oíste eso?

-Si, yo…

-¿Sin embargo no te preocupó lo que quiso decir con eso?

-¡Ron! –dijo Hermione, forzando su camino para interponerse entre ellos-. No creo que signifique que haya pasado nada nuevo, nada de lo que no estemos enterados; piensa, Ron, Bill ya tiene una cicatriz, a esta altura mucha gente debe haber visto que George perdió una oreja, y se supone que tú estás en tu lecho de muerte con Spattergroit. Estoy segura que eso fue lo que quiso decir…

-Oh, estás segura, ¿verdad? Bueno, entonces, no me preocuparé por ellos. Para ti también está todo bien, ¿no es cierto? Con tus padres a salvo fuera del camino…

-¡Mis padres están muertos! –rugió Harry.

-¡Y los míos podrían estar en el mismo camino! –gritó Ron.

-Entonces ¡VETE! –rugió Harry-. Regresa con ellos, pretende que te recuperaste del Spattergroit y tu madre podrá alimentarte bien y…

Ron hizo un movimiento súbito. Harry reaccionó, pero antes de que cualquiera de las dos varitas estuviera fuera de los bolsillos de sus propietarios, Hermione había levantado la suya.

-¡*Protego*! –gritó, y un escudo invisible se extendió entre ella y Harry de un lado y Ron del otro; todos ellos se vieron forzados a retroceder unos pocos pasos por la fuerza del hechizo, y Harry y Ron se miraban insistentemente a cada lado de la transparente barrera como si se vieran claramente uno al otro por primera vez. Harry sintió un odio corrosivo contra Ron. Algo se había roto entre ellos.

-Deja el Horcrux. –dijo Harry.

Ron se pasó la cadena por sobre la cabeza y tiró el relicario sobre una silla cercana. Se giró hacia Hermione.

-¿Que vas a hacer?

-¿A que te refieres?

-¿Te quedas, o qué?

-Yo… -se veía angustiada-. Si…si, me quedo. Ron, dijimos que iríamos con Harry. Dijimos que lo ayudaríamos.

-Lo entiendo. Lo eliges a él.

-Ron, no… por favor… regresa, ¡Regresa!

Se vio obstruida por su propio encantamiento escudo; para cuando lo hubo levantado él ya había salido rabiando hacia la noche. Harry permaneció inmóvil y en silencio, escuchándola sollozar y gritar el nombre de Ron entre los árboles.

Después de unos pocos minutos regresó, el empapado cabello pegado contra la cara.

-¡Se ha i-i-ido! ¡Se ha *Desaparecido*!

Se tiró sobre una silla, se encogió sobre sí misma, y empezó a llorar.

Harry se sentía aturdido. Se detuvo, levantó el Horcrux, y lo colocó alrededor de su cuello. Sacó las mantas de la litera de Ron y las tiró sobre Hermione. Luego trepó a su propia cama y miró al oscuro techo de lona, escuchando el repiqueteo de la lluvia.

Capítulo Dieciséis



El Valle de Godric

Cuando Harry se despertó al día siguiente transcurrieron algunos segundos antes de que recordara lo que había pasado. Luego esperó, infantilmente, que todo hubiera sido un sueño, que Ron aún estuviera ahí y nunca se hubiera ido. Pero al girar la cabeza sobre la almohada pudo ver la cama de Ron vacía. Apartó los ojos sin expresión alguna. Harry bajó de un salto de su propia cama, manteniendo la vista apartada de la de Ron. Hermione, que ya estaba ocupada en la cocina, no le dio los buenos días, sino que desvió la mirada cuando él entró.

Se ha ido, se dijo Harry a sí mismo. Se ha ido. Se tuvo que repetir lo mismo mientras se bañaba y se vestía, como si repitiéndolo pudiera insensibilizarse de la conmoción. Se ha ido y no va a regresar. Y era la pura verdad, Harry lo sabía, porque los encantamientos protectores harían imposible que Ron, una vez dejaran

este sitio, los encontrara otra vez.
Él y Hermione tomaron el desayuno en silencio. Los ojos de Hermione estaban rojos e hinchados; parecía que no hubiera dormido nada. Empacaron sus cosas, Hermione haciéndolo demasiado despacio. Harry sabía por qué quería alargar su estancia en la ladera del río; varias veces la vio con mirada vigilante, y estaba seguro de que se engañaba a sí misma pensando que había escuchado pasos a través de la pesada lluvia, pero ninguna figura pelirroja apareció entre los árboles. Cada vez que Harry hacía la imitaba, y miraba alrededor (no podía evitar tener un poco de esperanza, el también), no veía nada más que el bosque barrido por la lluvia, y una pequeña porción de furia explotaba dentro de él. Podía escuchar a Ron diciendo, "¡Pensábamos que sabías lo que hacías!" y terminó de empacar con un fuerte nudo en la boca del estómago.
A su lado, el lodoso río estaba creciendo rápidamente y pronto se desbordaría sobre su margen. Se habían retrasado una hora larga sobre el momento en que hubieran levantado el campamento en condiciones normales. Al final, después de rehacer tres veces completas el equipaje en el bolso bordado, Hermione parecía incapaz de encontrar más razones para retrasarse: ella y Harry se cogieron de la mano y se Desaparecieron, reapareciendo sobre una ventosa ladera cubierta de brezos.
En el instante que llegaron, Hermione soltó la mano de Harry y se alejó de él, sentándose finalmente sobre una gran roca, su cara sobre las rodillas, sacudiéndose con lo que él sabía eran sollozos. La observó, sabiendo que debería ir a consolarla, pero algo lo mantenía atado a donde estaba. Sentía su interior frío y encogido: nuevamente vio la expresión desdeñosa en la cara de

Ron. Harry echó a andar a grandes zancadas a través de los brezos, caminando en un gran círculo con centro en la desconsolada Hermione, conjurando los hechizos que solía hacer ella para garantizar su seguridad.

No hablaron de Ron en el transcurso de los siguientes días. Harry había decidido no volver a mencionar su nombre, y Hermione parecía saber que sería inútil forzar el tema, aunque a veces, por las noches, cuando ella pensaba que estaba dormido, podía escucharla llorar. Mientras tanto, Harry había comenzado a sacar el Mapa del Merodeador y a examinarlo a la luz de su varita. Estaba esperando el momento en el que el punto etiquetado con el nombre de Ron pudiera aparecer en los corredores de Hogwarts, probando que había regresado a la comodidad del castillo, protegido por su estatus de sangre pura. Sin embargo, Ron no apareció en el mapa, y con el tiempo, Harry se encontró sacándolo solamente para observar el nombre de Ginny en el dormitorio de las niñas, deseando que la intensidad con la que lo miraba pudiera entrar en su sueño, de manera que ella supiera de una u otra forma que él estaba pensando en ella, deseando que estuviera bien.

Por el día, se dedicaban a tratar de determinar los posibles lugares donde pudiera estar la espada de Gryffindor, pero cuanto más hablaban de los sitios en los que Dumbledore pudiera haberla escondido, su especulación se volvía más desesperada y menos atractiva. Aunque se devanó los sesos todo lo que pudo, Harry no podía recordar que Dumbledore hubiera mencionado alguna vez un lugar donde pudiera esconder algo. Hubo momentos en que no supo si estaba más enojado con Ron o con Dumbledore. Pensábamos que sabías lo que hacías… Pensábamos que

Dumbledore te había dicho qué hacer… ¡Pensábamos que tenías un plan de verdad!
No podía engañarse: Ron estaba en lo cierto. Dumbledore no le había dejado virtualmente nada. Habían descubierto un Horrocrux, pero no tenían medios para destruirlo. Los otros seguían siendo tan inalcanzables como lo habían sido siempre. La desesperanza amenazaba con hundirlo. Ahora titubeaba pensando en su presunción al aceptar la oferta de sus amigos de acompañarlo en este viaje errante y sin sentido. No sabía nada, no tenía ideas, y estaba constante y dolorosamente alerta a cualquier signo de que Hermione también fuera a decirle que ya había tenido suficiente, que se iba.
Pasaban muchas noches en casi total silencio, y Hermione empezó a sacar el retrato de Phineas Nigellus y a colocarlo en una silla, como si fuera a llenar parte del vacío que Ron dejó con su partida. A pesar de su previa advertencia de que no los visitaría más, Phineas Nigellus no parecía capaz de resistir la oportunidad de saber más acerca de lo que Harry planeaba, y consentía en reaparecer, con los ojos vendados, cada pocos días. Harry incluso se alegraba de verlo, porque era compañía, aunque fuera de un tipo despreciativo y se burlara de ellos. Saciaron su ansia de noticias acerca de lo que estaba pasando en Hogwarts, aunque Phineas Nigellus no era un informante ideal. Veneraba a Snape, el primer director de Slytherin desde que él había dirigido la escuela, y tenían que tener cuidado de no criticar o hacer preguntas impertinentes sobre Snape, o Phineas Nigellus abandonaba el retrato instantáneamente.
Sin embargo, dejó caer ciertos fragmentos. Snape parecía estar enfrentando un constante aunque débil

motín de un amplio grupo de estudiantes. A Ginny se le había prohibido ir a Hogsmeade. Snape había retomado el viejo decreto de Umbridge prohibiendo reuniones de tres o más estudiantes o la creación de cualquier sociedad estudiantil no oficial.
De todas estas cosas, Harry dedujo que Ginny, y probablemente Neville y Luna con ella, estaban haciendo todo lo que podían para continuar con el Ejército de Dumbledore. Estas escasas noticias hicieron que Harry deseara ver a Ginny tan desesperadamente como cuando deseas que se te cure pronto un dolor de estómago; pero también le hizo pensar en Ron otra vez, y en Dumbledore, y en el mismo Hogwarts, que había extrañado casi tanto como a su ex-novia. De hecho, mientras que Phineas Nigellus hablaba acerca de las medidas de Snape, Harry experimentó un pequeño segundo de locura al imaginarse simplemente regresando a la escuela para unirse a la desestabilización del régimen de Snape: estando bien alimentado, y con una cómoda cama, y otras personas haciéndose cargo de todo; parecía la más maravillosa propuesta del mundo en ese momento. Pero luego recordó que era el Indeseable Número Uno, que había un precio de diez mil galeones sobre su cabeza, y que estar en Hogwarts en esos días era tan peligroso como estar en el Ministerio de Magia. Sin darse cuenta, Phineas Nigellus enfatizaba este hecho al dejar caer preguntas casuales acerca de dónde estaban Harry y Hermione. Cada vez que lo hacía, Hermione lo envolvía nuevamente en la bolsa de cuentas, y Phineas Nigellus invariablemente rehusaba reaparecer hasta varios días después de esas despedidas tan poco ceremoniosas.
El clima se volvió más y más frío. No se atrevían a permanecer en un lugar demasiado tiempo, aunque

permanecían en el sur de Inglaterra, que era una dura región. El frío era la peor de sus preocupaciones, así que continuaron errando arriba y debajo de la región, desafiando la falda de una montaña, donde el aguanieve aporreó la tienda; una amplia y plana ciénaga, donde la tienda se inundó con agua fría; y una pequeña isla en medio de un lago, donde la nieve cubrió la tienda hasta la mitad durante la noche.
Habían comenzado a colocar árboles de Navidad con luces parpadeantes en algunas ventanas del salón antes de que llegara la noche, cuando Harry decidió sugerir, de nuevo, lo que le parecía la única ruta sin explorar que les quedaba. Acababan de terminar una inusual merienda: Hermione había ido al supermercado bajo la Capa de Invisibilidad (dejando escrupulosamente el dinero dentro de una caja registradora abierta antes irse), y Harry pensó que podría estar más persuadible de lo normal con el estómago lleno, gracias a los espagueti boloñesa y a las peras enlatadas. También había tenido la previsión de sugerir que tomaran algunas horas de descanso de llevar el Horrocrux, que estaba colgando sobre la cama a su lado.
-¿Hermione?
-¿Mmm? -Estaba acurrucada en un de los sillones combados con Las Aventuras de Beedle el Bardo. No podía imaginar cuanto tiempo más iba a estar pegada al libro, que no fue, después de todo, demasiado; pero evidentemente aún estaba descifrando algo en él, porque El silabario del Hechicero permanecía abierto en un brazo del sillón.
Harry se aclaró la garganta. Se sentía exactamente como en aquella ocasión, algunos años atrás, cuando tuvo que preguntarle a la Profesora McGonagall si podía ir a Hogsmeade de todas formas, a pesar del hecho de

no haber persuadido a los Dursley de firmar su permiso.
-Hermione, he estado pensando, y ...
-Harry, ¿podrías ayudarme con algo?
No parecía haberle escuchado. Se inclinó frente a él y le extendió Las Aventuras de Beedle el Bardo.
-Mira este símbolo -dijo, apuntando al encabezado de la página. Sobre lo que Harry suponía que era el título de la historia (siendo incapaz de leer runas, no podía estar seguro), había el dibujo de lo que parecía un ojo triangular, su pupila cruzada con una línea vertical.
-No he estudiado Runas Antiguas, Hermione.
-Ya lo sé, pero esto no es una runa y tampoco está en el silabario. Todo este tiempo pensaba que era el dibujo de un ojo, ¡pero ya no creo que lo sea! Fue dibujado con tinta, mira, alguien lo pintó ahí, no es realmente parte del libro. Piensa, ¿has visto esto antes?
-No... No, espera un momento. -Harry lo miró más de cerca-. ¿No es el mismo símbolo que el padre de Luna llevaba colgado del cuello?
-Bien, eso mismo pensé
-Entonces es la marca de Grindelwald
Ella lo miró fijamente, con la boca abierta.
-¿Qué?
-Krum me dijo...
Le recontó la historia que Viktor Krum le había contado en la boda. Hermione lo miraba anonadada.
-¿La marca de Grindelwald?
Miró a Harry y luego al extraño símbolo otra vez.
-Nunca he oído que Grindelwald tuviera una marca. No se menciona en nada de lo que he leído de él.
-Bueno, como te dije, Krum cree que ese símbolo fue tallado en una pared de Durmstrang, y que Grindelwald lo puso ahí.
Ella se dejó caer en el viejo sillón, con el ceño

fruncido.
-Es muy extraño. Si es un símbolo de Magia Oscura, ¿que está haciendo en un libro de historias para niños?
-Si, es raro -dijo Harry-. Y se supone que Scrimgeour debería haberlo reconocido. Él era Ministro, tendría que haber sido un experto en artes oscuras.
-Lo se... Tal vez pensó que era un ojo, como yo. Las otras historias también tienen pequeñas imágenes sobre los títulos.
No dijo nada más, pero continuó estudiando detenidamente la extraña marca. Harry lo intentó otra vez.
-¿Hermione?
-¿Mmm?
-He estado pensando. Quiero... quiero ir al Valle de Godric.
Ella lo miró, pero sus ojos estaban desenfocados, y él estuba seguro de que estaba pensando todavía en la misteriosa marca del libro.
-Sí -dijo ella-. Sí, yo también he estado pensando en eso. Realmente pienso que tenemos que ir.
-¿Me has escuchado bien? -preguntó él.
-Por supuesto que sí. Quieres ir al Valle de Godric. Estoy de acuerdo, creo que deberíamos ir. Quiero decir, no se me ocurre otro lugar donde pueda estar. Será peligroso, pero mientras más lo pienso, más probable me parece que esté ahí.
-Eh... ¿Qué es lo qué está ahí? -preguntó Harry.
En ese momento, ella lo miró tan desconcertada como lo estaba él.
-Pues, ¡la espada, Harry! Dumbledore tenía que saber que tu querrías regresar ahí, y quiero decir, el Valle de Godric es el lugar de nacimiento de Godric Gryffindor
-¿En serio? ¿Gryffindor es del Valle de Godric?

-Harry, ¿has abierto alguna vez Historia de la Magia?
-Eh -dijo, sonriendo por primera vez en meses, por lo que notaba: los músculos de su rostro estaban raramente tiesos-. Sí lo abrí, sabes, cuando lo compré... sólo una vez...
-Bueno, si el pueblo tiene ese nombre en su honor, creo que podrías haber pensado en hacer la conexión -dijo Hermione. Sonaba más como la vieja Hermione que como la nueva; Harry casi esperaba que anunciara que se iba a la biblioteca.
-Hay algo sobre el pueblo en Historia de la Magia, espera...
Abrió la bolsa de cuentas y revolvió en su interior durante un rato, extrayendo finalmente la copia del viejo libro de texto, Historia de la Magia por Bathidla Bagshot, el cual hojeó hasta encontrar la página que quería.
"Después de la firma del Estatuto Internacional del Secreto en 1689, los magos tuvieron que esconderse por su propio bien. Era frecuente, quizás, que formaran sus propias pequeñas comunidades dentro de una comunidad más grande. Muchos pueblos pequeños y aldehuelas atrajeron a algunas familias mágicas, que permanecieron juntas para apoyarse mutuamente y como protección. Los pueblos de Tinworth en Cornwall, Upper Flagely en Yorkshire, y Ottery St. Catchpole en la costa sur de Inglaterra fueron hogares notables para corrillos de familias mágicas que vivían junto con muggles tolerantes y a veces Confundidos. El más célebre de estos lugares de residencia medio-mágicos, es quizás, el Valle de Godric, el pueblo del oeste del país donde nació el gran mago Godric Gryffindor, y donde Bowman Wright, herrero mágico, forjó la primera snitch dorada. El cementerio está lleno de

nombres de antiguas familias mágicas, y sus relatos son, sin duda alguna, historias de embrujos que han acechado la pequeña iglesia local durante muchos siglos.'
-No os menciona ni a tí ni a tus padres -dijo Hermione, cerrando el libro-, porque la profesora Bagshot no cubre nada posterior a finales del siglo diecinueve. ¿Pero lo ves? El Valle de Godric, Godric Gryffindor, la espada de Gryffindor; ¿no crees que Dumbledore debía espera rque hicieras la conexión?
-Oh sí...
Harry no quiso admitir que no había pensando en la espada en absoluto cuando sugirió ir al Valle de Godric. Para él, el atractivo del pueblo estaba en la tumba de sus padres, la casa donde escapó de la muerte, y en la persona de Bathidla Bagshot.
-¿Recuerdas lo que dijo Muriel? -le preguntó casualmente.
-¿Quién?
-Ya sabes -vaciló: no quería decir el nombre de Ron-. La tía abuela de Ginny. En la boda. La que dijo que tenías tobillos flacos.
-Ah -dijo Hermione. Fue un momento difícil: Harry supo que había notado la omisión del nombre de Ron. Dijo apresuradamente:
-Dijo que Bathilda Bagshot aún vive en el Valle de Godric.
-Bathilda Bagshot -murmuró Hermione, pasando su dedo índice sobre el nombre en relieve de Bathidla en la portada de Historia de la Magia-. Bueno, supongo...
Jadeó tan fuerte que Harry sintió que se le revolvían las entrañas; sacó su varita, mirando hacia la entrada, casi esperando ver una mano intentando atravesar la solapa de la entrada, pero no había nada.

-¿Qué pasa? -dijo, medio enojado, medio aliviado. -¿Por qué hiciste eso? Pensé que habías visto, como mínimo, un Mortífago bajando la cremallera de la tienda…”
-Harry, ¿y si Bathidla tiene la espada? ¿y si Dumbledore se la confió?
Harry consideró la posibilidad. Bathidla debía ser una mujer muy vieja ahora, y de acuerdo con Muriel, estaba un poco loca. ¿Era posible que Dumbledore hubiera escondido la espada de Gryffindor con ella? Si eso fuera cierto, a Harry le parecía que Dumbledore se había arriesgado demasiado: nunca había revelado que había reemplazado la espada por otra falsa, ni había mencionado demasiado su amistad con Bathidla. Ahora, a pesar de todo, no era el momento de levantar dudas sobre la teoría de Hermione, sobre todo cuando estaba, insperadamente, tan decidida a cumplir el deseo más añorado de Harry.
-¡Sí, tuvo que hacerlo! Entonces, ¿vamos al Valle de Godric?”
-Sí, pero tendremos que pensarlo cuidadosamente, Harry -Se sentó, y Harry podía apreciar que tener un plan en perspectiva había levantado su ánimo tanto como el de él.
-Para empezar vamos a tener que practicar Desaparecernos juntos bajo la Capa de Invisibilidad, y tal vez también sería sensato hacerlo con los hechizos desilusionadores, a menos de que pienses que deberíamos ir en una neblina espesa y usar Poción Multijugos. En ese caso necesitaremos conseguir cabello de alguien. De hecho creo que deberíamos hacer eso mejor, Harry, mientras más elaborado sea el disfraz mejor…”
Harry la dejó hablar, asintiendo y mostrándose de acuerdo cada vez que hacía una pausa, pero su mente

había abandonado la conversación. Por primera vez desde que habían descubierto que la espada en Grynffindor era falsa, se sentía emocionado.
Estaba a punto de volver a casa, a punto de regresar al lugar donde había tenido una familia. Fue en el Valle de Godric donde, si no fuera por Voldemort, podría haber crecido y pasado cada una de sus vacaciones. Podría haber invitado amigos a su casa… hasta podría haber tenido hermanos y hermanas… hubiera sido su madre la que hiciera su pastel de su cumpleaños número diecisiete. La vida que había perdido difícilmente podía parecerse la real que vivía en ese momento, cuando sabía que estaba a punto de ver el lugar donde se la habían arrebatado. Después de que Hermione se hubiera ido a la cama esa noche, Harry sacó cuidadosamente su mochila de la bolsa de cuentas de Hermione, y de ésta, sacó el álbum de fotografías que Hagrid le había dado hacía mucho tiempo. Por primera vez en muchos meses, examinó las viejas fotos de sus padres, sonriéndole y saludándolo desde las imágenes, que era lo único que tenía de ellos.
Harry hubiera partido hacia el Valle de Cedric al día siguiente con mucho gusto, pero Hermione tenía otros planes. Convencida como estaba de que Voldemort podía esperar que Harry regresara al lugar en que sus padres murieron, estaba decidida a ir sólo después de que se hubieran asegurado de tener los mejores disfraces posibles. Pasó como una semana entera – una vez que hubieron obtenido furtivamente cabellos de muggles inocentes haciendo las compras navideñas, y hubieron practicado Aparecerse y Desaparecerse juntos debajo de la Capa de Invisibilidad – hasta que Hermione accedió a hacer el viaje.
Se Aparecieron en el pueblo protegidos por la

oscuridad, la tarde estaba ya avanzada cuando finalmente se bebieron la Poción Multijugos, Harry transformándose en un muggle calvo y de edad madura, Hermione en su pequeña y bastante tímida esposa. Guardaron la bolsa de cuentas que contenía todas sus posesiones (aparte del Horrocrux, el cual Harry llevaba colgado al cuello) dentro de uno de los bolsillos del abrigo abotonado de Hermione. Harry colocó la Capa de Invisibilidad sobre ellos, y se sumergieron bajo la sofocante oscuridad una vez más.

Con el corazón latiendo en su garganta, Harry abrió los ojos. Estaban parados cogidos de la mano en un camino nevado bajo un cielo azul oscuro, en el que las primeras estrellas de la noche empezaban a brillar débilmente. Había chalets a ambos lados del angosto camino, con decoraciones navideñas parpadeando en las ventanas. A poca distancia de ellos, el brillo de algunos faroles dorados indicaba el centro del pueblo.

-¡Toda esta nieve! -murmuró Hermione debajo de la capa-. ¿Por qué nunca pensamos en la nieve? Después de todas las precauciones que tomamos, ¡vamos a dejar huellas! Tenemos que deshacernos de ellas – tú ve delante, yo lo haré-”

Harry no quería entrar al pueblo como un caballo de pantomima, tratando de permanecer inadvertidos mientras cubrían su rastro mágicamente.

-Vamos a quitarnos la capa -dijo Harry, y cuando vio la expresión espantada de Hermione dijo-. Oh, vamos, no parecemos nosotros y no hay nadie cerca.

Escondió la capa bajo su abrigo y continuaron sin ningún otro impedimento, el aire helado cortándoles la cara mientras pasaban más y más chalets: Alguno de ellos pudo haber sido en el que James y Lily alguna vez vivieron o en el que Bathilda vivía ahora. Harry miraba

las puertas principales, sus techos cargados de nieve, y sus porches, deseando poder recordar alguno de ellos, sabiendo en el fondo que eso era imposible, que tenía menos de un año cuando dejó este lugar para siempre. Ni siquiera estaba seguro de si podría ver el chalet después de todo; no sabía lo que pasaba cuando todos los relacionados con un Encantamiento Fidelius morían. Entonces, la pequeña vereda por donde caminaban se curvó a la izquierda hacia el corazón del pueblo, en donde apareció una pequeña plaza.
Acordonado en todo su alrededor con luces de colores, había lo que parecía como un monumento en su centro, en parte oscurecido por la sombra de un árbol de Navidad. Había algunas tiendas, una oficina de correos, un bar, y una pequeña iglesia cuyas vidrieras de colores lanzaban un resplandeciente brillo a través de la plaza. Aquí la nieve tenía otro efecto: Era dura y resbaladiza, como si la gente la hubiera estado pisoteando todo el día. Se cruzaron con algunos habitantes, sus figuras débilmente iluminadas por los faroles. Escucharon algunas risas y música pop en un momento en que la puerta del bar se abrió y se cerró; después escucharon el principio de un villancico dentro de la pequeña iglesia.
-¡Harry, creo que es Nochebuena! -dijo Hermione.
-¿Si?
Había perdido la cuenta de las fechas; no habían visto un periódico en semanas.
-Estoy segura de que sí -dijo Hermione, con los ojos fijos en la iglesia-. Ellos... estarán dentro, ¿verdad? Tu padre y tu madre. Puedo ver el cementerio detrás.
Harry sintió un estremecimiento más allá de la emoción, más parecido al miedo. Ahora que estaba tan cerca, se preguntó qué era lo que quería ver después

de todo. Quizás Hermione sabía cómo se sentía, porque le tomó la mano y dirigió el paso por primera vez, arrastrándolo con ella. Sin embargo, al cruzar la plaza, se pararon en seco.
-¡Harry, mira!
Estaba apuntando a donde antes estaba un monumento a los caídos. Al dejarlo atrás, se había transformado. En lugar de un obelisco cubierto de nombres, había una estatua con tres personas: un hombre con gafas y cabello desaliñado, una mujer con largo cabello y un rostro bello y amable, y un bebé sentado en sus brazos. Había un poco de nieve sobre sus cabezas de forma que parecían gorros blancos.
Harry se acercó, contemplando el rostro de sus padres. Nunca se hubiera imaginado que hubiera una estatua… Era extraño verse representado a sí mismo en la piedra, un bebé feliz sin ninguna cicatriz en la frente…
-Vamos -dijo Harry, cuando hubo visto suficiente, y se dieron la vuelta rumbo a la iglesia. En el momento en que cruzaron la calle, se volvió sobre su hombro; la estatua se había convertido en el monumento que vieron en un principio.
Los cantos se hacían más fuertes a medida que se aproximaban a la iglesia. A Harry se le encogió la garganta, le recordaba mucho a Hogwarts, a Peeves cantando groseras versiones de villancicos dentro de las armaduras, a los doce árboles de navidad dentro del Comedor, a Dumbledore usando una gorra que había ganado en un trueque, a Ron con un suéter tejido a mano.
Había una portezuela en la entrada del cementerio. Hermione la empujó lo más silenciosamente que pudo y entraron. A ambos lados del resbaladizo camino, la nieve permanecía profunda y sin señales de haber sido

pisada. Se movieron a través de ella, dejando profundas huellas detrás mientras caminaban alrededor de la iglesia, manteniéndose en la sombra, donde no llegaba la luz de las ventanas.
Detrás de la iglesia, hilera tras hilera de tumbas nevadas sobresalía una manta azul pálido salpicada de rojo, dorado y verde deslumbrantes, los reflejos provenientes de los vidrios de colores. Sosteniendo firmemente su varita con la mano metida en el bolsillo, Harry se aproximó a la tumba más cercana.
-¡Mira esto, es un Abbot, puede ser algún pariente lejano de Hannah!
-Baja el volumen de tu voz -le rogó Hermione.
Caminaron más dentro del cementerio, dejando huellas oscuras en la nieve detrás de ellos, parándose a mirar de cerca las palabras sobre las viejas tumbas, cada vez escudriñando en la oscuridad para asegurarse de que estaban completamente solos.
-¡Aquí, Harry!
Hermione estaba dos hileras de tumbas más allá; Harry tuvo que caminar de vuelta hacia ella, su corazón saliéndosele del pecho.
-¿Es...?
-No, ¡pero mira!
Apuntó a la piedra oscura. Harry se inclinó y vió, en el granito manchado de líquenes, el nombre de Kendra Dumbledore y, un poco más abajo sus fechas de nacimiento y muerte, y Su Hija Ariana. También había una cita:

Donde esté tu tesoro, también estará tu corazón.
Entonces Rita Skeeter y Muriel tenían algo de razón. La familia Dumbledore había vivido ahí, y parte de ella había muerto ahí.

Ver la tumba era peor que escucharlo. Harry no pudo evitar pensar en que ambos, Dumbledore y él, tenían profundos arraigos en este cementerio, y que Dumbledore debería haberle dicho algo al respecto, no pensar en que él lo investigaría. Pudieron haber visitado el lugar juntos; por un momento Harry se imaginó viniendo aquí con Dumbledore, el lazo que podrían haber creado al hacerlo, de lo mucho que hubiera significado para él. Pero parecía que a Dumbledore el hecho de que sus familias reposaran en el mismo cementerio había sido una coincidencia sin importancia, irrelevante, quizás, para el trabajo que quería que Harry llevase a cabo.
Hermione estaba mirando a Harry, y él se sintió agradecido de que su rostro estuviera escondido en la sombra. Leyó las palabras de la tumba nuevamente. Donde esté tu tesoro, también estará tu corazón. No entendía lo que significaban estas palabras. Seguramente Dumbledore las había escogido, como el miembro mayor de la familia a la muerte de su madre.
-¿Estás seguro de que nunca mencionó...? -comenzó Hermione.
-No -dijo Harry en tono cortante-, sigamos buscando -y se alejó, deseando no haber visto la tumba: No quería que su entusiasmo se empañara con resentimiento.
-¡Aquí! -gritó Hermione otra vez un momento después, en una parte fuera de la oscuridad-. ¡Ah no, perdón! Pensé que decía Potter.
Estaba frotando una piedra desmoronada y musgosa, mirándola, frunciendo un poco el ceño.
-Harry, vuelve un momento.
Harry no tenía ganas de abrirse camino sobre la nieve de nuevo, y de mala gana volvió hacia ella.
-¿Qué?

-¡Mira esto!
La tumba era extremadamente vieja, tan maltratada por el paso del tiempo que Harry difícilmente podía leer un nombre en ella. Hermione le mostró el símbolo debajo de él.
-¡Harry, esa es la marca del libro!
Miró fijamente el lugar que le indicaba: La piedra estaba tan desgastada que era difícil saber lo que estaba tallado ahí, aunque parecía ser una marca triangular debajo del nombre ilegible.
-Sí… puede ser…
Hermione encendió su varita y la apuntó al nombre en la piedra.
-Dice Ig- Ignotus, creo…
-Voy a seguir buscando a mis padres, ¿vale? –le dijo Harry, en un tono levemente cortante, y se alejó, dejándola encogida a un lado de la vieja tumba.
De tanto en tanto reconocía un apellido, como Abbott, que había escuchado en Hogwarts. Algunas veces había varias generaciones de la misma familia mágica escritas sobre las tumbas: Harry podía imaginarse, por las fechas, que ya había muerto la mayoría, o que el resto de la familia se había mudado lejos del Valle de Godric. Cuanto más se internaba en las tumbas, y cada vez que encontraba un nuevo nombre, sentía una sacudida de aprehensión, un presentimiento.
La oscuridad y el silencio parecían volverse, de repente, más profundos. Harry miró alrededor, preocupado, pensando en los dementotes, luego se dio cuenta de que los villancicos habían terminado, que el bullicio y la agitación de los visitantes de la iglesia se extinguía al momento en que se encaminaban a la plaza. Alguien dentro de la iglesia estaba apagando las luces.

Entonces la voz de Hermione resonó en la oscuridad por tercera vez, clara y definida desde unos metros más allá.
-Harry, están aquí… justo aquí.
Y él supo, por su tono, que esta vez eran sus padres. Se encaminó hacia ella, sintiendo como si algo muy pesado le oprimiera el pecho, la misma sensación que había tenido justo después de que Dumbledore hubiera muerto, una aflicción que pesaba sobre su corazón y sus pulmones.
La tumba estaba sólo dos hileras detrás de la de Kendra y Ariana. Estaba hecha de mármol blanco, como la de Dumbledore, y eso la hacía fácil de leer, pues parecía brillar en la oscuridad. Harry no necesitó arrodillarse o acercarse demasiado para leer las palabras talladas en ella.

JAMES POTTER
NACIDO EL 27 DE MARZO DE 1960
MURIÓ EL 31 DE OCTUBRE DE 1981

LILY POTTER
NACIDA EL 30 DE ENERO DE 1960
MURIÓ EL 31 DE OCTUBRE DE 1981

El último enemigo que debe ser destruido es la muerte.

Harry leyó las palabras lentamente, como si sólo tuviera una única oportunidad para entender su significado, y leyó la última parte en voz alta.
-El último enemigo que debe ser destruido es la

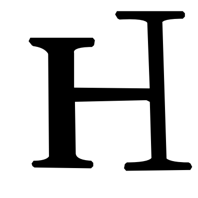
muerte… -un pensamiento terrible vino a él, acompañado de un poco de pánico-. ¿No es una idea de Mortífago? ¿Por qué está ahí?
-No significa derrotar a la muerte en la manera en que lo ven los Mortífagos, Harry -dijo Hermione, con voz gentil-. Significa… no sé… vivir más allá de la muerte. Vivir después de la muerte.
Pero ellos no vivían, como Harry: Se habían ido. Las palabras vacías no podían disfrazar el hecho de que los restos de sus padres descansaban debajo de la nieve y la piedra, indiferentes, desconocidos. Y las lágrimas se le escaparon antes de que pudiera contenerlas, calientes al principio y congelándose en su rostro después, ¿había razones para limpiárselas, o de fingir más fortaleza? Las dejó caer, sus labios oprimidos fuertemente uno contra el otro, con la mirada baja hacia la espesa nieve escondiendo de su vista el lugar donde finalmente descansaban Lily y James, en los huesos ahora, o convertidos en polvo, no sabiendo ni importándoles el hecho de que su hijo estuviera parado ahí, tan cerca, con el corazón aún latiendo, vivo gracias a su sacrificio y cerca de desear, en este momento, estar durmiendo bajo la nieve con ellos.
Hermione le había tomado la mano nuevamente, apretándola fuertemente. Él no podía mirarla, pero le devolvió el apretón, tomando bocanadas profundas de aire nocturno, tratando de mantenerse en calma, tratando de volver a controlarse. Debió haber traído algo para ellos, y ni siquiera lo había pensado, y cada planta en el cementerio estaba medio congelada. Pero Hermione levantó su varita, hizo un círculo en el aire, y una guirnalda de rosas navideñas floreció frente a ellos. Harry la tomó y la colocó sobre la tumba de sus padres. Tan pronto como se levantó quiso irse: No podía estar

un momento más ahí. Puso su brazo alrededor de los hombros de Hermione, y ella puso el suyo alrededor de su cintura, y se volvieron en silencio alejándose a través de la nieve, pasando frente a la tumba de la madre y la hermana de Dumbledore, de regreso hacia la oscura iglesia y la ahora oculta verja.

Capítulo Diecisiete



El Secreto de Bathilda



- Harry, Alto
- ¿Qué pasa?
Acababan de alcanzar la tumba del desconocido Abbott.
-Hay alguien allí. Alguien vigilándonos, puedo sentirlo. Allí junto a los arbustos.
Se quedaron totalmente inmóviles, aferrados el uno al otro, mirando fijamente al negro y denso límite del cementerio. Harry no podía ver nada.
- ¿Estás segura?
-He visto algo moverse, podría jurar que lo he visto...
Se separó de él para tener libre el brazo de la varita.
-Parecemos muggles - señaló Harry.
-¡Muggles que han estado poniendo flores en la tumba de tus padres! ¡Harry, estoy segura de que hay alguien

por allí!
Harry pensó que según Historia de la Magia, el cementerio se suponía que estaba embrujado: ¿Y si…? Pero entonces oyó un susurro y vio un poco de nieve arremolinarse en el arbusto que Hermione había estado señalando. Los fantasmas no podían mover la nieve.
-Es un gato -dijo Harry, al cabo de un segundo o dos, -o un pájaro. Si fuese un Mortifago ya estaríamos muertos a estas alturas. Pero salgamos de aquí, y podremos volver a ponernos la Capa.
Miraron hacia atrás varias veces mientras se abrían paso fuera del cementerio. Harry, que no se sentía tan tranquilo como había fingido al reconfortar a Hermione, se sintió aliviado al alcanzar la verja y el resbaladizo pavimento. Se pusieron la Capa de Invisivilidad por encima. El bar estaba más lleno que antes. Dentro, muchas voces cantaban ahora el villancico que habían oído mientras se acercaban a la iglesia. Por un momento Harry consideró sugerir que se refugiaran dentro, pero antes de que pudiera decir nada, Hermione murmuró:
-Vamos por aquí -y tiró de él hacia abajo por la oscura calle que conducía fuera del pueblo, en dirección opuesta a la que habían cogido para entrar. Harry podía divisar el punto donde las casas de campo finalizaban y la senda se convertía en campo llano otra vez. Caminaban tan rápidamente como se atrevían, pasando más ventanas que centelleaban con luces multicolores, viendo los oscuros contornos de árboles de Navidad a través de las cortinas.
- ¿Cómo vamos a encontrar la casa de Bathilda? -preguntó Hermione, que temblaba un poco y seguía mirando sobre su hombro-. ¿Harry? ¿Qué piensas? ¿Harry?

Le tiró del brazo, pero Harry no prestaba atención. Miraba hacia la oscura masa que se erguía al final de esa fila de casas. Al momento siguiente aceleró, llevando a rastras a Hermione con él. Ella resbaló un poco en el hielo.
-Harry
-Mira... Mira eso, Hermione
-¡No veo... oh!
Podía verla. El hechizo Fidelius debía haber muerto con James y Lily. El seto había crecido salvaje en los dieciséis años que habían pasado desde que Hagrid había tomado a Harry de entre los escombros que yacían dispersos entre la hierba, tan alta que le llegaba a la cintura. La mayor parte de la casa de campo estaba todavía en pie, estaba enteramente cubierta de oscura hiedra y de nieve, pero el lado derecho del piso superior había sido volado. Allí, estaba seguro, era donde la maldición había impactado. Él y Hermione se detuvieron ante la verja, contemplado la ruina de lo que una vez había sido una casa de campo como las otras que la flanqueaban.
-Me pregunto por qué nadie la ha recontruyó - murmuró Hermione.
-Tal vez no se pueda reconstruir -contestó Harry-. Tal vez sea como las lesiones de Magia Oscura y no se pueda reparar el daño.
Metió una mano bajo la capa y asió la nevada y muy oxidada verja, sin querer abrirla, solo deseando simplemente ser parte de la casa.
- No iras a entrar ¡Parece peligroso, podría... oh, Harry, mira!
Tocar la verja pareció activarlo. Un letrero había surgido del suelo delante de ellos, alzándose a través de las marañas de ortigas y rastrojos, como una

extravagante flor, creciendo rápidamente, y en letras doradas sobre la madera decía:

En este lugar, en la noche de 31 octubre de 1981
Lily y James Potter perdieron sus vidas.
Su hijo, Harry, permanece siendo el único mago que
Alguna vez haya sobrevivido a la Maldición
Imperdonable.
Esta casa, invisible para los muggles, se ha dejado
En su estado ruinoso como monumento a los Potter
Y como recordatorio de la violencia
Que destrozó a su familia.

Y alrededor de las palabras pulcramente rotuladas, había garabatos agregados por otras brujas y magos que habían venido a ver el lugar donde El Niño Que Vivió había escapado. Algunos solamente habían firmado con sus nombres con Tinta Eterna; Otros habían grabado sus siglas en la madera, no obstante otros habían dejado mensajes. Los más recientes de ellos brillaban intensamente sobre los grafittis mágicos de hacía dieciseis años, y todos decían cosas parecidas.

Buena suerte, Harry, dondequiera que estés.
¡Si lees esto Harry, que sepas que todos te apoyamos!
Larga vida Harry Potter.

- ¡No deberían haber escrito sobre el cartel! -dijo Hermione, indignada.
Pero Harry le sonrió.

-Es genial. Me alegro de que lo hicieran, yo…
Se interrumpió. Una figura contraecha cojeaba senda arriba hacia ellos, su silueta marcada por las brillantes luces de la plaza distante. Harry creyó, aunque era difícil de juzgar, que la figura era una mujer. Se movía lentamente, posiblemente temiendo resbalar en la tierra nevada. Su porte, su corpulencia, su forma de andar arrastrando los pies, todo daba la impresión de una edad extrema. Observaron en silencio como se acercaba. Harry esperaba que fuera hacia alguna de las casas de campo junto a las que pasaba, pero sabía instintivamente que no lo haría. Al fin se detuvo a unas pocas yardas de ellos y simplemente se quedó ahí de pie en medio de la congelada carretera, frente a ellos. No necesitó el pellizco que Hermione le dio en el brazo. Así de cerca no había posibilidad de que esta mujer fuera muggle. Estaba de pie contemplando una casa que habría sido completamente invisible para ella, si no fuera una bruja. Aun asumiendo que fuera una bruja, sin embargo, salir fuera en una noche así de fría simplemente para mirar unas viejas ruinas era un comportamiento extraño. Según todas las reglas de la magia normal, no obstante, no debería poder verlos ni a Hermione y ni a él en absoluto. Sin embargo, Harry tenía el extraño presentimiento de que sabía que estaban allí y también quiénes eran. Justo cuando había llegado a esta inquietante conclusión, ella alzó una mano enguantada e hizo señas.
Hermione se acercó más a él bajo la Capa, su brazo presionando contra el de él.
- ¿Cómo lo sabe?
Sacudió la cabeza. La mujer les hizo señas otra vez, más vigorosamente. A Harry se le ocurrían muchas razones para no obedecer la llamada, aunque sus

sospechas acerca de su identidad se intensificaban a cada instante que pasaban mirándose cara a cara en la calle desierta.

¿Era posible que los hubiese estado esperando todos estos largos meses? ¿Que Dumbledore le hubiera dicho que les esperara, y que al final Harry vendría? ¿No era más probable que fuera la que se había movido entre las sombras en el cementerio y les había seguido hasta este lugar? Incluso su capacidad para sentirles sugería algún poder típico de Dumbledore que él nunca antes había conocido.

Finalmente Harry habló, haciendo que Hermione se quedase sin aliento y saltara.

- ¿Eres Bathilda?

La figura torpe asintió con la cabeza e hizo señas otra vez.

Bajo la capa Harry y Hermione se miraron. Harry arqueó las cejas; Hermione hizo una diminuta inclinación de cabeza, nerviosa.

Dieron un paso hacia la mujer y, de inmediato, ella cambió de dirección y cojeó regresando por donde había venido. Guiándoles junto a varias casas, se giró hacia una verja. La siguieron por el camino delantero a través de un jardín casi tan crecido como el que acababan de dejar. Ella tanteó un momento con una llave en la puerta principal, luego la abrió y retrocedió un paso atrás para dejarles pasar.

Olía mal, o quizá fuera la casa. Harry arrugó la nariz mientras pasaban junto a ella y se quitaban la capa. Ahora que estaba junto a ella, se percataba de lo pequeña que era; encorvada por la edad apenas le llegaba al nivel del pecho. Cerró la puerta tras de ellos, sus nudillos eran azules y moteados contra la pintura desconchada, entonces se volvió y estudió con atención

la cara de Harry. Sus ojos estaban velados por las cataratas y hundidos en pliegues de piel transparente. Se preguntó si podía verle en absoluto. Aunque si podía, sería al muggle medio calvo, cuya identidad había robado, lo que vería.
El olor a vejez, a polvo, a ropas sin lavar y comida rancia se intensificó cuando se desenrolló el chal negro comido por las polillas, revelando una cabeza canosa a través de la cual se veía claramente el cuero cabelludo.
-¿Bathilda? -repitió Harry
Asintió con la cabeza otra vez. Harry fue consciente de pronto del guardapelo contra su piel. La cosa que había dentro, que algunas veces hacía tictac o golpeaba, se había despertado, podía sentirla pulsando a través del frío oro. ¿Sabía, podía sentir, que su destrucción estaba cerca?
Bathilda pasó junto a ellos arrastrando los pies, echando a un lado a Hermione como si no la hubiera visto, y desapareciendo en lo que parecía una sala de estar.
-Harry, no estoy segura de esto -susurró Hermione.
-Mira su tamaño. Creo que podríamos dominarla si tuviéramos que hacerlo -dijo Harry-. Mira, debería de habértelo dicho. No está en sus cabales. Muriel la llamó chiflada.
- ¡Ven! - le llamó Bathilda desde la habitación de al lado.
Hermione saltó y aferró el brazo de Harry.
-Está bien -dijo Harry tranquilizadoramente, y abrió el camino hasta la sala de estar.
Bathilda se tambaleaba por el lugar encendiendo velas, pero todavía estaba muy oscuro, por no mencionar que estaba sumamente sucio. Un polvo espeso crujía bajo sus pies, y la nariz de Harry detectó, debajo del

malsano, húmedo y enmohecido olor, algo peor, que parecía carne podrida. Se preguntó cuando había sido la última vez que alguien había estado dentro de la casa de Bathilda para comprobar si esta vivía. Parecía haberse olvidado, además, de que podía hacer magia, pues encendía las velas torpemente a mano, arrastrando constantemente el puño de su camisa de encaje con peligro de que comenzara a arder.
-Déjeme hacer eso - ofreció Harry y le quitó las cerillas.
Ella se quedó mirando como encendía las velas que se sostenían en platitos alrededor del cuarto, posados precariamente sobre montones de libros y sobre mesitas desconchadas con grietas y mohosos clips.
La última superficie sobre la cual Harry divisó una vela fue una cómoda inclinada precariamente sobre la cual había colocadas un gran número de fotos. Cuando la llama bailó volviendo a la vida, su reflejo fluctuó en un vaso de plata polvoriento. Vio algunos diminutos movimientos en los portaretratos. Mientras Bathilda toqueteaba los leños para el fuego, masculló:
-Tergeo.
El polvo desapareció de las fotos, y vio de inmediato que faltaban media docena, la mayoría de los marcos más grandes, meticulosamente adornados. Se preguntó si había sido Bathilda o algún otro los había quitado.
Entonces la visión de una fotografía cercana, casi en el extremo de la colección, captó su atención, y la cogió rápidamente.
Era el ladrón de pelo dorado y cara alegre, el joven que había estado posado sobre el alféizar de la ventana de Gregorovitch, sonriendo perezosamente hacia Harry fuera del marco de plata. Y Harry recordó instantáneamente donde había visto al chico antes: En Vida y mentiras de Albus Dumbledore, abrazando al

joven Dumbledore, y ahí debían estar todas las fotos que faltaban: en el libro de Rita.
-¿Señora... Bagshot... Señorita? -dijo, y su voz tembló ligeramente-. ¿Quién es este?
Bathilda estaba de pie en mitad de la habitación observando a Hermione encender el fuego por ella.
- ¿Señorita Bagshot? -repitió Harry, y avanzó con la foto en las manos mientras las llamas volvían a la vida en la chimenea. Bathilda miró hacia su voz, y el Horrocrux se calentó rápidamente sobre su pecho.
-¿Quién es esta persona? -le preguntó Harry, empujando la foto hacia adelante.
Ella escudrinó la foto solemnemente, después se la devolvió a Harry.
-¿Sabe quién es éste? -repitió él, con voz mucho más lenta y más fuerte de lo normal-. ¿Este hombre? ¿Le conoce? ¿Cómo se llama?
Bathilda solo le miró vagamente. Harry sentía una horrorosa frustración. ¿Cómo había desenterrado Rita Skeeter sus recuerdos?
-¿Quién es este hombre? -repitió ruidosamente.
-¿Harry, qué estás haciendo? -preguntó Hermione.
-¡Esta foto, Hermione, es el ladrón, el ladrón que robó a Gregorovitch! ¡Por favor! -dijo a Bathilda-. ¿Quién es este?
Pero ella sólo clavó los ojos en él.
- ¿Por qué nos pidió que viniéramos con usted? ¿Señora... Señorita... Bagshot? -preguntó Hermione, alzando su propia voz-. ¿Hay algo que quiera contarnos?
Sin dar ninguna señal de que hubiera oído a Hermione, Bathilda se acercó ahora unos pocos pasos más a Harry. Con una pequeña inclinación de cabeza señaló de vuelta al vestíbulo.
-¿Quiere que nos marchemos? -preguntó.

Ella repitió el gesto, esta vez señalándole a él, en primer lugar, luego a sí misma, luego al techo.
-Oh, bien... Hermione, creo que quiere que yo vaya arriba con ella.
-Bien -dijo Hermione-, vamos.
Pero cuando Hermione se movió, Bathilda negó con la cabeza con asombroso vigor, una vez más señalando primero a Harry, y luego a sí misma.
-Quiere que yo vaya con ella, solo.
-¿Por qué? -preguntó Hermione, y su voz se oyó brusca y clara en el cuarto iluminado por las velas. La vieja señora sacudió la cabeza un poco ante el fuerte ruido.
-¿Tal vez Dumbledore le dijo que me diera la espada a mí, y sólo a mí?
-¿Crees realmente que sabe quién eres?
-Sí -dijo Harry, bajando la mirada a los ojos lechosos fijos en los suyos-, creo que lo sabe.
-Bien, de acuerdo entonces, pero que sea rápido, Harry.
-Guíeme -dijo Harry a Bathilda.
Ella pareció entenderle, porque le rodeó arrastrando los pies hacia la puerta. Harry volvió la mirada hacia Hermione con una reconfortante sonrisa, pero no estaba seguro de que ella lo hubiera visto; estaba de pie abrazándose a sí misma en medio de la inmundicia iluminada por las velas, mirando hacia las estanterías de libros. Cuando Harry salió de la habitación, sin que le vieran ni Hermione y ni Bathilda, se deslizó la foto con el marco de plata del desconocido ladrón dentro de la chaqueta.
Las escaleras eran pronunciadas y estrechas. Harry estuvo medio tentado de colocar las manos en la corpulenta espalda de Bathilda para asegurarse de que no perdía el equilibrio y caía encima de él, lo cual

parecía muy probable. Lentamente, respirando con un poco de dificultad, ella ascendió al rellano superior, giró inmediatamente a la derecha, y le guió hasta un dormitorio de techo bajo.
Estaba oscuro como un pozo y olía horriblemente. Harry solo pudo divisar una habitación con algo sobresaliendo de debajo de la cama antes de que Bathilda cerrara la puerta y entonces incluso eso fue tragado por la oscuridad.
-Lumos, -dijo Harry, y su varita se encendió. Tuvo un sobresalto, Bathilda se había acercado a él en esos pocos segundos de oscuridad y no la había oído acercarse.
-¿Eres Potter? -murmuró ella.
-Sí, lo soy.
Ella asintió lentamente, solemnemente. Harry sentía al Horrocrux palpitar rápidamente, más rápido que su propio corazón. Era una sensación desagradable, perturbadora.
-¿Tiene algo para mí? -repitió.
Luego ella cerró los ojos y varias cosas ocurrieron a la vez. La cicatriz de Harry latió dolorosamente. El Horrocrux se sacudía tanto que la parte delantera de su jersey realmente se movía, el cuarto oscuro y fétido se disolvió momentáneamente. Dió un salto de alegría y oyó una voz alta, fría: ¡Entretenle!
Harry se tambaleó. La hedionda habitación oscura pareció cerrarse a su alrededor otra vez. No sabía qué estaba ocurriendo realmente.
-¿Tienes algo para mí? -pidió por tercera vez, mucho más fuerte.
-Por allí -murmuró ella, apuntando hacia la esquina.
Harry sacó su varita y vio el contorno de un desordenado tocador bajo la acortinada ventana.

Esta vez ella no le guió. Harry avanzó entre ella y la cama sin hacer, con la varita levantada. No quería apartar la vista de ella.
- ¿Qué es eso? -preguntó cuando alcanzó el tocador, el cual se veía abarrotado y olía como un montón de ropa sucia.
-Allí -dijo ella, señalando hacia la informe masa.
Y en el instante en que apartó la mirada, y sus ojos buscaron en el enmarañado desorden en busca de la empuñadura de la espada, o un rubí, ella se movió extrañamente. La vio de reojo, aterrorizado, se dio la vuelta y el horror le paralizó cuando vio el viejo cuerpo derrumbarse y la gran serpiente saliendo del lugar donde había estado su cuello.
La serpiente golpeó cuando levantaba la varita. La fuerza del mordisco en su antebrazo envió la varita girando hacia el techo, su luz vagó por toda la habitación y después se extinguió. Entonces un golpe poderoso de la cola en su pecho le dejó sin aliento. Cayó hacia atrás sobre el tocador, en el montón de ropa asquerosa.
Rodó de lado, evitando por poco la cola de la serpiente, que se agitaba hacia la mesa donde había estado él un segundo antes. Llovieron fragmentos de un vaso que cayó al suelo. Oyó a Hermione llamándole desde abajo.
- ¿Harry?
No pudo meter suficiente aire en sus pulmones para contestarle. Entonces una pesada y suave masa le aplastó contra el suelo y sintió como se deslizaba sobre él, poderosa, musculosa.
- ¡No! -jadeó sin aliento, inmovilizando contra el suelo.
-Sí, -murmuró la voz-. SSSi.... creo que te quedarasss
- Accio... Accio Varita.
Pero nada ocurrió y necesitó las manos para tratar de

quitarse de encima a la serpiente cuando esta se enrrolló alrededor de su pecho, impidiéndole respirar, presionándole el Horrocrux con fuerza contra el pecho, un círculo de hielo latiendo con vida, a pulgadas de su frenético corazón, y su cerebro inundándose de una fría luz blanca, todo pensamiento se extingió, su respiración se ahogada, pasos distantes, todo se volvía…

Un corazón de metal estaba explotando de su pecho, y de repente estaba volando, volando con triunfo en su corazón, sin necesidad de escoba o thestral.

De repente estaba despierto en una oscuridad que olía a agrio. Nagini le había soltado. Se levantó y vio a la serpiente dibujada contra la luz del rellano. Golpeó y Hermione se lanzó a un lado con un chillido. Su maldición desviada golpeó las ventanas acortinadas, lo cual las hizo pedazos. Un aire congelado llenó el cuarto mientras Harry se agachaba para evita otra lluvia de cristal roto y su pie resbaló con algo parecido a un lápiz… su varita…

Se inclinó y la cogió rápidamente, pero ahora el cuarto estaba lleno con la serpiente, su cola golpeaba a Hermione en alguna parte fuera de la vista y por un momento Harry pensó lo peor, pero entonces su produjo un fuerte bang y un destello de luz roja, y la serpiente voló por el aire, abofeteando a Harry en la cara con fuerza al pasar, enrollándose en una gruesa espiral que se alzó hasta el techo. Harry alzó la varita, pero mientras lo hacía, su cicatriz quemó dolorosamente, más dolorosamente de lo que había hecho en años.

-¡Él viene! ¡Hermione, viene!

Mientras gritaba la serpiente se alzó, siseando salvajemente. Todo era caos. Hizo pedazos los estantes

de la pared, y la porcelana china astillada voló en todas direcciones mientras Harry saltaba sobre la cama y agarraba la oscura forma que sabia que era Hermione. Ella gritó de dolor cuando tiró de ella a través de la cama. La serpiente se irguió otra vez, pero Harry sabía que algo peor que la serpiente estaba en camino, que quizás ya estuviera ante la verja, su cabeza se iba a partir por el dolor de la cicatriz.

La serpiente se abalanzó cuando harry saltó corriendo, arrastrando a Hermione con él; cuando la serpiente golpeó, Hermione gritó,

-¡Confringo! -y su hechizo voló por la habitación, haciendo explotar el espejo del armario y rebotando hacia ellos, saltando del suelo al techo. Harry sintió un ardor en la parte de atrás de la cabeza. El cristal le cortó el cuello mientras arrastraba a Hermione con él. Saltó de la cama al tocador roto y después sin titubear por la ventana destrozada hacia la nada. El grito de Hermione reververó a través de la noche mientras se retorcían en medio del aire.

Y entonces su cicatriz se abrió de golpe y él fue Voldemort y estaba corriendo a través del fétido dormitorio, sus largas manos blancas agarraban el alféizar de la ventana mientras veía al hombre medio calvo y a la mujer pequeña retorcerse y desaparecer, y gritó de rabia, un grito que se entremezcló con los de la chica, que resonó a través de los oscuros jardines sobre las campanas de la iglesia que tocaban señalando el día de Navidad.

Y su grito fue el grito de Harry, su dolor fue el dolor de Harry… lo que podría haber pasado aquí, donde había ocurrido antes… aquí a la vista de esa casa donde había estado tan cerca de saber lo que era morir… morir… El dolor era tan terrible… desgarraba su

cuerpo… Pero si no tenía ningún cuerpo, por qué la cabeza le dolía tanto; si estaba muerto, cómo podía sentir algo tan insoportable, no podía, cesaría con la muerte, no podría seguir…

La noche era húmeda y ventosa, dos niños disfrazados de calabazas caminaban bamboleándose a través de la plaza, y los escaparates estaban cubiertos de arañas de papel, todos adornos muggle de mal gusto de un mundo en el cual no creían… Y él se deslizaba hacia delante, con esa sensación de resolución y poder y corrección que siempre sentía en estas ocasiones… no furia… que era para almas más débiles que las de él… sino triunfo, aunque… había anhelado esto, lo había esperado…,
- ¡Bonito disfraz, señor!
Vio la sonrisa del pequeño niño vacilar cuando se acercó lo suficiente como para ver bajo la capucha de la capa, vio el miedo nublar su cara pintada: Entonces el niño se giró y huyó… Bajo la túnica sostenía el mango de su varita… Un movimiento simple y el niño nunca alcanzaría a su madre… pero era innecesario, realmente innecesario…
Y recorrió una calle nueva y más oscura, y ahora su destino estaba a la vista a fin de cuentas, el Encantamiento Fidelius roto, aunque ellos no lo supieran aún… E hizo menos ruido que las hojas muertas, reptando sobre el pavimento hasta llegar al nivel del oscuro seto y miraba por encima de él.
No habían corrido las cortinas, los veía muy cariñosos en su pequeño salón, el hombre alto de pelo negro con sus gafas, haciendo que ráfagas de humo de colores salieran de su varita para diversión del pequeño de pelo negro en su pijama azul. El niño se reía y trataba de coger el humo, agarrándolo en su pequeño puño.

Una puerta se abrió y la madre entró, pronunciando palabras que él no podía oír, su largo pelo rojo oscuro le caía sobre la cara. Ahora el padre cogía en brazos al hijo, y se lo entregaba a la madre. Arrojó su varita al sofá y se desperezó, bostezando.
La verja rechinó un poco cuando la abrió, pero James Potter no lo oyó. Su mano blanca aferró la varita bajo su capa y apuntó a la puerta, la cual se abrió de golpe. Estaba en el umbral cuando James llegó corriendo al vestíbulo. Fue fácil, demasiado fácil, ni siquiera había recogido su varita.
-¡Lily, coge a Harry y vete! ¡Es él! ¡Vete! ¡Huye! ¡Le retendré!
¡Retenerle, sin una varita en la mano! … Se rió antes de lanzar la maldición.
-¡Avada Kedavra!
La luz verde llenó el estrecho vestíbulo, dibujando la silueta del cochecito de niño contra la pared, hizo que los pasamanos brillaran intensamente igual que relámpagos, y James Potter cayó como una marioneta cuyas cuerdas hubieran sido cortadas.
Podía oirla gritar en el piso de arriba, atrapada, pero mientras fuera sensata, ella, al menos, no tenía nada que temer… subió las escaleras, notando con diversión sus débiles intentos por bloquearle con una barricada desde dentro… No llevaba encima la varita… Qué estúpidos habían sido, y qué confiados, creyendo estar seguros confiando su seguridad a sus amigos, esas armas debían descartarse en determinados momentos…
Forzó la cerradura de la puerta, arrojó a un lado la silla y las cajas precipitadamente amontonadas contra ella con una perezosa onda de su varita… y allí de pie estaba ella, con el niño entre sus brazos. Al verle, dejó

a su hijo en la cuna tras ella y abrió los brazos, como si eso fuera a ayudar, como si ocultándole a su vista esperara ser elegida en su lugar...
-¡Harry no, Harry no, por favor Harry no!
-Apártate, muchacha estúpida... hazte a un lado, ahora.
-Harry no, por favor no, llévame, mátame en su lugar...
-Ésta es mi última advertencia
-¡Harry no! ¡Por favor… ten misericordia… ten misericordia. ¡Harry no! ¡Harry no! Por favor, haré cualquier cosa
-Apártate. ¡Apártate, muchacha!
Pudo haberla apartado a la fuerza de delante de la cuna, pero parecía más prudente matarlos a todos....
La luz verde brilló intermitentemente en toda la habitación y cayó como su marido. El niño no había llorado en todo ese tiempo. Estaba de pie, aferrando firmemente los barrotes de su cuna, y levantando la mirada hacia la cara del intruso con brillante interés, quizá pensando que era su padre el que se escondía bajo la capucha, para hacer más luces bonitas, y que su madre se levantaría en cualquier momento, riendo.
Apuntó con mucho cuidado la varita a la cara del niño. Quería ver como ocurría, la destrucción de este inexplicable peligro. El niño comenzó a llorar. Había visto que no era James. No le gustó que llorase, nunca había podido soportar a los pequeños lloriqueando en el orfanato.
-¡Avada Kedavra!
Y entonces se rompió. Él no era nada, nada excepto dolor y terror, y debía esconderse, no aquí entre los escombros de la casa en ruinas, donde el niño estaba atrapado y gritando sino lejos… muy lejos...
-No - gimió.

La serpiente murmuraba en el piso asqueroso y desordenado, y él había matado al niño, y sí él era el niño…
-No.
Y ahora estaba de pie ante la ventana rota de la casa de Bathilda, inmerso en los recuerdos de su mayor pérdida, y a sus pies la gran serpiente murmuraba sobre los cristales y la porcelana china rota… Bajó la mirada y vio algo … algo increíble…
-No
-¡Harry, está bien, estás bien!
Se agachó y recogió la foto hecha pedazos. Allí estaba, el desconocido ladrón, el ladrón al que buscaba…
-No… la dejé caer… la dejé caer…
-¡Harry, estás bien, despierta, despierta!
Él era Harry… Harry, no Voldemort… y la cosa que murmuraba no era una serpiente… Abrió los ojos.
-Harry, -murmuró Hermione. - ¿Te sientes… bien?
-Sí -mintió.
Estaba en la tienda de campaña, tendido sobre una de las literas inferiores bajo un montón de mantas. Supo que estaba amaneciendo por la quietud y la calidad fresca y uniforme de la luz más allá del techo de lona. Estaba empapado en sudor, podía sentirlo en las sábanas y mantas.
-Escapamos.
-Sí -dijo Hermione-. Tuve que usar a un Encantamiento Levitatorio para meterte en la litera, no te podía levantar. Has estado… Bueno, no has estado muy…
Había sombras púrpuras bajo sus ojos café y advirtió una pequeña esponja en su mano. Le había estado enjuagando la cara.
-Has estado enfermo -terminó-. Muy mal.
-¿Cuánto hace que salimos?

-Han pasado horas. Es casi de día.
-Y he estado... ¿qué?, ¿inconsciente?
-No exactamente, -dijo Hermione con inquietud-. Has estado gritando y gimiendo y... diciendo cosas -añadió en un tono que hizo que Harry se sintiera intranquilo. ¿Qué había dicho? ¿Había gritado maldiciones como Voldemort, había llorado como el bebé de la cuna?
-No podía quitarte el Horrocrux, -dijo Hermione, y vio que quería cambiar de tema-. Estaba pegado, pegado a tu pecho. Te ha quedado una marca, lo siento. Tuve que usar un Hechizo Separador para quitártelo. La serpiente te mordió también, pero he limpiado la herida y he puesto algo de díctamo en ella...
Tiró de la sudorosa camiseta que llevaba puesta y se miró. Había un óvalo de color escarlata sobre su corazón donde el guardapelo le había quemado. También podía ver las marcas de colmillos medio cicatrizadas en el antebrazo.
-¿Dónde has puesto el Horrocrux?
-En mi bolso, creo que deberíamos mantenerlo a distancia durante algún tiempo.
Harry se recostó contra las almohadas y examinó la cara gris de ella.
-No deberíamos haber ido al Valle de Godric. Es culpa mía. Todo es culpa mía, Hermione. Lo siento.
-No es culpa tuya. Yo también quería ir. Realmente creí que Dumbledore podía haber dejado la espada allí para ti.
-Si, pues bueno... nos equivocamos en eso, ¿no?
-¿Qué sucedió, Harry? ¿Qué sucedió cuándo ella te llevó arriba? ¿Estaba la serpiente escondida en alguna parte? ¿Simplemente apareció y la mató y te atacó?
-No -dijo-. Ella era la serpiente... o la serpiente era ella...

Cerró los ojos. Todavía olía la casa de Bathilda en él. Eso hacía vívido todo ese horror.
-Bathilda debe llevar muerta algún tiempo. La serpiente estaba… estaba dentro de ella. Quien-Tu-Ya-Sabes la dejó allí, en el Valle de Godric, a esperar. Tenías razón. Sabía que volvería.
- ¿La serpiente estaba dentro de ella?
Abrió los ojos otra vez. Hermione parecía revuelta, asqueada.
-Lupin dijo que habría magia que nunca habíamos imaginado -dijo Harry-. No quiso hablar delante de ti, porque hablaba Parsel, todo en Parsel, y yo no me di cuenta, pero por supuesto la podía entender. Una vez que subimos a la habitación, la serpiente envió un mensaje a Quien-tu-ya-sabes, lo oí en mi cabeza mientras lo hacía, le sentí entusiasmarse, dijo que me entretuviera allí … y luego...
Él recordó a la serpiente saliendo del cuello de Bathilda. Hermione no necesitaba saber los detalles.
-... cambió, se transformó en la serpiente, y atacó.
Bajó la mirada a las marcas punzantes.
-Se suponía que no tenía que matarme, sólo mantenerme allí hasta que Quien-tu-ya-sabes llegara. Si al menos hubiera logrado matar a la serpiente, entonces habría valido la pena, todo… Con el corazón dolorido, se sentó erguido y apartó las mantas.
-No Harry. ¡Estoy segura de que debes descansar!
-Tú eres la que necesita dormir. Sin ofender, pero estás horrible. Estoy bien. Me quedaré de guardia un rato. ¿Dónde esta mi varita?
Ella no contestó, simplemente le miraba.
- ¿Dónde está mi varita, Hermione?
Hermione se mordió el labio, y sus ojos se inundaron de lágrimas.

-Harry...
- ¿Dónde esta mi varita?
La vio extender el brazo hacia abajo por un lado de la cama y se la ofreció.
La varita de acebo y fénix estaban casi partida en dos. Una frágil hebra de pluma del fénix mantenía unidos ambos pedazos. La madera se había roto completamente. Harry la sostuvo entre sus manos como si fuera una cosa viva que sufriera una terrible lesión. No podía pensar correctamente. Todo era un borrón de pánico y miedo. Después le tendió la varita a Hermione.
-Repárala. Por favor.
-Harry, no creo, cuando está así de rota...
-¡Por favor, Hermione, inténtalo!
-R-Reparo.
La rotura de la varita se selló. Harry la levantó
-¡Lumos!
La varita se encendió débilmente, luego se apagó.
Harry señaló a Hermione.
-¡Expelliarmus!
La varita de Hermione dio un pequeño tirón, pero no abandonó su mano. Ese débil intento de magia fue demasiado para la varita de Harry, que se partió de nuevo en dos. Clavó los ojos en ella, consternado, incapaz de aceptar lo que veía… la varita que había sobrevivido a tantas cosas...
-Harry -murmuró Hermione tan quedamente que apenas la oyó-. Lo siento muchísimo, creo que fui yo. Cuando salíamos, ya sabes, la serpiente venía a por nosotros, así es que lancé una Maldición Explosiva, y rebotó por todas partes, y debió de golpearla.
-Fue un accidente -dijo Harry mecánicamente. Se sentía vacío, estaba conmocionado-.En... encontraremos una forma de repararla.

-Harry, no creo que seamos capaces -dijo Hermione, las lágrimas corrían por su cara-. ¿Recuerdas... recuerdas a Ron? ¿Cuándo rompió su varita, al estrellar el coche? Nunca volvió a ser la misma.Tuvo que hacerse con una nueva.
Harry pensó en Ollivander, secuestrado y mantenido como rehén por Voldemort, y en Gregorowitch, que estaba muerto. ¿Cómo se supone que iba a encontrar una varita nueva?
-Bueno -dijo, con una voz falsamente práctica-, entonces, simplemente te pediré prestada la tuya por ahora, mientras estoy de guardia.
Con la cara cubierta de lágrimas, Hermione le entregó su varita, y la dejó sentada junto a su cama, deseando más que nada alejarse de ella.

Capítulo Dieciocho



Vida y Mentiras de Albus Dumblemore

El sol se elevaba. La pura y descolorida inmensidad del cielo se extendía en lo alto, indiferente a él y su sufrimiento.

Harry se sentó en la entrada de la tienda y respiró hondo para despejarse. Simplemente el estar vivo contemplando la salida del sol sobre la brillante ladera nevada debería haber sido el mayor tesoro sobre la tierra, pero él no podía apreciarlo. Sus sentidos se habían entumecido por la calamidad de haber perdido su varita. Observó el valle cubierto de nieve, las lejanas campanas de la iglesia repicaban a través del brillante silencio.

Sin darse cuenta, se estaba clavando los dedos sobre los brazos como si intentara resistirse al dolor físico. Había derramado su propia sangre más veces de las que podía contar, había perdido todos los huesos del brazo derecho una vez, este viaje ya le había dejado cicatrices en el pecho y el antebrazo para unirse a las de la mano y la frente, pero nunca, hasta este momento, se había sentido tan fatalmente débil, vulnerable y desnudo, como si la mayor parte de su poder mágico le hubiese sido arrancado. Sabía exactamente lo que Hermione le diría si expresaba algo de esto: la varita mágica es sólo tan buena como lo es el mago. Pero estaba equivocada, su caso era diferente. Ella no había sentido a la varita girar como la aguja de una brújula y disparar las llamas doradas sobre el enemigo. Había perdido la protección de los corazones gemelos y solo ahora que había desaparecido comprendía lo que había estado contando con ello.
Sacó los pedazos de la varita rota del bolsillo y, sin mirarlos, los metió en la bolsa de Hagrid que llevaba alrededor del cuello. La bolsa estaba ya demasiado llena de objetos rotos e inútiles como para meter más. La mano de Harry acarició la vieja Snitch a través de la piel de topo y por un momento tuvo que luchar contra la tentación de arrancársela y tirarla. Impenetrable, inservible, inútil, como todo lo demás que Dumblemore había dejado atrás.
Y la furia hacia Dumblemore estalló ahora en él como lava, quemando en su interior, borrando cualquier otro sentimiento. Aparte de la pura desesperación con que se había aferrado a la creencia de que en el Valle de Godric encontrarían respuestas, se habían autoconvencido de que se suponía que volverían, que todo esto era parte de algún camino secreto diseñado

para ellos por Dumblemore; pero no había ningún mapa, ningún plan. Dumblemore los había dejado para que caminaran a tientas en la oscuridad, luchando contra desconocidos e inimaginables terrores, solos y sin ayuda. Nada tenía explicación, nada era entregado libremente, no tenían la espada, y ahora, Harry no tenía varita. Y había dejado caer la fotografía del ladrón y esto seguramente facilitaría que Voldemort averiguara quién era...Voldemort tendría toda la información ahora....
-¿Harry?
Hermione parecía temer que pudiera maldecirla con su propia varita mágica. Con la cara bañada en lágrimas, se agachó a su lado, con dos tazas de té en sus temblorosas manos y algo voluminoso bajo el brazo.
-Gracias - dijo él, cogiendo una de las tazas.
-¿Te importa si te hablo?
-No –dijo, porque no quería herir sus sentimientos.
-Harry, querías saber quién era el hombre de la fotografía. Bueno... tengo el libro.
Tímidamente lo puso sobre su regazo, una copia inmaculada de Vida y Mentiras de Albus Domblemore.
-¿Dónde... cómo...?
-Estaba en la sala de estar de Bathilda, allí tirado...Esta nota sobresalía dentro de él.
Hermione leyó las pocas líneas de escritura puntiaguda, verde-ácido en voz alta.
-"Querida Batty, gracias por la ayuda. Aquí está la copia del libro, espero que te guste. Lo contaste todo, incluso si no lo recuerdas. Rita." Creo que debe haber llegado mientras la verdadera Bathidla estaba viva, pero ¿quizás no estaba en condiciones de leerlo?
-No, probablemente no lo estaba.
Harry bajó la mirada a la cara de Dumblemore y

experimentó una oleada de salvaje placer. Ahora averiguaría todo lo que Dumblemore nunca había pensado que valiera la pena contarle, tanto si Dumblemore lo quería o no.
-Todavía estás realmente enfadado conmigo, ¿verdad? -dijo Hermione. Harry advirtió lágrimas frescas manando de sus ojos y sabía que la rabia debía mostrarse en su cara.
-No -dijo él quedamente-. No, Hermione, sé que fue un accidente. Intentabas mantenernos vivos y estuviste increíble, habría muerto si tú no hubieras estado alli para ayudarme.
Trató de devolverle la pálida sonrisa, luego volvió su atención al libro. El lomo estaba rígido; estaba claro que nunca antes había sido abierto. Hojeó las páginas, buscando fotografías. Las encontró casi inmediatamente, el joven Dumblemore y su apuesto compañero, rugiendo de risa por alguna broma largamente olvidada. Harry dejó caer los ojos sobre la nota al pie.

Albus Dumblemore, poco después de la muerte de su madre, con su
amigo Gellert Grindelwald.

Harry se aferró a la última palabra durante largo tiempo. Grindelwald. Su amigo Grindelwald. Miró de reojo a Hermione, que todavía contemplaba el nombre como si no pudiera creer en sus ojos. Despacio alzó la vista hacia Harry.
-¿Grindelwald?
Ignorando el resto de las fotografías, Harry buscó en las páginas de los alrededores la repetición del fatídico nombre. Pronto lo descubrió y leyó ansiosamente, pero

se acabó perdiendo. Era necesario ir más hacia atrás para que todo aquello tuviera sentido, y finalmente se encontró al principio de un capítulo titulado "El Bien Mayor". Juntos, él y Hermione comenzaron a leer:

Acercándose a su décimo octavo cumpleaños, Dumblemore deja Hogwarts en el resplandor de la gloria-... Alumno destacado, Prefecto, Ganador del Premio Barnabus Finkley de Lanzamientos de Hechixos Excepcional, Joven Representante del Wizengamot, Medalla de Oro, Ganador por su Gran Contribución a la Conferencia Internacional de Alquimia de El Cairo. Dumblemore tiene la intención, a continuación, de hacer un Grand Tour con Elphias "Dogbreath" Doge, el compañero tonto pero devoto que había adoptado en la escuela.

Los dos jóvenes se hospedaban en el Caldero Chorreante en Londres, preparándose para la partida a Grecia a la mañana siguiente, cuando llegó una lechuza con noticias sobre la muerte de la madre de Dumblemore. "Dogbreath" Doge, quien rechazó ser entrevistado para este libro, ha dado al público su propia versión sentimental de lo que pasó después. Presentó la muerte de Kendra como un trágico golpe y la decisión de Dumblemore de abandonar la expedición como un acto de noble sacrificio. Indudablemente Dumblemore volvió al Valle

de Godric inmediatamente, supuestamente para cuidar de su hermano menor y su hermana. ¿Pero cuanto cuidado les dedicó en realidad?

"Era un cabeza loca, ese Aberfort", dijo Enid Smeck, cuya familia vivía a las fueras del Valle de Godric en aquel tiempo. "Corría salvaje" Naturalmente, con su madre y su padre desaparecidos tenías que sentir pena por él, solo que siguió tirando estiércol de cabra sobre mi cabeza. No creo que Albus se preocupara por él, nunca los vi juntos, de cualquier modo.

¿Entonces que hacía Albus, si no estaba consolando a su salvaje hermano? La respuesta, parece ser, asegurar el encarcelamiento continuo de su hermana. Al parecer, aunque su primer carcelera había muerto, no hubo ningún cambio en la lamentable condición de Ariana Dumblemore. Su misma existencia siguió siendo solo conocida por unos pocos allegados que, como "Dogbreath" Doge, se contentaban con creer la historia de su "enfermedad".

Otro amigo fácilmente satisfecho de la familia era Bathilda Bagshot, la famosa maga historiadora que ha vivido en el Valle de Godric durante muchos años. Kendra, desde luego, había rechazado a Bathilda cuando intentó dar la bienvenida a la familia al pueblo. Varios años más tarde, sin embargo, la autora envió una lechuza a Albus a Howard, habiendo quedado

favorablemente impresionada por su papel en la transformación de trans-especies en Transfiguration Today. Este contacto inicial la llevó a conocer a toda la familia Dumblemore. En el momento de la muerte de Kendra, Bathilda era la única persona en Godric Hollow que se llevaba bien con la madre de Dumblemore.

Lamentablemente, la brillantez que Bathilda exhibió pronto en su vida ahora ha perdido intensidad. "El fuego estaba encendido, pero el caldero está vacío", como decía Ivor Dillonsby me exprimía, o, en la frase ligeramente anterior de Enid Smeck, "Está más chiflada que una cagada de ardilla". Sin embargo, una combinación de técnicas de prueba y error me permitió extraer bastantes pepitas de hechos sólidos para ensartarlos hasta dar forma a la escandalosa historia.

Como el resto del mundo magico, Bathilda atribuía la prematura muerte de Kendra a un encantamiento rebotado, una historia repetida por Albus y Aberforth en años posteriores. Bathilda también repite como un loro la historia de la familia sobre Ariana, llamándola "frágil" y "delicada". En un tema, sin embargo, Bathilda bien merecía el esfuerzo de ponerse a obtener Veritaserum, ya que ella, y solo ella, conocía la historia completa del secreto mejor guardado de la vida de Albus Dumblemore. Ahora revelado por primera vez, que pone en duda todo lo que creían

sus admiradores sobre Dumblemore, su supuesto odio a las Artes Oscuras, su oposición a la opresión de los muggles, e incluso la devoción hacia su propia familia.

El mismo verano en que Dumblemore se fue a casa en el Valle de Godric, ahora huerfano y cabeza de familia, Bathilda Bagshot acordó aceptar en su casa a su sobrino nieto Gellert Grindelwald.

El nombre de Grindelwald es a toda suerte famoso. En una lista de Magos Oscuros Peligros de Todos los Tiempos, él perdería el primer lugar solo debido la llegada de quien-ustedes-ya-saben una generación más tarde, robándole la corona. Como Grindelwald nunca extendió su campaña de Terror a Gran Bretaña, sin embargo, los detalles del aumento de su poder no es ampliamente conocido aquí.

Educado en Durmstrang, una conocida escuela famosa incluso entonces por su desafortunada tolerancia a las Artes Oscuras, Grindelwald se mostró tan brillantemente precoz como Dumblemore. En vez de canalizar sus habilidades en lograr reconocimientos y premios, sin embargo, Gellert Grindelwald se dedicó a otras búsquedas. A los dieciséis años, incluso en Durmstrang sintieron que ya no podían hacer la vista gorda con respecto a los retorcidos experimentos de Gellert Grindelwald y fue expulsado.

Hasta ahora, todo lo que se sabía sobre los siguientes movimientos de Grindelwald era

que "viajó por el extranjero durante algunos meses". Ahora puede ser revelado que Grindelwald decidió visitar a su tía abuela en el Valle de Godric, y que allí, por intensamente chocante que pueda ser para muchos de los que leen, acabó trabando una cercana amistad con nada menos que Albus Dumblemore.

"Me parecía un muchacho encantador", balbuceó Bathilda, "fuera lo que fuera en lo que se convirtió despues. Naturalmente se lo presenté al pobre Albus, que echaba de menos la compañía de jóvenes de su propia edad. Los muchachos simpatizaron el uno con el otro inmediatamente"

Ciertamente lo hicieron. Bathilda me mostró una carta, guardada por ella, que Albus Dumblemore había enviado a Gellert Grindelwald a altas horas de la noche.

"¡Sí, incluso después de que se pasaban todo el día discutiendo, ambos muchachos eran jóvenes brillantes, bullían como un caldero al fuego, yo a veces oía a una lechuza golpeando en la ventana del dormitorio de Gellert, entregando una carta de Albus¡ ¡Se le habría ocurrido una idea y tenía tendría que hacérselo saber a Gellert inmediatamente!

Y qué ideas tenían. Unas profundamente sorprendentes, como los admiradores de Albus Dumblemore descubrirán, aquí están los pensamientos de su héroe a los diecisiete años, en una misiva a su nuevo mejor amigo. (Una copia de la carta original

puede se vista en la página 463)

Gellert
Tu punto de vista de que la dominación del Mago es POR EL PROPIO BIEN DE LOS MUGGLES...ese, creo yo, que es el punto crucial. Sí, se nos ha dado el poder y sí, ese poder nos da derecho a dominar, pero también conlleva una responsabilidad para con el mundo. Debemos acentuar ese punto, será la piedra angular sobre la que construiremos. Donde encontremos oposición, que seguramente la habrá, esta debe ser la base de todos nuestros contraargumentos. Tomemos el control POR EL BIEN MAYOR. Y seguir a partir de eso donde encontraremos resistencia, debemos usar solo la fuerza necesaria y no más. (Ese fue tu error en Durmtrang) Pero no me quejo, por que si no hubieras sido expulsado, nunca nos habríamos conocido.
Albus

Asombrados y consternados estarán sus muchos admiradores, esta carta constituye la prueba de que Albus Dumblemore una vez soñó con derrocar el Estatuto Secreto y establecer el control de los Magos sobre los muggles. ¡Qué golpe para los que siempre retrataban a Dumblemore como el mayor

defensor de los nacidos muggles! A la luz de esta evidencia indiscutiblemente nueva, las cosas se ven desde otra perspectiva. ¡Qué despreciable aparece Albus Dumblemore ocupado en planear su ascención al poder, cuando debería haber estado afligido por su madre y cuidando de su hermana!

Sin duda, aquellos decididos mantener a Dumblemore sobre un pedestal alabarán que, después de todo, no pusiera sus proyectos en acción, debió haber sufrido un cambio de parecer, recobrando el juicio. Sin embargo, la verdad parece totalmente sorprendente.

Apenas dos meses después del comienzo de su nueva gran amistad, Dumblemore y Grindelwald se separaron, y nunca se volvieron a ver el uno al otro hasta que se encontraron en su legendario duelo (para más, ver capítulo 22). ¿Qué causó esta abrupta ruptura? ¿Dumblemore había recobrado el juicio? ¿Le había dicho a Grindelwald que no quería formar parte de sus proyectos? Ay!, no.

"Fue la muerte de la pobre y pequeña Ariana, creo, eso fue", dice Bathilda. "Fue un golpe terrible. Gellert estaba allí en la casa cuando pasó y volvió a mi casa muy nervioso, me dijo que se quería ir a casa al día siguiente. Terriblemente apenado, sabes. Entonces arreglé un Traslador y esa fue la última vez que le vi.

"Albus estaba fuera de sí por la muerte de Ariana. Fue terrible para los dos hermanos.

Habían perdido a todos excepto el uno al otro. No es extraño que los temperamentos se elevaran a gran altura. Aberforth culpó a Albus, ya se sabe como se pone la gente en esas terribles circunstancias. Pero Aberforth siempre hablaba un poco como a lo loco, el pobre muchacho. En todo caso, romperle la nariz a Albus en el funeral no fue decente. Habría destruido a Kendra, el ver que sus hijos luchaban así, sobre del cuerpo de su hija. Una pena que Gellert no pudiera quedarse para el entierro… Habría sido un consuelo para Albus, al menos…

Esta reyerta junto al ataúd fue terrible, conocida solo por aquellos pocos que asistieron al entierro de Ariana Dumblemore, levantando varias preguntas. ¿Por qué culpaba exactamente Aberforth Dumblemore a Albus de la muerte de su hermana? ¿Fue, como "Batty" pretende, una mera efusión de pena? ¿O podía haber una razón más concreta para esa furia? Grindelwald, expulsado de Durmstrang por los casi fatales ataques a sus compañeros de estudios, escapó del país pocas horas después después de la muerte de la muchacha y Albus (¿por vergüenza o miedo?) nunca le volvió a ver, no antes de ser obligado a ello por las súplicas del mundo mágico.

Ni Dumblemore ni Grindelwald se refirieron nunca posteriormente a esta breve amistad de juventud. Sin embargo, no puede haber ninguna duda de que Dumblemore se

retrasó, durante aproximadamente cinco años de confusión, víctimas y desapariciones, en su ataque sobre Gellert Grindelwald. ¿Le retrasó el afecto por el hombre o el miedo a exponerse ante su una vez mejor amigo lo que hizo que Dumblemore vacilara? ¿Fue solo a regañadientes que Dumbledore se dedicó a la captura del hombre al que una vez había estado tan encantado de conocer?
¿Y cómo fue la misteriosa muerte de Ariana? ¿Fue víctima involuntaria de algún rito oscuro? ¿Tropezó con algo que no debería haber visto, cuando los dos jóvenes estaban sentados practicando para su intendo de conseguir gloria y dominación? ¿Es posible que Ariana Dumblemore fuera la primera persona en morir por "el bien mayor"?

El capítulo terminaba aquí y Harry levantó la vista. Hermione había llegado al final de la página antes que él. Arrancó el libro de la mano de Harry, pareciendo un poco alarmada por su expresión, y lo cerró sin mirarlo, como si ocultara algo indecente.
-Harry....
Pero él negó con la cabeza. Alguna certeza interna había sido aplastada dentro de él; era exactamente lo que había sentido después de la marcha de Ron. Había confiado en Dumblemore, había creído que era la encarnación de la bondad y la sabiduría. Todo cenizas. ¿Qué más podía perder? Ron, Dumblemore, la varita de fénix...

-Harry -Ella pareció haber escuchado sus pensamientos.
- Escúchame. Esto....no es una lectura muy agradable...
-Sí, podrías decirlo así...
-...pero no lo olvides. Harry, que esto está escrito por Rita Skecter.
-Leiste esa carta a Grindelwald, ¿verdad?
-Sí...lo hice -Vaciló, parecía molesta, acunando su té en las frías manos-. Creo que ese fue el peor trozo. Sé que Bathilda pensaba que solo era charla, pero "Por el Bien Mayor" se convirtió en el lema de Grindelwald, su justificación para todas las atrocidades que cometió más tarde. Y...desde que... esto hace que parezca que Dumblemore le dio la idea. Dicen que "Por El Bien Mayor" incluso fue tallado sobre la entrada de Nurmengard.
-¿Qué es Nurmengard?
-La prisión que tenía Grindelwald para retener a sus opositores. Él mismo terminó allí, una vez que Dumblemore le atrapó. De todos modos, esto....esto es un pensamiento horrible, que las ideas de Dumblemore ayudaran a impulsar la subida al poder de Grindelwald. Pero por otra parte, ni siquiera Rita puede fingir que se conocieron el uno al otro solo durante unos meses de verano cuando eran realmente jóvenes, como...
-Sabía que dirías eso -dijo Harry. No quería que su cólera se derramara sobre ella, pero era difícil de mantener la voz estable-. Sabía que dirías "eran jóvenes". Tenían la misma edad que nosotros ahora. Y aquí estamos nosotros, arriesgando nuestras vidas para luchar contra las Artes Oscuras y allí estaba él, reuniéndose con su nuevo mejor amigo, trazando planes para su ascención al poder sobre los muggles. Su temperamento no permanecería bajo control mucho

más. Se levantó y paseó por los alrededores, intentando trabajar un poco en acallarlo.
-No intento defender lo que Dumblemore escribió -dijo Hermione-. Toda esa basura de "derecho a gobernar", es solo "La Magia es Poder" una vez más. Pero Harry, su madre acababa de morir, estaba solo en casa....
-¿Solo? ¡No estaba solo! Tenía a su hermano y a su hermana acompañándolo, su hermana Squib, a la que mantenía encerrada...
-No me creo eso -dijo Hermione. Ella también se levantó-. Independientemente de lo que le pasara a esa chica. No creo que fuera una Squib. El Dumblemore que nosotros conocíamos nunca, jamás habría permitido...
-¡El Dumblemore que creíamos conocer no quería conquistar a los muggles a la fuerza! -gritó Harry, su voz resonó por la vacía cima haciendo que varios grajos se elevaran en el aire, graznando y volando en espiral contra el nacarado cielo.
-¡Cambió, Harry, cambió! ¡Es tan simple como eso! !Tal vez realmente creía en estas cosas cuando tenía diecisiete años, pero el resto de su vida lo dedicó a la lucha contra las Artes Oscuras! ¡Dumblemore fue quien detuvo a Grindelwald, quien siempre votó a favor de la protección de los muggles y los derechos de los nacidos muggles, quien luchó contra quien-tu-ya-sabes desde el principio y quien murió intentando derrocarlo!
El libro de Rita yacía en el suelo entre ellos, de forma que la cara de Albus Dumblemore sonreía culpablemente hacia ambos.
-Harry, lo siento, pero creo que la auténtica razón por la que estás tan enfadado es que Dumblemore nunca te contó nada de esto él mismo.
-¡Tal vez! -bramó Harry y arrojando los brazos sobre la cabeza, apenas sabiendo si intentaba contener su

cólera o protegerse a sí mismo del peso de su propia desilusión. -¡Mira lo que me pidió, Hermione! ¡Arriesga tu vida, Harry! ¡Y otra vez! ¡Y otra vez! ¡Y no esperes que te lo explique todo, solo confía en mí a ciegas, confía en que sé lo que hago, confía en mí aun cuando yo no confío en ti! ¡Nunca toda la verdad! ¡Nunca!
Su voz se rompió por la tensión y se quedaron de pie mirándose el uno al otro en la blancura y el vacío, y Harry sintió que eran tan insignificantes como insectos bajo el amplio cielo.
-Te quería -susurró Hermione-. Sé que te quería.
Harry dejó caer los brazos.
-No sé a quien quería, Hermione, pero nunca fue a mí. Esto no es amor, el lío en el que me ha dejado metido. Compartió más de lo que estaba pensando con Gellert Grindelwald a simple vista de lo que nunca compartió conmigo.
Harry recogió la varita de Hermione, que había dejado caer en la nieve y volvió a sentarse en la entrada de la tienda.
-Gracias por el té. Terminaré la guardia. Regresa al calor.
Ella vaciló, pero reconoció la despedida. Recogió el libro y luego regresó caminando por delante de él a la tienda, pero mientras lo hacía, le acarició la parte superior de la cabeza ligeramente con la mano. Él cerró los ojos ante su tacto y se odió por desear que lo que Hermione había dicho era verdad: que Dumblemore realmente se había preocupado por él.

Capítulo Diecinueve



La cierva plateada

Estaba nevando para cuando Hermione se hizo cargo de la vigilancia a medianoche. Los sueños de Harry habían sido confusos y perturbadores. Nagini entraba y salía de ellos, primero a través de un anillo gigante agrietado, después a través de una corona de Navidad de rosas. Despertó repetidamente, en pleno ataque de pánico, convencido de que alguien le había llamado en la distancia, imaginando que el viento que azotaba la tienda eran ruido de pasos y voces. Finalmente se levantó en la oscuridad y se unió a Hermione, que estaba acurrucada en la entrada de la tienda leyendo Historia de la Magia a la luz de su varita. La nieve estaba cayendo copiosamente, y ella agradeció con alivio su sugerencia de recoger temprano por la mañana y ponerse en movimiento.

-Iremos a algún sitio más protegido -estuvo de acuerdo, estremeciéndose mientras se ponía un jersey sobre su

pijama-. Sigo pensando que puede que haya oído a gente moverse fuera. Incluso creí ver a alguien una o dos veces.
Harry se detuvo en el acto de ponerse un suéter y miró al silencioso e inmóvil Chivatoscopio sobre la mesa.
-Estoy segura de que lo imaginé -dijo Hermione, que parecía nerviosa-. La nieve en la oscuridad, juega malas pasadas a los ojos... Pero quizás deberíamos Desaparecer bajo la Capa de Invisibilidad, solo por si acaso.
Media hora después, con la tienda recogida, Harry llevando el Horrocrux, y Hermione aferrando su bolso de cuentas, se Desaparecieron. La usual estrechez los engulló. Los pies de Harry estaban parcialmente hundidos en el suelo nevado, y momentos después golpeó con fuerza en lo que le pareció tierra congelada cubierta de hojas.
-¿Dónde estamos? -preguntó, escudriñando alrededor hacia una nueva masa de árboles mientras Hermione abría su bolso de cuentas y empezaba a sacar los palos de la tienda.
-El Bosque de Dean -dijo-. Acampé aquí una vez con mamá y papá.
Había nieve posada en los árboles de alrededor y hacía un frío amargo, pero al menos estaban protegidos del viento. Pasaron la mayor parte del día dentro de la tienda, acurrucados en busca de calor alrededor de las útiles llamas de un brillante azul que Hermione era tan hábil en producir, y que podían ser recogidas y llevadas por ahí en una jarra. Harry se sentía como si se estuviera recuperando de una breve pero grave enfermedad, una impresión reforzada por la solicitud con la que Hermione le trataba. Esa tarde nuevos copos de nieve cayeron sobre ellos, haciendo que incluso su

claro protegido se cubriera de una nueva capa de nieve en polvo.
Después de dos noches de poco sueño, los sentidos de Harry parecían más alerta de lo normal. Su escapada del Valle de Godric había sido por tan poco que Voldemort parecía de algún modo más cercano que antes, más amenazador. Cuando la oscuridad cayó otra vez Harry rehusó el ofrecimiento de Hermione de quedarse vigilando y le dijo que se fuera a la cama. Harry llevó un viejo cojín a la entrada de la tienda y se sentó, llevaba puestos todos los jerseys que poseía e incluso así todavía temblaba. La oscuridad se acentuó con el paso de las horas hasta que resultó virtualmente impenetrable. Estaba a punto se sacar el Mapa del Merodeador, para observar el punto de Ginny un rato, cuando recordó que estaban en medio de las vacaciones de navidad y que ella debía estar de vuelta en la Madriguera.
Cada diminuto movimiento parecía magnificado por la inmensidad del bosque. Harry sabía que debía de haber criaturas vivas, pero deseaba que todas permanecieran inmóviles y en silencio para poder separar sus inocentes roces y murmullos de los ruido que podrían proclamar otros movimientos siniestros. Recordaba el sonido del serpenteo de una capa sobre las hojas muertas que había oído hacía años, y una vez creyó haberlo oído de nuevo antes de sacudirse mentalmente a sí mismo. Sus encantamientos protectores habían funcionado durante semanas, ¿por qué iban a fallar ahora? Y aun así no podía sacudirse la sensación de que algo era diferente esta noche.
Varias veces se enderezó de un salto, le dolía el cuello porque se había quedado dormido, derrumbado en un ángulo torpe contra el costado de la tienda. La noche

alcanzó tal profundidad de aterciopelada negrura que podría haber estado suspendido en el limbo entre la Desaparición y la Aparición. Acababa de levantar una mano ante su cara para ver si podía distinguir sus dedos cuando ocurrió.

Una brillante luz plateada justo delante de él, moviéndose entre los árboles. Fuera cual fuera la fuente, se estaba moviendo silenciosamente. La luz parecía simplemente vagar hacia él. Saltó sobre sus pies, la voz se le quedó congelada en la garganta, y alzó la varita de Hermione. Entrecerró los ojos cuando la luz se volvió cegadora, los árboles de delante eran solo siluetas negras, y la cosa todavía seguía acercándose...

Y entonces la fuente de luz salió de detrás de un roble. Una cierva plateada, brillante a la luz de la luna y deslumbrante, abriéndose paso por el terreno, todavía silenciosa y sin dejar pisadas en la fina nieve en polvo. Se acercó a él, su hermosa cabeza de ojos grandes y largos se mantenía en alto.

Harry miraba fijamente a la criatura, lleno de maravilla, no por su extrañeza, sino porque sentía una inexplicable familiaridad. Se sentía como si hubiera estado esperando su llegada, pero había olvidado, hasta ese momento, que tenían una cita. Su impulso de llamar a Hermione, que había parecido tan fuerte momentos antes, había desaparecido. Sabía, se habría jugado la vida, que ella había venido por él, y sólo por él.

Se miraron el uno al otro durante largos momentos y entonces la cierva se giró y se alejó.

-No -dijo él, y su voz sonó agrietada por la falta de uso-. ¡Vuelve!

Ella continuó caminando deliberadamente a través de

los árboles, y pronto su brillo se vio veteado por los gruesos troncos negos. Durante un tembloroso segundo vaciló. La cautela le murmurba que podía ser un truco, un cebo, una trampa. Pero el instinto, el abrumador instinto, le decía que esto no era Magia Oscura. Comenzó la persecución.
La nieve crujía bajo sus pies, pero la cierva no hacía ningún ruido mientras pasaba a través de los árboles, no era nada más que luz. Le conducían adentrándose más y más en el bosque, y Harry caminaba rápidamente, seguro de que cuando ella se parara, le dejaría aproximarse apropiadamente. Y entonces hablaría y la voz le diría lo que necesitaba saber.
Al fin, se detuvo. Giró su hermosa cabeza hacia él una vez más, y él echó a correr, una pregunta ardía en su interior, pero cuando abrió los labios para pronunciarla, ella se desvaneció.
Aunque la oscuridad se la había tragado del todo, su imagen bruñida estaba todavía impresa en las retinas de Harry; oscurecía su visión, iluminándola cuando bajaba los párpados, desorientándole. Ahora volvía el miedo. La presencia de ella significaba seguridad.
-¡Lumos! -susurró, y la punta de la varita se encendió.
La impresión de la cierva palidecía con cada parpadeo de sus ojos y se quedó allí de pie, escuchando los sonidos del bosque, los distantes crujidos de ramas, los suaves latigazos de nieve. ¿Estaba a punto de ser atacado? ¿Le había atraído ella a una emboscada? ¿Se estaba imaginando que había algo de pie más allá del alcance de la luz de la varita, observándole?
Sostuvo la varita más alto, nadie corría hacia él, ningún destello de luz verde salió de detrás de un árbol.¿Por qué le había conducido a este lugar?
Algo brillaba a la luz de la varita, y Harry se acercó,

pero todo lo que allí había era una pequeña y congelada charca, su agrietada superficie negra brilló cuando alzó aún más alto la varita para examinarla.
Se adelantó cautelosamente y bajó la mirada hasta ella. El hielo reflejaba su sombra distorsionada y el rayo de la varita, pero en lo profundo, bajo el grueso y brumoso caparazón gris, algo más brillaba. Una gran cruz plateada…
El corazón le saltó a la boca. Cayó de rodillas en el borde de la charca e inclinó la varita en un ángulo que inundara el fondo de la charca con tanta luz como fuera posible. Un destello de rojo profundo… Era una espada con relucientes rubíes en la empuñadura… la espada de Gryffindor yacía en el fondo de la charca de un bosque.
Apenas respirando, bajó la mirada. ¿Cómo era esto posible? ¿Cómo podía haber llegado a yacer en una charca del bosque, tan cerca del lugar en el que acampaban? ¿Alguna magia desconocida había arrastrado a Hermione a este lugar, o era la cierva, a la que había tomado por un Patronus, algún tipo de guardián de la charca? ¿O la espada había sido puesta en la charca después de que llegaran, precisamente porque ellos estaban aquí? En cualquier caso, ¿dónde estaba la persona que se la estaba entregando a Harry?
De nuevo barrió con la varita los árboles y arbustos circundantes, buscando un humano a la vista, por el rabillo del ojo, pero no pudo ver a nadie. Al mismo tiempo un poco más de miedo fermentó su exitación cuando volvió la atención a la espada que reposaba en el fondo de la charca congelada.
Apuntó la varita hacia la forma plateada y murmuró.
-Accio espada.
No se movió. No había esperado que lo hiciera. Si

hubiera sido tan fácil, la espada habría estado tirada en el suelo para que él la recogiera, no en las profundidades de una charca helada. Se paseó alrededor del círculo de hielo, pensando con fuerza en la última vez que la espada se había entregado a sí misma a él. Había estado en un terrible peligro entonces, y había pedido ayuda.
-Ayuda -murmuró, pero la espada permaneció en el fondo de la charca, indiferente, inmóvil.
¿Qué era, se preguntó Harry a sí mismo (paseando de nuevo), lo que le había dicho Dumbledore la última vez que había recuperado la espada? Solo un verdadero Gryffindor podría haber sacado eso del Sombrero. ¿Y cuales eran las cualidades que definían a un Gryffindor? Una vocecita en su cabeza le respondió: Su atrevimiento, nervio, y su valor diferencian a un Gryffindor.
Harry dejó de pasearse y dejó escapar un largo suspiro, su vaporoso aliento se dispersó rápidamente en el aire congelado. Sabía lo que tenía que hacer. Para ser honesto consigo mismo, había pensado en ello desde el momento en que había divisado la espada a través del hielo.
Miró de nuevo a los árboles circundantes, pero estaba convencido de que nadie iba a atacarle. Habían tenido su oportunidad cuando caminaba solo a través del bosque, había habido muchas oportunidades mientras examinaba la charca. La única razón para retrasarlo era que la perspectiva de la acción inmediata era muy poco invitadora.
Con dedos torpes Harry empezó a quitarse las muchas capas de ropa. En cuanto a donde entraba el "valor" en esto, pensó resentido, no estaba muy seguro, a menos que contara como valor que no hubiera llamado a

Hermione para hacerlo en su lugar.
Una lechuza ululó en alguna parte mientras se desnudaba, y pensó con una punzada de dolor en Hedwig. Ahora estaba temblando, sus dientes castañeteaban horriblemente, aunque continuó desnudándose hasta que al fin estuvo allí en ropa interior, descalzo en la nieve. Colocó la bolsita que contenía su varita, la carta de su madre, el trozo del espejo de Sirius, y la vieja Snitch encima de su ropa, después señaló con la varita de Hermione al hielo.
-Diffindo.
Se agrietó con un sonido parecido al de disparar una bala en el silencio. La superficie de la charca se rompió y trozos de hielo oscuro se mecieron sobre el agua se ondeaba. Por lo que Harry podía juzgar, no era profunda, pero para recuperar la espada tendría que sumergirse completamente.
Contemplar la tarea venidera no la haría más fácil o calentaría más el agua. Se acercó al borde de la charca y colocó la varita de Hermione en el suelo, todavía encendida. Después, intentando no imaginar el frío que estaba a punto de experimentar o lo violentamente que temblaría, saltó.
Cada poro de su cuerpo gritó en protesta. El mismo aire de sus pulmones pareció congelarse y volverse sólido cuando se sumergió hasta los hombros en agua congelada. A penas podía respirar; temblaba tan violentamente que el agua lamía los bordes de la charca, tanteó la hoja con su pie entumecido. Quería sumergirse solo una vez.
Calculó el momento de la inmersión total segundo a segundo, jadeando y temblando, hasta que se dijo a sí mismo que debía hacerse, reunió todo su coraje, y se sumergió. El frío era una agonía. Le atacaba como

fuego. Su mismo cerebro parecía haberse congelado mientras empujaba a través del agua oscura hacia el fondo y extendía la mano, buscando la espada. Sus dedos se cerraron sobre la empuñadura, tiró hacia arriba.

Entonces algo se cerró firmemente alrededor de su cuello. Pensó que eran algas aunque nada le había rozado cuando se sumergió, y alzó la mano vacía para liberarse. No eran algas. La cadena del Horrocrux se había apretado y estaba apretando lentamente su tráquea.

Harry pateó salvajemente, intentando impulsarse de vuelta a la superficie, pero solo consiguió impulsarse contra el lado rocoso de la charca. Agitándose, ahogándose, asió la cadena estranguladora, sus dedos congelados fueron incapaces de soltarla, y ahora había luces estallando en su cabeza, e iba a ahogarse, no había nada, nada que pudiera hacer, y los brazos que se cerraban alrdedor de su pecho seguramente eran de motigafos...

Tosiendo y vomitando, empapado y más frío de lo que había estado nunca en su vida, se derrumbó bocabajo en la nieve. En alguna parte, cerca, otra persona jadeaba, tosía y se tambaleaba. Hermione había venido de nuevo al rescate, como había hecho cuando el ataque... Aunque no parecía ella, no con esas toses profundas, ni a juzgar por el peso de las pisadas.

Harry no tenía fuerzas para alzar la cabeza y averiguar la identidad de su salvador. Todo lo que pudo alzar fue una mano temblorosa hasta su garganta y palpar el lugar donde el guardapelo había cortado firmemente su carne. Había desaparecido. Alguien se lo había cortado.

Entonces una voz jadeande habló sobre su cabeza.

-¿Estas... loco?

Nada excepto la sorpresa de oir esa voz podría haber dado a Harry las fuerzas necesarias para levantarse. Temblando violentamente, se puso en pie tambaleante. Allí ante él estaba Ron, completamente vestido pero empapado del todo, con el pelo aplastado sobre la cara, la espada de Gryffindor en una mano y el Horrocrux colgando de su cadena rota en la otra.
-¿Por qué demonios -jadeó Ron, sujetando en alto el Horrocrux, que se balanceaba adelante y atrás en la corta cadena en una especie de parodia de hipnosis- no te quitaste esta cosa antes de sumergirte?
Harry no podía responder. La cierva plateada no había sido nada, nada, comparado con la aparición de Ron, no podía creérselo. Temblando de frío, cogió la pila de ropa que todavía yacía al borde del agua y empezó a ponérsela. Mientras se pasaba jersey tras jersey sobre la cabeza, Harry miraba a Ron, medio esperando que hubiera desaparecido cada vez que le perdía de vista, aunque tenía que ser real. Acababa de tirarse a la charca, había salvado la vida de Harry.
-¿Eras t-tú? -dijo Harry al fin, sus dientes castañeteaban, su voz era más débil de lo habitual dada su casi-estrangulación.
-Bueno, si -dijo Ron, ligeramente confuso.
-¿Tú lanzaste esa cierva?
-¿Qué? ¡No, por supuesto que no! ¡Yo creía que habías sido tú!
-Mi patronus es un ciervo.
-Oh, si. Pensé que parecía diferente. Sin cornamenta.
Harry se puso la bolsita de Hagrid alrededor del cuello, poniéndose un último jersey, acercándose a recoger la varita de Hermione, y enfrentándose de nuevo a Ron.
-¿Cómo es que estás aquí?
Aparentemente Ron había esperado que ese punto se

tocara más adelante, si es que se tocaba.
-Bueno, yo... ya sabes... he vuelto. Si... -Se aclaró la garganta-. Ya sabes. Si todavía me queréis aquí.
Hubo una pausa, en la cual el tema de la partida de Ron pareció alzarse como una pared entre ellos.
Aunque estaba aquí. Había vuelto. Acababa de salvar la vida de Harry.
Ron bajó la mirada a sus manos. Pareció momentáneamente sorprendido al ver las cosas que sujetada.
-Oh, si, saqué esto, -dijo, bastante innecesariamente, alzando la espada para que Harry la inspeccionara-. ¿Saltaste por esto... verdad?
-Si -dijo Harry-. Pero no lo entiendo. ¿Cómo llegaste aquí? ¿Cómo nos encontraste?
-Es una larga historia -dijo Ron-. Os he estado buscando durante horas, es un bosque grande, ¿verdad? Y justo estaba pensando en que iba a tener que dormir bajo un árbol y esperar a la mañana cuando vi a la cierva y la seguí.
-¿No viste a nadie más?
-No -dijo Ron- Yo...
Pero vaciló, mirando a dos árboles que crecían cerca el uno del otro a algunas yardas de distancia.
-Creo que vi algo moverse allí, pero estaba corriendo hacia la charca en ese momento, porque habías entrado pero no salías, así que no iba a hacer un desvío para... ¡ey!
Harry ya estaba corriendo hacia el lugar que Ron había señalado. Los dos robles crecían bastante juntos, había un hueco de solo unos centímetros entre los troncos al nivel de los ojos, un lugar ideal para ver sin ser visto.
La tierra alrededor de las raíces, sin embargo,estaba libre de nieve, y Harry pudo ver que no había ninguna

señal de pisadas. Volvió adonde estaba Ron esperando, todavía sujetando la espada y el Horrocrux.
-¿Hay algo? -preguntó Ron.
-No -dijo Harry.
-¿Entonces, que hacía la espada en esa charca?
-Quienquiera que lanzara el Patronus debe haberla puesto ahí.
Ambos miraron a la ornamentada espada de plata, su empuñadura de rubíes brillaba un poco a la luz de la varita de Hermione.
-¿Crees que es la auténtica? -preguntó Ron.
-Hay una forma de averiguarlo, ¿verdad? -dijo Harry.
El Horrocrux todavía se balanceaba en la mano de Ron. El guardapelo se sacudía ligeramente. Harry sabía que la cosa de dentro estaba de nuevo agitada. Había sentido la presencia de la espada y había intentado matar a Harry antes que dejarle poseerla. Ahora no había tiempo para largas discusiones; era el momento de destruir al guardapelo de una vez y para siempre. Harry miró alrededor, sujetando en alto la varita de Hermione, y vio el lugar; una roca plana que yacía a la sombra de un sicomoro.
-Vamos -dijo, y abrió el camino, limpiando la nieve de la superficie de la roca, y extendiendo la mano pidiendo el Horrocrux. Cuando Ron ofreció la espada, sin embargo, Harry sacudió la cabeza.
-No, debes hacerlo tú.
-¿Yo? -dijo Ron, sorprendido-. ¿Por qué?
-Porque tú sacaste la espada de la charca, creo que se supone que debes ser tú.
No estaba siendo para nada amable o generoso. Tan indudablemente como había sabido que la cierva era benigna, sabía que tenía que ser Ron quien esgrimiera la espada.

Dumbledore le había enseñado al menos algo sobre cierto tipo de magia, y el incalculable poder de ciertos actos.
-Lo voy a abrir -dijo Harry- y tú lo golpeas. Directamente, ¿vale? Por si lo que sea que haya dentro ofrece resistencia. El pedazo de Riddle del diario intentó matarme.
-¿Cómo vas a abrirlo? -preguntó Ron. Parecía aterrado.
-Voy a pedirle que se abra, en parsel -dijo Harry. La respuesta llegó tan fácilmente a sus labios que pensó que en el fondo siempre lo había sabido. Quizás había sido su reciente encuentro con Nagini lo que le había hecho comprenderlo. Miró a la serpentina S dibujada con brillantes piedras. Era fácil visualizarla como una minúscula serpiente, enroscada sobre la fría piedra.
-¡No! -dijo Ron. -¡No lo abras! ¡Lo digo en serio!
-¿Por qué no? -preguntó Harry-. Librémonos de esta maldita cosa, hace meses…
-No puedo, Harry, en serio… hazlo tú.
-¿Pero por qué?
-¡Porque esa cosa es mala para mí! -dijo Ron, retrocediendo lejos del guardapelo tendido sobre la roca-. ¡No puedo con ello! No es una excusa, Harry, ya me gustaría, pero a mi me afecta más que a ti y a Hermione, me hizo pensar cosas… cosas que yo ya estaba pensando de todos modos, pero las hizo peor. No puedo explicarlo, y entonces me fui y volví a pensar con claridad, y entonces vas tú y me pones esa cosa asquerosa delante… ¡no puedo hacerlo, Harry!
Se había alejado, con la espada colgando a su costado, sacudiendo la cabeza.
-Puedes -dijo Harry, -¡puedes! Solo tienes que coger la espada, sé que se supone que tienes que ser tú quien la utilice. Por favor, librémonos de él, Ron.

El sonido de su nombre pareció actuar como un estimulante. Ron tragó, después, todavía respirando con dificultad a través de su larga nariz, volvió hasta la roca.
-Dime cuando -graznó.
-A la de tres -dijo Harry, volviendo a mirar al guardapelo y entrecerrando los ojos, concentrándose en la letra S, imaginando una serpiente, mientras el contenido del guardapelo se retorcía como un gallo de pelea atrapado. Habría sido fácil compadecerlo, solo que el corte del cuello de Harry todavía ardía.
-Uno... dos... tres... ábrete.
La última palabra llegó en forma de un siseo y un gruñido y las puertas doradas del guardapelo se abrieron con un pequeño chasquido.
Tras las dos ventanas de cristal de dentro parpadeaban unos ojos vivos, oscuros y hermosos como habían sido los ojos de Tom Riddle antes de volverse escarlatas y de pupilas como rajas.
-Golpea -dijo Harry, sujetando el guardapelo firme en la roca.
Ron alzó la espada entre sus manos temblorosas. Surgió un punto sobre los ojos que saltaban de un lado a otro, y Harry agarró el guardapelo firmemente, endureciéndose a sí mismo, ya imaginando sangre manando de las ventanas vacías.
Entonces una voz siseó desde el Horrocrux.
-He visto tu corazón, y es mío.
-¡No le escuches! -dijo Harry ásperamente- ¡Golpea!
-He visto tus sueños, Ronald Weasley, y he visto tus miedos. Todo lo que deseas es posible, pero todo lo que temes también es posible...
-¡Golpea! -gritó Harry, su voz resonó entre los árboles circundantes, la espada temblaba, y Ron miraba

fijamente a los ojos de Riddle.
-Siempre menos amado, por la madre que anhelaba una hija... Menos amado ahora, por la chica que prefiere a tu amigo... El segundo mejor, siempre eternamente a la sombra...
-¡Ron, golpea ya! -gritó Harry a voz en cuello. Podía sentir al guardapelo estremeciéndose en su apretón y le asustó lo que se avecinaba. Ron alzó la espada más alto, y cuando lo hizo, los ojos de Riddle se volvieron escarlata.
Saliendo de las dos ventanas del guardapelo, saliendo de los ojos, habían florecido como dos grotescas burbujas, las cabezas de Harry y Hermione, extrañamante distorsionadas.
Ron chilló por la sorpresa y retrocedió mientras las figuras surgían del guardapelo, sus pechos, sus cinturas, sus piernas, hasta que estuvieron de pie en el guardapelo, lado a lado como árboles con una raiz común, balanceándose sobre Ron y el auténtico Harry, que apartó los dedos del guardapelo como si quemara, repentimente al rojo vivo.
-¡Ron! -gritó, pero el Harry-Riddle estaba ahora hablando con la voz de Voldemort y Ron le miraba fijamente, hipnotizado, a la cara.
-¿Por qué volviste? Estabamos mejor sin tí, más felices sin ti, nos alegraba tu ausencia... Nos reíamos de tu estupidez, de tu cobardía, de tu presunción...
-¡Presunción! -repitió el Riddle-Hermione, que era más guapa aunque más terrible que la auténtica Hermione. Se bamboleaba, cacareando, ante Ron, que parecía horrorizado, aunque transfigurado, la espada colgaba inútilmente a su costado-. ¿Quién podría mirarte a ti, quien te miraría nunca, estando junto a Harry Potter? ¿Qué has hecho tú, comparado con el Elegido? ¿Qué

eres tú comparado con el Chico que Vivió?
-¡Ron, golpea, GOLPEA! -chilló Harry, pero Ron no se movía. Sus ojos estaba abiertos de par en par y el Riddle-Harry y la Riddle-Hermione estaban reflejados en ellos, sus cabellos se arremolinaban en llamas, sus ojos brillaban rojos, sus voces se elevaban en un dueto maléfico.
-Tu madre confesó -dijo con desprecio el Riddle-Harry, mientras la Riddle-Hermione se burlaba- que me habría preferido a mí como hijo, que se habría alegrado de intercambiar…
-¿Quién no le preferiría a él, qué mujer te aceptaría, no eres nada, nada, nada comparado con él -graznó la Riddle-Hermione, y se estiró como una serpiente y se entrelazó alrededor del Riddle-Harry, envolviéndole en un estrecho abrazo. Los labios de ambos se encontraron.
Sobre el suelo ante ellos, la cara de Ron estaba llena de angustia. Alzó la espada en alto, sus brazos temblaban.
-¡Hazlo, Ron! -gritó Harry.
Ron le miró, y Harry creyó ver un rastro de escarlata en sus ojos.
-¿Ron…?
La espada centelleó, cayó. Harry se lanzó fuera de su camino, se oyó un chasquido de metal y un largo, interminable grito. Harry se dio la vuelta, resbalando en la nieve, con la varita en alto para defenderse, pero no había nada contra lo que luchar.
Las versiones mostruosas de sí mismo y Hermione habían desaparecido. Solo estaba Ron, allí de pie con la espada laxa en la mano, mirado a los restos esparcidos del guardapelo sobre la roca plana.
Lentamente, Harry se acercó a él, sin saber apenas qué decir o hacer. Ron estaba respirando con dificultad. Sus

ojos ya no eran rojos, sino de su azul normal, también estaban húmedos.
Harry se agachó, fingiendo no haberlo visto, y recogió el Horrocrux roto. Ron había perforado el cristal de ambas ventanas. Los ojos de Riddle habían desaparecido, y el forro de seda manchado del guardapelo humeaba ligeramente. La cosa que había habitado en el Horrocrux se había desvanecido; torturar a Ron había sido su acto final. Las espada produjo un sonido metálico cuando Ron la dejó caer. Había caído de rodillas, con la cabeza entre las manos. Estaba temblando, pero no de frío, comprendió Harry. Harry se metió el guardapelo roto en el bolsillo, arrodillándose junto a Ron, y colocando una mano cautelosamente en su hombro. Se tomó como una buena señal que Ron no se la apartara de un manotazo.
-Después de que te marcharas -dijo en voz baja, agradeciendo el hecho de que la cara de Ron estuviera oculta- lloró durante una semana. Probablemente más, solo que no quería que yo la viera. La mayoría de las noches ni siquiera nos hablábamos el uno al otro. Como te habías ido…
No pudo terminar, ahora que Ron estaba aquí de nuevo Harry comprendió lo mucho que su ausencia les había pesado.
-Ella es como una hermana -siguió-. La quiero como a una hermana y apuesto a que ella siente lo mismo por mí. Siempre ha sido así. Creí que lo sabías.
Ron no respondió, pero apartó la cara de Harry y se limpió la nariz ruidosamente en la manga. Harry se puso de nuevo en pie y se acercó a donde yacía la enorme mochila de Ron, descartada por Ron mientras corría hacia la charca para salvar a Harry de ahogarse. Se la colgó a su propia espalda y volvió hasta Ron, que

removía los pies mientras Harry se aproximaba, con los ojos rojos pero por lo demás compuesto.
-Lo siento -dijo con una voz ronca-. Siento haberme marchado. Sabía que era un... un...
Miró alrededor, hacia la oscuridad, como si esperara que una palabra lo suficientemente mala se abalanzase sobre él y le reclamara.
-Ya has tenido suficiente por esta noche -dijo Harry-. Conseguir la espada. Terminar con el Horrocrux. Salvarme la vida.
-Eso hace que suene más guay de lo que fue -murmuró Ron.
-Esas cosas siempre suenan más guays de lo que son en realidad -dijo Harry-. He estado intentando decírtelo durante años.
Simultáneamente se adelantaron y se abrazaron, Harry aferró la espalda de la chaqueta todavía empapada de Ron.
-Y ahora -dijo Harry cuando se apartaron- todo lo que tenemos que hacer es volver a encontrar la tienda.
Pero no fue dificil. Aunque la caminata a través del bosque oscuro con la cierva había parecido larga, con Ron a su lado, el viaje de vuelta pareció llevar sorprendemente muy poco tiempo. Harry no podía esperar a despertar a Hermione, y fue con apresurada excitación que entró a la tienda, con Ron un poco rezagado tras él.
Resultaba gloriosamente cálida después de la charca y el bosque, la única iluminación era la de las llamas azules que todavía brillaban en un cuenco en el suelo. Hermione estaba bien dormida, acurrucada sobre sus mantas, y no se movió hasta que Harry pronunció su nombre varias veces.
-¡Hermione!

Se movió, después se sentó rápidamente, apartándose el pelo de la cara.
-¿Qué pasa? ¿Harry? ¿Estás bien?
-Bien, todo va bien. Más que bien, estoy genial. Hay alguien aquí.
-¿Qué quieres decir? ¿Quién…?
Vio a Ron, que estaba de pie sujetando la espada y goteando sobre la raída alfombra. Harry retrocedió hasta una esquina oscura, soltando la mochila de Ron, e intentando fundirse con la lona.
Hermione bajó de su litera y se movió como una sonámbula hacia Ron, con los ojos en la cara pálida de él. Se detuvo justo delante de él, con los labios ligeramente separados y los ojos abiertos de par en par. Ron lanzó una débil y esperanzada sonrisa y medio alzó los brazos.
Hermione se lanzó a sí misma hacia delante y empezó a dar puñetazos a cada centímetro de él que pudo alcanzar.
-Ouch… ow… ¡basta! ¿Pero qué…? Hermione… ¡OW!
-¡Tú… completo… estúpido… Ronald… Weasley!
Puntualizaba cada palabra con un golpe. Ron retrocedió, protegiéndose la cabeza mientras Hermione avanzaba.
-Te… arrastras… hasta… aqui… después… de… semanas… y… semanas… oh, ¿dónde está mi varita?
-¡Protego!
Un escudo invisible se irguió entre Ron y Hermione. La fuerza del mismo la derribó hacia atrás sobre el suelo. Escupiendo el pelo de la boca, se levantó de nuevo de un salto.
-¡Hemione! -dijo Harry-. Cálma…
-¡No pienso calmarme! -gritó ella. Nunca antes la había visto perder el control así; parecía un poco loca-.

¡Devuélveme mi varita! ¡Devuélvemela!
-Hermione, si quieres…
-¡No me digas lo que debo hacer, Harry Potter! -chilló-. ¡No te atrevas! ¡Devuélvemela ahora! ¡Y TÚ!
Estaba señalando a Ron en directa acusación. Sonó como una maldición, y Harry no culpó a Ron por retroceder varios pasos.
-¡Corrí detrás de ti! ¡Te llamé! Te supliqué que volvieras.
-Lo sé -dijo Ron-. Hermione, lo siento, de verdad…
-¡Oh, lo sientes!
Soltó una risa aguda, que sonó fuera de control. Ron miró a Harry buscando ayuda, pero Harry simplemente le hizo una mueca impotente.
-¿Vuelves después de semanas… semanas… y crees que todo se arreglará diciendo simplemente lo siento?
-Bueno, ¿qué más puedo decir? -gritó Ron, y Harry se alegró de que Ron estuviera contraatacando.
-¡Oh, no sé! -chilló Hermione con feo sarcasmo-. Registra tu cerebro, Ron, eso solo debería llevarte un par de segundos…
-Hermione -intervino Harry, que consideró eso un golpe bajo-. acaba de salvarme la…
-¡No me importa! -gritó ella-. ¡No me importa lo que ha hecho! Semanas y semanas en las que podríamos haber muerto por lo que él sabía…
-¡Sabía que no estábais muertos! -bramó Ron, ahogando la voz de ella por primera voz y acercándose tanto como podía con el Encantamiento Escudo entre ellos-. Harry está todo el rato en El Profeta, en la radio, le están buscando por todas partes, hay todo tipo de rumores e historias alocadas. Sabía que lo oiría si estabais muertos, no sabes lo que ha sido…
-¿Lo que ha sido para ti?

Su voz era tan chillona que pronto sólo los murciélago podrían oírla, pero había alcanzado un nivel de indignación que la dejó temporalmente muda, y Ron aprovechó la ocasión.
-¡Quise volver en el minuto en que Desaparecí, pero me metí directamente en medio de una banda de Merodeadores, Hermione, y no pude ir a ninguna parte!
-¿Una banda de qué? -preguntó Harry, mientras Hermione se lanzaba sobre una silla con los brazos y las piernas cruzadas tan firmemente que parecía improbable que fuera a poder desenredarlos en varios años.
-Merodeadores -dijo Ron-. Están por todas partes... bandas intentando ganar oro persiguiendo a nacidos muggles y traidores de sangre, hay una recompensa desde el Ministerio por cualquiera capturado. Yo estaba solo, y parecía que pudiera tener edad escolar; estaban realmente excitados, creyeron que era un nacido muggle a la fuga. Tuve que hablar rápido para evitar que me arrastraran hasta el Ministerio.
-¿Qué les dijiste?
-Les dijo que era Stan Shunpike. La primera persona en quien pude pensar.
-¿Y se lo creyeron?
-No eran muy brillantes. Uno de ellos era definitivamente en parte trolll, olía como ellos...
Ron miró a Hermione, claramente esperando que se hubiera suavizado tras este pequeño lapsus de humor, pero la expresión de ella permaneció pétrea sobre sus extremidades altamente anudadas.
-De cualquier modo, empezaron a discutir sobre si yo era Stan o no. Fue un poco patético, para ser honesto; pero aún así había cinco de ellos y yo era solo uno, y ellos me habían quitado la varita. Entonces dos de ellos

empezaron a pelear y mientras los otros estaban distraídos me las arreglé para golpear al que me sujetaba en el estómago, agarré mi varita, Desarmé al tipo que me sujetaba, y Desaparecí. No lo hice muy bien. Me escindí otra vez -Ron mantuvo en alto su mano derecha que mostraba dos uñas desaparecidas. Hermione alzó las cejas fríamente- y fui a parar a miles de millas de donde estábais. Para cuando conseguí volver a ese tramo de ribera donde habíamos estado... os habíais ido.
-Córcholis, que historia tan absorbente -dijo Hermione con el tono más agudo que adoptaba cuando quería herir-. Debes haber estado realmente aterrado. Mientras, nosotros fuimos al Valle de Godric y, pensemos, ¿qué ocurrió allí, Harry? Oh, si, la serpiente de Quien-Tu-Ya-Sabes apareció, casi nos mata a los dos, y entonces el mismo Quien-Tu-Ya-Sabes llegó y no nos pilló por cuestión de un segundo.
-¿Qué? -dijo Ron, boqueando de ella a Harry, pero Hermione le ignoró.
-¡Imagina, ha perdido dos uñas, Harry! Eso realmente pone nuestros sufrimientos en ridículo, ¿verdad?
-Hermione -dijo Harry calmadamente-. Ron acaba de salvarme la vida.
Ella fingió no haberle oído.
-Sin embargo hay una cosa que me gustaría saber -dijo, fijando los ojos en un punto sobre la cabeza de Ron-. ¿Cómo exactamente nos has encontrado esta noche? Eso es importante. Una vez lo sepamos, podremos asegurarnos de que no somos visitados por nadie más a quien no queramos ver.
Ron la miró fijamente, después sacó un pequeño objeto plateado del bolsillo de sus vaqueros.
-Con esto.

Hermione tuvo que mirar a Ron para ver lo que les estaba mostrando.
-¿El Desiluminador? -preguntó, tan sorprendida que se olvidó de mirarle fría y ferozmente.
-No solo apaga y enciende las luces -dijo Ron-. No sé como funciona o por qué ocurrió entonces ni ninguna otra vez, porque había estado deseando volver desde que me marché. Pero estaba escuchando la radio temprano en la mañana de Navidad y oí... te oí.
Estaba mirando a Hermione.
-¿Me oíste por la radio? -preguntó ella incrédulamente.
-No, te oí en mi bolsillo. Tu voz -Volvió a sostener en alto el Desiluminador- salía de esto.
-¿Y qué dije exactamente? -preguntó Hermione, su tono rondaba entre el exceptisismo y la curiosidad.
-Mi nombre, "Ron". Y dijiste... algo sobre una varita...
Hermione se volvió de un feroz tono escarlata. Harry recordó cuando había sido la primera vez que el nombre de Ron había sido pronunciado en voz alta desde el día en que se marchara. Hermione lo había mencionado cuando hablaban de reparar la varita de Harry.
-Así que lo cogí -siguió Ron, mirando al Desiluminador- y no parecía diferente ni nada, pero estaba seguro de haberte oído. Así que lo accioné. Y la luz se apagó en mi habitación, pero otra luz apareció justo fuera de la ventana.
Ron alzó su mano vacía y señaló delante de él, sus ojos estaban enfocados en algo que ni Harry ni Hermione podían ver.
-Era una bola de luz, una especie de luz pulsante, y azulada, como la luz que sale de un Traslador, ¿sabéis?
-Si -dijeron juntos automáticamente Harry y Hermione.
-Sabía que era esto -dijoRon-. Cogí mis cosas e hice el

equipaje, después me puse la mochila y salí al jardín.
-La pequeña bola de luz estaba allí revoloteando, esperando por mí, cuando salí osciló y la seguí hasta detrás del cobertizo y entonces... buen, entró dentro de mí.
-¿Perdona? -dijo Harry, seguro de no haber oído bien.
-La cosa esa flotó hacia mí -dijo Ron, ilustrando el movimiento con su dedo índice libre- justo hasta mi pecho, y entonces... simplemente lo atravesó. Estaba ahí -Se tocó un punto cerca del corazón-. Podía sentirla, estaba caliente. Y una vez dentro de mí, supe lo que se suponía que tenía que hacer. Sabía que me llevaría a donde necesitaba ir. Así que me Desaparecí y llegué a la ladera de una colina. Había nieve por todas partes...
-Estábamos allí -dijo Harry-. Pasamos dos noches allí, ¡y la segunda noche la pasé pensando que podía oir a alguien moviéndose alrededor en la oscuridad y llamándome!
-Si, bueno, ese debía que ser yo -dijo Ron-. Vuestros hechizos protectores funcionan, por cierto, porque no podía veros ni oíros. Sin embargo estaba seguro de que estábais por ahí, así que al final cogí mi saco de dormir y esperé a que alguno de vosotros apareciera. Creí que os mostraríais cuando recogiérais la tienda
-En realidad no -dijo Hermione-. Desaparecimos bajo la Capa de Invisibilidad como precaución extra. Y nos marchamos realmente temprano, porque como Harry ha dicho, oíamos a alguien rondando por ahí.
-Bueno, yo me quedé en la colina todo el día –dijo Ron-. Todavía esperaba que apareciérais. Pero cuando empezaba a oscurecer supe que os había perdido, así que accioné de nuevo el Desiluminador, salió la luz azul y volvió a entrar dentro de mí, y Desaparecí y llegué

aquí, a este bosque. Todavía no podía veros, así que simplemente mantuve la esperanza de que uno de vosotros se mostrara al final... y Harry lo hizo. Bueno, vi a la cierva primero, obviamente.
-¿Que viste qué? -dijo Hermione agudamente.
Le explicaron lo que había ocurrido y cuando la historia de la cierva plateada y la espada en la charca se desplegó, Hermione frunció el ceño de uno al otro, concentrándose tanto que olvidó mantener las extremidades cruzadas.
-¡Pero debe haber sido un Patronus! -dijo-. ¿No pudísteis ver a quien lo lanzó? ¿No visteis a nadie? ¡Y te entregó la espada! ¡No puedo creerme esto! ¿Después que ocurrió?
Ron explicó como había visto a Harry saltar a la charca, y había esperado a que volviera a salir a la superficie; como había comprendido que algo iba mal, se había sumergido, y había salvado a Harry, para después volver a por la espada. Pero cuando llegó a la apertura del guardapelo, dudó, y Harry le interrumpió.
-... y Ron lo golpeó con la espada.
-¿Y.. y después? ¿Simplemente eso? -susurró ella.
-Bueno,... gritó -dijo Harry con una mirada de reojo a Ron-. Aquí está.
Le tiró el guardapelo en el regazo. Ella lo recogió cautelosamente y examinó sus ventanas rotas.
Decidiendo que al fin era seguro hacerlo, Harry levantó el Encantamiento Escudo con un ondeo de la varita de Hermione y se giró hacia Ron.
-¿Acabas de decir que conseguiste escapar de los Merodeadores con una varita de repuesto?
-¿Qué? -dijo Ron, que había estado observando como Hermione examinaba el guardapelo-. Oh... oh, si.
Abrió una hebilla de su mochilla y sacó una varita corta

y oscura del bolsillo-. Aquí esta, me figuré que siempre sería útil tener una de repuesto.
-Tenías razón -dijo Harry, extendiendo la mano-. La mía se rompió.
-¿Estás bromeando? -dijo Ron, pero en ese momento Hermione se puso en pie, y él pareció de nuevo aprensivo.
Hermione colocó el Horrocrux roto en su bolso de cuentas, después volvió a subir a su cama y se acostó sin otra palabra.
Ron pasó a Harry la nueva varita.
-Es lo mejor que puedes esperar, creo -murmuró Harry.
-Si -dijo Ron-. Podría haber sido peor. ¿Recuerdas aquellos pájaros que me azuzó?
-Todavía no lo he descartado -les llegó la voz amortiguada de Hermione desde debajo de sus mantas, pero Harry vio que Ron sonreía ligeramente mientras sacaba su pijama marrón de la mochila.

Capítulo Veinte



Xenophilius Lovegood

Harry no había esperado que la cólera de Hermione se apaciguase durante la noche, por lo que no le sorprendió que a la mañana siguiente se comunicase principalmente con miradas desagradables y silencios mordaces. Ron respondió manteniendo un comportamiento sombrío poco natural en su presencia, como un signo externo de continuo arrepentimiento. De hecho, cuando los tres estaban juntos, Harry se sentía como el único no afligido en un funeral al que habían acudido pocas personas. Sin embargo, durante los pocos momentos que Ron pasaba a solas con Harry (recogiendo agua y buscando champiñones en la maleza), Ron se volvía descaradamente alegre.

—Alguien nos ayudó —decía todo el rato—. Alguien envió

a esa cierva. Alguien está de nuestro lado. ¡Un Horrocrux menos, tío!

Alentados por la destrucción del guardapelo, se pusieron a debatir sobre las posibles localizaciones de los otros Horrocruxes, y aunque habían discutido el asunto antes con tanta frecuencia, Harry se sentía optimista, seguro de que más descubrimientos importantes seguirían al primero. El enfado de Hermione no podía estropear su humor optimista: el repentino aumento de su suerte, la aparición de la misteriosa cierva, la recuperación de la espada de Gryffindor, y por encima de todo, la vuelta de Ron, hacía a Harry tan feliz que era bastante difícil mantener una expresión seria.

Al final de la tarde, él y Ron escaparon de nuevo de la presencia ceñuda de Hermione, y con el pretexto de registrar los setos vacíos en busca de zarzamoras inexistentes, retomaron el intercambio de noticias. Harry finalmente había conseguido contarle a Ron la historia completa de los distintos sucesos que habían vivido él y Hermione, hasta todo lo sucedido en el Valle de Godric. Ron ahora estaba informando a Harry de todo lo que había descubierto sobre el amplio mundo mágico durante esas semanas que había estado fuera.

—... y cómo descubristeis lo del Tabú? —le preguntó a Harry después de explicar los muchos intentos desesperados que hacían los hijos de muggles para evitar al Ministerio.

—¿El qué?

—¡Tú y Hermione habéis parado de decir el nombre de Quien-tú-sabes!

—Oh, sí. Bueno, es simplemente un mal hábito en el que hemos caído —dijo Harry—. Pero no tengo problema en llamarle V...

—¡NO! —bramó Ron, causando que Harry saltase al seto y que Hermione (con la nariz enterrada en un libro en la entrada de la tienda) los mirase con el ceño fruncido—. Perdón —dijo Ron, tirando de Harry para sacarlo de las zarzas—, pero el nombre ha sido maldecido, Harry, ¡así es cómo rastrean a la gente! Usar su nombre rompe encantamientos protectores, causa algún tipo de perturbación mágica… ¡así es como nos encontraron en Tottenham Court Road!
—¿Porque usamos su nombre?
—¡Exacto! Hay que reconocerles el mérito, tiene sentido. Era sólo la gente que se tomaba en serio lo de hacerle frente, como Dumbledore, la que se atrevía a usarlo. Ahora que le han puesto un Tabú, cualquiera que lo diga puede ser rastreado… ¡una manera rápida y fácil de encontrar a miembros de la Orden! Casi pillaron a Kingsley…
—¿En serio?
—Sí, un grupo de mortífagos lo acorralaron, según dijo Bill, pero consiguió escapar. Huyó, justo como nosotros. —Ron se rascó pensativamente la barbilla con la punta de su varita—. ¿No crees que pudo ser Kingsley el que nos mandó esa cierva?
—Su patronus es un lince, lo vimos en la boda, ¿recuerdas?
—Oh, sí…
Se fueron alejando por los setos, lejos de la tienda y de Hermione.
—Harry… ¿no crees que pudo haber sido Dumbledore?
—¿Dumbledore qué?
Ron pareció un poco avergonzado, pero dijo en voz baja: —Dumbledore… la cierva. Quiero decir… —Ron estaba mirando a Harry de reojo—, fue el último en tener la verdadera espada, ¿no?

Harry no se rió de Ron, porque entendía demasiado bien el anhelo bajo la pregunta. La idea de que Dumbledore hubiese conseguido volver a ellos, que los estuviese vigilando, habría sido totalmente reconfortante. Negó con la cabeza.

—Dumbledore está muerto —dijo—. Vi cómo sucedió, vi el cuerpo. Definitivamente se ha ido. De todas formas, su patronus era un fénix, no una cierva.

—Pero los patronus pueden cambiar, ¿verdad? —dijo Ron—. El de Tonks lo hizo, ¿no?

—Sí, pero si Dumbledore estuviese vivo, ¿no se mostraría? ¿Por qué no nos daría directamente la espada?

—A mí que me registren —dijo Ron—. ¿La misma razón por la que no te la dio mientras estaba vivo? ¿La misma razón por la que te dejó una vieja snitch y a Hermione un libro con cuentos de niños?

—¿Y cual es? —preguntó Harry, girándose para mirar a Ron a la cara, desesperado por la respuesta.

—No lo sé —dijo Ron—. Algunas veces pensé, cuando estaba un poco frustrado, que simplemente se estaba riendo o… o que sólo quería hacerlo más difícil. Pero no creo eso, ya no. Sabía lo que estaba haciendo cuando me dio el Desiluminador, ¿no? Él… bueno —las orejas de Ron se pusieron de color rojo brillante, y se quedó absorto con un terrón de césped a sus pies—, debió haber sabido que yo saldría corriendo.

—No —lo corrigió Harry—. Debió haber sabido que siempre querrías volver.

Ron lo miró agradecido, pero todavía incómodo. En parte para cambiar de tema, Harry dijo: —Hablando de Dumbledore, ¿escuchaste lo que escribió Skeeter sobre él?

—Oh, sí —dijo Ron enseguida—, la gente está hablando

bastante sobre ello. Por supuesto, si las cosas fuesen diferentes, serían noticias enormes, que Dumbledore fuera amigo de Grindelwald, pero ahora es sólo algo de lo que reírse para la gente a la que no le gustaba Dumbledore, y una pequeña bofetada en la cara para todos los que pensaban que era un tipo estupendo. Aunque no veo que sea tan importante. Era realmente joven cuando ellos…

—De nuestra edad —dijo Harry, justo como le había replicado a Hermione, y algo en su expresión pareció hacer decidir a Ron no seguir con el tema. Una gran araña estaba sentada en el medio de una telaraña congelada en las zarzas. Harry la apuntó con la varita que le había dado Ron la noche anterior, la que Hermione se había dignado a examinar, y que había decidido estaba hecha de endrino.

—Engorgio.

La araña tembló un poco, saltando ligeramente en la tela. Harry lo intentó de nuevo. Esta vez la araña aumentó un poco de tamaño.

—Para de hacer eso —dijo Ron con dureza—. Siento haber dicho que Dumbledore era joven, ¿vale?

Harry había olvidado el odio que sentía Ron hacia las arañas.

—Perdón… Reducio.

La araña no se encogió. Harry bajó la mirada hacia la varita de endrino. Cada hechizo menor que había realizado hasta entonces ese día, había parecido menos poderoso que los producidos con su varita de fénix. La nueva le parecía como una intrusa, poco familiar, como tener la mano de otra persona cosida al final del brazo.

—Sólo necesitas practicar —dijo Hermione, que se les había acercado en silencio por detrás y había observado ansiosa mientras Harry intentaba aumentar y reducir la

araña—. Es todo cuestión de confianza, Harry.
Él supo porqué quería que estuviese bien: todavía se sentía culpable por romperle la varita. Se tragó la réplica que brotó a sus labios, que podía quedarse con la varita de endrino si pensaba que no había diferencia, y él en cambio cogería la suya. Sin embargo, deseando que todos volviesen a ser amigos, estuvo de acuerdo; pero cuando Ron miró a Hermione con una sonrisa indecisa, ella se marchó airada y desapareció una vez más detrás del libro.
Los tres volvieron a la tienda cuando llegó la oscuridad, y Harry se encargó de la primera guardia. Sentado en la entrada, intentó hacer que la varita de endrino levitase pequeñas rocas a sus pies; pero su magia todavía parecía más torpe y menos poderosa que la que había hecho antes. Hermione estaba tumbada en su litera leyendo, mientras que Ron, después de dirigirle muchas miradas nerviosas, había sacado una pequeña radio de madera de su mochila y estaba empezando a intentar sintonizarla.
—Hay un programa —le dijo a Harry en voz baja—, que cuenta las noticias como realmente son. Todos los demás están del lado de Quien-tú-sabes y están siguiendo la línea del Ministerio, pero este… espera a escucharlo, es genial. Salvo que no pueden hacerlo todas las noches, tienen que cambiar continuamente de localización por si les hacen redadas, y se necesita una contraseña para sintonizarla… El problema es que me perdí la última.
Tamborileó ligeramente con la varita en la parte de arriba de la radio, farfullando palabras aleatorias en voz baja. Le lanzó a Hermione muchas miradas disimuladas, claramente temiendo un arrebato de ira, pero por toda la atención que le prestó, bien podría

Ron no haber estado allí. Durante unos diez minutos Ron dio golpecitos y farfulló, Hermione pasó las hojas de su libro, y Harry continuó practicando con la varita de endrino.

Finalmente Hermione bajó de su litera. Ron paró de dar golpecitos al instante.

—¡Si te está molestando, paro! —le dijo a Hermione con nerviosismo.

Hermione no se dignó a responder, sino que se acercó a Harry.

—Tenemos que hablar —dijo.

Él miró al libro que todavía agarraba en la mano. Era La Vida y Mentiras de Albus Dumbledore.

—¿Qué? —dijo con aprensión. Pasó por su mente que ahí había un capítulo sobre él; no estaba seguro de cómo se sentiría al escuchar la versión de Rita de su relación con Dumbledore. Sin embargo, la respuesta de Hermione fue completamente inesperada.

—Quiero que vayamos a ver a Xenophilius Lovegood.

Él se la quedó mirando fijamente.

—¿Cómo dices?

—Xenophilius Lovegood, el padre de Luna. ¡Quiero ir y hablar con él!

—Eh… ¿por qué?

Ella respiró profundamente, como si se estuviera preparando, y dijo: —Es esa marca, la marca en Beedle el Bardo. ¡Mira esto!

Puso La Vida y Mentiras de Albus Dumbledore bajo los ojos poco dispuestos de Harry y éste vio una fotografía de la carta original que Dumbledore le había escrito a Grindelwald, con la conocida escritura fina e inclinada. Odiaba ver una prueba absoluta de que realmente Dumbledore había escrito esas palabras, que no habían sido invención de Rita.

—La firma —dijo Hermione—. ¡Mira la firma, Harry!
Él obedeció. Por un momento no supo de qué le estaba hablando, pero, examinándola más de cerca con la ayuda de su varita encendida, vio que Dumbledore había reemplazado la A de Albus con la pequeña versión de la misma marca triangular inscrita sobre Los Cuentos de Beedle el Bardo.
—¿Eh… qué estáis…? —dijo Ron con vacilación, pero Hermione lo aplastó con una mirada y se giró de vuelta hacia Harry.
—Continúa apareciendo, ¿verdad? —dijo ella—. Sé que Viktor dijo que era la marca de Grindelwald, pero definitivamente estaba en esa vieja tumba del valle de Godric, ¡y las fechas de la lápida eran de mucho antes de que apareciera Grindelwald! Bueno, no podemos preguntarle a Dumbledore o Grindelwald lo que significa la marca —ni siquiera sé si Grindelwald todavía está vivo—, pero le podemos preguntar al señor Lovegood. Llevaba puesto el símbolo en la boda. ¡Estoy segura de que esto es importante, Harry!
Harry no respondió inmediatamente. Miró su cara intensa y ansiosa, y después desvió la vista hacia fuera, hacia la oscuridad que los rodeaba, pensando. Tras una larga pausa, dijo: —Hermione, no necesitamos otro valle de Godric. Nos convencimos de ir allí…
—¡Pero continúa apareciendo, Harry! Dumbledore me dejó Los Cuentos de Beedle el Bardo, ¿cómo sabes que no se supone que tenemos que averiguar cosas sobre el signo?
—¡Aquí vamos otra vez! —Harry se sintió ligeramente exasperado—. Seguimos intentando convencernos de que Dumbledore nos dejó señales secretas y pistas…
—El Desiluminador resultó ser muy útil —dijo Ron elevando la voz—. Creo que Hermione tiene razón,

deberíamos ir y ver a Lovegood.
Harry le lanzó una mirada sombría. Estaba bastante seguro de que el apoyo de Ron hacia Hermione tenía poco que ver con el deseo de conocer el significado de la runa triangular.
—No será el valle de Godric —añadió Ron—. Lovegood está de nuestro lado, Harry. El Quisquilloso ha estado a tu favor todo este tiempo, ¡continúa diciendo a todo el mundo que tienen que ayudarte!
—¡Estoy segura de que esto es importante! —dijo Hermione con seriedad.
—¿Pero no creéis que si lo fuera, Dumbledore me lo habría dicho antes de morir?
—Tal vez… tal vez es algo que tienes que averiguar por ti mismo —dijo Hermione, como si se estuviera agarrando a un clavo ardiendo.
—Sí —dijo Ron, con actitud servil—, eso tiene sentido.
—No, no lo tiene —le espetó Hermione—, pero aún así creo que deberíamos hablar con el señor Lovegood. ¿Un símbolo que une a Dumbledore, Grindelwald y el valle de Godric? ¡Harry, estoy segura de que deberíamos saber sobre esto!
—Creo que deberíamos votar —dijo Ron—. Aquellos a favor de ir a ver a Lovegood…
Su mano se levantó disparada antes que la de Hermione. Los labios de ella temblaron sospechosamente mientras levantaba la suya.
—Sobrepasado en votos, Harry, lo siento —dijo Ron, golpeándolo en la espalda.
—Bien —dijo Harry, medio divertido, medio irritado—. Sólo que, una vez que hayamos visitado a Lovegood, intentaremos buscar más Horrocruxes, ¿vale? De todas formas, ¿dónde viven los Lovegood? ¿Alguno de vosotros lo sabe?

—Sí, no están muy lejos de mi casa —dijo Ron—. No sé exactamente donde, pero mamá y papá siempre señalan hacia las colinas cuando los mencionan. No debe ser muy difícil de encontrar.
Cuando Hermione había vuelto a su litera, Harry bajó la voz.
—Sólo estuviste de acuerdo para intentar volver a estar bien con ella.
—Todo vale en el amor y en la guerra —dijo Ron alegremente—, y es un poco de ambos. ¡Anímate, son las vacaciones de navidad, Luna estará en casa!
Tenían una excelente vista del pueblo de Ottery St. Catchpole desde la ladera ventosa hacia la que se desaparecieron la mañana siguiente. Desde su ventajosa posición elevada, el pueblo parecía una colección de casas de juguete dentro de los grandes rayos de luz inclinados que se extendían desde los espacios entre las nubes hasta la tierra.
Se quedaron parados un minuto o dos mirando a la Madriguera, protegiéndose los ojos del sol con las manos, pero todo lo que fueron capaces de distinguir fueron los altos setos y árboles del huerto, que proporcionaban a la pequeña casa torcida protección a ojos muggles.
—Es raro, estar tan cerca, pero no hacer una visita —dijo Ron.
—Bueno, no es como si no los acabases de ver. Estuviste aquí en Navidad —dijo Hermione fríamente.
—¡No estuve en la Madriguera! —dijo Ron con una risa incrédula—. ¿Crees que iba a volver allí y decirles que salí corriendo? Sí, Fred y George se lo habrían tomado genial. Y Ginny, habría sido realmente comprensiva.
—¿Pero dónde estuviste entonces? —preguntó Hermione sorprendida.

—En la nueva casa de Bill y Fleur. Shell Cottage. Bill siempre ha sido decente conmigo. No… no se quedó impresionado cuando escuchó lo que había hecho, pero no insistió en ello. Sabía que yo realmente lo sentía. Nadie del resto de la familia sabe que estuve allí. Bill le dijo a mamá que él y Fleur no iban a ir a casa por Navidad porque querían estar solos. Ya sabes, las primeras vacaciones después de casarse. No creo que a Fleur le importase. Ya sabes lo mucho que odia a Celestina Warbeck. —Ron le dio la espalda a la Madriguera.
—Probemos por aquí —dijo, liderando el recorrido sobre la cima de la colina.
Caminaron durante unas pocas horas, Harry oculto bajo la capa de Invisibilidad ante la insistencia de Hermione. El grupo de colinas bajas parecía estar deshabitado, salvo por una pequeña casa de campo, que parecía abandonada.
—¿Crees que es de ellos, y que se han marchado durante las Navidades? —dijo Hermione, mirando a través de la ventana a una pequeña cocina ordenada con geranios en el alféizar. Ron resopló.
—Escucha, presiento que serías capaz de saber quién vive ahí si mirases a través de la ventana de los Lovegood. Probemos el siguiente grupo de colinas.
Así que se desaparecieron unos pocos kilómetros más al norte.
—¡Ajá! —gritó Ron, mientras el viento les azotaba el cabello y las ropas. Ron estaba apuntando hacia arriba, hacia la cima de la colina en la que habían aparecido, donde una casa con aspecto de lo más extraño se erguía hacia el cielo, con un gran cilindro negro que tenía una luna fantasmagórica colgando por detrás bajo el cielo de la tarde—. Esa tiene que ser la casa de Luna, ¿quién

más viviría en un sitio como ese? ¡Parece un grajo gigante!
—No se parece en nada a un pájaro —dijo Hermione, frunciendo el ceño hacia la torre.
—Estaba hablando de una torre de ajedrez —dijo Ron—. Un castillo para ti.
Las piernas de Ron eran las más largas, por lo que llegó a la cima de la colina en primer lugar. Cuando Harry y Hermione lo alcanzaron, jadeando y con punzadas en los laterales del cuerpo, lo encontraron sonriendo ampliamente.
—Es la suya —dijo Ron—. Mirad.
Tres letreros pintados a mano habían sido clavados a una verja estropeada.
En el primero se leía:

EL QUISQUILLOSO. EDITOR: X. LOVEGOOD

En el segundo:

ESCOGE TU PROPIO MUÉRDAGO

En el tercero:

NO TOCAR LAS CIRUELAS DIRIGIBLES

La verja chirrió cuando la abrieron. El camino zigzagueante que llevaba hasta la puerta principal

estaba cubierto de una variedad de plantas extrañas, incluyendo un arbusto cubierto de frutas naranjas parecidas a un rábano que a veces Luna llevaba de pendientes. Harry creyó reconocer un Snargaluff y se mantuvo lejos de la marchitada cepa. Dos ancianos manzanos silvestres, doblados por el viento, vacíos de hojas pero todavía llenos de frutas rojas del tamaño de bayas y coronas de arbustos de muérdago con gotitas blancas, estaban colocados como centinelas a cada lado de la puerta. Una pequeña lechuza con la cabeza ligeramente aplastada y parecida a un halcón, los miraba desde una de las ramas.

—Es mejor que te quites la capa de Invisibilidad, Harry —dijo Hermione—. Es a ti a quien quiere ayudar el señor Lovegood, no a nosotros.

Él siguió la sugerencia, pasándole la capa para que la guardase en el bolso con cuentas. Entonces ella llamó tres veces a la gruesa puerta negra, que estaba incrustada de clavos de hierro y tenía un llamador con forma de águila.

Apenas habían pasado diez segundos cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Xenophilius Lovegood, descalzo y llevando lo que parecía ser un camisón manchado. Su largo pelo como de algodón dulce estaba sucio y desarreglado. En comparación, en la boda de Bill y Fleur Xenophilius había estado absolutamente elegante.

—¿Qué? ¿Qué es esto? ¿Quienes sois? ¿Qué queréis? —chilló con voz chillona y quejumbrosa, mirando primero a Hermione, luego a Ron, y finalmente a Harry. Al mirarlo su boca se abrió en una perfecta y cómica O.

—Hola, señor Lovegood —dijo Harry extendiendo su mano—. Soy Harry, Harry Potter.

Xenophilius no le estrechó la mano a Harry, aunque el

ojo que no estaba apuntando hacia su nariz se deslizó directamente a la cicatriz en la frente de Harry.
—¿Estaría bien que pasásemos? —preguntó Harry—. Hay algo que nos gustaría preguntarle.
—No… no estoy seguro de que sea aconsejable —susurró Xenophilius. Tragó y echó un vistazo rápido alrededor del jardín—. Es bastante sorprendente… caramba… yo… me temo que pienso que realmente no debería…
—No llevará mucho —dijo Harry, ligeramente decepcionado por esta bienvenida poco cálida.
—Yo… oh, está bien entonces. Pasad, rápido. ¡Rápido!
Apenas habían cruzado el umbral cuando Xenophilius cerró con fuerza la puerta tras ellos. Se encontraban en una de las cocinas más peculiares que Harry había visto. La habitación era perfectamente circular, por lo que parecía que estaban en un pimentero gigante. Todo estaba curvado para encajar en las paredes —el hornillo, el fregadero, y los armarios— y todos habían sido pintados con flores, insectos y pájaros de brillantes colores primarios. Harry creyó reconocer el estilo de Luna: el efecto, en un espacio tan cerrado, era ligeramente abrumador. En medio del suelo, una escalera de hierro en espiral llevaba a los pisos superiores. De la parte de arriba llegaba un montón de estrépito y estruendo: Harry se preguntó lo que podría estar haciendo Luna.
—Es mejor que subáis —dijo Xenophilius, todavía con aspecto extremadamente incómodo, y encabezó la marcha.
La habitación de arriba parecía ser una mezcla de salón y lugar de trabajo, y siendo eso, estaba todavía más atestada que la cocina. Aunque mucho más pequeña y completamente redonda, de alguna manera la habitación recordaba a la Sala de los Menesteres en la

inolvidable ocasión en que se había transformado en un laberinto gigante que contenía objetos escondidos durante siglos. Había pilas sobre pilas de libros y papeles en cada superficie. Delicadas maquetas hechas a mano de criaturas que Harry no reconoció, todas batiendo las alas o cerrando las mandíbulas, colgaban del techo.

Luna no estaba allí: la cosa que estaba armando tanto jaleo era un objeto de madera cubierto de ruedas dentadas que giraban mágicamente. Parecía la extraña prole de un banco de trabajo y una vieja estantería, pero tras un momento, Harry dedujo que era una prensa antigua, por el hecho de que estaba produciendo en masa revistas El Quisquilloso.

—Perdonadme —dijo Xenophilius, y se acercó hasta la máquina, agarró un mantel sucio de debajo de la inmensa cantidad de libros y papeles, que se cayeron al suelo, y lo lanzó sobre la prensa, amortiguando de alguna manera los ruidosos estallidos y estrépitos. Entonces miró a Harry.

—¿Por qué habéis venido aquí?

Sin embargo, antes de que Harry pudiera hablar, Hermione dejó escapar un pequeño grito de conmoción.

—Señor Lovegood… ¿qué es eso?

Estaba señalando a un cuerno gris enorme en espiral, no muy distinto al de un unicornio, que estaba colocado en la pared, sobresaliendo algunos metros en la habitación.

—Es el cuerno de un snorkack de cuerno arrugado —dijo Xenophilius.

—¡No, no lo es! —dijo Hermione.

—Hermione —murmuró Harry, avergonzado—, ahora no es el momento…

—Pero Harry, ¡es un cuerno de erumpent! ¡Es un

Material Comerciable de Clase B y es algo extremadamente peligroso para tener en una casa!

—¿Cómo sabes que es un cuerno de erumpent? —preguntó Ron, alejándose del cuerno lo más rápido que pudo, teniendo en cuenta el extremo desorden de la habitación.

—¡Hay una descripción en Animales fantásticos y dónde encontrarlos! Señor Lovegood, tiene que deshacerse de eso en seguida, ¿no sabe que puede explotar ante el menor contacto?

—El snorkack de cuerno arrugado —dijo Xenophilius muy claramente, con expresión testaruda—, es una criatura asustadiza y muy mágica, y su cuerno…

—Señor Lovegood, reconozco las marcas de ranuras alrededor de la base. Es un cuerno de erumpent y es increíblemente peligroso… no sé donde lo consiguió…

—Se lo compré —dijo Xenophilius de forma dogmática—, hace dos semanas, a un encantador joven mago que conocía mi interés en el exquisito snorkack. Una sorpresa navideña para mi Luna. Ahora —dijo, girando hacia Harry—, ¿exactamente por qué ha venido aquí, señor Potter?

—Necesitamos algo de ayuda —dijo Harry, antes de que Hermione pudiera volver a empezar.

—Ah —dijo Xenophilius—. Ayuda. Hmm.

Su ojo bueno se movió de nuevo a la cicatriz de Harry. Pareció simultáneamente aterrorizado y fascinado.

—Sí. La cosa es… ayudar a Harry Potter… bastante peligroso…

—¿No es usted el que le continúa diciendo a todo el mundo que su primer deber es ayudar a Harry? —dijo Ron—. ¿En esa revista suya?

Xenophilius lanzó una mirada a la oculta prensa, todavía haciendo estallidos y estrépitos bajo el mantel.

—Eh… sí, he expresado esa idea. Sin embargo…
—¿Eso es para que todos los demás lo hagan, pero no usted en persona? —dijo Ron.
Xenophilius no respondió. Continuó tragando, con los ojos revoloteando entre los tres. Harry tuvo la impresión de que estaba experimentando una dolorosa lucha interna.
—¿Dónde está Luna? —preguntó Hermione—. Veamos lo que piensa.
Xenophilius tragó de golpe. Pareció estar armándose de valor. Finalmente dijo en una temblorosa voz difícil de oír por el ruido de la prensa: —Luna está abajo en el arroyo, pescando Plimpies de agua dulce. A ella… le gustará veros. Bajaré a llamarla y entonces… sí, muy bien. Intentaré ayudaros.
Desapareció por la escalera en espiral y escucharon la puerta principal abrirse y cerrarse. Se miraron unos a otros.
—Vieja verruga cobarde —dijo Ron—. Luna tiene diez veces más agallas.
—Probablemente está preocupado por lo que pueda pasar si los mortífagos se enteran de que estuve aquí —dijo Harry.
—Bueno, yo estoy de acuerdo con Ron —dijo Hermione—. Horrible viejo hipócrita, diciéndole a todo el mundo que te ayude y ahora intentando escabullirse. Y por el amor de Dios, manteneros alejados de ese cuerno.
Harry cruzó hasta la ventana del otro lado de la habitación. Pudo ver un arroyo, un lazo delgado y reluciente tumbado muy por debajo de ellos en la base de la colina. Estaban a bastante altura; un pájaro pasó revoloteando por la ventana mientras miraba en dirección a la Madriguera, ahora visible más allá de otra línea de colinas. Ginny estaba allí, en alguna parte. Hoy

estaban más cerca el uno del otro de lo que habían estado desde la boda de Bill y Fleur, pero Ginny no podía saber que ahora estaba mirando hacia ella, pensando en ella. Suponía que debería alegrarse por eso; cualquiera que entrase en contacto con ellos estaba en peligro. La actitud de Xenophilius lo probaba.

Se apartó de la ventana y su mirada se deslizó sobre otro objeto peculiar situado en un aparador curvado y desordenado: un busto de piedra de una bruja hermosa pero de mirada adusta, que llevaba un tocado en la cabeza de lo más extraño. Dos objetos que parecían trompetillas doradas se curvaban en los extremos. Un pequeño par de relucientes alas azules estaban pegadas a una cinta de cuero que recorría la parte superior de la cabeza, mientras una especie de rábano anaranjado estaba pegado a una segunda cinta alrededor de la frente.

—Mirad esto —dijo Harry.

—Encantador —dijo Ron—. Estoy sorprendido de que no lo llevase a la boda.

Oyeron cerrarse la puerta delantera, y un momento después, Xenophilius subió por la escalera en espiral y entró en la habitación, con sus delgadas piernas ahora en botas de goma, llevando una bandeja con tazas de distintos juegos y una tetera humeante.

—Ah, habéis visto mi invento preferido —dijo, poniendo la bandeja en brazos de Hermione y uniéndose a Harry al lado de la estatua—. Basado, de manera bastante adecuada, en la cabeza de la hermosa Rowena Ravenclaw. ¡«Una inteligencia sin límites es el mayor tesoro de los hombres»!

Indicó varios objetos, como las trompetillas.

—Estos son sifones de torposoplo… para eliminar todas las fuentes de distracción del área inmediata del

pensador. Allí —señaló a las pequeñas alas—, una hélice de billywig, para provocar un sublime estado de ánimo. Finalmente —apuntó al rábano anaranjado—, la ciruela dirigible, para realzar la habilidad de aceptar lo extraordinario.

Xenophilius se dirigió de vuelta a la bandeja con el té, que Hermione había conseguido equilibrar de forma precaria sobre una de las mesas laterales atestada.

—¿Puedo ofreceros una infusión de gurdirraíz? —dijo Xenophilius—. La fabricamos nosotros. —Cuando empezó a verter la bebida, que era tan morada como el zumo de remolacha, añadió—: Luna está más allá del Puente Inferior, está de lo más entusiasmada por que estéis aquí. No debería tardar demasiado, ha cogido casi todos los Plimpies necesarios para hacer sopa para todos. Sentaros y serviros azúcar.

—Ahora —apartó una pila de papeles en forma de torre de un sillón y se sentó, con las piernas con botas de goma cruzadas—, ¿cómo puedo ayudarte, señor Potter?

—Bueno —dijo Harry, mirando a Hermione, que asintió con ánimo—, es sobre el símbolo que llevaba alrededor del cuello en la boda de Bill y Fleur, señor Lovegood. Nos preguntábamos lo que significaba.

Xenophilius elevó las cejas.

—¿Te estás refiriendo al signo de las Reliquias de la Muerte?

Capítulo Veintiuno



El Cuento de los Tres hermanos

Harry se volvió para mirar a Ron y a Hermione. Ninguno de ellos parecía haber entendido tampoco lo que había dicho Xenophilius

-¿Las Reliquias de la Muerte?

-Eso es -dijo Xenophilius-. ¿No habéis oido hablar de ellas? No me sorprende. Muy, muy pocos magos creen en ellas. Como esos jóvenes cabezaduras en la boda de su hermano -se inclinó hacia Ron- !me atacaron por ostentar el símbolo del bien conocido Mago Oscuro! Que ignorancia. Al menos no hay nada Oscuro en las Reliquias, no en esencia. Uno simplemente utiliza el símbolo para mostrarse a sí mismo ante los otros creyentes, con la esperanza de que puedan ayudarle en la Búsqueda.

Dejó caer varios terrones de azúcar en la infusión gurdirraíz y bebió un poco.

-Lo siento. –dijo Harry-. De verdad, todavía no lo entiendo.
Por ser educado, también tomó un sorbo de su taza, y casi se ahoga: la cosa estaba bastante asquerosa, como si alguien hubiera licuado Grageas de Sabores de sabor a moco.
-Bueno, verás los creyentes buscan Las Reliquias de la Muerte –dijo Xenophilius lamiéndose los labios con evidente aprecio a la infusión de Gurdyroot.
-¿Pero que són Las Reliquias de la Muerte? –preguntó Hermione.
Xenophilius dejó a un lado la vacía taza de té.
-¿Doy por supuesto que todos ustedes están familiarizados con "El Cuento de los Tres Hermanos"?
Harry dijo. "No", pero Ron y Hermione dijeron "Sí".
Xenophilius asintió con seriedad.
-Bueno, Bueno. Sr. Potter, todo esto empieza con "El Cuento de los Tres Hermanos"… Tengo una copia en alguna parte…
Miró vagamente por la habitación, hacia los montones de pergaminos y libros, pero Hermione dijo,
-Yo tengo una copia, Señor Lovegood, la tengo aquí mismo.
Y sacó Los Cuentos de Beedle el Bardo del pequeño bolso de cuentas.
-¿El original? –preguntó Xenophilius con agudeza, y cuando ella asintió, dijo-. En fin, ¿por qué no lo lee en voz alta? Es la mejor forma de asegurar que todos lo entendemos.
-Eh… de acuerdo -dijo nerviosamente Hermione. Abrió el libro, y Harry vió que el símbolo que estaban investigando encabezaba la página, mientras ella se aclaraba la garganta y empezaba a leer.

-Había una vez tres hermanos que viajaban al atardecer por un camino solitario y sinuoso.

-A medianoche, mamá siempre nos lo contaba así -dijo Ron, que había extendido los brazos detrás de la cabeza para escuchar.
Hermione le lanzó una mirada de enfado.
-¡Lo siento, creo que es más espeluznante si es medianoche! –dijo Ron.
-Sí, porque necesitamos realmente un poco más de terror en nuestras vidas -dijo Harry antes de poder contenerse.
Xenophilius no parecía prestar mucha atención, sino que miraba fijamente el cielo a través de la ventana.
-Continúa, Hermione.

-Con el tiempo, los hermanos alcanzaron un río demasiado profundo para vadearlo y demasiado peligroso para cruzarlo a nado. Sin embargo, estos hermanos habían aprendido las artes mágicas, y con el sencillo ondear de sus varitas hicieron aparecer un puente sobre el agua traicionera. Iban ya por la mitad del puente cuando encontraron el paso bloqueado por una figura encapuchada. Y la Muerte les habló…

-Perdón -interrumpió Harry-, pero ¿La Muerte les habló?
-¡Es un cuento de hadas Harry!
-De acuerdo, lo siento, sigue.

-Y la muerte les habló. Estaba enojada por que le hubieran sido escatimadas tres nuevas víctimas, ya que los viajeros normalmente se ahogaban en el río. Pero La Muerte era astuta. Fingió felicitar a los tres hermanos por su magia, y dijo que cada uno de ellos había ganado un premio por haber sido lo suficientemente listos como para engañarla.
-Así el hermano mayor, que era un hombre combativo, pidió la varita más poderosa que existiera, una varita que ganara siempre en los duelos para su dueño, ¡una varita digna de un mago que había vencido a la Muerte! Así que La Muerte cruzó hasta un viejo árbol de Sauco en la ribera del río, dando forma a una varita de una rama que colgaba, y se la entregó al hermano mayor.
-Entonces el segundo hermano, que era un hombre arrogante, decidió que quería humillar a La Muerte todavía más, y pidió el poder de resucitar a los muertos. Así que la Muerte recogió una piedra de la orilla del río y se la dio al segundo hermano, y le dijo que la piedra tenía el poder de traer de vuelta a los muertos.
-Entonces la Muerte preguntó al tercer y más joven de los hermanos lo que quería. El hermano más joven era el más humilde y también el más sabio de los hermanos, y no confiaba en La Muerte. Así que pidió algo que le permitiera marcharse de aquel lugar sin que la Muerte pudiera seguirle. Y la Muerte, de mala gana, le entregó su propia Capa de Invisibilidad.

-¿La Muerte tenía una Capa de Invisibilidad? – Interrumpió Harry de nuevo.
-Así puede acercarse sigilosamente a las personas, -dijo Ron-. A veces se aburre de correr tras ellos, agitando

los brazos y chillando… lo siento Hermione.

-La Muerte se apartó y permitió a los tres hermanos continuar su camino, y así lo hicieron, charlando asombrados sobre la aventura que habían vivido, y admirando los regalos de La Muerte.
En su debido momento los hermanos se separaron, cada uno hacia su propio destino
El primer hermano viajó durante una semana más, y alcanzó un pueblo lejano, acompañando a un camarada mago con el que tuvo una riña. Naturalmente con la Varita de Saúco como arma, no podía perder en el duelo que seguiría. Dejando al enemigo en el suelo el hermano mayor avanzó hacia la posada, donde alardeó en voz alta de la poderosa varita que le había arrebatado a la Muerte, y de como ésta lo hacía invencible.
Esa misma noche, otro mago se acercó sigilosamente al hermano mayor que yacía, empapado en vino, sobre la cama. El ladrón tomó la varita y para más seguridad, le cortó la garganta al hermano mayor.
Y así la Muerte tomó al primer hermano para sí.
Entretanto, el segundo hermano viajaba hacia su casa, donde vivía solo. Allí sacó la piedra que tenía el poder de resucitar a los muertos, y la volteó tres veces en su mano. Para su asombro y su deleite, la figura de la chica con la que una vez había esperado casarse, antes de su muerte prematura, apareció ante él.
Pero ella estaba triste y fría, separada de él por un velo. Sin embargo había vuelto al mundo, pero ese no era su sitio y sufría. Finalmente el segundo hermano, impulsado por un loco anhelo desesperado, se mató para reunirse finalmente con ella.

-Así fue como La Muerte tomó al segundo hermano para sí.
Sin embargo La Muerte buscó al tercer hermano durante muchos años, y nunca pudo encontrarlo. Fue sólo cuando tenía ya una edad avanzada que el hermano más joven finalmente se quitó la Capa de Invisibilidad y se la dio a su hijo. Y entonces saludó a la Muerte como a una vieja amiga y fue con ella gustosamente, e igualmente, pasó a mejor vida.

Hermione cerró el libro. Pasó un momento o dos antes que Xenophilus pareciera darse cuenta que había dejado de leer, luego apartó la vista de la ventana y dijo:
-Bien ahí las teneis.
-¿Perdón? –dijo Hermione, que parecía confundida.
-Esas son las Reliquias de la Muerte -dijo Xenophilus. Agarró una pluma de la atestada mesa a su vera, y sacó un pedazo roto de pergamino de en medio de otros libros.
-La Varita de Saúco -dijo dibujando una línea vertical sobre el pergamino-. La Piedra de Resurrección, -dijo añadiendo un círculo encima de la línea-. La Capa de Invisibilidad, -terminó incluyendo la línea y el círculo dentro de un triángulo, para dibujar el símbolo que tanto intrigaba a Hermione-. Unidas -dijo- Las Reliquias de la Muerte.
-Pero no se mencionan las palabras "Reliquias de la Muerte" en la historia -dijo Hermione.
-Bueno, claro que no -dijo Xenophilius, exasperantemente pagado de sí mismo-. Eso es un cuento de niños, para divertir a la vez que instruir. Aquellos de nosotros que entendemos de estas

materias, sin embargo, reconocemos que esa antigua historia hace referencia a los tres objetos, o Reliquias, las cuales, reunidas, convierten a su dueño en el amo de la Muerte.
Hubo un corto silencio en el cual Xenophilius miró por la ventana.
El sol ya estaba bajo en el cielo.
-Luna debería tener pronto bastantes Plimpies -dijo quedamente.
-Cuando usted dice "amo de la Muerte"... -dijo Ron.
-Amo, -dijo Xenophilius, agitando una mano en el aire-. Conquistador, Vencedor. El término que prefiera.
-Pero entonces... quiere decir... -dijo lentamente Hermione, y Harry podía ver que estaba intentando eliminar de su voz cualquier rastro de escepticismo-, que usted cree que esos objetos (esas Reliquias) ¿realmente existen?
Xenophilius alzó las cejas otra vez.
–Por supuesto.
-Pero -dijo Hermione, y Harry podía oír como su contención empezaba a agrietarse-, Sr. Lovegood, ¿cómo puede usted creer...?
-Luna me ha hablado sobre ti, jovencita, -dijo Xenophilius-. No es usted, deduzco, poco inteligente, pero está dolorosamente limitada. Estrecha de miras. De mente cerrada.
-Quizas deberías probarte el sombrero, Hermione -dijo Ron, inclinándose hacia el absurdo tocado. Su voz temblaba por la tensión de evitar reírse.
-Señor Lovegood -empezó otra vez Hermione-, Sabemos que existen cosas como las Capas de Invisibilidad. Son raras, pero existen. Pero...
-¡Ah, pero la Tercera Reliquia es una verdadera Capa de Invisibilidad, Señorita. Granger! Quiero decir que,

no es una capa de viaje imbuida con un Encantamiento de Desilusión, o portadora de un Hechizo de Bedazzling, o algún tejido del pelo de Demiguise, el cual le esconde a uno al principio pero se marchita con los años hasta que se vuelve opaco. Estamos hablando de una capa que realmente vuelve al que la lleva completamente invisible, y dura eternamente, proporcionando constante e impenetrable ocultamiento, sin importar que hechizos le lancen. ¿Cuántas capas como esa ha visto, Señorita Granger?
Hermione abrió la boca, luego la cerró otra vez, parecía más confundida que nunca. Ella, Harry y Ron se miraron entre ellos, y Harry sabía que todos estaban pensando lo mismo. Sucedía que una capa exactamente como la que Xenophilius había descrito había estado en la habitación con ellos en todo momento.
-Exactamente -dijo Xenophilius, como si los hubiera derrotado con su razonada argumentación.
-Ninguno de ustedes ha visto nunca tal cosa. El poseedor sería inconmensurablemente rico, ¿no? -Miró a través de la ventana de nuevo. El cielo estaba ahora teñido de un leve vestigio de rosado.
-De acuerdo -dijo Hermione, desconcertada-. Digamos que la Capa existe... ¿que hay de la piedra, Señor Lovegood? ¿Eso que usted llama la Piedra de Resurrección?
-¿Qué hay de eso?
-Bien, ¿cómo puede ser eso real?
-Pruebe que no lo es -dijo Xenophilius.
Hermione parecía indignada.
-Pero eso es... lo siento, ¡pero es completamente ridículo! ¿Cómo puedo probar que no existe? ¿Espera de mí que recoja... todos los guijarros del mundo y los pruebe? Es decir, ¡puede afirmar que todo eso existe

con la única base para creer en ello el que nadie puede probar que no existen!
-Sí, puedo -dijo Xenophilius-. Me alegra ver que ha abierto un poco su mente.
-Y la Varita de Saúco, -dijo Harry rápidamente, antes de que Hermione pudiera replicar-, ¿piensa usted que también existe?
-Oh, bien, en ese caso hay interminables pruebas -dijo Xenophilius-. La Varita de Saúco es la Reliquia a la que resulta más fácil seguirle la pista, por la forma en que cambia de mano.
-¿Qué es? –preguntó Harry.
-Que consiste en que el poseedor de la varita debe quitársela a su propietario anterior, si es verdaderamente el amo de la misma -dijo Xenophilius-. ¿Seguramente has oído hablar de como la varita llegó a Egbert el Ilustre, tras matar salvajemente a Emeric el Malvado? ¿De cómo Godelot murió en su propio sótano después de que su hijo, Hereward, le robara la varita? ¿Del horrible Loxias, que robó la varita a Baraabas Deverill, al cual había asesinado? La sangrienta huella de la Varita de Saúco está salpicada a través de las páginas de la historia de la Brujería.
Harry echó un vistazo a Hermione. Que miraba con el ceño fruncido a Xenophilius pero no le contradecía.
-¿Y dónde cree que está ahora la Varita de Saúco? –preguntó Ron.
-Desgraciadamente, ¿Quién lo sabe? –contestó Xenophilius, mientras echaba un vistazo por la ventana-. ¿Quién sabe dónde yace escondida la Varita de Saúco? La huella se enfría con Arcus y Livius. ¿Quién puede decir cual de ellos realmente derrotó a Loxias, y quién tomó la varita? ¿Y quien puede decir quien los derrotó a ellos? La historia, desgraciadamente, no nos lo cuenta.

Hubo una pausa. Finalmente Hermione preguntó tensa,
-Señor Lovegood, ¿tiene algo que ver la familia Peverell con las Reliquias de la Muerte?
Xenophilius pareció desconcertado y algo se agitó en la memoria de Harry, pero no lo podía localizar. Peverell… había oído antes ese nombre…
-¡Pero usted me ha estado induciendo a error, jovencita! –dijo Xenophilius, sentándose ahora mucho más derecho en la silla y mirando con ojos saltones a Hermione-. ¡Pensaba que eras nueva en la Búsqueda de las Reliquias! ¡Muchos de los Buscadores creemos que los Peverells tienen mucho… mucho... que ver con las Reliquias!
-¿Quiénes son los Peverells? –preguntó Ron.
-Ese era el nombre grabado en la tumba que tenía la marca, en el Valle de Godric, -dijo Hermione, sin apartar la vista de Xenophilius-. Ingnotus Peverell.
-¡Exactamente! –dijo Xenophilius, con el dedo índice alzado con pedantería-.¡El signo de las Reliquias de la Muerte en la tumba de Ignotus es una prueba definitiva!
-¿De qué? –preguntó Ron.
-¡De qué, esos tres hermanos de la historia fueran de hecho los tres hermanos Peverell, Antioch, Cadmus e Ignotus! ¡Qué ellos fueron los primeros propietarios de Las Reliquias!
Echando otra mirada hacia la ventana se levantó, y recogió la bandeja, encaminándose hacia la escalera de caracol.
-¿Os quedaréis a cenar? –les gritó, mientras desaparecía escaleras abajo de nuevo-.Todo el mundo nos pide la receta de la sopa Freshwater Plimply.
-Seguramente para mostrarla en el Departamento de Venenos de St. Mungo -dijo Ron en voz baja.
Harry esperó hasta que pudieron oír a Xenophilius

moverse en la cocina escaleras abajo antes de hablar.
-¿Tú qué piensas? –le preguntó a Hermione.
-Oh, Harry, -dijo ella con cansancio-, es un absoluto montón de basura. Esto no puede ser lo que realmente significa el signo. Debe ser su extraña manera de asumirlo. Qué perdida de tiempo.
-Supongo, este es el hombre que nos trajo los Snorkacks de Cuerno Retorcido -dijo Ron.
-¿No creíste tampoco en eso? –le preguntó Harry.
-No, esa historia es de esas cosas que cuentas a los niños como moralejas, ¿no? ¡No busques problemas, no busques peleas, no hagas el tonto con esas cosas es mejor dejarlo en paz! Sólo mantén la cabeza gacha, ocúpate de tus asuntos y todo irá bien. Piensa en ello -añadió Ron-, quizás es por esas historias por lo que se cree que las varitas de saúcos supuestamente traen mala suerte.
-¿De qué estas hablando?
-Una de esas supersticiones, ¿verdad? "Las brujas nacidas en mayo se casarán con muggles" "Maldición en el crepúsculo, deshecha a medianoche" "La varita de sauco, nunca prospera" Tienes que haberlas oído. Mi madre tiene un montón.
-Harry y yo hemos crecido entre muggles, -le recordó Hermione-. Nos enseñaron otras supersticiones. –Suspiró profundamente cuando un olor más bien acre ascendió desde la cocina. La única cosa buena de su exasperación con Xenophilius era que parecía haber olvidado que estaba enfadada con Ron-. Creo que estás en lo cierto, -le dijo–. Sólo es una moraleja, es obvio qué regalo es el mejor, el que uno escogería…
Los tres hablaron al mismo tiempo: Hermione dijo,
-la Capa,
Ron dijo,

-La Varita,
Y Harry,
-La Piedra.
Se miraron, medio sorprendidos, medio divertidos.
-Se suponía que dirías la Capa, -le dijo Ron a Hermione-, pero no necesitas ser invisible si tienes la varita. Una varita invencible, Hermione, ¡vamos!
-Ya tenemos una Capa de Invisibilidad, -dijo Harry.
-¡Y nos ha ayudado bastante, por si no os habías dado cuenta! –respondió Hermione-. Mientras que la varita atraería problemas…
-Solo si lo das a conocer, -argumentó Ron-. Sólo si fueras lo bastante idiota como para ir a bailando y cantando, agitándola sobre tu cabeza, "tengo una varita invencible, inténtalo si crees que eres lo bastante fuerte". Mientras mantengas la boca cerrada…
-Si, ¿pero podrás mantener tú la boca cerrada? –dijo Hermione, con escepticismo-. ¿Sabes que la única cosa auténtica que nos ha dicho es que ha habido tres historias sobre varitas súper poderosas en centenares de años.
-¿Las hay? –preguntó Harry.
Hermione parecía exasperada. La expresión era tan encantadoramente familiar que Harry y Ron se sonrieron mutuamente.
-La Rama de la Muerte, la Varita del Destino, surgen bajo nombres diferentes a lo largo de los siglos, normalmente en posesión de algún Mago Oscuro que alardea de ellas. El profesor Binns mencionó alguna cosa, pero… oh, todo esto es una tontería. Las varitas sólo tienen tanto poder como los magos que las utilizan. A algunos magos simplemente les gusta alardear de que las suyas son más grandes y mejores que las de los demás.

-¿Pero cómo sabes, -dijo Harry- que esas varitas... la Rama de la Muerte y la Varita del Destino... no son la misma varita, saliendo a la superficie a lo largo de los siglos bajo diferentes nombres?
-¿Qué pasa si realmente todas ellas son la Varita de Saúco, fabricada por la Muerte? –dijo Ron.
Harry rió. La extraña idea que se le había ocurrido era después de todo, ridícula. Su varita, se recordó, estaba hecha de acebo, no de saúco, y había sido fabricada por Ollivander, hiciera lo que hiciera esa noche en que Voldemort le había perseguido a través de los cielos; y si hubiera sido invencible, ¿cómo podría haberse roto?
-¿Entonces por qué escogerías la piedra? –le preguntó Ron.
-Bueno, si pudiera traer a la gente de regreso, podríamos tener a nuestro lado Sirius... Ojoloco... Dumbledore... a mis padres...
Ni Ron ni Hermione sonrieron.
-Pero según Beedle el Bardo, ellos no querían volver, ¿no? –dijo Harry, pensando en el cuento que acababan de escuchar-. No creo que haya muchas otras historias sobre piedras que puedan resucitar a los muertos, ¿las hay? –preguntó a Hermione.
-No -replicó ella tristemente-. No creo que nadie excepto el Señor Lovegood pudiera engañarse a sí mismo creyendo que es posible. Probablemente Beedle tomó la idea de La Piedra del Hechicero; ya sabes, en vez de una piedra que te hiciera inmortal, una piedra que invirtiera la muerte.
El olor de la cocina se hacía más fuerte. Algo así como a calzoncillos quemados. Harry se preguntó si le sería posible comer algo de lo que Xenophilius estaba cocinando para no herir sus sentimientos.
-¿Sin embargo, qué hay de la Capa? –dijo Ron

lentamente-. ¿No te das cuenta, él está en lo cierto? He utilizado la Capa de Harry y no sé como funciona, nunca me detuve a pensarlo. Y nunca he oído hablar de ninguna como la de Harry. Es infalible. Nunca hemos sido divisados bajo ella…
-¡Por supuesto que no… somos invisibles cuando estamos bajo ella, Ron!
-Pero todas esas cosas que él dijo sobre las otras capas, y no eran precisamente de diez Knuts, sabes, ¡es cierto! Nunca se me había ocurrido antes pero he oído bastante respecto a encantamientos sobre capas que cuando envejecían, o eran desgarradas por hechizos tenían agujeros, la de Harry pertenecía a su padre, por lo tanto no es precisamente nueva, ¡pero se conserva… perfectamente!
-Bien, de acuerdo, pero Ron, la piedra…
Mientras ellos discutían entre susurros, Harry se paseaba por la habitación, escuchando a medias. Alcanzó la escalera de caracol, alzó distraídamente los ojos hacia el siguiente piso y se distrajo un vez más. Su propia cara lo miraba desde el techo de la habitación. Tras unos momentos de desconcierto, se dio cuenta de que no era un espejo, si no una pintura. Curioso, empezó a subir las escaleras.
-Harry, ¿qué estás haciendo? ¡No creo que debas mirar por aquí cuando él no está!
Pero Harry ya había alcanzado el siguiente nivel. Luna había decorado el techo de la habitación con cinco preciosas caras pintadas: Harry, Ron, Hermione, Ginny y Neville. No se movían como en las fotos de Hogwarts, pero había una cierta magia en ellos. Harry creyó que respiraban. Lo que parecía ser una fina cadena dorada se tejía alrededor de las pinturas uniéndolas, pero tras examinarlas durante un minuto o más, Harry se percató

que la cadena era una palabra repetida miles de veces en tinta dorada : amigos… amigos… amigos…
Harry sintió una gran corriente de afecto hacia Luna. Estudió la habitación. Había una gran fotografía junto a la cama, de una joven Luna y una mujer a la que se parecía mucho. Se abrazaban. Luna parecía bastante mejor vestida en esa foto de lo que Harry la había visto en su vida. La foto estaba cubierta de polvo. Eso le pareció a Harry un poco raro. Miró alrededor. Algo iba mal. La pálida alfombra azul estaba también cubierta de polvo. No había ropa en el armario, las puertas estaban entreabiertas. La cama tenía una apariencia fría y antipática, como si no se hubiera dormido en ella durante semanas. Una solitaria telaraña se extendía a través de la ventana cruzando el cielo rojo sangre.
-¿Qué ocurre? –preguntó Hermione mientras Harry descendía las escaleras, pero antes de que pudiera responderle, Xenophilius alcanzó los escalones superiores llegando desde la cocina, ahora trayendo una bandeja cargada con tazones.
-Señor Lovegood, -dijo Harry-. ¿Dónde está Luna?
-¿Perdón?
-¿Dónde está Luna?
Xenophilius se detuvo en el último escalón.
-Ya… se os lo he dicho. Está abajo en el Puente Botions pescando Plimpies.
-¿Entonces por qué ha preparado esa bandeja sólo para cuatro?
Xenophilius intentó hablar, pero no le salió ningún sonido. El único ruido que se oía era el traqueteo continuado de la imprenta, y un leve repiqueteo en la bandeja cuando las manos de Xenophilius temblaron.
-No creo que Luna haya estado aquí desde hace semanas. –dijo Harry-. Su ropa no está, no ha pasado la

noche en su cama. ¿Dónde está? ¿Y por qué mira continuamente hacia la ventana?
Xenophilius dejó caer la bandeja. Los tazones rebotaron y se hicieron pedazos. Harry, Ron y Hermione sacaron sus varitas. Xenophilius se quedó congelado a punto de meter la mano en el bolsillo. En ese momento la imprenta hizo un enorme ruido y numerosos Quibblers salieron en tropel a través del suelo desde debajo del mantel, al menos la imprenta se quedó en silencio. Hermione se detuvo y recogió una de las revistas, todavía con la varita apuntando al Señor Lovegood.
-Harry, mira esto.
Se acercó a ella tan rápido como pudo a través de todo el desorden.
La portada de El Quisquilloso llevaba su foto, adornada con las palabras "Indeseable Numero Uno" y con la recompensa al pie de foto.
-¿Entonces, El Quisquilloso opta por un nuevo punto de vista? –preguntó Harry fríamente, con la mente trabajando a toda máquina-. ¿Qué hizo usted cuando fue al jardín, Señor Lovegood? ¿Enviar una lechuza al Ministerio?
Xenophilius se lamió los labios.
–Me quitaron a Luna -susurró-, A causa de lo que estaba escribiendo. Me quitaron a Luna y no se donde está, qué le han hecho. Pero me la devolverán si yo… si yo…
-¿Entrega a Harry? –terminó Hermione por él.
-No hay trato. –Dijo Ron rotundamente-. Apártese de nuestro camino, nos vamos.
Xenophilius estaba pálido como la cera, como si tuviera cien años, sus labios retrocedieron con espantosa malicia.
-Estarán aquí de un momento a otro. Tengo que salvar

a Luna. No puedo perder a Luna. No podéis marcharos.
Extendió los brazos frente a la escalera, y Harry tuvo la repentina visión de su madre haciendo lo mismo frente a su cuna.
-No nos obligue a hacerle daño, -dijo Harry-. Apártese de nuestro camino, Señor Lovegood.
-¡Harry! –gritó Hermione.
Figuras con escobas pasaban volando ante de las ventanas. Cuando los tres apartaron de él la mirada, Xenophilius sacó la varita. Harry se percató de su error justo a tiempo. Se lanzó a un lado, empujando a Ron y a Hermione fuera de peligro mientras el Hechizo Contundente de Xenophilius se alzaba por la habitación y golpeaba el cuerno del Erumpent.
Hubo una explosión colosal. Por el sonido parecía que hubiera explotado la habitación.
Fragmentos de madera, papel y escombros volaban en todas direcciones, junto con una nube impenetrable de espeso polvo blanco. Harry voló por los aires, chocando luego contra el suelo, incapaz de ver mientras los escombros llovían sobre él, con los brazos sobre la cabeza. Oyó el grito de Hermione, el alarido de Ron, y una serie de escalofriantes ruidos metálicos que le informaron de que Xenophilius había perdido pie y caído por las escaleras de caracol.
Medio enterrado en los escombros, Harry trató de levantarse. A penas podía respirar o ver a causa del polvo.
La mitad del techo había caído y un extremo de la cama de Luna colgaba por el agujero.
El busto de Rowena Ravenclaw yacía a su lado con la mitad de la cara ausente, fragmentos de pergamino roto que flotaban en el aire, y la mayor parte de la imprenta yacía a su lado, bloqueando la parte superior

de las escaleras hacia la cocina. Entonces otra forma blanca se movió a su lado, y Hermione, cubierta polvo como una segunda estatua, se presionó el dedo contra los labios.
La puerta de abajo se abrió de golpe.
-¿No te dije que no había necesidad de correr, Travers? –dijo una voz áspera-. ¿No te dije que este chiflado está tan loco de atar como de costumbre? –Se oyó un golpe y un grito de dolor provenientes de Xenophilius.
-¡No… no… arriba… Potter!
-Te lo dije la semana pasada Lovegood, ¡que no íbamos a volver por nada menos que algo de información sólida! ¿Recuerdas la semana pasada? ¿Cuando querías intercambiar a tu hija por ese estúpido sombrero ensangrentado? Y la semana anterior (Otro golpe, otro chillido) ¿cuando creías que te la entregaríamos si nos ofrecías la prueba de que existían los Crumple (golpe) Horned (golpe) Snorkacks?
-¡No… no… se lo suplico! –Xenophilius sollozó-. ¡Realmente es Potter, de verdad!
-¡Y ahora resulta que sólo nos ha llamado aquí para tratar de hacernos estallar! -rugió el mortífago, y hubo una descarga de golpes intercalados con los gritos de agonía de Xenophilius.
-El lugar parece a punto de caerse, Selwyn, -dijo fríamente una segunda voz, resonando hacia a las escaleras destrozadas-. Las escaleras están completamente bloqueadas. Tratar de despejarlas podría derribar el lugar.
-Estas mintiendo pedazo de porquería. –gritó el mago llamado Selwyn.
-Nunca has visto a Potter en tu vida, ¿verdad?. Creo que nos has atraído aquí para matarnos, ¿no? ¿Y piensas que así recuperarás a tu niña?

-¡Lo juro… lo juro… Potter está arriba!
-Homenum revelio. –dijo la voz al pie de las escaleras.
Harry oyó el grito sofocado de Hermione, y tuvo la extraña sensación de que algo estaba bajando en picado sobre él, sumergiéndole el cuerpo en su sombra.
-Hay alguien arriba, Selwyn, -dijo el segundo hombre bruscamente.
-¡Es Potter, le digo, que es Potter! –sollozó Xenophilius-. Por favor… por favor… devuélvanme a Luna, sólo denme a Luna…
-Tendrás a tu niñita, Lovegood, -dijo Selwyn-, si subes esas escaleras y me traes a Harry Potter. Pero si es un complot, si es un truco, si tienes a un cómplice esperándome allí arriba para tendernos una emboscada, veremos si podemos darte un pedacito de tu hija para que la entierres.
Xenophilius gritó de miedo y desesperación. Se oyeron prisas y arañazos. Xenophilius trataba de pasar a través de los escombros de las escaleras.
-Vamos, -susurró Harry-, tenemos que salir de aquí.
Empezó a excavar él mismo cubierto por todo el ruido que Xenophilius estaba haciendo en la escalera. Ron estaba profundamente sepultado. Harry y Hermione treparon, tan silenciosamente como pudieron, sobre los restos donde yacía, tratando de quitar haciendo palanca una pesada cómoda de sus piernas.
Mientras Xenophilius golpeaba y arañaba arrastrándose más y más cerca, Hermione se las arregló para liberar a Ron utlizando un Encantamiento Levitatorio.
-Bien –jadeó Hermione, cuando la imprenta rota que bloqueaba la parte superior de las escaleras empezó a temblar. Xenophilius estaba a unos pasos de ellos.
Todavía estaba blanca de polvo. -¿Confías en mi Harry?
Harry asintió.

-Entonces vamos. –susurró Hermione-. Dame la Capa Invisible. Ron, póntela encima.
-¿Yo? Pero Harry…
-¡Ron, por favor! Harry sujétame la mano con fuerza, Ron agarrame por el hombro.
Harry la sujetó con la mano izquierda. Ron desapareció bajo la Capa. La imprenta que bloqueaba las escaleras estaba vibrando. Xenophilius trataba de moverla usando un Encanto Levitatorio. Harry no sabía a qué estaba esperando Hermione.
-Sujétame fuerte –susurró-. Sujétame fuerte… sin dudar…
La cara blanca como el papel de Xenophilius apareció por la parte superior del aparador.
-¡Obliviate! –gritó Hermione, apuntándolo con la varita primero a la cara y después al suelo ante ellos. -¡Deprimo!
Había hecho un agujero en el suelo de la habitación. Cayeron como pedruscos. Harry todavía se aferraba a su mano como a la propia vida. Se oyó un grito abajo, y Harry vislumbró a dos hombres tratando de apartarse del camino de las enormes cantidades de escombros y muebles rotos que llovían a su alrededor desde techo destrozado. Hermione se giró en el aire y el estruendo de la casa derrumbándose zumbó en las orejas de Harry mientras ella lo arrastraba una vez más hacia la oscuridad.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



LAS RELIQUIAS DE LA MUERTE

Harry cayó, jadeando, sobre la hierba y se levantó al instante. Parecían haber aterrizado en la esquina de un campo al atardecer. Hermione ya estaba corriendo en círculos alrededor de ellos, ondeando su varita.

-Protego Totalum... Salvio Hexia...

-¡Ese viejo bastardo traidor! -jadeó Ron, saliendo de debajo de la Capa de Invisibilidad y tirándosela a Harry-. Hermione eres genial, absolutamente genial; ¡no puedo creer que nos sacaras de esa!

-*Cave inimicun...* Te *dije* que no era un cuerno de *Humpern,* ¿verdad?, ¡Ahora su casa ha volado en pedazos!

-Se lo merecía -dijo Ron, examinando sus vaqueros rotos y los cortes de su pierna-. ¿Qué crees que le harán?

-¡Oh, espero que no lo maten! -gimió Hermione- ¡Por eso quise que los mortífagos echaran un vistazo a Harry antes de largarnos, para que supieran que Xenophilius no estaba mintiendo!

-¿Y por qué me escondiste a mí?- Preguntó Ron.

-¡Se supone que estás en cama con Spattergroit, Ron! ¡Han secuestrado a Luna porque su padre apoyaba a Harry! ¿Qué le ocurriría a tu familia si supieran que estás con él?

-¿Pero entonces qué pasa con *tus* padres?

-Ellos están en Australia -dijo Hermione-. Deberían estar bien, no saben nada.

-Eres genial -repitió Ron impresionado.

-Sí, lo eres -agregó Harry fervientemente-.No se que habríamos hecho sin ti.

Ella sonrió, pero de inmediato se tornó solemne.

-¿Y qué hay de Luna?

-Si decían la verdad y aún está viva...-comenzó Ron.

-¡No digas eso, no lo digas!, -chilló Hermione-. ¡Tiene que estar viva, tiene que estarlo!

-Entonces estará en Azkaban, me imagino. -dijo Ron-. Ahora, que sobreviva a ese lugar… muchos no lo consiguen…

-Ella si -dijo Harry. No podía soportar pensar en la alternativa-. Es dura, Luna es mucho más dura de lo que os imagináis. Probablemente les esté enseñando a los presos todo sobre los Wrackspurts y Nargles.

-Espero que tengas razón -dijo Hermione. Se puso una mano sobre los ojos- Me sentiría tan mal por Xenophilius si...

-...si no hubiera intentado vendernos a los mortífagos, si. -dijo Ron.

Levantarón la tienda y se metieron en ella, mientras Ron les hacía algo de té. Tras su milagrosa escapada, el frío, húmedo, y viejo lugar parecía un hogar: seguro, familiar y amistoso.

-Oh, ¿por qué fuimos allí,? -gimió Hermione despues de unos minutos de silencio-. Tenías razón Harry, fue como lo del Valle de Godrick otra vez, ¡una absoluta pérdida de tiempo! Las Reliquias de la Muerte… menuda tontería… aunque de hecho -Un pensamiento súbito pareció haberla golpeado-, podría habérselo inventado todo, ¿verdad? Probablemente no creía en las Reliquias de la Muerte en absoluto, ¡solo quería que siguiéramos hablando hasta que llegaran los mortífagos!

-No lo creo -dijo Ron-. Es endemoniadamente más difícil de lo que crees inventar cosas cuando estás bajo presión. Me di cuenta de eso cuando los Merodeadores

me cogieron. Fue mucho más fácil fingir ser Stan, porque le conocía un poco, que inventar a una persona completamente nueva. El viejo Lovegood estaba bajo toneladas de presión, intentando asegurarse de que nos quedábamos. Creo que nos dijo la verdad, o lo que él cree que es la verdad, para que siguiéramos hablando.

-Bueno, supongo que no importa -suspiró Hermione-. Aunque estuviera siendo honesto, no había escuchado semejante cantidad de tonterías en toda mi vida.

-Espera, espera -agregó Ron- Se supone que la Cámara de los Secretos era un mito, ¿no?

-Pero la Reliquias de la Muerte *no pueden existir*, Ron.

-Sigues diciendo eso, pero una de ellas existe -dijo Ron-: la Capa de Invisibilidad de Harry...

-El cuento de los tres hermanos es una historia -afirmó Hermione- sobre cómo los humanos le temen a la muerte. ¡Si sobrevivir fuera tan simple como ocultarse debajo de la Capa de Invisibilidad, ya tendríamos todo lo que necesitamos!-

-No sé. Lo que podríamos hacer con una varita invencible -dijo Harry, mientras movía la varita de espino negro que tanto le disgustaba entre sus dedos.

-¡No existe tal cosa, Harry!

-Dijiste que había habido un montón de varitas... el Palo de la Muerte y como quiera que se llamen...

-Está bien. Incluso si quieres engañarte a ti mismo pensando que la Varita de Sauco es real, ¿qué hay de la Piedra de Resurreción? -hizo el gesto de comillas con los dedos al pronunciar el nombre y su tono destilaba sarcasmo-. ¡Ninguna magia puede resucitar a los muertos y eso es todo!

-Cuando mi varita conectó con la de Quien-tu-ya-sabes, hizo que mi madre y mi padre aparecieran... y Cedric...

-Pero no volvieron realmente de entre los muertos, ¿verdad? -dijo Hermione-. Ese tipos de... pálidas imitaciones no son lo mismo que traer verdaderamente a alguien de vuelta a la vida.

-Pero ella, la chica del cuento, no regresó realmente, ¿verdad? La historia dice que cuando alguien ha muerto, pues debe estar con los muertos. Pero el segundo hermano pudo verla y hablar con ella, ¿verdad? Incluso vivió con ella un tiempo...

Vio preocupación y algo menos tangible en la expresión de Hermione. Pero cuando la vio mirar a Ron, Harry comprendió que era miedo. La había asustado con su charla sobre vivir con los muertos.

-Entonces ese tal Peverell, el que está enterrado en el Valle de Godrick -dijo Ron apresuradamente, intentando parecer robustamente cuerdo- ¿no sabéis nada de él?

-No -Respondió ella, que pareció aliviada por el cambio de tema-. Lo busqué después de ver la marca sobre su tumba; si hubiera sido alguien famoso o hubiera hecho

algo importante, estoy segura de que estaría en nuestros libros. El único sitio donde pude encontrar el apellido Peverell fue en *Nobleza Natural, una Genealogía de la Magia*. Lo tomé prestado de Kreacher. -Explicó cuando Ron arqueó las cejas-. Tiene una lista de las familias de sangre pura que se extinguieron en la línea masculina. Aparentemente la de los Peverell fue una de las líneas que desapareció más rápido.

-¿Qué se extinquieron en la línea masculina? -repitió Ron.

-Quiere decir que el apellido se perdió -respondió Hermione-. Siglos atrás en el caso de los Peverell. Podrían tener descendientes pero con algún otro apellido.

Y de repente le llegó a Harry, de un solo golpe brillante, el recuerdo que había despertado en él el nombre "Peverell", un viejo asqueroso alardeando de un horrendo anillo en la cara de un oficial del Ministerio, y dio un fuerte grito,

-¡Marvolo Gaunt!

-¿Perdón?- dijeron Hermione y Ron al mismo tiempo.

-¡Marvolo Gaunt! ¡El abuelo de Quien-tu-ya-sabes! ¡En el Pensadero! ¡Con Dumbledore! ¡Marvolo Gaunt dijo que era un descendiente de los Peverell!

Ron y Hermione parecían desconcertados.

-El anillo, el anillo que se convirtió en el Horcrux, ¡Marvolo Gaunt dijo que tenía el escudo de los Peverell! Le vi menearlo ante la cara al tipo del Ministerio, ¡casi se lo mete por la nariz!

-¿El escudo de los Peverell?- dijo Hermione secamente-. ¿Pudiste ver como era?

-En realidad no.-dijo Harry intentando recordar-. No había nada llamativo en él, por lo que pude ver, solo algunos rasguños. En realidad solo lo vi de cerca después de que hubiera sido destruído.

Harry notó que Hermione comprendía por como se dilataban sus pupilas. Ron movía la mirada de uno al otro, asombrado.

-Caray... ¿Crees que era este mismo símbolo otra vez? ¿El de las Reliquias?

-¿Por qué no? -dijo Harry excitado-. Marvolo Gaunt era un viejo ignorante que vivía como un cerdo, lo único que le preocupaba era su ascendencia. Si ese anillo había sido heredado a lo largo de los siglos, podría no haber sabido lo que era realmente. No había libros en esa casa, y creedme, él no era del tipo de los que leen cuentos de hadas a sus hijos. Le hubiera encantado pensar que los arañazos de la piedra eran un escudo, porque en lo que a él respectaba, ser sangre pura te hacía parte de la realeza.

-Si... y todo eso es muy interesante-dijo Hermione cautelosamente-, pero Harry, si estás pensando lo que yo creo…

-Bueno, ¿por qué no? *¿por qué no?*-dijo Harry abandonando cualquier precaución-. Era una piedra, ¿no? -Miró a Ron en busca de apoyo- ¿Y si era la Piedra de Resurreción?

La boca de Ron se abrió de par en par.

-Caray… ¿pero funcionaría la piedra aún cuando Dumbledore la hubiera roto…?

-¿Funcionar? *¿Funcionar?* Ron, ¡nunca funcionó! No existe ninguna Piedra de Resurreción!

Hermione saltó sobre sus pies, exasperada y molesta.

-Harry, estás intentando que todo encaje con la historia de las Reliquias…

-¿Intentando que encaje? -repitió Harry- ¡Hermione, todo encaja por su propia cuenta! ¡Sé que el símbolo de las Reliquias estaba en la piedra! ¡Gaunt dijo que descendía de los Peverell!

-¡Hace un minuto nos dijiste que no pudiste ver bien el símbolo de la piedra!

-¿Dónde crees que está el anillo ahora? -preguntó Ron a Harry-. ¿Qué hizo con él Dumbledore después de romperlo?

Pero la imaginación de Harry viajaba mucho mas allá que la de Ron y Hermione...

Tres objetos, o Reliquias, las cuales, unidas, convierten a su poseedor en el Amo de la Muerte... Maestro... Conquistador... Vencedor... El último enemigo que debe ser destruido es la muerte...

Y se vio él mismo, poseedor de las Reliquias, enfrentado a Voldemort, cuyos Horrocruxes no eran rival... *Ninguno puede vivir mientras el otro sobreviva...* ¿Era esta la respuesta? ¿Reliquias contra Horrocruxes? ¿Había un camino, después de todo, para asegurar que era él el que triunfaba? ¿Si era él el amo de las Reliquias de la Muerte, estaría entonces a salvo?

-¿Harry?

Pero apenas escuchaba a Hermione. Había sacado su Capa de Invisibilidad y la dejaba resbalar entre los dedos, tela flexible como el agua, ligera como el aire. Nunca había visto nada igual en sus casi siete años en el mundo mágico. La capa era exactamente lo que Xenophilius había descrito. *Una capa que real y verdaderamente hace a su dueño completamente invisible, resistiendo eternamente, proporcionando un ocultamiento constante e impenetrable, sin importar que hechizos se le lancen...*

Y con un grito de asombro recordó...

-¡Dumbledore tenía mi Capa el día en que mis padres murieron!

Su voz temblaba y podía sentir los colores en su cara, pero no le importó.

-¡Mi madre le dijo a Sirius que Dumbledore había tomado prestada la Capa! ¡Por esto era! ¡Quería examinarla porque creía que era la tercera Reliquia! Ignotus Peverell está enterrado en Valle de Godric…- Harry caminaba ciegamente por la tienda, sintiendo como nuevas visiones de la verdad se abrían ante él-. Él es mi ancestro. ¡Soy descendiente del tercer hermano! ¡Todo tiene sentido!

Se sintió armado de la certeza, en su creencia en la Reliquias, como si la mera idea de poseerlas le proporcionara protección, y se sentía feliz mientras se giraba hacia los otros dos

-Harry. -dijo Hermione una vez mas, pero él se encontraba ocupado desamarrando la bolsa alrededor de su cuello, sus dedos temblorosos.

-Léela -le dijo a ella, poniendo la carta de su madre en su mano. -¡Léela! ¡Dumbledore tenía la capa, Hermione! ¿Por qué mas la querría? El no necesitaba ninguna capa, ¡podía hacer un encantamiento de Desilusión tan poderoso que se hacía completamente invisible sin una!-

Algo cayó al piso y rodó, brillando debajo de una silla: había tirado la snitch al sacar la carta. Se agachó a recogerla, y el recién hallado pozo de descubrimientos le dio otro regalo, y el shock y la maravilla surgieron dentro de él de tal manera que gritó.

-¡ESTÁ AQUÍ! Me dejó el anillo - ¡Está en la snitch!

-¿Tu… crees?

No podía creer que Ron pareciera tan sorpendido. Era tan obvio, tan claro para Harry. Todo cuadraba, todo… su capa era la tercera reliquia, y cuando consiguiera abrir la snitch tendría la segunda y todo lo que tendría que hacer es conseguir la primera reliquia, La Varita Antigua y entonces…

Pero fue como si la cortina cayera en el escenario iluminado: Toda su excitación, toda su esperanza y felicidad se extinguieron de un golpe, y se encontró en medio de la oscuridad y el hechizo gloriosó se rompió…

-Eso es lo que él busca.-

El cambio en su voz hizo que Ron y Hermione se mostraran aún más asustados.

-Tu-sabes-quien está buscando la Varita Antigua.

Les dio la espalda a sus incrédulas caras. Sabía que era la verdad. Todo tenía sentido, Voldemort no estaba buscando una nueva varita, estaba buscando una varita antigua, muy antigua de hecho. Harry caminó a la entrada de la tienda, olvidándose de Ron y Hermione y miró hacia la noche, pensando…

Voldemort había sido criado en un orfanato muggle. Nadie podría haberle contado *Los cuentos de Beedle el bardo* cuando era un niño, más de lo que se lo habían contado al mismo Harry. Difícilmente ningún hechicero creía en las Reliquias de la Muerte. ¿sería posible que Voldemort supiera de ellas?

Harry miró hacia la oscuridad… si Voldemort conocía las Reliquias de la muerte seguro que las había buscado, hubiera hecho cualquier cosa por poseerlas: ¿tres objetos que hacían a su poseedor Amo de la Muerte? Si hubiera sabido de las Reliquias no hubiera necesitado a los horcruxes, en primer lugar. No demostraba acaso el simple hecho de que hubiera tomado una reliquia y la hubiera convertido en una horcrux que Voldemort no sabía este gran último secreto de la hechicería?-

Eso significaba que Voldemort buscaba la Varita Antigua sin darse cuenta de potencial real, sin entender que era una de tres… porque la Varita era la reliquia que no se podía esconder, cuya existencia era bien conocida… *el rastro sangriento de la Varita Antigua está regado por toda la historia de la hechicería..*

Harry miró el cielo nublado, curvas de humo gris y plateado se deslizaban sobre la luna blanca. Se sintió mareado por sus asombrosos descubrimientos.

Volvió a la tienda y se impresionó al ver a Hermione y a Ron exactamente en el mismo sitio en que los había dejado. Hermione con la carta de Lilly en las manos y Ron a su lado ligeramente ansioso. ¿No se daban cuenta de todo lo que había avanzado en éstos últimos minutos?

-¿No lo véis?- dijo Harry intentando incluirlos en su brillante e increíble certeza-. Esto lo explica todo. Las reliquias de la muerte son reales y tengo una… quizás dos…

Levantó la snitch.

-...y tu-sabes-quien está buscando la tercera, pero él no se da cuenta... él solo cree que es una varita poderosa...

-Harry -dijo Hermione, acercándose a él y devolviendole la carta de Lily-, lo siento, pero creo que lo has entendido todo mal, muy mal.

-¿Pero no lo ves?, todo cuadra...

-No, *no cuadra.* Harry, te estás dejando llevar. Por favor -dijo mientras comenzaba a hablar-, si las Reliquias de la Muerte existieran realmente, y Dumbledore lo hubiera creído, sabiendo que el poseedor de todas ellas sería el amo de la Muerte... Harry, ¿Por qué no te lo habría dicho? ¿Por qué?

Tenía su respuesta preparada.

-¡Pero tu misma lo dijiste, Hermione! ¿Tienes que darte cuenta por ti mismo! ¡Es una búsqueda!-

-¡Pero solo lo dije para persuadirte de ir a casa de los Lovegood!- gritó hermione exasperada-. ¡No lo creía realmente!

Harry no se inmutó.

-Dumbledore siempre dejaba que yo me diera cuenta de las cosas por mi cuenta. Me dejaba probar mi fuerza, tomar riesgos. Esto parece ser el tipo de cosas que él haría.

-Harry, ¡esto no es un juego, no es una práctica! Esto es verdadero y Dumbledore te dejó órdenes claras:

¡encuentra y destruye las horcruxes! ¡ese símbolo no significa nada!, olvidate de la reliquias de la muerte, no podemos permitirnos el lujo de desviarnos…

Harry apenas la escuchaba, se encontraba dándole vueltas a la snitch entre sus manos, medio esperando que se abriera para revelar la Piedra de Resurreción, para probarle a Hermione que estaba en lo cierto, que las Reliquias de la Muerte eran reales.

Ella apeló a Ron.

-Tu no crees en esto, ¿verdad?

Harry lo miró y Ron dudo.

-No se… quiero decir… hay pedazos de la historia que cuadran entre sí -Dijo Ron torpemente-. Pero cuando ves el cuadro completo… -Respiró profundamente-. Creo que se supone que tenemos que deshacernos de los horcruxes, Harry. Eso fue lo que Dumbledore nos dijo que hiciéramos. Quizás… quizás debamos olvidarnos de este asunto de las reliquias.

-Gracias Ron -Dijo Hermione-. Yo haré la primera guardia.

Y pasó al lado de Harry hacia la entrada de la tienda poniéndole un violento final a la discusión.

Pero Harry apenas pudo dormir esa noche. La idea de las Reliquias Sagradas lo había poseído, y no podía descansar mientras sus agitados pensamientos giraban a

toda velocidad en su mente: La Varita, la Piedra y la Capa, si pudiera poseerlas todas…

Me abro en el cierre… Pero, ¿qué era el cierre? ¿Por qué no podía sacar la piedra? Si tuviera la piedra, podría preguntarle a Dumbledore en persona… Y Harry le murmuró palabras a la snitch en la oscuridad, intentando de todo, hasta en Parsel, pero la bola dorada no se abrió…

Y la Varita, la Antigua Varita, ¿Dónde estaba escondida? ¿Dónde buscaba Voldemort en este momento? Harry deseó que su cicatriz ardiera y le enseñara en qué estaba pensando Voldemort, porque por primera vez él y Voldemort se encontraban unidos, deseando el mismo objeto… a Hermione no le gustaría la idea, por supuesto… Pero ella no creía… Xenophilius había estado en lo correcto, de alguna manera… *limitado, estrecho, mente cerrada.* La verdad es que ella estaba asustada de la idea de las reliquias sagradas, especialmente de la Piedra de Resurreción… Y Harry presionó su boca contra la Snitch, besándola, casi tragándosela, pero el frío metal no cedió…

Estaba casi amaneciendo cuando recordó a Luna, sola en una celda de Azkaban, rodeada de dementores, y de repente se sintió avergonzado de si mismo. Se había olvidado totalmente de ella en su febril contemplación de las Reliquias. Si pudieran rescatarla. Si pudiera rescatarla, pero los dementotes, en esas cantidades, serían virtualmente invencibles. Ahora que lo pensaba no había intentado conjurar un Patronus con la varita de espino… Tendría que intentarlo en la mañana…

Si hubiera una forma de obtener una varita mejor…

Y el deseo por la Varita Antigua, el Palo de la Muerte, invencible, se lo tragó una vez más…

Guardaron la tienda a la mañana siguiente, y se movieron a través de una terrible lluvia. El diluvio los persiguió hasta la costa, donde levantaron la tienda esa noche. Continuaron toda la semana a través de duros terrenos que Harry encontró tristes y deprimentes. Solo podía pensar en las Reliquias de la Muerte. Era como si se hubiera encendido dentro de él una llama que nada, ni la incredulidad de Hermione, ni las dudas persistentes de Ron, podían extinguir: su determinada indiferencia era tan mala como el diluvio que caía empapando sus espíritus. Pero ninguno podía erosionar su certeza, que era absoluta. La creencia de Harry y el deseo por las Reliquias le consumían de tal manera que se sentía aislado de los otros dos y su obsesión con las horcuxes.

-¿Obsesión? -dijo Hermione con un feroz tono bajo, cuando, una tarde, Harry fue lo suficientemente descuidado para usar esta palabra cuando Hermione lo despidió por su falta de interés en localizar más horcruxes-. ¡No somos nosotros los que estamos obsesionados, Harry! ¡Somos los que intentamos hacer lo que Dumbledore quería que hiciéramos!

Pero era impenetrable a la crítica. Dumbledore había dejado el símbolo de las Reliquias para que Hermione lo descifrara. Y también había dejado, Harry estaba convencido, la Piedra de Resurreción dentro de la snitch dorada. *Ninguno puede vivir mientras el otro*

sobreviva... Amo de la muerte... ¿Por qué no lo entendían Ron y Hermione?

-*El último enemigo que ha de ser vencido es la muerte* -Citó Harry calmadamente.

-Pensaba que era con quien-tu-sabes con quien deberíamos pelearnos.- Replicó Hermione, y Harry se dio por vencido con ella.

Incluso el misterio de la cierva plateada, que los otros dos insistían en discutir, le parecía a Harry menos importante ahora, apenas un entretenimiento secundario. La única otra cosa que le importaba era que su cicatriz empezaba a picarle otra vez, aunque se esforzaba en escondérselo a los otros dos. Buscaba la soledad cada vez que podía, pero se decepcionaba de lo que veía. Las visiones que él y Voldemort compartían habían disminuido en calidad, se habían vuelto borrosas, como si entraran y salieran de foco. Harry apenas podía ver los rasgos indistinguibles de un objeto que parecía ser una calavera y algo que parecía una montaña, más de sombras que sólida. Acostumbrado a imágenes nítidas como la realidad, Harry estaba desconcertado con el cambio. Le preocupaba que el enlace entre él y Voldemort estuviera dañado, un enlace al que tenía tanto miedo e, independientemente de lo que le dijera a Hermione, tanto aprecio. De algún modo Harry conectó estas ideas poco consistentes y vagas con la destrucción de su varita, como si la defectuosa varita de espino fuera la causante de no poder ver en la mente de Voldemort tan bien como antes.

Mientras pasaban las semanas, Harry no pudo dejar de notar, a pesar incluso de su nueva obsesión, que Ron parecía estar más incolucrado. Quizás porque estaba decidido a compensar el haberles dejado, quizás porque la desgana de Harry impulsó sus cualidades de liderazgo aletargadas, Ron era ahora más alentador y les animaba a los otros dos a la acción.

-Han desaparecido Tres Horcruxes -les decía-. ¡Necesitamos un plan de acción, vamos! ¿Dónde no hemos mirado? Repasémoslo otra vez. El orfanato…

El Callejón Diagon, Hogwarts, la casa de Riddle, Borgin y Burkes, Albania… Ron y Hermione repasaron otra vez cada lugar en el que sabían que Tom Riddle había vivido o trabajado, visitado o asesinado alguna vez, mientras Harry sólo participaba para evitar que Hermione le siguiera hostigando. Habría sido feliz sentándose a solas en silencio, tratando de leer el cerebro de Voldemort mientras buscaba la Antigua Varita, pero Ron insistía en viajar a lugares improbables solamente, Harry era consciente, para mantenerles en movimiento.

-Tú no lo sabes -era el estribillo constante de Ron-. Upper Flagley es un pueblo de magos, podría haber vivido allí. Vayamos y echemos un vistazo.

Estas incursiones frecuentes a territorio mágico los expusieron algunas veces a la vista de los Merodeadores.

-Algunos de ellos se creen tan malos como mortífagos –dijo Ron-. La mayoría de los que me cogieron eran un

poco patéticos, pero Bill cree que algunos de ellos son muy peligrosos. Lo dijeron en Potterwatch...

-¿En dónde? -preguntó Harry.

"En Potterwatch, ¿no te dije que se llamaba así? El programa que intento captar con la radio, el único que dice la verdad sobre lo que esta ocurriendo! Casi todos los programas siguen la línea de quién-tu-sabes, todos salvo Potterwatch, quiero que lo escuches, pero es difícil de sintonizar... -Ron empleó tarde tras tarde en usar su varita para tocar varios ritmos encima de la radio mientras el dial giraba. Ocasionalmente captaban retazos de consejos sobre cómo tratar dragonpox, y una vez algunas estrofas de "Un caldero lleno del amor caliente y fuerte". Mientras se escuchaba, Ron seguía intentando golpear la contraseña correcta, farfullando retahílas de palabras aleatorias bajo su aliento.

-Normalmente son algo relacionado con la Orden -les dijo-. Bill tenía un verdadero don para adivinarlas. Hay que poner una al final.

Pero hasta marzo, Ron no tuvo suerte. Harry estaba sentado en la entrada de la tienda, haciendo guardia, mirando fijamente un racimo de jacintos de uva que había encontrado un camino para salir a través del frío suelo, cuando Ron gritó con excitación desde el interior de la tienda.

-Lo he conseguido, ¡lo he conseguido! ¡La palabra clave era "Albus"! Ven aquí, Harry.

Despertado por primera vez en muchos días de su meditación en las Reliquias de la Muerte, Harry volvió rápidamente dentro de la tienda para encontrar a Ron y Hermione arrodillados en el suelo al lado de la pequeña radio. Hermione, que había estado sacando brillo a la espada de Gryffindor sólo por hacer algo, estaba sentada boquiabierta, mirando fijamente el diminuto altavoz, del que salía una voz más que familiar.

"... se piden disculpas por nuestra ausencia temporal de las ondas aéreas, debido a varias visitas a domicilio en nuestra zona de esos encantadores mortífagos."

-Pero ése es Lee Jordan! –dijo Hermione.

-¡Lo sé! –dijo Ron sonriendo radiantemente-. Mola, ¿no?

"... hemos conseguido otra ubicación segura", decía Lee, "y estoy encantado de comunicaros que dos de nuestros colaboradores regulares se han reunido conmigo aquí esta noche. Hola, chicos!"

"Hola."

"Hola, River."

-River es Lee, -explicó Ron-. Todos tienen nombres en clavel, pero se puede saber generalmente….

-Shh! -dijo Hermione.

"Pero antes de que oigamos a Royal y Romulus", siguió Lee, "Dedicaremos un momento para informar sobre unas muertes que las noticias de la Wizarding Wireless

Network y El Profeta no han considerado lo suficientemente importantes como para mencionarlas. Informamos con gran pesar a nuestros oyentes de los homicidios de Ted Tonks y Dirk Cresswell."

Harry sintió un dolor, bajando por el estómago. Él, Ron, y Hermione se miraron horrorizados.

"También murió un duende conocido como Gornuk. Se cree que Dean Thomas, nacido de Muggles, así como un segundo duende, que estarían viajando con Tonks, Cresswell y Gornuk, podrían haber escapado. Si Dean está escuchando, o si alguien tiene cualquier noticia de su paradero, sus padres y hermanas están desesperados por saber algo.

"Mientras tanto, en Gaddley, una familia Muggle de cinco miembros ha sido encontrada muerta en su casa. Las autoridades Muggles atribuyen sus muertes a una fuga de gas, pero los miembros de la Orden del Fénix me informan que lo hicieron con una maldición mortal… Mas evidencias, si fueran necesarias, del hecho de que la caza de Muggles se está convirtiendo en poco más que un deporte recreativo bajo el nuevo régimen.

"Finalmente, lamentamos informar a nuestros oyentes que los restos de Bathilda Bagshot han sido descubiertos en el valle de Godric. Las pruebas indican que murió hace varios meses. La Orden del Fénix nos informa que su cuerpo indicaba inconfundibles señales de lesiones infligidas por Magos oscuros.

"Oyentes, me gustaría invitaros a que os unais en un minuto de silencio en memoria de Ted Tonks, Dirk Cresswell, Bathilda Bagshot, Gornuk, y los desconocidos, pero no menos lamentados, Muggles asesinados por los Mortífagos."

El silencio cayó, y Harry, Ron, y Hermione no hablaron. La mitad de Harry deseaba seguir escuchando, mientras la otra mitad de él estaba asustada de lo que poder venir después. Era la primera vez que se había sentido completamente conectado con el mundo exterior desde hacía mucho tiempo.

"Gracias", dijo la voz de Lee. "Y ahora podemos regresar con nuestro colaborador habitual Royal, para una actualización de cómo está afectando al mundo Muggle el nuevo orden."

"Gracias, River", dijo una inconfundible voz, honda, mesurado, alentadora.

-Kingsley! -explotó Ron.

-¡Lo sabemos! -dijo Hermione, haciéndolo callar.

"Los Muggles siguen ignorantes del origen de su sufrimiento mientras continúan teniendo gran número de víctimas", dijo Kingsley. "Sin embargo, seguimos escuchando historias realmente inspiradoras de magos y brujas que arriesgan su propia integridad para proteger a Muggle amigos y vecinos, a menudo sin el conocimiento de los Muggles. Me gustaría apelar a todos nuestros oyentes a imitar su ejemplo, quizás creando un encanto protector sobre cualquier casa de

Muggles que halla en tu calle. Podrían salvarse muchas vidas simplemente con esta medida."

"¿Y qué dirías, Royal, a los oyentes que responden que en esta época peligrosa, debe seguirse el 'los Magos primero'?" Preguntó Lee.

"Diría que hay un paso breve de "los Magos Primero" a "los Sangre Pura primero", y luego a Mortífago", respondió Kingsley. "Todos somos humanos, ¿no? Cada vida humana es digna de lo mismo, y digna de salvarse."

"Excelentemente expuesto, Royal, y tienes mi voto para Ministro de Magia si alguna vez nos desacemos de este desorden", dijo Lee. "Y ahora, oigamos a Romulus en nuestro popular sección 'Amigos de Potter.'" *"Gracias, River"*, dijo otra voz muy familiar. Ron empezó a hablar, pero Hermione se anticipó a él en un susurro.

-¡Sabemos que es Lupin!

-Romulus, ¿sostienes que, como haces cada vez que apareces en nuestro programa, ese Harry Potter todavía está vivo?"

-Lo hago – dijo Lupin firmemente-. En mi opinión, no hay absolutamente ninguna duda de que los mortífagos habrían anunciado su muerte tan extensamente como hubieran podido, si ésta hubiera ocurrido, porque daría un golpe mortal en la moral de aquellos que resisten el nuevo régimen. 'El niño que vivió' sigue siendo un símbolo de todo aquello por lo que estamos peleando:

el triunfo del bien, el poder de la inocencia, la necesidad de resistir."

Una mezcla de gratitud y vergüenza brotó en Harry. ¿Lupin lo había perdonado, entonces, por las cosas terribles que le había dicho la última vez que se habían visto?

"¿Y qué le dirías a Harry si supieras que nos está escuchando, Romulus?"

"Le diría que estamos todos con él en espítritu", dijo Lupin, luego vaciló ligeramente, "Y le diría que siga sus instintos, que casi siempre son correctos."

Harry miró Hermione, cuyos ojos estaban llenos de las lágrimas.

"Casi siempre correctos", repitió.

-Oh, ¿no te lo dije? –dijo Ron con sorpresa-. ¡Bill me dijo que Lupin está viviendo con Tonks otra vez! Y por lo visto ella se está poniendo enorme ...

"... ¿y nuestro habitual repaso a los amigos de Harry Potter que están sufriendo por su lealtad?" dijo Lee.

"Bueno, como los oyentes habituales sabrán, varios conocidos seguidores de Harry Potter están ahora prisioneros, incluyendo a Xenophilius Lovegood, ahora ex-editor de El Quisquilloso" -dijo Lupin.

-¡Al menos todavía está vivo! -farfulló Ron.

-También hemos oído en las últimas horas que Rubeus Hagrid -Los tres jadearon, y casi se perdieron el resto de la frase-... bien conocido guardabosques de la Escuela Hogwarts, ha escapado por poco al arrestro dentro de los terrenos de Hogwarts, donde se rumorea que ha estado celebrando reunidones de "Apoya a Harry Potter" en su casa. Sin embargo, sin embargo no ha sido detenido, y está, creemos, fugado.

-Supongo que ayuda, cuando estas escapando de los mortifagos, tener un medio hermano de 10 metros de altura, ¿no? -preguntó Lee.

-Te da cierta ventaja -estuvo de acuerdo Lupin gravemente-. Puedo añadir que aunque desde aqui aplaudo el espíritu de Apoyo a Potter de Hagrid, urgimos incluso a los más devotos partidarios de Harry a no seguir su ejemplo. Las reuniones de "Apoyo a Harry Potter" son desaconsejables con el presente clima.

-Efectivamente lo son, Romulus -dijo Lee-, ¡así que sugerimos que continuéis mostrando vuestra devoción al hombre de la cicatriz en forma de relámpago escuchando Potterwarth! Y ahora cambiemos a las noticias sobre el mago que ha probado ser tan escurridizo como Harry Potter. Nos gusta referirnos a él como el Jefe de los Mortífagos, y aquí estamos para que den sus opiniones sobre algunos de los rumores malsanos que circulan sobre él. Me gustaría presentar a un nuevo corresponsal, ¿Roedor?

-*¿Roedor?* -digo otra voz familiar, y Harry, Ron, y Hermione gritaron juntos.

-¡Fred!

-No... ¿es George?

-Es Fred, creo -dijo Ron, inclinándose más cerca, mientras fuera quien fuera el gemelo decía,

-No voy a ser "Roedor", de ninguna manera, ¡Te dije que quería ser "Estoque"!

-Oh, vale entonces, Estoque, ¿podrías ponernos al corriente sobre las variadas historias que hemos estado oyendo sobre el Jefe de los Mortifagos?

-Si, Rio, puedo -dijo Fred-. Como nuestros oyentes sabrán, a menos que se hayan estado refugiando en el fondo de la charca de un jardín o en algún sitio similar, la estrategia de Quien-no-debe-ser-nombrado de permanecer en la sombra a creado un agradable clima de pánico. Si todas los presuntos avistamientos fueran genuinos, tendríamos al menos diecinueve Quien-vosotros-Sabéis sueltos por ahí.

"Es lo que le conviene, por supuesto", dijo Kingsley. "El aire de misterio está creando más terror que si se mostrara abiertamente."

"Estoy de acuerdo", dijo Fred. "Así que, gente, intentemos calmarnos un poco. Las cosas son suficientemente malas sin tener que inventar cosas también. Por ejemplo, esta nueva idea de que Tú-Sabes-Quién puede matar a la gente con la sola mirada de sus ojos. Eso es un basilisco, oyentes. Una prueba simple: verifica que la cosa que tienes ante ti tiene

piernas. Si las tiene, es seguro mirarle a los ojos, aunque si es de verdad Tú-Sabes-Quién, seguramente será lo último que hagas."

Por primera vez en muchas semanas, Harry se estaba riendo: podía sentir como le abandonaba el peso de la tensión.

"¿Y los rumores de que se le ha visto en el extranjero?" preguntó Lee.

"¿Bueno, a quién no le gustaría tener unas pequeñas vacaciones después de lo duro que ha estado trabajando?" preguntó Fred. "Apuntaros esto, gente, no os dejéis llevar por una falsa sensación de seguridad, pensando que está fuera del país. Tal vez lo esté, tal vez no, pero el hecho es que puede moverse más rápido de lo que Severus Snape huye del champú cuando quiere hacerlo, así que no cuentes con que él esté muy lejos si estás planeando correr algún riesgo. ¡No creía que me escucharía nunca decir esto, pero la seguridad primero!"

"Muchas gracias por estas sabias palabras, Estoque", Lee dijo. "Oyentes, con esto llegamos al final de otro Potterwatch. No sabemos cuándo será posible transmitir otra vez, pero puedes estar seguro de que volveremos. Sigue girando el dial: la próxima contraseña será "Ojo-Loco". Cuidaros. Mantened la fe. Buenas noches."

El dial de la radio giró y las luces del panel de sintonización se extinguieron. Harry, Ron, y Hermione todavía estaban sonriendo radiantemente. Escuchar

esas voces familiares y amigables era un tónico raro; Harry se había acostumbrado tanto a su aislamiento que casi había olvidado que había otras personas resistiendo a Voldemort. Era como despertar de un sueño largo.

-¿Bueno, ¿eh? –dijo Ron con felicidad.

-Brillante -dijo Harry.

-Es tan valiente por su parte –dijo Hermione con admiración-. Si les encuentran…

-Bueno, se mantienen en movimiento, ¿no? –dijo Ron-. De la misma manera que nosotros.

-¿Pero escuchaste lo que dijo Fred? -preguntó Harry con excitación; ahora que la transmisión se había terminado, sus pensamientos volvieron hacia su absorbente obsesión-. ¡Está en el extranjero! Todavía está buscando la varita, ¡lo sabía!

-Harry…

-Vamos, Hermione, ¿por qué estás tan decidida a no admitirlo? Vol…"

-Harry, ¡no!

-…demort está detrás de la Antigua Varita!

-¡El nombre es tabú! –bramó Ron, saltando sobre sus pies cuando un fuerte chasquido sonó fuera de la tienda-. Te lo dije, Harry, te lo dije, no podemos decirlo más… tenemos que volver a poner la protección

alrededor nuestro... rápido... es cómo localizan... -pero Ron dejó de hablar, y Harry supo por qué. El Chivatoscopio se había iluminado y empezado a girar sobre la mesa; podían escuchar voces acercarse más y más: voces excitadas. Ron se sacó el Desiluminador del bolsillo y lo accionó: las lámparas se apagaron.

-¡Sal de ahí con las manos arriba! –dijo una voz ronca a través de la oscuridad-. ¡Sabemos que estás ahí! ¡Tienes media docena de varitas apuntándote y no nos importa a quién le echamos una maldición!

Capítulo Veintitrés



La mansión Malfoy

Harry miró alrededor hacia los otros dos, ahora meros contornos en la oscuridad. Vio a Hermione apuntar su varita, no hacia el exterior, sino hacia su cara. Hubo un estallido, una ráfaga de luz blanca, y Harry se retorció en agonía, incapaz de ver. Podía sentir que su cara se hinchaba con rapidez bajo sus manos, mientras pesados sonidos de pasos lo rodeaban.

-Levántate, alimaña.

Manos desconocidas levantaron a Harry con brusquedad del suelo. Antes de poderlos detener, alguien hurgó en sus bolsillos y sacó la varita de endrino. Harry se apretó la cara, que le dolía terriblemente. Parecía irreconocible bajo sus dedos, tirante, hinchada e inflamada, como si hubiera sufrido

una violenta reacción alérgica. Sus ojos se habían reducido a ranuras por las que apenas podía ver; sus gafas se cayeron cuando lo sacaron atado de la tienda: todo lo que podía apreciar eran las borrosas formas de cuatro o cinco personas arrastrando también a Ron y Hermione fuera, que forcejeaban.

-¡Apartaros… de… ella! –gritó Ron. Hubo el inconfundible sonido de puños golpeando carne: Ron gruñó de dolor y Hermione gritó:

-¡No! ¡Dejadlo en paz, dejadlo en paz!

-A tu novio le van a hacer cosas peores que estas si está en mi lista. –dijo la voz horriblemente familiar y rasposa-. Una chica deliciosa… qué bocado… me encanta la suavidad de su piel…

El estómago de Harry se revolvió. Supo quién era, Fenrir Greyback, el hombre lobo al que se le permitía llevar ropas de mortífago a cambio de contratar su salvajismo.

-¡Registrad la tienda! –dijo otra voz.

Harry fue arrojado de cabeza al suelo. Un golpe sordo le contó que habían tirado a Ron a su lado. Pudieron oír pasos y estrépito; estaban tirando sillas dentro de la tienda mientras buscaban.

-Ahora, veamos a quiénes tenemos –dijo la voz de Greyback con deleite por encima de sus cabezas, y a Harry lo giraron hasta quedar boca arriba. El rayo de luz de una varita cayó en su cara y Greyback se rió.

-Necesitaré cerveza de mantequilla para lavar a este. ¿Qué te ha pasado, feo?

Harry no contestó de inmediato.

-He *dicho* –repitió Greyback, y Harry recibió un golpe en el diafragma que lo hizo doblarse de dolor-. ¿Qué te pasó?

-Picado –farfulló Harry-. Me picaron.

-Sí, lo parece –dijo una segunda voz.

-¿Cómo te llamas? –gruño Greyback.

-Dudley –dijo Harry.

-¿Y tu nombre?

-Yo... Vernon. Vernon Dudley

-Comprueba la lista, Scabior –dijo Greyback, y Harry lo oyó moverse lateralmente para bajar la vista hacia Ron-. ¿Y qué hay de ti, pelirrojo?

-Stan Shunpike –dijo Ron.

-¡Y un cuerno! –dijo el hombre llamado Scabior-. Conocemos a Stan Shunpike, ha hecho algunas cosas para nosotros.

Hubo otro golpe sordo.

-Soy Barny –dijo Ron, y Harry pudo notar que su voz estaba llena de sangre-. Barny Weasley

-¿Un Weasley? –dijo Greyback con voz rasposa-. Así que estás emparentado con esos traidores de sangre incluso si no eres un sangre sucia. Y finalmente, tu pequeña y guapa amiga… -el deleite de su voz le puso la carne de gallina a Harry.

-Calma, Greyback –dijo Scabior por encima de las mofas de los otros.

-Oh, todavía no la voy a morder. Veremos si es un poco más rápida que Barny en recordar su nombre. ¿Quién eres, niña?

-Penelope Clearwater –dijo Hermione. Sonaba aterrorizada, pero convincente.

-¿Cuál es tu estatus de sangre?

-De sangre mezclada –dijo Hermione.

-Bastante fácil de comprobar –dijo Scabior-. Pero todos estos parecen tener edad de estar en Hogwarts…

-Nos hemos ido –dijo Ron.

-¿Así que os habéis ido, eh, pelirrojo? –dijo Scabior-. ¿Y decidisteis ir de camping? ¿Y pensasteis, que para reíros, podíais usar el nombre del Señor Tenebroso?

-No para reírnos –dijo Ron-. Un accidente.

-¿Accidente? –hubo más risas burlonas.

-¿Sabes quién solía usar el nombre del Señor Tenebroso, Weasley? –gruñó Greyback-. La Orden del Fénix. ¿Te dice algo?

-No.

-Bueno, no le muestran el debido respeto al Señor Tenebroso, así que el nombre se ha hecho Tabú. Unos pocos miembros de la Orden han sido rastreados de esa forma. Ya veremos. ¡Atadlos con los otros dos prisioneros!

Alguien levantó a Harry por el pelo, lo arrastró un corto espacio, lo empujó hasta dejarlo sentado y empezó a atarlo espalda contra espalda con otra gente. Harry todavía estaba medio ciego, apenas capaz de ver nada a través de sus hinchados ojos. Cuando por fin el hombre que los ataba se marchó, Harry le susurró a los otros prisioneros:

-¿Alguien todavía tiene varita?

-No –dijeron Ron y Hermione a cada lado.

-Esto es todo culpa mía. Dije el nombre. Lo siento…

-¿Harry?

Era una voz nueva pero conocida, y venía directamente de detrás de Harry, de la persona atada a la izquierda de Hermione.

-¿*Dean*?

-¡Eres *tú*! ¡Si se enteran de a quién han cogido...! Son Merodeadores, sólo están buscando a gente haciendo novillos para sacar dinero...

-No ha sido un mal botín para una noche –estaba diciendo Greyback, cuando un par de botas con tachuelas pasaron cerca de Harry, y oyeron más golpes desde el interior de la tienda-. Un sangre sucia, un duende fugitivo y estos haciendo novillos. ¿Ya comprobaste sus nombres en las listas, Scabior? –rugió.

-Sí, no hay ningún Vernon Dudley aquí, Greyback.

-Interesante –dijo Greyback-. Eso es interesante.

Se puso de cuclillas junto a Harry, que vio, a través del hueco infinitesimal que quedaba entre sus hinchadas pestañas, una cara cubierta de pelo gris enmarañado y bigotes, con dientes marrones puntiagudos y llagas en las comisuras de la boca. Greyback olía de la misma forma que en la torre donde Dumbledore había muerto: a suciedad, sudor y sangre.

-¿Así que no te buscan, eh, Vernon? ¿O estás en esa lista con un nombre diferente? ¿En qué casa estabas en Hogwarts?

-Slytherin –dijo Harry automáticamente.

-Es gracioso como piensan todos que queremos oír eso –dijo Scabior con malicia desde las sombras-. Pero ninguno nos puede decir dónde está la sala común.

-Está en las mazmorras –dijo Harry con claridad-. Se entra por la pared. Está llena de cráneos y demás, y bajo el lago, por lo que las luces son verdes.

Hubo una breve pausa.

-Bueno, parece que realmente hemos pillado un pequeño Slytherin –dijo Scabior-. Bien por ti, Vernon, porque no hay demasiados sangre sucia Slytherins. ¿Quién es tu padre?

-Trabaja en el Ministerio –mintió Harry. Sabía que toda la historia se podría derrumbar con la más mínima investigación, pero por otro lado, sólo tenía tiempo hasta que su cara volviese a su apariencia normal, porque para entonces el juego se habría acabado-. Departamento de Accidentes Mágicos y Catástrofes.

-Sabes que, Greyback –dijo Scabior-. Creo que hay un Dudley allí.

Harry apenas podía respirar: ¿podría la suerte, la pura suerte, sacarlos indemnes de esta?

-Bien, bien –dijo Greyback. Harry pudo oír una pequeña nota de turbación en esa voz cruel, y supo que Greyback se estaba preguntando si de hecho acababa de atacar y atar al hijo de un oficial del Ministerio. El corazón de Harry estaba golpeando contra sus costillas; no se habría sorprendido de saber que Greyback podía verlo-. Si estás diciendo la verdad, feo, no tienes nada que temer de un viaje al Ministerio. Espero que tu padre nos recompense por recogerte.

-Pero –dijo Harry, con la boca seca-, si nos dejase…

-¡Eh! –se escuchó un grito del interior de la tienda-. ¡Mira esto, Greyback!

Una figura oscura se movió de prisa hacia ellos, y Harry vio un destello de plata bajo la luz de las varitas. Habían encontrado la espada de Gryffindor.

-Muuy bonita –dijo Greyback con admiración, cogiéndola de su compañero-. Oh, muy bonita, sí. Parece fabricada por duendes. ¿De dónde sacaste algo como esto?

-Es de mi padre –mintió Harry, esperando contra toda esperaza que estuviese lo suficientemente oscuro como para que Greyback no viese el nombre grabado bajo la empuñadura-. La cogimos prestada para cortar leña…

-¡Espera un minuto, Greyback! ¡Mira esto, en el *Profeta*!

Cuando Scabior lo dijo, la cicatriz de Harry, que estaba tensa en su dilatada frente, le ardió salvajemente. Con más claridad de la que podía ver a su alrededor, vio un altísimo edificio, una fortaleza sombría, negro azabache y prohibida. De repente los pensamientos de Voldemort se habían vuelto de nuevo afilados; se estaba deslizando hasta el gigante edificio con un sentimiento de calmada y eufórica intención…

Tan cerca… tan cerca…

Con un enorme esfuerzo Harry cerró su mente a los pensamientos de Voldemort, llevéndose de vuelta a donde estaba sentado, atado a Ron, Hermione, Dean, y Griphook en la oscuridad, escuchando a Greyback y Scabior.

-*Hermione Granger* –estaba diciendo Scabior-. *La sangre sucia de la que se tiene constancia que viaja con Harry Potter.*

La cicatriz de Harry ardió en el silencio, pero él hizo un esfuerzo supremo para mantenerse presente, para no deslizarse en la mente de Voldemort. Oyó el crujido de las botas de Greyback cuando se puso de cuclillas, enfrente de Hermione.

-¿Sabes qué, niñata? Esta imagen se parece mucho a ti.

-¡No es así! ¡No soy yo!

El aterrorizado chillido de Hermione fue tan bueno como una confesión.

-... *se tiene constancia de que viaja con Harry Potter* –repitió Greyback tranquilamente.

Una quietud se había instalado sobre la escena. La cicatriz de Harry estaba completamente dolorida, pero luchó con todas sus fuerzas contra la atracción de los pensamientos de Voldemort. Nunca había sido tan importante permanecer en su propia mente.

-Bueno, esto cambia las cosas, ¿no? –susurró Greyback. Nadie habló. Harry sintió a la banda de Saqueadores mirando, paralizados, y notó el brazo de Hermione temblar contra el suyo. Greyback se levantó y dio un par de pasos hacia donde estaba sentado Harry, agachándose de nuevo para mirar de cerca a sus deformadas facciones.

-¿Qué es eso que tienes en la frente, Vernon? –preguntó suavemente, su aliento nauseabundo en la nariz de Harry cuando presionó un asqueroso dedo contra la tensa cicatriz.

-¡No lo toques! –gritó Harry; no pudo evitarlo. Pensó que podría estar enfermo por el dolor que le causaba.

-Creí que llevabas gafas, Potter –susurró Greyback.

-¡Encontré gafas! –gritó uno de los Saqueadores que merodeaba de fondo-. Había gafas en la tienda, Greyback, espera…

Y segundos después las gafas de Harry habían sido colocadas de vuelta en su cara. Los Saqueadores ahora se estaban acercando, tratando de verlo.

-¡Es él! –raspó Greyback-. ¡Hemos cogido a Potter!

Todos dieron algunos pasos hacia atrás, aturdidos por lo que habían hecho. Harry, todavía luchando por mantenerse en su propia cabeza dolorida, no podía pensar en nada que decir. Visiones fragmentadas estaban traspasando la superficie de su mente…

...se estaba deslizando alrededor de los altos muros de la fortaleza negra...

No, era Harry, atado y sin varita, en grave peligro...

...mirando hacia arriba, hacia la ventana más alta, la torre más alta...

Era Harry, y estaban discutiendo su destino en voces bajas...

...hora de volar...

-...al Ministerio?

-A la mierda el Ministerio –gruñó Greyback-. Se llevarían el mérito, y nosotros nos quedaríamos sin nada. digo que se lo llevemos directamente a Quien-tú-sabes.

-¿Lo vas a convocar? ¿Aquí? –dijo Scabior, sonando sobrecogido, aterrorizado.

-No –gruñó Greyback-. No tengo... dicen que está usando la casa de los Malfoy como base. Llevaremos al chico allí.

Harry creyó saber porqué Greyback no llamaba a Voldemort. Al hombre lobo le podrían haber permitido llevar ropas de mortífago cuando querían usarlo, pero sólo el círculo íntimo de Voldemort era marcado con la Marca Tenebrosa: a Greyback no se le había concedido ese honor superior.

La cicatriz de Harry le quemó otra vez…

…y se elevó en el cielo, volando directo hacia las ventanas en lo más alto de la torre…

-…completamente seguro de que es él? Porque si no lo es, Greyback, estamos muertos.

-¿Quién está al mando, aquí? –rugió Greyback, cubriendo su momento de insuficiencia-. Yo digo que es Potter, además de su varita, ¡y eso son doscientos mil galeones aquí mismo! Pero si no tenéis las agallas suficientes para venir, ninguno de vosotros, es todo para mí, y con algo de suerte, ¡además me llevaré a la chica!

…la ventana era una mínima ranura en la roca negra, no lo suficientemente grande para que entrase un hombre… una figura esquelética era visible a través de ella, acurrucada bajo una manta… ¿Muerta o durmiendo?

-¡Muy bien! –dijo Scabior-. ¡Muy bien, estamos en esto! ¿Y qué pasa con los otros, Greyback, qué haremos con ellos?

-Bien podríamos llevarlos a todos. Tenemos dos sangres sucia, eso son otros diez galeones. Dame también la espada. Si son rubíes, tenemos otra pequeña fortuna aquí.

Arrastraron a los prisioneros para ponerlos de pie. Harry pudo escuchar la respiración de Hermione, rápida y aterrorizada.

-Agarradlos, y fuerte. ¡Yo cojo a Potter! –dijo Greyback, agarrando un puñado del cabello de Harry. Harry pudo sentir sus largas uñas amarillas arañándole el cráneo-. ¡A la de tres! Uno… dos… tres…

Se Desaparecieron, llevando a los prisioneros con ellos. Harry luchó, intentando apartar la mano de Greyback, pero fue inútil: Ron y Hermione estaban apretados con fuerza contra él a cada lado; no se podía separar del grupo, y cuando el aliento se escapó de sus pulmones, su cicatriz ardió todavía más dolorosamente…

…cuando se forzó a pasar a través de la ranura de una ventana como una serpiente y aterrizó ligeramente como vapor en el interior de la celda…

Los prisioneros se chocaron unos contra otros cuando aterrizaron en un camino rural. A los ojos de Harry, todavía hinchados, les llevó un momento aclimatarse. Entonces vio un par de verjas de hierro forjado al principio de lo que parecía ser un camino de entrada. Experimentó un pequeño alivio. Lo peor aún no había pasado: Voldemort no estaba allí. Estaba, Harry sabía, en la cima de una torre. Lo que tardaría Voldemort en llegar a este lugar una vez que supiese que Harry estaba allí, era otro asunto…

Uno de los Saqueadores avanzó hacia las rejas y las sacudió.

-¿Cómo entramos? Están cerradas, Greyback, no puedo… ¡Caray!

Apartó las manos asustado. El hierro se estaba retorciendo, doblándose para pasar de los abstractos rollos y espirales a una cara espantosa, que habló en una voz metálica y retumbante: -¡Declara tu propósito!

-¡Tenemos a Potter! –rugió Greyback con triunfo-. ¡Hemos capturado a Harry Potter!

Las verjas se abrieron.

-¡Vamos! –le dijo Greyback a sus hombres. Movieron a los prisioneros por las rejas y por el camino, entre altos setos que amortiguaban sus pasos. Harry vio una forma blanca fantasmal sobre él, y se dio cuenta de que era un pavo real albino. Se tropezó y Greyback lo enderezó; ahora avanzaba tambaleante por el lateral, atado espalda contra espalda a los otros cuatro prisioneros. Cerrando sus hinchados ojos, permitió que el dolor de la cicatriz lo abrumase por un momento, queriendo saber lo que estaba haciendo Voldemort, si sabía que habían cogido a Harry...

La consumida figura se estiró bajo la delgada manta y se dio la vuelta hacia él, abriendo los ojos en una cara cadavérica... el frágil hombre se sentó, con los ojos hundidos fijos en él, en Voldemort, y entonces sonrió. Le faltaban la mayoría de los dientes...

-Así que has venido. Pensé que lo harías... un día. Pero tu viaje ha sido en vano. Nunca la tuve.

-¡Mientes!

Cuando la rabia de Voldemort vibró en su interior, la cicatriz de Harry amenazó con estallar de dolor, por lo que obligó a su mente a volver a su propio cuerpo, luchando para mantenerse presente mientras los prisioneros eran empujados sobre la grava.

La luz se derramó sobre todos ellos.

-¿Qué es esto? –dijo la voz fría de una mujer.

-¡Estamos aquí para ver a El-que-no-debe-ser-nombrado! –raspó Greyback.

-¿Quién eres tú?

-¡Sabes quién soy! –hubo resentimiento en la voz del hombre lobo-. ¡Fenrir Greyback! ¡Hemos cogido a Harry Potter!

Greyback agarró a Harry y lo arrastró hacia la luz, forzando a los otros prisioneros a arrastrase con él.

-Lo sé, está hinchado, señora, ¡pero es él! –apuntó Scabior-. Si lo mira un poco más cerca, verá su cicatriz. Y esta aquí, ¿ve a la chica? Es la sangre sucia que ha estado viajando con él, señora. No hay duda de que es él, ¡y también tenemos su varita! Aquí, señora…

A través de sus hinchados ojos, Harry vio a Narcissa Malfoy examinando su inflamada cara. Scabior le pasó la varita de endrino. Ella levantó las cejas.

-Traedlos dentro –dijo.

Harry y los otros fueron empujados a golpes por los amplios escalones de piedra hasta llegar a un vestíbulo con retratos alineados.

-Seguidme –dijo Narcissa, encabezando la marcha por el pasillo-. Mi hijo, Draco, está en casa por las vacaciones de Semana Santa. Si ese es Harry Potter, él lo sabrá.

El salón deslumbraba después de la oscuridad exterior; incluso con los ojos casi cerrados, Harry podía distinguir las amplias proporciones de la habitación. Una lámpara de araña colgaba del techo, había más retratos en las paredes de color morado oscuro. Dos figuras se levantaron de sus sillas situadas enfrente de una recargada chimenea de mármol cuando los prisioneros fueron introducidos a la fuerza en la habitación por los Saqueadores.

-¿Qué es esto?

La espantosamente conocida y arrastrada voz de Lucius Malfoy llegó a los oidos de Harry. Ahora le estaba entrando pánico. No podía ver una salida, y era más fácil, mientras su miedo aumentaba, bloquear los pensamientos de Voldemort, aunque su cicatriz todavía seguía quemando.

-Dicen que tienen a Potter –dijo la fría voz de Narcissa-. Draco, ven aquí.

Harry no se atrevió a mirar directamente a Draco, sino que lo miró de soslayo: una figura ligeramente más

alta que él levantándose de un sillón, su cara un pálido y puntiagudo borrón bajo el cabello rubio blanquecino.

Greyback obligó a los prisioneros a girarse de nuevo para colocar a Harry directamente bajo la lámpara de araña.

-¿Bien, chico? –raspó el hombre lobo.

Harry estaba de cara a un espejo sobre la chimenea, un enorme objeto dorado en un marco intrincado y con volutas. A través de las ranuras de sus ojos vio su propio reflejo por primera vez desde que dejaron Grimmauld Place.

Su cara estaba enorme, brillante y rosa, todas sus facciones distorsionadas por la maldición de Hermione. El cabello negro le llegaba a los hombros y había una sombra oscura en su mandíbula. Si no supiese que estaba allí parado, se habría preguntado quién llevaba sus gafas. Decidió no hablar, porque su voz seguramente lo delataría; aún así evitó mantener contacto visual con Draco cuando este se acercó.

-¿Bien, Draco? –dijo Lucius Malfoy. Sonaba ávido-. ¿Lo es? ¿Es Harry Potter?

-No puedo… no puedo estar seguro –dijo Draco. Estaba manteniendo las distancias con Greyback, y parecía tan asustado de mirar a Harry como Harry lo estaba de mirarlo.

-¡Pero míralo detenidamente, míralo! ¡Acércate más!

Harry nunca había escuchado a Lucius Malfoy tan entusiasmado.

-Draco, si somos los que le entregamos a Potter al Señor Tenebroso, todo será perdon…

-Ahora, no nos olvidemos de quién lo cogió en realidad. Eso espero, señor Malfoy –dijo Greyback amenazador.

-¡Por supuesto que no! ¡Por supuesto que no! –dijo Lucius con impaciencia. Se acercó a Harry, tan cerca que este pudo ver la habitual cara lánguida y pálida con nitidez incluso con los ojos hinchados. Con la cara como una máscara inflamada, Harry se sintió como si estuviese mirando a través de las barras de una celda.

-¿Qué le hicisteis? –le preguntó Lucius a Greyback-. ¿Cómo llegó a este estado?

-No fuimos nosotros.

-Parece más bien una Maldición Picante –dijo Lucius.

Sus ojos barrieron la frente de Harry.

-Hay algo ahí –susurro-. Podría ser la cicatriz, estirada tensa… ¡Draco, ven aquí, observa adecuadamente! ¿Qué crees?

Harry vio ahora la cara de Draco cerca, justo al lado de la de su padre. Eran extraordinariamente parecidos, excepto que mientras su padre parecía más

entusiasmado que nunca, la expresión de Draco estaba llena de desgana, incluso miedo.

-No lo sé –dijo, y se marchó hacia la chimenea donde su madre estaba mirándolos.

-Es mejor que estemos seguros, Lucius –le dijo Narcissa a su marido en su fría voz-. Completamente seguros de que es Potter, antes de avisar al Señor Tenebroso… Dicen que esta es suya –estaba mirando muy de cerca la varita de endrino-, pero no se parece a la descripción de Ollivander… Si estamos equivocados, si llamamos al Señor Tenebroso para nada… ¿Recuerdas lo que le hizo a Rowle y Dolohov?

-¿Y qué pasa con la sangre sucia, entonces? –gruñó Greyback. Harry casi se cayó al suelo cuando los Saqueadores obligaron a los prisioneros a girar otra vez, para que la luz cayese sobre Hermione.

-¡Espera! –dijo Narcissa bruscamente-. Sí… ¡estaba en la tienda de Madam Malkin's con Potter! ¡Vi la fotografía en el Profeta! Mira, Draco, ¿no es la chica Granger?

-Yo… tal vez… sí.

-Pero entonces, ¡ese es el chico Weasley! –gritó Lucius, rodeando a los prisioneros hasta llegar a Ron-. Son ellos, los amigos de Potter… Draco, míralo, ¿no es el hijo de Arthur Weasley, cómo se llama…?

-Sí –dijo Draco de nuevo, dándole la espalda a los prisioneros-. Puede ser.

La puerta del salón se abrió detrás de Harry. Una mujer habló, y el sonido de su voz elevó el miedo de Harry hasta un punto culminante.

-¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado, Cissy?

Bellatrix Lestrange caminó con lentitud alrededor de los prisioneros, y paró a la derecha de Harry, mirando a Hermione a través de sus ojos de párpados caídos.

-Pero bueno –dijo calmadamente-, ¿esta es la sangre sucia? ¿Es esta Granger?

-¡Sí, sí, es Granger! –gritó Lucius-. Y a su lado, creemos, ¡Potter! ¡Potter y sus amigos, por fin capturados!

-¿Potter? –chilló Bellatrix, y se apartó, para observar mejor a Harry-. ¿Estás seguro? Bueno entonces, ¡el Señor Tenebroso debe ser informado de inmediato!

Se levantó la manga izquierda: Harry vio la Marca Tenebrosa quemada en la piel de su brazo, y supo que estaba a punto de tocarla, de convocar a su querido amo…

-¡Estaba a punto de llamarlo! –dijo Lucius y su mano se cerró sobre la muñeca de Bellatrix, evitando que tocara la Marca-. Yo seré el que lo convoque, Bella. Potter ha sido traído a mi casa, y por lo tanto está bajo mi autoridad…

-¡Tu autoridad! –se burló ella, intentando liberar la mano de su agarre-. ¡Perdiste tu autoridad cuando

perdiste la varita, Lucius! ¡Cómo te atreves! ¡Quítame las manos de encima!

-Esto no tiene nada que ver contigo, no capturaste al chico…

-Perdone, señor Malfoy –interrumpió Greyback-, pero fuimos nosotros los que capturamos a Potter, y somos nosotros los que reclamaremos el oro…

-¡Oro! –se rió Bellatrix, todavía intentando apartar a su cuñado, su mano libre bajando a su bolsillo para buscar la varita-. Coge tu oro, asqueroso carroñero, ¿qué me importa el dinero? Sólo busco el honor de su… de…

Paró de luchar, sus ojos oscuros fijos en algo que Harry no podía ver. Lleno de júbilo ante su capitulación, Lucius apartó la mano y rasgó su propia manga…

-¡PARA! –chilló Bellatrix- ¡No la toques, todos moriremos si el Señor Tenebroso viene ahora!

Lucius se paralizó, su dedo índice suspendido sobre su Marca Tenebrosa. Bellatrix salió de la limitada visión de Harry.

-¿Qué es eso? –la oyó decir.

-Una espada –gruñó un Saqueador fuera de vista.

-Dámela.

-No es suya, señora, es mía, la encontré yo.

Hubo un estrépito y un destello de luz roja; Harry supo que el Saqueador había sido aturdido. Hubo un rugido de rabia de sus compañeros: Scabior sacó la varita.

-¿A qué crees que estás jugando, mujer?

-¡Stupefy! –gritó ella- ¡Stupefy!

Ellos no estaban a la altura de Bellatrix, a pesar de ser cuatro contra ella: era una bruja, como Harry sabía, con talento prodigioso y ninguna conciencia. Cayeron donde se encontraban, todos menos Greyback, que había sido obligado a ponerse de rodillas, con los brazos estirados. Por las comisuras de sus ojos, Harry vio a Bellatrix mirando al hombre lobo, con la espada de Gryffindor agarrada con fuerza en su mano, su cara como cera.

-¿Dónde conseguiste esta espada? -susurró a Greyback mientras arrancaba la varita de su mano sin que él ofreciera resistencia.

-¿Cómo te atreves? -gruñó él, su boca era la única parte de su cuerpo que podía mover mientras se esforzaba por mirarla. Desnudó sus dientes puntiagudos-. ¡Suéltame, mujer!

-¿Dónde conseguiste esta espada? -repitió ella, blandiéndola ante su cara-. ¡Snape la envió a una cámara en Gringotts!

-Esta estaba en su tienda, -gruñó Greyback-. ¡Suéltame te digo!

Ella ondeó su varita, y el hombrelobo saltó sobre sus pies, pero se mostró demasiado cauteloso como para acercársele. Rodó hasta detrás de un sillón, sus sucias uñas curvadas se clavaron en el respaldo del mismo.

-Draco, saca a esta basura -dijo Bellatrix, señalando a los hombres inconscientes-. Si no tienes agallas para terminar con ellos, déjalos en el patio para mí.

-No te atrevas a hablar así a Draco. -dijo Narcisa furiosamente, pero Bellatrix chilló.

-¡Cállate! ¡Esta situación es más grave de lo que posiblemente puedas imaginar, Cissy! ¡Tenemos un problema muy serio!

Se puso en pie, jadeando ligeramente, bajando la mirada a la espada, examinando su empuñadura. Después se volvió hacia los silenciosos prisioneros.

-Si de verdad es Potter, no debe sufrir daño, -murmuró, más para sí misma que para los demás-. El Señor Oscuro desea disponer de Potter él mismo... Pero si averigua... debo... debo saber..

Se giró de nuevo hacia su hermana.

-¡El prisionero debe ser encerrado en la celda, mientras yo pienso en qué se debe hacer!

-Esta es mi casa, Bella, tú no me das órdenes en mi...

-¡Hazlo! ¡No tienes ni idea del peligro en el que estamos! -chilló Bellatrix. Parecía asustada, loca; una delgada corriente de fuego salió de su varita y quemó un agujero en la alfombra.

Narcissa vaciló un momento, después se dirigió al hombrelobo.

-Lleva a estos prisioneros abajo a la celda, Greyback.

-Espera -dijo Bellatrix agudamente-. A todos excepto... excepto a la sangresucia.

Greyback soltó un gruñido de placer.

-¡No! -gritó Ron-. ¡Puedes teneme a mí, cógeme a mí!

Bellatrix le cruzó la cara de una bofetada, el golpe resonó por toda la habitación.

-Si ella muere en el interrogatorio, tú serás el siguiente -dijo-. El traidor de sangre es el siguiente pero la sangre sucia está en mi lista. Llévalos abajo, Greyback, y asegúrate de que están a salvo, no les hagas nada más... aún.

Le lanzó a Greyback su varita, después sacó un cuchillo corto de plata de su túnica. Cortó la cuerda separando a Hermione de los demás prisioneros, la arrastró por el pelo hasta el medio de la habitación, mientras Greyback obligaba al resto a avanzar hacia la otra puerta, hasta un oscuro pasillo, con la varita sostenida ante él, proyectando una fuerza invisible e irresistible.

-¿Creéis que me dará un trozo de la chica cuando termine con ella? -gaznó Greyback mientras los arrastraba a lo largo del pasillo-. Creo que conseguiré un pedazo o dos, ¿no crees, pelirrojo?

Harry podía sentir a Ron temblando. Fueron forzados a bajar un tramo de escalones, todavía atados espalda con espalda y a riesgo de resbalar y romperse el cuello en cualquier momento. En el fondo había una pesada puerta. Greyback la abrió con su varia, después les obligó a entrar en la oscura, húmeda y mohosa habitación y los dejó en medio de una oscuridad total. El eco del golpe de la puerta al cerrarse no había muerto cuando un terrible y desgarrado gritó llegó de directamente de encima de ellos.

-¡HERMIONE! -bramó Ron, y empezó a retorcerse y luchar contra las cuerdas que los ataban, haciendo que Harry se tambaleara-. ¡HERMIONE!

-¡Cállate! -dijo Harry-. Cállate, Ron, tenemos que salir de aquí…

-¡HERMIONE, HERMIONE!

-Necesitamos un plan, deja de chillar… tenemos que librarnos de estas cuerdas…

-¿Harry? -llegó un susurró a través de la oscuridad-. ¿Ron! ¿Eres tú?

Ron dejó de gritar. Se produjo un sonido de movimiento cerca de ellos, entonces Harry vio una sombra que se acercaba.

-¿Harry? ¿Ron?

-¿Luna?

-¡Si, soy yo! ¡Oh, no, no quería que os capturaran!

-¿Luna, puedes ayudarnos a librarnos de estas cuerdas? -dijo Harry.

-Oh, si, eso espero... Hay una vieja púa que utilizamos si tenemos que cortar algo... solo un momento...

Hermione gritó de nuevo arriba, y pudieron oir a Bellatrix gritando también, pero sus palabras resultaron inaudibles, porque Ron gritaba de nuevo.

-¡HERMIONE! ¡HERMIONE!

-¿Señor Ollivander? -pudo Harry oir que decía Luna-. ¿Señor Ollivander, tiene la púa? Si se mueve solo un poco... creo que estaba junto a la palangana de agua.

Estuvo de vuelta en segundos.

-Tenéis que estaros quietos -dijo.

Harry podía sentirla trabajando con las fibras resistentes de la cuerda para soltar los nudos. Desde arriba oyeron la voz de Bellatrix.

-¡Voy a preguntártelo de nuevo! ¿De donde ha salido esta espada? ¿De donde?

-La encontramos... la encontramos... ¡POR FAVOR! -gritó Hermione de nuevo. Ron luchó con más fuerza que nunca, y la púa oxidada resbaló sobre la muñeca de Harry.

-¡Ron, por favor estate quieto! -susurró Luna-. No puedo ver lo que estoy haciendo....

-¡En mi bolsillo! -dijo Ron-. ¡En mi bolsillo, hay un Desiluminador, y está lleno de luz!

Unos pocos segundos después, se oyó un click y las esferas luminiscentes que el Desiluminador había succionado de las lámparas de la tienda de campaña volaron hasta el techo. Incapaz de unir sus fuerzas, simplemente colgaron allí como diminutos soles, bañando la habitación de luz. Harry vio a Luna, toda ojos en su cara blanca, y la inmóvil figura de Ollivander, el fabricante de varitas, acurrucada en el suelo en la esquina. Girando el cuello, captó un vistazo de sus compañeros prisioneros: Dean y Griphook el duende, que parecía a penas consciente, mantenido en pie por las cuerdas que le ataban a los humanos.

-Oh, así es mucho más fácil, gracias, Ron -dijo Luna, y empezó de nuevo a trabajar en sus ataduras- ¡Hola, Dean!

Desde arriba llegó la voz de Bellatrix.

-Estás mintiendo, asquerosa sangresucia, y lo sé! ¡Has estado dentro de mi cámara de Gringotts! ¡Dime la verdad!

Otro terrible grito...

-¡HERMIONE!

-¿Que más cogisteis? ¿Qué más tomásteis? ¡Dime la verdad o, lo juro, te atravesaré con este cuchillo!

-¡Ya!

Harry sintió las cuerdas caer y se giró, frotándose las muñecas, para ver a Ron corriendo por la celda, levantando la mirada hacia el bajo techo, buscando una trampilla. La cara de Dean estaba magullada y sanguinolenta, dijo "Gracias" a Luna y se quedó allí de pie, temblando, pero Griphook se derrumbó en el suelo de la celda, con aspecto de estar atontado y desorientado, había muchos verdugones en su cara atezada.

Ron estaba ahora intentando Desaparecer sin varita.

-No hay forma de salir, Ron -dijo Luna, observando sus infructuosos esfuerzos-. El techo es completamente a prueba de fugas. Yo lo intenté, al principio; el Señor Ollivander ha estado aquí mucho tiempo, él también lo intentó.

Hermione estaba gritando de nuevo. El sonido atravesó a Harry como un dolor físico.

Apenas consciente del feroz dolor de su cicatriz, también él empezó a correr por la celda, tanteando las paredes aunque sabía, en el fondo de su corazón que era inútil.

-¿Qué más os llevasteis, qué mas? ¡RESPONDEME! *¡CRUCIO!*

Los gritos de Hermione resonaban entre las paredes de arriba, Ron estaba medio sollozando mientras aporreaba las paredes con los puños, y Harry con absoluta desesperación aferró la bolsita de Hagrid que llevaba al cuello y tanteó dentro de ella. Sacó la Snitch de Dumbledore y la sacudió esperando que ocurriera algo, aunque sin saber qué… no ocurrió nada… ondeó las mitades rotas de la varita de fénix, pero estaba sin vida… el fragmento de espejo cayó centelleando sobre el suelo, y vio un rayo de azul chispeante… el ojo de Dumbledore estaba mirándole desde el espejo.

-¡Ayúdanos! -chilló hacia él loco de desesperación- Estamos en una celda en Malfoy Manor, ayúdanos!

El ojo parpadeó y desapareció.

Harry no estaba seguro de si realmente había estado allí. Inclinó el trozo de espejo a un lado y al otro, y no voy nada reflejado en él excepto las paredes y el techo de su prisión, y arriba Hermione estaba gritando más que nunca, y junto a él Ron estaba bramando,

-¡HERMIONE! ¡HERMIONE!

-¿Cómo entrasteis en mi cámara? -oyeron gritar a Bellatrix-. ¿Ese sucio duendecillo os ayudó a entrar?

-¡Le conocimos esta noche! -sollozó Hermione-. Nunca hemos estado dentro de tu cámara… ¡No es la auténtica espada! ¡Es una copia, solo una copia!

-¿Una copia? -chilló Bellatrix-. ¡Oh, una historia probable!

-¡Pero podemos averiguarlo fácilmente! -llegó la voz de Lucius-. ¡Draco, vuelve a traer al duente, él puede decirnos si la espada es auténtica o no!

Harry se apresuró a atravesar la celda hasta donde Griphook estaba acurrucado en el suelo.

-Griphook -susurró en la oreja puntiaguda del duente-, debes decirles que la espada es falsa, no deben saber que es la auténtica, Griphook, por favor…

Podía oir a alguien bajando a la carrera los escalones hasta la celda. Al momento siguiente, la voz temblorosa de Draco habló tras la puerta.

-Quedáos atrás. Alineeados contra la pared de arás. ¡No intentéis nada, u os mataré!

Hicieron lo que les decía. Cuando el cerrojo se descorrió, Ron accionó el Desiluminador y las luces volvieron a su bolsillo, restaurando la oscuridad de la celda. La puerta se abrió de golpe. Malfoy marchó hasta dentro, con la varita sujeta ante él, pálido y decidido. Agarró al duende con el brazo y retrocedió, arrastrando a Griphook con él.

La puerta se cerró y al mismo momento un ruidoso *crack* resonó dentro de la celda.

Ron accionó el Desiluminador. Tres bolas de luz flotaron de vuelta al aire desde su bolsillo, revelando a

Dobby el elfo doméstico, que simplemente había Aparecido entre ellos.

-¡DOB...!

Harry golpeó el brazo de Ron para evitar que gritara, y Ron pareció horrorizado ante su error. Se oyeron pasos cruzando el techo arriba, Draco llevando a Griphook ante Bellatrix.

Los enormes ojos con forma de pelota de tenis de Dobby estaban abiertos de par en par, estaba templando de los pies a las orejas. Estaba de vuelta en la casa de sus antiguos amos, y esto claramente le había dejado petrificado.

-Harry Potter -chilló con su más fina y temblorosa voz-. Dobby ha venido a rescatarte.

-¿Pero como...?

Un horrendo grito ahogó las palabras de Harry. Hermione estaba siendo torturada de nuevo. Saltó a lo esencial.

-¿Puedes Desaparecerte fuera de esta celda? -preguntó a Dobby, quien asintió, sus orejas aletearon.

-¿Y puedes llevar humanos contigo?

Dobby asintió de nuevo.

-Vale. Dobby, quiero que cogas a Luna, Dean y al Señor Ollivander, y los lleves a... los lleves a....

-La casa de Bill y Fleur -dijo Ron-. ¡Shell Cottage a las afueras de Tinworth!

El elfo asintió por primera vez.

-Y después vuelve, -dijo Harry-. ¿Puedes hacerlo, Dobby?

-Por supuesto, Harry Potter -susurró el pequeño elfo. Se acercó presuroso hasta el Señor Ollivander, que parecía estar apenas consciente. Tomó una de las manos del fabricante de varitas en una de las suyas, después extendió la otra a Luna y Den, ninguno de los cuales se movieron.

-¡Harry, queremos ayudarte! -susurró Luna.

-No podemos dejarte aquí -dijo Dean.

-¡Marchaos los dos! Os veremos en la casa de Bill y Fleur.

Mientras Harry hablaba, su cicatriz ardió peor que nunca, y por unos segundos bajó la mirada, no hacia el fabricante de varitas, sino hacia otro hombre que era igual de viejo, igual de delgado, pero reía desdeñosamente.

-¡Mátame entonces, Voldemort, doy la bienvenida a la muerte! Pero mi muerte no te conseguirá lo que buscas… Hay mucho que no entiendes…

Sintió la furia de Voldemort, pero cuando Hermione gritó otra vez despertó, volviendo a la celda y al horror de su propio presente.

-¡Vamos! -imploró a Luna y Dean-. ¡Vamos! ¡Os seguiremos en seguida!

Ellos cogieron los dedos extendidos del elfo. Se oyó otro ruidoso crack y Dobby, Luna, Dean y Ollivander se desvanecieron.

-¿Qué fue eso? -gritó Lucius Malfoy sobre sus cabezas-. ¿Oísteis eso? ¿Que fue ese ruido en la celda?

Harry y Ron se miraron el uno al otro.

-¡Draco... no, llama a Colagusano! ¡Haz que vaya a comprobarlo!

Unos pasos cruzaron la habitación arriba, después se hizo un silencio. Harry sabía que la gente del salón de dibujo estaba escuchando en busca de más ruidos desde la celda.

-Vamos a tener que intentar abalanzarnos sobre él -le susurró a Ron. No tenían elección. En el momento en que alguien entrara en la habitación y viera la ausencia de los tres prisioneros, estarían perdidos-. Deja las luces encendidas, -añadió Harry, y oyeron los pasos de alguien descendiendo al otro lado de la puerta, retrocedieron contra la pared del otro lado.

-Quedáos atrás. -les llegó la voz de Colagusano-. Quedáos lejos de la puerta. Voy a entrar.

La puerta se abrió. Durante una fracción de segundo Colagusano miró al interior de la aparentemente vacía celda, iluminada por tres soles en minuatura que flotaban en medio del aire. Entonces Harry y Ron se lanzaron sobre él. Ron agarró la varita de Colagusano y obligándole a apuntarla hacia arriba.

Harry le estampó una mano en la boca, amortiguando su voz. Lucharon en silencio. La varita de Colagusano emitía chispas, su mano plateada se cerró alrededor de la garganta de Harry.

-¿Qué pasa, Colagusano? -gritó Lucius Malfoy arriba.

-¡Nada! -gritó Ron en respuesta, en una pasable imitación de la voz chillona de Colagusano-. ¡Todo bien!.

Harry a penas podía respirar.

-¿Vas a matarme? -consiguió decir Harry, intentando apalancar los dedos de metal-. ¿Después de que te salvé la vida? ¡Me debes una, Colagusano!

Los dedos de plata se aflojaron. Harry no lo había esperado. Se liberó atónito, manteniendo la mano sobre la boca de Colagusano. Vio los llorosos ojillos de rata abiertos de miedo y sorpresa. Parecía tan sorprendido como Harry por lo que había hecho, ante ese diminuto y misericordioso impulso que le había traicionado, y volvió a estrangularle más poderosamente, como para compensar ese momento de debilidad.

-Y necesitamos esto -susurró Ron, arrancándole a Colagusano la varita de su otra mano.

Sin varita, indefenso, las pupilas de Pettigres se dilataron de terror. Sus ojos habían resbalado de la cara de Harry hasta otro sitio. Sus propios dedos de plata se estaban moviendo inexorablemente hacia su propia garganta.

-No...

-Sin detenerse a pensar, Harry intentó tirar hacia atrás de la mano, pero no había forma de detenerla. La herramienta de plata que Voldemort había dado a su sirviente más cobarde se había vuelto contra su desarmado e indefenso propietario. Pettigrew estaba recibiendo la recompensa por su vacilación, por su instante de piedad; estaba siendo estrangulado ante sus ojos.

-¡No!

Ron había soltado también a Colagusano, y juntos él y Harry intentaban apartar los dedos de metal de la garganta de Colagusano, pero fue inútil. Pettigrew se estaba volviendo azul.

-¡Relashio! -dijo Ron, apuntando la varita hacia la mano de plata, pero no ocurrió nada.

Pettigrew cayó de rodillas, y en el mismo momento, Hermione soltó un grito atormentado arriba. Los ojos de Colagusano se pusieron en blanco en su cara púrpura; dio una última sacudida, y se quedó quieto.

Harry y Ron se miraron el uno al otro, después dejaron el cuerpo de Colagusano en el suelo tras ellos, y corrieron escaleras arriba hacia el pasillo ensombrecido que conducía al salón de dibujo. Se arrastraron cautelosamente hasta alcanzar la puerta del salón de dibujo, que estaba entreabierta. Ahora tenía una vista clara de Bellatrix que bajaba la mirada hacia Griphook, que sujetaba la espada de Gryffindor en su manos de dedos largos. Hermione yacía a los pies de Bellatrix. Apenas se movía.

-¿Y bien? -dijo Bellatrix a Griphook-. ¿Es la auténtica espada?

Harry esperó, conteniendo el aliento, luchando contra el dolor de su cicatriz.

-No -dijo Griphook-. Es una copia.

-¿Estás seguro? -jadeó Bellatrix-. ¿Totalmente seguro?

-Si -dijo el duende.

El alivio estalló en la cara de ella, toda tensión desapareció.

-Bien -dijo, y con un ondeo casual de su varita hizo otro profundo corte en la cara del duente, y este cayó con un grito a sus pies. Ella le pateó a un lado-. Y ahora -dijo con una voz que destilaba triunfo-. ¡llamaremos al Señor Oscuro! -Y se subió la manga y tocó con la punta de su dedo la Marca Oscura.

Al instante, Harry sintió la cicatriz como si se hubiera abierto otra vez. Su auténtico entorno se desvaneció. Él era Voldemort, y el esquelético mago que tenía ante él se reía desdentado, se enfureció por la llamada que sentía... *les había advertido, les había dicho que no le convocaran a menos que fuera por Potter. Si se equivocaban...*

-¡Matame entonces! -exigió el viejo-. ¡No vencerás, no puedes vencer! Esa varita nunca, jamás será tuya...

Y la furia de Voldemort se desató. Una explosión de luz verde llenó la celda de la prisión y el frágil y viejo cuerpo se alzó en su cama dura y volvió a caer, sin vida, y Voldemort regresó a la ventana, su furia a penas controlada... Sufrirían su venganza si no tenían buenas razones para llamarle...

-Y creo -dijo la voz de Bellatrix-, que podemos deshacernos de la sangresucia Greyback, llévatela si quieres.

-¡NOOOOOOO!

Ron había irrumpido en el salón de dibujo. Bellatrix miró alrededor, sorprendida, giró su varita peor enfrentar a Ron en lugar de...

-¡Expelliarmus! -rugió Ron, apuntando la varita de Colagusano hacia Bellatrix, y la de ella voló en el aire y fue capturada por la mano de Harry, que había entrado corriendo tras Ron. Lucius, Narcissa, Draco y Greyback se dieron media vuelta. Harry gritó, *"¡Desmanius!"* y Lucius Malfoy se derrumbó junto a la chimenea. Rayos

de luz salieron disparados de las varitas de Draco, Narcissa y Greyback. Harry se lanzó al suelo, rodando tras el sofá para evitarlos.

-¡ALTO O ELLA MUERE!

Jadeando, Harry se asomó por detrás del sofá. Bellatrix mantenía en pie Hermione, que parecía inconsciente, y sujetaba su cuchillo en la garganta de Hermione.

-Dejad caer las varitas -susurró-. ¡Dejádlas caer, o veremos exactamente como de sucia es su sangre!

Ron se quedó rígido, aferrando la varita de Colagusano. Harry se enderezó, todavía sujetando la de Bellatrix.

-¡He dicho que las dejéis caer! -chilló ella, presionando la hoja contra la gartanta de Hermione.

Harry vio aparecer gotas de sangre.

-¡De acuerdo! -gritó, y dejó caer la varita de Bellatrix al suelo a sus pies.

Ron hizo lo mismo con la de Colagusano. Ambos alzaron las manos a la altura de los hombros.

-¡Bien! -dijo ella maliciosa-. ¡Draco, recógelas! ¡El Señor Oscuro está de camino, Harry Potter! ¡Tu muerte se aproxima!

Harry lo sabía, su cicatriz estallaba de dolor, y podía sentir a Voldemort volando a través del cielo en la distancia, sobre un oscuro y tormentoso mar, y pronto

estaría lo suficientemente cerca como Aparecerse ante ellos, y Harry no veía forma de escapar.

-Ahora -dijo Bellatrix suavemente, mientras Draco se apresuraba a volver hasta ella con las varitas-. Cissy, creo que deberíamos volver a atar a estos pequeños héroes, mientras Greyback se ocupa de la Señorita Sangresucia. Estoy segura de que el Señor Oscuro no te escatimará a la chica, Greyback, después de lo que has hecho esta noche.

Al finalizar esta última palabras se oyó un peculiar chirrido arriba. Todos ellos levantaron la mirada a tiempo de ver la araña de cristal temblar; con un crujido y un amenazador cascabeleo, empezó a caer. Bellatrix, que estaba directamente bajo ella, dejó caer a Hermione y se lanzó a un lado con un grito. La araña de cristal de estrelló contra el suelo con una explosión de cristal y cadenas, cayendo sobre Hermione y el duende, que todavía estaba aferrado a la espada de Gryffindor. Trozos brillantes de cristal volaron en todas direcciones. Draco se dobló por la mitad, cubriéndose con las manos la cara ensangrentada.

Mientras Ron corría a sacar a Hermione de las ruinas, Harry aprovechó la oportunidad. Saltó sobre el sillón y arrancó las tres varitas de la mano de Draco, apuntando con todas ellas a Greyback,

-*¡Desmanius!*.

El hombrelobo se alzó sobre sus pies a causa del triple hechizo, salió volando hasta el techo y después se estrelló contra el suelo.

Mientras Narcissa arrastraba a Draco fuera de peligro, Bellatriz se ponía en pie, con el pelo volando mientras blandía el cuchillo de plata; pero Narcisa había dirigido su varita hacia la puerta.

-¡Dobby! -gritó y incluso Bellatrix se quedó congelada-. ¡Tú! ¿Hiciste caer la araña...?

El diminuto elfo entró trotando en la habitación, su dedo tembloros apuntaba a su antigua señora.

-No debe hacer daño a Harry Potter -chilló.

-¡Mátale, Cissy! -chilló Bellatrix, pero se oyó otro crujido, y la varita de Narcissa también voló en el aire para aterrizar al otro lado de la habitación.

-¡Asqueroso monito! -ladró Bellatrix-. ¿Cómo te atreves a tomar la varita de una bruja, cómo te atreves a desafiar a tus amos?

-¡Dobby no tiene amo! -chilló el elfo-. ¡Dobby es libre, y Dobby tiene que salvar a Harry Potter y sus amigos!

La cicatriz de Harry le cegaba de dolor. Atontado, supo que tenía momentos, segundos, antes de que Voldemort estuviera allí con ellos.

-Ron, cógela... y VETE! -chilló, tirándole una de las varitas, después se inclinó para sacar a Griphook de debajo de la araña. Cargándose al gemebudo duende, que todavía aferraba la espada, al hombro, Harry agarró la mano de Dobby y giró en el punto para Desaparecer.

Mientras giraba en la oscuridad captó un último vistazo del salón de dibujo con las figuras pálidas y congeladas de Narcissa y Draco, de la veta de rojo que era el pelo de Ron, y de un destello azul de plata voladora cuando Bellatrix tiró el cuchillo desde el otro lado de la habitación hacia el lugar donde él se estaba desvaneciendo... la casa de Bill y Fleur... Shell Cottage... la casa de Bill y Fleur...

Había desaparecido a lo desconocido, todo lo que podía hacer era repetir el nombre de destino y esperar que eso fuera suficiente para llevarle allí. El dolor en su frente le atravesaba, y el peso del duende la aplastaba. Podía sentir la hoja de la espada de Gryffindor golpeando contra su espalda, la mano de Dobby tirando de la suya, se pregundo si el elfo estaba intentado hacerse cargo de la Desaparición, empujarles en la dirección correcta, o intentando, aprentándole los dedos, indicar que todo iba bien...

Y entonces golpearon tierra sólida y olieron el aire ensalitrado. Harry cayó de rodillas, soltando la mano de Dobby, e intentado bajar gentilmente a Griphook al suelo.

-¿Estás bien? -dijo cuando el duende se movió, pero Griphook simplemente lloriqueó.

Harry escudriñó la oscuridad. Parecía haber una casa de campo no muy lejos bajo el ancho y estrellado cielo, y creyó ver movimiento fuera.

-¿Dobby, es esto Shell Cottage? -susurró, aferrando las dos varitas que le había quitado a Malfoy, listo para

luchar si era necesario-. ¿Hemos venido al lugar adecuado, Dobby?

Miró alrededor. El pequeño elfo estaba de pie junto a él.

-¡DOBBY!

El elfo se tambaleó ligeramente, con las estrellas reflejadas en sus grandes y brillantes ojos. Juntos, él y Harry bajaron la mirada a la empuñadura de plata que sobresalía del pecho del elfo.

-Dobby... no... ¡AYUDA!

No sabía ni le importaba si eran magos o muggles, amigos o enemigos; solo le importaba la mancha oscura que se extendía por el pecho de Dobby y que este había extendido sus brazos hacia Harry con una mirada suplicante. Harry le cogió y le tendió de lado en la fresca hierba.

-Dobby, no, no te mueras, no te mueras...

Los ojos del elfo se encontraron con los suyos, y sus labios temblaron por el esfuerzo que le suponía formar las palabras.

-Harry... Potter...

Y entonces sufrió un pequeño estremecimiento y el elfo se quedó inmóvil, y sus ojos no eran más que grandes y vidriosos orbes, chispeando con la luz de las estrellas que ya no podían ver.

Capítulo Veinticuatro



El fabricante de varitas

Fue como hundirse en una vieja pesadilla; por un instante Harry estuvo otra vez arrodillado junto al cuerpo de Dumbledore al pie de la torre más alta de Hogwarts, pero en realidad estaba mirando a un pequeño cuerpo acurrucado sobre la hierba, perforado por el cuchillo plateado de Bellatrix. La voz de Harry todavía estaba diciendo, -Dobby… *Dobby*…- a pesar que sabía que el elfo se había ido a donde ya no podía llamarle de regreso.

Después de un minuto o algo así se dio cuenta de que, después de todo, habían llegado al lugar correcto, allí estaban Bill y Fleur, Dean y Luna, reuniéndose alrededor de él mientras se arrodillaban sobre el elfo.

-Hermione, -dijo de pronto-. ¿Dónde está?

-Ron la ha llevado adentro, -dijo Hill-. Se pondrá bien.

Harry bajó la mirada hacia Dobby. Extendió una mano y tiró de la afilada hoja arrancándola del cuerpo del elfo, luego tomó su propia chaqueta y cubrió a Dobby con ella como si fuera una manta.

El mar se precipitaba sobre las rocas en algún lugar cercano; Harry lo escuchaba mientras los demás hablaban, discutiendo temas en los que él no podía interesarse, tomando decisiones. Dean llevó al herido Griphook dentro de la casa, Fleur se precipitó tras ellos. Ahora Bill estaba entendiendo realmente lo que Harry le decía. Mientras lo hacía, miraba fijamente al diminuto cuerpo, y su cicatriz punzó y ardió, y en una parte de su mente, visto como por el extremo equivocado de un largo telescopio, vio a Voldemort castigando a aquellos que habían quedado atrás en la Mansión Malfoy. Su rabia era terrible y aunque el dolor de Harry por Dobby parecía atenuarla, se convirtió en una tormenta distante que alcanzó a Harry a través del vasto y silencioso océano.

-Quiero hacerlo como es debido -fueron las primeras palabras que Harry fue consciente de haber pronunciado- No con magia. ¿Teneis una pala?

Y poco después se había puesto a trabajar, solo, excavando la tierra en el lugar que Bill le había mostrado al final del jardín, entre los arbustos. Cavó con cierta furia, disfrutando el trabajo manual, glorificándose en la falta de magia que había en aquello, cada gota de su sudor y cada ampolla los

sentía como un regalo para el elfo que había salvado sus vidas.

Su cicatriz ardía, pero era dueño del dolor, lo sentía y a la vez era ajeno a él. Había aprendido a controlarlo al fin, aprendido a cerrar su mente a Voldemort, la única cosa que Dumbledore había querido que aprendiera de Snape. Tal como Voldemort no había podido poseer a Harry cuando Harry estaba consumido de dolor por Sirius, así sus pensamientos no podían penetrar la mente de Hary ahora que velaba a Dobby. La tristeza, al parecer, expulsaba a Voldemort… aunque Dumbledore hubiera dicho que era el amor.

Harry cavaba, cada vez mas profundamente en la dura y fría tierra ahogando su desconsuelo en el sudor, negando el dolor de su cicatriz. En la oscuridad, con nada más que el sonido de su propia respiración y el agitado mar por compañía, las cosas que habían pasado en la casa de los Malfoy volvían a él, las cosas que había escuchado volvían a él, y la comprensión floreció en la oscuridad…

El constante ritmo de sus brazos batía al ritmo de sus pensamientos.
Relíquias..Horrocruxes…Relíquias…Horrocruxes… pero ya no ardía con ese extraño y obsesivo anhelo. La pérdida y el miedo lo habían extinguido. Se sentía como si le hubieran despertado de nuevo.

Harry profundizaba más y más la tumba, y mientras, sabía dónde había estado Voldemort esta noche, y a quién había matado en la celda más alta de Nurmengard, y porqué.

Y pensaba en Colagusano, muerto a causa del pequeño e inconsciente impulso de piedad... ¿Dumbledore había previsto eso?... ¿Cuánto mas había sabido?

Harry perdió el sentido del tiempo. Sólo supo que la oscuridad se había aligerado algunos grados cuando se reunió por fin con Ron y Dean.

-Cómo está Hermione?

-Mejor -dijo Ron-. Fleur se está ocupando de ella.

Harry tenía su réplica preparada para cuando preguntaran por qué no había creado simplemente un sepulcro perfecto con su varita, pero no la necesitó. Bajaron al agujero que había hecho con la pala y comenzaron a trabajar juntos en silencio hasta que el agujero pareció lo bastante profundo.

Harry envolvió al elfo más cómodamente en su chaqueta. Ron se sentó en la orilla del sepulcro y se quitó los zapatos y calcetines que colocó en los pies desnudos del elfo. Dean produjo un sombrero de lana que Harry colocó cuidadosamente en la cabeza de Dobby, cubriendo sus orejas de murciélago.

-Deberíamos cerrarle los ojos.

Harry no había oído a los otros aproximándose a través de la oscuridad. Bill vestía un abrigo de viaje, Fleur un largo delantal blanco, de uno de sus bolsillos sobresalía una botella que Harry reconoció como una Poción Crece-Huesos. Hermione estaba envuelta en un vestido prestado, pálida e inestable sobre sus pies. Ron la

rodeó con un brazo cuando ella le alcanzó. Luna, vestida con uno de los abrigos de Fleur, se agachó y posó los dedos tiernamente sobre cada uno de los párpados, deslizándolos sobre su mirada cristalina.

-Ya está -dijo suavemente-. Ahora podría estar durmiendo.

Harry colocó al elfo en el sepulcro, acomodó sus pequeños miembros como si estuviera descansando, luego salió y lanzó una última mirada al pequeño cuerpo. Se obligó a sí mismo a no desmoronarse mientras recordaba el funeral de Dumbledore, y las filas y filas de sillas doradas, y al Ministro de Magia en la fila principal, la enumeración de los logros de Dumbledore, la magnificencia de la blanca tumba de mármol. Sentía que Dobby se merecía un funeral tan grandioso como ése, y el elfo yacía entre los arbustos en un agujero precariamente cavado.

-Creo que deberíamos decir algo, -dijo Luna-. Yo lo haré primero, ¿puedo?.

Y puesto que todos la miraban, dirigió su discurso a los pies de la tumba del elfo muerto.

-Muchas gracias Dobby por rescatarme de ese sótano. Es injusto que tuvieras que morir cuando eras tan bueno y tan valiente. Siempre recordaré lo que hiciste por nosotros. Espero que ahora seas feliz.

Se dio vuelta y miró expectante a Ron, que se aclaró la garganta y dijo con voz ronca

-Sí... gracias Dobby.

-Gracias -murmuró Dean.

Harry tragó.

-Adiós Dobby -dijo, era todo lo que podía hacer, ya que Luna lo había dicho todo por él. Bill alzó su varita y la pila de tierra que había junto al sepulcro se elevó en el aire y cayó limpiamente sobre él, en un pequeño montón rojizo-. ¿Os importa si me quedo aquí un momento? - preguntó a los demás.

Murmuraron palabras que no alcanzó a oír; sintió gentiles palmadas en la espalda, y luego todos volvieron a la casa, dejando a Harry solo junto al elfo.

Miró alrededor. Había un buen número de grandes piedras blancas, pulidas por el mar, que marcaban el linde de los lechos de flores. Tomó una de las más grandes y la colocó como si fuera una almohada sobre el lugar donde ahora descansaba la cabeza de Dobby. Luego tanteó en su bolsillo en busca de una varita. Tenía dos allí. Lo había olvidado, perdido el rastro; ahora no podía recordar de quien eran esas varitas; podía recordar arrancarlas de la mano de alguien. Eligió la más corta, la que sentía más cómoda en su mano, y apuntó a la roca.

Lentamente, bajo su susurrada instrucción, profundos cortes aparecieron en la superficie de la roca. Sabía que Hermione podía haberlo hecho más limpiamente, y probablemente más rápidamente, pero quería marcar

él la piedra como había querido cavar el sepulcro. Cuando se detuvo de nuevo, leyó en la piedra:

AQUÍ YACE DOBBY, UN ELFO LIBRE.

Examinó su trabajo un par de segundos más, luego se alejó, la cicatriz todavía le dolí un poco, y su mente estaba llena de esas cosas que habían llegado a él en el sepulcro, ideas que habían tomado forma en la oscuridad, ideas tan fascinantes como terribles.

Estaban todos sentados en la sala de estar cuando entró al pequeño salón, su atención se concentró en Bill, que estaba hablando. El cuarto estaba pintado luminosamente, bonito, con un pequeño fuego de madera ardiendo brillantemente en la chimenea. Harry no quería dejar barro en la alfombra, así que se quedó en la puerta, escuchando.

-... por suerte Ginny estaba de vacaciones. Si hubiera estado en Hogwarts, podrían haberla cogido antes de que la alcanzáramos. Ahora sabemos que también está a salvo-. Miró alrededor y vio a Harry allí de pie-. Los he estado sacando a todos de la Madriguera -explicó-. Los trasladé a la casa de Muriel. Los mortífagos saben ahora que Ron está contigo, se limitaron a marcar a la familia… no te disculpes -añadió al ver la expresión de Harry-. Siempre fue una cuestión de tiempo, Papá lleva meses diciéndolo. Somos la mayor familia de traidores de sangre que ha habido.

-¿Cómo se les ha protegido? -preguntó Harry.

-Encantamiento Fidelius. El Guardián Secreto es Papá. Y nosotros lo hemos hecho aquí también, yo soy el Guardián Secreto aquí. Ninguno de nosotros puede ir al trabajo, pero eso no tiene mucha importancia. Una vez Ollivander y Griphook estén lo suficientemente bien, nos mudaremos a la casa de Muriel también. No hay mucho espacio aquí, pero ella tiene mucho. Estamos curando las piernas de Griphook. Fleur le ha dado Poción Crece-Huesos, así que probablemente podamos moverlo en una hora o…

-No -dijo Harry y Bill pareció asustarse-. Los necesito a ambos aquí. Necesito hablarles. Es importante. -Oyó la autoridad en su propia voz, la convicción, la voz de la determinación que había llegado a él mientras cavaba la tumba de Dobby. Todos los rostros se giraron hacia él con aspecto confundido.

-Voy a bañarme -dijo Harry a Bill mirándose las manos todavía cubiertas de fango y de la sangre de Dobby–. Después necesitaré verles, inmediatamente. Caminó hacia la pequeña cocina, el fregadero bajo la ventana tenía vistas al océano. El ocaso se perdía en el horizonte, un color entre rosado y dorado. Mientras se lavaba, seguía otra vez el tren de pensamientos que había llegado a él en el oscuro jardín.

Dobby ya nunca podría decirles quién le había enviado al sótano, pero Harry sabía lo que había visto. Un penetrante ojo azul le había mirado a través del fragmento de espejo, y entonces la ayuda había llegado. *Hogwarts siempre ayudará a aquellos que lo pidan.*

Harry se secó las manos, indiferente a la belleza de la escena que se desplegaba fuera de la ventana y a los murmullos de los demás en la sala. Miró hacia fuera más allá del océano y sintió más cerca, este atardecer, mas que ninguna otra, más cerca al corazón de todo.

Y su cicatriz todavía dolía, y sabía que Voldemort venía hacia aquí también. Harry lo entendía pero no lo entendía. Su instinto le decía una cosa, su cerebro otra. El Dumbledore de su cabeza sonreía, examinando a Harry sobre la punta de sus dedos unidos en un ademán de rezo.

Le diste a Ron el Desiluminador… le entendías… le diste una salida…

Y entendías a Colagusano también… sabías que había un atisbo de remordimiento allí, en alguna parte…

Y si los conocías a ellos… ¿Qué sabías acerca de mí, Dumbledore?

¿Estoy destinado a buscar pero no a saber? *¿Sabías lo que sentiría al respecto*? *¿Por eso me lo pusiste tan difícil*? *¿Para que tuviera tiempo de pensarlo*?

Harry estaba inmóvil, sus ojos congelados, observando el lugar donde un brillante rayo de luz dorada del sol se alzaba en el horizonte. Luego miró sus manos limpias y estuvo momentáneamente sorprendido de ver el aspecto que tenían. Las bajó y regresó al salón, y mientras lo hacía, sintió su cicatriz palpitar furiosamente, y luego correr rápidamente a través de su mente, veloz como el reflejo del vuelo de un dragón

sobre el agua, el contorno de un edificio que conocía extremadamente bien.

Bill y Fleur estaban a los pies de las escaleras

-Necesito hablarles a Griphook y Ollivander -dijo Harry.

-No -dijo Fleur-. Vas a tener que esperar Harry. Ambos están muy cansados…

-Lo siento -dijo él calmadamente, -pero no puedo esperar. Necesito hablarles ahora. En privado… y por separado. Es urgente.

-Harry, ¿qué demonios está pasando?- preguntó Bill-. Llegaste aquí con un elfo doméstico muerto y un duende semi-inconsciente, Hermione está como si la hubieran torturado, y Ron acaba de negarse a contarme nada…

-No podemos decirte lo que estamos haciendo -dijo Harry llanamente-. Estás en la Orden, Bill, tu sabes que Dumbledore nos dejó una misión. Se supone que no podemos hablar acerca de eso con nadie más.

Fleur hizo un ruido de impaciencia, pero Bill no la miró; estaba mirando a Harry. Su profundamente asustado rostro era difícil de descifrar. Finalmente, Bill dijo

-Esta bien. ¿Con quién deseas hablar primero?.

Harry dudó. Sabía lo que pesaba su decisión. No había tiempo; era el momento de decidir; ¿Horcruxes o Reliquias?

-Griphook -dijo Harry-. Hablaré con Griphook primero.

El corazón le latía como si hubiera hecho una carrera y acabado de evitar un enorme obstáculo.

-Aquí arriba- dijo Bill, enseñándole el camino.

Harry había subido varios escalones cuando se paró y miró atrás.

-¡Os necesito a vosotros dos también! -les dijo a Ron y Hermione, quienes se habían estado escondiendo, medio cubiertos, en el camino a la puerta de la sala de estar.

Ambos se movieron hacia la luz, muy aliviados.

-¿Como estás? –le preguntó Harry a Hermione-. Estuviste sorprendente... contando esa historia mientras te estaba torturando de esa manera.

Hermione esbozó una débil sonrisa mientras Ron le daba un apretón de una mano.

-¿Que vamos a hacer ahora Harry? -preguntó.

-Ya verás. Ven.

Harry, Ron y Hermione siguieron a Bill escaleras arriba hasta un pequeño piso que daba a tres puertas.

-Aquí -dijo Bill, abriendo la puerta que daba al cuarto de él y Fleur. También tenía vista al mar, ahora la puesta de sol de un vivo dorado. Harry se dirigió hacia

la ventana, y dio la espalda a la espectacular vista, y esperó, sus brazos cruzados, su cicatriz punzando. Hermione se sentó en una silla junto al vestidor; Ron se sentó en el reposabrazos.

Bill reapareció, trayendo el pequeño duende, a quien sentó cuidadosamente sobre la cama. Griphook gruñó un gracias, y Bill se fue, cerrando la puerta sobre ellos.

-Siento sacarlo de su cama -dijo Harry-. ¿Como están sus piernas?.

-Doloridas -replicó el duende-. Pero sanando.

Todavía asía la espada de Griffindor, y tenía un aspecto extraño: medio enfadado, medio intrigado. Harry notó la piel enfermiza del duende, sus largos dedos delgados, sus oscuros ojos. Fleur le había quitado los zapatos: sus grandes pies estaban sucios. Era mas grande que un elfo domestico, pero no por mucho. Su curva cabeza era mucho más grande que la de un humano.

-Usted probablemente no recuerde…- comenzó Harry.

-…¿que yo fui el duende que te guió a tu cámara, la primera vez que visitaste Gringotts? -dijo Griphook-. Lo recuerdo Harry Potter. Incluso entre los duendes, eres muy famoso.

Harry y el duende se miraron, examinándose el uno al otro. La cicatriz de Harry todavía punzaba. Quería terminar la entrevista con Griphook rápidamente, y al mismo tiempo estaba temeroso de hacer un movimiento

en falso. Mientras trataba de pensar la mejor manera de hacerle su petición, el duende rompió el silencio.

-Tú enterraste al elfo -dijo, sonando inesperadamente rencoroso-. Te vi desde la ventana del cuarto que está junto a este.

-Sí- dijo Harry.

Griphook lo miró por el rabillo del ojo.

-Eres un mago inusual, Harry Potter.

-¿En qué sentido?- preguntó Harry, rascándose la cicatriz inconscientemente.

-Cavaste el sepulcro.

-¿Y?-

Griphook no respondió. Harry pensó que estaba siendo despreciado por actuar como un Muggle, pero no le importó si Griphook aprobaba el sepulcro de Dobby o no. Se decidió a pasar a la ofensiva.

-Griphook, necesito preguntarle…

-También rescataste a un duende…

-¿Qué?

-Me trajiste aquí, me salvaste.

-Bueno, ¿le debo una disculpa? -dijo Harry un poco impaciente.

-No, Harry Potter- dijo Griphook, y con un dedo torció su delgada barba negra sobre su barbilla-, pero eres un mago muy extraño.

-Bien -dijo Harry-, Necesito algo de ayuda, Griphook, y usted puede dármela.

El duende no dio ninguna señal de perturbarse, pero continuó con el ceño fruncido hacia Harry como si nunca hubiera visto algo como él.

-Necesito abrir una cámara de Gringotts

Harry no había tenido la intención de decirlo tan mal: las palabras salieron forzadas de él como un disparo de dolor a través de su cicatriz y vio, otra vez, el contorno de Hogwarts. Cerró su mente firmemente. Necesitaba hacer el trato con Griphook primero. Ron y Hermione miraban a Harry como si se hubiera vuelto loco.

-Harry... -dijo Hermione, pero fue interrumpida por Griphook.

-¿Abrir una cámara de Gringotts? -repitió el duende, haciendo una mueca mientras se acomodaba en la cama-. Eso es imposible.

-No, no lo es -dijo Ron-. Ya lo han hecho

-Sí -dijo Harry-. El mismo día en el que le conocí, Griphook. Mi cumpleaños, hace siete años.

-La cámara en cuestión estaba vacía en ese momento -impuso el duende y Harry entendió que incluso aunque Griphook hubiera dejado Gringotts, estaba ofendido con la idea de sus defensas siendo violadas-. Su protección era mínima.

-Bueno, la cámara a la que queremos llegar no está vacía, y adivino que su protección debe ser muy poderosa -dijo Harry-. Le pertenece a los Lestrange.

Vio a Ron y Hermione mirarse el uno al otro, asombrados, pero ya habría tiempo para explicarselo cuando Griphook hubiera dado su respuesta.

-No tienes ninguna posibilidad -dijo Griphook llanamente-. Ninguna posibilidad en absoluto. *Si buscas bajo nuestros suelos, un tesoro que nunca fue tuyo…*-

*-Mago, has sido advertido, cuidado…*sí, lo sé, lo recuerdo -dijo Harry-. Pero no estoy tratando de coger ningún tesoro, no estoy tratando de coger nada como ganancia personal. ¿Puede creerselo?.

El duende miró a Harry, y la cicatriz en forma de rayo en la frente de Harry ardió, pero lo ignoró, negandose a reconocer el dolor o su invitación.

-Si hay un mago del que creería que no busca una recompensa personal -dijo Griphook finalmente-, ese serías tú, Harry Potter. Los elfos y los duendes no han sido tratados con la protección o el respeto que tú has mostrado esta noche. No de gente con varitas.

-Gente con varitas -repitió Harry: la frase sonó extraña a sus oídos mientras su cicatriz ardía, mientras Voldemort situaba sus pensamientos hacia el norte, y mientras Harry ardía de curiosidad por preguntarle a Ollivander, que estaba en la puerta de al lado.

-El derecho a llevar una varita -dijo el duende tranquilamente-, ha sido una larga pelea entre duendes y magos.-

-Bueno, los duendes pueden hacer magia sin varitas -dijo Ron.

-¡Eso es insustancial! Los magos rehúsan compartir los secretos de la sabiduría de las varitas con otros seres mágicos, nos niegan la posibilidad de extender nuestros poderes.

-Bueno, los duendes tampoco comparten nada de su magia -dijo Ron-. Ustedes no nos dirán cómo hacer espadas y armaduras como las que hacen. Los duendes saben trabajar el metal de una forma en la que un mago nunca…

-No importa -dijo Harry, notando la cara de Griphook subir de color-. Esto no trata acerca de magos contra duendes, o algún otro tipo de criatura mágica…

Griphook hizo una sucia risa.

-¡Pero es eso! ¡Es precisamente eso! Según crece el poder del Señor Oscuro, su tarea está puesta incluso más firmemente en mí. Gringotts cae bajo el imperio

de los Magos, los elfos domésticos son asesinados, ¿y quién entre los que llevan varita protesta?.

-¡Nosotros lo hacemos! -dijo Hermione. Se había sentado erguida, sus ojos brillantes-. Nosotros protestamos. ¡Estoy tan asustada como cualquier duende o elfo, Griphook! ¡Soy una Sangresucia!.

-No te llames así… -murmuró Ron.

-¿Porqué no puedo hacerlo? -dijo Hermione-. ¡Sangresucia, y orgullosa de serlo! ¡No tengo una posición mas alta que ud bajo este nuevo orden,Griphook! ¡Es a mí a quien eligieron torturar, en casa de los Malfoy!

Mientras hablaba, echó a un lado el cuello del vestido para revelar el pequeño corte que Bellatrix le había hecho, rojo en contraste con su garganta.

-¿Sabía que fue Harry quien liberó a Dobby? –preguntó-. ¿Sabías que buscamos la libertad de los elfos durante años? -(Ron se sintió incómodo en el brazo del sillón de Hermione)- ¡Usted no puede desear que Quién-Ud-Sabe sea derrotado más que nosotros, Griphook!-

El duende miró a Hermione con la misma curiosidad que había mostrado por Harry.

-¿Qué buscan en la cámara de los Lestrange? -preguntó abruptamente-. La espada que se encuentra en el interior es una falsa copia. Esta es la real -Miró a cada uno de ellos-. Pero creo que eso ya lo saben. Me pediste que mintiera por ti allí.

-Pero la falsa espada no es lo único que hay en la cámara, ¿verdad? -preguntó Harry-. A lo mejor ha visto otras cosas allí.

Su corazón latía más fuerte que nunca. Redobló sus esfuerzos para ignorar el ardor de su cicatriz.

El duende giro su barba alrededor de su dedo nuevamente.

-Va contra nuestro código revelar los secretos de Gringotts. Somos los guardianes de fabulosos tesoros. Tenemos un deber con los objetos puestos bajo nuestro cuidado, el cual ha sido, muy a menudo, escrito con nuestras propias manos.

El duende movió la espada, y sus negros ojos vagaron de Harry a Hermione y a Ron y luego de vuelta.

-Tan jóvenes -dijo finalmente- para pelear contra tantos.

-¿Nos ayudará? -dijo Harry-. No tenemos esperanzas de entrar ahí sin la ayuda de un duende. Usted es nuestra única posibilidad.

-Yo… lo pensaré -dijo Griphook exasperadamente.

-Pero… -comenzó Ron furiosamente; pero Hermione le dio un golpe en las costillas.

-Gracias -dijo Harry.

El duende arqueó su gran cabeza curva en reconocimiento, luego flexionó sus cortas piernas.

-Pienso -dijo, acomodándose a si mismo ostentosamente sobre la cama de Bill y Fleur- que la poción Crece-huesos ha terminado su trabajo. Por fin podré dormir. Si me disculpáis...

-Sí, claro -dijo Harry, pero antes de dejar el cuarto se inclinó hacia delante y cogió la espada de Griffindor del lado del duende. Griphook no la reclamó, pero Harry creyó ver resentimiento en los ojos del duende mientras cerraba la puertas tras él.

-Pequeño tonto -murmuró Ron-. Disfruta haciéndonos esperar.

-Harry -musitó Hermione, llevándolos a ambos lejos de la puerta, al medio del piso medio iluminado- ¿estás diciendo lo que creo que estás diciendo? Estás diciendo que hay un Horcrux en la cámara de los Lestrange.

-Sí -dijo Harry-. Bellatrix estaba espantada cuando pensó que podríamos haber estado allí, estaba fuera de sí. ¿Porque?. ¿Qué creía que habíamos visto? ¿Que más pensó que podíamos haber cogido? Algo de lo tenía miedo que Quien-Tu-Sabes se enterarase.

-Pero pensé que estábamos buscando lugares donde Quien-Tu-Sabes había estado, lugares donde hubiera hecho algo importante -dijo Ron, pareciendo anonadado-. ¿Alguna vez estuvo dentro de la cámara de los Lestrange?.

-No se siquiera si ah estado alguna vez en Gringotts -dijo Harry-. Nunca tuvo oro allí cuando era joven, porque nadie le dejó nada. Quizás vió el banco desde fuera la primera vez que fue al callejón Diagon.

La cicatriz de Harry palpitó, pero él la ignoró; quería que Hermione y Ron entendieran lo de Gringotts antes de ir a hablar con Ollivander.

-Creo que debe haber envidiado a cualquiera que tuviera una llave de alguna cámara de Gringotts. Lo debe haber visto como un símbolo de que pertenece al mundo Mágico. Y no olvideis que confiaba en Bellatrix y su esposo, eran sus sirvientes más devotos antes que cayera, y fueron en su busca cuando desapareció. Lo dijo la noche que regresó, yo lo escuché.

Harry se frotó la cicatriz.

-Aunque no creo que le haya dicho a Bellatrix que era un Horcrux. El nunca le dijo la verdad sobre del diario a Lucius Malfoy. Quizás le dijo que era una posesión valiosa y le pidió que la guardara en su cámara. El lugar más seguro del mundo para cualquier cosa que quieras esconder, me dijo Hagrid... excepto Hogwarts.

Cuando Harry terminó de hablar, Ron sacudió su cabeza.

-Tu realmente le entiendes.

-En parte - dijo Harry.-En parte... me gustaría haber entendido a Dumbledore tanto como a él. Pero veremos. Vamos…Ahora Ollivander.

Ron y Hermione se sentían desconcertados aunque muy impresionados a medida que lo seguían a través del pequeño piso y golpeaba la puerta que se encontraba en dirección opuesta a la de Bill y Fleur. Un débil -Pasen- les respondió.

El fabricante de varitas estaba tendido en la cama más alejada de la ventana. Había estado prisionero en aquel sótano durante más de un año y había sido torturado, Harry lo sabía, en al menos una ocasión. Estaba muy delgado, los huesos de su cara sobresalían notoriamente contra su amarillenta piel. Sus grandes ojos plateados parecían divagar entre sus párpados. Las manos que yacían sobre la manta podían haber pertenecido a un esqueleto. Harry se sentó en la cama vacía, junto a Ron y Hermione. El sol naciente no se veía desde allí. El cuarto daba al jardín sobre el acantilado y la tierra fresca del sepulcro.

-Señor Ollivander, siento molestarlo -dijo Harry.

-Mi querido muchacho -la voz de Ollivander era débil-. Tú nos rescataste. Pensé que moriría en ese lugar, nunca podré agradecerte… *nunca* podré agradecerte… lo suficiente.-

-Estuvimos contentos de hacerlo.

La cicatriz de Harry palpitó. Sabía, estaba seguro, de que no tenían tiempo para apartar a Voldemort de su meta, o al menos para tratar de frustrarlo. Sintió un brote de pánico… pero había tomado una decisión al hablar con Griphook primero. Fingiendo una calma que

no sentía, tomó a tientas la bolsa alrededor de su cuello y tomó las dos mitades de su varita rota.

-Señor Ollivander, necesito ayuda.

-Lo que sea, lo que sea,- dijo el fabricante de varitas débilmente.

-¿Puede repararla? ¿Es posible?-

Ollivander alzó una temblorosa mano, y Harry colocó las dos mitades apenas conectadas en su palma.

-Acebo y pluma de fénix -dijo Ollivander con voz trémula. -Once pulgadas. Agradable y flexible.

-Sí -dijo Harry-. ¿Puede...?

-No -susurró Ollivander-. Lo siento, de verdad lo siento, pero una varita que ha sufrido este grado de daño no puede ser reparada de ninguna manera que conozca.

Harry había estado esperanzado de escucharlo, pero era un soplo solamente. Volvió a coger las mitades de la varita y las volvió a colocar en la bolsa alrededor de su cuello. Ollivander se quedo mirando el lugar donde la varita rota había desaparecido y no dejó de mirar hasta que Harry tomó de su bolsillo las dos varitas que había traído de la casa de Malfoy.

-¿Puede identificar estas? -preguntó Harry.

El fabricante tomó la primera de las varitas y la sostuvo cerca de sus pálidos ojos, girándola entre sus dedos, flexionándola suavemente.

-nuez y nervio de dragón –dijo-. Doce pulgadas y tres cuartos. Inflexible. Esta varita pertenecía a Bellatrix Lestrange.

-¿Y ésta?

Ollivander la examinó de la misma forma.

-Espino y pelo de unicornio. Diez pulgadas justas. Moderadamente flexible. Esta era la varita de Draco Malfoy.

-¿Era? -repitió Harry-. ¿Acaso no sigue siento suya?

-Quizás no. Si tu la tomaste…

-…lo hice…

-…entonces puede ser tuya. Claro, la forma de ver las cosas depende mucho también de la varita en sí misma. En general, si una varita ha sido ganada, su lealtad cambiará.

Hubo un silencio en el cuarto, excepto por el distante rugir de las olas.

-Habla de las varitas como si tuvieran sentimientos -dijo Harry-. Como si pudieran pensar por sí mismas.

-La varita elige al mago -dijo Ollivander-. Eso siempre ha sido obvio para los que hemos estudiado la sabiduría de las varitas.

-¿Pero una persona puede usar una varita que no lo ha elegido? -preguntó Harry.

-Oh sí, si eres mago puedes movilizar tu magia a traves de casi cualquier objeto. Pero los mejores resultados siempre aparecen con la mayor afinidad entre varita y mago. Estas conexiones son complejas. Una atracción inicial, y luego un mutuo deseo debido a la experiencia, la varita aprendiendo del mago, el mago aprendiendo de la varita.

El mar iba hacia delante y de vuelta; era un triste sonido.

-Tomé esta varita de Draco Malfoy por la fuerza -dijo Harry-. ¿Es seguro usarla?-

-Así lo creo. Las leyes que gobiernan al propietario y la varita son sutiles, pero la varita conquistada tiende a ir hacia su nuevo maestro.

-¿Así que yo debería usar esta? -dijo Ron, sacando la varita de Colagusano fuera de su bolsillo y pasándosela a Ollivander.

-Castaño y nervio de dragón. Nueve pulgadas y un cuarto. Frágil. Me forzaron a hacer esta tras mi secuestro, para Peter Pettigrew. Sí, si la ganas, es mas que probable que haga tus peticiones, y que las haga bien, mejor que otra varita.

-¿Y esto es cierto para todas las varitas?- preguntó Harry.

-Así lo creo -replicó Ollivander, sus protuberantes ojos sobre el rostro de Harry.- Hace profundas preguntas, Señor Potter. La sabiduría de las varitas es una parte de la magia compleja y misteriosa.

-¿así que no es necesario matar al anterior propietario para tomar la posesión de una varita?- preguntó Harry.

Ollivander tragó.

-¿Necesario? No, no debería decirse que sea necesario matar.-

-Aunque hay leyendas -dijo Harry, y las palpitaciones de su corazón se aceleraron, el dolor de su cicatriz se hacía más intenso; estaba seguro de que Voldemor iba a poner su idea en acción-, leyendas sobre una varita…o varitas…que han ido pasando de mano en mano por asesinato.

Ollivander se volvió pálido. Contra la blanca almohada su tono era gris, y sus ojos enormes, rojos, y llenándose de lo que parecía ser temor.

-Sólo una varita, creo -susurró.

-Y Usted-Sabe-Quien está interesada en ella, no es así? -preguntó Harry.

-Yo…¿cómo? -croó Ollivander, y se volvió hacia Ron y Hermione en busca de ayuda-. ¿Cómo sabéis eso?

-Él quería que le dijera como superar la conexión entre nuestras varitas -dijo Harry.

Ollivander parecía aterrorizado.

-¡Él me torturó, debes entenderlo! Usó la maldición Cruciatus, yo...¡yo no tenía mas opción que decirle lo que sabía, lo que creía!

-Lo entiendo -dijo Harry-. ¿Le dijo algo acerca de los corazones hermanos? ¿Le dijo que había tenido que pedir prestada la varita de otro mago?

Ollivander parecía horrorizado, transfigurado, por la cantidad de información que tenía Harry. Asintió lentamente.

-Pero no funcionó –continuó Harry-. Mi varita todavía vencía a la varita prestada. ¿Sabe porqué pasó eso?

Ollivander sacudió su cabeza lentamente tal como había asentido.

-Yo nunca... había escuchado tal cosa. Tu varita hizo algo único esa noche. La conexión de varitas hermanas es increíblemente rara, pero porqué tu varita habría vencido a la varita prestada, no lo sé...

-Estábamos hablando acerca de la otra varita, la varita que cambia de manos por asesinato. Cuando Quien-Usted-Sabe se dio cuenta que mi varita había hecho algo extraño, volvió y le preguntó acerca de la otra varita, ¿cierto?

-¿Como sabes esto?

Harry no respondió

-Sí, lo preguntó -susurró Ollivander-. Quería saber todo lo que pudiera decirle acerca de la varita también conocida como La Varita Mortífera, La Varita del Destino, o la Varita de Saúco.

Harry miró de soslayo a Hermione. Parecía horrorizada.

-El Señor Oscuro -murmuró Ollivander en un silencioso y temeroso tono-siempre había estado feliz con la varita que le construí…sí, pluma de fénix y trece pulgadas y media… hasta que descubrió la conexión de las varitas gemelas. Ahora busca otra, una varita más poderosa, como la única forma de conquistarte.

-Pero sabrá pronto, si es que todavía no lo sabe, que la mía esta dañada sin poder repararse -dijo Harry tranquilamente.

-¡No! -dijo Hermione pareciendo asustada-. Él no podría saber eso, Harry, ¿Cómo podría…?

-Priori Incantatem -dijo Harry-. Dejamos tu varita y la varita de espino en casa de Malfoy, Hermione. Si las examinan adecuadamente, haciéndolas recrear los hechizos que han hecho previamente, podrían ver que la tuya rompió la mía, verán que fallaste tratando de repararla, y se darán cuenta que he estado usando la varita de espino desde entonces.

El poco color que había ganado desde su llegada se habia retirado de su rostro. Ron le echó a Harry una mirada reprobadora, y dijo:

-no nos preocupemos por eso ahora…

Pero el Señor Ollivander intervino.

-El Señor Oscuro ya no busca la Varita de Saúco solo para destruirle, Señor Potter. El está decidido a poseerla porque cree que lo hará realmente invulnerable.

-¿Y lo hará?.

-El propietario de la Varita de Saúco siempre debe temer el ataque -dijo Ollivander- pero la idea del Señor Oscuro de poseer la Varita Mortífera es, debo admitirlo, formidable.

Harry de pronto recordó cuan inseguro estaba, cuando se conocieron, de lo que le gustaba a Ollivander. Incluso ahora, siendo torturado y aprisionado por Voldemort, la idea del Mago Oscuro en posesión de la varita parecía cautivarlo tanto como le causaba repulsión.

-Usted… ¿Usted realmente piensa que esa varita existe, entonces, Señor Ollivander?- preguntó Hermione.

-Oh sí -dijo Ollivander-, sí, es perfectamente posible seguir su curso a través de la historia. Hay espacios en blanco, por supuesto, y muy largos, donde desaparece de la vista, temporalmente perdida o escondida; pero

siempre vuelve a surgir en la superficie. Tiene características certeramente identificables que aquellos instruidos en la sabiduría de las varitas reconocen. Se han escrito tratados, algunos de ellos oscuros, que yo y otros fabricantes hemos hecho nuestro objeto de estudio. Tiene el anillo de la autenticidad.

-Así que...¿usted no cree que pueda ser un mito o un cuento de hadas? -preguntó Hermione esperanzadamente.

-No -dijo Ollivander-. Si es necesario que pase mediante un asesinato, no lo se. La historia es sangrienta, pero eso puede ser simplemente debido al hecho de que es un objeto muy deseable, y despierta pasiones entre los magos. Inmensamente poderosa, peligrosa en las manos equivocadas, y un objeto increíblemente fascinante para todos aquellos que estudiamos el poder de las varitas.

-Sr. Ollivander -dijo Harry- Le contó al Innombrable que Gregorovitch tenía la Varita de Saúco, ¿no?

Ollivander se puso, si era posible, todavía más pálido. Se veía fantasmagórico mientras tragaba saliva.

-¿Pero cómo... cómo hace...?

-Nunca presté atención a cómo lo se -dijo Harry, cerrando los ojos momentáneamente porque la cicatriz le quemaba, y vio, durante unos segundos, una visión de la calle principal de Hogsmeade, todavía oscura,

porque estaba mucho más al norte-. ¿Le contó al Innombrable que Gregorovitch tenía la varita?

-Era un rumor, -susurró Ollivander-. Un rumor, de hace muchísimos años, mucho antes que ustedes nacieran, creo que Gregorovitch mismo lo inició. Pueden ver cuan bueno sería eso para el negocio; ¡que él estaba estudiando y reproduciendo las cualidades de la Varita de Saúco!

-Sí, puedo verlo -dijo Harry. Se levantó-. Sr. Ollivander, una última cosa, y luego le dejaremos descansar un poco. ¿Qué sabe usted sobre las Reliquias de la Muerte?

-Las… ¿las qué? –preguntó el fabricante de varitas, pareciendo completamente desconcertado.

-Las Reliquias de la Muerte.

-Lo siento no se de lo que me está hablando. ¿Es algo que se hace con las varitas?

Harry examinó la cara hundida y creyó que Ollivander no estaba actuando. No sabía nada sobre las Reliquias.

-Gracias -dijo Harry-. Muchas gracias. Nos marcharemos ahora para dejarle descansar un poco.

Ollivander parecía afligido.

-¡Me torturó! –jadeó-. La Maldición Cruciatus… no tienen idea…

-La tengo -dijo Harry-, ciertamente la tengo. Por favor descanse un poco. Gracias por contarme todo esto.

Encabezó a Ron y a Hermione escaleras abajo. Harry les echó un fugaz vistazo a Bill, Fleur, Luna y Dean sentados en la mesa de la cocina, con tazas de té frente a ellos. Todos ellos alzaron la mirada hacia Harry cuando apareció en la puerta, pero simplemente les inclinó la cabeza y continuó hacia el jardín, Ron y Hermione detrás de él. Harry caminó hacia el montículo rojizo de tierra que cubría el lugar de reposo de Dobby, mientras el dolor en su cabeza se hacía más y más poderoso. Ahora era un esfuerzo enorme bloquear las visiones que se le imponían, pero sabía que debería resistir solamente un poco más. Se rendiría muy pronto, porque necesitaba saber que su teoría era correcta. Debería hacer sólo un pequeño esfuerzo más, para poder explicárselo a Ron y Hermione.

-Gregorovitch tuvo la Varita de Saúco mucho tiempo atrás -dijo-. Vi al Innombrable tratando de encontrarla. Cuando la localizó, se encontró con que Gregorovitch ya no la tenía: le fue robada por Grindelwald. Cómo Grindelwald averiguó que Gregorovitch la tenía, no lo sé… pero si Gregorovitch fue tan estúpido de difundir el rumor, no pudo haber sido tan difícil.

Voldemort estaba a las puertas de Hogwarts; Harry podía verlo allí de pie, y veía también la lus oscilante del pre-amanecer, acercándose más y más.

-Y Grindelwald utilizó la Varita de Saúco para hacerse más poderoso. Y en la cima de su poder, cuando Dumbledore supo que era el único que podía detenerlo,

se batió en duelo con Grindelwald y le ganó, tomando la Varita de Saúco.

-¿Dumbledore tenía la Varita de Saúco? –dijo Ron-. Pero entonces… ¿dónde está ahora?

-En Hogwarts -dijo Harry, luchando por permanecer con ellos en el borde del acantilado del jardín.

-¡Pero entonces, vamos! –dijo Ron con urgencia-. ¡Harry, vamos y la obtendremos antes de que él lo haga!

-Es demasiado tarde para eso -dijo Harry. No podía ayudarse a sí mismo, pero podía agarrarse la cabeza, intentado ayudar a su resistencia-. Sabe dónde está. Está allí ahora.

-¡Harry! –dijo Ron furiosamente-. ¿Hace cuánto que lo sabes… por qué hemos estado perdiendo el tiempo? ¿Por qué hablaste con Griphook primero? Podíamos habernos ido… podríamos irnos todavía…

-No -dijo Harry, hincándose de rodillas en la hierba-. Hermione está en lo cierto. Dumbledore no quería que la tuviera. No quería que la tomara. Quería que consiguiera los Horricruxes.

-¡La varita invencible, Harry! –gimió Ron.

-No, se supone que yo… se supone que destruiré los Horricruxes…

Y ahora todo era frío y oscuro: El sol era apenas visible sobre el horizonte mientras planeaba sobre Snape, atravesando los jardines por encima hacia el lago.

-Me reuniré en el castillo contigo en breve -dijo en voz alta y fría-. Déjame ahora.

Snape se inclinó respetuosamente y rehizo el camino de regreso, la capa negra ondulando detrás de él.

Harry caminaba lentamente, esperando que la figura de Snape desapareciera. No lo haría por Snape, ni por nadie más, ver a dónde iba. Pero no había luces en las ventanas del castillo, y se podía ocultar… y en un segundo se había lanzado sobre sí mismo un Encantamiento Desilusionador que lo ocultaba incluso de sus propios ojos.

Y siguió andando, alrededor de la orilla del lago, asimilando los contornos del querido castillo, su primer reino, su legado…

Y aquí estaba, al lado del lago, reflejada en las oscuras aguas. La tumba de mármol blanco, una mancha innecesaria en el familiar paisaje. Le hizo sentir de nuevo esa corriente de euforia controlada, ese embriagador sentido de destrucción a propósito. Alzó la vieja varita de tejo: cómo encajaría esto, sería su última gran acción.

La tumba se abrió de pies a cabeza. La figura envuelta era tan larga como delgada había sido en vida. Alzó la varita otra vez.

Los sudarios cayeron abiertos. La cara estaba traslúcida, pálida, hundida, todavía conservada casi perfectamente. Habían dejado las gafas en la nariz encorvada: Se sintió ridículamente divertido. Las manos de Dumbledore estaban dobladas sobre el pecho, allí yacía, agarrada entre ellas, enterrada con él.

¿Se había imaginado ese viejo tonto que el mármol o la muerte protegería la varita? ¿Había creído que el Señor Oscuro se asustaría por violar su tumba? La mano arácnida bajó en picado y soltó la varita del agarre de Dumbledore, y cuando la tuvo, una lluvia de chispas voló de su punta, centelleando sobre el cadáver de su último dueño, preparada por fin para servir al nuevo amo.

Capítulo Veinticinco



La cabaña protectora

La casa de campo de Bill y Fleur se asentaba sola en una roca dando al mar, sus paredes incrustadas con conchas y cal. Era un solitario y hermoso lugar. En cualquier sitio al que Harry fuera dentro de la pequeña casa o de su jardín, podía oír el constante ir y venir del mar, como la respiración de alguna gran critatura dormida. Pasó gran parte de los siguientes días buscando excusas para escapar de la concurrida casa, un deseo incontrolable de disfrutar la vista desde arriba de las rocas, del cielo abierto y ancho, el mar vacío, y la sensación del viento frío y salado en su rostro.

La enormidad de su decisión, no competir con Voldemort por la varita todavía asustaba a Harry. No podía recordar que nunca antes hubiera escogido no

actuar. Estaba lleno de dudas, dudas con las que Ron no ayudaba diciendo, dondequiera que fuesen juntos:

-¿Y si Dumbledore quería que trabájaramos en el símbolo en vez de conseguir la varita? ¿Y si trabajando en lo que el símbolo significaba te revelaba la importancia de conseguir las reliquias? Harry, si esa es realmente la varita de sauco, ¿Cómo demonios se supone que debemos terminar con Tú-Sabes-Quien?

Harry no tenía respuestas. Hubo momentos en los que se preguntó si habia sido una completa locura no tratar de impedir que Voldemort abriera la tumba. No podía siquiera explicar satisfactoriamente por qué había decidido no hacerlo: Cada vez que intentaba reconstruir los argumentos internos que lo habían llevado a su decisión, sonaban más débiles para él.

Lo extraño es que el apoyo de Hermione lo hizo sentir tan confundido como las dudas de Ron. Ahora forzado a aceptar que la varita de sauco era real, ella sostenía que era un objeto diabólico, y que la forma en que Voldemort había tomado posesión de ella era repelente, sin ninguna consideración.

-Tú nunca podrías haber hecho eso, Harry –decía ella una y otra vez. -No podrías haber roto la tumba de Dumbledore.

Pero la idea del cuerpo de Dumbledore asustaba a Harry mucho menos que la posibilidad de que podría haber malinterpretado las intenciones de Dumbledore mientras estaba vivo. Sintió que todavía andaba a tientas en la oscuridad; había escogido su camino, pero

seguía mirando hacia atrás, preguntándose si había leído mal los signos, si no debería haber tomado otro camino.

De tiempo en tiempo, la cólera contra Dumbledore se desataba en él otra vez, poderosa como las olas que se cierran de golpe contra la roca bajo la casita de campo, cólera por que Dumbledore no le hubiera explicado todo antes de morirse.

-Pero, ¿Está muerto? -dijo Ron, tres días después de que hubieran llegado a la casa de campo.

Harry estaba mirando fijamente hacia fuera, sobre la pared que separaba el jardín de la casa de campo de la roca, cuando Ron y Hermione lo encontraron; lamentaba que lo hubiesen hecho, no tenía ningún deseo de participar en su discusión.

-Sí, lo esta. Ron, por favor, no empieces otra vez!

-Mira los hechos, Hermione -dijo Ron, hablando hacia Harry, que continuaba mirando fijamente al horizonte-. El ciervo plateado. La espada. El ojo que Harry vió en el espejo...

-¡Harry admite que podría haber imaginado el ojo! ¿No, Harry?

-Podría haberlo hecho -dijo Harry sin mirarla.

-Pero tu no piensas que lo hayas hecho, ¿verdad? -preguntó Ron.

-No, no lo creo -dijo Harry.

-Ahí lo tienes -dijo Ron rápidamente, antes de que Hermione pudiera terminar-. Si no fué Dumbledore, explica cómo sabía Dobby que estábamos en el sótano, Hermione.

-No puedo... pero ¿Puedes explicar cómo nos lo pudo enviar Dumbledore si está metido en una tumba en Hogwarts?

-¡No se, podría haber sido su fantasma!

-Dumbledore no volvería como un fantasma -dijo Harry. Había pocas cosas de las que estuviera seguro ahora sobre Dumbledore, pero de eso si lo estaba-.Él habría continuado.

-¿A qué te refieres con 'continuado'? -preguntó Ron, pero antes de que Harry pudiese decir más, una voz detrás de él dijo, -¿Aggy?-

Fleur había salido de la casa de campo, su largo cabello plateado volando en la brisa.

-'Arry, a Grip'ook le gustagía hablag contigo. 'Ezta en la habitación máz pequeña, dijo que no quegía ser escuchado pog casualidad.-

Su disgusto con que el duende la enviara a entregar mensajes era clara; se ña veía irritable mientras caminaba de vuelta a la casa.

Griphook les estaba esperando, como Fleur había dicho, en el más pequeño de los tres cuartos de la casa, en el que Hermione y Luna dormían por la noche.

Había echado las cortinas rojas de algodón contra el luminoso y nublado cielo, lo que le daba al cuarto un resplandor ardiente que contrastaba con el resto de la aireada y luminosa casa.

-He tomado mi decisión, Harry Potter -dijo el duende, que estaba sentado con las piernas cruzadas en una silla baja, golpeando los brazos con sus largos y delgados dedos-. Aunque los duendes de Gringotts considerarán esto una traición, he decidido ayudarte...

-¡Eso es genial! -dijo Harry, una oleada de alivio pasó a través de él-. Griphook, gracias, nosotros le estamos realmente...

-...a cambio, -dijo el duende firmemente- de un pago.

Ligeramente desconcertado, Harry vaciló.

-Cuánto quieres? Tengo oro.

-Oro no -dijo Griphook. –Ya tengo oro.

Sus ojos negros resplandecieron; no tenía blanco en los ojos.

-Quiero la espada. La espada de Godric Gryffindor.

El espíritu de Harry se desplomó

-No puedes tener eso -dijo. -Lo siento.

-Entonces -dijo el duende suavemente- tenemos un problema.

-Podemos darte alguna otra cosa -dijo Ron con impaciencia- Apuesto a que Lestrange tiene montones de cosas, puedes coger tu parte una vez estemos en la cámara.

Había dicho lo incorrecto. Griphook se sonrojó furioso.

-¡No soy un ladrón, niño! ¡No estoy tratando de conseguir tesoros a los que no tengo derecho!-

-La espada es nuestra...

-No, no lo es -dijo el duende.

-Somos Gryffindor, y era de Godric Gryffindor...

-Y antes de que fuese de Gryffindor, ¿de quién era? -reclamó el duende, sentándose derecho.

-De nadie -dijo Ron-. Fue hecha para él, ¿no?

-¡No! -gritó el duende, erizándose de ira mientras apuntaba un largo dedo hacia Ron.

-¡La arrogancia de los magos otra vez! ¡Esa espada fue primero de Ragnuk, al que se la robó Godric Gryffindor! ¡Es un tesoro perdido, una pieza maestra del trabajo duende! Pertenece a los duendes. ¡La espada es el

precio a mis servicios, tómalo o déjalo! -Griphook les miraba fijamente.

Harry miró a los otros dos, y luego dijo- Necesitamos discutir esto, Griphook, si le parece bien. ¿Podría darnos unos minutos?

El duende asintió, pareciendo enfadado.

Abajo, en el vacío salón, Harry caminó hacia la chimenea con el ceño fruncido, tratando de pensar en qué hacer. Detrás de él, Ron dijo, -Está bromeando. No podemos darle esa espada.

-¿Es verdad? –preguntó Harry a Hermione.- ¿ Gryffindor robó la espada?

-No lo sé -dijo desesperanzadamente-. La historia de los magos a menudo evita lo que estos han hecho a otras razas mágicas, pero no hay ningún informe que conozca que diga que Gryffindor robó la espada.

-Será una de esas historias de duendes -dijo Ron- sobre como los magos estamos siempre tratando de terminar sobre ellos. Supongo que deberíamos sentirnos felices de que no nos haya pedido una de nuestras varitas.

-Los duendes tienen buenas razones para que no les gusten los magos, Ron.- dijo Hermione. - Han sido tratados brutalmente en el pasado.

-Los duendes no son exactamente pequeños conejos mullidos, ¿no? - dijo Ron-. Han matado ha muchos de los nuestros. Han peleado sucio también.

-Pero discutir con Griphook sobre que raza es la más misteriosa y violenta no va a ponerlo más deseoso de ayudarnos, ¿no?

Hubo una pausa mientras intentaban pensar en una solución al problema. Harry miró afuera hacia la tumba de Dobby. Luna estaba colocando lavanda de mar en un tarro de mermelada al lado de la piedra principal.

-Muy bien - dijo Ron, y Harry se volvió para verlo,

-¿Qué?

-Le decimos a Griphook que necesitamos la espada hasta que estemos dentro de la cámara y que luego podrá tenerla. Hay una falsa dentro, ¿no? Las cambiamos, y le damos la falsa.

-¡Ron, notará la diferencia mejor que nosotros!- dijo Hermione. -¡Él fue el único que notó que había habido un cambio!

-Si, pero podríamos escapar antes que se de cuenta...

Se acobardó ante la mirada que le echó Hermione.

-Eso -dijo silenciosamente-, es despreciable. ¿Pedir su ayuda, y luego traicionarlo? ¿Y tú te preguntas por qué a los duendes no les gustan los magos, Ron?

Las orejas de Ron se pusieron rojas.

-¡Esta bién, esta bién! ¡Era lo único que se me ocurría! ¿Cuál es tu solución, entonces?

-Necesitamos ofrecerle algo más, algo igual de valioso.

-Brillante, iré y traeré una de nuestras antiguas espadas hechas por duendes y tú puedes envolverla en papel de regalo.

El silencio se hizo entre ellos otra vez. Harry estaba seguro de que el duende no aceptaría nada más que la espada, aunque ellos tuvieran algo igual de valioso que ofrecerle. Pero la espada era su única, su arma indispensable contra los Horcruxes.

Cerró los ojos durante un minuto o dos y escuchó la intensidad del mar. La idea de que Gryffindor hubiera robado la espada le resultaba desagradable: Siempre había estado orgulloso de ser un Gryffindor; Gryffindor había sido el campeón de los nacidos Muggle, el mago que había chocado con el amante de la sangre pura, Slytherin....

-A lo mejor está mintiendo -dijo Harry, abriendo los ojos otra vez-. Griphook. Tal vez Gryffindor no robó la espada. ¿Como sabemos que su versión de la historia es la buena?

-¿Hay alguna diferencia?- preguntó Hermione.

-Cambia lo que siento sobre ello - dijo Harry.

Tomó un profundo respiro.

-Le diremos que le daremos la espada después de que nos ayude a entrar en la cámara... pero seremos

cuidadosos de evitar decirle cuando exactamente podrá tenerla.

Una amplia sonrisa se extendió lentamente en la cara de Ron. Hermione, sin embargo, parecía alarmada.

-Harry, no podemos…

-Podrá tenerla –continuó Harry-, cuando la hallamos usado con todos los Horcruxes. Me aseguraré de que la tenga entonces. Mantendré mi palabra.

-¡Pero eso podrían ser años!- dijo Hermione.

-Si sé, pero él no la necesita. No estaré mintiendo… realmente.

Harry encontró sus ojos con una mezcla de desafío y verguenza. Recordó las palabras que habían sido grabadas sobre la entrada de Nurmengard: POR EL BIEN MAYOR. Apartó la idea. ¿Qué opción tenían?

-No me gusta -dijo Hermione.

-A mí tampoco mucho -admitió Harry.

-Bien, creo que es genial -dijo Ron, poniéndose de pie otra vez. -Vamos a decirselo.

De vuelta en la pequeña habitación, Harry hizo la oferta, cuidando de decirlo sin dar una fecha definitiva para la entrega de la espada. Hermione miró con el ceño fruncido al piso mientras hablaba; se sintió irritado con ella, con temor de que pudiese

estropearlo. Sin embargo, Griphook no tenía ojos para nadie excepto para Harry.

-¿Tengo tu palabra, Harry Potter, de que me daras la espada de Gryffindor si te ayudo?-

-Si -dijo Harry.

-Entonces aprieta mi mano -dijo el duende, levantando su mano.

Harry la tomó y sacudió. Se preguntó si esos ojos negros vieron algún recelo en los suyos. Luego Griphook lo soltó, rápidamente juntó sus manos, y dijo, -¡Entonces comenzamos!-

Era como planear entrar en el ministerio de nuevo. Acordaron trabajar en la pieza más pequeña, la cual se mantenía, de acuerdo a la preferencia de Griphook, en semioscuridad.

-He visitado la cámara de Lestrange sólo una vez –les dijo Griphook-. La vez que me mandaron poner dentro la falsa espada. Es una de las cámaras más antiguas. Las familias de magos más antiguas guardan sus tesoros en el nivel más bajo, donde las cámaras son más grandes y están mejor protegidas….-

Permanecían callados en la alacena hecha habitación durante horas cada vez. Lentamente los días se convirtieron en semanas. Había un problema tras otro que resolver, y si eso no era suficiente, su abastecimiento de poción multijugos estaba considerablemente agotada.

-En realidad sólo hay suficiente para uno de nosotros - dijo Hermione, inclinando la poción espesa como fango contra la luz de la lámpara.

-Será suficiente - dijo Harry, que estaba examinando el mapa hecho a mano de Griphook de los más profundos caminos.

Los otros habitantes de la casa de campo no podían evitar notar que algo estaba pasando, ahora que Harry, Ron y Hermione solo salían a las horas de las comidas. Nadie hacía preguntas, aunque Harry constantemente sentía en la mesa los ojos de Bill en los tres, pensativo, preocupado.

Cuanto más tiempo pasaban juntos, más se daba cuenta Harry de que no le gustaba mucho el duende. Griphook era inesperadamente sangriento, se reía de la idea de causar dolor a criaturas menores y parecía agradarle la posibilidad de que tendrían que herir a otros magos para llegar a la cámara de los Lestrange. Harry podría asegurar que su aversión era compartida por los otros dos, pero no hablaron de ello. Necesitaban a Griphook.

El duende solo comió el resto de mala gana. Incluso después de que sus piernas estuvieran bien, continuó pidiendo bandejas de comida en su cuarto, como el todavía frágil Ollivander, hasta que Bill (después de un furioso arrebato de Fleur) fue arriba a decirle que la situación no podía continuar. Después Griphook se les unió a la atestada mesa, aunque rehusó comer la misma comida, insistiendo, en cambio, en pedir trozos de carne cruda, raices, y varios tipo de hongos.

Harry se sentía responsable: Era, después de todo, él quien había insistido en que el duende debería permanecer en la casa de campo para que él pudiese interrogarlo; culpa suya que toda la familia Weasley hubiese sido forzada a esconderse, que Bill, Fred, George, y el Sr. Weasley no pudiesen trabajar más.

-Lo siento -le dijo a Fleur, una tempestuosa tarde de Abril mientras le ayudaba a preparar la cena. -Nunca quise que tuvieras que lidiar con todo esto.

Ella acababa de poner algunos cuchillos a trabajar cortando en pedacitos filetes para Griphook y Bill, que prefería la carne sangrienta desde que había sido atacado por Greyback. Mientras los cuchillos cortaban tras ella, la expresión de su cara se suavizó.

-Arry, tu zagvazte la vida de mi hegmana, yo no olvido.

Eso no era, estrictamente hablando, verdad, pero Harry decidió no recordarle que Gabrielle nunca había estado en verdadero peligro.

-De todaz fogmaz –continuó Fleur, señalando un pote de salsa en el fuego, que comenzó a burbujear inmediatamente- Mg. Oggivandeg ze va donde Mugiel ezta noche. Ezo hagá las cosas máz fácilez. El duende -frunció el ceño un poco al mencionarlo- puede cambiagse abajo, y tú, Ron, y Dean podéis usag eza habitación.-

-No nos importa dormir en el salón -dijo Harry, que sabía lo que Griphook pensaría de tener que dormir en

el sofá; mantener a Griphook feliz era esencial para sus planes.

-No te preocupes por nosotros.- Y cuando ella intentó protestar se fué-Estaremos fuera de tus manos pronto, Ron, Hermione y yo. No necesitaremos estar aquí mucho más.

-Pero, ¿a qué te gefieres? –dijo ella, frunciendo el ceño, su varita apuntando al fondo de la cacerola ahora suspendida en el aire.- Clago que no te debes igte, ¡estas a salvo aquí! -Se pareció más a la Sra. Weasley cuando lo dijo, y agradeció que la puerta trasera se abriese en ese momento. Luna y Dean entraron, con el cabello húmedo por la lluvia de afuera y los brazos llenos de madera que flotaba en el mar.

-… y pequeñas orejas –estaba diciendo Luna-, un poco como los hippos, decía papá, pero morado y peludo. Y si quieres llamarlos, tienes que tararear; prefieren un vals, nada muy rápido…

Sintiéndose incómodo, Dean encogió los hombros cuando pasó frente a Harry, siguiendo a Luna a la sala que era comedor y sala de estar donde Ron y Hermione ponían la mesa.

Aprovechando la oportunidad de escapar de las preguntas de Fleur, Harry agarró dos jarros de jugo de calabaza y los siguió.

-… y si alguna vez vienes a nuestra casa podré mostrarte el cuerno, papá me escribió sobre eso pero no lo he visto aún, porque los mortífagos me capturaron

en el expreso de Hogwarts y no fuí a casa en navidad –estaba diciendo Luna, mientras ella y Dean avivaban el fuego.

-Luna, te lo dijimos –le dijo Hermione- Ese cuerno explotó. Era de un Erumpent, no de un Snorkack de cuerno arrugado...-

-No, era definitivamente un cuerno de Snorkack,- dijo Luna serenamente, -Papá me lo dijo. Lo habrá reformado ya probablemente, se curan a sí mismos, ¿sabes?

Hermione sacudió su cabeza y continuó poniendo los tenedores mientras Bill aparecía, conduciendo al Sr. Ollivander por las escaleras. El creador de varitas todavía se veía excepcionalmente débil, y se aferró al brazo de Bill mientras éste lo sostenía, cargando una gran maleta.

-Voy a echarle de menos, Sr. Ollivander -dijo Luna, acercándose al viejo hombre...

-Y yo a tí, querida -dijo Ollivander, dándole palmaditas en el hombro-. Fuiste un inexpresable alivio para mí en ese terrible lugar.

-Entonces, au revoir, Mg. Ollivandeg -dijo Fleur, besándolo en ambas mejillas- Y me pregunto si podría hacegme el favog de entregag un paquete a Muriel la tía de Bill!? No le he devuelto su tiaga.

- Será un honor -dijo Ollivander con una pequeña reverencia- es lo mínimo que puedo hacer en agradecimiento a su generosa hospitalidad.

Fleur sacó un gastado maletín de terciopelo, el cual abrió para mostrarselo al creador de varitas. La tiara brillaba y centelleaba a la luz de la baja lámpara colgante.

-Piedras de luna y diamantes -dijo Griphook, que había llegado furtivamente al cuarto sin que Harry lo notara. -Hecha por duendes, ¿no?

-Y pagada por magos -dijo Bill seriamente, y el duende le lanzó una mirada que era tanto furtiva como desafiante.

Un viento fuerte golpeó contra las ventanas de la casa mientras Bill y Ollivander ingresaban a la oscuridad. El resto de ellos se puso con dificultad alrededor de la mesa; codo a codo y con apenas suficiente espacio para moverse, comenzaron a comer. El fuego crujió y pasó por la rejilla a su lado. Fleur, notó Harry, simplemente jugaba con su comida; echaba un vistazo a la ventana cada poco minutos; sin embargo, Bill regresó antes que hubiesen terminado su primer plato, con el largo pelo enredado por el viento.

-Todo esta bien -le dijo a Fleur- Ollivander se instaló, mamá y papá mandan saludos. Ginny te envía todo su amor, Fred y George están sacando a Muriel de sus casillas, siguen con su negocio de pedidos mediante búhos en el cuarto trasero. Pienso que la animó tener

otra vez su tiara. Dijo que pensaba que se la habíamos robado.

-Ah, es *charmante* (encantadora) tu tía -dijo Fleur irritadamente, agitando su varita y haciendo que los platos sucios se elevaran y formaran un montón en el aire. Los cogió y salió del cuarto.

-Mi padre esta haciendo una tiara -dijo con voz aguda Luna- Bueno, mas bien una corona, en realidad.

Ron miró a Harry y sonrió; Harry supo que se estaba acordando del absurdo tocado que habían visto en su visita a Xenophilius.

-Sí, está tratando de recrear la diadema perdida de Ravenclaw. Cree que ya ha identificado la mayoría de los elementos fundamentales. Añadir la alas billywig realmente fue un avance…

Se oyó una explosión en la puerta principal. Todo el mundo se giró hacia allí. Fleur salió corriendo desde la cocina, mirando aterrorizada; Bill se levantó rápidamente, con su varita apuntando a la puerta; Harry, Ron, y Hermione hicieron lo mismo. Silenciosamente Griphook se deslizó debajo de la mesa, fuera de la vista.

-¿Quién es?- dijo Bill.

-Soy yo, ¡Remus John Lupin! -dijo una voz sobre el aullante viento. Harry experimentó un estremecimiento de miedo; ¿que había pasado?- Soy un hombre lobo, casado con Nymphadora Tonks, y ustedes, los

guardianes secretos de la casa de campo Shell, me dijeron la dirección y me ordenaron venir en caso de emergencia.

-Lupin -susurró Bill, y corrió a la puerta abriéndola.

Lupin cayó sobre el umbral. Estaba pálido, abrigado con una capa de viaje, su pelo grisáceo azotado por el viento. Se enderezó, miró alrededor del cuarto, asegurandose de quien estaba allí, luego gritó fuerte, -¡Es un niño! ¡Lo hemos llamado Ted, por el padre de Dora!-

Hermione chilló.

-Que..? Tonks... Tonks tuvo el bebé?-

-Si, si, ¡tuvo el bebé!- gritó Lupin. Todos alrededor de la mesa gritaron de placer y suspiros de alivio: Hermione y Fleur chillaron, -¡Felicidades!- y Ron dijo, -Dios, un bebé!- como si nunca hubiese escuchado eso antes.

-Si... si... un niño,- dijo Lupin otra vez, que parecía aturdido por su propia felicidad. Caminó a zancadas alrededor de la mesa y abrazó a Harry; la escena en el sotano en Grimmauld parecía no haber sucedido nunca.

-¿Serás su padrino?- dijo mientras miraba a Harry.

-Y...¿yo?- tartamudeó Harry.

-Tu, si, claro... Dora esta de acuerdo, quién mejor...

-Yo... si... Dios...

Harry se sintió abrumado, atónito, encantado; Bill se apuraba buscando el vino, y Fleur persuadía a Lupin para unírseles a tomar un trago.

-No puedo quedarme más, debo volver,- dijo Lupin, sonriendo radiante entre ellos: Parecía varios años más joven de lo que Harry nunca lo había visto.

-Gracias, gracias, Bill-

Bill pronto había llenado todas sus copas, se pararon y las levantaron en alto en un brindis.

-Por Teddy Remus Lupin,- dijo Lupin, -¡un gran mago en camino!-

-¿Como se le ve?- Fleur preguntó.

-Creo que como Dora, pero ella piensa que es como yo. Poco pelo. Parecía negro cuando nació, pero juro que cambió a jenjibre una hora después. Probablemente rubio cuando vuelva. Andrómeda dijo que el cabello de Tonks había comenzado a cambiar el día en que nació.- Vació su copa. -Oh, venga entonces, solo una más,- añadió, sonriendo radiente, mientras Bill la llenaba otra vez.

El viento azotó continuamente la pequeña casa y el fuego saltó y crujió, y Bill pronto estaba abriendo otra botella de vino. Las noticias de Lupin parecían haberlos hecho salir de sí mismos, sacándolos por un rato de su estado de sitio: las noticias de una nueva vida eran

estimulantes. Sólo el duende parecía impasible ante la repentina atmósfera festiva, y tras un rato se escabulló de vuelta a la habitación que ahora ocupaba solo. Harry pensó que había sido el único que lo había notado, hasta que vió los ojos de Bill siguiendo al duende escaleras arriba.

-No... no... En realidad debo volver,- dijo Lupin al final, declinando otra copa de vino. Se levantó y se echó de nuevo la capa de viaje alrededor- Adios, adios...trataré de traer unas fotos en unos días... estarán todos tan felices de saber que os he visto...

Se sujetó la capa y se despidió, abrazando a las mujeres y apretando las manos de los hombres, luego, todavía con una radiante sonrisa, regresó a la salvaje noche.

-¡Padrino, Harry!- dijo Bill mientras caminaban a la cocina juntos, ayudando a limpiar la mesa. -¡Un verdadero honor! Felicidades!

Mientras Harry ponía abajo las copas vacías que estaba trayendo, Bill cerró la puerta detrás de él, acallando las voces aún audibles de los demás, quienes continuaban con la celebración incluso con la ausencia de Lupin.

-Quería tener una conversación privada, Harry. No ha sido fácil tener una oportunidad con la casa llena de gente.- dijo Bill indeciso- Harry, estas planeando algo con Griphook.

Era una declaración, no una pregunta, y Harry no se molestó en negarlo. Simplemente miró a Bill, esperando.

-Conozco a los duendes,- dijo Bill. -He trabajado para Gringotts desde que deje Hogwarts. Hasta el punto en que magos y duendes pueden ser amigos, tengo amigos duendes.. o, al menos, duendes que conozco bien y me agradan.- Dijo, otra vez indeciso- Harry, que quieres de Griphook, y que le prometiste en recompensa.

-No puedo decirtelo -dijo Harry- Lo siento, Bill.

La puerta de la cocina se abrió detrás de ellos; Fleur estaba tratando de traer más copas vacías.

-Espera –le dijo Bill- Solo un momento.

Ella se volvió y cerró la puerta otra vez.

-Entonces tengo que decirte esto -continúo Bill- Si has cerrado cualquier clase de negocio con Griphook, y particularmente si ese negocio envuelve un tesoro, debes ser excepcionalmente cuidadoso. Las nociones de los duendes de propiedad, pagos, y reembolso no son las mismas que las humanas.

Harry sintió un ligero retorcimiento de disconformidad, como si una pequeña serpiente se hubiese agitado dentro de él.

-A qué te refieres?- le preguntó.

-Estamos hablando de una manera diferente de ser -dijo Bill.- Los negocios entre magos y duendes han estado llenos de problemas durante siglos.. pero sabrás todo eso por la Historia de la Magia. Ha habido faltas de ambos lados, nunca alegaría que los magos han sido inocentes. Sin embargo, hay una creencia entre algunos duendes, y los de Gringotts son quizas más propensos, de que los magos no son fiables en asuntos de oro y tesoros, que no tienen respeto a las posesiones de los duendes.

-Yo respeto...- Harry comenzó, pero Bill sacudió su cabeza.

-Tu no entiendes, Harry, nadie puede entenderlo a menos que hayan vivido con duendes. Para un duende, el legítimo y verdadero dueño de cualquier objeto es el creador, no el comprador. Todos los objetos hechos por duendes son, a sus ojos, legítimamente suyos.

-Pero fue comprado...-

-...entonces ellos lo consideraran alquilado por el que pago. Ellos tienen, sin embargo, serias dificultades en aceptar la idea de objetos hechos por duendes que pasan de mago en mago. Viste la cara de Griphook cuando la tiara pasó bajo sus ojos. Lo desaprueba. Creo que piensa, como los mas violentos de su tipo, que deberían ser devueltas a los duendes una vez que el comprador original muere. Ellos consideran nuestro hábito de quedarnos con objetos hechos por duendes, pasando de mago a mago sin un mayor pago, poco más que un robo.

Harry tuvo la sensasión de que algo no oportuno acababa de pasar; se preguntó si Bill adivinaba mas de lo que él le estaba diciendo.

-Todo lo que estoy diciendo,- dijo Bill, poniendo su mano en la puerta que volvía a la sala de estar- es que hay que ser muy cuidadoso en lo que le prometes a los duendes, Harry. Sería menos peligroso entrar ala fuerza en Gringotts que renegar de una promesa a un duende.

-Esta bien -dijo Harry mientras Bill abría la puerta- Gracias. Lo tendré en cuenta.

Mientras él continuaba allí, Bill volvió con los demás. Un irónico pensamiento vino a él, sin duda del vino que había bebido. Parecía ya en proceso de convertirse en un padrino tan imprudente para Teddy Lupin como Sirius Black lo había sido para él.

Capítulo Veintiséis



Gringotts

Sus planes estaban hechos, los preparativos completos; en el dormitorio mas pequeño un solo cabello negro, largo y grueso (tomado del jersey que Hermione había estado usando en Malfoy Manor) estaba enrollado dentro de un pequeña ampolleta de cristal sobre la repisa de la chimenea.

—Y estarás usando su propia varita, —dijo Harry, señalando hacia la varita de nogal—, así que considero que resultaras muy convincente.

Mientras la levantaba, Hermione parecía asustada como si la varita pudiera picarla o morderla.

—Odio esta cosa, —dijo en voz baja—. Realmente la odio. Se siente tan mal, no funciona bien para mí… Es como un poco de ella.

Harry no podía evitar recordar como Hermione había desechado su aversión por la varita de endrino, cuando esta no funciono tan bien como la suya, insistiendo en

que se estaba imaginando cosas, diciéndole que simplemente practicara. Opto por no repetirle su propio consejo, de todas formas, la víspera de su intento de asalto a Gringotts parecía el peor momento para contrariarla.
—Sin embargo, tal vez te ayude a meterte en su personalidad —dijo Ron—. Piensa en todas las cosas que esa varita ha hecho.
—¡Pues ese es mi punto! —Dijo Hermione—. Esta es la varita que torturo a la madre y al padre de Neville, y ¿quién sabe a cuanta gente más? ¡Esta es la varita que mató a Sirius!
Harry no había pensado en eso; miro hacia la varita y fue invadido por un impulso brutal de romperla, de partirla por la mitad con la espada de Griffindor, que estaba apoyada contra la pared detrás de el.
—Extraño mi varita, —dijo Hermione miserablemente—. Desearía que el Sr. Ollivander me hubiera hecho otra varita a mi también.
Esa mañana el Sr. Ollivander le había enviado una nueva varita a Luna. En ese momento ella estaba afuera en el jardín trasero, probando sus capacidades bajo el sol del atardecer. Dean, que había perdido su varita con los Snatchers, estaba mirándola un tanto melancólico.
Harry bajo la mirada hacia la varita de espino que alguna vez había pertenecido a Draco Malfoy. Se había sentido sorprendido, pero satisfecho al descubrir que le funcionaba por lo menos tan bien como lo había hecho la de Hermione. Recordando lo que les había dicho Ollivander de los funcionamientos secretos de las varitas, Harry creyó que sabia cual era el problema de Hermione. Al no haberla tomado personalmente de Bellatrix, no había podido ganarse la lealtad de la

varita.
La puerta de la habitación se abrió y Griphook entro. Por instinto, Harry se estiró para asir la empuñadura de la espada y la jalo cerca de él, pero lamento la acción inmediatamente. Podría asegurar que el gnomo lo había notado. Intentando distraer la atención sobre el bochornoso momento, dijo, —Estábamos revisando los detalles de último minuto, Griphook. Le hemos dicho a Bill y Fleur que nos vamos mañana y que no se levanten para vernos partir.
Se habían mantenido firmes sobre este punto porque Hermione necesitaría trasformarse en Bellatrix antes de que se fueran, y cuanto menos supieran o sospecharan Bill y Fleur, acerca de lo que iban a hacer, mejor. También les habían explicado que no iban a regresar. Como habían perdido la vieja tienda de Perkins la noche que los Snatchers los capturaron, Bill les había prestado otra. Estaba ahora empacada dentro del bolso de cuentas, el cual, Harry quedo sorprendido al enterarse, Hermione había protegido de los Snatchers con el sencillo y oportuno hecho de esconderlo dentro de su calcetín.
A pesar de que extrañaría a Bill, Fleur, Luna y Dean, sin mencionar las comodidades hogareñas que habían disfrutado por las últimas semanas, Harry estaba ansioso de escapar del confinamiento de Shell Cottage. Estaba cansado de tratar de cerciorarse que no eran escuchados por casualidad, cansado de estar encerrado en la pequeña y oscura habitación. Sobretodo, deseaba librarse de Griphook. Sin embargo, exactamente como y cuando dejaría al gnomo sin devolverle la espada de Griffindor continuaba siendo una pregunta para la cual Harry no tenia respuesta. Había sido imposible decidir como iban a hacerlo, porque el gnomo raramente

dejaba solos a Harry, Ron y Hermione por más de cinco minutos seguidos. —Podría darle lecciones a mi madre, —gruño Ron—, mientras los largos dedos del gnomo continuaban apareciendo en las orillas de las puertas. Con la advertencia de Bill en mente, Harry no podía dejar de sospechar que Griphook estaba cuidándose de una posible triquiñuela. Hermione desaprobaba tan apasionadamente el engaño planeado que Harry había dejado de intentar recurrir a su inteligencia sobre la mejor forma de hacerlo. Ron, en las raras ocasiones que habían tenido la oportunidad de robar unos pocos momentos libres de Griphook, había salido con nada mejor que: Tendremos que irnos volando, colega.
Harry durmió mal esa noche. Yaciendo quieto en las primeras horas, pensó de nuevo en la manera en que se había sentido la noche anterior a que se hubieran infiltrado en el Ministerio de Magia y recordó haberse sentido decidido, casi excitado. Ahora estaba experimentando sacudidas de ansiedad, dudas persistentes; no podía sacudirse el miedo de que todo fuera a ir mal. Seguía repitiéndose que su plan era bueno, que Griphook sabia a lo que se estaban enfrentando, que estaban bien preparados para todas las dificultades que podrían encontrarse, aun así se sentía inquieto. Una o dos veces escucho a Ron revolverse y estaba seguro de que también estaba despierto, pero estaban compartiendo la habitación con Dean, por lo que Harry no hablo.
Fue un alivio cuando llegaron las seis en punto y pudieron escurrirse de sus bolsas de dormir, vestirse en la penumbra, y salir al jardín, donde iban a encontrarse con Hermione y Griphook. El amanecer era frío, pero ahora que estaba llegando Mayo había poco viento. Harry miro hacia las estrellas que aun brillaban

tenuemente en el cielo oscuro y escucho el mar golpeando al avanzar y retirarse contra el acantilado; iba a extrañar el sonido.
Pequeños brotes verdes estaban forzando su camino sobre la tierra roja de la tumba de Dobby, dentro de un año el montículo estaría cubierto de flores. La piedra blanca que tenía grabado el nombre del elfo ya había adquirido una apariencia desgastada. Ahora se daba cuenta que difícilmente podrían haber encontrado un lugar mas hermoso para que Dobby descansara, pero Harry se lleno de tristeza al pensar en dejarlo atrás. Mirando hacia la tumba, se pregunto de nuevo como había sabido el elfo a donde ir a rescatarlos. Sus dedos se movieron distraídamente hacia el pequeño bolso que colgaba de su cuello, a través del cual podía sentir el fragmento de espejo en el que había estado seguro que había visto el ojo de Dumbledore. Entonces el ruido de una puerta abriéndose le hizo mirar alrededor.
Bellatrix Lestrange caminaba a zancadas sobre el césped hacia ellos, acompañada por Griphook. Mientras caminaba iba remetiendo el pequeño bolso de cuentas en el bolsillo interior del otro juego de antiguas túnicas que habían tomado de Grimmauld Place. A pesar de que Harry sabía perfectamente bien que era realmente Hermione, no pudo evitar un temblor de repudio. Era más alta que él, el cabello largo y negro le bajaba ondulado por la espalda, sus ojos claramente desdeñosos al posarse en él; pero entonces hablo, y escucho a Hermione con la voz baja de Bellatrix.
—¡Ella sabe horrible, peor que gurdirraiz! De acuerdo Ron, acércate para que pueda hacerte…
—Bien, pero recuerda que no me gusta la barba muy larga.
—Por Dios Santo, esto no se trata de lucir bien.

—No es eso, ¡se pone en medio! Pero me gustaría mi nariz una pizca mas corta, trata de hacerla igual que la vez pasada.
Hermione suspiro y empezó a trabajar, refunfuñando bajo su aliento mientras transformaba algunos aspectos de la apariencia de Ron. Iba a recibir una identidad completamente falsa, y confiaban en la malévola aura de Bellatrix para protegerlo. Mientras tanto Harry y Griphook iban a estar ocultos debajo de la capa de invisibilidad.
—Listo —dijo Hermione—, ¿Qué tal se ve, Harry?
Era posible distinguir algo de las facciones de Ron bajo el disfraz, pero solo, pensó Harry, debido a que lo conocía tan bien. El cabello de Ron era ahora largo y ondulado; tenía barba y bigote castaños, ninguna peca, nariz chata y cejas espesas.
—Bueno, no es mi tipo, pero funcionara, —dijo Harry—. ¿Nos vamos entonces?
Los tres volvieron la vista hacia Shell Cottage, que lucia oscura y silenciosa bajo las tenues estrellas, después se dieron la vuelta y caminaron hacia el punto, apenas más allá de la pared divisoria, donde el encantamiento Fidelius dejaba de funcionar y podrían desaparecerse. Una vez que pasaron la puerta, Griphook hablo. —¿Creo que debería trepar ahora, Harry Potter?
Harry se inclino y el gnomo se trepo en su espalda, con las manos unidas al frente de la garganta de Harry. No era pesado, pero a Harry le desagradaba la sensación del gnomo y la sorprendente fuerza con la que se aferró. Hermione sacó la capa de invisibilidad del bolso de cuentas y la lanzó sobre ambos.
—Perfecto, —dijo agachándose para revisar los pies de Harry—. No puedo ver nada. Vamos.
Harry se dio la vuelta sobre el terreno, con Griphook

sobre sus hombros, concentrándose con todo su ser en el Caldero Chorreante, la posada que era la entrada al Callejón Diagon. El gnomo se aferró incluso mas fuerte mientras se movían en la oscuridad opresora, y segundos después los pies de Harry encontraron el pavimento y abrió los ojos en Charing Cross Road. Ajetreados muggles pasaban con la típica expresión abatida de primera hora de la mañana, bastante inconscientes de la existencia de la pequeña posada.
El bar del Caldero Chorreante estaba casi desierto. Tom, el encorvado y desdentado encargado, estaba puliendo vasos de cristal detrás de la barra; un par de brujos que conversaban en murmullos en una esquina lejana echaron un vistazo hacia Hermione y se volvieron de vuelta a las sombras.
—Madam Lestrange, —murmuro Tom, y cuando Hermione se detuvo brevemente inclino la cabeza servilmente.
—Buenos Días, —dijo Hermione, y mientras Harry se movía lentamente a un lado, aun cargando a cuestas a Griphook bajo la capa, vio a Tom parecer sorprendido.
—Demasiado amable, —susurró Harry al oído de Hermione mientras salían de la posada hacia el minúsculo patio trasero—. ¡Necesitas tratar a la gente como si fuera basura!
—¡Vale, vale!
Hermione sacó la varita de Bellatrix y golpeó un ladrillo de la indefinible pared que había frente a ellos. Inmediatamente los ladrillos empezaron a dar vueltas y a girar, un agujero apareció en el centro, que creció más y más amplio, formando finalmente una entrada arqueada hacia la calle estrecha adoquinada que era el callejón Diagon.
Estaba en calma, apenas iba a ser hora de que las

tiendas abrieran, y había muy pocos compradores. La tortuosa calle adoquinada se veía muy diferente ahora del ajetreado lugar que Harry había visitado antes de su primer año en Hogwarts, tantos años atrás. Aunque, desde su última visita, muchas tiendas habían sido clausuradas con tablones, también habían sido creados muchos establecimientos dedicados a las artes oscuras. La propia cara de Harry lo saludo desde los muchos carteles pegados sobre las ventanas, siempre titulados con las palabras INDESEABLE NUMERO UNO.
Un grupo de gente andrajosa estaba sentada amontonada en los umbrales. Los escucho gimiendo a los pocos transeúntes, suplicando por oro, insistiendo en que ellos eran verdaderos magos. Un hombre tenía un vendaje ensangrentado sobre un ojo.
Mientras caminaban por la calle, los mendigos vislumbraron a Hermione. Parecieron esfumarse ante ella, cubriendo sus rostros con capuchas y alejándose tan rápido como podían. Hermione los miro con curiosidad, hasta que el hombre con el vendaje sangriento avanzo, cruzándose en su camino.
—Mis hijos, —grito, apuntándola. Su voz era mordaz, estridente, sonaba fuera de si—. ¿Dónde están mis hijos? ¿Qué ha hecho él con ellos? ¡Tú lo sabes, tú lo sabes!
—Y… yo realmente… —balbuceo Hermione.
El hombre se lanzo hacia ella, buscando su garganta. Entonces, con un estallido y una explosión de luz roja fue lanzado de vuela al suelo, inconsciente. Ron estaba parado allí, su varita aun a la vista y detrás de la barba se apreciaba su rostro conmocionado. Rostros aparecieron en las ventanas en cada lado de la calle, mientras un pequeño grupo de transeúntes de apariencia próspera recogieron sus túnicas y se

separaron en apacibles trotes, apurados por abandonar la escena.
Su entrada en el Callejón Diagon difícilmente podría haber sido más notoria; por un momento Harry se preguntó si tal vez no seria mejor irse ahora y tratar de idear un mejor plan. Sin embargo, antes de que se pudieran mover o consultar uno al otro, escucharon un grito detrás de ellos.
—¡Pero si es Madam Lestrange!
Harry giro y Griphook apretó su agarre alrededor del cuello de Harry. Un mago alto y delgado con una espesa corona de cabello gris y una nariz larga y afilada avanzaba a zancadas hacia ellos.
—Es Travers, —silbo el gnomo al oído de Harry, pero en ese momento Harry no podía pensar en quien era Travers. Hermione se había enderezado hasta su altura completa y dijo con tanto desprecio como pudo reunir:
—¿Y que es lo que quieres?
Travers detuvo sus andares, claramente ofendido.
—¡Es otro mortifago! —dijo Griphook en voz baja, y Harry se hizo a un lado para repetir la información en el oído de Hermione.
—Intentaba solamente saludarte, —dijo Travers fríamente—, pero si mi presencia no es bienvenida…
Ahora Harry reconoció su voz, Travers era uno de los mortifagos que habían sido convocados a la casa de Xenophilius.
—No, no, para nada, Travers, —dijo Hermione rápidamente, tratando de cubrir su error—. ¿Cómo estas?
—Bueno, debo confesar que estoy sorprendido de verte afuera y aquí, Bellatrix.
—¿En serio? ¿Por qué? —pregunto Hermione.
—Bueno, —tosió Travers—, escuche que los habitantes

de Malfoy Manor estaban confinados a la casa, después de… ah… la fuga.
Harry rogó para que Hermione pudiera mantener el control. Si eso era cierto y se suponía que Bellatrix no debía estar fuera en público…
—El Señor Oscuro perdona a aquellos que lo sirvieron tan fielmente en el pasado, —dijo Hermione en una magnifica imitación de los modales mas despectivos de Bellatrix—. Tal vez tu credibilidad con él no es tan buena como la mía, Travers.
Aunque el mortifago parecía ofendido, también parecía menos sospechoso. Miro hacia el hombre al que Ron acababa de aturdir.
—¿Cómo te ofendió?
—No importa, no volverá a hacerlo, —dijo Hermione fríamente.
—Algunos de estos sin varita pueden ser molestos, —dijo Travers—. Mientras no hagan nada mas que mendigar no tengo objeción, pero uno de ellos realmente me pidió que abogara por su caso ante el Ministro la semana pasada. Soy un brujo, sir, soy un brujo, déjeme probárselo dijo en una representación chillona. Como si yo fuera a darle mi varita… ¿Pero la varita de quien —dijo Travers con curiosidad—, estas usando por el momento, Bellatrix? Escuche que la tuya fue…
—Tengo mi varita aquí, —dijo Hermione fríamente, sosteniendo en alto la varita de Bellatrix—. No se que rumores has estado escuchando, Travers, pero lamentablemente parece que has sido mal informado.
Travers pareció un poco desconcertado con esto, y entonces se volvió hacia Ron.
—¿Quién es tu amigo? No lo reconozco.
—Ese es Dragomir Despard, —dijo Hermione, habían decidido que un personaje extranjero ficticio era la

cobertura más segura para que asumiera Ron —. Habla muy poco Ingles, pero simpatiza con las aspiraciones del Señor Oscuro. Ha viajado hasta aquí desde Transilvania para ver nuestro nuevo régimen.
—¿En serio? ¿Cómo estas, Dragomir?
—¿U tu? —dijo Ron, extendiéndole la mano.
Travers extendió dos dedos y tomo la mano de Ron como si tuviera miedo de ensuciarse.
—Entonces ¿Qué te trae a ti y a tu…ah… amigo simpatizante al Callejón Diagon tan temprano? —pregunto Travers.
—Necesito visitar Gringotts, —dijo Hermione.
—Ay, yo también, —dijo Travers—. ¡Oro, asqueroso oro! No podemos vivir sir él, si lo confieso, deploro la necesidad de relacionarnos con nuestros amigos de dedos largos.
Harry sintió que las manos entrelazadas de Griphook, se estrechaban momentáneamente alrededor de su cuello.
—¿Vamos? —dijo Travers, haciendo ademanes para que Hermione se adelantara.
Hermione no tuvo más opción que avanzar junto a él y encaminarse por la calle torcida y adoquinada hacia el lugar donde el edificio, blanco como la nieve, de Gringotts se alzaba por sobre las otras pequeñas tiendas. Ron avanzó a un lado de ellos y Harry y Griphook los siguieron.
Un mortífago en guardia era la última cosa que necesitaban y lo peor de todo era que con Travers emparejado al lado de quien el creía era Bellatrix, no existía manera de que Harry pudiera comunicarse con Hermione o Ron. Demasiado pronto llegaron al pie de los escalones de mármol que llevaban a las grandes puertas de bronce. Como Griphook ya les había advertido, los gnomos en librea que usualmente

franqueaban la entrada habían sido reemplazados por dos magos, los cuales sostenían largas y delgadas varas doradas.
—¡Ah, Probity Probes, —suspiro Travers teatralmente—, tan crudo… pero tan efectivo!
Y subió los escalones, saludando a izquierda y derecha a los magos, que alzaron sus varas doradas y las pasaron arriba y abajo por su cuerpo. Las sondas, sabia Harry, detectaban hechizos de ocultamiento y objetos mágicos ocultos. Sabiendo que tenía solo segundos, Harry apunto la varita de Draco hacia cada uno de los guardias y murmuro: —Confundo —dos veces.
Inadvertido por Travers, que miraba a través de las puertas de bronce hacia el recibidor interno, cada uno de los guardias dio un pequeño brinco cuando los hechizos los golpearon.
El largo cabello negro de Hermione ondulo detrás de ella mientras subía los escalones.
—Un momento Madam, —dijo el guardia, alzando su sonda.
—¡Pero si acaba de hacer eso! —dijo Hermione con la voz dominante y arrogante de Bellatrix. Travers volteo, con las cejas alzadas. El guardia estaba confundido. Miro fijamente la sonda dorada y después a su compañero, que dijo con una voz levemente confundida, —Si, acabas de revisarlos, Marius.
Hermione avanzo, con Ron a su lado, Harry y Griphook trotando invisibles detrás de ellos. Harry echo un vistazo detrás mientras cruzaban el umbral. Ambos magos se estaban rascando la cabeza.
Dos gnomos estaban parados ante las puertas internas, que estaban hechas de plata y que tenían grabada la poética advertencia de un terrible castigo para potenciales ladrones. Harry la miró y le llego un

repentino y punzante recuerdo: estar parado en ese mismo punto el día que cumplió once años, el mas maravilloso cumpleaños de su vida, y Hagrid parado a su lado diciendo: Como te dije, si, hay que estar loco para intentar robar aquí. Gringotts había parecido un lugar de ensueño ese día, el deposito encantado de un tesoro de oro que nunca había sabido que poseía, y ni siquiera por un instante podría haber soñado que volvería para asaltarlo... Pero en segundos estuvieron parados en el extenso vestíbulo de mármol del banco.
El largo mostrador estaba atendido por gnomos sentados en altos taburetes atendiendo a los primeros clientes del día. Hermione, Ron y Travers se dirigieron hacia un viejo gnomo que estaba examinando una gruesa moneda de oro con una lente. Hermione dejo que Travers se adelantara bajo el pretexto de estar explicando las características del vestíbulo a Ron.
El gnomo dejo la moneda que estaba sosteniendo a un lado, diciéndole a nadie en particular, —Leprechaun, — y después saludo a Travers, que le pasó una pequeña llave dorada, que fue examinada y devuelta a él.
Hermione dio un paso adelante.
—¡Madame Lestrange! —dijo el gnomo, evidentemente asustado—. ¡Vaya! ¿Cómo... como puedo ayudarla?
—Quisiera entrar a mi bóveda, —dijo Hermione.
El viejo gnomo pareció retroceder un poco. Harry echo un vistazo alrededor. No solamente Travers estaba expectante, mirando, sino que otros tantos gnomos habían levantado la mirada de sus labores para quedarse mirando hacia Hermione.
—¿Tiene una... identificación? —pregunto el gnomo.
—¿Identificación? ¡N... nunca me habían pedido identificación antes! —dijo Hermione.
—¡Lo saben, —susurro Griphook al oído de Harry—,

deben haber sido advertidos de que podría haber un impostor!
—Con su varita será suficiente, madam, —dijo el gnomo. Extendió una mano levemente temblorosa, con un terrible estallido de entendimiento Harry supo que los gnomos de Gringotts estaban al tanto de que la varita de Bellatrix había sido robada.
—¡Hazlo ahora, hazlo ahora, —susurro Griphook al oído de Harry—, la maldición Imperius!
Harry alzo la varita de espino debajo de la capa, señalando hacia el viejo gnomo, y susurrando, por primera vez en su vida, —¡Imperio!
Una curiosa sensación bajo por el brazo de Harry, sintió como un hormigueo, un ardor que pareció fluir desde su mente, bajo los tendones y venas conectándolo con la varita y la maldición que acababa de ser ejecutada. El gnomo tomo la varita de Bellatrix, la examino detenidamente, y entonces dijo, —¡Ah, usted tiene una varita nueva, Madam Lestrange!
—¿Qué? —Dijo Hermione—. No, no, esa es mía…
—¿Una nueva varita? —dijo Travers, acercándose al mostrador nuevamente; los gnomos de alrededor seguían observándolos—. Pero ¿Cómo lo conseguisteis, que fabricante de varitas utilizaste?
Harry actuó sin pensar. Apuntando su varita a Travers, murmuro, —¡Imperio! —una vez más.
—Oh si, ya veo, —dijo Travers, mirando hacia la varita de Bellatrix—, si, muy hermosa, y ¿esta trabajando bien? Siempre he creído que las varitas requieren un pequeño ablande, ¿no crees?
Hermione parecía completamente desconcertada, pero para el enorme alivio de Harry acepto el extraño giro de los acontecimientos sin ningún comentario.
El viejo gnomo detrás del mostrador batió palmas y un

joven gnomo se acerco.
—Necesitare los Clankers, —le dijo al gnomo, que se fue y regreso un momento mas tarde con un bolso de piel que parecía estar lleno de metal entrechocándose, y que entrego a su superior. —¡Bien, bien! Entonces, si gusta seguirme, Madam Lestrange, —dijo el viejo gnomo, bajándose de su taburete y desapareciendo de la vista—. La llevare a su bóveda.
Apareció a la vuelta del extremo del mostrador, trotando felizmente hacia ellos, el contenido del bolso de piel aun resonando. Travers estaba ahora parado absolutamente quieto con la boca completamente abierta. Ron estaba llamando la atención hacia este raro fenómeno al quedarse mirando a Travers totalmente confundido.
—¡Espera…Bogrod!
Otro gnomo vino dándole la vuelta al mostrador.
—Tenemos instrucciones, —dijo con una reverencia hacia Hermione—. Perdóneme, Madam, pero hay instrucciones especiales respecto a la bóveda Lestrange.
Le susurro urgentemente al oído de Bogrod, pero el gnomo que estaba bajo la maldición Imperio lo hizo a un lado.
—Estoy al tanto de las instrucciones, Madam Lestrange desea visitar su bóveda… Familia muy antigua… viejos clientes… Por aquí, por favor…
Y, aun tintineando, se apresuro hacia una de las muchas puertas que conducían fuera del vestíbulo. Harry miro atrás hacia Travers, que estaba aun paralizado en el sitio luciendo anormalmente ausente, y tomo una decisión. Con un golpe de su varita hizo que Travers los acompañara, caminando mansamente en su avanzar mientras alcanzaban la puerta y pasaban al

estrecho pasillo de piedra mas allá, que estaba débilmente iluminado con antorchas.
—Estamos en problemas, ellos sospechan, —dijo Harry mientras la puerta se cerraba de golpe detrás de ellos y se quitaba la capa de invisibilidad. Griphook salto desde sus hombros, ni Travers ni Bogrod mostraron la mas mínima sorpresa por la repentina aparición de Harry Potter entre ellos. —Están bajo la maldición Imperio, —agrego, en respuesta a las preguntas confundidas de Hermione y Ron acerca de Travers y Bogrod, que estaban ahora allí parados luciendo perplejos. —No creo haberlo hecho lo suficientemente fuerte, No lo se…
Y otro recuerdo atravesó su memoria, sobre la verdadera Bellatrix Lestrange chillándole cuando por primera vez intento usar una maldición imperdonable. ¡Tienes que sentirlas, Potter!
—¿Qué hacemos? —pregunto Ron—. ¿Nos vamos ahora, cuando aun podemos?
—Si es que podemos, —dijo Hermione, mirando detrás hacia la puerta del vestíbulo principal, tras la cual quien podía saber lo que estaba ocurriendo.
—Hemos llegado hasta aquí, digo que continuemos, —dijo Harry.
—¡Vale!, —dijo Griphook—. Entonces, necesitamos a Bogrod para controlar el carro, yo ya no tengo la autoridad. Pero no habrá lugar para el mago.
Harry apunto su varita hacia Travers.
—¡Imperio!
El mago se dio la vuelta y camino hacia el oscuro camino con un paso elegante.
—¿Qué estas obligándolo a hacer?
—Esconderse, —dijo Harry mientras apuntaba su varita hacia Bogrod, que silbo y un pequeño carro apareció,

saliendo de la oscuridad, acercándose por los rieles hacia ellos. Harry estaba seguro que podía escuchar gritos detrás de ellos en el vestíbulo mientras se subían, Bogrod al frente con Griphook, Harry, Ron y Hermione apretados en la parte de atrás.
Con un tirón el carro se puso en marcha, ganando velocidad. Pasaron volando por un lado de Travers, que estaba retorciéndose en una grieta en la pared, entonces el carro empezó a girar y dar vueltas por los pasillos como laberintos, yendo hacia abajo todo el tiempo. Harry no podía escuchar nada por sobre el traqueteo del carro sobre las vías. Su cabello volaba detrás de el mientras se desviaban entre estalactitas, volando aun mas profundo en la tierra, pero evito echar un vistazo hacia atrás. Tal vez estaban dejando enormes huellas detrás de ellos, entre mas pensaba en ello, mas tonto le parecía haber disfrazado a Hermione como Bellatrix, haber traído con ellos la varita de Bellatrix, cuando los mortifagos sabían quien la había robado…
Estaban aun mas profundo de lo que nunca Harry había penetrado en Gringotts; tomaron una curva volando y vieron frente a ellos, con segundos para evitarla, una cascada bañando los rieles. Harry escucho a Griphook gritar —¡No! —pero no frenaron. La atravesaron. El agua cubrió los ojos y la boca de Harry. No podía ver ni respirar. Entonces con un sacudida tremenda, el carro dio un tirón y todos salieron volando de el. Harry escucho al carro romperse en pedazos contra la pared del pasillo, escucho a Hermione chillar algo, y sintió que se deslizaba sobre la tierra como si no pesara nada, aterrizando sin dolor sobre el rocoso piso del pasaje.
—Hechizo C… Cushioning, —farfulló Hermione, mientras Ron la ayudaba a ponerse de pie, pero para

horror de Harry vio que ya no era Bellatrix; en su lugar estaba parada allí con la túnica demasiado grande, empapada y siendo completamente ella misma; Ron tenía el cabello rojo de nuevo y no tenia barba.
—¡La Caída del Ladrón! —dijo Griphook, poniéndose de pie y viendo hacia atrás hacia el aguacero sobre los rieles, el cual, ahora sabía Harry, había sido más que solo agua—. ¡Se lleva todos los encantamientos, todos los ocultamientos mágicos! ¡Saben que hay impostores en Gringotts, han puesto sus defensas contra nosotros!
Harry vio a Hermione revisando para ver si aun tenía el bolso de cuentas, y rápidamente metió la mano bajo la chaqueta pasa asegurarse que no había perdido la capa de invisibilidad.
Después se dio la vuelta para ver a Bogrod sacudir la cabeza con desconcierto. La Caída del Ladrón parecía haberlo liberado de la maldición Imperio.
—Lo necesitamos —dijo Griphook—, no podemos entrar a la bóveda sin un gnomo de Gringotts. ¡Y necesitamos los Clankers!
—¡Imperio! —dijo nuevamente Harry, su voz hizo eco por el pasillo de piedra mientras sentía el pesado sentido de control que fluía del cerebro a la varita. Bogrod se sometió una vez mas a su voluntad, su expresión desconcertada cambio a una educada indiferencia, mientras Ron se apresuro a levantar el bolso de piel con las utensilios de metal.
—¡Harry, creo que puedo escuchar gente acercándose! —dijo Hermione, mientras apuntaba la varita de Bellatrix hacia la cascada y gritaba: —¡Protego! —Vieron el encantamiento escudo detener el flujo del agua encantada que bajaba por el pasillo.
—Bien pensado —dijo Harry—. Guíanos, Griphook.
—¿Cómo vamos a salir de aquí? —pregunto Ron mientras

se apresuraban dentro de la oscuridad detrás de gnomo, Bogrod que jadeaba como un perro viejo.
—Preocupémonos por eso cuando tengamos que hacerlo —dijo Harry. Estaba tratando de escuchar. Pensó que podía escuchar algo cerca moviéndose alrededor—. ¿Griphook, estamos lejos?
—No muy lejos, Harry Potter, no muy lejos…
Y entonces dieron la vuelta a una esquina y vieron la cosa para la cual Harry se había preparado, pero que hizo que todos se detuvieran.
Un gigantesco dragón estaba atado a la tierra frente a ellos, bloqueando el acceso a cuatro o cinco de las bóvedas mas profundas del lugar. Las escamas de la bestia se había vuelto pálidas y quebradizas durante su largo encarcelamiento bajo tierra, sus ojos eran rosa lechoso, ambas piernas traseras tenía pesadas esposas de donde salían cadenas que estaban soldadas a enormes clavijas enterradas profundamente en el suelo rocoso. Sus enormes alas en pico, estaban plegadas cerca de su cuerpo, de haberlas extendido habrían llenado la cámara, y cuando volvió su horrible cabeza hacia ellos, rugió con un sonido que hizo temblar la roca, abrió su boca y escupió un chorro de fuego que los hizo regresar corriendo hacia el pasillo.
—Es parcialmente ciego, —jadeo Griphook—, es incluso más salvaje por eso. No obstante, tenemos lo medios para controlarlo. Ha aprendido que esperar cuando los Clakers suenan. Dénmelos.
Ron le pasó el bolso a Griphook y el gnomo saco cierto número de pequeñas herramientas de metal que cuando se sacudieron hicieron un largo sonido de repique como el de diminutos martillos contra un yunque. Griphook se los paso a Bogrod que los acepto mansamente.

—Saben que hay que hacer, —le dijo Griphook a Harry, Ron y Hermione—. Esperará dolor cuando escuche el sonido. Se retirara y Bogrod debe poner su palma contra la puerta de la bóveda.

Dieron la vuelta a la esquina de nuevo, sacudiendo los Clankers, y el sonido hizo eco por las paredes rocosas, tan fuertemente magnificado, que el interior del cráneo de Harry pareció vibrar con la cámara. El dragón soltó otro ronco rugido, después se retiró. Harry podía verlo temblar, y mientras se acercaban mas, pudo ver las cicatrices hechas por salvajes tajos a través de su cara, y dedujo que había aprendido a temer a las espadas calientes cuando escuchaba el sonido de los Clankers.

—¡Hazlo que presione la mano contra la puerta! —urgió Grinhook a Harry, que volvió su varita de nuevo hacia Bogrod. El viejo gnomo obedeció, presionando la palma contra la madera, y la puerta de la bóveda desapareció para revelar la abertura que daba a una cueva abarrotada del piso al techo con monedas de oro y copas, armaduras de plata, pieles de extrañas criaturas, algunas con largas espinas dorsales, otras con alas plegadas, pociones en frascos enjoyados, y una calavera que aun llevaba una corona.

—¡Busquen rápido! —dijo Harry cuando entraron todos corriendo en la bóveda.

Le había descrito la copa de Hufflepuff a Ron y Hermione, pero si era el otro Horrocrux desconocido el que residía en la bóveda, no tenia idea de cómo seria. No obstante, apenas tuvieron tiempo de echar un vistazo alrededor, antes de que escucharan un ruido amortiguado detrás de ellos. La puerta reapareció, sellándolos dentro de la bóveda, y se sumieron en la oscuridad total.

—¡No importa, Bogrod será capaz de liberarnos! —dijo Griphook cuando Ron dio un grito de sorpresa—. Iluminen con sus varitas, ¿pueden? ¡Y aprisa, tenemos poco tiempo!
—¡Lumus!
Harry giro su varita iluminada alrededor de la bóveda. Su luz cayo sobre las gemas que brillaban, vio la falsificación de la espada de Gryffindor descansado en un estante alto entre un revoltijo de cadenas. Ron y Hermione habían iluminado sus varitas también, y estaban ahora revisando las pilas de objetos que los rodeaban.
—Harry, ¿Podría ser es...? ¡Ayyyy!
Hermione gritó de dolor, y Harry volvió su varita hacia ella a tiempo para ver una copa enjoyada que caía de su mano. Pero al caer, se separo, convirtiéndose en una lluvia de copas, de modo que un segundo después, con un gran estruendo, el piso estaba cubierto de copas idénticas rodando en todas direcciones, siendo imposible distinguir la original de todas las demás.
—Me quemo, —gimió Hermione, chupándose los ampollados dedos.
—¡Le pusieron maldiciones Germino y Flagrante! —dijo Griphook—. ¡Todo lo que toque arderá y se multiplicara, pero las copias no valen nada y si continúan tocando el tesoro eventualmente el peso del oro multiplicado nos aplastara hasta la muerte!
—¡Vale, no toquen nada! —dijo Harry desesperadamente, pero mientras lo decía Ron pateo accidentalmente una de la copas caídas con el pie, y veinte copas mas explotaron en el lugar mientras Ron saltaba, parte de su zapato empezó a arder al tocar el metal caliente.
—¡Quédense quietos, no se muevan! —dijo Hermione,

agarrando a Ron.
—¡Solo busquen alrededor! —dijo Harry—. Recuerden la copa es pequeña y de oro, tiene un tejon grabado, dos manijas, aparte vean si pueden distinguir el símbolo de Ravenclaw en cualquier parte, el águila…
Dirigieron sus varitas hacia cada recoveco y grieta, dando vuelta cautelosamente por el lugar. Era imposible no chocar contra algo; Harry envió una gran cascada de Galeones falsos sobre la tierra donde se unieron con las copas, y ahora apenas había sitio para poner los pies y el brillante oro ardió caliente, por lo que la bóveda se sentía como un horno. La luz de la varita de Harry pasó por las armaduras y cascos hechos por gnomos puestos en estantes que llegaban hasta el techo; mas y mas alto levanto la luz, hasta que repentinamente encontró un objeto que hizo su corazón saltar y su mano temblar.
—¡Ahí esta, ahí arriba!
Ron y Hermione apuntaron sus varitas hacia ahí también, por lo que la pequeña copa dorada brilló bajo la luz de tres reflectores, la copa que había pertenecido a Helga Hufflepuff y que había pasado a posesión de Hepzibah Smith, de quien había sido robada por Tom Riddle.
—¿Y como demonios vamos a llegar hasta allá arriba sin tocar nada? —pregunto Ron.
—¡Accio copa! —grito Hermione, que había olvidado evidentemente en su desesperación lo que Griphook había dicho durante sus sesiones de planeación.
—¡No sirve, no sirve! —gruño el gnomo.
—¿Entonces que hacemos? —dijo Harry, deslumbrando al gnomo—. Si quieres la espada, Griphook, entonces tendrás que ayudarnos mas… ¡esperen! ¿Puedo tocar las cosas con la espada? —¡Hermione, pásamela!

Hermione rebusco dentro de su ropa, saco el bolso de cuentas, rumiando por unos segundos, después saco la espada brillante. Harry la tomo por la empuñadura de rubíes y toco con la punta de la espada un jarrón de plata, y no se multiplico.
—¿Si puedo pasar la espada por una de las manijas... pero como voy a llegar hasta allá arriba?
La repisa en la que la copa reposaba estaba fuera del alcance de cualquiera de ellos, incluso de Ron, que era el mas alto. El calor del tesoro encantado se alzaba en olas, y a Harry le corría el sudor por la cara y espalda mientras luchaba por pensar en una formar de alcanzar la copa; y entonces escucho el rugido del dragón al otro lado de la puerta de la bóveda, y el sonido metálico haciéndose cada vez más fuerte.
Estaban realmente atrapados ahora. No había otro camino mas que a través de la puerta, y una horda de gnomos parecían estarse aproximando por el otro lado. Harry miro hacia Ron y Hermione y vio terror en sus rostros.
—Hermione, —dijo Harry, mientras el ruido crecía más—, tengo que alcanzarla, tenemos que librarnos de ella.
Ella alzo su varita, la apunto hacia Harry, y susurro, —Levicorpus.
Alzado en el aire por su tobillo, Harry golpeó una armadura y las replicas explotaron como si fueran cuerpos calientes, llenando el espacio reducido. Con gritos de dolor, Ron, Hermione y los dos gnomos fueron lanzados a un lado hacia otros objetos, que también empezaron a duplicarse. Medio enterrados en una marea creciente de tesoros rojo candente, lucharon y gritaron mientras Harry alcanzaba la manija de la copa de Hufflepuff, enganchándola con la espada.
—¡Impervius!, —chillo Hermione en un intento de

protegerse a si misma, a Ron y a los dos gnomos del metal ardiendo.
Entonces el peor grito hasta ahora hizo a Harry mirar hacia abajo. Ron y Hermione estaban enterrados hasta la cintura en el tesoro, luchado para evitar que Bogrod se hundiera en la marea creciente, pero Griphook se había hundido, y nada más que las puntas de unos largos dedos quedaban a la vista.
Harry alcanzo los dedos de Griphook y tiro. El ampollado gnomo emergió un poco, gritando.
—¡Liberatocorpus! —grito Harry, y con un golpe el y Griphook aterrizaron en la superficie del aumentado tesoro y la espada se escapo de la mano de Harry.
—¡Cogedla! —grito Harry, luchando contra el dolor del metal ardiente contra su piel, mientras Griphook se trepaba sobre sus hombros de nuevo, resuelto a evitar la masa crecida de objetos rojo candente—. ¿Dónde esta la espada? ¡Tiene la copa colgando!
El estruendo al otro lado de la puerta estaba creciendo ensordecedor… era demasiado tarde.
—¡Allí!
Era Griphook quien la había visto y el que se lanzo a por ella, y en ese instante, Harry supo que el gnomo nunca había esperado que cumplieran su palabra. Una mano se sostuvo fuertemente a un mechón de cabello de Harry, para asegurarse de no caerse sobre el mar espeso de ardiente oro, Griphook alcanzo la empuñadura de la espada y la alzo fuera del alcance de Harry.
La pequeña copa, ensartada por la manija en la hoja de la espada fue arrojada por el aire. Con el gnomo a horcajadas sobre él, Harry se zambullo y la cogió, podía sentirla escaldando su carne pero no la soltó, ni cuando incontables copas de Hufflepuff estallaron en su puño,

cayendo en forma de lluvia sobre él, mientras la entrada de la bóveda se abría nuevamente, se encontró deslizándose incontrolablemente con una avalancha de oro y plata ardiente, que lo lanzo dando vueltas con Ron y Hermione hacia la cámara exterior.
Apenas consciente del dolor de las quemaduras que cubrían su cuerpo, y todavía envuelto por el creciente tesoro duplicante. Harry empujo la copa dentro de su bolsillo y se estiro para recuperar la espada, pero Griphook se había ido. Deslizándose de los hombros de Harry en el momento que pudo, había corrido velozmente para esconderse entre los gnomos cercanos, blandiendo la espada y gritando, —¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ayuda! ¡Ladrones!
Desapareció en medio de la muchedumbre que avanzaba, sosteniendo dagas y que lo recibieron sin ninguna duda.
Deslizándose entre el metal caliente, Harry luchó por ponerse de pie y sabia que la única salida era pasando a través de ellos.
—¡Stufefy! —grito, y Ron y Hermione se le unieron, rayos de luz roja volaron hacia la multitud de gnomos, y algunos fueron derrumbados, pero otros avanzaron, y Harry vio a varios guardias magos corriendo doblando la esquina.
El dragón amarrado soltó un rugido, y un chorro de fuego cayó sobre los gnomos. Los magos huyeron, dando la vuelta, de regreso por donde habían venido, y la inspiración o la locura, se apoderaron de Harry, que grito:
—¡Relashio!
Las esposas rotas se abrieron con una sonora explosión.
—¡Por aquí! —gritó Harry, aun disparando hechizos aturdidores hacia los gnomos que avanzaban, corrió

hacia el ciego dragón.
—Harry… Harry… ¿Qué estas haciendo? —grito Hermione.
—Levántense, trepen, vamos…
El dragón no se había dado cuenta de que estaba libre, el pie de Harry encontró el dedo de su pata trasera y se impulso sobre su lomo. Las escamas eran duras como el acero, pero no pareció sentirlo. Estiro un brazo, Hermione se sujeto y trepo; Ron trepo detrás de ellos, y un segundo después el dragón se percato de que no estaba atado.
Con un rugido se alzo, Harry cayó sobre sus rodillas, sujetándose a las escamas tan fuerte como pudo, mientras desplegaba las alas, derribando a los histéricos gnomos a un lado como pinos de bolos, y se elevó en el aire. Harry, Ron y Hermione, se pegaron a su lomo, rozando el techo mientras se zambullía por la abertura del pasillo, entonces los gnomos acechantes lanzaron las dagas que rebotaron contra sus flancos.
—¡Nunca podremos salir, es demasiado grande! —grito Hermione, pero el dragón abrió la boca y arrojo fuego de nuevo, haciendo estallar el túnel, cuyos pisos y techos se agrietaron y destrozaron. Con fuerza pura, el dragón rasgo y lucho por abrirse camino. Los ojos de Harry estaban cerrados firmemente contra el calor y el polvo. Ensordecido por el desplome de las rocas y los rugidos del dragón, solo pudo aferrarse a su lomo, esperando salir expulsado en cualquier momento, entonces escucho a Hermione gritando, —¡Defodio!
Estaba ayudando al dragón a hacer más grande el pasaje, rompiendo el techo mientras luchaba por salir hacia el aire fresco, lejos de los histéricos y ruidosos gnomos. Harry y Ron la imitaron, resquebrajando el techo con más hechizos demoledores. Salieron del lago subterráneo, y la gran bestia se arrastro, gruño y

pareció detectar la sensación de libertad y el espacio abierto delante de él, y detrás de ellos quedaba el pasillo lleno con los escombros que hacía el dragón, con su cola en forma de espiga, dejando grandes montones de roca, gigantescas estalactitas fracturadas y el estruendo de los gnomos parecía estar apagándose, mientras que adelante, el fuego del dragón continuaba abriéndose paso.

Y finalmente, con la fuerza combinada de sus hechizos y la fuerza bruta del dragón, se abrieron paso fuera del pasillo hacia el vestíbulo de mármol. Gnomos y magos chillaron y corrieron a buscar cobijo, y por fin el dragón tuvo espacio para extender sus alas. Dando la vuelta su cabeza con cuernos hacia el aire fresco del exterior que podía oler mas allá de la puerta, avanzo, y con Harry, Ron y Hermione aun aferrados a su lomo, forzó su paso a través de las puertas de metal, dejándolas colgando de sus bisagras, se tambaleo hacia el callejón Diagon y se lanzo hacia el cielo.

Capítulo Veintisiete



El escondrijo final

No había ningún medio de dirección; el dragón no podía ver a donde iba, y Harry sabía que si daba vuelta bruscamente o lo hacía dar de golpe un giro en el aire ellos encontrarían imposible agarrarse cola.
Sin embargo, como ellos subieron más y más alto, Londres se desplegó debajo de ellos como un mapa gris-y-verde, el sentimiento aplastante de Harry era de gratitud para una fuga que había parecido imposible.

Agachado bajo el cuello de la bestia, se agarró apretado a las escamas metálicas, y la brisa fresca aliviava su piel quemada y con ampollas, las alas del dragón golpeaban el aire como las velas de un molino de viento. No sabía si por miedo o placer, pero no podía ver detrás de él

Ron siguió aferrado al cuello del dragón, y Hermione pareció sollozar. Después de cinco minutos más o menos, Harry perdió un poco de su temor de que el dragón iba a tirarlos, la intención fue coger al dragón para salir de su prisión subterranea; pero la pregunta de como y cuando ellos debían desmontarse se tornó bastante espantosa en su cabeza.

Él no tenía ni idea de cuanto tiempo podían estar los dragones en el aire sin aterrizar, ni como este dragón en particular, que apenas podría ver, localizaría un lugar bueno para dejarlos. Echaba un vistazo alrededor constantemente, imaginando que de pronto sentiría como descendía en picada.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Voldemort se diera cuanta de que ellos habían entrado a la bóveda de Lestrange? ¿Cuándo notificarían los duendes de Gringotts a Bellatrix? ¿Qué tan rápido se darían cuenta de que ellos habían estado allí?.Y luego, cuándo ellos descubrieran que la copa de oro no estaba, Voldemort sabría, por fin, que ellos buscaban los Horcruxes.

El dragón pareció ansiar el frío y el aire más fresco. Éste subía regularmente cada vez más, hasta que ellos volaban por los mechones de una nube fría, y Harry apenas podía distinguir los pequeños puntos coloreados que eran coches que ciculaban dentro y fuera de la ciudad. Volaron sin cesar, sobre los campos pincelados de parches verde y marrón, sobre caminos y curvas de ríos por el paisaje de trasgos mates y brillantes

- ¿Qué esta buscando? - gritó Ron, mientras volaban

hacia el norte.
- No tengo idea - sintiendo un rugido nuevamente. Sus manos estaban entumecidas con el frío pero no se atrevió a soltarse para cambiar su postura.

Se había estado preguntando desde hace algún tiempo lo que ellos harían si vieran la costa bajo ellos, si el dragón se dirigiera al mar abierto; tenía frío y estaba entumecido, y no digamos desesperadamente hambriento y sediento. ¿Cuándo, se pregunto, habría sido la última vez que la bestia había comido?, Seguramente necesitaría el sustento en poco tiempo, Y ¿Qué?, si así era, tenía tres personas sumamente comestibles sentadas sobre su espalda.

El sol se escondió un poco más abajo en el cielo, que se ponía de un color añil; aún así, el dragón voló, ciudades y ciudades se deslizaban bajo ellos, su enorme sombra se veía sobre la tierra como una nube gigantesca y oscura. Cada parte de Harry le dolió con el esfuerzo de conservarse arriba del dragón.
- ¿Es mi imaginación? - gritó Ron después de una extensión considerable de silencio - ¿O perdemos altura?

Harry miró abajo y vio montañas de un profundo verde y lagos, colores cobrizos en el cielo por la puesta del sol. El paisaje pareció agrandarse y más detallado, bizqueó sobre el lado del dragón, y se preguntó si esto se debía a la presencia de agua dulce por los destellos de luz del sol reflejada.

El dragón voló, pero cada vez bajaba más en grandes círculos en espiral, y se afiló en, pareció, sobre uno de

los más pequeños lagos.
- Digo que saltemos cuándo esté bastante bajo - Harry llamó a los demás - Directamente en el agua antes de que se de cuenta de que estamos aquí.

Estuvieron de acuerdo, Hermione muy poco y se puso a pensar que ahora podría ver el amplio vientre amarillo del dragón ondularse en la superficie del agua.

- ¡AHORA! - se deslizó sobre el lado del dragón y cayó sobre sus pies primero hacia la superficie del lago; la profundidad era mayor que lo que había creído y golpeó el agua con fuerza, sumergiéndose como una piedra y se congeló, estaba todo verde, lleno de caña.
Dió patadas hacia la superficie y surgió, pudo entonces ver enormes ondulaciones emanar en círculos de los sitios donde Ron y Hermione se habían caído. El dragón no pareció haber notado nada; estaba ya a cincuenta pies de distancia, bajando en picada sobre el lago para beber con su hocico lleno de cicatrices.

Cuando Ron y Hermione surgieron, balbuceando y jadeando, de las profundidades del lago, el dragón voló sobre ellos, sus alas que golpeaban con fuerza, y aterrizó por fin sobre una orilla distante. Harry, Ron y Hermione emprendieron el camino hasta la orilla de enfrente. El lago no pareció ser profundo.

Pronto se dieron cuenta que era más costoso abrirse camino entre cañas y barro que el esfuerzo de nadar, y por fin ellos se arrojaron, empapados, y agotados, en la hierba resbaladiza.
Hermione se derrumbó, tosiendo y tembló. Aunque Harry felizmente podía haberse acostado y dormir, él

se tambaleó a sus pies, sacó su varita mágica, y comenzó a echar los hechizos habituales para protejerse alrededor de ellos. Cuando él había terminado, se unió con los demás.

Era la primera vez que él los había visto correctamente desde el escape de la bóveda. Tenían tantas quemaduras rojas por todas partes de sus caras y brazos, y su ropa estaba chamuscada en algunos sitios. Se estremecían cuando aplicaron la esencia de dictamo en sus muchas heridas. Hermione dio a Harry la esencia, luego sacó tres botellas de jugo de calabaza que había traído de Shell Cottage y trajes limpios, secos para todos ellos. Se cambiaron y luego tomaron un trago de zumo.
- Bien, sobre todo - dijo Ron finalmente, que se miraba la piel sobre sus manos que crecía de nuevo - conseguimos el Horcrux. Aún con el inconveniente.
- ninguna espada - dijo Harry entre dientes cerrados fuertemente, goteó dictamo por el agujero chamuscado entre sus vaqueros en la herida de la quemadura que tenía debajo.
- Ninguna espada - Repitió Ron
- Aquella pequeña costra traiciona ... - Harry tiró el Horcrux del bolsillo de la chaqueta mojada y lo había dejado sobre la hierba delante de ellos. Destelleando en el sol, y dibujó destellos mientras se bebían a tragos sus botellas de zumo.
- Al menos no podemos llevarnos esto esta vez, mira, que esto de vueltas por nuestros cuellos sería un poco extraño - dijo Ron, limpiando su boca con el dorso de su mano. Hermione miró a través del lago a la orilla lejana donde el dragón todavía bebía. - ¿Qué creeis que le pasará? - preguntó ella ¿Estará bien?

- Pareces Hagrid - dijo Ron - Es un dragón, Hermione, puede cuidar de sí mismo. Somos nosotros los que tenemos que preocuparnos de...
- ¿Qué piensas?
- Bien no sé como decir esto - dijo Ron - pero creo que ellos podrían haber notado que nosotros estuvimos en Gringotts.

Los tres comenzaron a reírse, y una vez comenzado, era difícil parar. A Harry le dolieron las costillas, sintió que estaba mal de la cabeza por el hambre, pero se puso atrás sobre la hierba bajo el cielo que enrojecía y se rió hasta que su garganta fue la materia prima.

- ¿Qué vamos a hacer? - dijo Hermione finalmente, teniendo hipo, volviendo a ser ella misma y recuperar la seriedad - ¿Él sabrá, verdad? ¡Tu-ya-sabes-quien! Sabrá que sabemos lo de los Horcruxes.
- Tal vez estarán demasiado asustados para contarselo - dijo Ron con esperanza - tal vez ellos nos cubrirán - el cielo, el olor del agua de lago, el sonido de la voz de Ron fue extinguido. En la cabeza, Harry sintió como un golpe de espada.

Estaba de pie en un espacio débilmente alumbrado y un semicírculo de magos lo rodeaban, en el suelo, en sus pies se arrodilló una figura pequeña, temblorosa.

- ¿Qué has dicho? - Su voz era alta y fría, la furia y el miedo quemaban dentro de él. Lo que más había temido, pero no podía ser verdad, no veía como. El duende temblaba, incapaza de encontrarse con sus ojos.
- ¡Dilo otra vez! - murmuró Voldemort. - ¡Dilo otra vez!

- M - mi Lord - tartamudeó el duende, sus ojos morados amplios con el terror - m - mi Lord… Nosotros intentamos pararlos a los… Im-impostores, mi Lord .. lo tomaron, lo tomaron de la, de la cámara de Lestrange…
- ¿Impostores? ¿Qué impostores? ¿Pensé que Gringotts tenía los modos de revelar impostores? ¿Quiénes era ellos?
- Eran… eran ss señor los impossttt tores eran el muchacho de P de P-Potter y dos cómplices…
- ¿Y lo cogieron? – dijo Voldemort, con rebeldía en su voz, apoderándose de él un miedo terrible - ¡¡Decidme!! ¿Qué fue lo que cogieron?
- A. .. una pequeña c-copa de oro, mi lord - el grito de rabia, de negación lo dejó como si le hubiesen pegado. Estaba enloquecido, frenético, no podía ser verdad, era imposible, nadie lo sabía. ¿Cómo era posible que el muchacho pudiera haber descubierto su secreto?
La Varita Mayor lanzó por el aire y la luz verde estalló por el espacio: el duende se arrodilló y y se volvió muerto; los magos que miraban se dispersaron, aterrorizados.

Bellatrix y Lucius Malfoy lanzaron a otros tras de ellos en su carrera hacia la puerta, una y otra vez la varita mágica escupió ráfagas verdes, y los que quedaban atrás eran asesinados, todos ellos. Por traerle estas noticias, para enterarse sobre la copa de oro. Solo entre los muertos, caminó arriba y abajo, pasaron antes de él en la visión: sus tesoros, sus salvaguardas, sus anclas a la inmortalidad, el diario fue destruido y la copa fue robada.

Lo que no estaba seguro es sí Harry sabía de los demás

Horrocruxes. ¿Podría él saber, ya lo había echo antes? ¿Qué había ido más allá? ¿Estaba Dumbledore en la raíz de esto? Dumbledore, que siempre había sospechado de él; Dumbledore, muerto, dándole órdenes. Dumbledore, de quién tenía la varita mágica ahora, aún quien extendió la mano de la ignominia de muerte por el muchacho, el muchacho. ¿Pero seguramente si el muchacho había destruido cualquiera de su Horcruxes, él, Lord Voldemort, lo sabría, habría sentido? Él, el mayor mago de todos; él, el más poderoso; él, el asesino de Dumbledore y de cuantos otros hombres sin valor, anónimos. ¿Cómo podía Lord Voldemort no haberlo sabido, si él, él mismo, el más importante y precioso, había sido atacado, mutilado?

Cierto, él no había sentido nada cuando el diario había sido destruido, pero él había pensado que era porque él no tenía ningún cuerpo, era menos que un fantasma... No, seguramente, el resto estaban a salvo... Otro Horcrux debe estar intacto... Pero debe asegurarse, debe estar seguro... Repasó el espacio, dando patadas al cadáver del duende cuando pasó, y los cuadros velados y empezó a memorizar: el lago, la choza, y Hogwarts - un mínimo de tranquilidad había refrescado su rabia ahora. ¿Cómo podría el muchacho saber que él había ocultado el anillo en la choza Descarnada? Nadie alguna vez sabía que él era relacionado con el Gaunts, él había ocultado la conexión, las matanzas nunca le habían sido remontadas.

El anillo, seguramente, estaba a salvo. ¿Y cómo podía el muchacho, o alguien más, saber de la cueva o penetrar su protección? La idea del medallón siendo robado era absurda... Como para la escuela:

Solamente él conocía los secretos de Hogwarts en dónde había guardado el Horcrux, porque él y solo él tenía el conocimiento de los secretos más profundos de aquel lugar…

Y estaba todavía Nagini, quién no debía permanecer cerca ahora, fue enviada para su protección… Pero estaba seguro, para estar completamente seguro, debía volver a cada uno de sus escondrijos, debía redoblar la protección alrededor de cada uno de sus Horcruxes…

Un trabajo, como la búsqueda de la Varita Mayor, que debía emprender solo… ¿Cuál debería visitar primero, cuál corría mayor parte del peligro?
Una vieja inquietud parpadeada dentro de él. Dumbledore sabía su segundo nombre… Dumbledore podría haber hecho la conexión con los Gaunts… Su casa abandonada, quizás, la menos segura de sus escondrijos, era allí dónde iría primero… El lago… seguramente imposible aunque estuviera allí una posibilidad leve de que Dumbledore podría haber sabido algunas de sus fechorías pasadas, por el orfanato.
Y Hogwarts … pero él conocía su Horcrux que había en la caja fuerte; sería imposible para Potter entrar en Hogsmeade sin la detección, sin hablar de la escuela. Sin embargo, sería prudente alertar Snape al hecho que el muchacho podría tratar de entrar de nuevo en el castillo…. Para decir Snape por qué el muchacho podría volver sería tonto, desde luego; esto había sido un error grave de confiar en Bellatrix y Malfoy. ¿Su estupidez y descuido demuestran lo imprudente que había sido alguna vez al confiar en ellos?

Él visitaría la choza primero, entonces, y se llevaría a

Nagini con él. Él no se separaría de la serpiente más… y cruzó de un bandazo el espacio del pasillo, y caminó hacia fuera del jardín oscuro donde la fuente jugaba; llamó a la serpiente en Parsel y ésta se deslizó hacia fuera para unirse a él como una sombra larga…. Los ojos de Harry volvieron a abrirse como él, se tiró atrás al presente.

Estaba sobre la orilla del lago en el sol poniente, y Ron y Hermione le miraban desde arriba. Juzgando por sus miradas preocupadas, y por la palpitación continuada de su cicatriz, su excursión repentina en la mente de Voldemort no había pasado inadvertido. Luchó por zafarse de ellos, el temblor, vagamente se sorprendió que estaba todavía mojado, y vio la copa con inocencia en la hierba entre él y el lago, se vio claramente los colores profundamente azul con oro en el sol decreciente.

- Él lo sabe - Su propia voz pareció extraña y baja después de los altos gritos de Voldemort – lo sabe y va a comprobar donde están los demás, y los últimos - estaba ya a sus pies – uno está en Hogwarts. Yo lo sabía. Yo lo sabía-
- ¿Qué? - Ron bostezaba; Hermione se sentó, mirando preocupada.
- ¿Pero qué viste? ¿Cómo lo sabes?
- Yo lo vi averiguar sobre la copa, yo, yo estaba en su cabeza, en él - Harry recordó las matanzas - está seriamente enfadado, y asustado también, él no puede entender como nosotroslo lo sabíamos, y ahora se va a comprobar que los demás estén seguros, el anillo primero. Él del Hogwarts es el más seguro, porque

Snape está allí, porque será muy difícil el no ser visto entrando. Pienso que él comprobará éste el último, pero todavía puede estar allí dentro de unas horas.
-¿Viste en qué parte de hogwarts esta? - pregunto Ron, ahora trepando a sus pies también.
- No, él se concentraba en advertirle a Snape, él no pensó exactamente dónde está.
- Esperar, esperar - Hermione gritó cuando Ron llegó hasta el Horcrux y Harry sacó la Capa de Invisibilidad otra vez - solos no podemos ir, no tenemos un plan, necesitamos a…
-Tenemos que irnos - dijo Harry firmemente - ¿Había estado esperando dormir, esperando con impaciencia el entrar en la nueva tienda, pero era imposible ahora – ¿Podéis imaginaros lo que va a hacer una vez se dé cuenta de que el guardapelo y el anillo ya no están? ¿Y si mueve el Horrorcruxe de Hogwarts porque dice que no es un sitio lo bastante seguro?
¿Pero cómo vamos a entrar?
- Iremos a Hogsmeade - dijo Harry – e intentaremos resolver lo haremos cuando veamos la protección que hay en Hogwarts. Poneros bajo la Capa, Hermione, quiero que nos mantengamos juntos esta vez.
- Pero ya no cabemos
- Estará oscuro, nadie va anotar nuestros pies.

El dragón había bebido todo lo que necesitó y se había elevado en el aire. Hicieron una pausa en sus preparativos para mirarlo subir más y más alto, ahora negro contra el cielo que se oscurece rápidamente, hasta que desapareció sobre una montaña cercana. Entonces Hermione anduvo adelante y tomó su lugar entre los otros dos, Harry sacó la capa y se taparon, y

juntos dieron vueltas sobre el terreno en la oscuridad aplastante.

Capitulo Veintiocho



El espejo perdido

Los pies de Harry tocaron la carretera. Vio la ansiadamente familiar calle principal de Hogsmeade, las fachadas oscuras de las tiendas, la línea de neblina en las montañas negras tras la aldea, la curva adelante en el camino que conducía directamente a Hogwarts, y luz que salía de las ventanas de Las Tres Escobas, y con una sacudida de la cabeza, recordó con exactitud desgarradora, como había aterrizado aquí hacia casi un año, sosteniendo a un Dumbledore desesperadamente débil; todo esto en un segundo, durante el aterrizaje…y entonces mientras relajaba su apretón sobre los brazos de Ron y Hermione, sucedió.

El aire fue rasgado por un grito que sonó igual que el de Voldemort al descubrir que la copa había sido robada. Resonó en cada uno de los nervios del cuerpo de Harry,

y supo que había sido causado por su aparición.
Mientras miraba hacia los otros bajo de la Capa, la puerta de Las Tres Escobas se abrió de golpe y una docena de mortifagos encapuchados y enmascarados salieron a la calle, con las varitas en alto.
Harry agarro la muñeca de Ron cuando éste alzó su varita. Había demasiados para correr. Incluso intentarlo revelaría su posición. Uno de los mortifagos alzó su varita, y el grito se detuvo, haciendo eco a través de las montañas distantes.
—¡Accio Capa!, —rugió uno de los mortiagos.
Harry aferró los pliegues, pero la Capa no hizo ningún intento por escapar. El hechizo convocador no había funcionado.
—¿No estas bajo tu envoltorio, entonces, Potter? —grito el mortifago que había intentado el encantamiento, y despuéss hacia sus compañeros, —Dispersáos ahora. Esta aquí.
Seis de los Mortifagos corrieron hacia ellos, Harry, Ron y Hermione retrocedieron tan rápido como fue posible hacia la calle lateral más cercana y los Mortifagos no los encontraron por milímetros. Esperaron en la oscuridad, oyendo los pasos corriendo arriba y abajo, haces de luz de las varitas de los mortifagos que buscaban volaban a lo largo de la calle.
—¡Vamos sin más! —susurró Hermione—. ¡Desaparezcamos ahora!
—¡Excelente idea! —dijo Ron, pero antes de que Harry pudiera responder, un mortifago grito,
—¡Sabemos que estas aquí, Potter, y no hay salida posible! ¡Te encontraremos!
—Estaban preparados para nosotros, —susurro Harry—. Montaron ese hechizo para que les avisara cuando vinieramos. Supongo que han hecho algo para

mantenernos aquí, atraparnos…
—¿Y que hay de los dementores? —habló otro Mortifago—. ¡Dadles rienda suelta, ellos los encontrarán rapidamente!
—El Señor Oscuro no quiere a Potter muerto por ninguna mano que no sea la suya…
—¡… los dementores no le matarán! El Señor Oscuro quiere la vida de Potter, no su alma. ¡Será más fácil de matar si ha sido Besado antes!
Se produjeron muestras de conformidad. El pavor inundó a Harry, para repeler a los dementores tendrían que hacer Patronus que les descubrirían inmediatamente.
—¡Vamos a tener que intentar desaparecer, Harry! —susurró Hermione.
Mientras lo decía, sintió ese frió antinatural extendiéndose por la calle. La luz fue succionada del ambiente, hasta las estrellas se desvanecieron. En medio de la oscuridad, sintió a Hermione tomar y sujetar su brazo y juntos, se dieron la vuelta en el lugar.
El aire por el que necesitaban moverse, parecía haberse vuelto solidó. No podían desaparecerse, los mortifagos habían realizado bien sus encantamientos. El frió penetrando mas y mas profundamente en la carne de Harry. Ron, Hermione y él retrocedieron hacia atrás por la calle lateral, andando a tientas a lo largo de la pared, intentando no hacer ruido. Entonces, a la vuelta de la esquina, deslizándose silenciosamente, llegaron los dementores, diez o más de ellos, visibles porque eran de una oscuridad más densa que sus alrededores, cubiertos con sus negras capas y con sus manos en descomposición y con pústulas. ¿Podían detectar miedo en las cercanías? Harry estaba seguro de ello. Parecían

estar acercándose mas rápido ahora, con esas pesadas y ruidosas respiraciones que detestaba, probando la desesperación en el aire, acercándose…

Alzó su varita. No podía, no sufriría el beso de los dementores, sin importar lo que ocurriera después. Era en Ron y Hermione en lo que pensaba mientras susurraba, —¡Expecto Patronum!

El ciervo plateado surgió de su varita y embistió. Los dementores se dispersaron y se oyó un grito triunfante en alguna parte fuera de vista.

—¡Es él, allá abajo, allá abajo, he visto su Patronus, era un ciervo!

Los dementores se había retirado, las estrellas destellaban de nuevo y los pasos de los mortifagos se hacían mas fuertes, pero antes de que Harry en su pánico pudiera decidir que hacer, se oyó un rechinar de goznes cerca, una puerta se abrió en el lado izquierdo de la estrecha calle, y una voz áspera dijo: —¡Potter, aquí adentro, rápido!

Obedecieron sin vacilación, los tres se apresuraron a través del umbral abierto.

—¡Escaleras arriba, dejáos la capa puesta, manteneos en silencio! —murmuró una figura alta, pasando junto a ellos mientras salía a la calle y cerrando la puerta tras él.

Harry no había tenido ni idea de donde se metían, pero ahora veía, a la luz temblorosa de una simple vela, reconoció el mugriento suelo recubierto de aserrín del bar de la posada La Cabeza de Cerdo. Corrieron detrás de la barra y a través de una segunda puerta, que conducía a una engañosa escalera de madera, que subieron tan rápido como pudieron. Las escaleras daban a una sala de estar con una alfombra raída y una pequeña chimenea, sobre la cual colgaba un retrato

grande al óleo de una chica rubia que miraba hacia el cuarto con una especie de dulzura ausente.

Llegaron gritos desde las calles abajo. Aun llevando la Capa de Invisibilidad puesta, se acercaron a la mugrienta ventana y miraron hacia abajo. Su salvador, a quien Harry había reconocido como el cantinero de La Cabeza de Cerdo, era la única persona que no vestía una capucha.

—¿Qué? —bramaba hacia una de las caras encapuchadas—. ¿Qué? ¡Enviáis dementores a mi calle, yo respondo un Patronus! ¡No permitiré que se acerquen a mi! !Os lo he dicho! ¡No lo permitiré!

—Ese no era tu Patronus, —dijo un mortifago—. Era un ciervo. ¡Era el de Potter!

—¡Ciervo! —gruño el cantinero, y saco su varita—. ¡Ciervo! Idiota, ¡Expecto Patronum!

Algo enorme y con cuernos salió de la varia. Con la cabeza baja, embistió porHigh Street, hasta perderse de vista.

—Eso no es lo que yo vi, —dijo el mortifago, aunque parecía ahora menos seguro.

—Violaron el toque de queda, ya oiste el ruido, —dijo uno de sus compañeros al cantinero—. Alguien estaba afuera en la calle contra las regulaciones...

—¡Si quiero dejar salir a mi gato, lo haré, y al diablo tu toque de queda!

—¿Tu activaste el encantamiento aullido?

—¿Y qué si lo hice? ¿Vais a llevarme a Azcaban? ¿Asesinarme por asomar la nariz fuera de mi propia puerta principal? ¡Hacedlo entonces, si queréis! Pero espero por vuestro bien que no hayais presionado vuestrass pequeñas Marcas Oscuras, convocándolo. No le va a gustar que le hagan venir aquí por mi y mi viejo gato, ¿o si?

—¡No te preocupes por nosotros, —dijo uno de los mortifagos—, preocupate por ti mismo, ¡violando el toque de queda!
—¿Y en donde traficaréis con pociones y venenos cuando mi bar sea clausurado? ¿Qué pasara entonces vuestra pequeña actividad suplementaria?
—¿Nos estas amenazando?
—Mantengo la boca cerrada, por venís aquí, ¿o no?
—¡Sigo diciendo que vi un Patronus con forma de ciervo! —grito el primer mortifago.
—¿Ciervo? —rugió el cantinero—. ¡Es una cabra, idiota!
—Vale, cometimos un error, —dijo el segundo mortifago—. ¡Viola el toque de queda de nuevo y no seremos tan clementes!
Los mortifagos avanzaron a zancadas de vuelta hacia High Street. Hermione gimió de alivio, saliendo de debajo de la capa, y se sentó en una silla de patas bamboleantes. Harry corrió las cortinas y después retiro la capa de Ron y de sí mismo. Podían oir al cantinero abajo, ehando los cerrojos de la puerta del bar, y después subiendo las escaleras.
La atención de Harry fue capturada por algo que habia en la repisa de la chimenea, un pequeño espejo rectangular, colocado de pie, justo debajo del retrato de la chica.
El cantinero entró en el cuarto.
—Malditos tontos, —dijo bruscamente, mirando de uno a otro—. ¿En qué estaban pensando al venir aquí?
—¡Gracias! —dijo Harry—. ¡No podemos agradecerselo lo suficiente! !Salvo nuestras vidas!
El cantinero gruñó. Harry se aproximó mirándole a la cara, tratando de ver mas allá del largo, fibroso y canoso pelo de la barba. Llevaba gafas. Tras los sucios cristales, los ojos eran de un azul brillante y

penetrante.
—¡Es su ojo el que he estado viendo en el espejo!
Se hizo el silencio en la habitación. Harry y el cantinero se miraban uno a otro.
—¡Usted envió a Dobby!
El cantinero asintió y busco al elfo alrededor.
—Pensé que estaría contigo. ¿Dónde lo dejasteis?
—Está muerto, —dijo Harry—, Bellatrix Lestrange lo mató.
La cara del cantinero permaneció indiferente. Después de unos momentos dijo,
—Lamento oirlo. Me gustaba ese elfo.
Se dio la vuelta, encendiendo lamparas con golpecitos de su varita, sin mirar a ninguno de ellos.
—Usted eres Aberforth, —dijo Harry a la espalda del hombre.
Él no lo confirmó ni negó, sino se agachó para encender la chimenea.
—¿Cómo consiguió esto? —preguntó Harry, caminando hacia el espejo de Sirius, el gemelo del que él había roto casi dos años antes.
—Se lo compré a Dung hace cosa de un año, —dijo Aberforth—. Albus me dijo lo que era. Intentaba mantener un ojo en ti.
Ron jadeó.
—La cierva plateada, —dijo excitadamente—. ¿Fue tambien usted?
—¿De que estas hablando? —pregunto Aberforth.
—¡Alguien nos envio un Patronus en forma de cierva!
—Con un cerebro así, podrias ser mortifago, hijo. ¿No acabo de probar que mi Patronus es una cabra?
—¡Oh, —dijo Ron—, vale... bueno, tengo hambre! —agregó a la defensiva mientras su estomago soltaba un enorme gruñido.

—Iré a por comida —dijo Aberforth, y salió de la habitación, reapareciendo momentos mas tarde con una hogaza grande de pan, algo de queso, y una jarra de estaño con aguamiel, los puso sobre una pequeña mesa frente al fuego. Hambrientos, comieron y bebieron, y durante un rato solo hubo silencio, excepto por los crujidos del fuego, los golpes de las copas, y el sonido producido al masticar.
—Bien entonces, —dijo Aberforth cuando hubieron comido su ración y Harry y Ron se sentaron encorvados y somnolientos en sus sillas—. Tenemos que pensar en la mejor forma de sacaros de aquí. No puede ser de noche, ya oísteis lo que pasa si alguien se mueve en el exterior en la oscuridad. El encantamiento aullido se activa, saldrán tras vosotros como bowtruckles sobre huevos de doxy. No considero que vaya a ser capaz de hacer pasar un ciervo por una cabra una segunda vez. Esperad a que amanezca cuando el toque de queda termine, entonces os podréis poner vuestra Capa de Invisibilidad de nuevo y salir a pie. Salid directamente de Hogsmeade, hacia las montañas, y podréis desaparecer allí. Tal vez veais a Hagrid. Se ha estado escondiendo en una cueva allá arriba con Grawp desde que intentaron arrestarlo.
—No nos iremos, —dijo Harry—. Tenemos entrar en Hogwarts.
—No seas estúpido, chico, —dijo Aberforth.
—Tenemos que hacerlo, —dijo Harry.
—Lo que tenéis que hacer, —dijo Aberforth, inclinándose hacia adelante—, es iros tan lejos de aquí como podáis.
—No lo entiende. No hay mucho tiempo. Tenemos que conseguir entrar en el Castillo. Dumbledore… quiero decir, su hermano, quería que nosotros…

La luz de la chimenea hizo que las mugrientas gafas de Aberforth se volvieron momentáneamente opacas, de un parejo blanco brillante, y que a Harry le recordaron a los ojos ciegos de la araña gigante, Aragog.
—Mi hermano Albus quería un montón de cosas, —dijo Aberforth— y la gente tenia el hábito de salir malparada mientras el llevaba a cabo sus grandes planes. Mantente alejado de ese colegio, Potter, y fuera del país si puedes. Olvida a mi hermano y sus astutas intrigas. Él se ha ido a donde ya nada de esto puede herirle, y no le debéis nada.
-Usted no lo entiende -dijo Harry de nuevo.
-Oh, ¿no? -dijo Aberforh con calma-. ¿Crees que no entendía a mi propio hermano? ¿Crees conocer a Albus mejor que yo?
-No quería decir eso -dijo Harry, cuyo cerebro se sentía entumecido por el cansancio y el exceso de comida y vino-. Él... me dejó un trabajo.
-¿De veras? -dijo Aberforth-. Un trabajo agradable, espero. ¿Cómodo? ¿Fácil? ¿La clase de cosas que esperarías que un mago niño no cualificado pudiera hacer sin abusar de sí mismo?
Ron soltó una risa sombía. Hermione parecía cansada.
-N-no es fácil, no -dijo Harry-. Pero tengo que...
-¿Tienes? ¿Por qué? Él está muerto, ¿no? -dijo Aberforth rudamente-. ¡Lárgate, chico, antes de que le sigas! ¡Sálvate a ti mismo!
-No puedo.
-¿Por qué no?
-Yo... -Harry se sentía superado; no podía explicarlo, así que tomó la ofensiva en vez de eso-. Pero usted también luchó, estaba en la Orden del Fénix.
-Lo estaba -dijo Aberforth-. La Orden del Fénix está acabada. Quien-tú-ya-sabes ha ganado, se acabó, quien

pretenda otra cosa se engaña a sí mismo. Aquí nunca estarás a salvo, Potter, él te tiene muchas ganas. Vete al extranjero, escóndete, sálvate a tí mismo. Será mejor que te lleves a estos dos contigo. -Lanzó el pulgar hacia Ron y Hermione-. Estarán en peligro mientras vivan ahora que todo el mundo sabe que han estado ayudándote.
-No puedo marcharme -dijo Harry-. Tengo un trabajo...
-¡Que lo haga otro!
-No puedo. Tengo que ser yo. Dumbledore lo explicó todo...
-Oh, ¿lo hizo? ¿Y te lo contó todo, fue honesto contigo?
Harry deseó con todo su corazón decir "Si", pero de algún modo esa sencilla palabra no llegaba a sus labios. Aberfoth pareció saber lo que estaba pensando.
-Conocía a mi hermano, Potter. Aprendió secretismo en el regazo de mi madre. Secretos y mentiras, así es como crecimos, y Albus... estaba en su naturaleza.
Los ojos del viejo viajaron hasta la pintura de la chica sobre el chimenea. Era, ahora que Harry se fijaba apropiadamente, la única foto de la habitación. No había ninguna foto de Albus Dumbledore, ni de nadie más.
-Señor Dumbledore, -dijo Hermione bastante tímidamente-. ¿Es esa su hermana Ariana?
-Si -dijo Aberfoth tensamente-. ¿Has estado leyendo a Rita Skeeter, verdad, señorita?
Incluso a la luz pálida del fuego se notó claramente que Hermione se había ruborizado.
-Elphias Doge nos la mencionó, -dijo Harry, intentando cubrir a Hermione.
-Ese viejo imbécil, -murmuó Aberforth, tomando otro trago de aguamiel-. Creía que el sol salía y se ponía a voluntad de mi hermano, desde luego. Bueno, igual que

mucha gente, incluídos vosotros tres por lo que se ve.
Harry siguió callado. No quería expresar la dudas e incertidumbres que le habían carcomido durante meses. Había hecho su elección mientras cavaba la tumba de Dobby, había decidido continuar por el sinuoso y peligroso camino señalado por Albus Dumbledore, aceptar que no se le había contado todo lo que quería saber, pero simplemente confiando. No tenía ningún deseo de volver a dudar; no quería oir nada que pudiera desviarle de su propósito. Encontró la mirada de Aberforth que era tan penetrante como la de su hermano. Los brillantes ojos azules daban la misma impresión, como si estuvieran atravesando con rayos X al objeto de su escrutinio, y Harry creyó que Aberforth sabía lo que estaba pensando y le despreciaba por ello.
-El Profesor Dumbledore se preocupaba por Harry, muchísimo -dijo Hermione en voz baja.
-¿De veras? -dijo Aberforth-. Es curioso como muchas de las personas a las que apreciaba tanto mi hermano han terminado en peor estado que si les hubiera dejado en paz.
-¿Qué quiere decir? -preguntó Hermione sin respiración.
-No importa, -dijo Aberforth.
-¡Pero eso es algo realmente serio para decir! -dijo Hermione-. ¿Está hablando de su hermana?
Aberforth la miró fijamente. Sus labios se movían como si estuviera mordiendo las palabras para contenerlas. Entonces rompió a hablar.
-Cuando mi hermana tenía seis años, fue atacada, por tres chicos muggles. La habían visto hacer magia, espiando a través del seto del jardín trasero. Era una niña, no podía controlarlo, ninguna bruja o mago puede a esa edad. Lo que vieron, les asustó, supongo. Se abrieron paso a través del seto, y cuando ella no les

mostró el truco, fueron un poco lejos intentando detener lo que la pequeña mostruito hacía.
Los ojos de Hermione estaban enormes a la luz del fuego. Ron parecía ligeramente enfermo.
Aberforth se puso en pie, tan alto como Albus, y repentinamente terrible en su furia y la intensidad de su dolor.
-Eso la destruyó, lo que le hicieron. Nunca volvió a estar bien. No utilizaba la magia, pero no podía librarse de ella; la interiorizó y eso la volvió loca, explotaba cuando ya no podía controlarla más, y a veces era extraña y peligrosa. Pero principalmente era dulce, asustadiza e inofensiva.
-Y mi padre fue a por los bastardos que lo hicieron, -dijo Aberfoth-, y les atacó. Y le encerraron en Azkaban por ello. Nunca dijo por qué lo había hecho, porque si el Ministerio hubiera sabido en qué se había convertido Ariana, la habrían encerrado en St Mungo por su bien. La hubieran visto como una seria amenaza contra el Estatuto Internacional de Secreto, desequilibrada como estaba, con la magia explotando de ella por momentos cuando no podía contenerla más.
-Nosotros la mantuvimos a salvo y tranquila. Nos mudamos de casa, pero eso hizo que enfermara, y mi madre se ocupaba de ella, e intentaba manterla tranquila y feliz.
-Ella era su favorita, -dijo él, y mientras lo decía, un escolar desaliñado pareció surgir a través de mugrienta y enredada barba-. No Albus, que siempre estaba en su dormitorio cuando estaba en casa, leyendo sus libros y contando sus premios, manteniendo correspondencia con "los más notables nombres mágicos de la actualidad" -gruñó Aberforth-. No quería molestarse con ella. A ella le gustaba más yo. Yo podía llevarle la

comida cuando no podía mi madre, la calmaba cuando tenía uno de sus ataques de rabia, y cuando estaba tranquila, solía ayudarme a alimentar a las cabras.
-Entonces, cuando tenía catorce años... Veréis, yo no estaba allí -dijo Aberfoth-. Si hubiera estado allí, podría haberla calmado. Tuvo una de sus rabietas, y mi madre ya no era tan joven como antes, y... fue un accidente. Ariana no pudo controlarlo. Pero mi madre murió.
Harry sintió una horrible mezcla de pena y repulsión, no quería oír nada más, pero Aberfoth siguió hablando, y Harry se preguntó cuanto hacía que no hablaba de esto; de hecho, si alguna vez había hablado de ello.
-Así que eso dio al traste con el viaje de Albus alrededor del mundo con el pequeño Doge. Los dos volvieron a casa para el funeral de mi madre y después Doge se fue por su cuenta, y Albus se quedó como cabeza de familia. ¡Ja!
Aberforth escupió en el fuego.
-Yo me habría ocupado de ella, así se lo dije, no me importaba la escuela. Me hubiera quedado en casa y lo hubiera hecho. Él me dijo que tenía que terminar mi educación y que él ocuparía el lugar de mi madre. Un poco bajo para el Señor Brillante, no había ningún logro en ocuparse de tu hermana medio loca y evitar que volara la casa un día si y otro también. Pero lo hizo muy bien durante unas semanas... hasta que llegó él.
Y ahora una mirada positivamente peligrosa se arrastró hasta la cara de Aberforth.
-Grindelwald. Y al fin mi hermano tenía un igual con el que hablar, alguien tan brillante y talentoso como él. Y ocuparse de Ariana pasó a ocupar un lugar secundario, mientras tramaban sus planes para un Nuevo Orden Mágico y buscaban Reliquias, y lo que fuera en lo que

estaban interesados. Grandes planes en beneficio de toda la raza mágica, ¿y si se era negligente en el cuidado de una jovencia, que importaba, cuando Albus estaba trabajando por el bien mayor?
-Pero después de unas semanas, yo ya había tenido suficiente. Casi me había llegado el momento de volver a Hogwarts, así se lo dije, a los dos, cara a cara, como os lo estoy diciendo ahora, -y Aberfoth bajó la mirada hasta Harry, y requirió poca imaginación verle como un adolescente, tieso y enfadado, enfrentando a su hermano mayor-. Le dije, será mejor que despiertes ahora. No puedes moverla, no en su estado, no puedes llevártela contigo adonde quiera que estés planeando ir cuando estás haciendo tus astutos discursos, intentando reunir seguidores. No le gustó eso, -dijo Aberforth y sus ojos se opacaron brevemente por la luz del fuego sobre los cristales de las gafas. Se volvió blanco y ciego de nuevo-. A Grindelwald no le gustó en absoluto. Se enfadó. Me dijo que era un estúpido muchachito, intentando interponerme en el camino de mi brillante hermano… ¿Es que yo no entendía que mi pobre hermana tendría que permanecer oculta, una vez ellos cambiaran el mundo, y lideraran a los magos abandonando el ocultamiento, y enseñaran a los muggles cual era su lugar?
-Y hubo una discusión… y yo saqué mi varita, y él la suya, y me encontré sufriendo una Maldición Cruciatus a manos del mejor amigo de mi hermano… y Albus estaba intentando detenerle, y entonces los tres nos ensarzamos en un duelo, y los destellos de luces y los ruidos la atrayeron, no pudo quedarse…
El color desapareció de la cara de Aberfoth, como si hubiera sufrido una herida mortal.
-… y creo que quería ayudar, pero en realidad no sabía

qué estaba haciendo, y no sé cual de nosotros lo hizo, pudo haber sido cualquiera... y estaba muerta.
Su voz se rompió en la última palabra y se dejó caer en la silla más cercana.
La cara de Hermione estaba bañada en lágrimas, y Ron estaba casi tan pálido como Aberfoth. Harry no sentía nada más que repulsión. Deseó no haberlo oído, deseó poder limpiarlo de su mente.
-Yo... lo.. lo siento mucho, -susuró Hermione.
-Desaparecida -graznó Aberfoth-. Desaparecida para siempre.
Se limpió la nariz con la manga y se aclaró la garganta.
-Por supuesto, Grindelwald puso pies en polvorosa. Ya tenía un historial, allá en su país, y no quería que Arianna se sumara a su cuenta también. Y Albus estaba libre, ¿verdad? Libre de la carga de su hermana, libre para convertirse en el más grande de los magos de...
-Nunca fue libre -dijo Harry.
-¿Perdón? -dijo Aberforth.
-Nunca -dijo Harry-. La noche en que su hermano murió, bebió una poción que le volvió loco. Empezó a gritar, suplicando a alguien que no estaba allí-. No les hagas daño, por favor... házmelo a mí.
Ron y Hermione miraban fijamente a Harry. Nunca había entrado en detalles sobre lo que había ocurrido en la isla del lago. Los eventos que habían tenido lugar después de que él y Dumbledore volvieran a Hogwarts lo habían eclipsado concienzudamente.
-Creyó estar de vuelta allí con usted y con Gridelwald, lo sé -dijo Harry, recordando a Dumbledor susurrando y suplicando-. Creyó estar viendo como Grindelwald les hacía daño a usted y a Ariana... Fue una tortura para él. Si le hubiera visto entonces, no diría que era libre.
Aberfoth parecía perdido en la contemplación de sus

propias manos nudosas y venosas. Después de una larga pausa dijo,
-¿Cómo puedes estar seguro, Potter, de que mi hermano no estaba más interesado en el bien mayor que en ti? ¿Cómo puedes estar seguro de que no eres prescindible, como mi hermanita?
Un afilado trozo de hielo atravesó el corazón de Harry.
-Yo no lo creo. Dumbledore quería a Harry, -dijo Hermione.
-¿Por qué no le dijo que se ocultara entonces? -disparó Aberforth. ¿Por qué no le dijo "Cuida de ti mismo, así es como sobrevivirás"?
-¡Porque, -dijo Harry antes de que Hermione pudiera responder-, algunas veces tienes que pensar en algo más que en tu propia seguridad! ¡Algunas veces tienes que pensan en el bien mayor! ¡Esto es una guerra!
-¡Tienes diecisiete años, chico!
-¡Soy mayor de edad, y voy a seguir luchando incluso si usted se ha rendido!
-¿Quién dice que me haya rendido?
-La Orden del Fénix está acabada, -repitió Harry-. Quien-tu-ya-sabes ha ganado, se acabó, y cualquiera que finja lo contrario se engaña a sí mismo.
-¡No dije que me gustara, pero es la verdad!
-No, no lo es -dijo Harry-. Su hermano sabía cómo terminar con Quien-usted-ya-sabe y me pasó a mí el conocimiento. Voy a seguir adelante hasta que tenga éxito... o muera. No crea que no sé como podría terminar esto. Lo sé desde hace años.
Esperó a que Aberfoth se quejara o discutiera, pero no lo hizo. Simplemente se movió.
-Tenemos que entrar en Hogwarts -dijo de nuevo Harry-. Si no puede ayudarnos, esperaremos hasta que sea de día, le dejaremos en paz, e intentaremos encontrar una

forma de entrar por nuestra cuenta. Si puede ayudarnos… bueno, sería un gran momento para mencionarlo.
Aberforth permaneció pegado a su silla, mirando a Harry a los ojos, con esos ojos que se parecían tan extraordinariamente a los de su hermano. Al fin se aclaró la garganta, se puso en pie, rodeó la mesa, y se aproximó al retrato de Ariana.
-Ya sabes qué hacer -dijo él.
Ella sonrió, se giró, y salió, no como hacia normalmente la gente por el costado de sus marcos, sino a lo largo de lo que parecía un largo túnel pintado tras ella. Observaron su pálida figura retraerse hasta que finalmente fue tragada por la oscuridad.
-Er… ¿qué…? -empezó Ron.
-Ahora hay solo un camino -dijo Aberforth-. Debéis saber que todos los pasadizos secretos han sido tapiados por los dos extremos, hay dementores alrededor de los muros exteriores, y patrullas regulares dentro de la escuela por lo que mis fuentes me dicen. El lugar nunca ha estado tan bien guardado. Cómo esperáis hacer algo una vez consigáis entrar, con Snape al cargo y los Carros en sus puestos… bueno, eso es cosa vuestra, ¿no? Os digo que os preparéis a morir.
-¿Pero qué…? -dijo Hermione, frunciendo el ceño a la pintura de Ariana.
Un diminuto punto blanco reaparecía al final del tunel de la pintura, y ahora Ariana volvía hacia ellos, haciéndose más y más grande mientras llegaba. Pero había alguien más con ella ahora, alguien más alto que ella, que avanzaba cogeando, con aspecto excitado. Llevaba el pelo más largo de lo que Harry le había visto nunca. Estaba pálido y agotado. La dos figuras se hicieron más y más grandes, hasta que solo sus cabezas

y hombros llenaron el retrato.
Entonces toda la cosa se separó de la pared como si fuera una pequeña puerta, y la entrada a un auténtico tunel se reveló. Y de él, con su pelo demasiado largo, la cara cortada, la túnica desgarrada, surgió trepando el auténtico Neville Longbotton, que soltó un rugido de alegría, saltó de la chimenea y gritó.
-¡Sabía que volverías! ¡Lo sabía, Harry!

Capitulo Veintinueve



La diadema perdida

-Neville… que dem…. ¿Como?
Pero Neville había divisado a Ron y Hermione, y con gritos de alegría los estaba abrazando a ellos también. Cuanto más miraba a Neville, peor lo veía: uno de sus ojos estaba hinchado y de un tono violeta amarillento, tenía marcas de arañazos que le estropeaban el rostro, y el aire general de descuido sugería que había estado viviendo duramente. A pesar de su aspecto maltratado brillaba de felicidad al soltar a Hermione diciendo nuevamente,
-¡Sabía que vendríais! ¡Le dije a Seamus que era una cuestión de tiempo!
-¿Neville, que te ha ocurrido?
-¿Qué? ¿Esto? –Neville deshechó sus heridas con una sacudida de la cabeza-. Esto no es nada, Seamus está

peor. Ya lo veras. ¿Nos vamos entonces? Oh, -se dio la vuelta-. Ab, puede que haya un par de personas más en camino.
-¿Un par más? –repitió Aberforth ominosamente-. ¿Que quieres decir con un par más, Longbottom? ¡Hay un toque de queda y un Encanto Aullador sobre todo el pueblo!
-Lo sé, por eso se van a Aparecer directamente dentro del bar, -dijo Neville-. Mándalos por el pasaje cuando lleguen, ¿quieres? Muchas gracias.
Neville le tendió la varita a Hermione y la ayudó a subir a la repisa de la chimenea y a entrar en el túnel; Ron subió a continuación y luego Neville. Harry se dirigió a Aberforth.
-No sé como agradecértelo. Nos has salvado la vida dos veces.
-Cuida de ellos entonces, -dijo Aberforth malhumorado-. Puede ser que no sea capaz de salvaros una tercera vez.
Harry se encaramó a la repisa de la chimenea y se metió en el agujero que había detrás del retrato de Ariana. Había peldaños de lisa piedra al otro lado: Parecía como si el pasadizo hubiera estado allí durante años. De las paredes colgaban lámparas de metal y el piso de tierra estaba desgastado y suave; mientras caminaban, sus sombras ondeaban sobre la pared formando un abanico.
-¿Cuanto tiempo ha estado esto aquí? –preguntó Ron mientras avanzaban-. No figura en el mapa del merodeador, ¿verdad Harry? Pensaba que solo había siete pasadizos que comunicaban con el colegio
-Todos esos fueron sellados antes de que comenzara el curso -dijo Neville-. Ahora no hay forma de pasar por ninguno de ellos, no con las maldiciones que colocaron

en las entradas y los mortífagos y dementores esperando en las salidas. Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia atrás, radiante, bebiendo de ellos-. Eso no importa... ¿Es verdad? ¿Entrasteis en Gringotts? ¿Escapasteis a lomos de un dragón? Lo escuchas por todos lados, todo el mundo habla de ello, ¡Carrow golpeó a Terry Boot por gritarlo en el Gran Comedor durante la cena!
-Si, es verdad. –dijo Harry.
Neville se echó a reír alegremente.
-¿Qué hicisteis con el dragón?
-Lo dejamos en libertad, -dijo Ron-. Hermione quería quedárselo como mascota.
-No exageres, Ron...
-¿Pero que habéis estado haciendo? La gente decía que habías huido, Harry, pero yo no lo creí. Supuse que estabas planeando algo.
-Tenias razón, -dijo Harry-, pero cuéntanos algo de Hogwarts, Neville, no hemos oído nada.
-Ha sido... bueno, ya no es Hogwarts, -dijo Neville, la sonrisa desvaneciéndose del rostro mientras hablaba-. ¿Conoces a los Carrow?
-¿Esos dos mortífagos que enseñan aquí?
-Hacen más que enseñar, -dijo Neville-. Están a cargo de la disciplina. A los Carrow le gustan los castigos.
-¿Cómo a Umbridge?
-Nah, comparada con ellos es mansa. Se supone que los otros profesores deben recurrir a los Carrow si hacemos las cosas mal. Aunque no lo hacen, si pueden evitarlo. Se nota que todos los odian tanto como nosotros.
-Amycus, el hombre, enseña lo que antes solía ser Defensa Contra las Artes Oscuras, salvo que ahora es simplemente Artes Oscuras. Se supone que debemos practicar la Maldición Cruciato con las personas que han

merecido una detención…
-¿Qué? –las voces de Harry, Ron y Hermione hicieron eco al mismo tiempo a lo largo del pasadizo.
-Si, -dijo Neville-. Así fue como me hicieron esto -dijo apuntando a un corte particularmente profundo que tenía en la mejilla-, No quise hacerlo. Aunque alguna gente lo hace; a Crabbe y Goyle les encanta. Supongo que es la primera vez que sobresalen en algo.
-Alecto, la hermana de Amycus, enseña Estudios Muggles, lo cual es obligatorio para todos. Todos tenemos que escuchar sus explicaciones de cómo los muggles son como animales, estúpidos y sucios, y como obligan a los brujos a permanecer escondidos, siendo despiadados con ellos, y como esta siendo restablecido el orden natural. Este me lo hicieron -dijo indicando otro corte en el rostro-, por preguntarle cuanta sangre de muggle tenían ella y su hermano
-Caramba, Neville, -dijo Ron-, hay momentos y lugares para hacerte el listo.
-No la has visto, -dijo Neville-. Tampoco lo hubieras soportado. Lo que pasa es que ayuda cuando la gente se pone firme, les da esperanzas a todos. Solía notar eso cuando tú lo hacías Harry.
-Pero te han usado como afilador de cuchillos, -dijo Ron, encogiéndose levemente cuando pasaron una lámpara y pudo ver las heridas de Neville en todo su esplendor.
Neville se encogió de hombros.
–No importa. No desean derramar demasiada sangre pura, así que si somos bocazas nos torturan un poco pero realmente no nos matan.
Harry no sabía que era peor, las cosas que estaba contando Neville o el tono de resignación en el que las decía.

-Las únicas personas que corren peligro son aquellas cuyos amigos y parientes están dando problemas fuera de aquí. Se los llevan como rehenes. El viejo Xeno Lovegood estaba siendo un demasiado franco en lo que publicaba en El Quisquilloso, por lo que a Luna la sacaron a rastras del tren cuando regresaba de las vacaciones de Navidad.
-Neville, ella está bien, la hemos visto…
-Si. Lo se, se las arreglo para enviarme un mensaje.
De su bolsillo sacó una moneda dorada, y Harry la reconoció como uno de los falsos galeones que el Ejército de Dumbledore había usado para mandarse mensajes entre ellos.
-Nos han venido genial, -dijo Neville, sonriéndole a Hermione-. Los Carrow nunca han sabido como nos comunicábamos, se volvían locos. Solíamos salir furtivamente por la noche y poníamos graffitis en las paredes: El Ejército de Dumbledore sigue reclutando, cosas como esa. Snape lo odiaba.
-¿Solían? –dijo Harry, que había notado el tiempo pasado utilizado en la oración.
-Bueno, se hizo cada vez más difícil, -dijo Neville-. Perdimos a Luna en Navidad, Ginny no regresó después de la Pascua, y nosotros tres éramos los supuestos líderes. Los Carrow parecieron darse cuenta de que yo estaba tras muchas de las cosas que estaban sucediendo, así que empezaron a lanzarse sobre mi despiadadamente, y luego atraparon a Michael Corner liberando a un alumno de primer año al que habían encadenado, y lo torturaron muy duramente. Eso asustó a la gente.
-No me digas -murmuró Ron, en el momento que el pasadizo comenzaba a elevarse formando una pendiente.

-Si, bueno, no podía pedirle a las personas que pasaran por lo mismo que había pasado Michael, así que dejamos de hacer ese tipo de cosas. Pero aún seguíamos luchando, haciendo cosas clandestinas justo hasta hace un par de semanas. Supongo que en ese momento fue cuando decidieron que había solo una manera detenerme, y fueron en busca de mi abuela.
-¿Qué hicieron que? –dijeron Harry, Ron y Hermione al mismo tiempo.
-Si, -dijo Neville, jadeando un poquito ahora, debido a que el pasadizo se había vuelto muy empinado, -Bueno, puedes adivinar su forma de pensar. El plan de secuestrar niños para forzar a sus familiares a comportarse había funcionado realmente bien. Supongo que era solo cuestión de tiempo antes de que lo hicieran al revés. El asunto fue que -se volvió hacia ellos, y Harry se quedó pasmado al ver que estaba sonriendo- mordieron un poco más de lo que podían masticar cuando fueron a buscar a la abuela. Probablemente pensaron que para atrapar a una pequeña y vieja bruja que vivía sola, no necesitarían mandar a alguien particularmente poderoso. Sin embargo -Neville se echó a reír-, Dawlish todavía está en St. Mungo y la abuela se dio a la fuga. Me mando una carta -Se palmeo el bolsillo superior de la túnica con la mano-, diciéndome que estaba orgullosa de mi, y que era digno hijo de mis padres, y que siguiera así.
-Genial, -dijo Ron.
-Si -dijo Neville alegremente-. El único problema fue que cuando se dieron cuenta de que no tenían por donde agarrarme, decidieron que después de todo, Hogwarts podría arreglárselas sin mi. No sé si planeaban matarme o enviarme a Azkaban, de cualquier manera, sabía que era el momento de

desaparecer.
-Pero, -dijo Ron, viéndose completamente confundido-, ¿no vamos… no vamos directamente hacia Hogwarts?
-Por supuesto, -dijo Neville-. Ya veréis. Ya llegamos.
Doblaron en una esquina y allí delante de ellos estaba el final del pasadizo. Otro corto tramo de escalones llevaban a una puerta igual a la que estaba escondida detrás del retrato de Ariana. Neville la abrió y pasó a través de ella. Mientras Harry lo seguía, pudo oír a Neville gritándole a unas personas que estaban todavía fuera de su vista: -¡Mirad quien es! ¿No os lo había dicho?
Cuando Harry emergió del pasadizo adentrándose en la habitación, se oyeron varios gritos y alaridos: ¡HARRY! ¡Es POTTER! ¡Ron! ¡Hermione!
Tuvo una confusa impresión de colgaduras de colores, de lámparas y varios rostros. Al instante, él, Ron y Hermione fueron achuchados, abrazados, palmeados en la espalda, sus cabellos alborotados, sus manos estrechadas, por lo que parecían ser más de veinte personas. Bien podría haberse tratado de una celebración por haber ganado la final de Quidditch.
-¡Ok, Ok, calmaros! –gritó Neville, y mientras la multitud se alejaba, Harry fue capaz de apreciar lo que lo rodeaba.
No reconocía el dormitorio. Era enorme, y parecía más bien como el interior de una particularmente suntuosa casa de árbol, o tal vez un gigantesco camarote de barco.
Hamacas multicolores colgaban del techo y de la galería que corría a lo largo de las paredes cubiertas de paneles de madera y sin ventanas, que estaban cubiertas por brillantes tapices. Harry vio el león dorado de Gryffindor, engalanado de rojo; el tejón

negro de Hufflepuff, contrastando sobre un fondo amarillo; y el águila color bronce de Ravenclaw, sobre fondo azul.
El plata y verde de Slytherin era el único que estaba ausente. Había estanterias repletas, unas pocas escobas apoyadas contra las paredes, y en una esquina una gran radio inalámbrica recubierta en madera.
-¿Dónde estamos?
-¡La Sala de Menesteres, por supuesto! –dijo Neville-. Se supero a si misma, ¿verdad? Los Carrow me estaban persiguiendo, y sabía que tenía solo una oportunidad de encontrar un refugio: ¡Me las ingenié para encontrar la puerta y esto fue lo que encontré! Bueno, no era exactamente así cuando yo llegué, era mucho más chica, había solo una hamaca y los tapices eran todos de Gryffindor. Pero se fue expandiendo a medida que iban llegando más integrantes del ED.
-¿Y los Carrow no pueden entrar? –preguntó Harry, mirando alrededor buscando la puerta.
-No, -dijo Seamus Finnigan, a quien Harry no había reconocido hasta que habló: El rostro de Seamus estaba amoratado e hinchado-. Es un refugio apropiado, siempre y cuando uno de nosotros permanezca dentro, no pueden llegar a nosotros, la puerta no se abre. Todo gracias a Neville. Realmente entiende esta habitación. Tienes que pedir exactamente lo que necesitas… como por ejemplo, "No quiero que ningún partidario de los Carrow sea capaz de entrar"… ¡y lo hace para ti! Solo tienes que asegurarte de ser preciso y prestar atención a los detalles. ¡Neville es genial!
-En realidad es bastante sencillo, -dijo Neville modestamente-. Había estado aquí alrededor de un día y medio, estaba realmente hambriento, y deseando conseguir algo de comer, y ahí fue cuando el pasadizo

hacia Hog's Head se abrió. Lo atravesé y conocí a Aberforth. Nos ha estado abasteciendo de comida, porque por alguna razón, esa es realmente la única cosa que la habitación no fabrica.
-Si, bueno, la comida es una de las cinco excepciones a la Ley de Gamp sobre Transfiguración Elemental, -dijo Ron para asombro de todo el mundo.
-Así que nos hemos estado escondiendo aquí durante casi dos semanas, -dijo Seamus-, y simplemente fabrica más hamacas cada vez que necesitamos espacio, y hasta hizo brotar un baño bastante decente cuando empezaron a venir chicas…
-… ya que a ellas les gusta asearse, verdad, -añadió Lavender Brown, a quien Harry no había visto hasta ese momento. Ahora que miraba detenidamente a su alrededor, reconoció varios rostros familiares. Ambas mellizas Patil estaban allí, y Terry Boot, Ernie Macmillan, Anthony Goldstein, y Michael Corner.
-No obstante, cuéntanos que has estado haciendo, -dijo Ernie-. Ha habido tantos rumores, hemos tratado de seguirte el rastro con Potterwatch. -Dijo apuntando hacia la radio inalámbrica-. ¿No irrumpiste en Gringotts?
-¡Lo hicieron! –dijo Neville-. ¡Y lo del dragón también era cierto!
Hubo unos pocos aplausos e incluso algunos gritos; Ron hizo una reverencia.
-¿Qué estabais buscando? –preguntó Seamus ávidamente.
Antes de que alguno de ellos pudiera eludir la pregunta con una propia, Harry sintió un terrible dolor punzante en la cicatriz con forma de relámpago. Mientras le daba la espalda velozmente a los rostros curiosos y deleitados, la Sala de Menesteres se desvaneció, y se

encontró de pie dentro de una ruinosa cabaña de piedra, las podridas tablas del piso que estaban a sus pies habían sido arrancadas, y una caja dorada que había sido desenterrada yacía abierta y vacía al lado del agujero, y el grito de furia de Voldemort vibraba dentro de su cabeza.
Con un enorme esfuerzo se arrancó de la mente de Voldemort nuevamente, regresando a la Sala de Menesteres donde permanecía de pie tambaleándose, el sudor corriéndole por el rostro mientras Ron lo sujetaba.
-¿Estás bien, Harry? –Estaba diciendo Neville-. ¿Quieres sentarte? Supongo que estarás cansado, ¿verdad...?
-No, -dijo Harry. Miro a Ron y a Hermione, tratando de decirles con la mirada que Voldemort acababa de descubrir la pérdida de uno de sus otros Horrocruxes. El tiempo corría deprisa: Si Voldemort elegía visitar Hogwarts a continuación, perderían su oportunidad.
-Es necesario que nos pongamos en marcha, -dijo, y sus expresiones le dieron a entender que habían comprendido.
-¿Entonces, que vamos a hacer, Harry? –preguntó Seamus-. ¿Cuál es el plan?
-¿Plan? –repitió Harry. Estaba empleando toda su fuerza de voluntad para evitar ser arrastrado nuevamente por la furia de Voldemort: Su cicatriz aún ardía-. Bueno, hay algo que -Ron, Hermione y yo- debemos hacer, y luego nos largaremos.
Ya nadie se reía ni alentaba. Neville se veía confundido.
-¿Qué quieres decir con "nos largaremos"?
-No hemos venido a quedarnos, -dijo Harry, frotándose la cicatriz, tratando de aliviar el dolor-. Hay algo importante que debemos hacer...

-¿Qué?
-No... no puedo decírtelo.
Ante esto se alzo un murmullo generalizado: Las cejas de Neville se contrajeron.
-¿Por qué no puedes decírnoslo? Tiene algo que ver con la lucha contra Tu-sabes-quien, ¿verdad?
-Bueno, si...
-Entonces te ayudaremos.
Los otros miembros del Ejercito de Dumbledore asentían, algunos con entusiasmo otros solemnemente. Un par de ellos se levantó de sus sillas para demostrar su disposición para entrar inmediatamente en acción.
-No lo entendéis -a Harry le parecía que había dicho lo mismo muchas veces en las pasadas horas.
-No... no podemos decíroslo. Debemos hacerlo... solos.
-¿Por qué? –preguntó Neville.
-Porque... -en su desesperación por empezar a buscar el Horrocrux que les faltaba o al menos tener una conversación privada con Ron y Hermione acerca de donde podían comenzar a buscar, Harry encontraba difícil coordinar sus pensamientos. La cicatriz todavía le quemaba-. Dumbledore nos dejó una tarea a nosotros tres, -dijo cuidadosamente-, y se supone que no debemos divulgarlo... quiero decir, deseaba que la hiciéramos nosotros, solamente nosotros tres.
-Nosotros somos su ejército -dijo Neville-. El Ejército de Dumbledore. Estábamos todos juntos en esto, lo mantuvimos funcionando mientras vosotros tres os fuisteis por vuestra cuenta...
-No ha sido exactamente un paseo por el campo, compañero, -dijo Ron.
-Nunca dije eso, pero no veo porque no podeis confiar en nosotros. Cada uno de nosotros ha estado luchando, y nos hemos visto forzados a venir aquí porque los

Carrow nos estaban cazando. Todo el mundo aquí dentro ha probado su lealtad a Dumbledore… su lealtad a ti.
-Mira, -comenzó Harry, sin saber muy bien que iba a decir, pero no importó. La puerta que daba al túnel se acababa de abrir detrás de él.
-¡Recibimos tu mensaje, Neville! ¡Hola a vosotros tres, pensé que podrían estar aquí!
Eran Luna y Dean. Seamus soltó un gran rugido de felicidad y corrió a abrazar a su mejor amigo.
-¡Hola, a todo el mundo! –dijo Luna alegremente-. ¡Oh, es grandioso estar de vuelta!
-Luna, -dijo Harry distraído-, ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo supiste…?
-Yo la mande a buscar, -dijo Neville, sosteniendo el falso galeón-. Le prometí a Ginny y a ella que si aparecías se lo haría saber. Todos pensamos que si volvías, iba a significar la revolución. Que íbamos a derrotar a Snape y a los Carrow.
- Por supuesto que eso es lo que significa, -dijo Luna vivamente-. ¿No es así, Harry? ¿Lucharemos para expulsarlos de Hogwarts?
-Escuchad, -dijo Harry con un creciente sentimiento de pánico-. Lo siento, pero no he vuelto para eso. Hay algo que debemos hacer y después…
-¿Nos vas a dejar en este enredo? –reclamó Michael Corner.
-¡No! –dijo Ron-. Lo que estamos haciendo beneficiará a todo el mundo al final, se trata de intentar librarnos de Ya-sabes-quien…
-¡Entonces dejadnos ayudar! –dijo Neville enfadado-. ¡Queremos tomar parte en ello!
Hubo otro ruido detrás de ellos, y Harry se giró. Pensó que se le paraba el corazón: Ginny estaba saliendo del

agujero en la pared, siguiéndola de cerca venían Fred, George y Lee Jordan. Ginny obsequió a Harry con una radiante sonrisa. Se había olvidado, o nunca había apreciado realmente lo guapa que era, pero nunca se había sentido menos contento de verla.
-Aberforth está un poco enfadado, -dijo Fred, levantando la mano en respuesta a varios gritos de bienvenida-. Quiere dormir un poco, y su bar se ha convertido en una estación de trenes.
Harry se quedó con la boca abierta. Justo detrás de Lee Jordan venía la antigua novia de Harry, Cho Chang. Le sonrió.
–Me llegó el mensaje, -dijo, sosteniendo en alto su propio galeón falso y avanzó para sentarse al lado de Michael Corner.
-¿Así que cual es el plan, Harry? –dijo George.
-No hay un plan, -dijo Harry, aún desorientado por la súbita aparición de toda esa gente, incapaz de absorberlo todo mientras la cicatriz continuaba ardiéndole fieramente.
-Lo haremos a medida que vayamos progresando, ¿verdad? Esos son mis preferidos, -dijo Fred.
-¡Teneis que detener todo esto! –le dijo Harry a Neville-. ¿Para que les has pedido que volvieran? Esto es una locura…
-Vamos a luchar, ¿verdad? –dijo Dean, sacando su falso galeón-. ¡El mensaje decía que Harry había regresado, y que íbamos a luchar! Aunque tengo que conseguir una varita…
-¿No tienes varita? –comenzó Seamus.
Repentinamente Ron se volvió hacia Harry.
-¿Por qué no pueden ayudarnos?
-¿Qué?
-Pueden ayudar. –bajo la voz, para que nadie aparte de

Hermione, que estaba parada entre los dos, lo escuchara, y dijo-. No sabemos donde está. Debemos encontrarlo rápido. No tenemos que decirles que es un Horrocrux.
Harry miró de Ron a Hermione, que murmuró
-Creo que Ron tiene razón. Ni siquiera sabemos que es lo que estamos buscando, los necesitamos. –y como Harry no parecía muy convencido, añadió-, No tienes que hacerlo todo tú solo, Harry.
Harry pensó rápido, su cicatriz aún ardiendo, su mente amenazando con volver a dividirse. Dumbledore le había advertido que no le contara a nadie lo de los Horrocruxes exceptuando a Ron y Hermione. Secretos y mentiras, así era como había crecido, y en Albus… era innato… ¿Se estaba convirtiendo en Dumbledore, manteniendo secretos apretados en el pecho, temiendo confiar? Pero Dumbledore había confiado en Snape, y ¿Adonde lo había llevado eso? A ser asesinado en la cumbre de la torre más alta…
-Está bien, -dijo en voz baja a los otros dos-. Ok, -gritó hacia la totalidad de la habitación, y todo ruido cesó: Fred y George, que habían estado gastando bromas a aquellos que tenían más cerca, se quedaron en silencio y todos permanecían alerta, excitados.
-Hay algo que debemos encontrar, -dijo Harry-. Algo… algo que nos ayudara a derrocar a Ya-sabes-quien. Está aquí en Hogwarts, pero no sabemos donde. Puede haber pertenecido a Ravenclaw. ¿Alguien ha oído hablar acerca de un objeto como ese? ¿Por ejemplo, alguien ha visto algún objeto que llevara su águila?
Miro esperanzadamente hacia el pequeño grupo de Ravenclaws, a Padma, Michael, Terry y Cho, pero fue Luna, que estaba encaramada sobre el brazo de la silla de Ginny, la que contestó.

-Bueno, está su diadema perdida. Te hable sobre ello, ¿recuerdas Harry? ¿La diadema perdida de Ravenclaw? La que papá estaba tratando de duplicar.
-Si, pero la diadema perdida, -dijo Michael Corner, poniendo los ojos en blanco-, está perdida, Luna. Es lo malo.
-¿Cuándo se perdió? –preguntó Harry.
-Dicen que hace siglos, -dijo Cho, y Harry sintió que se le hundía el corazón-. El Profesor Filtwick dice que la diadema se desvaneció junto con la misma Ravenclaw. La gente la ha buscado, pero –apeló a sus compañeros de Ravenclaw-. Nadie ha encontrado ni rastro de ella, ¿verdad?
Todos asintieron.
-Lo siento pero, ¿Que es una diadema? –preguntó Ron.
-Es una especie de corona, -dijo Terry Boot-. Se supone que la de Ravenclaw tenía propiedades mágicas, acrecentaba la sabiduría del portador.
-Si, los Wrackspurt siphons de papá…
Pero Harry interrumpió a Luna.
-¿Y ninguno de vosotros ha visto nunca nada parecido?
Todos sacudieron la cabeza nuevamente. Harry miró a Ron y Hermione y su propia desilusión se vio reflejada en ellos. Un objeto que había estado perdido tanto tiempo, y aparentemente sin dejar rastro, no parecía un buen candidato para ser el Horrocrux escondido en el castillo… Sin embargo, antes de que pudiera formular la siguiente pregunta, Cho habló nuevamente.
-Si quieres hacerte una idea de cómo se supone que es la diadema, puedo llevarte a nuestra sala común y mostrártela, Harry. Ravenclaw la lleva puesta en la estatua que tenemos de ella.
La cicatriz de Harry ardió nuevamente. Por un momento la Sala de Menesteres osciló ante el, y en

cambio se vio volando con la negra tierra debajo de él y sintió a la gran serpiente enrollada sobre sus hombros. Voldemort estaba volando otra vez, si hacia el lago subterráneo o hacia aquí, al castillo, no lo sabía. De cualquier forma, apenas le quedaba tiempo.
-Se está moviendo, -dijo quedamente a Ron y Hermione. Miró a Cho y luego volvió su vista hacia ellos-. Escuchad, se que no es una gran pista, pero voy a echarle un vistazo a esa estatua, al menos para saber como es la diadema. Esperadme aquí y manteneros a salvo.
Cho se había puesto de pie, pero Ginny dijo bastante ferozmente,
-No, Luna guiará a Harry, ¿verdad Luna?
-Oooh, si, me gustaría, -dijo Luna alegremente, mientras Cho se sentaba nuevamente, desilusionada.
-¿Cómo salimos? –le preguntó Harry a Neville.
-Por aquí.
Llevó a Harry y a Luna hacia un rincón, donde un pequeño armario se abría hacia una empinada escalera.
-Cada día aparece en un lugar distinto, por eso nunca han podido encontrarla, -dijo-. El único problema es que nunca sabemos exactamente donde vamos a terminar cuando salimos. Ten cuidado, Harry, siempre patrullan los corredores por la noche.
-No hay problema, -dijo Harry-. Nos vemos en un rato.
Luna y el se apresuraron a subir la escalera, que era larga, estaba alumbrada por antorchas, y presentaba esquinas en lugares inesperados. Al final llegaron a lo que aparentaba ser una pared sólida.
-Ponte aquí debajo, -le dijo Harry a Luna, sacando la capa de invisibilidad y colocándola por encima de ambos. Le dio un pequeño empujón a la pared.
Cuando la tocó se desvaneció y se deslizaron afuera.

Harry miró hacia atrás y vio que se había vuelto a cerrar herméticamente. Estaban de pie en un oscuro corredor. Harry tiró de Luna hasta estar entre las sombras, busco dentro del bolsito que tenía alrededor del cuello y saco el Mapa del Merodeador. Sosteniéndolo cerca de la nariz busco y al fin localizó los puntitos que eran él y Luna.
-Estamos en el quinto piso, -susurró, mirando como se movía Filtch alejándose de ellos a un corredor de distancia. –Vamos, por aquí.
Partieron.
Harry había merodeado muchas veces por el castillo de noche antes, pero nunca le había latido el corazón tan rápidamente, nunca nada tan importante había dependido de que realizara su travesía a salvo por él. A través de cuadrados de luz de luna que brillaban en el piso, pasaron frente a piezas de armadura cuyos cascos crujían ante el sonido de sus suaves pisadas, doblando esquinas al otro lado de las cuales quien sabía lo que acechaba.
Harry y Luna caminaron, examinando el Mapa del Merodeador cada vez que la luz lo permitía, deteniéndose dos veces para permitir que un fantasma siguiera su camino sin prestarles atención. Esperaba encontrar algún obstáculo en cualquier momento; su peor temor era que apareciera Peeves, y a cada paso aguzaba los oídos para ver si oía alguna señal que le indicara que el poltergeist se aproximaba.
-Por aquí, Harry, -jadeó Luna, agarrándole la manga y tirando de él hacia una escalera en espiral.
Subieron siguiendo cerrados, vertiginosos círculos; Harry nunca había estado allí arriba antes. Al final llegaron a una puerta. No había pestillo ni agujero de cerradura: nada, solo una lisa extensión de madera

antigua, y una aldaba de bronce en forma de águila. Luna sacó la pálida mano, que parecia sobrenatural flotando en el medio de la nada, sin estar aparentemente conectada a un brazo o un cuerpo. Golpeó una vez, y en el silencio sonó como lo que a Harry le pareció un disparo de cañón. En seguida el águila abrió el pico, pero en vez de un piar de pájaro, una voz suave y musical, dijo, -¿Qué fue primero, el fénix o la llama?
-Hmm… ¿Que piensas, Harry? –dijo Luna, pareciendo pensativa.
-¿Qué? ¿No tienen una contraseña?
-Oh no, tienes que responder una pregunta, -dijo Luna.
-¿Qué pasa si das la respuesta incorrecta?
-Bueno, tienes que esperar a alguien que de la respuesta correcta, -dijo Luna-. De esa forma aprendes, ¿te das cuenta?
-Si… el problema es que no nos podemos permitir el lujo de esperar a nadie más, Luna.
-No, ya veo lo que quieres decir, -dijo Luna seriamente-. Bueno entonces, creo que la respuesta es que un círculo no tiene comienzo.
-Bien razonado, -dijo la voz, y la puerta se abrió.
El desierto salón común era una habitación amplia y circular, más etérea que cualquier otra que Harry hubiera visto nunca en Hogwarts. Graciosas ventanas abovedadas resaltaban sobre las paredes, de las que colgaban sedas de color azul y bronce. Durante el día, los Ravenclaw debían gozar de una vista espectacular de las montañas que los rodeaban. El techo era abovedado y tenía estrellas pintadas, que se repetian en la alfombra color azul medianoche. Había mesas, sillas y estanterias, y en un nicho que estaba en frente de la puerta se elevaba una alta estatua de mármol

blanco.
Harry reconoció en ella a Rowena Ravenclaw por el busto que había visto en la casa de Luna.
La estatua estaba al lado de una puerta que, supuso, llevaba a los dormitorios en el piso superior. Caminó a zancadas derecho hacia la mujer de mármol, que pareció devolverle la mirada con una burlona media sonrisa grabada en el hermoso aunque algo intimidante rostro. Sobre la cabeza llevaba una diadema de aspecto delicado que había sido reproducida en mármol. No era muy distinta de la tiara que Fleur había usado en su casamiento. Había diminutas palabras grabadas en ella. Harry salió de debajo de la capa y se trepó sobre el zócalo de la estatua para poder leerlas.
-Sabiduría más allá de toda medida, es el mayor tesoro del hombre.
-Lo que significa que tú eres bastante pobre, tonto, -dijo una voz cascada.
Harry se giró, se resbaló del zócalo, y aterrizó en el piso. La figura de hombros inclinados de Alecto Carrow estaba de pie frente a él, e incluso mientras Harry levantaba la varita, presionó el rechoncho dedo índice sobre el cráneo y la calavera grabados en su antebrazo.

Capitulo Treinta



La destitucion de Severus Snape

En el momento que su dedo tocó la Marca, la cicatriz de Harry ardió salvajemente, la estrellada habitación desapareció de la vista, y se encontró de pie sobre el saliente de una roca bajo un acantilado, el mar moviéndose a su alrededor y había triunfo en su corazón. Tenían al chico.

Un fuerte golpe trajo a Harry de vuelta a la realidad. Desorientado, alzó la varita, pero la bruja que tenía ante él ya estaba cayendo, golpeó contra el suelo, tan fuerte que los cristales de la librería tintinearon.

-Nunca he Aturdido a nadie excepto en nuestras lecciones del E.D., -dijo Luna, sonando medianamente interesada-. Hizo más ruido del que pensé que haría.

Y efectivamente, el techo empezó a temblar con carreras apresuradas, el eco de pasos crecía en

intensidad tras la puerta que se dirigía a los dormitorios. El hechizo de Luna había despertado a los Rawenclaws que dormían arriba.
-¿Luna, dónde estás? ¡Tengo que meterme bajo la Capa!
Los pies de Luna aparecieron de ninguna parte, corrió a su lado y dejó caer la Capa sobre ellos cuando la puerta se abrió y una riada de Ravenclaw, todos ellos en pijama, inundaron la sala común. Hubo jadeos y gritos de sorpresa cuando vieron a Alecto yaciendo allí inconsciente. La rodearon lentamente, una bestia salvaje que podía despertar en cualquier momento y atacarles. Entonces un valiente pequeño de primero se adelantó y la pinchó en el trasero con el dedo gordo.
-¡Creo que puede estar muerta! –gritó con deleite.
-Oh mira, -susurró Luna felizmente, mientras los Ravenclaw se apiñaban alrededor de Alecto-. !Están encantados!
-Bravo… genial…
Harry cerró los ojos, y cuando la cicatriz latió eligió hundirse de nuevo en la mente de Voldemort. Se movía a lo largo de un túnel en la primera cueva. Había escogido asegurarse de que el guardapelo estaba bien antes de ir a… pero no le llevaría mucho tiempo…
Se oyó un golpe en la puerta de la sala común y cada uno de los Ravenclaw se quedó helado. Desde el otro lado, Harry oyó la suave y musical voz que surgía del picaporte en forma de águila.
-¿Adónde van los objetos Desaparecidos?
-¿Y yo que sé? !Cállate! –gruñó una voz inculta que Harry conocía como la del hermano de Carrow, Amycus-, ¿Alecto? ¿Alecto? ¿Estás allí? ¿Le tienes? !Abran la puerta!
Los Ravenclaw susurraban entre ellos, aterrorizados. Luego sin ninguna advertencia, hubo una serie de

fuertes golpes, como si alguien disparara un arma contra la puerta.
-¡ALECTO! Si viene, y no tenemos a Potter. ¿Quieres seguir el mismo camino que los Malfoy? !CONTÉSTAME! –bramó Amycus, sacudiendo la puerta con todas sus fuerzas, pero ni aun así la puerta se abrió. Los Ravenclaw estaban todos en la parte de atrás, y algunos de los más asustados echaron a correr por las escaleras hacia sus camas. Luego, justo cuando Harry se estaba preguntando si debía o no abrir la puerta de golpe y Aturdir a Amycus antes de que el mortífago pudiera hacer algo más, una segunda voz mucho más familiar se oyó detrás de la puerta.
-¿Puedo preguntar que está usted haciendo, Profesor Carrow?
-!Intento… conseguir… traspasar esta maldita… puerta! –gritó Amycus-. !Ve y traéme a Flitwick! !Obligueles a abrirla, ahora mismo!
-¿Pero no está su hermana ahí? -preguntó la Profesora McGonagall-. ¿No Profesor? Flitwick la dejó ahí esta tarde más temprano, ante su urgente petición ¿Quizás ella podría abrirle la puerta? Entonces no necesitaría despertar a medio castillo.
-!No contesta, vieja escoba! !Abrala! !Demonios! !Hágalo ahora!.
-Si de verdad lo desea -dijo la profesora McGonagall, con gran frialdad. Se oyó un geltil golpe de la aldaba y la voz musical preguntó otra vez.
-¿Adónde van los objetos Desaparecidos?
-A la no existencia, lo que quiere decir, al todo, -replicó la profesora McGonagall.
-Muy bien expresado -respondió la aldaba en forma de águila, y la puerta se abrió suavemente.
Los pocos Ravenclaw que se habían quedado atrás

corrieron rápidamente hacia las escaleras cuando Amycus apareció en el umbral, blandiendo su varita. Encorvado como su hermana, tenía una cara pálida y fofa y ojos diminutos, que cayeron de inmediato sobre Alecto, extendida inmóvil en el suelo.
Dejó escapar un grito de furia y miedo.
-¿Qué habéis hecho, jovencitos? –gritó-. Voy a imponer la Maldición Cruciatus a un buen montón de ellos hasta que me digan quién lo hizo… ¿y qué voy a decirle al Señor Oscuro? –chilló, de pie sobre su hermana y golpeándose la frente con el puño-, ¡No lo tenemos, se han ido y la han matado!
-Sólo está Aturdida, -dijo impaciente la profesora McGonagall que se había inclinado para examinar a Alecto-. Se pondrá bien.
-¡No lo creo! –bramó Amycus-. ¡No después de que el Señor Oscuro acabe con ella! Está acabada y borrada para él, siento arder mi Marca. ¡Y cree que tenemos a Potter!
-¿Tienen a Potter? –dijo la profesora McGonagall bruscamente-, ¿Qué quiere decir, "tienen a Potter"?
-Él nos dijo que Potter intentaría entrar en la Torre de Ravenclaw, ¡y nos envió aquí para atraparle!
-¿Por qué trataría Harry Potter de entrar en la Torre de Ravenclaw? ¡Potter pertenece a mi Casa!
Bajo la incredulidad y la cólera, Harry oyó un pequeño dejo de orgullo en su voz y el afecto que sentía hacia Minerva McGonagall brotó en su interior.
-¡Nos informaron de que podría presentarse aquí! –dijo Carrow-. No se por qué.
La profesora McGonagall se levantó y sus pequeños ojos brillantes recorrieron la habitación. Dos veces pasaron por encima del lugar dónde estaban Harry y Luna.
-Podemos cargárselo a los chicos, -dijo Amycus, su cara

de cerdo repentinamente astuta-. Bravo, eso es lo que haremos. Le diremos que Alecto fue emboscada por los niños, los niños de arriba -se quedó mirando el techo estrellado hacia el dormitorio- y le diremos que ellos la obligaron a tocarse la Marca, y así fue como se produjo la falsa alarma… No puede castigarlos a ellos. Una par de chicos más o menos, ¿Cuál es la diferencia?

-La única diferencia es la que hay entre la verdad y la mentira, el valor y la cobardía, -dijo la profesora McGonagall, que se puso pálida-, una diferencia, en resumen, que usted y su hermana parecen incapaces de apreciar. Pero déjeme dejarle una cosa muy clara. No va a cargar las culpas de sus numerosas ineptitudes a los estudiantes de Hogwarts. No lo permitiré.

-¿Perdón?

Amycus se movió hasta que estuvo ofensivamente cerca de la profesora McGonagall, la cara a pocas pulgadas de la de ella. McGonagall se negó a dar un pasó atrás, en lugar de eso bajó la mirada hacia él como si fuera algo repugnante que hubiera encontrado pegado al retrete.

-La cuestion no es que lo permitas, Minerva McGonagall. Tu tiempo se acabó. Nosotros estamos al cargo ahora, y me respaldarás o pagarás el precio.

Y le escupió en la cara.

Harry se sacó la Capa de encima, alzando la varita, y dijo,

-No deberías haber hecho esto.

Cuando Amycus se giraba, Harry gritó,

-¡Crucio!

El mortífago se levanto sobre sus pies. Se contorsionó en el aire como un ahogado, azotado y aullando de dolor, y entonces, con un crujido y un estallido de cristales, y se estrelló contra la librería y cayó acurrucado e insensible, en el suelo.

-Ya veo lo que quería decir Bellatrix, -dijo Harry, con la sangre tronando a través de su cerebro-, es necesario desearlo realmente.
-¡Potter! –susurró la profesora McGonagall, aferrándose al corazón- ¡Potter… estás aquí! ¿Qué…? ¿Cómo…? –Luchó para recobrar la compostura-. ¡Potter, eso ha sido una locura!
-Le escupió, -dijo Harry.
-Potter, yo… eso es muy… galante de tu parte… ¿pero no te das cuenta…?
-Sí, me doy cuenta, -le aseguró Harry. En cierta forma su pánico le estabilizó-. Profesora McGonagall, Voldemort está en camino.
-¿Oh, ahora se nos permite decir el nombre? –preguntó Luna con un aire de interés, quitándose la Capa de Invisibilidad. La aparición de un segundo proscrito pareció abrumar a la profesora McGonagall, que se tambaleó hacia atrás y cayó en una silla cercana, aferrándose al cuello de su viejo camisón de tartán.
-No creo que haya ninguna diferencia en como le llamemos, -dijo Harry a Luna-. Siempre sabe dónde estoy.
Una parte distante del cerebro de Harry, esa parte conectada a la inflamada y ardiente cicatriz, podía ver a Voldemort navegando rápidamente sobre el oscuro lago en un fantasmagórico bote verde… Casi había alcanzado la isla en dónde estaba la vasija de piedra…
-Debéis escapar, -susurró la profesora McGonagall-, ¡Ahora Potter, tan rápido como podáis!
-No puedo, -dijo Harry-. Hay algo que necesito hacer. Profesora, ¿Sabe dónde está la diadema de Ravenclaw?
-¿La d-diadema de Ravenclaw? Por supuesto que no… ha estado perdida durante siglos. –Se sentó un poco más derecha-. Potter, es una locura, una completa locura

para ti entrar en este castillo…
-Tenía que hacerlo, -dijo Harry-. Profesora, hay algo escondido aquí que se supone que debo encontrar, y podría ser la diadema… si al menos pudiera hablar con el profesor Flitwick…
Se oyó un movimiento, un tintineo de cristal. Amycos se estaba dando la vuelta.
Antes de que Harry o Luna pudieran actuar, la profesora McGonagall se levantó, apuntando la varita hacia el atontado mortífago, dijo,
-Imperio.
Amycus se levantó, caminó hacia su hermana, recogió la varita, luego se encaminó obedientemente hacia la profesora McGonagall y se la dio junto con la suya. Luego se echó en el suelo junto a Alecto. La profesora McGonagall agitó su varita otra vez, y una cuerda brillante de plata apareció por arte de magia y reptó alrededor de los Carrows, atándolos juntos apretadamente.
-Potter, -dijo la profesora McGonagall, volviendo de nuevo la cara hacia él con soberbia indiferencia hacia el apuro de los Carrows-. Si El Que No Debe ser Nombrado se entera de que estás aquí…
Mientras decía esto, un arranque de cólera, como un dolor físico, atravesó a Harry dejando ardorosa su cicatriz, y por un segundo bajó la mirada a una vasija cuya poción se había vuelto clara, y veía que ningún guardapelo de oro yacía seguro bajo la superficie.
-Potter, estás bien. –dijo una voz, y Harry regresó. Estaba aferrado al hombro de Luna para estabilizarse.
-El tiempo corre, Voldemort se está acercando, profesora, actuo bajo las ordenes de Dumbledore, ¡debo encontrar lo que quería que encontrara! Pero tengo que mantener a los estudiantes fuera mientras

registro el castillo. Es a mí a quien Voldemort quiere, pero no le importará matar a unos pocos más o menos, no ahora… -no ahora que sabe que estoy acabando con los Horrocruxes, Harry terminó la frase en su cabeza.
-¿Actúas bajo las órdenes de Dumbledore? –repitió ella con una mirada naciente de asombro. Luego se alzó en su altura completa-. Debemos asegurar la escuela contra el Que No Debe ser Nombrado mientras buscas ese… ese objeto.
-¿Eso es posible?
-Creo que sí, -dijo la profesora McGonagall secamente-, los profesores somos bastante hábiles con la magia, sabes. Estoy segura que seremos capaces de mantenerle alejado un rato si ponemos todo nuestro empeño en ello. Por supuesto, tendremos que hacer algo con el profesor Snape…
-Dejeme…
-…y si Hogwarts está a punto de entrar en un estado de sitio, con el Señor Oscuro a sus puertas, ciertamente sería aconsejable apartar a cuanta más gente inocente sea posible del camino. Con las comunicaciones Flu bajo su control y la Aparición imposible siquiera en los terrenos…
-Hay un camino, -dijo Harry rápidamente, y le habló del pasadizo que cuya entrada se escondía en La Cabeza del Cerdo.
-Potter, estamos hablando de cientos de estudiantes…
-Lo sé, profesora, pero si Voldemort y los mortífagos se concentran en los límites de la escuela no se interesarán en nadie que se Desaparezca fuera de La Cabeza del Cerdo
-Hay algo de razón eso, -estuvo ella de acuerdo. Apuntó la varita hacia los Carrows, y una red plateada cayó sobre sus cuerpos unidos, se ató a su alrededor, y los

alzó en el aire, dónde quedaron suspendidos bajo el techo azul y dorado como dos grandes y feas criaturas marinas-. Vamos. Tenemos que alertar a los otros Jefes de Casas. Mejor te vuelves a poner la Capa.
Marchó hacia la puerta, y mientras lo hacía alzó la varita. De la punta salieron tres gatos plateados con espectaculares marcas alrededor de los ojos. Los Patronus corrían lustrosos delante, llenando la escalera de caracol de luz plateada, mientras la profesora MacGonagall, Harry y Luna bajaban corriendo.
Recorrieron los pasillos velozmente, y uno a uno los Patronus les abandonaron. El camisón de tartán de la profesora McGonagall susurraba contra el suelo, y Harry y Luna trotaban tras ella bajo la Capa.
Habían descendido dos pisos más cuando tropezaron con alguien.
Harry, cuya cicatriz todavía picaba, lo oyó primero. Rebuscó la bolsa que llevaba alrededor del cuello, buscando el Mapa del Merodeador, pero antes de que pudiera hacerse cargo del asunto, McGonagal también pareció caer en la cuenta de que tenían compañía. Se detuvo, alzó la varita preparada para un duelo, y dijo,
-¿Quién anda ahí?
-Soy yo, -dijo una voz grave.
Desde detrás de una armadura salió Severus Snape.
El odio hirvió en Harry ante su visión. Había olvidado los detalles de la apariencia de Snape ante la magnitud de sus crímenes, olvidando cuan grasiento era su cabello negro colgando en cortinas alrededor de su delgada cara, cuan fría y mortífera la mirada de sus negros ojos. No llevaba pijama, pero estaba vestido con su habitual capa negra, y también sujetaba la varita preparado para una pelea.
-¿Dónde están los Carrows? –preguntó con tranquilidad.

-Donde quiera que les dijeras que fueran, supongo, Severus, -dijo la profesora McGonagall.
Snape se acercó unos pasos, y sus ojos revolotearon de la profesora McGonagall al aire a su alrededor, como si supiera que Harry estaba allí. Harry sostenía la varita en alto también, preparado para el ataque.
-Me dio la impresión, -dijo Snape- de que Alecto había detenido a un intruso.
-¿De verdad? –dijo la profesora McGonagall-. ¿Y que te dio esa impresión?
Snape hizo una leve flexión con su brazo izquierdo, dónde la Marca Oscura estaba grabada en su piel.
-Oh, pero naturalmente, -dijo la profesora McGonagall-. Vosotros los mortífagos tenéis vuestras formas de comunicaros, lo olvidaba.
Snape fingió no haberla oido. Sus ojos todavía sondeaban el aire a alrededor de McGonagall, y se acercaba gradualmente, como sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.
-No sabía que era tu turno de patrullar los pasillos Minerva.
-¿Alguna objección?
-Me pregunto qué te ha sacado de la cama a estas horas tardías
-Creía haber oido un alboroto, -dijo la profesora McGonagall.
-¿De verdad? Pues todo parece en calma.
Snape la miró a los ojos.
-¿Ha visto a Harry Potter, Minerva? Porque si lo ha visto. Tengo que insistir…
La profesora McGonagall se movió más rápido de lo que Harry la hubiera creído capaz. Su varita cortó el aire y durante una fracción de segundo Harry creyó que Snape se arrugaría, inconsciente, pero la rapidez de su

Hechizo Protego fue tal que McGonagall perdió el equilibrio. Blandió su varita en una floritura y a un toque de la misma con la pared la voló de su soporte. Harry, a punto de maldecir a Snape, se vio forzado a apartar a Luna del camino de las llamas descendentes, las cuales se convirtieron en un anillo de fuego que llenó el pasillo y volvió volando como un lazo hacia Snape…

Entonces ya no fue fuego, sino una gran serpiente negra que McGonagall hizo estallar en humo, y luego se reagrupó y solidificó en segundos para convertirse en un enjambre de dagas perseguidoras. Snape las evitó simplemente forzando a la armadura a ponerse frente a él, y con golpes resonantes, las dagas se hundieron, una tras otra, en su pecho.

-¡Minerva! –dijo una voz chirriante, y mirando tras de él, todavía escudando a Luna de los hechizos voladores, Harry vio al profesor Flitwick y a Sprout corriendo por el pasillo hacia ellos en pijama, con el enorme profesor Slughorn resollando en la retaguardia.

-¡No! –chilló Flitwick, alzando la varita-. ¡No matarás a nadie más en Hogwarts!

El hechizo de Flitwick golpeó la armadura tras la cual Snape se había escudado. Con un estrépito esta volvió a la vida. Snape luchó para liberarse de los aplastantes brazos y los envió volando hacia sus atacantes. Harry y Luna se lanzaron a un lado para evitarlos mientras se estrellaban contra la pared y se hacían añicos. Cuando Harry alzó la mirada, Snape estaba en pleana huída, y McGonagall, Flitwick y Sprout corrían tras él.

Se lanzó a traves de la puerta de una clase y, momentos más tarde, se oyó el grito de McGonagall,

-¡Cobarde! ¡COBARDE!

-¿Qué pasa, que está pasando? –preguntó Luna.

Harry la arrastró y corrieron rápidamente por el pasillo, arrastrando la Capa de Invisibilidad tras ellos, hasta el interior de la clase desierta dónde los profesores McGonagall, Flitwick y Sprout estaban de pie frente a la ventana rota.
-Ha saltado, -dijo la profesora McGonagall cuando Harry y Luna entraron corriendo en la habitación.
-¿Quiere decir que está muerto? –Harry corrió velozmente hacia la ventana, ignorando los gritos de sorpresa de Flitwick y Sprout por su repentina aparición.
-No, no está muerto, -dijo McGonagall con amargura-. A diferencia de Dumbledore, todavía llevaba una varita… y parece haber aprendido unos cuantos trucos de su maestro.
Con un matiz de horror, Harry vio en la distancia una enorme forma de murcielago volando a través de la oscuridad hacia los muros de Hogwarts.
Se oyeron pasos pesados tras ellos, y una gran cantidad de resoplidos. Slughorn los había alcanzado.
-¡Harry! –Resolló, masajeándose el inmenso pecho bajo el pijama de seda verde esmeralda-. Mi querido muchacho… qué sorpresa… Minerva, por favor explícate… Severus… ¿qué?
-Nuestro director se ha tomado un breve descanso, -dijo la profesora McGonagall, señalando hacia el agujero con la forma de Snape de la ventana.
-¡Profesora! –gritó Harry con la mano en la frente. Podía ver a los Inferi del lago deslizándose bajo él, y pudo sentir un fantasmagórico bote verde golpear el fondo en la orilla, y Voldemort salió de él con la muerte en su corazón…
-Profesora, tenemos que atrincherar la escuela. ¡Ya viene!

-Muy bien. El Que No Debe ser Nombrado está en camino -informó a los demás profesores.
Sprout y Flitwick ahogaron un grito. Slughorn dejó escapar un gemido por lo bajo.
–Potter tiene un trabajo que hacer en el castillo bajo las ordenes de Dumbledore. Necesitamos levantar cada protección de la que seamos capaces mientras Potter hace lo que necesita hacer.
-¿Te das cuenta, por supuesto, de que nada de lo que seamos capaces de hacer para mantener fuera a El Que No Debe Ser Nombrado será indefinido? –chilló Flitwick.
-Pero podemos retrasarle –dijo la profesora Sprout.
-Gracias, Pomona –dijo la profesora McGonagall, y entre las dos brujas pasó una corriente de entendimiento-. Sugiero que establezcamos una protección básica alrededor del lugar, luego congregaremos a los alumnos y nos reuniremos en el Gran Salón. La mayoría deben ser evacuados, sin embargo si cualquiera que sea mayor de edad desea quedarse y luchar, creo que deberíamos darle la oportunidad.
-De acuerdo, -dijo la profesora Sprout, apresurándose hacia la puerta-. Nos encontraremos en el Gran Salón en veinte minutos con los de mi Casa.
Y cuando se perdió de vista al trote, pudieron oir sus murmullos,
-Tentacula, Trampas malditas. Y Vainas de Snargaluff… sí, quiero ver a los Mortífagos peleando con eso.
-Yo puedo actuar desde aquí, -dijo Flitwick, y aunque apenas podía ver fuera, apuntó con la varita a través de la ventana rota y empezó a murmurar conjuros de enorme complejidad. Harry oyó un extraño ruido de precipitación, como si Flitwick hubiera desatado el poder del viento en los jardines.
-Profesor, -dijo Harry, que se acerba al pequeño

Profesor de Encantamientos-. Profesor, siento interrumpirle, pero es importante. ¿Tiene alguna idea de dónde está la diadema de Ravenclaw?
-... Protego Horribilis... ¿la diadema de Ravenclaw? –chilló Flitwick-. Un pequeño extra de sabiduría nunca viene mal, Potter, pero no creo que pudiera ser de mucha utilidad en esta situación.
-Sólo quise decir... ¿sabe dónde está? ¿La ha visto alguna vez?
-Verla. ¡Nadie la ha visto desde que tengo memoria! Hace mucho que se perdió, chico.
Harry sintió una mezcla de decepción desesperada y pánico. ¿Qué es entonces, el Horrocrux?
-¡Nos reuniremos con usted y sus Ravenclaw en el Gran Vestíbulo, Filius! –dijo la profesora McGonagall, llamando por señas a Harry y Luna para que la siguieran.
Justo habían alcanzado la puerta cuando Slughorn habló con tono sordo.
-¡Dios mio!, -resopló, pálido y sudoroso, su bigote de morsa temblaba-. ¡Qué jaleo! No estoy del todo seguro de que esto esa inteligente, Minerva. Seguro que va a encontrar la forma, sabes, y todo el que haya intentado retrasarle estará en el más grave de los peligros...
-Les esperaré también a usted y a los de Slytherin en el Gran Vestíbulo en veinte minutos. –dijo la profesora McGonagall-. Si desea irse con sus alumnos, no le detendremos. Pero si hace algún intento de sabotaje a nuestra resistencia o de levantarse en armas en nuestra contra nosotros en el interior del castillo, entonces, Horacio, será un duelo a muerte.
-¡Minerva! –dijo, horrorizado.
-Ha llegado el momento de que la Casa de Slytherin decida sobre sus lealtades, -interrumpió la profesora

McGonagall-. Vaya y despierte a los estudiantes, Horacio.
Harry no se quedó para observar el balbuceo de Slughorn. Él y Luna permanecieron detrás de la profesora McGonagall, quien había asumido una posición en medio del pasillo y alzado la varita.
-Piertotum… oh, por el amor de Dios, Filch, ahora no…
El anciano conserje había entrado en su campo de visión cojeando, y gritando
-¡Estudiantes fuera de sus camas! ¡Estudiantes en los pasillos!
-¡Se supone que tienen que estarlo, idiota balbuceante! –gritó McGonagall-. ¡Ahora váyase y haga algo constructivo! ¡Encuentre a Peeves!
-¿P-Peeves? –tartamudeó Filch como si no hubiera oído nunca antes el nombre.
-¡Sí, Peeves, no se haga el tonto, Peeves! ¿No se ha estado quejando de él durante un cuarto de siglo? Vaya y tráigalo, enseguida.
Filch evidentemente pensó que la profesora McGonagall se había vuelto loca, pero marchó cojeando, con los hombros caidos, murmurando por lo bajo.
-Y ahora… ¡Piertotum Locomator! –gritó la profesora McGonagall. Y a lo largo del pasillo las estatuas y armaduras saltaron de sus pedestales, y por el eco de los choques en los pisos de arriba y abajo, Harry supo que los miembros de todo el profesorado habían hecho lo mismo.
-¡Hogwarts está amenazada! –gritó la profesora McGonagall-. ¡Hombres a sus puestos, protegednos, cumplid vuestro deber para con nuestra escuela!
Hablándo rápidamente y a gritos, la horda de estatuas en movimiento se precipitaron pasando junto a Harry, algunos de ellos más pequeños, otros más altos que en

vida. También había animales, y el sonido metálico de las armaduras blandiendo espadas y cadenas con bolas de púas.
-Ahora, Potter, -dijo McGonagall-, usted y la señorita Lovegood harán mejor en volver con sus amigos y traerlos Al Gran Salón… despertaré a los otros Gryffindors.
Partieron hacia lo alto de la siguiente escalera, Harry y Luna se dirigieron hacia la entrada oculta de la Sala de los Menesteres. Mientras corrían, se encontraron con tropeles de estudiantes, la mayoría llevaban capas de viaje sobre los pijamas, siendo guiados hacia el Gran Vestíbulo por los profesores y prefectos.
-¡Es Potter!
-¡Harry Potter!
-¡Era él, lo juro, acabo de verlo!
Pero Harry no miró hacia atrás, y al fin alcanzaron la entrada de la Sala de los Menesteres, Harry se apoyó en la pared encantada, la cual se abrió permitiéndoles entrada, y él y Luna bajaron rápidamente los escalones.
-¿Qu…?
Cuando la habitación estuvo a la vista, Harry resbaló unos pocos escalones del susto. Estaban apiñados, muchos más que cuando había estado allí la última vez. Kingsley y Lupin alzaron la vista hacia él, estaban Oliver Wood, Katie Bell, Angelina Johnson y Alicia Spinnet, Bill y Fleur, y el Señor y la Señora Weasley.
-¿Harry qué sucede? –dijo Lupin, reuniéndose con él al pie de las escaleras.
-Voldemort está en camino, están atrincherando la escuela… Snape ha huido… ¿Qué estais haciendo aquí? ¿Cómo lo habeis sabido?
-Enviamos mensajes al resto del Ejercito de Dumbledore, -explicó Fred-. No puedes esperar que

todo el mundo se pierda la diversión, Harry, y el E.D. se lo hizo saber a la Orden del Fenix, y así sucesivamente.
-¿Qué hacemos primero, Harry? –llamó George-. ¿Qué pasa?
-Estan evacuando a los más pequeños y todo el mundo se está reuniendo en el Gran Salón para organizarse, -dijo Harry-. Vamos a luchar.
Se alzó un gran rugido y una oleada de gente se abalanzó hacia las escaleras, lo presionaron contra la pared al pasaron corriendo. Los miembros mezclados de la Orden del Fenix, el Ejercito de Dumbledore y el antiguo equipo de Quidditch de Harry, todos ellos sacando las varitas, se dirigían hacia el salón principal del castillo.
-Vamos, Luna, -la llamó Dean al pasar, tendiéndole la mano libre. Ella la tomó y le siguó escaleras arriba.
La multitud se disolvió. Sólo un pequeño núcleo de gente se quedó en la Sala de los Menesteres, y Harry se reunió con ellos. La Señora Weasley discutía con Ginny. A su alrededor estaban Lupin, Fred, George, Bill y Fleur.
-¡Eres menor de edad! –gritaba la Señora Weasley a su hija mientras Harry se aproximaba-. ¡No te lo voy a permitir! Los chicos, sí, ¡pero tú te vas a ir a casa!
-¡No quiero! -El pelo de Ginny ondeaba cuando liberó el brazo del apretón de su madre.
-Pertenezco al Ejercito de Dumbledore…
-¡Una pandilla de adolescentes!
-¡Una pandilla de adolescentes que se han enfrentado a él cuando nadie se atrevió a hacerlo! –dijo Fred.
-¡Tiene dieciseis años! –gritó la Señora Weasley-. ¡No es lo bastante mayor! En qué estabais pensando al traerla con vosotros…
Fred y George parecían algo avergonzados.

-Mamá tiene razón, Ginny. –dijo Bill suavemente-. No puedes hacer esto. Los menores de edad tienen que marcharse, es lo correcto.
-¡No puedo ir a casa! –gritó Ginny, lágrimas airadas brillanban en sus ojos. –toda mi familia está aquí, no puedo quedarme esperando allí sola y sin saber y …
Sus ojos se encontraron con los de Harry por primera vez. Le miró suplicante, pero él sacudió la cabeza y se dio media vuelta con amargura.
-Bien, -dijo, mirando hacia la entrada del túnel que regresaba a La Cabeza del Cerdo-. Diré adiós ahora, entonces, y…
Se oyó una escaramuza y un gran golpe. Alguien había salido a trompicones del tunel, perdiendo ligeramente el equilibrio y cayendo. Se levantó el solo apoyándose en la silla más cercana, miró alrededor a través de sus torcidas gafas de carey, y dijo,
-¿He llegado tarde? ¿Ya ha empezado?. Acabo de enterarme, yo… yo… -Balbuceó Percy en silencio. Evidentemente no había esperado chocar con la mayor parte de su familia. Hubo un largo momento de asombro, roto por Fleur que se volvió hacia Lupin y dijo, en un intento totalmente transparente de romper la tensión.
–Entonces… ¿como está el pequeño Teddy?
Lupin parpadeó asustado. El silencio entre los Weasleys parecía solidificarse, como el hielo.
-Yo… oh sí… ¡está bien! –dijo Lupin en voz alta-. Sí, Tonks está con él… y con su madre…
Percy y los otros Weasleys todavía se estaban mirando mutuamente con frialdad.
-Aquí, tengo una foto. –gritó Lupin, sacando una fotografía de su chaqueta y enseñándosela a Fleur y a Harry, que vieron a un pequeño bebé con un penacho

de un brillante pelo turquesa, agitando sus puños regordetes hacia la cámara.
-¡Fui un tonto! –rugió Percy tan fuerte que Lupin casi dejó caer la fotografía- Fui un idiota, un gilipollas pomposo, fui un… un…
-Lameculos del Ministerio, repudiaste a la familia, idiota hambriento de poder, -dijo Fred.
Percy tragó saliva.
-¡Sí, lo fui!
-Bien, no podías decir nada más honesto que eso -dijo Fred, tendiéndole la mano a Percy.
La Señora Weasley estalló en lágrimas. Corrió hacia él, empujando a Fred a un lado, y envolviendo a Percy en un abrazo estrangulandor mientras él le palmeaba la espalda, con los ojos fijos en su padre.
-Lo siento, Papá. –dijo Percy.
El Señor Weasley parpadeó rápidamente, luego también corrió a abrazar a su hijo.
-¿Cómo te ha vuelto la cordura, Percy? –preguntó George.
-Ha estado llegando desde hace bastante, -dijo Percy, secándose los ojos bajo las gafas con el borde de su capa de viaje-. Pero tuve que encontrar una salida y no es tan fácil en el Ministerio, encarcelan a los traidores a cada momento. Me las arreglé para mantener contacto con Aberforth y él me sopló hace diez minutos que Hogwarts estaba a punto de entrar en batalla, así que aquí estoy.
-Bien, debemos buscar a nuestros prefectos para que nos dirijan en momentos como estos, -dijo George en una buena imitación de los modales más pomposos de Percy-. Ahora subamos las escaleras y luchemos, o todos los mortifagos buenos estarán cogidos.
-Así que, ¿eres mi cuñada? –dijo Percy, estrechando la

mano a Fleur mientras corrían escaleras arriba con Bill, Fred y George.
-¡Ginny! –ladró la Señora Weasley.
Ginny había intentado, bajo la cobertura de las reconciliaciones, escabullirse también escaleras arriba.
-Molly, con respecto a eso, -dijo Lupin-. ¿Por qué no dejas que Ginny se quede aquí, al menos así estará en la escena y sabrá lo que está pasando pero sin estar en medio de la pelea.
-Yo…
-Es una buena idea, -dijo el Señor Weasley firmemente-, Ginny, quédate en esta habitación, ¿me has oído?
A Ginny no pareció gustarle mucho la idea, pero bajo la inusual mirada severa de su padre, asintió. El Señor y la Señora Weasley y Lupin se dirigieron hacia las escaleras también.
-¿Dónde está Ron? –preguntó Harry-, ¿Dónde está Hermione?
-Deben haber subido ya al Gran Salón, -gritó el Señor Weasley sobre su hombro.
-No los he visto pasar, -dijo Harry.
-Dijeron algo sobre un baño, -dijo Ginny-, no mucho después de que te fueras.
-¿Un baño?
Harry atravesó la habitación a zancadas para abrir la puerta de la Sala de los Menesteres e inspeccionó el baño de abajo. Estaba vacío.
-¿Estás segura que dijeron baño..?
Pero entonces su cicatriz ardió y la Sala de los Menesteres desapareció. Estaba inspeccionando las altas verjas de hierro forjado con aladas gárgolas en los pilares de cada lado, inspeccionando los oscuros jardines del castillo, que irradiaba luces. Nagini yacía cubriendo sus hombros. Estaba poseído por esa fría y

cruel sensación de determinación que precedía al asesinato.

Capítulo Treinta y uno



La batalla de Howarts

El techo encantado del Gran Comedor estaba oscuro y salpicado de estrellas, y bajo él las cuatro largas mesas de las Casas estaban llenas de estudiantes desaliñados, algunos con capas de viaje, otros en bata. Aquí y allá brillaban las figuras blanco perladas de los fantasmas del colegio. Cada ojo, vivo o muerto, estaba fijo en la profesora McGonagall, que estaba hablando desde la elevada plataforma en lo alto del Comedor. Detrás de ella se encontraban el resto de profesores, incluyendo al centauro palomino Firenze, y los miembros de la Orden del Fénix que habían llegado para luchar.

—... la evacuación será supervisada por el señor Filch y la señora Pomfrey. Prefectos, cuando os avise, organizad a vuestras casas y llevad a los estudiantes a

vuestro cargo de forma ordenada al punto de evacuación.
Muchos de los estudiantes parecían petrificados. Sin embargo, mientras Harry bordeaba las paredes, examinando la mesa de Gryffindor en busca de Ron y Hermione, Ernie Macmillan se levantó en la mesa de Hufflepuff y gritó: —¿Y si queremos quedarnos y luchar?
Hubo un puñado de aplausos.
—Si sois mayores de edad, podéis quedaros —dijo la profesora McGonagall.
—¿Y qué pasa con nuestras cosas? —habló una chica en la mesa de Ravenclaw—. ¿Nuestros baúles, nuestras lechuzas?
—No tenemos tiempo de recoger posesiones —dijo la profesora McGonagall—. Lo importante es sacaros de aquí sin contratiempos.
—¿Dónde está el Profesor Snape? —gritó una chica desde la mesa de Slytherin.
—Se ha, por decirlo de forma coloquial, largado —respondió la Profesora McGonagall, y un gran vitoreo estalló entre los Gryffindors, Hufflepuffs, y Ravenclaws.
Harry se desplazó por el Comedor junto a la mesa de Gryffindor, todavía buscando a Ron y Hermione. Mientras pasaba, muchas caras se giraron en su dirección y una gran cantidad de susurros estalló tras su estela.
—Ya hemos colocado protección alrededor del castillo —estaba diciendo la Profesora McGonagall—, pero es poco probable que aguante durante mucho tiempo si no la reforzamos. Por tanto, debo pediros que os mováis rápido y con calma, y que hagáis lo que los prefectos os…
Pero sus palabras finales fueron ahogadas por una voz diferente que resonó por todo el Comedor. Era alta,

fría y clara. No se podía decir de dónde venía. Parecía emitirse desde las mismas paredes. Como el monstruo al que una vez había dado órdenes, podía haber permanecido latente allí durante siglos.

—Sé que os estáis preparando para luchar —hubo gritos entre los estudiantes; algunos de ellos se agarraron a otros, mirando alrededor aterrados en búsqueda de la fuente del sonido—. Vuestros esfuerzos son inútiles. No podéis luchar contra mí. No quiero mataros. Tengo un gran respeto por los profesores de Hogwarts. No quiero derramar sangre mágica.

Ahora hubo silencio en el Comedor, el tipo de silencio que presionaba contra los tímpanos, que parecía demasiado enorme para ser contenido por las paredes.

—Entregadme a Harry Potter —dijo la voz de Voldemort—, y no se os hará daño. Entregadme a Harry Potter y dejaré la escuela intacta. Entregadme a Harry Potter y seréis recompensados.

—Tenéis hasta medianoche.

El silencio se los tragó de nuevo. Cada cabeza se giró, cada ojo de la habitación pareció posarse en Harry, sujetándole para siempre en el resplandor de miles de rayos invisibles. Entonces una figura se levantó de la mesa de Slytherin, y Harry reconoció a Pansy Parkinson cuando levantó un brazo tembloroso y gritó:

—¡Pero está allí! Potter está allí. ¡Que alguien lo coja!

Antes de que Harry pudiera hablar, hubo un movimiento generalizado. Los Gryffindors que tenía delante se habían levantado y se enfrentaban a los Slytherins, no a Harry. Entonces los Hufflepuffs se levantaron, y casi al mismo tiempo los Ravenclaws, todos con la espalda hacia Harry, todos mirando a Pansy. Y Harry, asombrado y abrumado, vio salir varitas de todas partes, sacadas de debajo de las capas y de las mangas.

—Gracias, señorita Parkinson —dijo la Profesora McGonagall con voz cortante—. Abandonará el Comedor la primera con el señor Filch. El resto de su Casa puede seguirla.
Harry oyó el chirrido de los bancos y luego el sonido de los Slytherin saliendo en tropel por el otro lado del Comedor.
—¡Ravenclaw, seguidlos! —gritó la Profesora McGonagall.
Con lentitud las cuatro mesas se vaciaron. La mesa de Slytherin estaba completamente vacía, pero bastantes Ravenclaw de los últimos cursos permanecieron sentados mientras sus compañeros salían; incluso más Hufflepuff se quedaron, y la mitad de los Gryffindors permanecieron en sus asientos, de modo que fue necesario que la Profesora McGonagall bajase de la plataforma de los profesores para obligar a los menores de edad a ponerse de camino.
—¡Absolutamente no, Creevey, váyase! ¡Y usted, Peakes!
Harry se acercó apresurado hacia los Weasley, todos sentados juntos en la mesa de Gryffindor.
—¿Dónde están Ron y Hermione?
—¿No los has encontrado...? —empezó el Señor Weasley, con expresión preocupada.
Pero se interrumpió cuando Kingsley dio un paso adelante en la plataforma elevada para dirigirse a los que se habían quedado.
—Sólo tenemos media hora hasta la medianoche, así que tenemos que actuar con rapidez. Ya se ha aceptado un plan de batalla entre los profesores de Hogwarts y la Orden del Fénix. Los profesores Flitwick, Sprout y McGonagall van a llevar a grupos de luchadores a la parte de arriba de las tres torres más altas —

Ravenclaw, Astronomía y Gryffindor— donde tendrán una buena visión general, excelentes posiciones desde donde lanzar hechizos. Mientras tanto Remus —señaló a Lupin—, Arthur —apuntó hacia el señor Weasley, sentado en la mesa de Gryffindor—, y yo, llevaremos grupos a los terrenos. Necesitaremos a alguien que organice la defensa de las entradas o de los pasadizos hacia el colegio…

—Eso suena a un trabajo para nosotros —gritó Fred, indicándose a George y a sí mismo, y Kingsley asintió con aprobación.

—Muy bien, ¡que vengan aquí los líderes y dividiremos las tropas!

—Potter —dijo la Profesora McGonagall, apresurándose hacia él mientras los estudiantes inundaban la plataforma, empujándose por alcanzar una mejor posición, recibiendo instrucciones—. ¿No se supone que tienes que estar buscando algo?

—¿Qué? Oh —dijo Harry—, ¡oh, sí!

Casi se había olvidado del Horrocrux, casi se había olvidado de que se estaba presentando esta batalla para que pudiese buscarlo, la inexplicable ausencia de Ron y Hermione había apartado momentáneamente de su mente el resto de pensamientos.

—¡Entonces vete Potter, vete!

—Cierto… sí…

Sintió que muchos ojos le seguían cuando de nuevo salió corriendo del Gran Comedor, hacia el vestíbulo de entrada todavía lleno de estudiantes que estaban siendo evacuados. Se dejó arrastrar con ellos subiendo la escalera de mármol, pero al llegar arriba se apresuró por un pasillo vacío. Miedo y pánico nublaban sus procesos mentales. Intentó calmarse, concentrarse en encontrar el Horrocrux, pero sus pensamientos

zumbaban tan frenéticos e infructuosos como avispas atrapadas bajo un cristal. Sin Ron y Hermione para ayudarle, no parecía ser capaz de ordenar sus ideas. Empezó a avanzar más despacio, deteniéndose a mitad de un pasillo. Se sentó en el pedestal de una estatua que se había ido y sacó el Mapa del Merodeador de la bolsita que llevaba colgada al cuello. No pudo ver por ninguna parte el nombre de Ron o el de Hermione, aunque pensó que la densidad de la multitud de puntos que ahora se dirigían a la Sala de los Menesteres podría estar ocultándolos. Apartó el mapa, se apretó las manos contra la cara y cerró los ojos, intentando concentrarse.

Voldemort creyó que iría a la torre de Ravenclaw.

Ahí estaba, un hecho sólido, un lugar por donde empezar. Voldemort había colocado a Alecto Carrow en la sala común de Ravenclaw, y sólo podía haber una explicación: Voldemort temía que Harry ya supiese que su Horrocrux estaba conectado a esa Casa.

Pero el único objeto que alguien parecía asociar con Ravenclaw era la diadema perdida... ¿y cómo podía ser el Horrocrux la diadema? ¿Cómo era posible que Voldemort, un Slytherin, hubiera encontrado la diadema que había esquivado a generaciones de Ravenclaws? ¿Quién le habría dicho dónde mirar, cuando nadie que hubiese visto la diadema estaba vivo para contarlo?

Nadie estaba vivo para contarlo...

Bajo sus dedos, los ojos de Harry se abrieron de golpe. Saltó del pedestal y se apresuró por donde había venido, ahora en persecución de su última esperanza. El sonido de cientos de personas avanzando hacia la Sala de los Menesteres fue haciéndose más elevado mientras regresaba hacia las escaleras de mármol. Los

prefectos estaban gritando instrucciones, intentando llevar la cuenta de los estudiantes de sus propias casas; había muchos empujones y gritos. Harry vio a Zacharias Smith derribando a estudiantes de primer año para llegar al principio de la cola. Aquí y allá estudiantes más jóvenes estaban llorando, mientras los mayores llamaban desesperados a amigos o hermanos.
Harry avistó una figura de un blanco perlado deslizándose por el vestíbulo de entrada hacia abajo, y gritó tan fuerte como pudo por encima del clamor.
—¡Nick! ¡NICK! ¡Necesito hablar con usted!
Se abrió paso entre la marea de estudiantes, finalmente alcanzando la base de las escaleras, donde Nick Casi Decapitado, fantasma de la torre de Gryffindor, estaba esperándole.
—¡Harry! ¡Mi querido muchacho!
Nick intentó agarrar las manos de Harry con las suyas. Harry sintió como si las hubieran metido en agua congelada.
—Nick, tiene que ayudarme. ¿Quién es el fantasma de la torre de Ravenclaw?
Nick Casi Decapitado pareció sorprendido y un poco ofendido.
—La Dama Gris, por supuesto; pero si son servicios fantasmales lo que necesitas…
—Tiene que ser ella… ¿sabe donde está?
—Veamos…
La cabeza de Nick se tambaleó un poco en su gorguera al girar de aquí a allá, mirando por encima de las cabezas del tropel de estudiantes.
—Es esa de allí, Harry, la joven con el pelo largo.
Harry miró en la dirección que indicaba el dedo transparente de Nick y vio un fantasma alto, que pilló a Harry mirándola, levantó las cejas y se alejó por una

pared sólida.
Harry corrió tras ella. Una vez en la puerta del pasillo por el había desaparecido, la vio llegando al final, todavía deslizándose con fluidez, alejándose.
—¡Eh… espere… vuelva!
Ella accedió a parar, flotando a unos centímetros del suelo. Harry notó que era hermosa, con el pelo largo hasta las caderas y capa hasta los pies, pero también parecía altiva y orgullosa. Al acercarse, la reconoció como el fantasma junto al que había pasado varias veces por los pasillos, pero con quien nunca había hablado.
—¿Usted es la Dama Gris?
Ella asintió, pero no habló.
—¿El fantasma de la torre de Ravenclaw?
—Eso es correcto.
Su tono no era alentador.
—Por favor, necesito algo de ayuda. Necesito saber cualquier cosa que pueda contarme sobre la diadema perdida.
Una sonrisa fría curvó sus labios.
—Me temo —dijo, girándose para marcharse—, que no puedo ayudarte.
—¡ESPERE!
No había tenido intención de gritar, pero el enfado y el pánico amenazaban con abrumarlo. Miró a su reloj mientras ella estaba suspendida delante. Faltaba un cuarto de hora para la medianoche.
—Es urgente —dijo con fiereza—. Si esa diadema está en Hogwarts, tengo que encontrarla, rápido.
—No eres el primer estudiante que codicia la diadema —dijo desdeñosa—. Generaciones de estudiantes me han importunado…
—¡Esto no tiene que ver con sacar mejores notas! —le

gritó Harry—. Es sobre Voldemort, derrotar a Voldemort, ¿o es que eso no le interesa?
Ella no se podía sonrojar, pero sus transparentes mejillas se volvieron más opacas, y su voz sonó acalorada cuando respondió: —Por supuesto, ¿cómo te atreves a sugerir...?
—Bueno, ¡entonces ayúdeme!
La compostura el fantasma se estaba resquebrajando.
—No... no es un asunto de... —tartamudeó—. La diadema de mi madre...
—¿Su madre?
Ella pareció enfadada consigo misma.
—Cuando vivía —dijo con rigidez—. Era Helena Ravenclaw.
—¿Usted es su hija? Pero entonces, debe saber lo que pasó con ella.
—Aunque la diadema otorga sabiduría —dijo con un obvio esfuerzo de recuperar la compostura—, dudo que aumente mucho tus posibilidades de derrotar al mago que se hace llamar Lord...
—¡Ya se lo he dicho, no me interesa llevarla! —dijo Harry con fiereza—. No hay tiempo de explicarlo, pero si Hogwarts le importa, si quiere ver a Voldemort acabado, ¡tiene que decirme todo lo que sepa sobre la diadema!
Ella se quedó totalmente inmóvil, flotando en medio del aire, mirándole fijamente, y un sentimiento de desesperación engulló a Harry. Por supuesto, si ella hubiese sabido algo, se lo habría contado a Flitwick o Dumbledore, que seguramente le habrían hecho la misma pregunta. Sacudió la cabeza y empezó a girar para marcharse cuando ella habló en voz baja.
—Le robé la diadema a mi madre.
—¿Usted... hizo qué?

—Robé la diadema —repitió Helena Ravenclaw en un susurro—. Buscaba hacerme más lista, más importante que mi madre. Huí con ella.
No sabía cómo había conseguido ganarse su confianza y no preguntó, simplemente escuchó, firme, mientras ella continuaba.
—Dicen que mi madre nunca admitió que la diadema se había perdido, sino que pretendió que todavía la tenía. Ocultó la pérdida, mi espantosa traición, incluso a los demás fundadores de Hogwarts.
»Entonces mi madre cayó enferma… de muerte. A pesar de mi traición, estaba desesperada por verme una vez más. Envió a un hombre que hacía mucho me había amado, aunque yo había desdeñado sus atenciones, a que me encontrase. Sabía que él no descansaría hasta haberme encontrado.
Harry esperó. Ella respiró profundamente y echó la cabeza hacia atrás.
—Me rastreó hasta el bosque en el que me ocultaba. Cuando rechacé volver con él, se puso violento. El Barón siempre fue un hombre de temperamento fuerte. Furioso ante mi rechazo, celoso de mi libertad, me apuñaló.
—¿El Barón? ¿Quiere decir…?
—El Barón Sanguinario, sí —dijo la Dama Gris, y apartó la capa que llevaba para descubrir una herida oscura en su pecho blanco—. Cuando vio lo que había hecho, se vio abrumado por los remordimientos. Cogió el arma que se había llevado mi vida, y la usó para matarse. Después de todos estos siglos, aún lleva sus cadenas como un acto de penitencia… como debe ser —añadió amargamente.
—¿Y… y la diadema?
—Se quedó donde yo la había escondido cuando oí al

Barón avanzar tropezando por el bosque, yendo hacia mí, oculta en el interior de un árbol hueco.
—¿Un árbol hueco? —repitió Harry— ¿Qué arbol? ¿Dónde fue eso?
—Un bosque en Albania. Un lugar solitario que creí fuera del alcance de mi madre.
—Albania —repitió Harry. El sentido estaba surgiendo milagrosamente de la confusión, y ahora entendió porqué le estaba contando lo que le había negado a Dumbledore y Flitwick—. Ya le ha contado a alguien esta historia, ¿verdad? ¿Otro estudiante?
Ella cerró los ojos y asintió.
—No tenía… ni idea… Era adulador. Parecía… entender… comprender…
Sí, pensó Harry. Tom Ryddle ciertamente había entendido el deseo de Helena Ravenclaw de poseer fabulosos objetos sobre los que tenía pocos derechos.
—Bueno, no es la primera persona a la que Ryddle le sonsaca cosas —murmuró Harry—. Podía ser encantador cuando quería…
Así que Voldemort había sido capaz de sonsacarle la localización de la diadema perdida a la Dama Gris. Había viajado a aquel bosque remoto y recuperado la diadema de su escondite, quizás tan pronto como abandonó Hogwarts, antes incluso de haber empezado a trabajar en Borgin y Burkes.
¿Y no le habrían parecido aquellos retirados bosques albaneses un excelente refugio cuando, mucho después, Voldemort había necesitado un lugar donde esconderse, sin ser molestado, durante diez largos años?
Pero la diadema, una vez se convirtió en su valioso Horrocrux, no había sido abandonada en ese modesto árbol… No, la diadema había vuelto en secreto a su

verdadero hogar, y Voldemort debía haberla puesto allí…
—…la noche que vino a pedir trabajo! —dijo Harry, acabando su pensamiento.
—¿Perdón?
—¡Ocultó la diadema en el castillo, la noche que le pidió a Dumbledore que le dejara dar clase! —dijo Harry. Decirlo en voz alta le permitió darle sentido a todo—. ¡Debió esconder la diadema al ir, o volver, al despacho de Dumbledore! Pero merecía la pena intentar obtener el trabajo, de lograrlo podría haber tenido oportunidad de robar también la espada de Gryffindor… ¡gracias, gracias!
Harry la dejó allí flotando, con expresión absolutamente desconcertada. Al girar en una esquina para volver al vestíbulo de entrada, comprobó su reloj. Faltaban cinco minutos para la medianoche, y aunque sabía lo qué era el último Horrocrux, no estaba más cerca de descubrir dónde estaba…
Generaciones de estudiantes habían fallado en la búsqueda de la diadema; eso sugería que no estaba en la torre de Ravenclaw… pero si no estaba allí, ¿dónde? ¿Qué escondite había encontrado Tom Ryddle dentro del castillo de Hogwarts, que creía que permanecería secreto para siempre?
Perdido en desesperada especulación, Harry giró en una esquina, pero había dado sólo unos pocos pasos en el nuevo pasillo cuando la ventana a su izquierda se rompió en añicos con un estrépito ensordecedor. Cuando saltó a un lado, un cuerpo gigante voló a través de la ventana y golpeó la pared opuesta.
Algo grande y peludo se separó, gimoteando, de lo que había llegado y se lanzó hacia Harry.
—¡Hagrid! —bramó Harry, rechazando las atenciones de

Fang, el gran danés, cuando la enorme figura barbuda se puso en pie—. ¿Qué...?
—¡Harry, estás aquí! ¡Estás aquí!
Hagrid se agachó, le dio a Harry un rápido abrazo que casi le parte las costillas, y corrió de vuelta hacia la ventana hecha añicos.
—¡Buen chico, Grawpy! —bramó a través del agujero en la ventana—. ¡Te veo en un momento, qué buen chico!
Detrás de Harry, en la noche oscura, Harry vio ráfagas de luz en la distancia y oyó un extraño grito agudo. Bajó la mirada a su reloj: era medianoche. La batalla había empezado.
—Caray, Harry —jadeó Hagrid—, este es, ¿eh? El momento de luchar.
—Hagrid, ¿de dónde vienes?
—Escuché a quién-tú-ya-sabes en la cueva —dijo Hagrid ceñudo—. La voz se oye lejos, ¿sabes? "Tenéis hasta medianoche para entregarme a Potter". Supe que debía estar allí, imaginé lo que debería estar sucediendo. Baja, Fang. Así que hemos venido a unirnos, Grawpy, Fang y yo. Nos abrimos paso por el linde del bosque, Grawpy nos llevaba, a mí y Fang. Le dije que me dejase en el castillo, así que me tiró por la ventana, bendito sea. No es exactamente lo que quería decir, pero... ¿dónde están Ron y Hermione?
—Esa —dijo Harry—, es realmente una buena pregunta. Vamos.
Se movieron a prisa por el pasillo, con Fang siguiéndolos patoso. Harry podía oír movimientos a lo largo del pasillo: pasos de gente corriendo, gritos; a través de las ventanas, podía ver más destellos de luz en los oscuros terrenos.
—¿A dónde vamos? —dijo Hagrid sin aliento, sus pasos resonaban, pegados a los talones a Harry, haciendo

temblar las tablas.
—No lo sé exactamente —dijo Harry, haciendo otro giro aleatorio—, pero Ron y Hermione deben estar por aquí en algún sitio…
Las primeras bajas de la batalla ya estaban desparramadas en el siguiente pasillo: dos gárgolas de piedra que normalmente guardaban la entrada a la sala de profesores habían sido destrozadas por una maldición que había entrado por una ventana rota. Sus restos se arrastraban débilmente en el suelo, y cuando Harry saltó sobre una de las cabezas sin cuerpo, esta gimió ligeramente.
—Oh, no te preocupes por mí… simplemente me quedaré aquí desmenuzada…
Su fea cara de piedra hizo pensar a Harry en el busto de mármol de Rowena Ravenclaw en la casa de Xenophilius, adornado con ese alocado tocado… y después en la estatua de la torre de Ravenclaw, con la diadema de piedra sobre los rizos blancos…
Y cuando llegó al final del pasillo, el recuerdo de una tercera figura de piedra volvió a él, una de un viejo brujo, uno en cuya cabeza el mismo Harry había colocado una peluca y un destrozado sombrero viejo.
La conmoción recorrió a Harry con el calor del whisky de fuego, y casi tropezó.
Sabía, por lo menos, dónde le estaba esperando el Horrocrux.
Tom Ryddle, que no confiaba en nadie y trabajaba sólo, podía haber sido tan arrogante como para asumir que él, y sólo él, había penetrado en los misterios más profundos del castillo de Hogwarts. Por supuesto, Dumbledore y Flitwick, esos estudiantes modelo, nunca habían puesto un pie ese lugar concreto, pero él, Harry, se había desviado del camino habitual en sus días de

colegio… había al menos un lugar secreto que él y Voldemort conocían, que Dumbledore nunca había descubierto…

Fue devuelto a la realidad por la profesora Sprout, que pasó con estruendo llevando detrás a Neville y a una media docena más de alumnos, todos con orejeras y lo que parecían ser grandes plantas en macetas.

—¡Mandrágoras! —bramó Neville a Harry por encima del hombro mientras corría—. Vamos a lanzarlas por las paredes… ¡no les va a gustar!

Harry sabía a donde ir. Avanzó más rápido, con Hagrid y Fang corriendo tras él. Pasaron retrato tras retrato, y las figuras pintadas corrieron lateralmente con ellos, brujas y magos con gorgueras y calzones, con armaduras y capas, apretándose en los lienzos de los otros, gritando noticias de otras partes del castillo. Cuando alcanzaron el final de ese pasillo, todo el castillo se sacudió, y Harry supo, cuando un jarrón gigante salió volando de su pedestal con fuerza explosiva, que era por la presión de encantamientos más siniestros que los de los profesores y la Orden.

—¡Todo está bien, Fang, todo está bien! —gritó Hagrid, pero el enorme gran danés se había dado a la fuga cuando astillas de vajilla volaron como metralla por el aire. Hagrid corrió pesadamente tras el aterrorizado perro, dejando a Harry solo.

Siguió adelante por los pasillos temblorosos, con la varita alerta, y recorriendo la longitud del pasillo, el pequeño caballero pintado, Sir Cardigan, se lanzaba de cuadro en cuadro junto a Harry, con la armadura resonando con un ruido metálico, gritando con ánimo, con su pequeño y gordo pony a medio galope por detrás.

—¡Fanfarrones y granujas, perros y bribones, sácalos de

aquí, Harry Potter, échalos!
Harry se lanzó por una curva y encontró a Fred y a un pequeño grupo de estudiantes, incluyendo a Lee Jordan y Hannah Abbott, en pie delante de otro pedestal vacío, cuya estatua había ocultado un pasadizo secreto. Sus varitas estaban listas y estaban escuchando en el oculto agujero.
—¡Una buena noche para eso! —gritó Fred cuando el castillo se sacudió otra vez, y Harry pasó a toda velocidad, eufórico y aterrorizado en igual medida. Se lanzó por otro pasillo y entonces vio lechuzas por todas partes, y la señora Norris estaba siseando e intentando espantarlas con las zarpas, sin duda para devolverlas a su lugar apropiado…
—¡Potter!
Aberforth Dumbledore estaba bloqueando el siguiente pasillo, con la varita lista.
—¡Tengo a cientos de chicos haciendo escándalo en mi bar, Potter!
—Lo sé, estamos evacuando —dijo Harry—. Voldemort está…
—… atacando porque no te han entregado, sí —dijo Aberforth—, no estoy sordo, todo Hogsmeade lo oyó. ¿Y no se os ocurrió a ninguno tomar a algunos Slytherins como rehenes? Hay hijos de los mortífagos a los que habéis mandado a ponerse a salvo. ¿No habría sido un poco más inteligente dejarlos aquí?
—Eso no habría detenido a Voldemort —dijo Harry—, y su hermano nunca lo habría hecho.
Aberforth gruñó y se encaminó en dirección contraria.
Su hermano nunca lo habría hecho… Bueno, era la verdad, pensó Harry mientras volvía a correr: Dumbledore, que había defendido a Snape durante tanto tiempo, nunca habría exigido rescate por los

prisioneros…
Y entonces derrapó en una última curva y con un grito de alivio mezclado con furia, los vio. Ron y Hermione, ambos con los brazos llenos de grandes objetos curvados, sucios y amarillos, y Ron con una escoba bajo el brazo.
—¿Dónde demonios habéis estado? —gritó Harry.
—La Cámara de los Secretos —dijo Ron.
—Cámara… ¿qué? —dijo Harry.
—¡Fue Ron, todo idea de Ron! —dijo Hermione sin aliento—. ¿No fue absolutamente brillante? Ahí estábamos, después de irnos, y le dije a Ron que aunque encontrásemos otro, ¿cómo nos íbamos a deshacer de él? ¡Todavía no nos habíamos ocupado de la copa! ¡Y entonces se acordó de él! ¡En el basilisco!
—¿Qué dem…?
—Algo para terminar con los Horrocruxes —dijo Ron simplemente,
Los ojos de Harry bajaron a los objetos en brazos de Ron y Hermione, grandes colmillos curvados; arrancados, se dio cuenta ahora, de la calavera de un basilisco muerto.
—¿Pero cómo entrasteis allí? —preguntó, mirando de los colmillos a Ron—. ¡Se necesita hablar lengua pársel!
—¡Lo hizo! —susurró Hermione—. ¡Enséñaselo, Ron!
Ron hizo un horrible y estrangulado sonido siseante.
—Es lo que hiciste para abrir el guardapelo —le dijo a Harry disculpándose—. Tuve que probar varias veces hasta que sonó bien, pero —se encogió de hombros con modestia—, al final entramos.
—¡Estuvo increíble! —dijo Hermione—. ¡Increíble!
—Entonces… —Harry estaba luchando para seguir el hilo de la historia—. Entonces…
—Entonces ya queda un Horrocrux menos —dijo Ron, y

sacó los restos destrozados de la copa de Hufflepuff de debajo de su chaqueta—. Hermione le clavó el colmillo. Me pareció que debía ser ella. Todavía no había tenido el placer.
—¡Qué genio! —gritó Harry.
—No fue nada —dijo Ron, aunque parecía encantado consigo mismo—. Así que, ¿qué novedades tienes?
Al decirlo, hubo una explosión por encima de sus cabezas. Los tres miraron hacia arriba mientras caía polvo del techo y se escuchaba un grito lejano.
—Sé cómo es la diadema, y dónde está —dijo Harry, hablando con rapidez—. La escondió exactamente donde yo tenía mi viejo libro de Pociones, donde todo el mundo lleva siglos escondiendo cosas. Creyó que era el único que lo había encontrado. Vamos.
Mientras las paredes temblaban otra vez, Harry los llevó de vuelta hacia la entrada tapiada y por la escalera que bajaba a la Sala de los Menesteres. Estaba vacía salvo por tres personas: Ginny, Tonks y una bruja muy anciana que llevaba un apolillado sombrero, a quien Harry reconoció de inmediato como la abuela de Neville.
—Ah, Potter —dijo ella con sequedad como si hubiera estado esperando por él—. ¿Puedes decirnos lo que está sucediendo?.
—¿Están todos bien? —dijeron Ginny y Tonks a la vez.
—Que yo sepa —dijo Harry—. ¿Todavía hay gente en el pasadizo que lleva a La Cabeza de Cerdo?
Sabía que la habitación no sería capaz de transformarse mientras todavía hubiese usuarios en ella.
—Yo fui la última en entrar —dijo la señora Longbottom—. Lo sellé. Creo que no es muy inteligente dejarlo abierto ahora que Aberforth ha abandonado su bar. ¿Habéis visto a mi nieto?

—Está luchando —dijo Harry.
—Naturalmente —dijo la anciana señora con orgullo—. Perdonadme, debo ir y ayudarle.
Con sorprendente rapidez se marchó hacia las escaleras de piedra.
Harry miró a Tonks.
—Creía que se suponía que estabas con Teddy en la casa de tu madre.
—No podía aguantar no saber... —Tonks parecía angustiada—. Ella le cuidará... ¿has visto a Remus?
—Tenía planeando liderar un grupo de luchadores en los terrenos...
Sin decir otra palabra, Tonks se marchó con rapidez.
—Ginny —dijo Harry—, lo siento, pero necesitamos que tú también te vayas. Sólo un momento. Después puedes volver a entrar.
—¡Y después puedes volver! —le gritó mientras la veía echar a correr por los escalones detrás de Tonks—. ¡Tienes que volver!
—¡Espera un momento! —dijo Ron abruptamente—. ¡Nos hemos olvidado de alguien!
—¿Quiénes? —preguntó Hermione.
—Los elfos domésticos. Estarán todos abajo en las cocinas, ¿no?
—¿Quieres decir que deberíamos ordenarles luchar? —preguntó Harry.
—No —dijo Ron serio—. Quiero decir que deberíamos decirles que se marcharan. No queremos más Dobbys, ¿verdad? No podemos ordenarles que mueran por nosotros...
Se oyó estruendo cuando los colmillos de basilisco cayeron en cascada de los brazos de Hermione. Corriendo hacia Ron, le lanzó los brazos al cuello y le besó de lleno en la boca. Ron arrojó los colmillos y la

escoba que estaba sujetando y respondió con tanto entusiasmo que levantó a Hermione del suelo.
—¿En este momento? —preguntó Harry débilmente, y cuando no ocurrió nada excepto que Ron y Hermione se abrazaron el uno al otro con más firmeza y se tambalearon, elevó la voz—. ¡Eh! ¡Que estamos en medio de una guerra!
Ron y Hermione se separaron, con los brazos todavía alrededor del otro.
—Lo sé, tío —dijo Ron, que parecía que acababa de recibir un golpe en la parte de atrás de la cabeza con una bludger—, es que es ahora o nunca, ¿no?
—No importa, ¿qué pasa con el Horrocrux? —gritó Harry—. ¿Creéis que podréis… conteneros hasta que tengamos la diadema?
—Sí… de verdad… lo siento —dijo Ron, y él y Hermione empezaron a recoger los colmillos, los dos ruborizados.
Cuando los tres volvieron al pasillo escaleras arriba, quedó claro que en los minutos que habían pasado en la Sala de los Menesteres la situación del castillo se había deteriorado severamente. Las paredes y el techo temblaban más que nunca; el polvo llenaba el aire, y a través de la ventana más cercana, Harry vio ráfagas de luz verde y roja tan cerca de la base del castillo que supuso que los mortífagos debían estar a punto de entrar en él. Mirando hacia abajo, Harry vio al gigante Grawp serpenteando entre ellos, balanceando lo que parecía ser una gárgola de piedra arrancada del techo y rugiendo su disgusto.
—¡Esperemos que pise a algunos! —dijo Ron mientras más gritos resonaban en las cercanías.
—¡Mientras no sea ninguno de los nuestros! —dijo una voz. Harry se giró y vio a Ginny y Tonks, ambas con las varitas apuntadas a la siguiente ventana, a la que le

faltaban varios cristales. Incluso mientras miraba, Ginny lanzó una maldición con buena puntería a la multitud de combatientes más abajo.
—¡Buena chica! —rugió una figura corriendo entre el polvo hacia ellos, y Harry vio de nuevo a Aberforth, con su cabello gris volando mientras guiaba a un pequeño grupo de estudiantes—. Es posible que atraviesen las almenas de la parte norte. Tienen sus propios gigantes.
—¿Has visto a Remus? —le gritó Tonks cuando él se marchaba.
—Estaba en un duelo con Dolohov —gritó Aberforth—, ¡no lo he visto desde entonces!
—Tonks —dijo Ginny—, Tonks, estoy segura de que está bien…
Pero Tonks se había marchado corriendo entre el polvo siguiendo a Aberforth.
Ginny se giró, impotente, hacia Harry, Ron, y Hermione.
—Estarán bien —dijo Harry, aunque sabía que eran palabras vacías—. Ginny, volveremos en un momento. Solo quédate a un lado, mantente a salvo… ¡Vamos! —le dijo a Ron y Hermione, y echaron a correr de vuelta a la extensión de pared donde la que la Sala de los Menesteres esperaba recibir las órdenes del siguiente que entrase.
Necesito el lugar donde se esconde todo, rogó Harry en el interior de su cabeza, y una puerta se materializó a la tercera pasada.
El furor de la batalla murió en el momento que cruzaron el umbral y cerraron la puerta tras ellos. Todo estaba en silencio. Estaban en un lugar del tamaño de una catedral con la apariencia de una ciudad, sus altísimas paredes estaban cubiertas de objetos escondidos por miles de estudiantes hacía mucho

tiempo.
—¿Y nunca se dio cuenta de que cualquiera podía entrar? —preguntó Ron, su voz resonó en el silencio.
—Pensó que era el único —dijo Harry—. Qué lástima que yo tuviera que esconder cosas en mis tiempos… por aquí —añadió—. Creo que está por aquí abajo…
Pasó delante del trol disecado y el armario evanescente que Draco Malfoy había arreglado el año anterior con consecuencias tan desastrosas. Entonces dudó, mirando arriba y abajo las pilas de trastos; no podía recordar por dónde ir después…
—¡Accio diadema! —gritó Hermione en desesperación, pero nada voló por el aire hacia ellos. Parecía que, como en la cámara de Gringotts, la habitación no cedería los objetos ocultos tan fácilmente,
—Separémonos —le dijo Harry a los otros dos—. ¡Buscad un busto de piedra de un anciano con una peluca y una diadema! Está sobre un armario y definitivamente en algún lugar cerca de aquí…
Se apuraron por los pasillos contiguos. Harry podía escuchar los pasos de los otros resonando sobre las elevadas pilas de trastos, de libros, sombreros, cajas, sillas, libros, armas, escobas, bates…
—En algún lugar cerca de aquí —murmuró Harry para sí—. En algún lugar… En algún lugar…
Se adentró cada vez con más profundidad en el laberinto, buscando objetos que reconocía de su anterior viaje a la habitación. La respiración le retumbaba en sus oídos, y su misma alma parecía temblar. Ahí estaba, justo enfrente, el viejo armario con la superficie llena de ampollas en el que había escondido su viejo libro de pociones, y arriba de todo, el picado brujo de piedra que llevaba un viejo sombrero polvoriento y lo que parecía ser una antigua diadema

opaca.
Ya había estirado la mano, aunque estaba a unos metros de distancia, cuando una voz atrás de él dijo:
—Quieto, Potter.
Resbaló hasta detenerse y se dio la vuelta. Crabbe y Goyle estaban detrás de él, hombro con hombro, con las varitas directamente apuntadas hacia Harry. A través del pequeño espacio entre sus caras burlonas, vio a Draco Malfoy.
—Es mi varita la que estás sujetando, Potter —dijo Malfoy, apuntando la suya a través del hueco entre Crabbe y Goyle.
—Ya no —jadeó Harry, apretando con más fuerza la varita de endrino—. Él que gana se la queda, Malfoy. ¿Quién te ha dejado la suya?
—Mi madre —dijo Draco.
Harry se rió, aunque no había nada demasiado divertido en la situación. Ya no podía oír a Ron o a Hermione. Parecían haber corrido lejos del alcance de su oído, buscando la diadema.
—¿Entonces cómo es que los tres no estáis con Voldemort? —preguntó Harry.
—Vamos a ser recompensados —dijo Crabbe. Su voz era sorprendentemente suave, para ser la de una persona tan enorme. Harry apenas le había oído hablar antes. Crabbe hablaba como un niño pequeño al que le hubiesen prometido una bolsa de caramelos—. Nos quedamos, Potter. Decidimos no irnos. Decidimos entregarte.
—Buen plan —dijo Harry con fingida admiración. No podía creer que estando tan cerca se lo fuesen a impedir Malfoy, Crabbe, y Goyle. Empezó a retroceder lentamente hacia el lugar donde el Horrocrux estaba ladeado sobre el busto. Si sólo pudiese ponerle las

manos encima antes de que estallase la pelea...
—¿Entonces cómo entrasteis aquí? —preguntó, intentando distraerlos.
—Prácticamente viví en la Habitación de las Cosas Escondidas todo el año pasado —dijo Malfoy, con voz crispada—. Sé cómo entrar en ella.
—Estábamos escondidos en el pasillo de fuera —gruñó Goyle—. ¡Ahora podemos hacer Encantamientos Desilusionadores! Y entonces —en su cara se formó una sonrisa estúpida—, ¡apareciste justo delante de nosotros buscando una dia-dum! ¿Qué es una dia-dum?
—¿Harry? —la voz de Ron sonó de repente del otro lado de la pared, a la derecha de Harry—. ¿Estás hablando con alguien?
Con un movimiento rápido, Crabbe apuntó su varita hacia la montaña de quince metros de muebles viejos, baúles rotos, viejos libros, ropa y trastos imposibles de identificar, y gritó: —¡Descendo!
La pared empezó a tambalearse, y entonces el tercio superior cayó en el pasillo de al lado, en el que estaba Ron.
—¡Ron! —bramó Harry, cuando en algún lugar que no estaba a la vista Hermione gritó, y Harry oyó innumerables objetos caer al suelo al otro lado de la desestabilizada pared. Apuntó su varita a la muralla y gritó: —¡Finite! —y se estabilizó.
—¡No! —gritó Malfoy, agarrando el brazo de Crabbe cuando esté hizo amago de repetir el hechizo—. ¡Si destrozas la habitación puede que entierres esa cosa, esa diadema!
—¿Importa eso? —dijo Crabbe, liberándose—. Es a Potter a quien quiere el Señor Tenebroso, ¿a quién le importa una dia-dum?
—Potter vino hasta aquí para cogerla —dijo Malfoy, con

impaciencia poco disimulada ante la lentitud de sus compañeros—, así que debe significar…
—¿"Debe significar"? —Crabbe se giró hacia Draco sin disimular su ferocidad—. ¿A quién le importa lo que tú creas? Ya no recibo órdenes tuyas, Draco. Tú y tu padre estáis acabados.
—¿Harry? —gritó Ron de nuevo, desde el otro lado del montón de trastos—. ¿Qué está pasando?
—¿Harry? —imitó Crabbe—. ¿Qué está pasando…?
-¡No, Potter! ¡Crucio!
Harry se había lanzado hacia la diadema. La maldición de Crabbe no le alcanzó, pero golpeó al busto de piedra, que voló por los aires. La diadema se elevó y luego cayó fuera de la vista sobre la masa de objetos en los que el busto había estado apoyado.
—¡ALTO! —gritó Malfoy a Crabbe, su voz resonó por la habitación—. El Señor Tenebroso lo quiere vivo…
—¿Y? No le he matado, ¿verdad? —gritó Crabbe, empujando el brazo de Malfoy que le retenía—. Pero si puedo, lo haré. De todas formas el Señor Tenebroso le quiere muerto, ¿cuál es la difer…
Un chorro de luz escarlata pasó a centímetros de Harry. Hermione había doblado la esquina y lanzado un encantamiento aturdidor a la cabeza de Crabbe. Sólo falló porque Malfoy le apartó.
—¡Es esa sangre sucia! ¡Avada Kedavra!
Harry vio a Hermione lanzarse a un lado, y la furia de ver que Crabbe había apuntado a matar, borró todo lo demás de su mente. Le lanzó a Crabbe un Hechizo Aturdidor, este se hizo a un lado, tirando la varita de Malfoy fuera de su mano, esta rodó fuera de la vista bajo una montaña de muebles y huesos rotos.
—¡No lo matéis! ¡NO LO MATÉIS! —gritaba Malfoy a Crabbe y Goyle, que estaban apuntando a Harry. Su

vacilación durante esa fracción de segundo fue todo lo que Harry necesitó.
—¡Expelliarmus!
La varita de Goyle salió volando de su mano y desapareció en el baluarte de objetos que había a su lado. Goyle saltó tontamente donde estaba, intentado recuperarla. Malfoy saltó fuera del alcance del segundo Hechizo Aturdidor de Hermione, y Ron, apareciendo de repente al final del pasillo, lanzó un hechizo de Inmovilización Total a Crabbe, que no le alcanzó por poco.
Crabbe se dio la vuelta y gritó: —¡Avada Kedavra! —de nuevo. Ron saltó fuera de vista para eludir el chorro de luz verde. Malfoy, que estaba sin varita, se ocultó detrás de un armario de tres patas cuando Hermione cargó contra ellos, golpeando a Goyle con un Hechizo Aturdidor al avanzar.
—¡Está por aquí, en algún lugar! —le gritó Harry, apuntando a la pila de trastos en los que la vieja diadema había caído—. Búscala mientras yo voy a ayudar a Ron…
—¡HARRY! —gritó ella.
Un sonido crepitante y humeante a su espalda le advirtió. Se giró y vio a Ron y Crabbe corriendo por el pasillo hacia él, tan rápido como podían.
—¿Te gusta caliente, escoria? —rugía Crabbe mientras corría.
Pero no parecía tener control sobre lo que había hecho. Llamas de un tamaño anormal los estaban persiguiendo, lamiendo los laterales de las murallas de trastos, que se estaban desmenuzando convertidos en hollín ante su contacto.
—¡Aguamenti! —chilló Harry, pero el chorro de agua que salió de la punta de su varita se evaporó en el aire.

—¡CORRED!
Malfoy agarró al aturdido Goyle y lo arrastró. Crabbe los adelantó a todos, ahora con aspecto aterrorizado. Harry, Ron y Hermione iban a todo correr tras su estela, y el fuego los persiguía. No era un fuego normal. Crabbe había usado una maldición que Harry no conocía. Cuando giraron en una curva las llamas los persiguieron como si estuvieran vivas, sensibles, decididas a matarlos. Ahora el fuego estaba mutando, formando una manada gigante de bestias ardientes: serpientes llameantes, quimeras y dragones se elevaban y caían, y se elevaban de nuevo, y los detritus de siglos de los que se estaban alimentando, fueron lanzados al aire y hacia sus bocas con colmillos, sacudidos en lo alto de pies con garras, antes de ser consumidos por el infierno.
Malfoy, Crabbe y Goyle habían desaparecido fuera de vista; Harry, Ron y Hermione se pararon en seco: los ardientes monstruos estaban rodeándolos, acercándose cada vez más, moviendo garras, cuernos y colas, y el calor a su alrededor era tan sólido como una pared.
—¿Qué podemos hacer? —gritó Hermione por encima de los rugidos ensordecedores del fuego—. ¿Qué podemos hacer?
—¡Aquí!
Harry agarró un par de escobas de aspecto sólido de la pila más cercana de trastos y le lanzó una a Ron, que puso a Hermione detrás. Harry pasó la pierna por encima de la segunda escoba y, con fuertes golpes en el suelo, se elevaron en el aire, esquivando por centímetros el pico cornudo de una llameante ave de rapiña que cerró la mandíbula con fuerza. El calor y el humo se estaban volviendo insoportables. Bajo ellos el fuego maldito estaba consumiendo el contrabando de

generaciones de estudiantes perseguidos, los resultados culpables de miles de experimentos prohibidos, los secretos de incontables almas que habían buscado refugio en la habitación. Harry no podía ver ni rastro de Malfoy, Crabbe o Goyle por ninguna parte. Descendió en picado tan bajo como se atrevió sobre los merodeadores monstruos llameantes para intentar encontrarlos, pero no había nada más que fuego. Qué terrible manera de morir… nunca había querido esto…
—¡Harry, salgamos, salgamos! —bramó Ron, aunque a través del humo negro era imposible ver dónde estaba la puerta.
Y entonces Harry escuchó un débil y lastimoso grito humano en el medio de la terrible conmoción, del estruendo de las llamas devoradoras.
—¡Es… demasiado… peligroso! —gritó Ron, pero Harry se giró en el aire. Con las gafas proporcionándole una pequeña protección en los ojos contra el humo, rastreó la tormenta de fuego que había debajo, buscando un signo de vida, una extremidad o una cara que todavía no estuviese carbonizada como la madera…
Y entonces les vio. Malfoy con los brazos alrededor del inconsciente Goyle, ambos colocados sobre una frágil torre de carbonizados pupitres, y Harry bajó en picado. Malfoy le vio acercarse y elevó un brazo, pero incluso cuando Harry lo cogió, supo al momento que no servía de nada. Goyle era demasiado pesado y la mano de Malfoy, cubierta de sudor, resbaló al instante de la mano de Harry…
—¡SI MORIMOS POR ELLOS, TE MATARÉ, HARRY! —rugió la voz de Ron, y, mientras una gran quimera llameante se lanzaba hacia ellos, él y Hermione arrastraron a Goyle a su escoba y se elevaron de nuevo en el aire, girando y tambaleándose, mientras Malfoy se

encaramaba detrás de Harry.
—¡La puerta, llega hasta la puerta, la puerta! —gritó Malfoy al oído de Harry, y Harry aceleró, siguiendo a Ron, Hermione y Goyle a través del ondeante humo negro, apenas capaces de respirar. A su alrededor los últimos objetos sin quemar por las llamas devoradoras fueron lanzados en el aire, cuando las criaturas del fuego maldito las lanzaron a lo alto en celebración: copas y escudos, un collar centelleante y una vieja diadema opaca…
—¡Qué estás haciendo, qué estás haciendo, la puerta está por ese lado! —gritó Malfoy, pero Harry realizó un giro cerrado y se lanzó en picado. La diadema parecía caer a cámara lenta, girando y brillando mientras bajaba hacia las fauces de una serpiente con la boca abierta, y entonces la cogió, se la puso alrededor de la muñeca…
Harry volvió a virar bruscamente cuando la serpiente se lanzó hacia él; se elevó hacia arriba, directo al lugar donde, rezaba, estuviera la puerta abierta. Ron, Hermione y Goyle habían desaparecido. Malfoy estaba gritando y agarrándose tan fuerte a Harry que le hacía daño. Entonces, a través del humo, Harry vio una mancha rectangular en la pared y dirigió la escoba hacia ella. Momentos después el aire limpio le llenó los pulmones y colisionaron contra la pared del pasillo de enfrente.
Malfoy cayó de la escoba bocabajo, jadeando, tosiendo y con arcadas.
Harry se dio la vuelta y se sentó. La puerta de la Sala de los Menesteres se había desvanecido, y Ron y Hermione estaban sentados sin aliento junto a Goyle, que todavía estaba inconsciente.
—C-Crabbe —dijo Malfoy con voz ahogada tan pronto

como pudo hablar—. C-Crabbe…
—Está muerto —dijo Ron con severidad.
Se hizo el silencio, sólo roto por los gemidos y toses. Entonces un gran número de enormes explosiones sacudió el castillo, y una gran cabalgata de figuras transparentes pasó galopando en sus caballos, con las cabezas gritando con sed de sangre bajo sus brazos. Harry se levantó tambaleándose cuando el Cazador sin Cabeza pasó y miró alrededor: la batalla todavía tenía lugar a su alrededor. Podía oír más gritos que aquellos de los fantasmas que acababan de pasar. El pánico lo invadió.
—¿Dónde está Ginny? —dijo bruscamente—. Estaba aquí. Se suponía que tenía que volver a la Sala de los Menesteres.
—Caray, ¿crees que todavía funcionará después de ese fuego? —preguntó Ron, mientras se ponía en pie, frotándose el pecho y mirando de derecha a izquierda—. ¿Deberíamos dividirnos y mirar…?
—No —dijo Hermione, también levantándose. Malfoy y Goyle permanecieron inútilmente desplomados en el suelo del pasillo; ninguno tenía varita—. Permanezcamos juntos. Digo que vayamos… Harry, ¿qué es eso en tu brazo?
—¿Qué? Oh, sí…
Se sacó la diadema de la muñeca y la levantó. Todavía estaba caliente, ennegrecida de hollín, pero cuando la examinó más cerca fue capaz de ver las pequeñas letras que tenía grabadas: Una inteligencia sin límites es el mayor tesoro de los hombres.
Una sustancia como sangre, oscura y alquitranada, parecía estar manado de la diadema. De repente Harry la sintió vibrar con violencia, después romperse entre sus manos, y al hacerlo, le pareció oír un débil y

distante grito de dolor, resonando no sólo en los terrenos del castillo, si no en el objeto que acababa de fragmentarse entre sus dedos.
—¡Debe de haber sido Fiendfyre! —dijo Hermione con un quejido, con los ojos en la pieza rota.
—¿Cómo dices?
—Fiendfyre —fuego maldito— es una de las sustancias que destruyen Horrocruxes, pero yo nunca, nunca me habría atrevido a usarlo, por lo peligroso que es... ¿cómo supo Crabbe cómo...?
—Debió de aprenderlo de los Carrow —dijo Harry severamente.
—Una pena que no estuviese concentrado cuando le mencionaron cómo pararlo, la verdad —dijo Ron, cuyo pelo, al igual que el de Hermione, estaba chamuscado, y cuya cara estaba ennegrecida—. Si no hubiese intentado matarnos a todos, lamentaría bastante que estuviese muerto.
—¿Pero no te das cuenta? —susurró Hermione—. Esto quiere decir, que si podemos pillar a la serpiente...
Pero se interrumpió cuando gritos y alaridos y los inconfundibles sonidos de duelos llenaron el pasillo. Harry miró alrededor y su corazón pareció fallar. Los mortífagos habían entrado en Hogwarts. Fred y Percy acababan de aparecer a la vista, ambos peleando contra hombres enmascarados y con capuchas.
Harry, Ron y Hermione corrieron para ayudarlos. Chorros de luz volaron en todas direcciones y el hombre que peleaba con Percy retrocedió con rapidez, entonces la capucha se deslizó y vieron una alta frente y cabello veteado...
—¡Hola, Ministro! —bramó Percy, lanzando una limpia maldición directamente hacia Thicknesse, que dejó caer la varita y se empezó a arañarse las ropas por

delante, aparentemente con tremendo malestar—. ¿Le he mencionado que renuncio?
—¡Estás de coña, Perce! —gritó Fred cuando el mortífago con el que estaba luchando se derrumbó bajo el efecto de tres Hechizos Aturdidores distintos. Thicknesse había caído al suelo con pequeños pinchos saliéndole por todas partes, parecía estarse convirtiendo en una especie de erizo de mar. Fred miró a Percy con regocijo.
—Realmente estás bromeando, Perce… no creo haberte oído bromear desde que tenías…
El aire explotó. Habían estado agrupados todos juntos, Harry, Ron, Hermione, Fred, y Percy, con los dos mortífagos a sus pies, uno aturdido y el otro transformado; y en esa fracción de segundo, cuando el peligro parecía temporalmente a raya, el mundo se desgarró. Harry se sintió volar por el aire, y todo lo que pudo hacer fue agarrarse lo más fuerte posible a esa fina ramita de madera que era su única arma, y protegerse la cabeza con las manos. Escuchó los gritos y alaridos de sus compañeros, sin esperanza de saber lo que les había pasado…
Y entonces el mundo se volvió todo dolor y penumbra. Estaba medio enterrado en las ruinas de un pasillo que había sido objeto de un terrible ataque. El aire frío le dijo que esa parte del castillo había volado, y algo caliente y pegajoso en su mejilla le indicó que estaba sangrando abundantemente. Entonces escuchó un grito terrible que le retorció las entrañas, que expresaba agonía de un tipo que ninguna llama o maldición podía causar, y se levantó, tambaleándose, más asustado de lo que había estado en todo el día, más asustado, quizás, de lo que había estado en toda su vida…
Hermione estaba luchando por ponerse en pie entre las

ruinas, y tres hombres pelirrojos estaban juntos en el suelo donde la pared había explotado. Harry agarró la mano de Hermione al tambalearse y tropezar contra piedra y madera.

—¡No… no… no…! —estaba gritando alguien—. ¡No! ¡Fred! ¡No!

Percy estaba sacudiendo a su hermano, y Ron estaba arrodillado a su lado. Los ojos de Fred miraban sin ver, con el fantasma de su última sonrisa todavía grabada en la cara.

Capitulo Treinta y dos



La varita de Sauco

E

El mundo había acabado, así pues ¿por qué la batalla no había cesado, el castillo caído en silencioso horror, y cada combatiente depuesto las armas? La mente de Harry caía en picado, girando fuera de control, incapaz de comprender la imposibilidad, porque Fred Weasley no podía estar muerto, lo que evidenciaban todos sus sentidos debía ser mentira… Y entonces un cuerpo cayó pasando por el hueco que había a un lado del colegio y las maldiciones volaron hacia ellos desde la oscuridad, golpeando la pared tras sus cabezas.

—¡Al suelo! —gritó Harry, mientras más maldiciones

volaban a través de la noche. Ron y él agarraron a Hermione y la tiraron al suelo, pero Percy se colocó sobre el cuerpo de Fred, protegiéndolo de más daños, y cuando Harry gritó —¡Percy, vamos, tenemos que irnos! —negó con la cabeza.
-¡Percy! -Harry vio rastros de lágrimas barriendo la capa de mugre del rostro de Ron mientras agarraba a su hermano mayor por los hombros y tiraba, pero Percy no se movía. —¡Percy, no puedes hacer nada más por él! Vamos a…
Hermione chilló, y Harry, volviéndose, no necesitó preguntar por qué. Una monstruosa araña del tamaño de un coche pequeño estaba intentando escalar a través del enorme agujero en la pared. Uno de los descendientes de Aragog se había sumado a la contienda.
Ron y Harry gritaron juntos, sus hechizos chocaron y el monstruo voló hacia atrás desapareciendo en la oscuridad, con las patas sacudiéndose horriblemente.
—¡Ha traído amigos! —gritó Harry a los demás, mirando sobre el borde del castillo a través del agujero que las maldiciones habían hecho en la pared. Más arañas gigantes estaban trepando por el lateral del edificio liberadas del Bosque Prohibido, en el que los motifagos debían haber penetrado. Harry lanzó Hechizos Aturdidores sobre ellas, tirando al primer monstruo encima de sus compañeros, por lo que rodaron nuevamente fuera del edificio y se perdieron de vista. Entonces llegaron más maldiciones volando por encima de la cabeza de Harry, tan cerca que sintió que su estela le movía el pelo.
—¡Vámonos, AHORA!.
Empujando a Hermione delante de él con Ron, Harry se detuvo para agarrar el cuerpo de Fred por debajo de la

axila. Percy, dándose cuenta de lo que Harry estaba intentando hacer, dejo de aferrarse al cuerpo y le ayudó, y juntos, agachándose para esquivar las maldiciones que volaban hacia ellos desde los jardines, arrastraron a Fred fuera del camino.
—Aquí —dijo Harry, y lo colocaron en un nicho donde anteriormente había habido una armadura. No podía soportar mirar a Fred un segundo más de lo necesario, y después de asegurarse de que el cuerpo estaba bien oculto, marchó detrás de Ron y Hermione. Malfoy y Goyle habían desaparecido pero al final del corredor que ahora estaba lleno de polvo, mampostería que se desmoronaba y cristales que hacía tiempo habían caído de las ventanas, vio a mucha gente corriendo de un lado a otro, aunque no podría asegurar si eran amigos ó enemigos. Al doblar la esquina, Percy soltó un rugido como el de un toro: —¡ROOKWOOD!— y corrió en dirección a un hombre alto que estaba persiguiendo a una pareja de estudiantes.
—¡Harry, aquí dentro! —gritó Hermione.
Había arrastrado a Ron detrás de un tapiz. Parecían estar luchando, y por un loco segundo Harry pensó que estaban abrazándose de nuevo, pero entonces vio que Hermione estaba intentando contener a Ron, impidiendo que corriera tras Percy.
—Escúchame... ¡ESCÚCHAME RON!
—Quiero ayudar... Quiero matar mortifagos...
Su cara estaba desencajada, manchada de polvo y humo, y temblaba de furia y dolor.
—¡Ron, somos los únicos que podemos terminar con esto! Por favor... Ron... necesitamos la serpiente, ¡tenemos que matar a la serpiente! —dijo Hermione
Pero Harry sabía como se sentía Ron. Perseguir otro Horrocrux no podía darle la satisfacción de la venganza;

él también quería pelear, castigarlos, a la gente que había matado a Fred, y quería encontrar a los otros Weasley, y sobre todo asegurarse, asegurarse completamente, de que Ginny no estaba… pero no podía permitir que esa idea se formara en su mente…

—¡Lucharemos! —dijo Hermione— ¡Debemos hacerlo, para poder llegar a la serpiente!¡Pero no perdamos de vista ahora lo que se supone que deberíamos estar haciendo! ¡Somos los únicos que podemos terminarlo!

Ella estaba llorando también, y mientras hablaba se limpió el rostro con la rota y chamuscada manga, pero jadeando, tomó grandes bocanadas de aire para calmarse a si misma y aún aferrando con fuerza el brazo de Ron, se volvió hacia Harry.

—Debes descubrir donde está Voldemort, porque tendrá la serpiente con él, ¿no es verdad? ¡Hazlo Harry…mira dentro de él!

Por no era tan fácil ¿Por eso su cicatriz había estado quemando durante horas, anhelando mostrarle los pensamientos de Voldemort? Cerró los ojos ante la orden, y enseguida, los gritos, los estallidos y los demás ruidos discordantes de la batalla se apagaron hasta hacerse distantes, como si estuviera lejos, muy lejos de ellos…

Estaba de pie en medio de una desolada pero extrañamente familiar habitación, con papel rasgado cubriendo las paredes y todas las ventanas tapiadas excepto una. Los ruidos del asalto al castillo se oían amortiguados y distantes. La única ventana que no estaba tapiada revelaba distantes estallidos de luz que provenían del castillo, pero el interior de la habitación estaba oscuro excepto por una solitaria lámpara de aceite.

Estaba haciendo rodar la varita entre los dedos,

mirándola, sus pensamientos centrados en la habitación del castillo, la habitación secreta que únicamente él había encontrado. Para descubrir la habitación, igual que la cámara, tenías que ser inteligente, astuto y curioso... estaba seguro de que el muchacho no encontraría la diadema... aunque la marioneta de Dumbledore había llegado mucho más lejos de lo que hubiera imaginado... demasiado lejos...

—Mi señor -dijo una voz, desesperada y enronquecida.

Se dio la vuelta. Allí estaba Lucius Malfoy sentado en la esquina más oscura, harapiento y todavía llevando las marcas del castigo que había recibido después de la última escapada del muchacho. Uno de sus ojos permanecía cerrado e hinchado. —Mi Señor... por favor... mi hijo...

—Si tu hijo está muerto, Lucius , no es culpa mía. No vino a unirse a mí como el resto de los Slytherin. ¿Quizás ha decidido hacerse amigo de Harry Potter?

—No... nunca —susurró Malfoy

—Mejor que no sea así.

—¿No...no tenéis miedo, mi Señor, de que Potter pueda morir a otras manos que sean las vuestras? —preguntó Malfoy, temblándole la voz. —¿No sería...disculpe el atrevimiento... más prudente...dar por terminada esta batalla, entrar en el castillo, y buscarle usted m-mismo?

—No finjas, Lucius. Deseas que la batalla cese para poder averiguar que le ha ocurrido a tu hijo. Y yo no necesito ir a buscar a Potter. Antes de que la noche acabe, Potter habrá venido a en mi busca.

Voldemort bajó una vez más la mirada a la varita que tenía entre los dedos. Le inquietaba... y aquellas cosas que inquietaban a Lord Voldemort debían ser remediadas...

—Vé y trae a Snape.
—¿Snape, m...mi señor?
—Snape. Ahora. Lo necesito. Hay un... trabajo... que necesito de él. Ve.
Asustado, tropezando un poco en la penumbra, Lucius dejó la habitación. Voldemort continuó allí de pie, girando la varita entre los dedos, mirándola fijamente.
—Es el único camino, Nagini —susurró. Miró alrededor y ahí estaba la gran y gruesa serpiente, ahora suspendida en medio del aire, girando grácilmente dentro del mágicamente protegido espacio que había fabricado para ella, una resplandeciente esfera transparente que parecía algo a medio camino entre una brillante caja y un tanque.
Con un suspiro, Harry se retiró y abrió los ojos, en ese mismo momento sus oídos fueron asaltados con los aullidos y gritos, los estruendos y estallidos de la batalla.
—Está en la Casa de los Gritos. La serpiente está con él, tiene alguna clase de protección mágica alrededor. Acaba de enviar a Lucius Malfoy a buscar a Snape.
—¿Voldemort sentado en la Casa de los Gritos?—dijo Hermione ultrajada —¿no... ni siquiera está PELEANDO?
—No cree que necesite pelear —dijo Harry.¾ Cree que voy a ir a por él.
—¿Por qué?
—Sabe que voy detrás de los Horrocruxes... está reteniendo a Nagini cerca de él...obviamente voy a tener que ir hasta él para acercarme a esa cosa...
—Vale —dijo Ron, cuadrando los hombros —Entonces no puedes ir, eso es lo que él quiere, lo que está esperando. Quédate aquí y cuida de Hermione, y yo iré y la conseguiré...
Harry atajó a Ron.

—Vosotros dos os quedáis aquí, yo iré bajo la Capa y volveré tan pronto como…
—No —dijo Hermione-, tiene mucho más sentido si yo cojo la Capa y…
—Ni lo pienses —le gruñó Ron.
Antes de que Hermione pudiera llegar más lejos de, "Ron, yo soy tan capaz..." el tapiz en lo alto de la escalera en que permanecían se desgarro.
—¡POTTER!
Dos mortifagos encapuchados estaban allí de pie, pero incluso antes de que su varitas estuvieran completamente alzadas, Hermione gritó ¾¡Glisseo!
Las escaleras se allanaron bajo sus pies formando un tobogán y ella, Harry y Ron se precipitaron hacia abajo, incapaces de controlar su velocidad pero tan rápido que los Hechizos Aturdidores de los mortífagos volaron muy por encima de sus cabezas. Pasaron disparados a través del tapiz que había al pie de las escaleras y rodaron por el suelo, chocando contra la pared opuesta.
¾¡Duro! ¾gritó Hermione apuntando su varita al tapiz, y se oyeron dos fuertes y espeluznantes crujidos cuando el tapiz se volvió de piedra y los mortifagos que los perseguían chocaron contra él.
¾¡Echaos atrás! ¾gritó Ron, y él, Harry y Hermione se arrojaron contra una puerta mientras una manada de pupitres galopantes pasaban retumbando, pastoreados por una precipitada Profesora McGonagall. Ella no pareció fijarse en ellos. Llevaba el cabello suelto y había una herida en su mejilla. Mientras giraba la esquina, oyeron su grito ¾¡CARGUEN!
¾Harry, ponte la Capa ¾dijo Hermione¾ Olvídate de nosotros…
Pero él la arrojó sobre los tres; aunque eran demasiado altos, dudaba de que alguien fuera a notar sus

incorpóreos pies a través del polvo que llenaba el aire, las piedras que se desmoronaban y el resplandor de los hechizos. Bajaron corriendo el siguiente tramo de escaleras y se encontraron en un corredor lleno de duelistas. Los retratos a ambos lados de los luchadores estaban abarrotados de figuras gritando consejos y dando ánimos, mientras los mortifagos, tanto encapuchados como no, se batían a duelo con estudiantes y profesores. Dean había logrado hacerse con una varita, por lo que estaba cara a cara con Dolohov, Parvati con Travers. Harry, Ron y Hermione levantaron sus varitas a la vez, listos para golpear, pero los duelistas estaban tan entremezclados y compenetrados que si lanzaban maldiciones había una fuerte probabilidad de herir a uno de su propio bando. Mientras aguardaban preparados esperando la oportunidad de actuar, les llegó un gran ¾¡Wheeeee! ¾y mirando hacia arriba, Harry vio a Peebes que pasaba zumbando sobre ellos, dejando caer tubercolos Snargaluff pods encima de los mortifagos, cuyas cabezas fueron repentinamente engullidas por serpenteantes tubérculos verdes que parecían gusanos gordos.

¾¡ARGH!.

Un puñado de tubérculos había caído sobre la Capa en la cabeza de Ron. Las húmedas raíces verdes quedaron improbablemente suspendidas en medio del aire mientras Ron intentaba sacudirlas para quitárselas de encima.

¾¡Allí hay alguien invisible! ¾gritó un mortifago encapuchado, señalándolos.

Dean aprovechó al máximo la momentánea distracción del mortifago, dejándole fuera de combate con un hechizo Aturdidor; Dolohov intentó desquitarse y,

Parvati le disparó una Maldición de Cuerpo Atado.
¾!VAMOS¡ ¾aulló Harry, y él, Ron y Hermione aferraron firmemente la Capa, envolviéndose en ella y se apresuraron, con las cabezas bajas, a pasar en medio de los luchadores, resbalando un poco en charcos de jugo de Snargaluff, dirigiéndose hacia lo alto de la escalera de mármol que conducía al hall de entrada.
¾¡Soy Draco Malfoy, soy Draco Malfoy, estoy de vuestra parte!
Draco estaba en el rellano superior, suplicando a otro mortifago encapuchado. Al pasar, Harry aturdió al mortifago. Malfoy miro a su alrededor sonriendo a su salvador, y Ron le golpeó por debajo de la Capa. Malfoy cayó hacia atrás sobre el mortifago, con la boca sangrando y completamente aturdido.
¾¡Esta es la segunda vez que salvamos tu vida esta noche, bastardo hipócrita! ¾gritó Ron.
Había más duelistas sobre las escaleras y por todo el hall. Había mortifagos allá donde Harry mirara. Yaxley, cerca de las puertas de entrada, combatiendo con Flitwick; justo al lado de ellos, un mortifago encapuchado peleaba con Kingsley. Los estudiantes corrían en todas direcciones; algunos llevando o arrastrando a amigos heridos. Harry dirigió un Hechizo Aturdidor hacia el Mortifago encapuchado, falló pero casi hiere a Neville, que había salido de la nada blandiendo brazadas de Tentáculos Venenosos que serpentearon felizmente alrededor del mortifago más cercano y comenzaron a envolverle.
Harry, Ron y Hermione se apresuraron a alcanzar la escalera de mármol. A su izquierda un cristal se hizo añicos y el reloj de arena de Slytherin que llevaba la cuenta de los puntos de la Casa derramó sus esmeraldas por todas partes, por lo que la gente se resbalaba y se

tambaleaba mientras corría. En el momento en que llegaban a los terrenos vieron caer dos cuerpos desde la galería de arriba y un contorno gris que Harry tomó por un animal corrió a toda prisa a cuatro patas a través del hall para hundir los dientes en uno de los caídos.
¾¡No! ¾ chilló Hermione, y con una ensordecedora ráfaga de su varita, Fenrir Greyback fue derribado hacia atrás lejos del débil y desplomado cuerpo de Lavender Brown. Greyback golpeó la barandilla de mármol y luchó por volver a levantarse. Entonces, con un blanco y brillante destello y un crujido, una bola de cristal cayó en lo alto de su cabeza, y se desplomó en el suelo para ya no volver a moverse.
¾¡Tengo más! ¾gritó la Profesora Trelawney por encima de la barandilla¾ ¡Más para quien las quiera! Aquí...
Y con un movimiento como en un servicio de tenis, levantó otra enorme esfera de cristal del bolso, agitó su varita a través del aire, e hizo que la bola corriera a través del hall y se estrellara contra una ventana. Al mismo tiempo, las puertas de entrada de pesada madera se abrieron de golpe, y más de esas gigantescas arañas forzaron su camino hasta el hall de entrada. Gritos de terror rasgaron el aire y los combatientes se dispersaron. Mortifagos y Hogwartianos por igual, y rojos y verdes chorros de luz volaron entre los monstruos que se aproximaban, que vibraron y se alzaron, más aterradores que nunca.
¾¿Cómo salimos? ¾gritó Ron por encima de los aullidos, pero antes de que Harry ó Hermione pudieran responder fueron lanzados a un lado.
Hagrid venía bajando las escaleras, bramando y blandiendo su florido paraguas rosa.
¾¡No las lastiméis, no las lastiméis!¾gritó.

¾¡HAGRID, NO!
Harry olvidó todo lo demás, salió corriendo velozmente quitándose la Capa, corriendo inclinado para evitar las maldiciones que iluminaban todo el hall.
¾¡HAGRID, VUELVE AQUÍ!
Pero ni siquiera estaba a medio camino del lugar donde se hallaba Hagrid cuando vio lo que ocurría. Hagrid desapareció en medio de las arañas, y con gran apresuramiento y un repugnante movimiento hormigueante, estas retrocedieron bajo el furioso ataque de las maldiciones, con Hagrid enterrado en medio de ellas.
¾¡HAGRID!
Harry oyó a alguien gritando su nombre, si era amigo ó enemigo no le importaba, bajaba corriendo las escaleras principales hacia los oscuros jardines, y las arañas se iban amontonando como hormigas en su presa, y no podía ver nada de Hagrid en absoluto.
¾¡HAGRID!
Creyó haber distinguido un enorme brazo agitándose en el medio del hormiguero de arañas. Pero cuando intentaba correr tras ellas, su camino fue obstaculizado por un pie colosal, que salió de la oscuridad e hizo estremecerse la tierra en la que se encontraba.
Levantó la vista. Un gigante estaba de pie ante él. Medía veinte pies de altura, su cabeza estaba oculta entre las sombras, solamente se distinguían las espinillas peludas que parecían árboles, iluminadas por la luz de las puertas del castillo. Con un brutal y fluido movimiento, incrustó un macizo puño atraves de una ventana que había sobre Harry, y el cristal llovió sobre él, obligándole a retroceder buscando la protección del portal.
¾¡Oh, mi...!¾ gritó Hermione, cuando ella y Ron

alcanzaron a Harry y miraron hacia arriba al gigante que ahora intentaba coger gente a través de la ventana superior.
¾¡NO LO HAGAS! ¾gritó Ron, cogiendo la mano de Hermione cuando levantaba su varita.
¾Atúrdelo y aplastará la mitad el castillo…
¾¿HAGGER?
Grawp llegó tambaleándose doblando una de las esquinas del castillo. Solo ahora se daba cuenta Harry de que Grawp era, en realidad, un gigante demasiado pequeño. El gigantesco monstruo que intentaba aplastar a la gente en los pisos superiores giró en redondo y soltó un rugido.
Los escalones de piedra temblaron cuando los pisoteó para ir tras de su pariente más pequeño, y la boca torcida de Grawp se abrió, mostrando dientes amarillos del tamaño de medio ladrillo. Entonces se lanzaron uno contra otro con la ferocidad de leones salvajes.
¾!CORRED! ¾rugió Harry, la noche estaba llena de espantosos chillidos y golpes mientras los gigantes luchaban a brazo partido. Buscó la mano de Hermione y bajó los escalones hacia los jardines, con Ron cerrando la marcha. Harry no había perdido la esperanza de encontrar y salvar a Hagrid; corría tan rápido que estaban a mitad de camino hacia el bosque antes de que se vieran obligados a detenerse en seco otra vez.
El aire a su alrededor se había congelado. Harry contuvo el aliento que se le solidificó en el pecho.
Había siluetas moviéndose en la oscuridad, figuras de negrura concentrada que se arremolinaban, moviéndose en una gran ola hacia el castillo, sus caras estaban encapuchadas y sus respiraciones eran ruidosas…
Ron y Hermione lo rodearon mientras los sonidos de peleas tras ellos enmudecían repentinamente,

refrenados, porque un silencio que solo los Dementores podían traer estaba cayendo densamente sobre la noche, y Fred se había ido, y seguramente Hagrid estaba muriendo ó ya muerto…

¾¡Vamos , Harry! ¾dijo la voz de Hermione desde una larga distancia. ¾¡Patronus, Harry, vamos!

Levantó la varita, pero una pesada desesperanza estaba extendiéndose a través de él. ¿Cuántos más habrían muerto, y él aún no lo sabía? Sentía como si ya su alma hubiera abandonado su cuerpo a medias…

¾¡HARRY, VAMOS! ¾gritó Hermione.

Un centenar de Dementores estaban avanzando, deslizándose hacia ellos, absorbiendo al avanzar, acercándose a la desesperanza de Harry, que era como la promesa de un banquete…

Vio como el terrier plateado de Ron irrumpía violentamente en el aire, destellaba tenuemente, y expiraba; vio girar la nutria de Hermione en mitad del aire para desvanecerse, y su propia varita tembló en su mano, y casi le daba la bienvenida al olvido que se aproximaba, la promesa de la nada, de no sentir…

Y entonces una liebre plateada, un cerdo y un zorro se elevaron por encima de las cabezas de Harry, Ron y Hermione. Los Dementores retrocedieron ante la aproximación de las criaturas. Tres personas más habían salido de la oscuridad colocándose junto a ellos, con sus varitas extendidas para seguir proyectando el Patronus: Luna, Ernie y Seamus.

¾Esta bien ¾dijo Luna en tono alentador, como si estuvieran nuevamente en la Sala de Menesteres y esto fuera simplemente un ejercicio de práctica de hechizos para el ED¾ Está bien, Harry… vamos piensa en algo feliz…

¾¿Algo feliz? ¾dijo él, la voz enronquecida.

¾Todos estamos aquí aún ¾susurró ella¾ todavía estamos luchando. Vamos, hazlo…
Se produjo una chispa plateada, después una luz vacilante, y luego, con el mayor esfuerzo que nunca le hubiera costado, el ciervo prorrumpió desde la punta de la varita de Harry. Fue a medio galope hacia delante, y entonces los Dementores se dispersaron en serio, e inmediatamente la noche se volvió templada de nuevo, aunque el sonido de la batalla circundante sonaba alto en sus oídos.
¾No podemos agradeceroslo lo suficiente ¾dijo Ron con voz temblorosa, volviéndose hacia Luna, Ernie y Seamus¾ nos acabáis de salvar…
Con un rugido y un temblor como el de un terremoto, otro gigante emergió tambaleándose de la oscuridad proveniente de los bosques, blandiendo una porra más alta que cualquiera de ellos.
¾¡CORRED! ¾gritó Harry de nuevo, pero los otros no necesitaban que se lo dijera. Todos se dispersaron, y ni un segundo demasiado pronto, ya que al momento siguiente el enorme pie de la criatura había caído exactamente donde ellos habían estado. Harry echó una mirada alrededor, Ron y Hermione le seguían, pero los otros tres habían desaparecido en el fragor de la batalla.
¾¡Salgamos fuera de su alcance! ¾aulló Ron mientras el gigante movía su porra de nuevo y sus rugidos resonaban a través de la noche, cruzando los jardines, donde explosiones de luz roja y verde continuaban iluminando la oscuridad.
¾¡Al Sauce boxeador ¾dijo Harry¾ vamos!
De alguna manera lo encerró todo en la mente, lo embutió en un pequeño espacio en el que no miraría ahora: pensamientos sobre Fred y Hagrid, y el terror

que sentía por todas las personas a las que amaba, dispersados dentro y fuera del castillo; todos debían esperar, porque tenían que correr, tenían que llegar a la serpiente y a Voldemort, porque esa era, como había dicho Hermione, la única forma de terminar con todo... Corrió rápido, medio creyendo que podría dejar atrás a la muerte, ignorando las llamaradas de luz que volaban en la oscuridad a su alrededor, el sonido del lago rompiendo como el mar, y el crujir del Bosque Prohibido aunque esa noche no había viento, a través de jardines que parecían haberse alzado en rebelión, corrió mas rápido de lo que nunca se había movido en su vida.
Y fue el primero en ver el gran árbol, el Sauce que protegía el secreto de sus raíces con ramas que fustigaban como látigos.
Resollando y jadeando, Harry redujo la marcha, esquivando las ramas del sauce boxeador, escudriñando a través de la oscuridad hacia el marcado tronco, intentando ver el único nudo en la corteza del viejo árbol que podía paralizarlo. Ron y Hermione lo alcanzaron, Hermione estaba tan falta de aliento que no podía hablar.
¾¿Cómo... cómo vamos a colarnos? ¾jadeó Ron.
¾Puedo...ver el lugar... si tuviéramos... otra vez a Crookshank...
¾¿Crookshanks? ¾resolló Hermione, doblada por la mitad, aferrándose el pecho.
¾¿Eres un mago ó qué?
¾Oh... vale...si...
Ron echó un vistazo alrededor, luego dirigió su varita hacia una ramita en el suelo y dijo —¡Winguardium Leviosa!. —la ramita se elevó desde el suelo, giró a través del aire como cogida por una ráfaga de viento,

después se acerco rápida y directa al tronco pasando a través de las amenazadoras ramas oscilantes del Sauce. Golpeó un lugar cerca de las raíces, e inmediatamente el serpenteante árbol se quedó quieto.

—¡Perfecto! —resolló Hermione

—Espera.

Por un incierto segundo, mientras los estallidos y truenos de la batalla llenaban el aire, Harry vaciló. Voldemort quería que hiciera esto, quería que fuera... ¿Estaba guiando a Ron y Hermione a una trampa? Pero la realidad parecía cerrarse a su alrededor, cruel y evidente. La única forma de progresar era matar a la serpiente, y la serpiente estaba donde estaba Voldemort y Voldemort estaba al final de ese túnel...

—¡Harry, vamos a ir contigo, entra ahí! —dijo Ron, empujándole hacia delante.

Harry culebreó por el terroso pasaje oculto entre las raíces del árbol. Había mucho menos espacio del que había habido la última vez que habían entrado. El túnel era de techo bajo: habían tenido que doblarse sobre sí mismos para moverse a través de él casi cuatro años atrás; ¡ahora no había otra forma de hacerlo más que arrastrándose! Harry iba primero, con la varita iluminada, esperando encontrar barreras en cualquier momento, pero no había ninguna. Se movían en silencio, la mirada de Harry estaba fija en el oscilante haz de la varita que aferraba en el puño. Al fin, el túnel empezó a elevarse y Harry vio una tira de luz al frente. Hermione tiró de su tobillo.

—¡La Capa! —susurró— ¡Ponte la Capa!

Tanteó hacia atrás y ella embutió el bulto de escurridiza tela en su mano libre. Con dificultad la pasó sobre sí mismo, murmuró, — Nox —, extinguiendo la luz de la varita , y continuó sobre manos y rodillas, tan

silenciosamente como le fue posible, con todos sus sentidos esforzándose al máximo, esperando a cada segundo ser descubiertos, oír una fría y clara voz ó ver un destello de luz verde.
Y entonces oyó voces provenientes de la habitación que había directamente frente a ellos, solo un poco amortiguadas por el hecho de que la abertura al final del túnel había sido bloqueada con lo que parecía ser un viejo cajón. Apenas atreviéndose a respirar, Harry se acercó de lado hasta llegar a la abertura y miró a través de un minúsculo resquicio que había quedado entre el cajón y la pared. La habitación al otro lado estaba tenuemente iluminada, pero pudo ver a Nagini, arremolinándose y enroscándose como una serpiente submarina, segura en su encantada esfera resplandeciente, que flotaba sin apoyo en medio del aire. Podía ver el borde de una mesa, y una blanca mano de largos dedos jugueteando con una varita. Entonces Snape habló, y el corazón de Harry dio una sacudida. Snape estaba a poca distancia de donde él se agazapaba oculto.
¾...mi Señor, la resistencia se está desmoronando...
¾... y lo está haciendo sin tu ayuda ¾dijo Voldemort con su altiva y clara voz. ¾Aunque tú seas un hábil mago, Severus, no creo que supongas mucha diferencia ahora. Casi estamos... casi.
¾Permítame encontrar al chico. Déjeme traerle a Potter. Sé que puedo encontrarle, mi Señor. Por favor.
Snape pasó a zancadas por delante de la hendidura, y Harry se retiró un poco, manteniendo los ojos fijos en Nagini, preguntándose si habría algún hechizo que pudiera penetrar la protección que la rodeaba, pero no podía recordar ninguno. Un intento fallido, y revelaría su posición.

Voldemort se levantó. Harry podía verle ahora, ver sus ojos rojos, el achatado rostro de serpiente, su palidez reluciendo levemente en la penumbra.
¾Tengo un problema Severus ¾dijo Voldemort suavemente.
¾¿Mi Señor?- ¾dijo Snape.
Voldemort levantó la Varita de Saúco, cogiéndola tan delicada y meticulosamente como la batuta de un director.
¾¿Por qué no me funciona, Severus?
En el silencio Harry imaginó que podía escuchar el leve siseo de la serpiente mientras se enroscaba y desenroscaba... ¿ó era el suspiro sibilante de Voldemort persistiendo en el aire?
¾¿Mi... Mi Señor? ¾ dijo Snape sin comprender. ¾No lo entiendo. Usted... usted ha ejecutado magia extraordinaria con esa varita.
¾No ¾dijo Voldemort¾ He ejercido mi magia habitual. Soy extraordinario, pero esta varita...no. No ha revelado las maravillas que me habían prometido. No percibo diferencias entre esta varita y la que obtuve de Ollivander tantos años atrás.
El tono de Voldemort era pensativo, tranquilo pero la cicatriz de Harry había comenzado a palpitar y latir. El dolor estaba aumentando en su frente, y podía sentir aquel controlado sentimiento de furia creciendo dentro de Voldemort.
¾Ninguna diferencia ¾dijo de nuevo Voldemort.
Snape no habló. Harry no podía verle la cara. Se preguntó si Snape presentía el peligro, y estaba intentando encontrar las palabras adecuadas para tranquilizar a su maestro.
Voldemort empezó a moverse alrededor de la habitación. Harry lo perdió de vista unos segundos

mientras la rondaba, hablando con la misma voz mesurada, mientras el dolor y la furia aumentaban en Harry.

¾He pensado largo y tendido, Severus… ¿sabes por qué te he hecho volver de la batalla?

Y por un momento Harry vio el perfil de Snape. Sus ojos estaban fijos en la enroscada serpiente en su caja encantada.

¾No, mi Señor, pero le ruego que me permita volver. Déjeme encontrar a Potter.

¾Suenas como Lucius. Ninguno de vosotros entiende a Potter como lo hago yo. No necesita ser encontrado. Potter vendrá a mí. Yo conozco sus debilidades, sabes, su único gran defecto. Odiaría ver como son fulminados los demás a su alrededor, sabiendo que lo que ocurre es a causa de él. Querrá detenerlo a cualquier precio. Vendrá.

¾Pero mi Señor, podría resultar muerto accidentalmente por cualquier otro antes de que usted…

¾Mis instrucciones a los mortifagos han sido perfectamente claras. Capturar a Potter. Matar a sus amigos…cuantos más, mejor… pero no matarle a él. Pero es de ti de quien deseo hablar, Severus, no de Harry Potter. Has sido muy valioso para mí. Muy valioso.

¾Mi Señor sabe que solo ambiciono servirle. Pero… déjeme ir a por el chico, mi Señor. Déjeme traérselo. Sé que puedo…

¾¡Te he dicho que no! ¾dijo Voldemort, y Harry captó el brillo rojo en sus ojos cuando se giraba de nuevo, y el susurrar de su manto fue como el deslizar de una serpiente, y sintió la impaciencia de Voldemort en su ardiente cicatriz. ¾ Mi preocupación por el momento,

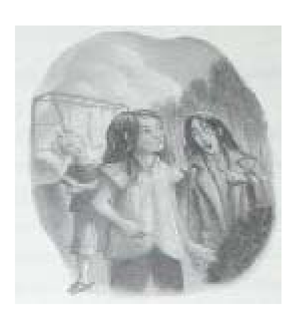
Severus, es que ocurrirá cuando finalmente encuentre al chico.
¾Mi Señor, no puede haber dudas, ¿seguramente…?
¾… pero hay una duda, Severus. La hay.
Voldemort se detuvo, y nuevamente Harry pudo verlo perfectamente mientras deslizaba la Varita de Saúco entre sus blancos dedos, mirando fijamente a Snape.
¾¿Por qué las dos varitas que he usado fracasaron cuando las dirigí hacia Harry Potter?
¾Yo… Yo no puedo responder eso mi Señor.
¾¿No puedes?
Harry sintió la puñalada de ira como si le hubieran atravesado la cabeza con un clavo. Se metió el puño dentro de la boca para evitar lanzar un grito de dolor. Cerró los ojos y de repente él era Voldemort, estudiando la pálida cara de Snape.
¾Mi varita de tejo hizo todo lo que le pedí, Severus, excepto matar a Harry Potter. Falló dos veces. Cuando torturé a Ollivander este me habló de los núcleos gemelos, me dijo que usara la varita de otra persona. Así lo hice, pero la varita de Lucius se hizo pedazos tras enfrentarse a la de Potter.
¾No… no tengo explicación, mi Señor.
Snape no estaba mirando ahora a Voldemort. Sus oscuros ojos estaban todavía fijos en la enroscada serpiente en la esfera protectora.
¾Busqué una tercera varita, Severus, la Varita de Sáuco, la Varita del Destino, la Vara de la Muerte. La tome de su dueño anterior. La cogí de la sepultura de Albus Dumbledore.
Y ahora Snape miró a Voldemort, y el rostro de Snape parecía como una mascara de muerte. Era blanco como el mármol y tan quieto que cuando habló, fue una conmoción ver que alguien vivía tras de esos ojos

vacíos.
¾Mi Señor...déjeme ir a por el chico...
¾Toda esta larga noche mientras estoy al borde de la victoria, he estado aquí sentado ¾dijo Voldemort, su voz apenas más alta que un suspiro,¾ preguntándome, preguntándome por qué la Varita de Saúco se niega a ser lo que debería ser, se niega a actuar como la leyenda dice que debe actuar para su verdadero dueño...y creo que tengo la respuesta.
Snape no habló
¾¿Quizás tú ya la sabes? Después de todo, eres un hombre inteligente, Severus. Has sido un buen y leal sirviente, y lamento lo que debe ocurrir.
¾Mi Señor...
¾La Varita de Saúco no puede servirme adecuadamente, Severus, porque yo no soy su verdadero dueño. La Varita de Saúco pertenece al mago que asesinó a su último dueño. Tú mataste a Albus Dumbledore. Mientras vivas, Severus, la Varita de Saúco no puede ser realmente mía.
¾¡Mi Señor! ¾protestó Snape, levantando su varita.
¾No hay otro camino ¾dijo Voldemort ¾Debo dominar la varita, Severus. Dominar la varita, y dominar a Potter al fin.
Y Voldemort golpeó el aire con la Varita de Saúco. No pareció hacerle nada a Snape, que por una fracción de segundo pareció pensar que había sido indultado, pero entonces la intención de Voldemort quedó clara. La jaula de la serpiente se había girado en el aire, y antes de que Snape pudiera hacer algo más que gritar, le había cubierto parcialmente, la cabeza y los hombros y Voldemort habló en Parsel.
¾Mata.
Hubo un terrible grito. Harry vio la cara de Snape

perder el poco color que le quedaba, empalideció mientras sus negros ojos se ensanchaban, mientras los colmillos de la serpiente atravesaban su cuello, y él fracasaba en su intento de librarse a si mismo de la jaula encantada. Sus rodillas cedieron y cayó al suelo.
¾Lo lamento ¾dijo fríamente Voldemort.
Se apartó. No había tristeza en él, ni remordimiento. Ya era hora de dejar esta choza y hacerse cargo de la situación, con una varita que ahora obedecería todas sus órdenes. La apuntó hacia la resplandeciente jaula, que contenía a la serpiente, y esta flotó hacia arriba, liberando a Snape, que cayó de lado sobre el suelo, con sangre chorreando de las heridas del cuello. Voldemort salió de la habitación sin una mirada atrás y la gran serpiente flotó tras él dentro de su enorme esfera protectora.
De regreso al túnel y a su propia mente, Harry abrió los ojos. Se había hecho sangre al morderse los nudillos en un esfuerzo por no gritar. Ahora estaba viendo a través de la minúscula grieta entre el cajón y la pared, viendo un pie enfundado en una bota negra que temblaba en el suelo.
¾¡Harry!¾dijo Hermione en voz baja tras él, pero él ya había apuntado con la varita el cajón que bloqueaba la vista. Éste se levantó un poco en el aire y flotó haciéndose silenciosamente a un lado. Tan sigilosamente como pudo, se metió en la habitación.
No sabía por que lo estaba haciendo, pero se estaba aproximando al hombre moribundo. No sabía que sentía al ver la blanca cara de Snape, tratando de restañar con los dedos la sangrienta herida del cuello. Harry se sacó la Capa de invisibilidad y bajó la mirada hacia el hombre que odiaba, cuyos agrandados ojos negros encontraron a Harry mientras trataba de hablar. Harry

se inclinó sobre él, y Snape le agarró la parte delantera de sus ropas y lo acercó.
Un terrible y borboteante ruido salio de la garganta de Snape.
¾Coge...la... coge... la
Algo más que sangre estaba escurriéndose de Snape. Azul plateado, ni gas ni liquido, emanaba de su boca, oídos y ojos, y Harry sabía lo que era, pero no sabía qué hacer...
Una redoma, conjurada del el fino aire, fue dejada en su temblorosa mano por Hermione. Harry recogió la plateada sustancia con su varita metiéndola dentro. Cuando la redoma estuvo llena hasta el borde, y Snape daba la sensación de que ya no le quedara nada de sangre dentro, su agarre en la ropa de Harry se aflojó.
¾Mira...a...me...¾susurró Snape.
Los ojos verdes encontraron los negros, pero después de un segundo, algo en las profundidades de los oscuros pareció desaparecer, dejándolos fijos, en blanco y vacíos. La mano que agarrada a Harry hizo un ruido sordo al golpear el suelo, y Snape no se movió más.

Capítulo Treinta y tres



El Cuento del Príncipe

Harry permaneció arrodillado junto a Snape, simplemente mirándolo, hasta que de pronto una aguda y fría voz habló tan cerca de ellos que Harry se puso en pie de un salto, sujetando firmemente el frasco entre sus manos y pensando que Voldemort había vuelto a entrar a la habitación.

La voz de Voldemort resonó desde las paredes y el piso, y Harry se dio cuenta de que estaba hablando para Hogwarts y todo lo que lo rodeaba, que quienes vivían en Hogsmeade y todos aquellos que aún peleaban en el castillo lo escucharían tan claramente como si estuviera parado detrás de ellos, sintiendo su aliento en sus cuellos, como un soplo de muerte.

- Habeis peleado – dijo la voz, fría y aguda – valientemente. Lord Voldemort sabe valorar el coraje.

"Aun así, habeis sufrido grandes pérdidas. Si continuais resistiéndoos a mí, todos vosotros morireis, uno por uno. No quisiera que esto pasara. Cada gota de sangre mágica que se derrama es una pérdida y un desperdicio.
"Lord Voldemort es piadoso. Ordeno a mis tropas retirarse inmediatamente.
"Teneis una hora. Preparad vuestra muerte con dignidad. Tratad a los heridos.
"Ahora te hablo a ti, Harry Potter. Has permitido que tus amigos mueran por ti en vez de enfrentarte conmigo. Esperaré durante una hora en el Bosque Prohibido. Si cuando acabe esa hora no has venido a verme, si no te has rendido, entonces la lucha se reiniciará. Pero esta vez yo mismo entraré en la batalla, Harry Potter, y te encontraré, y castigaré a cada hombre, mujer o niño que trate de protegerte. Una hora.
Tanto Ron como Hermione sacudieron sus cabezas frenéticamente, mirando a Harry:
-No lo escuches – dijo Ron.
-Todo irá bien – recalcó Hermione, con firmeza – Sólo… volvamos al castillo, si ha ido al bosque necesitamos otro plan…
La chica miró el cuerpo de Snape, y luego se apresuró en ir hacia la entrada del túnel. Ron fue detrás de ella. Harry recogió la capa de invisibilidad, y luego miró a Snape. No sabía que sentir, excepto una fuerte impresión por como Snape había sido asesinado, y la razón por la que eso había pasado.
Se juntaron en su regreso por el túnel, sin que ninguno de los tres hablara, y Harry se preguntó si Ron y Hermione aún podían escuchar a Voldemort resonando en sus cabezas, como a él le ocurría.

"Has permitido que tus amigos mueran por ti en vez de enfrentarte conmigo. Esperaré durante una hora en el Bosque Prohibido... Una hora..."

Pequeños trozos de algo parecían estar esparcidos en el frente del castillo. Faltaba una hora más o menos para el amanecer, y aún así todo estaba en completa oscuridad. Los tres se apresuraron a ir hacia los escalones de piedra. Un perro solitario, del tamaño de un bote pequeño, yacía frente a ellos. No había ninguna señal de Grawp o de su atacante.

El castillo estaba inusualmente silencioso. No había destellos luminosos, ni explosiones, gritos o exclamaciones. Las gárgolas de la desierta entrada estaban salpicadas de sangre. Aún había esmeraldas esparcidas por el suelo, junto con trozos de mármol y madera astillada. Parte de las barandillas había sido destrozada.

- ¿Dónde estarán todos? – susurró Hermione.

Ron iba el primero en su camino hacia el Gran Comedor. Harry se detuvo en el umbral.

Las mesas de las Casas ya no estaban, y la habitación estaba repleta. Los sobrevivientes se mantenían abrazados en grupos. Los heridos estaban siendo tratados por Madam Pomfrey y algunos ayudantes en una plataforma. Firenze se encontraba entre los heridos, emanaba sangre de su costado, y se sacudía desde donde estaba tendido, incapaz de ponerse de pie.

Los muertos se encontraban en una fila en el medio del salón. Harry no podía ver el cuerpo de Fred, ya que su familia lo rodeaba. George estaba arrodillado junto a su cabeza, la señora Weasley; tendida sobre el pecho de Fred, temblando incontrolablemente. El señor Weasley le acariciaba el cabello, mientras las lágrimas caían de

sus ojos.
Sin decirle nada a Harry, Ron y Hermione se alejaron. Harry vio a Hermione aproximarse a Ginny, cuya cara estaba hinchada y turbada, y abrazarla. Ron se acercó a Bill, Fleur y Percy, quien puso un brazo alrededor de los hombros de Ron. Mientras Ginny y Hermione se aproximaban más al resto de la familia, Harry observó los cuerpos tendidos junto a Fred. Remus y Tonks, pálidos, quietos y con una mirada de paz, parecían dormir bajo el negro cielo encantado.
El Gran Comedor parecía alejarse volando, hacerse más pequeño, encogerse, mientras Harry se alejaba rápidamente del umbral. No podía respirar. No podía soportar mirar los demas cadáveres para ver quienes más habían muerto por él. No podía soportar el estar con los Weasley, no podía mirarlos a los ojos sabiendo que de haberse rendido de inmediato, Fred nunca hubiese muerto.
Dio media vuelta y corrió hacia la escalera de mármol. Lupin, Tonks… Anhelaba no sentir… deseaba poder arrancarse el corazón, el estómago, todo lo que gritaba dentro de él.
El castillo estaba completamente vacío, incluso los fantasmas parecían haberse unido a la masa de luto en el Gran Comedor. Harry corrió sin detenerse, aferrando el frasco de cristal que contenía los últimos pensamientos de Snape, sin aminorar el paso hasta que llegó a la gárgola de piedra que cuidaba la oficina del director.
- ¿Contraseña?
- ¡Dumbledore! - gritó Harry sin pensarlo, pues era a él a quien quería ver, y para su sorpresa, la gárgola se hizo a un lado, abriéndole el paso a la escalera de espiral a sus espaldas.

Pero cuando Harry irrumpió en la oficina circular la encontró cambiada. Los portarretratos que colgaban de las paredes estaban vacíos. Ni un solo director o directora permanecía allí para verlo, todos, según parecía, se habían ido, tal vez porque en las pinturas alrededor del castillo podían ver más claramente lo que estaba pasando.
Harry miró desesperanzado al marco vacío de Dumbledore, que colgada directamente detrás de la silla del director, y luego le dio la espalda. El Pensadero de piedra se encontraba en la misma cabina de siempre. Harry lo cargó hasta el escritorio e introdujo los recuerdos de Snape en la gran vasija con las marcas de runas en el borde. Escapar a la cabeza de otro sería un gran alivio… nada podía ser peor que sus propios pensamientos, aunque hubiesen pertenecido a Snape. Los recuerdos se arremolinaron, plateados y extraños, y sin dudarlo, con un sentimiento de imprudente abandono, aún sabiendo que esto aumentaría su pesar, Harry se zambulló.
Sintió la luz del sol, y sus pies tocaron un suelo cálido. Al enderezarse, pudo ver que estaba en un patio de juegos casi totalmente desierto. Una única y gran chimenea era lo que distinguía en el lejano horizonte. Dos niñas se columpiaban hacia delante y atrás, y un niño delgadísimo las observaba desde detrás de unos arbustos. Su cabello negro era largo, y su ropa era tan desastrosa que parecía a propósito: jeans demasiado cortos, un abrigo lamentable y demasiado largo que podía haber pertenecido a un adulto y una extraña polera que parecía un delantal.
Harry se acercó al muchacho. Snape parecía tener unos nueve o diez años, pálido, pequeño y rudo. Había codicia sin disfrazar en su delgado rostro, mientras

observabа a la más joven de las dos hermanas columpiarse más y más alto que su hermana.
- ¡Lily, no hagas eso! – gritó la mayor
Pero la chica se había soltado del columpio en el punto más alto de este, y voló por los aires (literalmente, voló) y se lanzó hacia el cielo con una gran carcajada, y en vez de estrellarse contra el asfalto de patio, se elevó como un trapecista por el aire, manteniéndose arriba durante bastante tiempo y aterrizando suavemente.
- ¡Mamá te dijo que no lo hicieras!
Petunia dejó de columpiarse hundiendo sus sandalias en la tierra, provocando un crujido, y luego se puso de pie, con las manos en la cintura.
- ¡Mamá dijo que no tenías permiso para hacerlo, Lily!
- Pero estoy bien – dijo Lily, aún riendo – Tuney, mira esto. Mira lo que puedo hacer.
Petunia miró alrededor. El patio estaba vacío, a excepción de ellas mismas y, a pesar de que ellas no lo sabían, Snape. Lily recogió una flor que se había caído del arbusto detrás del cual Snape se escondía. Petunia avanzó, evidentemente dividida entre la curiosidad y la desaprobación. Lily esperó a que Petunia estuviese lo suficientemente cerca como para ver bien, y luego abrió la palma de su mano. La flor se sentó ahí, abriendo y cerrando sus pétalos, como si fuera una ostra extraña y bizarra, con muchos labios.
- ¡Detenlo! – chilló Petunia.
- No te hace daño – replicó Lily, pero cerro su mano y arrojó la flor.
- No está bien – dijo Petunia, pero sus ojos habían seguido el vuelo de la flor hacia el suelo, y los mantuvo fijos en ese lugar - ¿Cómo lo haces? – añadió, con una voz que indicaba cuanto quería saber.

- Es obvio, ¿no? – Snape ya no podía contenerse, y saltó de detrás de los arbustos. Petunia gritó y retrocedió corriendo hacia los columpios, pero Lily, aunque claramente asustada, permaneció donde estaba. Snape pareció lamentar haber aparecido. Una capa de rubor se posó en sus pálidas mejillas mientras miraba a Lily.
- ¿Qué es obvio? – preguntó Lily.
Snape parecía nervioso y exaltado. Mirando a Petunia, que se asomaba por detrás de los columpios, bajó la voz y dijo:
- Yo sé lo que eres.
- ¿Qué quieres decir?
- Eres… eres una bruja – susurró Snape.
La niña se mostró ofendida.
- ¡Eso no es algo muy agradable para decirselo a alguien!
Se dio vuelta, con la nariz hacia arriba, y se alejó hacia su hermana.
- ¡No! – dijo Snape. Ahora estaba completamente colorado, y Harry se preguntó porque no que quitaba su ridículamente largo abrigo, a menos que fuera porque no quería mostrar el delantal que traía debajo. Aleteó detrás de las chicas, pareciéndose grotescamente a un murciélago, al igual que su yo mayor.
Las hermanas lo examinaron con una mirada desaprobatoria, y se colgaron de las poleas de uno de los columpios, como si ese fuera un lugar seguro.
- Lo eres - le dijo Snape a Lily – Eres una bruja, te he estado observando desde hace tiempo. Pero no tiene nada de malo, mi madre también lo es, y yo soy un mago.
La risa de Petunia era como agua fría.
- ¡Un mago! – exclamó, recuperando el coraje ahora que ya había superado el susto la aparición repentina -

¡Yo sé quien eres! ¡Eres ese tal Snape! Vivis al terminar Spinner End, cerca del río – le dijo a Lily, y era evidente por su tono de voz que consideraba la dirección muy poco recomendable - ¿Por qué nos has estado espiando?
- ¡No he estado espiando! – dijo Snape, acalorado, incómodo y con el cabello sucio bajo la luz del sol – No te espiaría a ti, de todas formas – añadió con desprecio – eres una muggle.
Aunque claramente Petunia no entendía la palabra, intuía lo que era por el tono.
- ¡Ven, Lily, vamonos! – dijo fríamente. Lily obedeció a su hermana de inmediato, mirando a Snape mientras se iba. Él no dejó de mirarlas en su camino hacia el portón de la plaza, y Harry, el único que quedaba para observarlo, pudo reconocer en él una amarga decepción, y comprendió que Snape había estado planeando este momento desde hacia mucho, y que le había salido completamente mal…
La escena se disolvió, y antes de que Harry se diera cuenta, se rehizo a su alrededor. Ahora estaba en un pequeño bosque. Podía ver el agua de un río brillando a través de los troncos. Las sombras que daban los árboles dejaban un claro verde y fresco. Dos niños se encontraban sentados en suelo, cara a cara y con las piernas cruzadas. Snape se había quitado el abrigo, y su delantal parecía menos peculiar a media luz.
- … y el Ministerio puede castigarte por hacer magia fuera de la escuela, te envían cartas.
- ¡Pero yo sí he hecho magia fuera de la escuela!
- Estamos a salvo. Aún no tenemos nuestras varitas. Te dejan en paz cuando eres un niño y no puedes evitarlo. Pero cuando cumples once – y asintió, dándose importancia – y te comienzan a entrenar, debes ser más

cuidadoso.
Hubo un pequeño silencio. Lily había recogido una ramita caída y la hacía girar en el aire; Harry supo que la niña imaginaba chispas saliendo de ella. Luego dejó caer la ramita y se inclinó hacia el chico.
-Es verdad ¿no? ¿No es una broma? Petunia dice que me estás mintiendo. Petunia dice que no existe Hogwarts. Es verdad, ¿no?
- Es verdad para nosotros – dijo Snape - no para ella. Pero recibiremos la carta, tú y yo.
- ¿En serio? – susurró Lily.
- Definitivamente – dijo Snape, e incluso con su mal corte de cabello y su extraña ropa, su figura pareció enaltecerse en frente de ella, lleno de confianza en su destino.
- ¿Y de verdad me llegará por lechuza? – susurró Lily.
- Normalmente – dijo Snape – pero eres hija de muggles, así que alguien de la escuela tendrá que venir a explicarsele a tus padres.
- ¿Existen diferencias por ser hija de muggles?
Snape dudó un instante. Sus ojos negros, impacientes y repentinamente abatidos, recorrieron la pálida cara y el cabello rojo oscuro.
- No – dijo – No existe ninguna diferencia.
- Que bien –dijo Lily, relajándose. Estaba claro que eso la había estado preocupando.
- Tienes mucha magia – dijo Snape – pude verlo. Todo el tiempo que te observé…
Su voz fue desapareciendo, ella no estaba escuchando, pero se había estirado en el suelo frondoso y miraba hacia las hojas en las copas de los árboles que había sobre ellos. Él la miró con tanta intensidad como la había mirado en el patio de juegos.
- ¿Cómo van las cosas en tu casa? – preguntó Lily.

Snape frunció un poco el entrecejo.
- Bien – dijo.
- ¿Ya no se pelean?
- Oh, sí. Sí se pelean – dijo Snape, recogiendo un montón de hojas y rompiéndolas, aparentemente sin darse cuenta de lo que estaba haciendo - Pero no falta mucho para que me vaya.
- ¿A tu padre no le gusta la magia?
- Creo que no hay nada que le guste mucho – dijo Snape.
- ¿Severus?
Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Snape cuando ella mencionó su nombre.
- ¿Si?
- Hablame otra vez sobre los Dementores.
- ¿Qué quieres saber de ellos?
- Si yo uso magia fuera de la escuela…
- ¡No te enviarán a los Dementores por eso! Los Dementores son para gente que ha hecho cosas realmente malas. Son los guardianes de la prisión mágica, Azkaban. Pero tú no irás a Azkaban, eres demasiado…
Snape se sonrojó nuevamente y destrozó más hojas. Luego, un ligero crujido detrás de Harry hizo que se diera vuelta: Petunia, escondida detrás de un árbol, había perdido el equilibrio.
- ¡Tuney! – exclamó Lily, con una voz llena de sorpresa y bienvenida, pero Snape se había puesto de pie de un salto.
- ¿Quién espía a quién ahora? – gritó – ¿Qué es lo que quieres?
Petunia había perdido el aliento, alarmada por haber sido atrapada. Harry podía ver como luchaba por encontrar algo hiriente que decir.

- ¿Y tú, qué traes puesto? – dijo, señalando al pecho de Snape - ¿Una blusa de tu mami?
Escucharon un "CRACK": una rama cayo sobre la cabeza de Petunia. Lily gritó, la rama golpeó a Petunia en el hombro, quien retrocedió y se echó a llorar.
- ¡Tuney!
Pero Petunia había salido corriendo. Lily se volteó hacia Snape.
- ¿Tú hiciste que pasara eso?
- No – el chico parecía desafiante y asustado.
- ¡Fuiste tú! – la niña se alejaba, sin darle la espalda - ¡Fuiste tú! ¡La lastimaste!
- No… ¡no lo hice!
Pero la mentira no convenció a Lily: después de una última mirada fulminante, se fue corriendo del bosquecillo, detrás de su hermana, y Snape se quedó allí, miserable y confundido…
Y el escenario se rearmó. Harry miró a su alrededor, se encontraba en el anden 9 y ¾, y Snape estaba a su lado, ligeramente encorvado, junto a una mujer delgada, pálida y con una mirada amarga, que le recordaba mucho a él. Snape miraba a una familia de cuatro miembros que se encontraba a una escasa distancia. Las dos niñas estaban un tanto alejadas de sus padres. Lily parecía estar discutiendo con su hermana. Harry se acercó más para escuchar.
- ¡…lo siento mucho, Tuney, lo siento! Escucha – tomó la mano de su hermana, y la sostuvo, a pesar de que Petunia trataba de soltarse – Tal vez cuando llegue (¡Escucha, Tuney!) Tal vez cuando llegue, podré ir a hablar con el profesor Dumbledore y convencerlo para que cambie de opinión.
- ¡Yo… no… quiero… ir! – dijo Petunia, forcejeando por quitar su mano de entre las de su hermana - ¿Crees que

quiero ir a un estúpido castillo a aprender a ser una… una…?
Sus ojos claros recorrieron la plataforma, sobre los gatos maullando en los brazos de sus dueños, sobre las lechuzas ululando y aleteándose unas a otras en sus jaulas, sobre los estudiantes, algunos ya vestidos con sus largas túnicas negras, cargando sus baúles al interior del tren escarlata o saludándose felices unos a otros después de un verano sin verse.
- ¿…crees que quiero ser un… un… fenómeno?
Los ojos de Lily se llenaron de lágrimas mientras Petunia conseguía recuperar su mano.
- No soy un fenómeno – dijo Lily – Es horrible que digas eso.
- Ahí es a donde vas – dijo Petunia, ardientemente – A una escuela especial para fenómenos. Tú y ese Snape… raros, eso es lo que sois. Es bueno que te separen de la gente normal. Es por nuestra propia seguridad.
Lily miró a sus padres, quienes miraban la plataforma con un aire de dicha total, disfrutando la escena. Luego volvió a mirar a su hermana, y su voz se volvió baja y fría.
-No pensabas que era una escuela para fenómenos cuando le escribiste al director rogándole que te aceptara.
Petunia se puso escarlata
-¿Rogandole? ¡Yo no le rogué!
-Vi su respuesta. Fue muy amable.
-¡No debiste haberlo leído…! – susurró Petunia – Era algo privado… ¿Cómo pudiste?
Lily se delató a sí misma al mirar hacia donde se encontraba Snape. Petunia jadeó.
- ¡Ese chico la encontró! ¡Tú y ese niño habeis estado espiando en mi habitación!

- No… no espiando – ahora era Lily quien estaba a la defensiva – ¡Severus vio el sobre, y no podía creer que un no mago fuera capaz de contactar con Hogwarts, eso es todo! Dice que debe haber magos trabajando encubiertos en el servicio postal y que ellos se encargan de…
- ¡Aparentemente los magos meten las narices en todas partes! – dijo Petunia, ahora tan pálida como antes sonrojada - ¡Fenómeno! – le espetó a su hermana, encaminándose luego hacia sus padres.
La escena se disolvió una vez más. Snape recorría el corredor del Expreso de Hogwarts mientras este atravesaba el país. Ya se había puesto su túnica de la escuela, seguramente había aprovechado la primera oportunidad que había tenido para deshacerse de su extraña ropa muggle. Al fin se detuvo, fuera de un compartimiento en el cual unos chicos muy ruidosos conversaban. Encogida en un asiento de la esquina, junto a la ventana, estaba Lily, con su cara apretada contra el cristal de la ventana.
Snape abrió la puerta del compartimiento y se sentó frente a Lily. Ella lo miró y luego volvió la vista hacia la ventana. Había estado llorando.
- No quiero hablar contigo – dijo con la voz contraída.
- ¿Por qué no?
- Tuney m-me odia. Por ver la carta que Dumbledore le envió.
- ¿Y qué?
Lily le lanzó una mirada de profundo desprecio.
- ¡Que es mi hermana!
- Ella es sólo una… - Snape se contuvo rápidamente, pero Lily, demasiado ocupada en secarse las lágrimas sin que nadie se diera cuenta, no lo escuchó.
- ¡Pero nosotros nos vamos! – dijo él, sin poder

contener la emoción en su voz - ¡Este es el gran momento! ¡Nos vamos a Hogwarts!
Ella asintió, restregándose los ojos, pero muy a su pesar, sonrió ligeramente.
- Más te vale estar en Slytherin – dijo Snape, envalentonado por el hecho de que se hubiese alegrado un poco.
- ¿Slytherin?
Uno de los chicos con los que compartían el vagón, que no había demostrado el menor interés en Lily o Snape hasta ese momento, miró a su alrededor al escuchar esa palabra, y Harry, cuya atención se había concentrado completamente en los dos que estaban junto a la ventana, vio a su padre: delgado, con el cabello negro igual que Snape, pero con ese aire indefinido de haber sido querido, incluso adorado, y que a Snape tanta falta le hacía.
-¿Quién quiere estar en Slytherin? Creo que mejor me voy, ¿te vienes? – preguntó James al chico tendido en los asientos de enfrente, y con un estremecimiento, Harry se dio cuenta de que era Sirius. Sirius no sonreía.
-Toda mi familia ha estado en Slytherin – dijo.
-Rayos – dijo James – Y a mí que me parecías normal.
Sirius sonrió.
-Tal vez rompa la tradición. ¿A dónde te irías, si tuvieras que elegir?
James levantó una espada invisible.
-¡Gryffindor, donde habitan los valientes de corazón! Igual que mi padre.
Snape hizo un ruidito de disgusto. James se giró hacia él
-¿Tienes algún problema con eso?
-No – dijo Snape, aunque el desprecio en su voz daba a entender otra cosa – Si prefieres ser un musculoso a un

cerebrito…
-¿A dónde esperas ir, viendo que no eres ninguna de las dos cosas? – interrumpió Sirius.
James se echó a reír. Lily se puso de pie, un tanto sonrojada, mirando a James y a Sirius con desagrado.
- Vamos, Severus, busquemos otro compartimiento.
- Oohhhhh…
James y Sirius imitaron su voz arrogante. James trató de empujar a Snape mientras pasaba.
-¡Te veo luego, Quejicus! – gritó una voz, mientras la puerta del compartimiento se cerraba de un portazo…
Y la escena se disolvió una vez más…
Harry estaba parado detrás de Snape, mirando las iluminadas mesas de las Casas, llenas de caras. Luego la profesora McGonagall dijo:
- ¡Evans, Lily!
Harry vio a su madre avanzar con las piernas temblándole y sentarse en el inestable taburete. La profesora McGonagall puso el Sombrero Seleccionador sobre su cabeza, y apenas un segundo después de que este tocó el cabello rojo oscuro, el sombrero gritó: "¡Gryffindor!"
Harry escuchó a Snape soltar un pequeño quejido. Lily se quitó el sombrero, se lo devolvió a la profesora McGonagall, y luego se apresuró en ir a la alegre mesa de los Gryffindors, pero mientras se encaminaba hacia allá miró a Snape con una sonrisa triste en su rostro.
Harry vio a Sirius acomodarse en el banco para hacerle espacio. Ella le lanzó una mirada, pareció reconocerlo del tren, cruzó los brazos y firmemente le dio la espalda.
La llamada de la lista continuó. Harry vio a Lupin, Pettigrew y a su padre unirse a Lily y Sirius en la mesa de Gryffindor. Cuando faltaban sólo una docena de

estudiantes para ser sorteados, la profesora McGonagall llamó a Snape.
Harry caminó junto a él hacia el taburete, lo vio ponerse el sombrero.
- ¡Slytherin! – gritó el Sombrero Seleccionador.
Y Severus Snape caminó para el otro lado del Gran Comedor, lejos de Lily, hacia la mesa donde los de Slytherin le animaban, hacia donde Lucius Malfoy, con una placa de prefecto en el pecho, palmeaba a Snape en la espalda, mientras este se sentaba junto a él.
Y luego la escena cambió…
Lily y Snape caminaban por el patio de la escuela, evidentemente discutiendo. Harry se apresuró en alcanzarlos, para escuchar lo que decían. Mientras los alcanzaba, se dio cuenta de cuanto habian crecido. Parecía que había pasado un par de años desde el sorteo.
- ¿… a pesar de que se suponía que éramos amigos? – decía Snape - ¿Mejores amigos?
- ¡Lo somos, Sev, pero no me gustan algunas de las personas con las que te juntas! Lo siento, pero detesto a Avery y a Mulciber. ¡Mulciber! ¿Qué le ves, Sev? ¡Es aterrador! ¿Sabes lo que trató de hacerle a Mary Macdonald el otro día?
Lily había alcanzado un pilar y se apoyaba en él, mirando a la delgada y pálida cara.
- No fue nada – dijo Snape – Fue un chiste, eso era todo…
- Era magia oscura, y si eso te parece gracioso…
- ¿Y qué hay con las cosas que hace Potter con sus amigos? – demandó Snape. El color volvió a su rostro mientras decía esto, incapaz, al parecer, de mantenerse enojado.
- ¿Qué tiene que ver Potter con todo esto? – preguntó

Lily.
- Se escapan de noche. Hay algo raro en ese Lupin. ¿A dónde va todo el tiempo?
-Está enfermo – dijo Lily – Dicen que está enfermo…
-¿Todos los meses en luna llena? – replicó Snape.
-Conozco tu teoría –dijo Lily fríamente– De cualquier forma, ¿Por qué te obsesionas con ellos? ¿Qué te importa lo que hagan de noche?
- Sólo trato de demostrarte que no son tan maravillosos como todos creen que son.
La intensidad de su mirada la hizo sonrojarse.
- Al menos no usan magia oscura – Lily disminuyó su voz – Y estás siendo muy ingrato, oí lo que pasó la otra noche. Fuiste a meterte a ese túnel cerca del Sauce Boxeador, y James Potter te salvó de lo que sea que haya ahí.
La cara de Snape se contrajo completamente mientras murmuraba:
- ¿Que me salvó? ¿Salvar? ¿Crees que estaba jugando al héroe? ¡Estaba salvando su cuello, y el de sus amigos también! Tú no vas a…no te permitiré…
- ¿Permitirme? ¿Permitirme?
Lily abrió sus brillantes ojos verdes como platos. Snape se arrepintió de inmediato.
- No quise decir… es sólo que no quiero que hagas el… ¡Le gustas, le gustas a James Potter! – las palabras parecían salir de Snape contra su voluntad – Y él no es… lo que todos piensan… un héroe del Quidditch… - la amargura y el desagrado de Snape lo estaban volviendo incoherente, y las cejas de Lily se elevaban más y más en su frente.
- Sé que James Potter es un idiota arrogante – dijo, cortando a Snape – No necesito que tú me lo digas. Pero la idea que Mulciber y Avery tienen del humor es

simplemente malvada. Malvada. No entiendo como puedes ser amigo de ellos.
Harry dudaba mucho de que Snape hubiese siquiera escuchado sus quejas sobre Mulciber y Avery. En cuanto la había oído insultar a James Potter, todo su cuerpo se había relajado, y mientras seguían caminando el paso de Snape se volvió distinto…
Y la escena se disolvió…
Harry volvió a ver a Snape dejando el Gran Comedor luego de hacer su T.I.M.O. de Defensa Contra las Artes Oscuras, vio como se alejaba del castillo y paseaba sin darse cuenta cerca del lugar en donde James, Sirius, Lupin y Pettigrew estaban sentados juntos bajo el haya. Pero Harry se mantuvo distante esta vez, pues sabía lo que había pasado luego de que James levantaba a Snape en el aire y lo ridiculizaba, sabía lo que habían hecho y dicho, y no quería volver a escucharlo… Vio a Lily unirse al grupo y defender a Snape. A la distancia oyó a Snape gritarle, en su humillación y su furia, las palabras imperdonables: Sangre sucia.
La escena cambió…
- Lo siento.
- No me interesa.
- ¡Lo siento!
- Guarda tu aliento.
Era de noche. Lily, que vestía una túnica de gala, estaba de pie con los brazos cruzados enfrente del portarretrato de la Dama Gorda, a la entrada de la torre de Gryffindor.
- Sólo salí porque Mary me dijo que amenazabas con dormir aquí.
- Iba a hacerlo. Lo hubiera hecho. Nunca quise llamarte sangre sucia, sólo…
- ¡Se te escapo! – no había pena en la voz de Lily – Es

demasiado tarde, he encontrado excusas para ti todos estos años. Ninguno de mis amigos puede entender por que te hablo. Tú y tus queridos amigos Mortífagos… ¡Ves, ni siquiera lo niegas! ¡Ni siquiera niegas que es a lo que todos aspirais! No puedes esperar para unirte a Ya – Sabes – Quien, ¿verdad?
Snape abrió la boca, pero la cerró sin hablar.
- No puedo seguir pretendiendolo. Tú escogiste tu camino, y yo el mío.
- No, escucha, no quería…
-¿Llamarme sangre sucia? Pero así es como llamas a todos los de mi clase, Severus. ¿Por qué yo debería recibir un trato especial?
Snape luchó consigo mismo, a punto de decir algo, pero con una mirada de desprecio, Lily se dio vuelta y atravesó el agujero del portarretrato.
El corredor se disolvió, y la escena se demoró un poco más en rehacerse: Harry sintió que volaba a través de figuras y colores cambiantes hasta que todo a su alrededor se solidificó otra vez y se paró en la cima de una colina, triste y fría en la oscuridad, con el viento soplando a través de las ramas de unos cuantos árboles sin hojas. El Snape adulto estaba sin aliento, girando sobre si mismo, con la varita firmemente sujeta en la mano, esperando algo o a alguien… Su miedo infectó a Harry también, a pesar de saber que no podía ser dañado, y miró sobre su hombro, preguntándose que sería lo que Snape estaba esperando…
Luego un destello de luz blanca cegadora voló a través del aire. Harry pensó en el resplandor, pero Snape había caído de rodillas y su varita había salido disparada de sus manos.
- ¡No me mate!
- Esa no era mi intención.

Cualquier sonido de la Aparición de Dumbledore había sido sofocado por el ruido del viento entre las ramas. Se detuvo junto a Snape con su túnica ondeando a su ardedor, y su cara iluminada por debajo por la luz creada por su varita.
- ¿Y bien, Severus? ¿Qué mensaje tiene Lord Voldemort para mí?
- Ni… ningún mensaje… ¡Estoy aquí por mi cuenta!
Snape se secaba las manos. Parecía un poco loco, con su desordenado pelo negro volando a su alrededor.
- Yo…vine con una advertencia… no, una petición… por favor…
Dumbledore agitó su varita. A pesar de que las hojas y las ramas aún volaban a través del aire nocturno a su alrededor, se hizo silencio en el lugar donde él y Snape se veían cara a cara.
- ¿Qué petición podría hacerme un Mortífago?
- La… la profecía… la predicción… Trelawney…
- Ah, sí – dijo Dumbledore - ¿Cuánto le contaste a Lord Voldemort?
- ¡Todo, todo lo que escuché! – respondió Snape – Es por eso que…. es por esa razón que… ¡él cree que se trata de Lily Evans!
- La profecía no hacía referencia a una mujer – dijo Dumbledore – Hablaba de un niño nacido a finales de Julio…
- ¡Sabes lo quiero decir! El piensa que se trata de su hijo, y la va a cazar… los va a matar a todos…
- Si significa tanto para ti – dijo Dumbledore – seguramente Lord Voldemort la dejará ir, ¿no? ¿No podrías pedir piedad por la madre, a cambio del hijo?
- Yo… yo ya se lo pedí…
- Eres repugnante – dijo Dumbledore, y Harry nunca había oído tanto disgusto en su voz. Snape pareció

encogerse un poco – ¿No te preocupa, entonces, que su esposo y su hijo mueran? ¿Ellos pueden morir, siempre y cuando tú obtengas lo que quieres?
Snape no dijo nada, simplemente miró a Dumbledore.
- Escóndelos a todos, entonces – gruñó – Mantenla… mantenlos a salvo. Por favor.
- ¿Y qué me darás a cambio, Severus?
- ¿A… a cambio? – Snape miró a Dumbledore, y Harry pensó que se iba a quejar, pero luego de un momento muy largo dijo – Lo que sea.
La colina se deshizo, y Harry se encontró de pie en la oficina de Dumbledore. Algo hacía un sonido terrible, como un animal herido. Snape se dejó caer en una silla y Dumbledore, parado sobre él, parecía muy afligido. Luego de un momento, Snape levantó su rostro, y parecía un hombre que hubiese vivido cien años de miserias desde que había dejado la colina salvaje.
- Pensé… que iba… a mantenerla… a salvo…
- Ella y James depositaron su confianza en la persona equivocada – dijo Dumbledore – Igual que tú, Severus. ¿Acaso no esperabas que Voldemort la dejara ir?
Snape respiraba entrecortadamente.
- Su hijo sobrevivió – dijo Dumbledore.
Con un pequeño movimiento de cabeza, Snape pareció alejar algo desagradable.
- Su hijo vive. Tiene sus ojos, sus mismos ojos. Recuerdas la forma y el color de los ojos de Lily Evans, me imagino
- ¡No! – aulló Snape – Se ha ido… muerta…
- ¿Te remuerde la conciencia, Severus?
- Desearía… desearía que yo hubiese muerto…
- ¿Y eso de qué serviría? – dijo Dumbledore fríamente – Si amabas a Lily Evans, si realmente la amabas, entonces está claro lo que debes hacer.

- ¿Qué… qué quieres decir?
- Sabes como y porqué murió. Asegúrate de que no fue en vano. Ayuda a proteger al hijo de Lily.
- Él no necesita protección. El Señor Oscuro se ha ido…
- El Señor Oscuro regresará, y Harry Potter estará en un peligro terrible cuando lo haga.
Hubo una pausa muy larga, y lentamente Snape recuperó el control de sí mismo, reguló su respiración. Al fin dijo:
- Muy bien. Muy bien. ¡Pero nunca, nunca se lo diga a nadie, Dumbledore! ¡Esto queda entre nosotros! ¡Júrelo! No puedo soportar… especialmente el hijo de Potter… ¡Quiero su palabra!
- ¿Mi palabra, Severus, de no revelar nunca lo mejor de ti? – suspiró Dumbledore, mirando a la angustiada y feroz cara de Snape – Si insistes…
La oficina se disolvió y rearmó instantáneamente. Snape caminaba de un lado a otro en frente de Dumbledore.
-…. mediocre, arrogante como su padre, decidido a romper las reglas, fascinado de descubrir que es famoso, llamando la atención e impertinente…
- Ves lo que quieres ver, Severus – dijo Dumbledore, sin levantar la vista de una copia de Transformación Moderna – Otros profesores me han dicho que el chico es modesto, agradable y razonablemente talentoso. Personalmente, me parece un muchacho encantador.
Dumbledore dio vuelta a la página, y dijo sin mirar:
- Échale un vistazo a Quirrel, ¿quieres?
Un espiral de colores, y ahora todo se había oscurecido, y Snape y Dumbledore estaban de pie, un poco alejados en el hall de entrada, mientras los últimos que quedaban del Baile de Navidad pasaban junto a ellos para irse a la cama.

- ¿Y bien? – murmuró Dumbledore.
- La marca de Karkaroff también se ha oscurecido. Está aterrado, teme una venganza, usted sabe cuanta ayuda le brindó al Ministerio despues de que el Señor Oscuro cayera –Snape miró de reojo al perfil de nariz ganchuda de Dumbledore – Karkaroff huirá si la Marca comienza a quemar.
- ¿Lo hará? – preguntó Dumbledore suavemente, mientras Fleur Delacour y Roger Davies venían desde el patio, riendo - ¿Y tú, te sientes tentado a irte con él?
- No – dijo Snape, con sus ojos negros fijos en las cada vez más alejadas siluetas de Fleur y Roger – No soy tan cobarde.
- No – acordó Dumbledore – Eres un hombre mucho más valiente que Igor Karkaroff. Sabes, a veces pienso que sorteamos las Casas demasiado pronto…
Dumbledore se alejó, dejando a Snape con cara de estar herido.
Y ahora Harry estaba una vez más en la oficina del director. Era de noche, y Dumbledore giraba en la silla que parecía un trono detrás del escritorio, aparentemente semiconsciente. Su mano derecha colgaba de un lado, ennegrecida y quemada. Snape murmuraba encantamientos, señalando la muñeca de esa mano con su varita, mientras que su mano izquierda vaciaba un cáliz lleno de una poción dorada en la garganta de Dumbledore. Al cabo de unos momentos, las pestañas del director se sacudieron para abrirse.
- ¿Por qué? – dijo Snape, sin preámbulo - ¿Por qué se puso ese anillo? Lleva una maldición, seguramente ya lo sabía. ¿Por qué lo tocó?
El anillo de Marvolo Gaunt yacía en el escritorio frente a Dumbledore. Estaba roto; la espada de Gryffindor estaba tendida junto a él.

Dumbledore frunció el ceño.
- Fui… un tonto. Me vi profundamente tentado…
- ¿Tentado a que?
Dumbledore no respondió.
- ¡Es un milagro que haya podido regresar! – Snape sonaba furioso – Ese anillo portaba una maldición de un poder extraordinario, contenerla es lo más que podemos hacer; he atrapado la maldición en su mano, por ahora…
Dumbledore levantó su mano, ennegrecida e inútil, y la examinó como si se tratara de una interesante antigüedad.
- Has hecho bien, Severus. ¿Cuánto tiempo crees que me queda?
El tono de Dumbledore era el de una conversación normal, podría haber estado preguntando por un informe del clima. Snape dudó un momento, antes de hablar.
- No sabría decirlo. Tal vez un año. No hay forma de contrarrestar un hechizo así para siempre. Eventualmente, se esparcirá. Es el tipo de maldición que crece con el tiempo.
Dumbledore sonrió. La noticia de que le quedaba menos de un año de vida no parecía importarle mucho.
- Soy muy afortunado, extremadamente afortunado de tenerte, Severus.
- ¡Si sólo me hubiese llamado un poco antes, hubiese podido hacer algo más, darle algo más de tiempo! – dijo Snape, furioso. Miró el anillo roto, y la espada - ¿Creia que con romper el anillo se romperia la maldición?
- Algo así… estaba delirando, sin duda alguna…. – dijo Dumbledore. Con un gran esfuerzo se enderezó en la silla – Bueno, en realidad, eso importará más adelante.
Snape se quedó completamente perplejo. Dumbledore

sonrió.
- Me refiero al plan que Lord Voldemort tiene sobre mí- Su plan para conseguir que el pobre chico Malfoy me asesine.
Snape se sentó en la silla que Harry solía ocupar, al otro lado del escritorio de Dumbledore. Harry se dio cuenta de que quería seguir hablando de la mano maldita de Dumbledore, pero que este rehusaba educadamente a seguir discutiendo el asunto. A regañadientes, Snape dijo:
- El Señor Oscuro no cree que Draco lo consiga. Esto es simplemente un castigo por las recientes faltas de Lucius. Una tortura lenta para los padres de Draco, mientras ven como este falla y paga el precio.
- En otras palabras, el chico también está condenado por una sentencia de muerte, al igual que yo – dijo Dumbledore – Ahora, creo saber que el sucesor natural del trabajo, cuando Draco falle, eres tú.
Hubo una pequeña pausa.
- Ese, según creo, es el plan del Señor Oscuro.
- ¿Lord Voldemort predice que en un momento no muy lejano no necesitará un espía en Hogwarts?
- Cree que la escuela pronto estará bajo su control, sí.
- Y si realmente cayera bajo su control – dijo Dumbledore, casi, según parecía, al aire - ¿Tengo tu palabra de que harás todo lo esté en tus manos para proteger a los estudiantes de Hogwarts?
Snape asintió firmemente.
- Bien. Ahora, tu primera prioridad es descubrir que es lo Draco trama. Un adolescente asustado es tan peligroso para el resto como para sí mismo. Ofrécele ayuda y guía, él aceptará, tú le agradas…
- … mucho menos desde que su padre perdió la confianza. Draco me culpa, cree que yo tomé el lugar

de Lucius.
- De todas formas, intentalo. Me preocupo más por las posibles víctimas de cualquier ataque que se le ocurra al chico que por mí mismo. En último caso, por supuesto, sólo hay una cosa que hacer para salvarlo de la ira de Lord Voldemort.
Snape alzó las cejas y su tono de voz era sardónico al preguntar:
- ¿Piensas dejar que Voldemort te mate?
- Por supuesto que no. Tú debes matarme.
Hubo un largo silencio, interrumpido sólo por un extraño ruido de algo rompiéndose. Fawkes, el fénix, masticaba un poco de cuttlebone.
- ¿Quiere que lo haga ahora? – preguntó Snape, con la voz cargada de ironía - ¿O le doy algunos minutos para que componga su epitafio?
- Oh, todavía no– respondió Dumbledore, sonriendo – Me atrevería a decir que el momento se presentará solo en el transcurso de los acontecimientos. Dado lo que ha ocurrido esta noche – indicó su mano calcinada – podemos estar seguros que pasará durante este año.
- Si no le importa morir – dijo Snape con rudeza - ¿Por qué no deja que Draco lo haga?
- El alma de ese chico aún no está tan dañada – dijo Dumbledore – no dejaré que se rompa por mi culpa.
- ¿Y mi alma, Dumbledore? ¿Y la mía?
- Tú eres el único que sabe si tu alma se dañará al ayudar a un viejo a evitar el dolor y la humillación – dijo Dumbledore – Te pido este gran favor a ti, Severus, porque la muerte vendrá por mi con tanta certeza como los Chudley Cannons serán los últimos de la liga este año. Confieso que prefiero una salida rápida y sin dolor a la larga y caótica situación en la que me vería si, por ejemplo, Greyback está involucrado (¿Oí que

Voldemort lo reclutó?) o la querida Bellatrix, a quien le gusta gusta jugar con su comida antes de comérsela. Su tono de voz era ligero, pero sus ojos azules atravesaban a Snape al igual que tantas otras veces habían atravesado a Harry, como si pudieran ver el alma sobre la cual estaban discutiendo. Al fin, Snape volvió a asentir con firmeza. Dumbledore pareció satisfecho.
- Gracias, Severus…
La oficina desapareció, y ahora Snape y Dumbledore caminaba juntos por los vacíos patios de la escuela a media luz.
- ¿Qué hace con Potter, todas esas tardes que pasan encerrados juntos? – preguntó Snape abruptamente. Dumbledore parecía cansado.
- ¿Por qué? ¿No tratarás de ponerle más castigos, Severus? El chico pronto pasará más tiempo castigado que fuera.
- Está actuando como su padre otra vez…
- En apariencia, tal vez, pero su naturaleza es mucho más parecida a la de su madre. Paso mucho tiempo con Harry porque debo discutir algunas cosas con él, información que debo darle antes de que sea demasiado tarde.
- Información – repitió Snape – Confía en él… no confía en mí.
- No es un asunto de confianza. Poseo, como ambos sabemos, un tiempo limitado. Es esencial que le de suficiente información como para que haga lo que necesita hacer.
- ¿Y por qué no puedo recibir yo la misma información?
- Prefiero no poner todos mis secretos en el mismo cesto, especialmente si ese cesto pasa tanto tiempo colgando del brazo de Lord Voldemort.

- ¡Lo hago bajo sus órdenes!
- Y lo haces muy bien. No creas que no estimo el constante peligro al que te expones, Severus. Entregarle a Voldemort información que parece valiosa mientras guardamos lo esencial es un trabajo que no le confiaría a nadie más que a ti.
- ¡Y aún así, confía mucho más en un chico que es incapaz de aprender Oclumancia, cuya magia es mediocre, y que tiene una conexión directa con la mente del Señor Oscuro!
- Voldemort le teme a esa conexión – dijo Dumbledore – No hace mucho, tuvo una pequeña lección sobre lo que realmente significa para él compartir la mente de Harry. Fue un dolor que nunca antes había experimentado. No volverá a tratar de poseer a Harry, estoy seguro. No de esa forma.
- No entiendo.
- El alma de Voldemort, tan desfigurada como se encuentra, no puede soportar el contacto con un alma como la de Harry. Es como una navaja de acero congelado, como la carne en llamas…
- ¿Almas? ¡Estamos hablando de mentes!
- En el caso de Harry y Lord Voldemort, hablar de una cosa es lo mismo que hablar de la otra.
Dumbledore miró a su alrededor para asegurarse de que estuvieran solos. Estaban cerca del Bosque Prohibido, pero no había señal alguna de alguien cerca de ellos.
- Después de que me hayas matado, Severus…
- ¡A pesar de que rehúsa contarme todo, espera ese pequeño servicio de mi parte! – gritó Snape, y una furia verdadera apareció en su delgada cara – ¡Toma algo tan importante como si estuviera garantizado, Dumbledore! ¡Tal vez he cambiado de idea!
- Me diste tu palabra, Severus. Y ya que hablamos de

servicios que me debes, pensé que habías aceptado mantener vigilado a nuestro joven amigo de Slytherin.
Snape estaba furioso, desafiante. Dumbledore suspiró.
- Ven a mi oficina esta noche, Severus, a las once, y no podrás quejarte de que no confío en ti…
De nuevo estaban en la oficina de Dumbledore, las ventanas oscuras y Fawkes sentado en silencio, mientras Snape permanecía rígido y Dumbledore caminaba a su alrededor hablando.
- Harry no debe enterarse, no hasta el último momento, no hasta que sea necesario, de otra forma, ¿cómo tendría la fuerza necesaria para hacer lo tiene que hacer?
- Pero, ¿qué debe hacer?
- Eso el algo entre Harry y yo. Ahora escucha con atención, Severus. Llegará un momento… después de mi muerte… ¡no discutas, no me interrumpas! Llegará un momento en el que Lord Voldemort parecerá temer por la vida de su serpiente.
- ¿Nagini? – Snape parecía atónito.
- Precisamente. Cuando Lord Voldemort deje de enviar a su serpiente a cumplir sus órdenes, y la mantenga segura junto a él bajo protección mágica, entonces, creo, será seguro decirselo a Harry.
- ¿Decirle qué?
Dumbledore respiro profundamente y cerró los ojos.
- Decirle que la noche en que Voldemort trató de matarlo, cuando Lily puso su propia vida entre ellos, como un escudo, la Maldición Asesina rebotó en Lord Voldemort, y un fragmento del alma de Voldemort se apartó del resto, y fue a caer en la única alma viviente que quedaba en ese lugar. Parte de Lord Voldemort vive dentro de Harry, y eso es lo que le da el poder de hablar con las serpientes, y la conexión con la mente

de Voldemort que nunca ha sido capaz de entender. Y mientras ese fragmento de alma, perdido por Lord Voldemort, permanezca adjunto y protegido por Harry, Lord Voldemort no puede morir.
A Harry le pareció que veía a los dos hombres desde el final de un largo túnel, lejos de él, con sus voces formando ecos en sus oídos.
- ¿Así que el chico… el chico debe morir? – preguntó Snape, con calma.
- Y debe hacerlo Voldemort, Severus. Eso es esencial.
Otro silencio interminable. Luego Snape dijo:
-Pensé… que todos estos años… lo estábamos protegiendo por ella. Por Lily.
-Lo hemos protegido porque es esencial enseñarle, educarle, dejarle que pruebe su fuerza – dijo Dumbledore, con los ojos aún cerrados – Mientras tanto, la conexión entre ellos se hace cada vez más fuerte, se desarrolla como un parásito. A veces creo que él mismo lo sospecha. Si le conozco bien, él lo habra arreglado todo para que cuando salga a enfrentar su muerte, esta realmente signifique el fin de Voldemort.
Dumbledore abrió los ojos. Snape estaba horrorizado.
- ¿Lo has mantenido vivo para que muera en el momento correcto?
- No te sorprendas, Severus. ¿Cuántos hombres y mujeres has visto morir?
- Últimamente, sólo a aquellos a los que no he podido salvar – dijo Snape, poniéndose de pie – Me has utilizado.
- ¿Qué quieres decir?
- He espiado y mentido por ti, me he puesto en peligro mortal por ti. Se supone que todo esto era para mantener a salvo al hijo de Lily Potter. Y ahora me dices que le has estado criando como a un cerdo para el

matadero…
- Esto es conmovedor, Severus – dijo Dumbledore seriamente - ¿Te has encariñado con el chico, después de todo?
- ¿De él? – gritó Snape – Especto Patronum!
De la punta de su varita salió una sombra plateada. Aterrizó en el piso de la oficina, voló a través de ella, y escapó por la ventana. Dumbledore la observó alejarse volando, y mientras su brillo plateado se desvanecía le dio la espalda a Snape, con los ojos llenos de lágrimas.
- ¿Después de todo este tiempo?
- Siempre – dijo Snape.
Y la escena cambió. Ahora, Harry observó a Snape hablándole al portarretrato de Dumbledore detrás del escritorio.
- Tendrás que darle a Voldemort el día correcto de la salida de Harry de la casa de su tía y tío – dijo Dumbledore – No hacerlo levantaría muchas sospechas, pues Voldemort cree que estás muy bien informado. Sin embargo, debes planear las distracciones; eso, según creo, asegurará la seguridad de Harry. Trata de confundir a Mundungus Fletcher. Y, Severus, si te obligan a formar parte de la persecución, asegúrate de actuar convincentemente… cuento con que mantengas la confianza de Lord Voldemort tanto tiempo como sea posible, o Hogwarts quedará a la merced de los Carrow…
Ahora Snape estaba frente a frente con Mundungus en una taberna desconocida. La cara de Mundungus estaba curiosamente pálida, y la de Snape fruncida de concentración.
- Sugerirás a la Orden del Fénix – murmuró Snape – utilizar distracciones. La Poción Multijugos. Potters idénticos. Es lo único que podría funcionar. Olvidarás

que yo te sugerí esto. Creerás que fue tu idea. ¿Entiendes?
- Entiendo – murmuró Mundungus, sus ojos desenfocados…
Ahora Harry volaba en una escoba junto a Snape, en una oscura noche despejada. Estaba acompañado por otros Mortífagos encapuchados, y adelante estaban Lupin y un Harry que en realidad era George… un Mortífago que estaba delante de Snape levantó su varita, apuntando directamente a la espalda de Lupin.
- Sectumsempra! – gritó Snape.
Pero el hechizo, dirigido a la mano del Mortífago que llevaba la varita, en vez de darle a él golpeó a George…
Y luego Snape estaba de rodillas en la vieja habitación de Sirius. Las lágrimas caían del final de la ganchuda nariz, mientras leía la vieja carta de Lily. La segunda página contenía sólo unas pocas palabras.
…pudo haber sido amiga de Gellert Grindelwald. ¡Creo que ha perdido un poco la razón!
Con amor,
Lily.
Snape tomó la página que tenía la firma de Lily, y su amor, y la guardó en su túnica. Luego rompió en dos la fotografía que también sujetaba, y guardó la parte en la que Lily se reía, tirando al suelo el pedazo en el que se veía a James y Harry, debajo de una cajonera…
Y ahora Snape estaba nuevamente en la oficina del director, mientras Phineas Nigellus llegaba corriendo a su retrato.
- ¡Director! ¡Están acampando en el Bosque de Dean! La sangre sucia…
- ¡No uses esa palabra!
- ¡… la chica Granger, entonces, mencionó el lugar mientras abría su bolsa y la escuché!

- ¡Bien, muy bien! – exclamó el portarretrato de Dumbledore detrás de la silla del director - ¡Ahora, Severus, la espada! ¡No olvides que debe ser tomada bajo circunstancias de necesidad y valor, y que él no debe saber que tú se la diste! Si Voldemort realmente puede leer la mente de Harry y te ve ayudándolo…
- Lo sé – dijo Snape, cortante. Se aproximó al portarretrato de Dumbledore y lo hizo a un lado. Se movió hacia el frente, revelando una cavidad escondida al reverso, de la cual sacó la espada de Gryffindor.
- ¿Y aún así no me dirá porqué es tan importante darle la espada a Potter? – dijo Snape, mientras echaba una capa de viaje sobre sus hombros.
- No, no lo creo – dijo el retrato de Dumbledore – Él sabe que hacer con ella. Y, Severus, sé muy cuidadoso, no serán muy amables con tu llegada después del accidente con George Weasley…
Snape se giró hacia la puerta.
- No se preocupe, Dumbledore – dijo fríamente – Tengo un plan…
Y Snape dejó la habitación. Harry salió del Pensadero, y en unos momentos se encontró en el suelo alfombrado en la misma habitación cuya puerta Snape podría haber cerrado hace sólo unos momentos.

Capitulo Treinta y cuatro



El Bosque otra ves

A

Al fin la verdad. Tirado con la cara contra la polvorienta alfombra de la oficina donde una vez creyó estar aprendiendo los secretos de la victoria, Harry entendió al fin que no estaba destinado a sobrevivir. Su tarea suponía ir tranquilamente en busca de un abrazo de bienvenida dado por la muerte. A lo largo del camino, debía deshacerse de los vínculos que mantenían a Voldemort vivo, de modo que cuando se interpusiera él en su camino, sin levantar la varita a modo de defensa, el final fuera limpio, y el trabajo que debería haber sido hecho en el Valle de Godric, quedara acabado. Ninguno viviría, ninguno podía sobrevivir.Sentía el corazón palpitándole ferozmente en el pecho. Qué extraño era que, en medio del pavor de la muerte, palpitara con máximo esfuerzo, manteniéndolo gloriosamente vivo. Pero habría de

parar, y pronto. Sus latidos estaban contados. ¿Cuánto tiempo le quedaba para, mientras se levantaba y caminaba a través del castillo por última vez, atravesar los terrenos e ir al bosque?
El terror lo cubría mientras se tiraba en el suelo, con el latido fúnebre de su interior. ¿Dolería el morir? Todas esas veces que había pensado que estaba a punto de ocurrir pero había escapado, no había pensado realmente en ello: su voluntad de vivir había sido siempre más fuerte que su miedo a morir. Con todo, en ese momento no se le ocurrió intentar escapar, correr más que Voldemort. Se había acabado, lo sabía, y todo lo que quedaba era morir.
¡Si hubiera muerto aquella noche de verano en que abandonó el número cuatro de Privet Drive por última vez, cuando la noble varita de pluma de Fénix le salvó! ¡Si hubiera muerto como Hedwig, tan rápido que no se hubiera dado cuenta de qué sucedía! O si hubiera podido interponerse entre una varita y alguien a quien amara... Ahora envidiaba incluso las muertes de sus padres. Esta despiadada caminata hacia su propia destrucción requería una clase distinta de valentía. Sentía que sus dedos temblaban levemente e hizo un esfuerzo por controlarlos, aunque nadie podía verlo, pues los retratos de las paredes estaban todos vacíos. Lentamente, muy lentamente, se incorporó, y al hacerlo se sintió más vivo y más consciente de su propio cuerpo que nunca. ¿Por qué nunca había apreciado el gran milagro que él mismo era, el cerebro, los nervios, el palpitante corazón? Todo eso desaparecería... o, al menos, desaparecería de él. Su respiración se volvió lenta y profunda, y su boca y su garganta se quedaron totalmente secas, pero más lo estaban sus ojos.
La traición de Dumbledore no era casi nada. Por

supuesto que había un plan mayor: Harry había sido simplemente demasiado estúpido para verlo, ahora se daba cuenta. Nunca se había preguntado por qué Dumbledore lo quería vivo. Ahora veía que sus años de vida los habia determinado cuánto tiempo tardara en eliminar todos los Horrocruxes. ¡Dumbledore le había pasado el trabajo de destruirlos, y él, obedientemente, había continuado acabando con los vínculos que ataban, no sólo a Voldemort sino a sí mismo, a la vida! Cuán hábil y elegante había sido, para no perder más vidas, pero sí darle la peligrosa tarea al muchacho que ya había sido marcado para la matanza, y cuya muerte no sería una calamidad, sino un soplo contra Voldemort.
Y Dumbledore sabía que Harry no iba a eludir su responsabilidad, que llegaría hasta el final, aunque fuera su final, porque se había tomado la molestia de conocerlo bien, ¿o no? Dumbledore sabía, igual que Voldemort, que Harry no dejaría que ninguna otra persona muriera por él ahora que había descubierto que la fuerza para parar todo aquello estaba en sí mismo. Se forzo a recordar las imágenes de Fred, Lupin y Tonks cayendo muertos en el Gran Comedor, y por un momento apenas pudo respirar. La muerte estaba impaciente...Pero Dumbledore lo había sobrestimado. Había fallado: la serpiente sobrevivió. Un Horrocrux aún ataba a Voldemort a la tierra, incluso después de haber matado a Harry. Cierto, eso significaría un trabajo más fácil para alguien. Se preguntaba quién lo haría… Ron y Hermione sabían qué debía hacerse, por supuesto… Ése debía ser el por qué de que Dumbledore quisiera que confiara en ellos dos… De modo que si él cumplía su destino un poco antes, ellos pudieran continuar…

Al igual que la lluvia en una ventana fría, esos pensamientos repiquetearon contra la fría superficie de la innegable verdad, que él debía morir. Debo morir. Debo terminar.Ron y Hermione parecían algo muy lejano ya, en un país remoto; sentía como si se hubiera separado de ellos hacía mucho tiempo. No habría despedidas ni explicación alguna, estaba decidido. Este era un viaje que no podrían emprender juntos, y los intentos que ellos pudieran hacer para pararlo sólo le harían perder un valioso tiempo. Miró hacia el estropeado reloj de oro que había recibido por su decimoséptimo cumpleaños. La mitad de la hora que Voldemort le había dado para su rendición casi había transcurrido.

Se incorporó. Su corazón golpeaba contra sus costillas como un pájaro frenético. Quizás él sabía que le quedaba poco tiempo, quizás estaba decidido a cumplir con los últimos latidos antes del final. No miró hacia atrás cuando cerró la puerta de la oficina.

El castillo estaba vacío. Se sentía como un fantasma al cruzarlo solo, como si ya hubiera muerto. La gente de los cuadros todavía estaba ausentes de sus marcos; el lugar al completo aún resultaba espeluznante, como si el resto de su sangre estuviera concentrada en el Gran Comedor, donde se apiñaban los muertos y los moribundos.

Se puso la capa de invisibilidad y descendió varios pisos, hasta que en el último descendió la escalera de mármol del vestíbulo. Quizás una minúscula parte de sí mismo esperaba ser detectado, ser visto, ser detenido, pero la capa era, como siempre, impenetrable, perfecta, y alcanzó las puertas delanteras fácilmente. Entonces Neville pasó caminando muy cerca de él. Estaba trasladando un cuerpo desde los terrenos junto

con otra persona. Harry echó un vistazo hacia abajo y sintió otro soplo de tristeza en el estómago: Colin Creevey, aunque menor de edad, debía haber entrado furtivamente, tal y como lo habían hecho Malfoy, Crabbe y Goyle. Era diminuto aun estando muerto.

–¿Sabes qué? Puedo llevarlo solo, Neville –dijo Oliver Wood, y levantó a Colin sobre su hombro en un movimiento de bombero, cargándolo hasta el Gran Comedor.

Neville se inclinó contra el marco de la puerta por un momento y se limpió la frente con la parte posterior de su mano. Parecía un hombre mayor. Entonces miró de nuevo hacia atrás, en la oscuridad, en busca de más cuerpos para recuperar.

Harry echó un vistazo por detrás de la entrada del Gran Comedor. La gente se movía alrededor, intentando reconfortarse unos a otros, bebiendo, arrodillándose al lado de los muertos, pero no podía ver a nadie a quien amara, ninguna pista de Hermione, Ron, Ginny, o cualquier otro Weasley, ni tampoco de Luna. Sentía que habría dado todo el tiempo que le quedaba con tal de verlos por última vez; pero, entonces, ¿habría tenido fuerzas para dejar de mirar? Era mejor así.

Bajó los escalones y se adentró en la oscuridad. Eran casi las cuatro de la mañana, y la calma mortal de los terrenos era como si también ellos estuvieran respirando, esperando para ver si él podría hacer lo que debía hacer.

Harry se movió hacia Neville, que se doblaba sobre otro cuerpo.

–Neville. –¡Ostras, Harry, casi haces que me dé un ataque!

Harry se había quitado la capa: la idea le había surgido de repente, nacida del deseo de estar totalmente

seguro.
–¿A dónde vas solo? –preguntó Neville suspicazmente.
–Es todo parte del plan –dijo Harry. –Hay algo que tengo que hacer. Escucha... Neville...
–¡Harry! –Neville parecía asustado de repente-.Harry, ¿no estarás pensando en entregarte?
–No –mintió Harry con facilidad-. Por supuesto que no... Esto es algo diferente. Pero tal vez desaparezca de la vista durante un rato. ¿Conoces a la serpiente de Voldemort, Neville? Él tiene una serpiente enorme... Se llama Nagini...
–He oído hablar sobre ella, sí... ¿Qué pasa con eso?
–Hay que matarla. Ron y Hermione lo saben, pero en caso de que ellos...
El horror de esa posibilidad le aturdió durante un momento, le hizo imposible seguir hablando. Pero volvió a recomponerse: era algo crucial, debía ser como Dumbledore, mantener la cabeza fría, asegurarse de que habría reemplazos, otros que continuarían. Dumbledore había muerto sabiendo que quedaban tres personas que sabían lo de los Horrorcruxes; ahora Neville ocuparía el lugar de Harry: quedarían tres que conocerían el secreto.
–¿Matar a la serpiente?–
–Matar a la serpiente –repitió Harry.
–De acuerdo, Harry... ¿Estás bien, verdad? –
–Estoy bien. Gracias, Neville –
Pero Neville le agarró la muñeca, cuando Harry quise ponerse en movimiento.
–Todos vamos a seguir luchando, Harry. Lo sabes, ¿cierto? –
–Sí, yo...–
Un sentimiento sofocante extinguió el final de la frase; no podía continuar. Neville no pareció encontrarlo

extraño. Acarició el hombro de Harry, le soltó y se alejó en busca de más cuerpos.
Harry volvió a ponerse la Capa y echó a andar. Alguien se movía no muy lejos, observando otra figura tendida en los campos. Estaba a sólo unos metros de ella cuando se dio cuenta de que era Ginny.
Se detuvo. Se inclinaba sobre una chica que susurraba llamando a su madre.
–Tranquila –decía Ginny. –Todo va bien. Vamos a llevarte dentro.
–Pero quiero ir a casa –susurró la chica –¡Ya no quiero luchar más!.
–Lo sé –dijo Ginny, y su voz se quebró. –Todo irá bien.
Corrientes de aire frío le recorrían. Quería gritar a la noche, quería que Ginny supiera que él estaba allí, quería que ella supiera a dónde iba. Quería que le detuvieran, que le sujetaran, que le arrastraran de vuelta a casa...
Pero estaba en casa. Hogwarts era el primer y el mejor hogar que había conocido. Tanto él como Voldemort y Snape, los niños abandonados, habían encontrado su hogar allí.
Ginny estaba arrodillada al lado de la chica herida, sosteniéndole la mano. Con un enorme esfuerzo, Harry se obligó a seguir. Creyó ver que Ginny miraba a su alrededor cuando pasó a su lado, y se preguntó si había sentido algo moviéndose cerca de ella, pero no le habló y tampoco miró atrás.
La cabaña de Hagrid apareció en la oscuridad. No había luces, ni se oía a Fang arañando la puerta, dando la bienvenida con ladridos. Todas esas visitas a Hagrid, el brillo de la tetera de cobre puesta al fuego, los pasteles como piedras y las larvas gigantes, y Ron vomitando babosas, y Hermione ayudándole a salvar a

Norberto... Siguió andando, alcanzó el borde del bosque y entonces se detuvo.
Un enjambre de Dementores volaba entre los árboles; podía sentir el frío que emanaban, y no estaba seguro de que pudiera pasar con seguridad entre ellos. No le quedaban fuerzas suficientes para lanzar un Patronus. Ya no podía controlar más sus temblores. Después de todo, no era tan fácil morir. Cada segundo que respiraba, el olor de la hierba, el aire fresco en su cara, eran tan deliciosos... Saber que la gente tenía años y años, tanto tiempo que desperdiciar, tanto tiempo para vivir lentamente, y él se aferraba a cada segundo. Al mismo tiempo que pensaba que no iba ser capaz de continuar, sabía que debía hacerlo. El interminable juego llegaba a su fin, la snitch dorada había sido atrapada, ya era hora de dejar el aire...
La snitch. Sus nerviosos dedos juguetearon durante un momento con la bolsita de piel de topo, que colgaba de su cuello y la sacó.
Me abro al llegar el final.
Respirando fuerte y rápido, se quedó observándola. Ahora que deseaba que el tiempo pasara lo más lentamente posible, se sentía acelerado, y la comprensión le llegaba tan rápido que parecía atravesarle. Éste era el final. Éste era el momento. Presionó el metal dorado contra sus labios y susurró: "Estoy a punto de morir".
El caparazón de metal se rompió y se abrió. Bajó su temblorosa mano, alzó la varita de Draco por debajo de la capa y murmuró: "Lumos".
La piedra negra con la grieta irregular que le atravesaba por el centro contemplaba las dos mitades de la snitch. La Piedra de la Resurrección se había agrietado más, siguiendo la línea vertical que

representaba a la Antigua Varita. Todavía podían verse el triángulo y el círculo que representaban a la Capa y a la Piedra.

Y de nuevo Harry lo comprendió sin siquiera pensarlo. No se trataba de hacerles volver, pues estaba a punto de unirse a ellos. No tenia que atraerlos, eran ellos los que le estaban llamando.

Cerró los ojos y giró la piedra en su mano tres veces. Supo lo que había sucedido porque oyó suaves movimientos a su alrededor, que sugerían la presencia de frágiles cuerpos pisando el terreno arenoso, lleno de ramas, que marcaba el borde exterior del bosque. Abrió los ojos y miró a su alrededor.

No eran ni fantasmas ni cuerpos vivientes, eso podía verlo. A lo que más se parecían era al Riddle que había escapado del diario hacía ya tanto tiempo, y había sido una memoria casi sólida. Con menos sustancia que cuerpos vivientes, pero mucho más que simples fantasmas, se movieron hacia él. Y en cada cara, la misma cariñosa sonrisa.

James era exactamente de la misma estatura que Harry. Llevaba la misma ropa que cuando murió, con el pelo despeinado y revuelto, y las gafas un poco ladeadas, como las del señor Weasley.

Sirius parecía alto y guapo, y muchísimo más joven de lo que Harry le había visto en su vida. Caminaba a zancadas con estilo, las manos en los bolsillos y una amplia sonrisa en su cara.

Lupin también tenía un aspecto más joven y mucho menos desgastado, su pelo estaba más espeso y oscuro. Parecía feliz de haber regresado a ese lugar tan familiar, escenario de tantos vagabundeos adolescentes.

La sonrisa de Lily era la más amplia de todas. Se echó

atrás la melena mientras se acercaba a él, y sus ojos verdes, tan parecidos a los de él, exploraron su cara con ansia, como si jamás fuera a ser capaz de haberle mirado lo suficiente.

–Has sido tan valiente…

Él no podía hablar. Sus ojos se recrearon en ella, y pensó que le gustaría quedarse allí y mirarla eternamente, y que no querría nada más.

–Ya casi has llegado –dijo James. –Estás muy cerca. Estamos… tan orgullosos de ti.

–¿Duele?

La pregunta infantil había salido de los labios de Harry sin poder evitarlo.

–¿Morir? Nada en absoluto –dijo Sirius. –Es más rápido y más fácil que quedarse dormido.

–Y él querrá que sea rápido. Quiere que esto acabe ya –dijo Lupin.

–No quería que murieras –dijo Harry. Estas palabras le salieron sin querer- –Ni ninguno de vosotros. Lo siento… –se dirigió especialmente a Lupin, suplicándole –…justo después de nacer tu hijo… Remus, lo siento…

–Yo también lo siento -dijo Lupin. –Siento no poder conocerle… Pero él sabrá porqué morí y espero que lo entienda. Intentaba que el mundo fuera uno en el que pudiera vivir una vida mejor.

Una fría brisa que parecía emanar del corazón del bosque llevó el aire hasta la frente de Harry. Supo que no le dirían que continuara, que tendría que ser su decisión.

–¿Os quedaréis conmigo?

–-Hasta el final -dijo James.

–¿No podrán veros? -preguntó Harry.

–Somos parte de ti -dijo Sirius, –invisibles a cualquier otro.

Harry miró a su madre.
–Quédate cerca de mí –dijo suavemente.
Y empezó a moverse. El frío de los dementores no le atemorizó; pasó a través de ellos junto con sus compañeros, que actuaron como Patronus para él, y juntos marcharon entre los viejos árboles que crecían apretadamente, sus ramas se enredaban, sus raíces se retorcían y enroscaban bajo sus pies. Harry sujetó fuertemente la Capa a su alrededor mientras avanzaban en la oscuridad, viajando a lo más profundo del bosque, sin saber en realidad dónde estaba exactamente Voldemort, pero seguro de que le encontraría. A su lado, sin hacer apenas ruido, caminaban James, Sirius, Lupin y Lily, y su presencia le daba coraje, y era lo que le permitía seguir poniendo un pie enfrente del otro.
Notaba su cuerpo y su mente extrañamente desconectados, con las costillas trabajando sin instrucciones conscientes, como si fuera un pasajero y no el conductor del cuerpo que estaba a punto de abandonar. Los muertos que caminaban a su lado, atravesando el bosque, eran mucho más reales para él, en ese momento, que los vivos que habia dejado atrás en el castillo; Ron, Hermione, Ginny y todos los demás eran fantasmas, mientras caminaba como atontado hacia el final de su vida, hacia Voldemort…
Un golpe y un susurro: alguna otra criatura viviente se había agitado muy cerca. Harry se detuvo bajo la Capa, atisbando a su alrededor, escuchando, sus padres, Lupin y Sirius se detuvieron también.
–Hay alguien ahí –sonó un áspero susurro muy, muy cerca. –Tiene una Capa de Invisibilidad. ¿No será…?
Dos figuras aparecieron desde detrás de un árbol cercano: sus varitas resplandecieron, y Harry vio a Yaxley y Dolohov escudriñando la oscuridad,

directamente hacia el lugar en que estaban Harry, sus padres, Sirius y Lupin. Daba la impresión de que no podían ver nada.
–He oido algo, seguro –dijo Yaxley. –¿Crees que habrá sido un animal?
–Ese grandullón de Hagrid guardaba un enorme montón de cosas raras en su casa –dijo Dolohov, echando un vistazo sobre su hombro. Yaxley bajó la mirada hasta su reloj.
–Ya casi es el momento. Se ha cumplido la hora de Potter. Y no viene.
–Será mejor que volvamos –dijo Yaxley. –Nos enteraremos de cuál es ahora el plan.
Dolohov y él se volvieron y se adentraron más en el bosque. Harry les siguió, sabiendo que le guiarían exactamente a donde quería ir. Miró de un lado a otro, su madre le sonrió y su padre asintió, dándole ánimos.
Habían avanzado durante sólo unos minutos cuando Harry vio luz frente a él, Yaxley y Dolohov llegaron a un claro, que Harry reconoció como el lugar donde el monstruoso Aragog había vivido en otra época. Aún quedaban restos de su gigantesca red, pero su enjambre de descendientes había sido expulsado de allí por los Mortífagos, para que luchara por su causa.
Había un fuego ardiendo en el medio del claro, y su luz parpadeante iluminaba una multitud de mortífagos completamente silenciosos y vigilantes. Algunos de ellos aún llevaban máscara y capucha; otros mostraban sus caras. Dos gigantes estaban sentados en el extremo del grupo, arrojando enormes sombras en la escena, de caras crueles y rugosas, como talladas vastamente en roca. Harry vio a Fenrir, merodeando, mordiéndose las largas uñas; el enorme y rubio Rowle estaba tocándose delicadamente su labio, que sangraba. Vio a Lucius

Malfoy, que parecía derrotado y aterrado, y a Narcissa cuyos ojos estaban hundidos y llenos de aprehensión. Cada ojo estaba fijo sobre Voldemort, que estaba parado, con su cabeza inclinada, y sus manos blancas dobladas sobre la Varita Mayor delante de sí. Tal vez estaba rezando o contando silenciosamente en su mente, y Harry, parado en la orilla de la escena, pensó absurdamente en un niño contando, jugando al escondite. Detrás de su cabeza, todavía enrollándose y girando, la gran serpiente Nagini flotaba en su brillante jaula encantada, como un halo monstruoso. Cuando Dolohov y Yaxley se reunieron en el círculo, Voldemort miraba hacia arriba.
–Ninguna señal de él, mi Señor –dijo Dolohov. La expresión de Voldemort no cambió. Los ojos rojos parecían brillar junto a la luz del fuego. Lentamente, extrajo la Vieja Varita entre sus dedos largos.
–Mi señor –Bellatrix había hablado. Se sentó lo más cerca posible de Voldemort, despeinada, con la cara un poco ensangrentada pero ilesa. Voldemort levantó la mano para silenciarla, y ella no soltó una palabra más, lo miró con fascinación, adorándole.
–Pensé que vendría –dijo Voldemort con voz fuerte y clara, sus ojos aún en las llamas saltarinas. –Esperaba que viniera–.
Nadie habló. Parecían estar tan asustados como Harry, cuyo corazón estaba palpitando contra sus costillas, tratando de escapar de aquel cuerpo que estaba a punto de caer a un lado. Sus manos sudaban mientras se quitaba la capa de Invisibilidad y la guardaba junto a su túnica, con su varita. No quería verse tentado a pelear.
–Parece que he sido… engañado –dijo Voldemort.
–¡No lo has sido! –dijo Harry con la voz más alta que

pudo, con toda la fuerza que pudo reunir. No deseaba sonar asustado. La Piedra de la Resurrección se deslizó por entre sus dedos entumecidos, y por el rabillo de sus ojos vio que sus padres, Sirius y Lupin desaparecieron cuando caminó hacia delante de la luz del fuego. En ese momento sentía que nadie importaba excepto Voldemort. Eran simplemente los dos.

La ilusión se fue tan pronto como llegó. Los gigantes rugieron como los Mortífagos y se levantaron juntos, había muchos gritos, lamentos, incluso risas. Voldemort estaba congelado donde estaban parados, sus ojos rojos se habían encontrado con los de Harry, y miró fijamente en cuanto se movió hacia él, con nada más que el fuego entre ellos. Entonces una voz gritó:

–¡HARRY! ¡NO! –

Se dio vuelta y vio a Hagrid, estaba atrapado y atado a un árbol cercano. Su cuerpo macizo agitó las ramas sobre la cabeza cuando luchó por zafarse, desesperado.

–¡NO! ¡NO! HARRY, ¿QUÉ HACES...?

–¡CÁLLATE! –gritó Rowle, y con un golpecito de su varita, Hagrid fue silenciado.

Bellatrix, que había saltado sobre sus pies, miraba con impaciencia de Voldemort a Harry, su pecho se agitaba. Las únicas cosas que se movieron eran las llamas y la serpiente, enrollandose y desenrollándose en la jaula que brillaba detrás de la cabeza de Voldemort.

Harry podía sentir la varita contra su pecho, más no hizo ningun intento de cogerla. Él sabía que la serpiente estaba demasiado protegida, sabía que si conseguía apuntar a Nagini, cincuenta maldiciones lo golpearían primero. Entretanto, Voldemort y Harry se miraban el uno al otro, y ahora Voldemort inclinaba su cabeza un poco para un lado, considerando lo que tenía en frente, y una sonrisa particularmente decepcionada

surgió de sus labios.
–Harry Potter –dijo muy suavemente. Su voz podría ser parte del fuego que saltaba. –El muchacho que vivio….
Ninguno de los Mortífagos se movió. Esperaban: Todos esperaban. Hagrid se debatia, y Bellatrix jadeaba, y Harry pensó inexplicablemente en Ginny, y su mirada ardiente, y la sensación de sus labios en los suyos.
Voldemort había levantado su varita. Su cabeza todavía estaba inclinada de lado, como un niño curioso, preguntándose qué sucedería si procedía. Harry devolvió la mirada a los ojos rojos, y deseó que sucediera de una vez, rápido, mientras aún podía permanecer de pie, antes de que perdiera el control, antes de que le traicionara el miedo…
Vio cómo se movía la boca y un rayo de luz verde, y todo desaparecio.

Capítulo Treinta y cinco



King´s Kross

Yacía bocabajo, escuchando el silencio. Estaba absolutamente solo. Nadie lo estaba mirando. Nadie más estaba allí. No estaba completamente seguro de que él mismo estuviera allí.

Bastante tiempo después, o quizá en ese mismo instante, le vino el pensamiento de que debía de existir, debía de ser más que un pensamiento incorpóreo, ya que estaba tendido, definitivamente tendido sobre alguna superficie. Por tanto tenía el sentido del tacto, y la cosa contra la que estaba tendido también existía.

Casi en el momento en que llegó a esa conclusión, Harry se dio cuenta de que estaba desnudo. Convencido como estaba de su total aislamiento, esto no le preocupó, pero sí le intrigó levemente. Si bien podía sentir, se preguntó si también podría ver. Abriéndolos,

descubrió que tenía ojos.
Yacía en medio de una brillante neblina, aunque no era como las otras neblinas que siempre había experimentado. Los alrededores no estaban ocultos por vapor nublado; más bien el vapor nublado no se había formado a su alrededor. El suelo en el que estaba echado parecía ser blanco, ni caliente ni frío, simplemente así, un espacio liso y blanco en el que estar.
Se sentó. Su cuerpo parecía indemne. Se tocó la cara. Ya no llevaba las gafas puestas.
Entonces un ruido le llegó a través de la nada uniforme que le rodeaba: los pequeños y suaves golpeteos de algo que aleteaba, se sacudía y luchaba. Era un sonido lastimoso, pero también ligeramente indecente. Tenía la incómoda sensación de que estaba escuchando algo vergonzoso y furtivo.
Por primera vez, deseó estar vestido.
Casi al instante de formarse el deseo en su mente, unas túnicas aparecieron a corta distancia. Las cogió y se las puso. Eran suaves, limpias, y cálidas. Era extraordinario cómo simplemente habían aparecido así, en el momento en que las quería…
Se puso en pie mirando alrededor. ¿Estaba en alguna gran Sala de los Menesteres? Cuanto más lejos miraba, mas se veía. Un gran techo abovedado de cristal brillaba en lo alto bajo la luz del sol. Tal vez era un palacio. Todo estaba silencioso y quieto, exceptuando esos extraños golpeteos y sonidos gimoteantes que salían de algún lugar cercano, en la neblina…
Harry se giró lentamente, y los alrededores parecieron inventarse a si mismos ante sus ojos. Un gran espacio abierto, brillante y limpio, una grandiosa sala mucho más grande que el Gran Comedor, con ese límpido

techo abovedado de cristal. Estaba bastante vacío. Era la única persona allí, excepto por…
Retrocedió. Había localizado la cosa que estaba haciendo los ruidos. Tenía la forma de un niño pequeño desnudo, arrebujado en el suelo, con la piel ajada y áspera, despellejada. Estaba temblando bajo el asiento donde había sido abandonado, no deseado, escondido fuera de vista, luchando por respirar.
Sintió miedo de él. Aunque era pequeño y frágil y estaba herido, no quería acercarse a él. Sin embargo, se fue acercando lentamente, listo para saltar hacia atrás en cualquier momento. Pronto estuvo lo suficientemente cerca para tocarlo, pero no fue capaz de hacerlo. Se sintió como un cobarde. Debería reconfortarlo, pero le causaba repulsión.
-No puedes ayudar.
Se dio la vuelta. Albus Dumbledore estaba andando hacia él, directo y lleno de energía, vistiendo prendas de un radical azul medianoche y con una túnica suelta de color azul medianoche.
-Harry -abrió los brazos ampliamente, y sus manos estaban enteras, blancas e intactas-. Chico maravilloso. Valiente, valiente hombre. Paseemos.
Atónito, Harry siguió a Dumbledore cuando este se alejó a grandes zancadas del gimoteante y despellejado niño, llevándolo a dos asientos que Harry no había notado previamente, que estaban colocados a cierta distancia bajo el alto y destellante techo. Dumbledore se sentó en uno de ellos y Harry en el otro, mirando la cara de su antiguo director. El largo cabello plateado y la barba de Dumbledore, los penetrantes ojos azules bajo las gafas de media luna, la nariz torcida: todo estaba como lo recordaba. Y aun así…
-Pero está muerto -dijo Harry.

-Oh, sí -dijo Dumbledore de forma práctica.
-Entonces… ¿también estoy muerto?
-Ah -dijo Dumbledore, sonriendo más abiertamente-. Esa es la cuestión ¿no es cierto? En conjunto, querido muchacho, creo que no.
Se miraron mutuamente, el hombre mayor todavía sonriendo.
-¿No? -repitió Harry.
-No -dijo Dumbledore.
-Pero… -Harry levantó instintivamente la mano hacia la cicatriz con forma de relámpago. No parecía que estar allí-. Pero debería haber muerto… ¡no me defendí! ¡Tenía la intención de dejar que me matara!
-Y esa voluntad -dijo Dumbledore-, pienso, marcó toda la diferencia.
La felicidad parecía irradiar de Dumbledore como una luz, como fuego. Harry nunca había visto al hombre tan completamente y palpablemente satisfecho.
-Explíquese -dijo Harry.
-Pero ya lo sabes –dijo Dumbledore. Se cruzó de brazos y jugueteó con los dedos.
-Dejé que me matase –dijo Harry-, ¿verdad?
-Lo hiciste –dijo Dumbledore, asintiendo con la cabeza-. ¡Sigue!
-Así que la parte de su alma que estaba en mí…
Dumbledore asintió todavía con más entusiasmo, instando a Harry a seguir, con una amplia sonrisa de aliento en la cara.
-… se ha ido?
-¡Oh sí! –dijo Dumbledore-. Sí, la destruyó. Tu alma está completa, y es completamente tuya, Harry.
-Pero entonces…
Harry miró por encima de su hombro, hacia donde la pequeña y mutilada criatura temblaba bajo la silla.

-¿Qué es eso, profesor?
-Algo que está más allá de nuestra ayuda –dijo Dumbledore.
-Pero si Voldemort usó la Maldición Asesina –empezó Harry otra vez-, y nadie murió por mí esta vez… ¿cómo puedo estar vivo?
-Creo que lo sabes –dijo Dumbledore-. Piensa en lo que pasó. Recuerda lo que hizo, en su ignorancia, en su codicia y crueldad.
Harry pensó. Dejó que su mirada vagase por los alrededores. Si efectivamente estaban sentados en un palacio, era uno extraño, con sillas colocadas en pequeñas filas y trozos de verja aquí y allá. Y aún así, él y Dumbledore y la atrofiada criatura bajo la silla eran los únicos seres allí. Entonces la respuesta brotó en sus labios con facilidad, sin esfuerzo.
-Tomó mi sangre –dijo Harry.
-¡Precisamente! –dijo Dumbledore-. ¡Tomó tu sangre y reconstruyó su cuerpo vivo con ella! Tu sangre en sus venas, Harry, ¡la protección de Lily dentro de ambos! ¡Te ató a la vida mientras él viva!
-Yo vivo… ¿mientras él vive? Pero pensé… ¡pensé que era al revés! Pensé que ambos teníamos que morir. ¿O es lo mismo?
Fue distraído por los gemidos y golpeteos de la criatura que agonizaba tras ellos, y de nuevo miró hacia atrás para verla.
-¿Está seguro de que no podemos hacer nada?
-No hay ayuda posible.
-Entonces explíqueme… más –dijo Harry, y Dumbledore sonrió.
-Tú fuiste el séptimo Horrocrux, Harry, el Horrocrux que nunca tuvo intención de hacer. Había vuelto su alma tan inestable que se rompió en pedazos cuando

cometió esos actos de atroz maldad, el asesinato de tus padres, el intento de matar a un niño. Pero lo que escapó de esa habitación fue menos de lo que supo. Dejó algo más que su cuerpo detrás. Dejó parte de su alma pegada a ti, la víctima en potencia que había sobrevivido.

»¡Y su conocimiento permaneció deplorablemente incompleto, Harry! Aquello a lo que Voldemort no da valor, no se toma la molestia de entender. De elfos domésticos y cuentos de niños, de amor, lealtad e inocencia, Voldemort no sabe ni entiende nada. Nada. Que todos tienen un poder más allá del suyo, un poder más allá del alcance de cualquier magia, es una verdad que nunca ha comprendido.

»Tomó tu sangre pensando que lo haría más fuerte. Tomó en su cuerpo una pequeña parte del encantamiento que tu madre colocó en ti cuando murió por salvarte. El cuerpo de Voldemort mantiene su sacrificio vivo, y mientras ese encantamiento sobreviva, asimismo lo harás tú y también la última esperanza de Voldemort para sí mismo.

Dumbledore sonrió a Harry y éste lo miró.

-¿Y usted sabía todo esto? Lo sabía… ¿todo este tiempo?

-Lo suponía. Pero mis suposiciones normalmente han sido buenas –dijo Dumbledore con alegría, y continuaron sentados en silencio durante lo que pareció un largo rato, mientras la criatura que estaba detrás continuaba gimiendo y temblando.

-Hay más –dijo Harry-. Hay más sobre eso. ¿Por qué mi varita rompió la que él había tomado prestada?

-Sobre eso no puedo estar seguro.

-Haga una conjetura, entonces. –dijo Harry, y Dumbledore rió.

-Lo que debes entender, Harry, es que tú y Lord

Voldemort habéis viajado juntos en dominios de la magia hasta el momento desconocidos y no probados. Pero esto es lo que creo que pasó, y no tiene precedente, y pienso que ningún fabricante de varitas se lo podría haber pronosticado o explicado a Voldemort.

»Sin tener intención de ello, como sabes ahora, Lord Voldemort dobló el vínculo entre vosotros cuando volvió a la forma humana. Un parte de su alma todavía estaba pegada a la tuya, y pensando en fortalecerse, tomó una parte del sacrificio de tu madre en sí mismo. Si sólo hubiese entendido el preciso y terrible poder de ese sacrificio, tal vez no se habría atrevido a tocar tu sangre… Pero entonces, si hubiese sido capaz de entenderlo, no podría ser Lord Voldemort, y quizás nunca habría asesinado.

»Habiendo asegurado esta conexión doble, habiendo enlazado vuestros destinos juntos con más seguridad de lo que alguna vez dos magos han estado unidos en la historia, Voldemort procedió a atacarte con una varita que compartía núcleo con la tuya. Y entonces algo muy extraño pasó, como sabemos. Los núcleos actuaron de una forma que Lord Voldemort, que nunca supo que tu varita era una gemela de la suya, nunca habría esperado.

»Tenía mucho más miedo que tú esa noche, Harry. Habías aceptado, incluso abrazado la posibilidad de la muerte, algo de lo que Lord Voldemort nunca ha sido capaz. Tu valentía ganó, tu varita sobrepasó en poder a la suya. Y al hacer eso, algo pasó entre esas dos varitas, algo que repitió la relación entre sus amos.

»Creo que tu varita se imbuyó de parte del poder y las cualidades de la varita de Voldemort esa noche, que es lo mismo que decir que pasó a contener un poco del

mismo Voldemort. Así que tu varita lo reconoció cuando te persiguió, reconoció al hombre que era a la vez familiar y enemigo mortal, y regurgitó parte de su propia magia contra él, magia mucho más poderosa que la que la varita de Lucius había realizado alguna vez. Tu varita ahora contiene el poder de tu enorme valentía y la propia habilidad mortal de Voldemort: ¿Qué oportunidad tenía esa pobre ramita de Lucius Malfoy?
-Pero si mi varita era tan poderosa, ¿cómo es que Hermione fue capaz de romperla? –preguntó Harry.
-Mi querido muchacha, sus extraordinarios efectos fueron únicamente dirigidos a Voldemort, que había interferido de forma tan poco aconsejable con las leyes más profundas de la magia. La varita sólo fue anormalmente poderosa al enfrentarse a él. Por lo demás era una varita tan normal como cualquier otra… aunque una muy buena, estoy seguro –terminó Dumbledore amablemente.
Harry permaneció sentado pensando durante bastante tiempo, o tal vez segundos. Ahí era bastante complicado estar seguro de cosas como el tiempo.
-Me mató con su varita.
-Falló al matarte con mi varita –corrigió Dumbledore a Harry-. Creo que podemos estar de acuerdo en que no estás muerto… aunque, por supuesto –añadió, como si temiese haber sido descortés-, no minimizo tus sufrimientos, que estoy seguro fueron severos.
-Aunque ahora me siento genial –dijo Harry, bajando la vista a sus manos limpias y sin manchas-. ¿Dónde estamos, exactamente?
-Bueno, te iba a preguntar eso –dijo Dumbledore, mirando alrededor-. ¿Dónde dirías que estamos?
Hasta que Dumbledore lo preguntó, Harry no lo había

sabido. Ahora, sin embargo, se encontró con que tenía una respuesta preparada.
-Parece –dijo lentamente-, la estación de King's Cross. Excepto que mucho más limpia y vacía, y por lo que puedo ver, no tiene trenes.
-¡La estación de King's Cross! –Dumbledore se estaba riendo entre dientes excesivamente-. ¿Dios mío, de verdad?
-Bueno, ¿dónde piensa usted que estamos? –dijo Harry, un poco a la defensiva.
-Mi querido muchacho, no tengo ni idea. Esto es, como dicen, tu fiesta.
Harry no tenía ni idea de lo que quería decir eso; Dumbledore estaba siendo exasperante. Lo miró airado, y entonces recordó una pregunta mucho más apremiante que esa de su actual localización.
-Las Reliquias de la Muerte –dijo, y se alegró al ver que las palabras le borraban la sonrisa a los labios de Dumbledore.
-Ah, sí –dijo él. Incluso parecía un poco preocupado.
-¿Bueno?
Por primera vez desde que Harry conocía a Dumbledore, pareció menos un hombre mayor, mucho menos. Fugazmente pareció un niño pequeño pillado en una maldad.
-¿Puedes perdonarme? –dijo-. ¿Puedes perdonarme por no confiar en ti? ¿Por no decírtelo? Harry, sólo temía que fallases como yo lo había hecho. Temía que cometieses mis errores. Ansío tu perdón, Harry. He sabido, desde hace bastante tiempo, que eres el mejor hombre de los dos.
-¿De qué está hablando? –preguntó Harry, sobresaltado por el tono de Dumbledore, por las repentinas lágrimas en sus ojos.

-Las Reliquias, las Reliquias –murmuró Dumbledore-. ¡El sueño de un hombre desesperado!
-¡Pero son reales!
-Reales y peligrosas, y un atractivo para los tontos –dijo Dumbledore-. Y yo era tan tonto. Pero lo sabes, ¿verdad? Ya no tengo más secretos para ti. Lo sabes.
-¿Qué sé?
Dumbledore giró todo su cuerpo para enfrentar a Harry, y las lágrimas todavía destellaban en los brillantes ojos azules.
-El amo de la muerte, Harry, ¡el amo de la Muerte! ¿En última instancia, fui mejor que Voldemort?
-Por supuesto que lo fue –dijo Harry-. Por supuesto... ¿cómo puede preguntar eso? ¡Nunca mataba si podía evitarlo!
-Cierto, cierto –dijo Dumbledore, que parecía un niño buscando confianza-. Y aún así busqué una manera de conquistar a la muerte, Harry.
-No de la forma que él lo hizo –dijo Harry. Después de toda su rabia contra Dumbledore, qué extraño era sentarse ahí, bajo el alto techo abovedado, y defender a Dumbledore de sí mismo-. Reliquias, no Horrocruxes.
-Reliquias –murmuró Dumbledore-, no Horrocruxes. Precisamente.
Hubo una pausa. La criatura detrás de ellos gimoteó, pero Harry no volvió a mirar alrededor.
-¿Grindelwald también las buscaba? –preguntó.
Dumbledore cerró los ojos un momento y asintió.
-Era la cosa, por encima de todo, que nos acercó. –dijo en vos baja-. Dos chicos listos y arrogantes con una obsesión común. Quería ir al Valle de Godric, como estoy seguro de que acertaste, debido a la tumba de Ignotus Peverell. Quería explorar el lugar donde el tercer hermano había muerto.

-¿Entonces es cierto? –preguntó Harry-. ¿Todo eso? Los hermanos Peverell…
-… fueron los tres hermanos del cuento –dijo Dumbledore, asintiendo-. Oh, sí, creo que sí. Si conocieron o no a la Muerte en un camino solitario… creo que es más probable que los hermanos Peverell fuesen simplemente magos dotados y peligrosos que consiguieron crear esos objetos poderosos. La historia de que fuesen las propias Reliquias de la Muerte, me parece el tipo de leyenda que podría haberse extendido alrededor de esas creaciones.
»La Capa, como sabes ahora, viajó a través de los años, de padre a hijo, de madre a hija, hasta el último descendiente vivo de Ignotus, que nació, al igual que Ignotus, en el pueblo del Valle de Godric.
Dumbledore sonrió a Harry.
-¿Yo?
-Tú. Has adivinado, lo sé, porqué la Capa estaba en mi posesión la noche en que tus padres murieron. James me la había enseñado justo unos días antes. ¡Explicaba tanto sus travesuras no descubiertas en el colegio! Apenas podía creer lo que estaba viendo. Se la pedí prestada, para examinarla. Hacía mucho que había desistido de mis sueño de juntar las Reliquias, pero no pude resistirme, no pude evitar querer examinarla… Era una Capa como nunca había visto, extremadamente antigua, perfecta en todos los sentidos… y entonces tu padre murió, y yo tuve dos Reliquias, ¡todas para mí!
Su tono era insoportablemente amargo.
-Aunque la Capa no les habría ayudado a sobrevivir –dijo Harry con rapidez-. Voldemort sabía dónde estaban mis padres. La Capa no les habría hecho inmunes a las maldiciones.
-Cierto –suspiró Dumbledore-. Cierto.

Harry esperó, pero Dumbledore no habló, por lo que apuntó:
-¿Así que había abandonado la búsqueda de las Reliquias cuando vio la Capa?
-Oh sí –dijo Dumbledore débilmente. Parecía que se estaba obligando a encontrar los ojos de Harry-. Sabes lo que pasó. Lo sabes. No puedes despreciarme más de lo que me desprecio a mí mismo.
-Pero no le desprecio.
-Entonces deberías hacerlo –dijo Dumbledore. Tragó aire profundamente-. Conoces el secreto de la mala salud de mi hermana, lo que le hicieron esos muggles, en lo que se convirtió. Sabes cómo mi pobre padre buscó la venganza, y pagó el precio, muriendo en Azkaban. Sabes cómo mi madre renunció a su propia vida para cuidar de Ariana.
»Yo estaba resentido por eso, Harry.
Dumbledore lo indicó sin rodeos, con frialdad. Ahora estaba mirando por encima de la cabeza de Harry, hacia la distancia.
-Tenía dones, Harry, era brillante. Quería escapar. Quería brillar. Quería la Gloria.
»No me malinterpretes. –dijo, y el dolor cruzó su cara, de modo que de nuevo parecía un anciano-. Los amaba, amaba a mis padres. Amaba a mi hermano y a mi hermana, pero era egoísta, Harry, más egoísta de lo que tú, que eres una persona extraordinariamente desinteresada, puedas imaginar.
»Entonces, cuando mi madre murió y quedé responsable de una hermana dañada y un hermano caprichoso, volví al pueblo con ira y amargura. ¡Atrapado y desaprovechado!, pensé. Y entonces por supuesto, él vino…
dumbledore miró nuevamente a Harry a los ojos.

-Grindelwald. No te puedes imaginar cómo sus ideas me atraparon, Harry, me excitaron. Muggles forzados al servilismo. Nosotros los magos, triunfantes. Grindelwald y yo, los gloriosos jóvenes líderes de la revolución.
»Oh, tuve unos pocos escrúpulos. Calmé a mi conciencia con palabras vacías. Todo sería para el bien superior, y cualquier daño hecho sería reparado cien veces más en beneficios para los magos. ¿Sabía, en lo más profundo de mi corazón, lo que era Gellert Grindelwald? Creo que lo sabía, pero cerré los ojos. Si los planes que estábamos haciendo daban resultado, todos mis sueños se harían realidad.
»Y en el corazón de nuestras maquinaciones, ¡las Reliquias de la Muerte! ¡Cómo le fascinaban, cómo nos fascinaban a los dos! ¡La varita invencible, el arma que nos llevaría al poder! La Piedra de Resurrección… para él, aunque yo fingía no saberlo, ¡significaba un ejército de Inferi! Para mí, te confieso, significaba la vuelta de mis padres, y que se fuesen todas las responsabilidades de mis hombros.
»Y la Capa… por alguna razón, nunca discutimos mucho la Capa, Harry. Ambos nos ocultábamos lo suficientemente bien sin la Capa, cuya verdadera magia, por supuesto, es que se podía usar para proteger y escudar a otros además de a su dueño. Pensé que si alguna vez la encontrábamos, podría ser útil para esconder a Adriana, pero nuestro interés en la Capa era principalmente que completaba el trío, ya que la leyenda decía que el hombre que uniese los tres objetos sería el verdadero amo de la Muerte, lo que nosotros pensábamos que significaba "invencible".
»¡Invencibles amos de la Muerte, Grindelwald y Dumbledore! Dos meses de locura, de sueños crueles, y

de abandono de los únicos dos miembros de mi familia que me quedaban.
»Y entonces… ya sabes lo que pasó. La realidad volvió en forma de mi brusco, poco académico e infinitamente mucho más admirable hermano. No quise escuchar las verdades que me gritó. No quise escuchar que no podía exponerme y buscar las Reliquias con una frágil e inestable hermana a cuestas.
»La discusión se convirtió en una pelea. Grindelwald perdió el control. Eso que siempre había sentido en él, aunque fingía que no, ahora se volvió un ser terrible. Y Ariana… después de todo el cuidado y precaución de mi madre… yació muerta en el suelo.
Dumbledore soltó un pequeño jadeo y empezó a llorar de verdad. Harry estiró la mano y se alegró al encontrarse con que podía tocarlo. Lo agarró del brazo con fuerza, y gradualmente Dumbledore recuperó el control.
-Bueno, Grindelwald escapó, como cualquiera menos yo podía haber pronosticado. Se desvaneció, con sus planes de alcanzar el poder, y sus maquinaciones de torturas a muggles, y sus sueños sobre las Reliquias de la Muerte, sueños en los que lo había animado y ayudado. Escapó, mientras yo me quedé para enterrar a mi hermana, y aprender a vivir con mi culpa y mi terrible pesar, el precio de mi deshonra.
»Pasaron los años. Hubo rumores sobre él. Decían que se había hecho con una varita de inmenso poder. Mientras tanto, a mi me ofrecieron el puesto de Ministro de Magia, no una vez, sino varias. Naturalmente, lo rechacé. Había aprendido que no se podía confiar en mí teniendo poder.
-¡Pero usted habría sido mejor, mucho mejor, que Fudge o Scrimgeour! –soltó Harry de golpe.

-¿Lo habría sido? –preguntó Dumbledore pesadamente-. No estoy tan seguro. Había probado, siendo un hombre joven, que el poder era mi debilidad y mi tentación. Es una cosa curiosa, Harry, pero quizás aquellos que son más apropiados para el poder son los que nunca lo han buscado. Aquellos que, como tú, se les impone el liderazgo, y que toman el control porque deben, y se encuentran para su propia sorpresa que lo llevan bien.
»Estaba seguro en Hogwarts, creo que fui un buen profesor…
-Fue el mejor…
-… eres muy amable, Harry. Pero mientras me ocupaba con el entrenamiento de jóvenes magos, Grindelwald estaba formando un ejército. Decían que me temía, y tal vez lo hacía, pero menos, creo, de lo que yo le temía.
»Oh, no la muerte –dijo Dumbledore, en respuesta a la mirada interrogante de Harry-. No a lo que me pudiera hacer mágicamente. Sabía que estábamos totalmente igualados, quizás incluso yo era un poco más habilidoso. Era la verdad lo que temía. Sabes, nunca supe quién de nosotros, en esa última pelea horrible, había lanzado la maldición que mató a mi hermana. Puedes llamarme cobarde: tendrías razón, Harry. Temía por encima de todas las cosas el conocimiento de que había sido yo el que la había matado, no meramente por mi arrogancia y estupidez, sino porque en realidad hubiese lanzado el golpe que la dejó sin vida.
»Creo que él lo sabía, que sabía lo que me atemorizaba. Retrasé nuestro encuentro hasta que finalmente, habría sido demasiado vergonzoso resistirse más. La gente estaba muriendo y él parecía imparable, y tuve que hacer lo que pude.
»Bueno, ya sabes lo que pasó después. Gané el duelo.

Gané la varita.
Otro silencio. Harry no preguntó si Dumbledore había averiguado alguna vez quién había matado a Ariana. No quería saberlo, y menos quería que Dumbledore se lo contase. Por fin sabía lo que Dumbledore debería haber visto al mirarse en el espejo de Oesed, y porqué Dumbledore había entendido tan bien la fascinación que había ejercido sobre Harry.
Se sentaron en silencio durante bastante rato, y los quejidos de la criatura detrás de ellos apenas perturbaban más a Harry.
Por fin dijo: -Grindelwald intentó detener a Voldemort de perseguir la varita. Le mintió, sabe, aparentó que nunca la había tenido.
Dumbledore asintió, bajando la vista a su regazo, con lágrimas todavía brillando en su torcida nariz.
-Dicen que mostró arrepentimiento en sus últimos años, solo en su celda en Nurmengard. Espero que eso sea cierto. Me gustaría pensar que sintió el horror y la vergüenza de lo que había hecho. Tal vez esa mentira hacia Voldemort fue su intento de reconciliarse... de evitar que Voldemort consiguiese la Reliquia...
-... o tal vez de que entrase en su tumba? –sugirió Harry, y Dumbledore se enjugó los ojos.
Después de otra corta pausa, Harry dijo,
-Intentó utilizar la Piedra de Resurección.
Dumbledore asintió.
-Cuando la descubrí, después de todos esos años, enterrada en el hogar abandonado de los Gaunts... la Reliquia que anhelaba mas que todas, aunque en mi juventud la había deseado por razones muy distintas... Perdí la cabeza, Harry. Realmente olvidé que era un Horrocrux, que el anillo claramente cargaba con una maldición. Lo recogi, y me lo puse, y en un segundo

imaginé que estaba a punto de ver a Ariana, y a mi madre, y a mi padre, y en decirles lo mucho, muchísimo que lo sentía, fui…

»Fui un tonto, Harry. Después de todos esos años no había prendido nada. Yo no servía para reunir las Reliquias, lo había demostrado una y otra vez, y aquí estaba la prueba final.

-¿Por qué? -dijo Harry- ¡Es natural! Quería verles de nuevo. ¿Qué hay de malo en ello?

-Quizás un hombre entre un millón podría reunir las Reliquias, Harry. Yo servía solo para poseer la menos de ellas, la menos extraordinaria. Era apropiado para la Varita de Sauco, y no más, y no jactarme, ni matar con ella. Se me permitía vencer y utilizarla, porque la había cogido, no ganado, para salvar a otros de ella.

-Pero la Capa, la tomé por vana curiosidad, y nunca funcionaría para mí como para vosotros, sus auténticos poseedores. La piedra la habría utilizado en un intento de arrastrar de vuelta a los que descansan en paz, en vez de ser capaz de sacrificarme a mi mismo, como tú has hecho. Tú eres el legítimo poseedor de las Reliquias.

Dumbledore palmeó la mano de Harry, y Harry levantó la mirada hacia el anciano y sonrió. No puedo evitarlo. ¿Cómo podía guardar rencor a Dumbledore ahora?

-¿Por que me lo ha puesto tan difícil?

La sonrisa de Dumbledore fue tremula.

-Me temo que contaba con que la Señorita Granger te retrasara, Harry. Temía que tu cabeza ardiente pudiera dominar a tu buen corazón. Me asustaba eso, si presentaba categóricamente la verdad sobre estos objetos tentadores, podías coger las Reliquias como yo lo hice, en el momento equivocado, y por las razones equivocadas. Si posabas las manos en ellas, quería que

las poseyeras con seguridad. Eres el auténtico amo de la muerte, porque el auténtico amo no busca huir de al Muerte. Acepta que debe morir, y entiende que hay cosas mucho, mucho peores en el mundo que morir.
-¿Y Voldemort nunca oyó hablar de las Reliquias?
-No creo, porque no reconoció la Piedra de Resurección que convirtió en Horrocruz. Pero incluso si las hubiera conocido, Harry, dudo que se hubiera interesado en ninguna excepto en la primera. No había creído necesitar la Capa, y en cuanto a la piedra, ¿a quién había querido devolver de la muerte? Él teme a la muerte. No ama.
-¿Pero esperaba que fuera a por la varita?
-Estaba seguro de que lo intentaría, desde que tu varita venció a la de Voldemort en el cementerio de Little Hangleton. Al principio, temía que le hubieras conquistado con una habilidad superior. Una vez hubo raptado a Ollivander, sin embargo, descubrió la existencia de los núcleos gemelos. Pensó que eso lo explicaba todo. ¡Aunque la varita prestada no fue mejor contra la tuya! Así que Voldemort, en vez de preguntarse a sí mismo que cualidad había en ti que hacía a tu varita tan poderoso, que don poseías que él no, naturalmente se embarcó en la búsqueda de una varita que, por lo que decían, batiría a cualquier otra. Para él, la Varita de Sauco se había convertido en una obsesión, que rivalizaba con su obsesión por ti. Creia que la Varita de Sauco eliminaba su última debilidad y le hacia verdaderamente invencible. Pobre Severus...
-Si planeó su muerte con Snape, ¿quiere decir que él se quedó con la Varita de Sauco, verdad?
-Admito que esa era mi intención -dijo Dumbledore-, no funcionó como yo pretendía, ¿verdad?
-No -dijo Harry-. Esa parte no funcionó.

La criatura bajo ellos se sacudió y gimió, y Harry y Dumbledore se sentaron sin hablar un largo rato. La comprensión de lo que habia ocurrido se aposentó gradualmente sobre Harry en esos largos minutos, como suave nieve cayendo.
-Tengo que volver, ¿verdad?
-Si así lo quieres.
-¿Tengo elección?
-Oh, si -Dumbledore le sonrió-. ¿Estamos en King Cross dijiste? Creo que si decides no volver, podrás... digamos... tomar un tren.
-¿Y adónde me llevaría?
-Adelante -dijo Dumbledore simplemente.
Silencio de nuevo.
-Voldemort cogió la Varita de Sauco.
-Cierto. Voldemort tiene la Varita de Sauco.
-¿Pero usted quiere que vuelva?
-Creo -dijo Dumbledore-. que si eliges volver, hay una posibilidad de que esto puedo terminar bien. No puedo prometerlo. Pero sé esto, Harry, que tienes menos miedo de volver aquí que él.
Harry miró de nuevo a la especie de material que temblaba y se ahogaba en la sombra bajo la distante silla.
(Harry glanced again at the raw looking thing that trembled and choked in the
shadow beneath the distant chair.)
-No compadezcas a los muertos, Harry. Compadece a los vivos, y sobre todo, a quien vive sin amor. Pero volviendo al tema, puedo asegurate que se mutilaran menos almas, y se romperan menos familias. Si esa no te parece una meta que merezca la pena, digamos adios al presente.
Harry asintió y suspiró. Abandonar este lugar no sería ni

de lejos tan duro como había sido entrar en el bosque, pero se estaba caliente y había luz y paz allí, y sabía que se dirigía de vuelta al dolor y al miedo de más pérdidas. Se puso en pie, y Dumbledore hizo lo mismo, y se miraron durante un largo momento a la cara.

-Dígame una última cosa -dijo Harry-. ¿Esto es real? ¿O ha estado ocurriendo dentro de mi cabeza?

Dumbledore le sonrió ampliamente, y su voz sonó alta y fuerte en los oídos de Harry a pesar de que la brillante niebla estaba descendiendo de nuevo, oscureciendo su figura.

-Por supuesto que está ocurriendo en tu cabeza, ¿Harry, pero por qué demonios tendría que significar eso que no es real?

Capitulo Treinta y seis



El Fallo del Plan

Estaba tirado con la cara pegada al suelo.
El olor del bosque llenaba su nariz. Podía sentir el frío del suelo bajo de su mejilla, sus gafas habían caído a un lado. Cada centímetro de su cuerpo le dolía y el lugar donde la maldición asesina le había dado le dolía como si hubiera sido golpeado con acero. No se movió, permaneciendo en el mismo lugar donde había caído; con el brazo izquierdo doblado en un ángulo extraño y la boca semi-abierta.

Había esperado oír gritos de triunfo y júbilo por su muerte, pero en lugar de eso se oían pasos apresurados, susurros y murmullos que llenaban el aire.

–Mi Señor… mi Señor…

Era la voz de Bellatrix, y hablaba como si lo hiciera a un amante. Harry no se atrevió a abrir los ojos, en

cambio dejo que sus otros sentidos exploraran su dilema. Sabía que su varita seguía guardada bajo la túnica porque podía sentirla entre el pecho y el suelo. Un ligero efecto acolchado en la zona de su estómago le decía que la Capa de Invisibilidad también estaba allí, amontonada fuera de la vista de los demás.
–Mi Señor…
–Eso servirá –dijo la voz de Voldemort
Más pasos, varias personas estaban alejándose del lugar. Desesperado por ver lo que pasaba y por que, Harry abrió los ojos un milímetro.
Voldemort estaba poniéndose en pie. Varios mortífagos se apresuraban a alejarse de él, volviendo a la multitud que se alineaba en el claro. Solamente Bellatrix permaneció arrodillada junto a él.
Harry cerró de nuevo los ojos y consideró lo que había visto. Los mortífagos se habían agrupado alrededor de Voldemort, quien al parecer había caído al suelo. Algo había ocurrido en el momento en que atacó a Harry con la Maldición Asesina. ¿Voldemort también se había derrumbado? Eso parecía. Y ambos había quedado brevemente incosncientes y los dos habían despertado ya…
–Mi señor, permíteme…
–¡No necesito ayuda! –dijo Voldemort fríamente y a pesar de que no podía verle, Harry se imaginó a Bellatrix retirando la mano solícita-. El muchacho, ¿está muerto?
Se hizo un silencio absoluto en el claro. Nadie se acercó a Harry pero sentía sus miradas concentradas; parecían presionarle con más fuerza en la tierra, y le aterraba que un dedo o un parpado pudieran delatarle.
–Tú –dijo Voldemort, y se oyó un golpe y un pequeño chillido de dolor.

–Examínale. Dime si está muerto.
Harry no sabía quien había sido enviado a verificar su muerte. Solo podía quedarse alli tendido, con el corazón latiendo traicioneramente, y esperar a ser examinado; pero al mismo tiempo un pequeño consuelo le invadía y se mostraba cauteloso, no queriendo aproximarse a él, sospechaba que no todo había ido según lo planeado…
Unas manos, mas suaves de lo que había esperado, tocaron la cara de Harry y palparon su corazón, podía oír la respiración agitada de una mujer.
–¿Draco esta vivo? ¿Está en el castillo?
El susurro fue apenas audible, los labios de la mujer estaban a centímetros de su oído, la cabeza tan inclinada que su largo cabello tapaba la cara de Harry.
–Sí –murmuró en respuesta.
Sintió que la mano se contraía sobre su pecho, las uñas le apuñalaron. Entonces la mano se retiró. Ella se había enderezado.
–¡Está muerto! –gritó Narcissa Malfoy a los observadores.
Y ahora gritaron, ahora aullaban de triunfo y estampaban los pies en el suelo y a través de los párpados, Harry vio explosiones de luz roja y plata en el aire, animando al celebración.
Todavía fingiéndose muerto en el suelo, entendió. Narcissa sabía que la única forma de que se le permitiera entrar a Hogwarts, y encontrar a su hijo, era como parte del ejército conquistador. Ya no le importaba si Voldemort ganaba o no.
–¿Veis? –dijo Voldemort a la multitud, –Harry Potter ha muerto por mi mano, y ningún hombre vivo puede amenazarme ahora, ¡Observad! ¡CRUCIO!
Harry había estado esperándolo, sabía su cuerpo no

sería abandonado sin daño en el suelo del bosque; debía ser objeto de humillación para probar la victoria de Voldemort. Fue elevado en el aire, y necesitó toda su determinación para permanecer inerte, aunque el dolor que había esperado no llegó. Fue lanzado una vez, dos, tres al aire.
Sus gafas salieron volando y sintió como su varita se deslizaba un poco entre su ropa, pero se mantuvo flojo y sin vida, y cuando cayó a tierra por última vez, el claro resonó con los ecos de vítores y chillidos de risa.
-Ahora -dijo Voldemort- vamos al casillo, y mostrémosles en que se ha convertido su héroe. ¿Quien arrastrará el cuerpo? No... esperad...
Se oyó una oleada renovada de risas, y tras unos momentos Harry sintió como el suelo temblaba bajo él.
-Tú, llevale -dijo Voldemort-. Estará muy bien y muy visible en tus brazos, ¿verdad? Recoge a tu amiguito, Hagrid. Y las gafas... ponle las fatas... debe ser reconocible...
Alguien volvió a ponerle las gafas con brusquedad en la cara con una fuerza deliberada, pero las manos enormes que le alzaron en el aire eran extremadamente gentiles. Harry podía sentir como temblaban los brazos de Harry por la fuerza de sus sollozo, grandes lágrimas se derramaban sobre él mientras Hagrid le acunaba en sus brazos, y Harry no se atrevió, por movimiento o palabras, a confiar a Hagrid que no estaba todo aún perdido.
-Múevete -dijo Voldemort, y Hagrid se tambaleó hacia adelante, abriéndose paso a través del bosque cerrado, de vuelta a través del bosque.
Las ramas se enganchaban en el pelo y la túnica de Harry, pero él yacía inmóvil, con la boca entreabierta, los ojos cerrados, y en la oscuridad, mientras los

mortifagos se apiñaban a su alrededor, y mientras Hagrid sollozaba salvajemente, nadie pareció nota que latía el pulso en el cuello expuesto de Potter.
Los dos gigantes lo aplastaban todo a su paso siguiendo a los mortifagos. Harry podía oir los árboles crujiendo y cayendo mientras pasaban, eran tan ruidosos que los pájaros se lanzaban chillando al cielo, e incluso los vítores de los mortifagos quedaban ahogados. La procesión victoriosa marchó hacia terreno abierto, y después de un rato Harry pudo decir por el aligeramiento de la oscuridad que percibía a través de los párpados cerrados, que los árboles empezaban a aclararse.
-¡BANE!
El bramido inesperado de Hagrid casi oblió a Harry a abrir los ojos-. ¿Estás contento ahora, eh? ¿No vais a luchar, verdad, panda de mulas cobardes? ¿Os alegra la m-m-muerte de Harry Potter?
Hagrid no continuó, sino que estalló en renovadas lágrimas. Harry se preguntó cuantos centauros estaban viendo pasar la procesión. No se atrevió a abrir los ojos. Algunos de los mortifagos lanzaban insultos a los centauros cuando les dejaron atrás. Poco después, Harry sintió, por el aire refrescante, que habían alcanzado el linde del bosque.
-Alto.
Harry creyó notar que Hagrid había sido obligado a obedecer la orden de Voldemort porque se tambaleó un poco. Y un nuevo escalofrío se cernió sobre ellos cuando se detuvieron, y Harry oyó la áspera respiración de los dementores que patrullaban los demás árboles. No le afectarían ahora.
El hecho de su propia supervivencia ardía en su interior, un talisman contra ellos, como si el ciervo de

su padre montara guardia en su corazón.
Alguien pasó junto a Harry, y supo que habia sido el propio Voldemort porque habló un momento después, con una voz mágicamente amplificada para que así atravesara los terrenos, estrellándose contra los tímpanos de Harry.
-Harry Potter está muerto. Le maté mientras huía, intentando salvarse mientras vosotros sacrificábais vuestras vidas por él. Traemos su cuerpo como prueba de que vuestro héroe ha muerto.
»La batalla está ganada. Habéis perdido a la mitad de vuestros combatientes. Mis mortifagos os superan en número, y El Chico que Vivió está acabado. La guerra debe acabar. Cualquiera que continue resistiéndose, hombre, mujer, o niño, será masacrado, al igual que cada miembro de su familia. Salid del castillo ahora, arrodilláos ante mí, y seréis absueltos. Vuestros padres e hijos, vuestros hermanos y hermanos vivirán y serán perdonados, y os uniréis a mí en un nuevo mundo que construiremos juntos.
Había silencio en los terrenos y el castillo. Voldemort estaba tan cerca de él que Harry no se atrevió a abrir los ojos de nuevo.
-Vamos -dijo Voldemort, y Harry le oyó adelantarse, y Hagrid se vio obligado a seguir. Ahora Harry abrió los ojos una fracción de segundo, y vio a Voldemort avanzando a zancadas ante ellos, llevando a la gran serpiente Nagini alrededor de sus hombros, ahora libre de su jaula encantada. Pero Harry no tenía posibilidad de extraer la varita oculta bajo su túnica sin que lo notaran los mortifagos, que marchaban a ambos lados de ellos a través de la lentamente aligerada oscuridad.
-Harry -sollozaba Hagrid-. Oh, Harry... Harry.
Harry volvió a cerrar los ojos firmemente. Sabía que se

estaban aproximando al castillo y agudizó los oídos para distinguir, sobre las voces alegres de los mortifagos y sus pasos atronadores, señales de vida de los que estaban dentro.
-Alto.
Los mortifagos se detuvieron. Harry les oyó desplegarse en una fila frente a las puertas principales abiertas de la escuela. Podía ver, incluso con los párpados cerrados, el brillo tenue que indicaba que la luz se derramaba sobre él desde el vestíbulo de entrada.
Esperó. En cualquier momento, la gente por la que había intentado morir le vería, yaciendo aparentemente muerto, en los brazos de Hagrid.
-¡NO!
El grito fue más terrible porque nunca había esperado o soñado que la Profesora McGonagall pudiera emitir tal sonido. Oyó a otras mujeres reír cerca, y supo que Bellatirx se vanagloriaba ante la desesperación de McGonagall.
Miró de reojo una vez durante un solo segundo y vio el umbral lleno de gente, mientras los supervivientes de la batalla salían a los escalones delanteros para enfrentar a sus vencedores y ver la verdad de la muerte de Harry por sí mismos. Vio a Voldemort de pie delante de él, acariciando la cabeza de Nagini con un solo dedo blanco. Cerró los ojos de nuevo.
-¡No!
-¡No!
-¡Harry! ¡HARRY!
Las voces de Ron, Hermione y Ginny fueron peores que la de McGonagall. Nada deseaba más que responderles, aunque siguió tendido en silencio, y sus gritos actuaron como un gatillo. La multitud de supervivientes hizo suya la causa, gritando y chillando insultos a los

motifagos, hasta...
-¡SILENCIO! -gritó Voldemort, y se oyó un golpe y un destello de luz brillante y silencio obligaron a callar a todos-. ¡Se acabó! ¡Déjale, Hagrid, a mis pies, donde debe estar!
Harry sintió como le dejaban sobre la hierba.
-¿Véis? -dijo Voldemort, y Harry le sintió pasearse de acá para allá justo junto al lugar donde él yacía-. ¡Potter está muerto! Lo entendéis ahora, ¿verdad, ilusos? ¡No era nada, nunca lo fue, más que un niño que confiaba en que los demás se sacrificaran por él!
-¡Se enfrentó a ti! -gritó Ron, y el hechizo se rompió, y los defensores de Hogwarts gritaron y chillaron de nuevo hasta que una segunda y más poderosa explosión extinguió sus voces una vez más.
-Murió mientras intentaba salir a hurtadillas de los terrenos del castillo -dijo Voldemort, y hubo una inflexión en su voz por la mentira- Muerto mientras intentaba salvarse a sí mismo...
Pero Voldemort se interrumpió. Harry oyó una riña y un grito, después otro golpe, un destello de luz, y un gruñido de dolor. Abrió los ojos una milésima. Alguien se había liberado de la multitud y cargaba hacia Voldemort. Harry vio a la figura golpear el suelo. Desarmado, Voldemor lanzaba la varita de su oponente a un lado y reía.
-¿Y quién es este? -dij un su suave siseo serpentino-. ¿Quién se ha ofrecido voluntario para demostrar lo que ocurre a los que continuan luchando cuando la batalla está perdida?
Bellatrix soltó una risa deleitada.
-¡Es Neville Longbottom, mi Señor! El chico que ha estado dando a los Carrow tantos problemas! El hijo de los Aurores, ¿recuerda?

-Ah, si, recuerdo, -dijo Voldemort, bajando la mirada hacia Neville, que estaba luchando por volver a ponerse en pie, desarmado y desprotegido, de pie en la tierra de nadie entre los supervivientes y los mortifagos-. Pero eres un pura sangre, ¿verdad, mi valiente muchacho? -preguntó Voldemort a Nevile, que le enfrentaba con las manos vacías, cerrados los puños.
-¿Y qué si lo soy? -dijo Neville ruidosamente.
-Muestras espíritu y valor, y provienes de un linaje noble. Serás un mortifago de gran valor. Necesitamos gente como tú, Neville Longbottom.
-Me uniré a ti cundo el infierno se congele, -dijo Neville-. ¡Ejército de Dumbledore! -gritó, y hubo vitores en respuesta entre la multitud, a la que los Encantamientos Silenciadores de Voldemort parecían incapaces de contener.
-Muy bien, -dijo Voldemort, y Harry oyó más peligro en la suavidad de su voz que en la más poderosa de las maldiciones-. Si esa es tu decisión, Longbottom, volveremos al plan original. Allá, -dijo tranquilamente-tú.
Todavía observando todavía tras los párpados, Harry vio a Voldemort ondear su varita. Segundos después, saliendo de una de las ventanas del castillo, algo que parecía un pájaro deforme voló a través de las ventanas y en la luz tenue y aterrizó en la mano de Voldemort. Este cogió el enmohecido objeto por el extremo y lo sacudió, vacío y desgarrado, el Sombrero Seleccionador.
-No habrá más Sombrero Seleccionador en la Escuela Hogwarts, -dijo Voldemort-. No habrá más Casas. El emblema, escudo y colores de mi nombre ancestro, Salazar Slythering, servirá a todo el mundo. ¿verdad, Neville Longbotton?

Apuntó su varita hacia Neville, que se quedó rígido e inmóvil, después embutió el sombrero en la cabeza de Neville, de forma que se deslizó hacia abajo cubriéndole los ojos. Hubo movimientos en la multitud de observadores delante del castillo, y como uno, los mortifagos alzaron sus varitas, manteniendo a raya a los luchadores de Hogwarts.
-Neville va a demostrar ahora lo que le ocurrirá a cualquiera lo suficientemente estúpido como para continuar oponiéndose a mí, -dijo Voldemort, y con un ondeo de su varita, hizo que el Sombrero Seleccionador ardiera en llamas.
Los gritos hendieron el amanecer, y Neville ardía, arraigado en el lugar, incapaz de moverse, y Harry no podía soportarlo. Debía actuar...
Y entonces muchas cosas ocurrieron a la vez.
Oyeron alzarse un rugido de los límites distantes de la escuela que sonaba como si un enjambre de cientos de personas estuvieran derramándose sobre los muros exteriores y vertiéndose hacia el castillo, bramando gritos de guerra. Al mismo tiempo, Grawp había aparecido rodeando una esquina del castillo con su andar torpe y gritando "¡HAGGER!. Su llamada fue respondida por los rugidos de los gigantes de Voldemot. Corrieron hacia Grawp como elefantes a la carga haciendo que la tierra se estremeciera.
Después llegaron los cascos, los tañidos de arco,s y las flechas de repente caían entre los mortifagos que rompieron filas, gritando de sorpresa. Harry sacó la capa de invisibilidad de dentro de su túnica, la lanzó sobre sí mismo, y se puso en pie de un salto, mientras Neville se movía también.
En un movimiento veloz y fluido, Neville se liberó de la Maldición lanzada sobre el Sombrero. El llameante

sombrero cayó y Neville extrajo de sus profundidades algo plateado, con una brillante empuñadura de rubíes. La cuchillada de la hoja de plata no pudo oirse sobre el rugido de la multitud que se aproximaba o los sonidos de los gigantes o de la carga de los centauros, y aún así, pareció atraer cada mirada. Con una sola estocada, Neville partió en dos la gran cabeza de la serpiente, que giró alto en el aire, brillando a la luz que fluía desde el vestíbulo de entrada, la boca de Voldemort se abrió en un grito de furia que nadie pudo oir, y el cuerpo de la serpiente cayó pesadamente al suelo a sus pies.

Oculto bajo la Capa de Invisibilidad, Harry lanzó un Encantamiento Escudo entre Neville y Voldemort antes de que este último pudiera alzar su varita. Entonces, sobre los gritos y los rugidos y estruendosos golpes de los gigantes que luchaban, Hagrid gritó más alto que todos.

-¡HARRY! -gritó Hagrid-. ¡HARRY!... ¿DONDE ESTÁ HARRY?

Reinaba el caos. Los centauros a la carga estaban dispersando a los mortifagos, todos sentían los pies retumbantes de los gigantes, y cada vez más y más cerca el estruendo de los refuerzos que había venido de quién sabía dónde. Harry vio grandes criaturas aladas sobrevolando las cabeza de los gigantes de Voldemort, los thestrals y Buckbeak el hipogrito arañaban sus ojos mientras Grawp les golpeaba y mordía y ahora los magos, defensores de Hogwarts y mortífagos por igual estaban siendo forzados a volver a entrar en el castillo. Harry estaba lanzando maleficios y maldiciones a cualquier mortifago que veía, y ellos se derrumbaban, sin saber qué o quién les había dado, y sus cuerpos eran pisoteados por la multitud en retirada

Todavía oculto bajo la Capa de Invisibilidad, Harry fue también empujado a entrar en el vestíbulo. Estaba buscando a Voldemort y le vio al otro lado de la habitación, disparando hechizos con su varita mientras retrocedía hasta el Gran Salón, todavía gritando instrucciones a sus seguidores, mientras lanzaba maldiciones a diestro y siniestro. Harry lanzó más Encantamientos Escudo, entre Voldemort y sus presuntas víctimas.
Seamus Finnigan y Hannah Abbot, pasaron junto a él a la carrera hacia el interior del Gran Salon, donde se unieron a la lucha que ya florecía dentro.
Y había más, incluso más gente saltando los escalones delanteros, y Harry vio a Charlie Weasley alcanzando a Horace Slughorn, que todavía vestía su pijama esmeralda. Parecía haber vuelto a la cabeza de lo que parecían ser las familias y amigos de cada estudiante de Hogwarts que había seguido luchando junto a los tenderos y vecinos de Hogsmeade. Los centauros Bane, Ronan y Magorian irrumpieron en el vestíbulo con un gran crepitar de cascos, y detrás de Harry la puerta que conducía a las cocinas fue golpeada hasta sacarla de sus goznes.
Los elfos domésticos de Hogwarts inundaron el vestibulo de entrada, gritando y ondeando cuchillos de carnicero de trinchar, y a la cabeza de los mismos, con el guardapelo de Regulus Black rebotando en su pecho, estaba Kreacher, su voz de rana era audible incluso sobre este alboroto: -¡Luchad! ¡Luchad! ¡Luchad por mi Amor, defensor de los elfos domésticos! ¡Luchad con el Señor Tenebroso, en nombre del Valiente Regulus! ¡Luchad!
Estaban asaltando y apuñalando los tobillos y pantorrillas de los mortifagos con su diminutas caras

iluminadas de malicia, y mirara donde mirara Harry veía mortifagos doblegados por el puro peso del número, superados por hechizos, sacándose flechas de heridas, apuñalados en las piernas por los elfos, o simplemente intentando escapar, pero tragados por la orda que se aproximada.
Pero esto no había acabado aún. Harry corrió entre los duelistas y los prisioneros que se resistían hasta el Gran Salón.
Voldemort estaba en el centro de la batalla, atacando y golpeando a todo el que se ponia a su alcance. Harry no podía conseguir un disparo claro, así que luchó por acercarse más, todavía invisible, pero el Gran Salon se fue abarrotando más y más con cada uno que conseguía forzar su entrada.
Harry vio a Yaxley derribado en el suelo por George y Lee Jordan, vio a Dolohov caer con un grito a manos de Flitwick, vio a Walden Macnair lanzado al otro lado de la habitación por Hagrid, golpear la pared opuesta, y deslizarse inconsciente hasta el suelo. Vio a Ron y Neville derrotando a Fenrir Greyback, Aberforht Aturdiendo a Rookwood, Arthur y Percy rodeaban a Thicknesse, y Lucius y Narcissa Malfoy corriendo entre la multitud, sin intentar luchar, llamando a gritos a su hijo.
Voldemort estaba ahora luchando contra McGonagall, Slyghorn y Kingsley, todos a la vez, y había un odio frío en su cara mientras ondeaban y amagaban alrededor, incapaces de acabar con él.
Bellatrix todavía estaba luchando también, a cincuenta yardas de Voldemort, y como su amo, luchaba con tres a la vez: Hermione, Ginny y Luna, todas al máximo de sus posibilidades, pero Bellatrix las igualaba, y la atención de Harry se desvió cuando una Maldición

Asesina golpeó tan cerca de Ginny que falló y no la mató por un centímetro.
Cambió de curso, corriendo hacia Bellatrix en vez de hacia Voldemort, pero antes de haber dado un par de pasos fue golpeado a un lado.
-¡MI HIJA NO, PERRA!
La Señora Weasley se quitó la capa mientras corría, liberando sus manos. Bellatrix se dio la vuelta, rugiendo de risa antes de visión del nuevo desafío.
-¡FUERA DE MI CAMINO! -gritó la Señora Weasley a las tres chicas, y con un simple ademán de su varita empezó el duelo. Harry observaba con terror y júbilo como la varita de Molly Weasley acuchillaba y se retorcía, y la sonrisa de Bellatrix Lestrage decaía y se convertía en un gruñido. Rayos de luz volaban desde ambas varitas, el suelo alrededor de los pies de las brujas se levantó y agrietó. Ambas mujeres estaban luchando a muerte.
-¡No! -gritó la Señora Weasley cuando unos pocos estudiantes se adelantaron, intentando acudir en su ayuda-. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Es mía!
Cientos de personas estaban ahora alineadas contra las paredes, observando las dos luchas, Voldemort y sus tres oponentes. Bellatrix y Molly, y Harry de pie, invisible, desgarrado entre ambas, deseando atacar y a la vez proteger, incapaz de estar seguro de no alcanzar a un inocente.
-¿Qué ocurrirá con tus hijos cuando mueras? -se burlón Bellatrix, tan loca como su amo, haciendo cabrioles mientras las maldiciones de Molly danzaban a su alrededor-. ¿Cuando Mami se haya ido como Freddie?
-¡Tú… nunca… volverás… a… tocar… a… mis… hijos! -gritó la Señora Weasley.
Bellatrix rió con la misma risa alborozada que su primo

Sirius había soltado mientras caía hacia atrás a través del velo, y de repente Harry supo lo que iba a ocurrir antes de que ocurriera.
La maldición de Molly pasó bajo el brazo extendido de Bellatrix y la golpeó de lleno en el pecho, directamente sobre el corazón.
La sonrisa satisfecha de Bellatrix se congeló, sus ojos parecieron salirse de sus órbitas. Durante el más ínfimo espacio de tiempo supo lo que había ocurrido, y después perdió el equilibrio, y la multitud de observadores rugió enardecida, y Voldemort gritó.
Harry lo sintió mientras se giraba a cámara lenta. Vio a McGonagall, Kingsley y Slughorn salir despedidos hacia atrás, agitándose y contorsionándose en el aire, cuando la furia de Voldemort ante la caída de su última y mejor lugarteniente explotó con la fuerza de una bomba. Voldemort alzó la varita y la apuntó hacia Molly Weasley.
-¡Protego! -rugió Harry, y el Encantamiento Escudo se expandió en medio del Salón, y Voldemort miró alrededor en busca de la fuente mientras Harry se quitaba la Capa de Invisilibidad al fin.
El chillido de sorpresa, los vitores, los gritos de por todos lados: "¡Harry! ¡ESTÁ VIVO!" fueron ahogados de inmediato. La multitud tenía miedo, y el silencio cayó abrupta y completamente cuando Voldemort y Harry se miraron el uno al otro, y empezaron, al mismo tiempo, a girar en círculos.
-No quiero que ningún otro ayude, -dijo Harry en voz alta, y en el silencio absoluto su voz sonó como la llamada de una trompeta-. Así es como debe ser. Tengo que ser yo.
Voldemort siseó.
-Potter no quiere decir eso, -dijo, sus ojos rojos

estaban abiertos de par en par-. Así no es como funciona, ¿verdad? ¿A quién vas a utilizar como escudo hoy, Potter?
-A nadie, -dijo Harry simplemente-. No hay más Horrocruxes. Solos tú y y yo. Ninguno puede vivir mientras el otro sobreviva, y uno de nosotros está a punto de desaparecer para siempre.
-¿Uno de nosotros? -se burló Voldemort, y todo su cuerpo estaba tenso y sus ojos rojos fijos, una serpiente a punto de atacar-. ¿Crees que serás tú, eh, el chico que ha sobrevivido por accidente, y porque Dumbledore tiraba de sus cuerdas?
-¿Fue un accidente, cuando me salvó mi madre? -preguntó Harry. Se movian lentamente de lado, ambos, en un círculo perfecto, manteniendo la misma distancia el uno del otro, y para Harry no existía más cara que la de Voldemort-. ¿Accidente, cuando decidi luchar en ese cementerio? ¿Accidente, que no me defendiera esta noche, y aún así sobreviviera, y volviera para luchar?
-¡Accidentes! -gritó Voldemort, pero aún así no atacaba, y la multitud de observadores estaba congelada, como Petrificados, y los cientos de personas del Vestibulo, nadie parecía respirar excepto ellos dos-. Accidente y casualidades y el hecho de que te escondes y gimoteas tras las faldas de grandes hombres y mujeres, ¡y me permites matarles en tu lugar!
-No matarás a nadie más esta noche, -dijo Harry mientras giraban, y se miraban directamente a los ojos, verde contra rojo-. No podrás volver a matar nunca a ninguno de ellos. ¿No lo coges? Estaba preparado para morir para evitar que hicieras daño a esta gente…
-¡Pero no lo hiciste!
-…tenía intención de hacerlo, y eso es lo que cuenta. Hice lo que hizo mi madre. Protegerles de ti. ¿No has

notado como ninguno de los hechizos que les has lanzado les han tocado? No puedes torturarles. No puedes tocarles. No has aprendido de tus errores, Riddle, ¿verdad?
-Te atreves...
-Si, me atrevo -dijo Harry-. Sé cosas que tú no sabes, Tom Riddley. Sé un montón de cosas que tú no. ¿Quieres oir algunas, antes de cometer otro gran error?
Voldemort no habló, pero rondaba en circulos, y Harry sabía que le tenía temporalmente hipnotizado, contenido por la idea de que hubiera la más mínima posibilidad de que Harry pudiera saber un secreto definitivo...
-¿El amor de nuevo? -dijo Voldemort, su cara de serpiente se burlaba-. La solución favorita de Dumbledore, que él afirmaba conquistaba a la muerte, aunque el amor no evitó que cayera de la torre y se rompiera como un muñeco de cera vieja. Amor, que no evitó que aplastara a tu madre sangre sucia como a una cucaracha, Potter... y nadie parece amarte a ti lo suficiente como para adelantarse estaba vez e interceptar mi maldición. ¿Qué evitará entonces que mueras esta vez cuando ataque?
-Solo una cosa -dijo Harry, y siguieron rodeándose el uno al otro, absortos el uno en el otro, separados solo por el último secreto.
-Si no es el amor lo que te salvará esta vez, -dijo Voldemort- debes creer que tienes una magia que yo no tengo, o alguna otra cosa, ¿un arma más poderasa que la mía?
-Las dos cosas, creo -dijo Harry, y vio el destello de sorpresa cruzar la cara de serpiente, aunque se disipó instantáneamente. Voldemort empezó a reir, y el sonido fue más aterrador que sus gritos, enloquecido y

sin humor, y resonó a través del silencioso Salón.
-¿Crees que conoces magia que yo no? -dijo-. ¿Que yo, que Lord Voldemort, que ha realizado magia con la que ni siquiera el propio Dumbledore habría soñado jamás?
-Oh, soñó con ella, -dijo Harry- pero sabía más que tú, sabía lo suficiente para no hacer lo que tú.
-¡Quieres decir que era débil! -gritó Voldemort-. Demasiado débil como para atreverse, demasiado débil como para coger lo que podría haber sido suyo, ¡lo que será mío!
-No, era más astuto que tú, -dijo Harry- mejor mago, y mejor hombre.
-¡Yo ordené la muerte de Albus Dumbledore!
-Crees haberlo hecho, -dijo Harry- pero estás equivocado.
Por primera vez, la multitud de observadores se movió cuando cientos de personas alrededor de las paredes respiraron como una.
-¡Dumbledore está muerto! -Voldemort arrojó las palabras a Harry como si estas le causaran un dolor insoportable-. Su cuerpo se pudre en una tumba de mármol en los terrenos de este castillo. Yo le vi, Potter, ¡y no volverá!
-Si, Dumbledore está muerto, -dijo Harry tranquilamente-. pero no fuiste tú quien lo mató. Eligió su propia forma de morir, la eligió meses antes de morir, lo arregló todo con el hombre al que creías tu sirviente.
-¿Que sueño infantil es este? -dijo Voldemort, pero todavía no atacaba, y sus ojos rojos no se separaban de los de Harry.
-Severus Snape no era uno de tus hombres-. dijo Harry-. Lo era de Dumbledore. De Dumbledore desde el momento en que empezarse a perseguir a mi madre. Y

nunca lo comprendiste, porque es la única cosa que no puedes entender. ¿Nunca viste que a Snape lanzar un Patronus, Riddle?
Voldemort no respondió. Continuaron girando uno alrededor del otro como lobos dispuestos a hacer trizas al otro.
-El Patronus de Snape era una cierva -dijo Harry-, como el de mi madre, porque la amó durante casi toda su vida, desde que eran niños. Deberías haberlo notado, -dijo cuando vio llamear las fosas nasales de Voldemort-, te pidió que le perdonaras la vida, ¿verdad?
-La deseaba, eso era todo, -dijo Voldemort con desprecio-, pero cuando desapareció, él estuvo de acuerdo en que habían otras mujeres, y de sangre pura, que le merecerían…
-Por supuesto que te dijo eso -dijo Harry-. pero fue espia de Dumbledore desde el momento en que la amenazaste, y ha estado trabajando contra tí desde entonces! ¡Dumbledore ya se estaba muriendo cuando Snape acabó con él!
-¡Eso no importa! -chilló Voldemort, que había seguido cada palabra con absorta atención, pero ahora dejó escapar un cacareo de risa enloquecida-. ¡No importa si Snape era mío o de Dumbledore, o que mezquinos obstáculos trató de poner en mi camino! Los aplasté como aplasté a tu madre, ¡el supuesto gran amor de Snape! ¡Oh, pero todo cobra sentido, Potter, y de formas que no tú no entiendes!
¡Dumbledore estaba intentando mantener la Varita de Sauco lejos de mí! ¡Su intención era que Snape fuera el auténtico amo de la varita! Pero yo voy por delante de tí, muchachito. ¡Cogí la varita antes de que consiguieras poner sus manos en ella! ¡Entendi la verdad antes que tú! ¡Maté a Severus Snape hace tres

horas, y la Varita de Sauco, la Vara de la Muerte, la Varita del Destino es verdaderamente mía! ¡El último plan de Dumbledore salió mal, Harry Potter!
-Si, lo hizo -dijo Harry-. Tienes razón. Pero antes de que me mates, te aconsejo que pienses en lo que has hecho… Piensa, e intenta sentir algo de remordimiento, Riddley…
-¿Que es esto?
De todas las cosas que Harry le había dicho, más allá de cualquier revelación o burla, nada había sorprendido a Voldemort como esto. Harry vio sus pupilas contraerse en las finas rendijas, vio la piel alrededor de sus ojos quedarse blanca.
-Es tu última oportunidad, -dijo Harry-, todo lo que te queda… he visto lo que hubieras sido de otro modo… Sé un hombro… inténtalo… Intenta sentir algún remordimiento…
-¿Te atreves…? -dijo Voldemort de nuevo.
-Si, me atrevo, -dijo Harry-, porque el último plan de Dumbledor no se ha vuelto contra mí en absoluto. Se ha vuelto contra tí, Riddle.
La mano de Voldemort estaba temblando sobre la Varita de Sauco, y Harry aferraba la de Draco muy firmemente. El momento, lo sabía, estaba a solo segundos.
-La varita todavía no funciona apropiadamente para ti porque mataste a la persona equivocada. Severus Snape nunca fue el auténtico amo de la Varita de Sauco. Nunca derrotó a Dumbledore.
-Le mató…
-¿No has estado escuchando? ¡Snape nunca derrotó a Dumbledore! ¡La muerte de Dumbledore estaba planeada! Dumbledore tenía intención de morir, sin ser derrotado, el último amo de la varita! ¡Si todo hubiera

salido tal y como estaba planeado, el poder de la varita habría muerto con él, porque nunca ha sido derrotado!
-¡Pero entonces, Potter, Dumbledore fue tan amable de darme la varita! -la voz de Voldemort se sacudía con malicioso placer-. ¡Robé la varita de la tumba de su último amo! ¡La cogí contra los deseos del último amo! ¡El poder es mío!
-¿Todavía no lo coges, verdad, Riddley? ¡La posesión de la varita no es suficiente! Sujetarla, utilizarla, no la hace realmente tuya. ¿No oiste a Ollivander? La varita elige al mago... La Varita de Sauco reconoció a un nuevo amo antes de que Dumbledore muriera, alguien que nunca puso su mano en ella. El nuevo amo le quitó la varita a Dumbledore contra su voluntad, sin comprender nunca lo que había hecho exactamente, o que la varita más peligrosa del mundo le había otorgado su lealtad...
El pecho de Voldemort se alzaba y caía rápidamente, y Harry podía sentir la maldición llegando, la sintió formarse dentro de la varita apuntada hacia su cara.
-El auténtico amo de la Varita de Sauco era Draco Malfoy
Una sorpresa estupefacta se mostró por un momento en la cara de Voldemort, pero entonces desapareció.
-¿Y qué importa eso? -dijo suavemente-. Incluso si tienes razón, Potter, eso no supone ninguna diferencia entre tú y yo. Ya no hay varitas de fénix. Será un duelo solo de habilidad... y después de que te haya matado, puedo ocuparme de Draco Malfoy...
-Pero llegas demasiado tarde, -dijo Harry-. Perdíste tu oportunidad. Yo llegué primero. Vencí a Draco hace semanas. Le quité su varita.
Harry ondeó la varita de espino, y sintió los ojos de todo el mundo en el Salón posados en ella.

-Asi que todo se reduce a eso, ¿verdad? -susurró Harry-. ¿Sabe la varita que está en tu mano que su último amo fue Desarmado? Porque si lo sabe... yo soy el auténtico amo de la Varita de Sauco.
Un rayo rojo estalló repentinamente cruzando el cielo encantado sobre ellos cuando el borde del sol deslumbrante apareció sobre el alféizar de la ventana más cercana. La luz golpeó ambas caras al mismo tiempo, haciendo que la de Voldemort pareciera repentinamente un borrón llameante. Harry oyó a la voz más aguda gritar y también el gritó esperando lo mejor, apuntando la varita de Draco.
-¡Avada Kedavra!
-¡Expelliarmus!
La explosión fue como el disparo de un cañón, y las llamas doradas que estallaron entre ellos, marcando el centro del círculo que habían estado trazando, en el punto donde los hechizos colisionaron. Harry vio el rayo verde de Vodemort encontrarse con su propio hechizo, vio la Varita de Sauco volar alto, oscura contra el amanecer, girando por el techo encantado como la cabeza de Nagini, dando vueltas a través del aire hacia el amo al que no podía matar, que había tomado posesión absoluta de ella al fin. Y Harry, con la habilidad infalible de un Buscador, cogió la varita con la mano libre mientras Voldemort retrocedía, con los brazos abiertos y los ojos escarlata de pupilas verticales mirando hacia arriba. Tom Riddley golpeó el suelo con mundana banalidad, su cuerpo débil y encogido, las manos blancas vacías, la cara de serpiente vacía e ignorante.
Voldemort estaba muerto, muerto por su propia maldición rebotada, y Harry estaba en pie con dos varitas en las manos, mirando al cadáver de su

enemigo.
Un estremecedor segundo de silencio, la sorpresa del momento quedó suspendida, y después el tumulto estalló alrededor de Harry mientras gritos, vítores y rugidos de los observadores llenaban el aire.
La ferocidad del nuevo sol atravesaba las ventanas cuando corrieron hacia él y los primeros en alcanzarle fueron Ron y Hermione, y fueron sus brazos los que le rodearon, sus gritos incomprensibles los que le ensordecieron. Los de Ginny, Neville, y Luna estaban allí, y todos los Weasleys y Hagrid, y Kingsley y McGonagall y Flitwick y Sprout, y Harry no podía oir ni una palabra de que lo todos estaban gritando, ni decir que manos estrechaban las suyas, tirando de él, intentando abrazar alguna parte de él, cientos de ellos presionando, todos decididos a tocar al Chico Que Vivió, la razón de que todo hubiera acabado al fin.
El sol se había alzado completamente sobre Hogwarts, y el Gran Salon hervía de vida y luz. Harry era una parte indispensable de la mezcla de efusiones de júbilo y luto, de pena y celebración. Deseaban que estuviera allí con ellos, su líder y símbolo, su salvador y su guía, y que no había dormido, que anhelaba la compañía de solo unos pocos de ellos, no parecía ocurrírsele a ninguno. Debía dar el pésame, estrechar manos, presenciar lágrimas, recibir agradecimientos, oir las noticias que llegaban poco a poco de todas partes mientras la mañana pasaba: que por todas partes del país los maldecidos por la Maldición Imperius habían vuelto a su verdadero ser, que los mortifagos se daban a la fuga o estaban siendo capturados, que los inocentes de Azkaban serían liberados en cualqueir momento, y que Kingsley Shacklebot había sido nombrado temporalmente Ministro de Magia.

Movieron el cuerpo de Voldemort y lo tendieron en una cámara junto al Vestíbulo, lejos de los cuerpos de Fred, Tonks, Lupin, Colin Creevey, y cincuenta estudiantes más que habían muerto luchando. McGonagal había vuelto a colocar las mesas de las Casas, pero ya nadie se sentaba de acuerdo con su Casa. Estaban todos apiñados juntos, profesores y pupilos, fantasmas y padres, centauros y elfos domésticos, y Firenze yacía recuperándose en una esquina, y Grawp espiaba a través de una ventana destrozada, y la gente se tiraba comida a las bocas sonrientes.
Después de un rato, exhausto y agotado, Harry se encontró sentado en un banco junto a Luna.
-Si yo fuera tú, querría algo de paz y tranquilidad.
-Me encantaría, -replicó él.
-Yo les distraeré, -dijo ella-. Usa tu capa.
Y antes de que pudiera decir una palabra, ella gritó.
-¡Ooooh, mirad, un Blibbering Hundinger! -Y señaló a la ventana. Todo el que la había oído miró, y Harry se deslizó la Capa por encima, y se puso en pie.
Ahora se podía mover por el Salón sin interferencia. Divisó a Ginny a dos mesas de distancia, estaba sentada con la cabeza sobre el hombro de su madre. Habría tiempo de hablar después, horas y días y quizás años en los que hablar. Vio a Neville, la espada de Gryffindor yacía junto a su plato mientras comía, rodeado por un grupo de fervientes admiradores.
Avanzó a lo largo del pasillo entre las mesas, y divisó a los tres Malfoy, apiñados juntos como inseguros de si se suponía o no que debían estar allí, pero nadie les prestaba ninguna atención. A donde quiera que mirara, veía familias reunidas, y finalmente, vio a los dos cuya compañía más anhelaba.
-Soy yo, -murmuró, agachándose entre los dos-. ¿Venís

conmigo?
Se pusieron en pie al instante, y juntos, él, Ron y Hermione abandonaron el Gran Salón. Habían desaparecido grandes trozos de la escalera de mármol, parte de la balaustrada había volado, y encontraron escombros y manchas de sangre cada pocos escalones mientras subían.
En algún lugar en la distancia pudieron oir a Peeves zumbando a través de los corredores cantando una canción de victoria de su propia composición:
Lo hicimos, le machacamos, Pottercito es el elegido,
Y Voldy en el barro ha desaparecido, ¡así que ahora a divertirse!
-Realmente te da una sensación de drama y tragedia, ¿verdad? -dijo Ron, empujando una puerta para dejar pasar a Harry y Hermione.
La felicidad llegará, pensó Harry, pero en ese momento estaba amortiguada por el cansancio, el dolor de perder a Fred, Lupin y Tonks que le atravesaba como una herida física cada pocos pasos. La mayor parte de él se sentía estupendamente aliviado, y anhelaba dormir. Pero primero debía una explicación a Ron y Hermione, que habían aguantado con él durante tanto tiempo, y merecían la verdad. Relató cuidadosamente lo que había visto en el Pensadero y lo que había ocurrido en el bosque, y no habían empezado a expresar del todo su sorpresa y asombro, cuando al fin llegaron al lugar al que se habían estado dirigiendo, aunque ninguno de ellos había mencionado su destino.
Desde que la había visto la última vez, la gargola que guardaba la entrada del despacho del director había sido volcada. Estaba inclinada, como un pequeño borracho, y Harry se preguntó si podría aún distinguir contraseñas.

-¿Podemos subir? -preguntó a la gargola.
-Paso libre -gimió la estatua.
Escalaron sobre ella y subieron a la escalera de espiral que se movía lentamente hacia arriba como una escalera mecánica. Harry abrió la puerto al llegar a lo alto.
Captó un breve vistazo del Pensadero sobre el escritorio donde él lo había dejado, y entonces oyó un ruido ensordecedor que le hizo gritar, pensando en maldiciones y mortifagos y en Voldemort renacido.
Pero era un aplauso. En todas las paredes, los directores y directoras de Hogwarts le estaban dedicando una ovación en pie. Ondeaban sus sombreros y en algunos casos alas, se extendian a través de sus marcos para extrechar las manos de los demás, danzaban arriba y abajo en las sillas en las que habían sido pintados. Dilys Derwen sollozaba desvergonzadamente. Dexter Fortescui estaba ondeando su trompetilla, y Phineas Niggelus gritaba, con su voz alta y aflautada "¡Y deja claro que la Casa Slytherin ha tomado parte en ello! ¡No dejes que nuestra contribución sea olvidada!
Pero Harry tenía ojos solo para el hombre que estaba en pie en el retrato más grande, directamente tras la silla del director. Corrían lágrimas por sus mejillas tras las gafas de medialuna hasta la larga barba plateada, y el orgullo y la gratitud emanaban de él llenando a Harry con el mismo bálsamo consolador que la canción del fénix.
Al fin, Harry alzó las manos, y los retratos cayeron en un respetuoso silencio, sonriendo y secándose los ojos y esperando ansiosamente a que hablara.
Dirigió sus palabras a Dumbledore, sin embargo, y las eligió con enorme cuidado. Exhausto y con los ojos

enrojecidos como estaba, debía hacer un último esfuerzo, buscar un último consejo.
-Lo que estaba oculto en la Snitch, -empezó- lo dejé caer en el bosque. Sé donde exactamente, pero no voy a volver a buscarlo. ¿Está de acuerdo?
-Mi querido muchacho, lo estoy -dijo Dumbledore, mientras sus compañeros retratos parecían confusos y curiosos-. Una sabia y valerosa decisión, pero no es menos de lo que habría esperado de ti. ¿Alguien más sabe donde cayó?
-Nadie -dijo Harry, y Dumbledore asintió con satisfacción.
-Sin embargo voy a conservar el regalo de Ignotus, -dijo Harry, y Dumbledore sonrió.
-Por supuesto, Harry, es tuya para siempre, ¡hasta que la pases!
-Y luego está esto.
Harry sostuvo en alto la Varita de Sauco, y Ron y Hemione la miraban con tal reverencia, que ni siquiera en su estado falto de sueño y aturdido, a Harry le gustaba ver.
-No la quiero -dijo Harry.
-¿Qué? -dijo Ron ruidosamente-. ¿Estás loco?
-Sé que es poderosa. -dijo Harry cansado-. Pero estaría mucho más contento con la mía. Así que...
Hurgó en la bolsita que colgaba de su cuello y sacó las dos mitades de la varita de acebo todavía conectadas por la más fina hebra de pluma de fénix. Hermione había dicho que no podía ser reparada, que el daño era demasiado severo. Él lo único que sabía es que si esto no funcionaba, nada lo haría.
Tendió la varita rota sobre el escritorio del director, la tocó con la punta de la Varita de Sauco, y dijo. -Reparo.

Cuando su varita se selló, chispas rojas salieron de su extremo. Harry sabía que había tenido éxito. Recogió la de varita de acebo y fénix y sintió una calidez en sus dedos, cuando varita y mano celebraron su reunión.
-Pondré la Varita de Sauco -dijo a Dumbledore, que le estaba observando con enorme afecto y admiración- otra vez donde estaba. Puede quedarse aquí. Si muero de muerte natural como Ignotus, su poder se romperá, ¿no? El anterior amo nunca habrá sido derrotado. Ese será su final.
Dumbledore asintió. Se sonrieron el uno al otro.
-¿Estás seguro? -dijo Ron. Habia un ligero rastro de anhelo en su voz mientras mira a la Varita de Sauco.
-Creo que Harry tiene razón, -dijo Hermione tranquilamente.
-Esta varita da más problemas de los que vale -dijo Harry-. Para ser honestos, -se alejó de los retratos, pensando ahora solo en la cama de cuatro postes que le esperaba en la Torre de Gryffindor, y preguntándose si Kreacher podría llevarle un sandwich allí-,ya he tenido suficientes problemas para toda una vida.

Diecinueve años después

EPILOGO



DIECINUEVE AÑOS DESPUES

El otoño pareció llegar repentinamente ese año. La mañana del uno de Septiembre era crispada y dorada como una manzana y mientras la pequeña familia se apresuraba a cruzar la ajetreada calle hacia la grandiosa y sombría estación, el humo de los tubos de escape de los coches y el aliento de los caminantes centelleaban como telas de araña en el aire frío. Dos grandes jaulas descansaban en lo alto de los carritos de equipaje que los padres empujaban, las lechuzas dentro de ellas ululaban indignadamente, y la pequeña pelirroja se demoraba temerosamente tras sus hermanos, aferrada al brazo de su padre.

-No pasará mucho tiempo, y también tú iras, -le dijo Harry.

-Dos años, -resopló Lilly-. ¡Yo quiero ir ahora!

Los transeuntes miraban curiosamente a las lechuzas mientras la familia se abría paso hasta la barrera entre los andenes nueve y diez. La voz de Albus llegó hasta Harry por encima del clamor que les rodeaba; sus hijos habían reasumido la discusión que habían empezado en el coche.
-¡No! ¡No estaré en Slytherin!
-¡James, dale un respiro! -dijo Ginny.
-Yo solo digo que podría ser, -dijo James, sonriendo a su hermano menor-. No hay nada de malo en ello. Podría estar en Slyth...
Pero James captó la mirada de su madre y se quedó en silencio. Los cinco Potters se aproximaron a la barrera. Con una mirada ligeramente autosuficiente sobre el hombro hacia su hermano menor, James tomó el carrito de manos de su madre y echó a correr. Un momento después, se había desvanecido.
-Me escribiréis, ¿verdad? -preguntó Albus a sus padres inmediatamente, aprovechando la momentanea ausencia de su hermano.
-Cada día, si quieres que lo hagamos, -dijo Ginny.
-No cada día, -dijo Albus rápidamente-. James dice que la mayoría de la gente solo recibe cartas de casa una vez al mes.
-Escribimos a Jemes tres veces por semana, -dijo Ginny.
-Y no deberías creer todo lo que te cuenta de Hogwarts -añadió Harry-. A tu hermano le gusta gastar bromas.
Lado a lado, empujaron el segundo carrito hacia adelante, cobrando velocidad. Cuando se aproximaron a la barrera, Albus hizo una mueca, pero no se produjo ninguna colisión. En vez de eso, la familia emergió a la plataforma nueve y tres cuartos, que estaba oscurecida por el vapor blanco que surgía del expreso escarlata de

Hogwarts. Figuras confusas se movían como un engambre a través de la neblina, en la que James ya había desaparecido.
-¿Dónde están? -preguntó Albus ansiosamente, espiando hacia las nebulosas formas que pasaban mientras se abrían paso andén abajo.
-Los encontraremos -dijo Ginny tranquilizadoramente.
Pero el vapor era denso, y resultaba dificil discernir la cara de nadie. Desconectadas de sus propietarios, las voces sonaban antinaturalmente ruidosas. Harry creyó haber oído a Persy discurriendo ruidosamente acerca de las regulaciones de escobas, y se alegró la excusa que se le presentaba para no pasar y saludar…
-Creo que esos son ellos, Al, -dijo Ginny de repente.
Un grupo de cuatro personas emergió de la niebla, de pie junto a un carrito muy grande. Sus caras solo se enfocaron cuando Harry, Ginny, Lily, y Albus llegaron justo ante ellos.
-Hola, -dijo Albus, que sonaba inmensamente aliviado.
Rose, que ya vestía su nueva túnica de Hogwarts, le sonrió.
-¿Todo bien al aparcar entonces? -preguntó Ron a Harry-. Para mí si. Hermione no se creía que pudiera pasar un exámen de conducir muggle, ¿verdad? Pensó que había Confundido al examinador.
-No, no es cierto, -dijo Hermione-. Tenía una fé absoluta en ti.
-Para que quede claro, le Confundí. -susurró Ron a Harry mientras juntos alzaban el baúl de Albus y la lechuza hasta el vagón-. Solo olvidé mirar por el retrovisor, y mira tú. Puedo utilizar un Encantamiento Supersensorial para eso.
De vuelta en la plataforma, encontraron a Lilly y Hugo, el hermano menor de Rose, teniendo una animada

conversación sobre en qué casa serían seleccionados cuando finalmente fueran a Hogwarts.
-Si no entras en Gryffindor, te desheredaremos, -dijo Ron- pero sin presiones.
-¡Ron!
Lilly y Hugo rieron, pero Albys y Rose parecían solemnes.
-No lo dice en serio, -dijeron Hermione y Ginny, pero Ron ya no estaba prestando atención. Captando la atención de Harry, asintió subcepticiamente hacia un punto a unas cincuenta yardas de distancia. El vapor se había disipado por un momento y tres personas estaban de pie en un espacio libre de la cambiante niebla.
-Mira quién está ahí.
Draco Malfoy estaba allí de pie con su esposa e hijo, con un abrigo oscuro abonotado hasta la garganta. Su pelo estaba peinado hacia atrás de tal forma que enfatizada la barbilla puntiaguda. El nuevo chico se parecía a Draco tanto como Albus se parecía a Harry. Draco captó un vistazo de Harry, Ron, Hermione y Ginny mirándole, asintió cortesmente, y se alejó.
-Así que ese es el pequeño Scorpius, -dijo Ron por la bajo-. Asegúrate de machacarle en cada exámen, Rosie. Gracias a Dios heredaste el cerebro de tu madre.
-Ron, por amor de Dios, -dijo Hermione medio severa, medio divertida-. ¡No intentes volverlos uno contra otro antes de que empiecen siquiera la escuela!
-Tienes razón, lo siento, -dijo Ron, pero incapaz de contenerse, añadió-. No seas muy amigable con él, Rosie. El abuelo Wesley nunca te perdonaría que te casaras con un sangre pura.
-¡Ey!
James había reaparecido, se había librado a sí mismo de su baúl, lechuza y carrito, y evidentemente estaba

que explotaba con nuevas noticias.
-Teddy está de vuelta, -dijo sin respiración, señalando sobre el hombro hacia las vaporosas nubes-. ¡Acabo de verle! Y adivinad que está haciendo. ¡Morreándose con Victoire!
Fulminó con la mirada a los adultos, evidentemente decepcionado por su falta de reacción.
-¡Nuestro Teddy! ¡Teddy Lupin! ¡Morreándose con nuestra Victoire! ¿Nuestra prima? Y le pregunté a Teddy que estaba haciendo…
-¿Les interrumpiste? -dijo Ginny- Te pareces tanto a Ron…
-… ¡y dijo que había venido a verla! Y después me dijo que me largara. ¡La estaba morreando! -Añadió James como preocupado de no haber sido lo bastante claro.
-¡Oh, sería adorable que se casaran! -murmuró Lilly soñadoramente-. ¡Entonces Teddy sería realmente parte de la familia!
-Ya viene a casa a cenar casi todos los días -dijo Harry, …. falla mi imaginación pero supongo que dice algo así como qué más da que se quede todo el rato.
-¡Si! -dijo James entusiamado-. No me importaría compartir cuarto con Al… Teddy podría quedarse mi habitación.
-No, -dijo Harry firmemente-. Al y tú os estaríais peleando a cada rato y no quiero que la casa acabe demolida.
Comprobó el carrito.
-Son casi las once, será mejor que subáis.
-¡No olvides darle recuerdos a Neville! -dijo Ginny a James y le abrazó.
-¡Mamá! No puedo hacer eso con un profesor.
-Pero conoces a Neville…
James puso los ojos en blanco.

-Fuera, si, pero en la escuela es el Profesor Longbotton, ¿verdad? No puedo entrar en Herbología y darle recuerdos…
Sacudiendo la cabeza ante las tonterías de su madre, se apresuró a adelantarse para dar una patada a Albus.
-Luego te veo, Al. Vigila a los Thestrals.
-Creía que eran invisibles. Dijiste que eran invisibles.
Pero James simplemente se rio, permitió que su madre le besara, dio un abrazo rápido a su padre, después saltó rápidamente al tren. Le vieron avanzar, después alejarse vagón arriba hacia sus amigos.
-Los Thestrals no son nada de qué preocuparse, -dijo Harry a Albus-. Son criaturas gentiles, no hay nada que asuste en ellos. De otodos modos, vosotros no vais a llegar a la escuela en los carruajes, iréis en botes.
Ginny se despidió de Albus.
-Te veremos en Navidad.
-Adios, Al, -dijo Harry mientras su hijo le abrazaba-. No olvides que Hagrid te ha invitado a tomar el té el próximo viernes. No te metas en lios con Peeves. Nada de duelos con nadie hasta que hayas aprendido como hacerlo. Y no dejes que James se meta contigo.
-¿Y si acabo en Slytherin?
El susurro era solo para su padre, y Harry sabía que solo el momento de la partida podría haber obligado a Albys a revelar lo grande y sincero que era su temor.
Harry se agachó para que la cara de Albus estuviera ligeramente por encima de la suya. Solo Albus entre los tres hijos de Harry, había heredado los ojos de Lilly.
-Albus Severus, -dijo Harry quedamente, para que nadie más que Ginny pudiera oirle, y ella tenía suficiente tacto como para fingir que estaba escuchando a Rose, que ya estaba en el tren-, te pusimos ese nombre por dos directores de Hogwarts. Uno de ellos era un

Slytherin y fue probablemente el hombre más valiente que nunca haya conocido.
-Pero y si…
-… entonces la Casa Slytherin habrá ganado un excelente estudiante, ¿verdad? A nosotros no nos importa, Al. Pero si a ti te importa tanto, podrás elegir Gryffindor en vez de Slytherin. El Sombrero Seleccionador toma en cuenta tu elección.
-¡De veras!
-Lo hizo en mi caso, -dijo Harry.
Nunca antes había contado eso a sus hijos, y vio la maravilla en la cara de Albus cuando lo dijo. Pero ya las puertas se estaba cerrando a lo largo de todo el tren escarlata, y los sonidos señalaban el momento de partir para los últimos rezagados.
Albus saltó al vagón y Ginny cerró la puerta tras él. Los estudiantes colgaban de las ventanas que tenían más cerca. Un gran engambre de caras, sobre y fuera del tren, parecían estar vueltas hacia Harry.
-¿Por qué están todos mirando? -exigió Albus mientras Rose y él se giraban alrededor para mirar al resto de los estudiantes.
-No dejes que eso te preocupe, -dijo Ron-. Soy yo. Soy extremadamente interesante.
Albus, Rosie, Hugo, y Lily rieron. El tren empezó a moverse, y Harry caminó junto a él, observando la delgada cara de su hijo, ya sonrojada por la excitación. Harry siguió sonriendo y saludando, incluso aunque era un poco embarazoso, observando como su hijo se alejaba de él…
El último rastro de humo se evaporó en el aire otoñal. El tren había doblado una esquina. La mano de Harry estaba inmóvil, alzada en un adiós.
-Estará bien, -murmuró Ginny.

Cuando Harry miró hacia ella, bajó la mano ausentemente y se tocó la cicatriz en forma de relámpago de la frente.
-Lo sé.
La cicatriz no le había dolido a Harry en diecinueve años. Todo iba bien.

